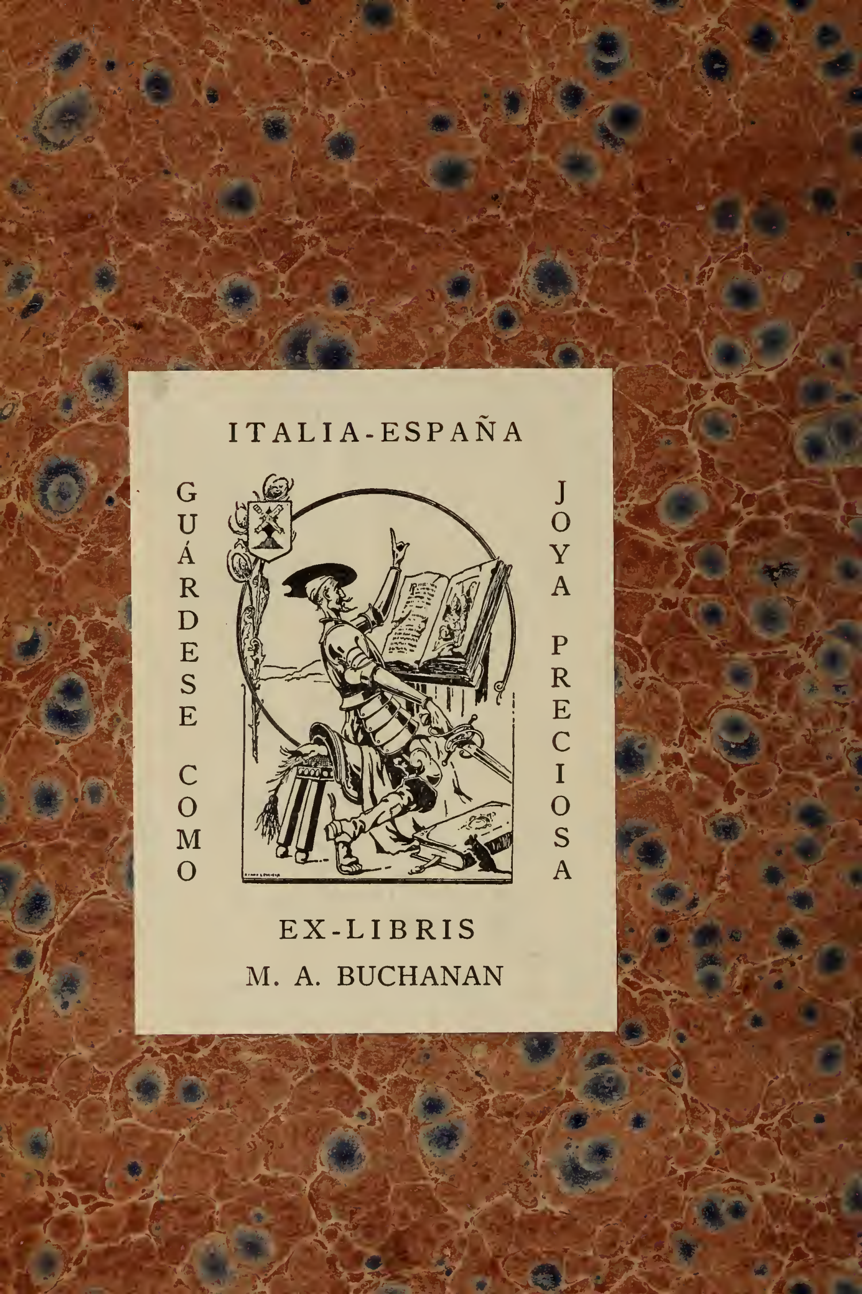

3 1761 09544648 0


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


MADRID DE NOCHE
MUGICA
CARBONELL

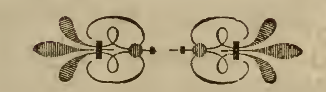
MADRID DE NOCHE.

CUADROS SOCIALES, DRAMAS Y MISTERIOS CONTEMPORANEOS.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. ALFONSO GARCÍA TEJERO.



MADRID.
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, núm. 19.

1863.

PRIMERA PARTE.

FIN MORAL DE ESTA OBRA.

Es incuestionable que la sociedad actual, reflexiva é imparcialmente juzgada, presente un cuadro de extrañas formas, de sombríos lunares, que afean la cultura de la época, y oscurecen, siquiera sea de un modo pasajero, las buenas costumbres como las densas nieblas el límpido azul del firmamento.

Es tambien cierto, que la civilizacion desvanece las nubes del error y de la impureza; mas por desgracia, aun tenemos que lamentar los mas horribles contrastes.

¿Y quién profundiza, quién puede señalar el orígen de tantas aberraciones, de tantos extravíos como se descubren al través de una época progresiva y regeneradora de prodigiosos é indisputables adelantos?

No basta una observacion detenida y filosófica para emitir un juicio lógico y concluyente, puesto que se aducen diversos pareceres, se indican distintas causas acerca del sensible desarrollo de los crímenes, como el suicidio y las sangrientas asechanzas, y sobre las malas pasiones, como la prostitucion, el lujo, el juego y la codicia.

Quién atribuye el afan de poseer riquezas, el espíritu mercantil de nuestros dias al deslumbrador ejemplo de improvisadas fortunas.

Hay quien atribuye el espantoso catálago de los delitos á la falta de fé religiosa, motivando en esto el trastorno de la razon y de la conciencia.

Quién dice, que los encargados del sublime ministerio de la predicacion deben redoblar sus esfuerzos, ajenos á toda idea de interés político, y difundir la palabra divina, la esplendente luz del Evangelio.

Algunos *críticos* condenan como viciosa nuestra legislacion, y demandan su *reforma*, para que sean una *verdad* los inapenables fallos de la justicia.

Acatando unas y otras opiniones, sin perjuicio de emitir oportunamente la nuestra, humilde y todo como es, réstanos manifestar que en esta novela, dedicada á la moral pública, haremos uso de una crítica imparcial, describiendo gráficamente algunos tipos sociales, rechazando los malos instintos, do quier procedan, porque nos es tan aborrecible el orgullo, como la torpe saña y el rencor de muchos séres abyectos, ignorantes ó prostituidos.

La virtud, el apego al trabajo, el amor á los sagrados vínculos de la familia, el respeto á la ley, la proteccion de los desvalidos, la caridad... he aquí las deidades á quienes rendiremos culto; este será el bello colorido que destellen estos cuadros, sin que por eso nuestra obra carezca de algunas festivas páginas, si no brillantes, al menos que mitiguen el efecto de otras lúgubres y conmovedoras escenas.

El haber escogido la noche con su tenebroso manto, en cuyas sombras tantas y tan escéntricas liviandades se ocultan, es para exhibir, es para sacar á luz con el pincel de una severa crítica muchos héroes desconocidos, novelescas y dramáticas situaciones referentes á esa sociedad nocturna de todas categorías y de diversos instintos, á los misteriosos y extraños séres, de los cuales, unos se agitan como fantasmas y producen sangrientos desórdenes, y

otros se complacen intrigando cruelmente contra la virtud y la inocencia.

Quisiéramos penetrar con la antorcha del filósofo que investiga, nó con el pueril interés del que busca por curiosidad fuertes emociones; deseáramos penetrar en oscuros recintos para describir las reprensibles costumbres de una parte del pueblo, y en otros mas encumbrados lugares para dibujar con exactitud ciertos vicios, merecedores de enérgica censura, por mas que se engalanen con el oropel deslumbrador de la fortuna, de la audacia y del hábil talento cortesano.

Este es nuestro propósito: si lo conseguimos, tendremos la satisfaccion de haber tributado un homenaje á la moral pública.

INTRODUCCION.

DE LO QUE ES MADRID Á LAS ORACIONES.

Corria el mes de noviembre del año de 185.... y la noche cerraba lóbrega y triste como el pensamiento de un moribundo.

No por esta circunstancia los habitantes de la coronada villa renunciaron á sus respectivas y habituales distracciones; así es, que discurrian por do quiera, los unos en direccion al café, otros al teatro, y no pocos á recónditos albergues en donde pasar las horas á cubierto del aire del nevado Guadarrama, y oir aventuras y concertar diabólicos proyectos.

Las seis acaba de señalar el reló de la Puerta del Sol en su antiguo y hoy destruido templo del Buen Suceso, cuando por el expresado sitio se deslizaba una elegante carretela, en la que iban muellemente reclinados una linda jóven y dos caballeros, tambien de edad lozana, y cuyos caractéres conoceremos pronto.

Entretanto, dejad correr al aristocrático vehículo, que ya le alcanzaremos, y digamos lo que era Madrid hace unos diez años, en las primeras horas de la noche.

Con corta diferencia, hoy, en algunas costumbres, casi es lo mismo: en otras ha progresado.

Juzgad imparcialmente nuestras pinceladas, la descolorida reseña que vamos á hacer de las costumbres y misterios de Madrid,

y luego decidnos, estimables lectores y bellas lectoras, si estos cuadros están ó nó á lo vivo, es decir, en toda su naturalidad... en toda su verdad histórica.

Nos colocaremos en un punto céntrico y muy frecuentado: en la Carrera de San Gerónimo.

Imaginaos, queridos lectores, que la exígüa ó diminuta plazuela que forman las Cuatro Calles, se destaca á guisa de un lienzo de sombras chinescas, cuyas figuras, amen de los grupos fijos en el centro, son otros tantos tipos sociales, que podrian describirse de la manera siguiente:

En primer término desembocan de un callejon, que se llamó de *Peligros*, y que en verdad no pocos suelen correr el bolsillo y la salud, merced al sinnúmero de aves de paso, aves nocivas, que se cuelan por aquella garganta ó valle de lágrimas; desembocan, repetimos, grupos de obreros que de los barrios del Norte pasan á los del Sur, á quienes se les oye murmurar de los coches, de las ruidosas faldas de los vestidos y de las voces atronadoras de los que expenden á gritos la opinion pública, ó sean sus órganos, en fin, los periódicos.

Vénse cruzar por allí hombres de séria importancia, que han asistido al Parlamento, y que satisfechos, bien de sus discursos, bien de algunas caricias ministeriales, arrojan un tufo gubernamental que inundan de proteccion aquellas regiones.

En ruidoso tropel se confunden asímismo el repartidor de los diarios de la tarde, la costurera que vá á entregar sus labores y por su escasísima recompensa, que á veces aguardan hambrientos sus ancianos padres, el pollo que persigue á cierto murciélago con faldas, el estudiante que recurre á los villares, los políticos de café, que van á sus respectivos círculos, estos á sostener al ministerio, los otros á derribar ministros, generales y emperadores, organizando el mundo á manera de su deseo, el jugador que ronda los garitos, las matronas que van por chocolate sin canela, y de paso á saborear un sorbete, los aristócratas del Casino, y últimamente, los que gustan ver Madrid por las noches, parándose en

los escaparates de las tiendas, pero que jamás compran cosa que valga un céntimo.

Repása el lienzo mas de un desventurado cesante, tahures sin fortuna, no pocos pretendientes, y tal vez algun literato sin destino oficial, ni editor, personajes todos, quienes por parecerles caras las chuletas, se inspiran del sabroso humillo que despide la vista de la *elevada* fonda de Lhardy.

A propósito no hemos mencionado á varios grupos, que siempre se hallan en el centro del cuadro, y que pertenecen á los mozos de *caliá*, y á sus compadres los lidiadores de toros, que formando un verdadero contraste con la elegancia de otras figuras, están allí como representantes de la antigua usanza, ó del espíritu nacional que simbolizan.

Si la diversidad de trajes, que en aquel teatro sin tablas hacen y se observan, causa distraccion y aun recreo, no son menos divertidos y curiosos los diálogos que al vapor se promueven entre los transeuntes.

—Oye, Jimeno,—dice un estudiante á otro,—¿llevas para una luneta? un compromiso me obliga á concurrir á la ópera.

—Pues serás mártir de tan justo déseo por algunas noches: apenas me queda para una tostada en el café de la calle del Gato: ya sabes que á última hora esta es mi costumbre, mejor dicho, mi necesidad.... gracias al escuálido y tísico *puchero* de mi patrona, la bella pelucancita doña Rosaura, digna de figurar en la redaccion de un periódico oposicionista.

—¿Y á qué viene ahora el periódico?

—Muy á propósito: porque doña Rosaura siempre está hablando de *crísis*.

—Pero nuestras crísis son metálicas.

—Tanto peor para nosotros.

—Escucha, salerosa...—exclama un chulo, que con la espalda está quitando la pintura de una puerta del café de las Cuatro Calles.—Oye, prenda mia, la de lo verde...

—Oiga el señor con faja... no es para *usté* el chocolate: en

cuanto á lo *verde*, si *usté* gusta, váyase á las orillas del Jarama.

Ni el hombre mas grave está exento allí de un conflicto. Oíd, si no, cómo interpela á un forastero otra de las aves de *uñas*, á la moderna, por lo cual permítasenos calificarlas de aves de rapiña.

—Adios...

—Señora...

—Escucha, galan...

—Jóven... extraño tanta familiaridad, siendo así que no os conozco.

—Ni yo á tí: mas no obstante, ha mucho tiempo que te persigo.

—¡Estais loca! Si acabo de apearme de la diligencia del Norte. Gracias, amiga mia: es admirable la dulzura que teneis con los forasteros las madrileñas.

Y el insensible hidalgo alavés fuése riendo de la ocurrencia, no sin oir los piropos que le dirigió, resentida la amazona de los peligros.

—Señor don Canuto...—prorumpe otro prójimo, - aseguro á V. que es insoportable el *alza* de los alquileres: preciso es que ustedes los señores *caseros*, tiendan un poco á la *baja*, porque aun así no han de hacer mal negocio.

—Estamos en nuestro derecho: la propiedad... la ley...

—Concedo, señor don Canuto: ya se vé, nosotros los inquilinos estamos desprovistos de todo género de propiedad, porque la existencia, el dinero y la familia son una bicoca en comparacion del cuarto-ataud, de la mezquina morada en donde nos albergamos: tienen ustedes la razon toda, y como la tienen *toda*, es claro que nosotros los inquilinos ninguna tenemos.

—¡Argucias!.. ¡Argucias!.. Rodeos... despreciables subterfugios, mentidas escusas para no pagar; pues señor, recibirá V. la esquela, y...

—Como á V. le plazca, señor don Canuto: asistiré al baile.

—En la alcaldía.... señor inquilino.

—Por supuesto, al buen pagador no le duelen prendas.

—Es que á V. le están siempre doliendo.

—Los colmillos, señor don Canuto, los huesos... tal es el torniquete-alquiler con que V. nos oprime. La vista de V. me es tan *simpática*... no es lisonja... como que todos los nervios se zarandean de gusto: me dá una convulsion de imponderable alegría.

—Vaya, no mas parola: el alguacil llevará el recado.

—¿El billete?

—La papeleta de citacion.

—Gracias por su amabilidad, señor don Canuto.

Y el caballero inquilino corre al café y toma una taza de tila.

En vez de otro asunto político ó mercantil, aquella noche su círculo declaró, «órden del dia» la *funestamente* célebre ley de inquilinatos.

A la sazon que esto sucede en la Carrera de San Gerónimo y otros sitios de igual importancia, los barrios excéntricos, antiguamente *bajos*, la cultura ha suprimido este feo nombre, se trasforman en una colmena por su murmullo y en un hormiguero humano por la afluencia de personas y personajes de todas condiciones y cataduras.

Abolido ya el aire manolesco de los tipos populares de otras épocas, se ven muy en uso el sombrero de copa, el gaban y la levita entre ciertas gentes que antes usaron *calañé*, pantalon de campana y su correspondiente faja amarilla.

Todo lo cual revela un progreso, es decir, que la civilizacion avanza entre las mas humildes esferas sociales.

No obstante, aun quedan resabios, ciertas reminiscencias de otros tiempos, como verán nuestros lectores en las fotografías que siguen:

—¿A dónde vás, Cármen?—pregunta á cierta graciosa jóven otra no menos linda.

—Hija.... *haste* cuenta que he *rematao* la labor, y como se vá á comenzar la *cademia*.... he *salio* á *echar* unas boleras en *cá* Perico el maestro de baile. Y tú, ¿á dónde ibas, Rosario?

—Yo salgo del nicho casi *atufá*. ¡Jesús que brasero!

—El tufo que tú traes no es otro que el mal humor de ver que tu novio....

—Te engañas: es *verdá* que habla con otra, y ha *pedio* á una vecina suya, la *Pepiya* del sastre; pero es *purítica groma*, porque yo soy y seré siempre la sultana.

—Por eso te vapulea de vez en cuando.

—Hija, eso es por la confianza: ya se alegrarian otras de que las zurrasen.... mas como *naide* las quiere...

—Si lo dices por mí, has de considerar, loro de Lavapiés....

—No *multrajes*, Rosario.

—Eres una bachillera, Cármen.

—No grites.

—¡Es que yo no vendo la extraordinaria!

—Pero vendes mi honra.

—La que nunca la tuvo...

Y se arma repentinamente una camorra, las infelices se arañan, se despeinan, se hieren, y concluye la lid femenina con una salva de atronadores silbidos.

En un corro ó pequeño círculo de jóvenes imberbes, ó barbilampiños, como decian nuestros abuelos, se escuchan estas edificantes y cultas palabras:

—*Güenas* noches, cabayeros.

—Adios, Sidoro.

—¿Qué tal estuvo la *corria*?

—Mediana: los de punta.... como la tarde.... frios: los *embolaos mu* revoltosos, y especialmente el del cencerro.

—¿Y desgracias?

—Pocas: una *quebraura* de un muslo á Moquito, el tripicallero, un ojo *saltao* á un silbante de levita que salió á lucir su talle, y por último, han *destrujao el vientre de las tripas* á Frasco el chulo y á Lamealcuzas.

—Pues entonces no ha *sio ná*....

—En remate.... los novillos fueron una gaita.

—¿Vamos á bailar una polka?

—Vamos.

Y todos se dirigen hácia un salon empapelado, que sirvió en otro tiempo de cochera, y cuyos adornos se reducen á dos ó tres arañas y colgaduras amarillas tan descoloridas como el viejo estandarte de un regimiento.

En el salon se fuma, se blasfema, llueven bofetadas, y en no pocas ocasiones, como ya sabe todo el mundo, además de repugnantes desórdenes, han producido estos reprobados bailes el luto y el desconsuelo de algunas familias.

Oigamos lo que hablan dos personas de buen porte, dos caballeros, el uno representando la experiencia, la sensatez, las lecciones del infortunio: el otro mas jóven, no cuenta veinte años, lleno de mágicas ilusiones, candoroso y crédulo, recien llegado á Madrid.

El de mas edad se llama don Ventura Jeremías, vive en el barrio: el jóven, estudiante y poeta, Julio del Valle.

—Crea V., don Ventura, que estos sitios me encantan.

—No lo extraño: es V. entusiasta por las excentricidades, y suele poetizar los mas negros horrores: es V. feliz; pero si habitara en mi retiro una semana, renegaria de los poéticos encantos de estos barrios, mejor dicho, corrales del infierno. Ventura soy de nombre, aunque muy sin ventura por vivir, merced á mi situacion, entre esta ruidosa é incorregible muchedumbre. Desengáñese V., don Julio, los que viven allá por las regiones del buen tono ignoran la amargura, el purgatorio que los demás sufrimos. Puedo asegurar á V., que durante las batallas de la guerra civil no estuve tan intranquilo, tan á disgusto, como cuando me atruenan la cabeza los ciegos, las verduleras, los camorristas, las que riñen, las que lloran, los que se insultan.... en fin, me produce mas horror que el estampido de los cañones. Tiempo vendrá en que V. se desengañe, señor poeta: hoy por hoy todo es risueña fantasía.... mañana aparecerá la triste realidad, espantable como un esqueleto.

—Verdaderamente sois un *Jeremías*, señor don Ventura: os quejais con marcada injusticia: se os puede dispensar por vuestra

honrosa pobreza, y porque en medio de ciertos conflictos permaneceis resignado, sois un padre de familia y un cumplido caballero: mas permitidme que os diga que las costumbres van dulcificándose.

—Dispensad, don Julio: las costumbres en nuestro pueblo conservan todavía mucho de amargó y mucho de rudeza.

—Es verdad que yo soy nuevo en esta Babilonia; pero tanto en Madrid como en provincias, se observa un cambio favorable, gracias á que la civilizacion, cual la corriente eléctrica, es instantánea y á todos hace sentir sus efectos. Mirad: ahí teneis un baile improvisado: un baile que no es de castañuelas.

—¿Y se admira V., don Julio? Pues sepa V. que hoy bailan rigodon, polka y schotis hasta los aguadores.

—Bien: un progreso.

—Un delirio.

—Un adelanto.

—Un extravío de la moral.

—¡Hombre!... ¡hombre!...

—Como que todos se vuelven danzantes.

—Pero no hay la rudeza que en otros tiempos.

—Decís bien: la finura cunde que es un prodigio.

—¿Y el Fandango y las Habas Verdes?

—¿Y la gravedad española, señor poeta?

—Vaya, don Ventura, no os ofendais: fuísteis oportuno en apellidaros «Jeremías.»

—¿No preguntábais por el Fandango? Veníd á esta otra calle.

Y el quejumbroso don Ventura condujo al poeta á otra calle y le dijo:

—Escuchad.

Paráronse cerca de un tenducho de comestibles, alumbrado, como todavía los hay, por un enorme velon lleno de cardenillo, y cuyos cuatro mecheros eran capaces de atufar á los cuatro barrios de Lavapiés, San Anton, Maravillas y Calatrava.

A la puerta se habia establecido un ciego, y mediante algunos

maravedises, preludiaba unas *rondeñas*, y por último, dió al aire con su natural desenfado, en honra de sus oyentes, la civilizada y humanitaria copla que sigue:

Malo soy y malo he sido,
y malo tengo que ser:
he roto ya mas cadenas
que un herrero puede hacer.

—¿Y qué replicais á esto, señor don Julio? ¿Se van dulcificando las costumbres? Pues oíd á ese otro macareno, á ese trovador de Triana:

Y era un chiquillo que entonaba un *polo*, cuya letra decia:

Yo tengo un falucho
con los remos de oro,
en donde se embarca,
y no se marea....
el bien que yo adoro.

—No sé, don Ventura, cómo teneis ese humor atrabiliario, tan negro, en unas calles tan alegres y divertidas.

—Si la suerte, lo que Dios no permita, os trajera á estos sitios, renegaríais de vuestra desgracia. Una persona de nuestra educacion padece entre ésta muchedumbre un verdadero martirio.

—Entre estas muchedumbres habrá tambien personas de suave carácter y de honradez.

—Ciertamente; pero están como avasalladas por el predominio de los que gozan en perturbar la quietud doméstica, el inapreciable beneficio de la paz, única felicidad de las familias pobres. Si V. lo duda, venga á casa una noche siquiera por dos horas, y si es que puede resistir la insoportable baraunda, el confuso extruendo de voces, gritos, blasfemias y aun hechos mas graves.... de seguro que desde mi humilde mansion aprenderá V. mas en esas dos ho-

ras relativamente al conocimiento de la humanidad, que en tres años de filosofía y otros siete de cánones y leyes.

—Eso es un estudio práctico, filosófico-social.... pero dispensadme: paréceme que exagerais mucho: yo sostengo que las costumbres, á pesar de la ignorancia, que aun lamentais en ciertos infelices, se van dulcificando.

—Ahí teneis la prueba, señor don Julio, ahí la teneis: mirad lo que por allí viene, y la tormenta que se levanta.

Don Ventura Jeremías llamó la atencion del poeta hácia un grupo de jóvenes conducidos por las autoridades del barrio, jóvenes de no mala traza, y sí de genio travieso, quienes en vez de cumplir los preceptos de la moral, respetando al prójimo, y obedecer los consejos de sus honrados padres, insultan á todo el mundo, inquietan á las pacíficas y honestas mujeres, se rien de la autoridad, y se hacen, por consiguiente, reos de público escándalo.

Como resistiesen á los que les escoltaban, se alzó una gritería cual si se hallasen en plena funcion de toros.

—Vea V., don Julio: tambien se atreverá V. á decir ahora que este es un episodio alegre y poético.

—Es no mas un rasgo de locura, propio de la inexperiencia, que no es trascendental, que no influye en el porvenir de la muchedumbre.

—Me parece que ha visto V. á Madrid en algun cosmorama, señor poeta: yo nada espero de ciertas gentes.

—Pues yo no desconfío: la educacion, la tolerancia, la legalidad, el buen ejemplo de las clases elevadas y ricas, el espíritu de asociacion, la filantropía y otros resortes, otros medios morales de verdadera eficacia, harán que el pueblo se civilice y mejore honrosamente sus costumbres.

—Permitid, señor poeta, que yo no abrigue todavía esa encantadora esperanza: desconfiaré mientras observe que cierta parte de los niños del pueblo no asista á las escuelas en vez de estar vagando y adquiriendo feos instintos; desconfiaré mientras obser-

ve que no hay amor á la caridad y respeto á los semejantes; desconfiaré mientras oiga pregonar esas estupendas relaciones de milagros, y observe que numerosos grupos acudan en tropel á presenciar la ejecucion de un reo con la algazara y placentera locura, cual si acudiesen á una célebre romería.

—Sois un filósofo excéptico: dudais de todo.

—Yo dudo de lo que no veo, y soy un pobre militar retirado, que derramó su sangre para conquistar al pueblo esa educacion libre, pero moral y religiosa, que debemos establecer, sin cuya base no puede construirse el edificio de la cultura y buenas costumbres.

—Sois, don Ventura, no ya el profeta lloron, el elocuente Jeremías, sino un segundo Demócrito, que siempre estaba llorando, ó cual el filósofo griego, que veia las cosas por un prisma horrible, mas negro que las tinieblas.

—Váyase porque V., señor don Julio, mira la sociedad por un prisma que le descompone la luz en mil brillantes y risueños colores. Lo vé V. todo de color de rosa: la candidez que os distingue es envidiable; siga V. con sus ensueños poéticos: siga V. riendo á carcajadas, que yo seguiré llorando.

Nuestros queridos lectores nos dispensarán si hemos hecho difuso este diálogo; pero han de saber que don Ventura Jeremías, y especialmente el poeta Julio del Valle, pertenecen á la novela, y este ocupará algunas de sus mas importantes páginas.

Por lo demás, renunciamos á la descripcion de lo que fué y aun es hoy Madrid á las oraciones, por miedo de trazar una inmensísima reseña.

A la citada hora, es Madrid un rio que se escapa de su cauce, un torrente que todo lo inunda, un mar que se embravece y ocasiona los mas sensibles naufragios.

Reflexionad, que llegada la noche, toda la poblacion que ha permanecido durante el dia en las fábricas, en los talleres, en las obras, en la universidad, en los colegios, en las oficinas, en los tribunales, en el estudio privado, unida á la gente que bulle entre

las tinieblas á caza de aventuras de todo género.... y formareis una idea de lo que es Madrid apenas oscurece.

Tal suele ser, rápidamente descrito, el aspecto que presenta Madrid al toque de oraciones, y dicho sea de paso, que rara vez oimos, gracias al ruidoso murmullo de los transeuntes y al estrépito de los coches, por cuya razon puede asegurarse que en esta parte, aunque involuntariamente, faltan todos á los deberes del cristiano.

Quiero significar que ni se oye, ni se reza el Ave María, como en las aldeas cuando se estingue la luz del crepúsculo vespertino ó de la tarde, y empieza á cubrir el horizonte el crespon de las nocturnas sombras.

I.

LA BARONESA DE ROCAMAR.

Al principio del bosquejo que antecede indicamos, que por la Puerta del Sol se deslizaba una carretela, y debe haber llegado ya al punto á donde se dirigia.

Es efectivamente una casa-palacio, segun la suntuosidad que en el esterior se advierte, en donde se detuvo el carruaje.

Sentada en un magnífico sillon, al pié de la chimenea, en cuya cornisa de mármol negro hay un candelabro de plata, libros y periódicos, descúbrese á una señora como de unos cuarenta y cinco años, de tez morena, ojos grandes, bellos y expresivos, de airoso ademan, semejando en conjunto sus finas facciones una edad *menos madura* ó *más verde*, aunque no es extraño, puesto que la luz artificial y los cosméticos ó afeites peluqueriles prestan gran realce, favorecen estraordinariamente á la hermosura.

La baronesa de Rocamar, vista de cerca, lo mismo á la luz del sol que á la de un candelabro, era una flor que ya palidecia, que se marchitaba, trasluciéndose en su semblante, y á veces en la languidez de sus miradas, inquietud, agitacion, disgusto y recelos á causa de los violentos latidos de un corazon vehemente y apasionado.

He aquí una de sus misteriosas, íntimas, frecuentes y quejumbrosas exclamaciones:

—¡Hombre maldito! ¡Me deslumbró... me fascinó! ¡Infeliz de mí!.. ¡Le juzgué un caballero!.. ¡Venganza, terrible venganza!.. ¡Odio implacable y eterno!..

Al espirar esta frase, presentóse la doncella, la jóven Clara, que en verdad no desmentia su claro nombre, porque era un gilguero en lo piquiclaro de su decir gracioso.

—Mi señora...—dijo respetuosamente desde la puerta.

—¿Qué hay, Clara?

—El marqués de Valdeclaveles, su hermana, la señorita doña Guadalupe y el comerciante...

—Nó, mujer: el banquero... el agente de Bolsa.

—Teneis razon; perdone usía: el banquero don Adolfo de Haro, Céspedes, Zúñiga y Azpeitia...

—¿A dónde vas á parar? Basta: dí que pasen; pero antes oye un momento. Ese hombre...

—¿El de las patillas negras?

—¿Le has visto por la calle?—preguntó con profundo interés la baronesa.

—Hace muchos dias que no asoma por estos sitios: quizá haya muerto, ó esté guardado, ó á la *sombra,* como dicen los de su jaez. ¡Arrogante perillan debe ser el mocito!

—¡Silencio!

—Este marqués de Valdeclaveles, perdóneme su señoría, es un mándria; el banquero un don Simplicio...

—La policía no le encuentra.

—O no le busca, señora.

—Ello es que me obligará á dejar la córte, si...

—¡Ya lo creo!.. No sé cómo vive su señoría. ¡En los sueños vé fantasmas horrorosos... se incorpora... grita... y me dá unos sustos!.. ¡Siempre con... «Juan-Diablo»... «Juan del Castillo!»... ¡Jesús y qué nombre! ¡Y no le olvidais, señora!

—¡Silencio, silencio! Vete y dí que entren, y... ¡cuidado!

Clara retiróse á decir á los que anunció que la señora baronesa, no solo se dignaba recibirlos, sino que habia estado impaciente por su tardanza.

La jóven camarera, depositaria de algunos secretos de su ilustre ama, se hizo una influencia doméstica muy temible, y se la obedecia en todo cual si perteneciese á la familia.

La baronesa de Rocamar vivia sola, era viuda, y un sobrino de su difunto esposo, quien rara vez la visitó, porque la mayor parte del año la pasaba en el estranjero, unas veces por distraccion, otras por el estudio.

El marqués de Valdeclaveles y su hermana Guadalupe, huérfanos de madre, y con un padre achacoso, antiguo brigadier de la armada, eran íntimos de la baronesa, quien los dirigia á su capricho, por causas que se dirán á su tiempo, y porque el marqués era un ente de ridículas condiciones.

Pasaba, á pesar de sus veinte y tres años, como el prometido ó futuro consorte de la baronesa, quien, por la penuria en que se veia, gracias á sus antiguos despilfarros, se esforzó en hacer tragar al inocente marquesito la píldora de su amor; pero este la admitia por importancia, como tantos otros, sin dársele un ardite de los suspiros fingidos de la baronesa, porque no ya de una señora que peinaba canas, pero ni tampoco de la misma Vénus era capaz de apasionarse quien solo sentia afecto á las aventuras, al juego, á las funciones de toros, siendo su pasion favorita lucir costosos trenes y cambiar contínuamente de caballos.

Era además débil, falto de salud, merced á sus prematuros vicios, y por consiguiente frio de corazon y veleidoso de alma.

No obstante, era instruido, generoso y benéfico.

Su amigo, el hijo de un afortunado banquero, su inseparable Adolfo de Céspedes, era un tipo opuesto á su buen padre, quien á fuerza de estrictas economías y alguno que otro negocio mas ó menos legal, habia levantado una cuantiosa riqueza.

En su diplomacia de amor, la baronesa de Rocamar habia dirigido la inclinacion de Adolfo Céspedes, heredero de un capi-

tal, hácia Guadalupe, hermana de su amigo el marqués, tambien rica, y, sobre todo, instrumento de sus intencionales miras.

La baronesa mostraba gran interés por tan esplendoroso enlace.

Guadalupe, sin ser hermosa, era una jóven bastante linda, pequeña de estatura, de estraordinaria vivacidad, de buen color y de muy airosos modales. El verdadero tipo de una madrileña.

Dados estos antecedentes, continuaremos la narracion que habíamos interrumpido.

Cuando se apearon del carruaje á la puerta del palacio de la baronesa, esclamó Guadalupe:

—Son ustedes insufribles: gracias á que el coche ha venido como una locomotora. Durante el camino, hablando siempre de toros y de caballos... ¡Qué descortesía! ¡qué fanatismo tan irracional!

—Señorita, —interrumpió Adolfo Céspedes,—mi gusto hubiera sido entretener ó lisonjear la delicada imaginacion de V. con un artículo de modas, una reseña del teatro, el recuerdo de un viaje, ó ciertas aventuras de amor...

—Como las de mi repertorio... ¡Qué bonito catálogo he reunido! ¡Si le vieras, Guadalupe!—esclamó, lanzando una carcajada, el raquítico marqués de Valdeclaveles.

—¡Calla, niño! —le advirtió su hermana.

—Mira, Guadalupe, no te ofendas; mas respecto á las aventuras de amor, mi vida es un catálogo inmenso, una larga série de envidiables triunfos.

—¡Como el de la baronesa!—le advirtió en voz baja su amigo Céspedes.

Penetraron en el lujoso gabinete de la baronesa, á quien abrazó Guadalupe, candorosa cual su edad casi infantil, y saludáronla el bolsista y el marqués, si bien este último, de un modo familiar y franco, empezó á mirarse en el espejo y á enredar con unos juguetes que habia encima de la chimenea, revelando, no solo intimidad, si tambien una indiferencia que rayaba en desprecio.

Céspedes se puso á cierta distancia de las señoras, dando muestras de una respetuosa consideracion, y por último fué á colocarse junto al marqués, el cual tendióse en una butaca, teniendo una pierna sobre la otra, y divirtiéndose en romper con la punta de un junquillo los flecos de oro de un velador.

—Hija mia,—dijo la baronesa á Guadalupe,—iremos luego á la ópera... ¿Y papá?

—Hoy se encuentra bien: el humor como siempre; con sus eternas relaciones de combates y de naufragios.

—Sé que ha de complacerte, y por eso te doy la noticia de que se dispone un magnífico baile de máscaras: te guardo un lucido traje, y estoy segura que brillarás como la reina de la fiesta. ¿Y qué tal el bolsista?

—Mamá baronesa,—así la decia Guadalupe,—creedme: no siento por Adolfo Céspedes, á pesar de sus mil apellidos y nobleza vizcaina, el mas leve afecto de...

—Es lástima, Guadalupe, que no venzas esa repugnancia; que no te inspire ternura un jóven de sus cualidades y de su rica posicion: además, que se elevará pronto á nuestra clase, pues se gestiona en este sentido por su familia; de suerte que el dia de mañana te llamarán la poderosa marquesa de...

—No prosigais, mamá.... que me afligís en estremo: he tomado una resolucion irrevocable.

—Quizá con el tiempo...

—Lo dificulto.

—Bien; no hablemos mas de este negocio.

—¡Sois muy amable!.. Y la niña dió un cariñoso beso á la baronesa, y ambas fueron al tocador, despues de decir á los dos amigos que las dispensaran un momento, porque iban á ver un primoroso traje para el anunciado baile de máscaras.

—Id en buen hora,—dijo el marqués,—pero no tardeis mucho, pues nosotros debemos partir á negocios de importancia, sin perjuicio de buscaros á última hora en el teatro.

Ausentes las señoras, prosiguió el marqués:

—Amigo Adolfo, siéntate, y no extrañes la gravedad de mi estilo ó de mi lenguaje: me cumple decirte ahora que aprecio en mucho tus nobles prendas, porque tú eres una escepcion en esa aristocracia de nuevo cuño, la del dinero; causa por la cual yo siento que mi hermana Guadalupe no se decida; bien que sus pocos años la disculpan.

—Agradezco, marqués, tus leales intenciones: aunque de sencilla procedencia, soy hidalgo, y no creo que tu adorable hermana desdeñe mi orígen.

—Sobre todo tus cien apellidos.

—Todos honrosos: por lo demás, la aristocracia que represento,—añadió con orgullo el bolsista,—es el símbolo de la actividad, y la actividad es la palanca de la produccion, y la produccion es la riqueza, y la riqueza es la ventura de los pueblos.

—¡Bravo, Adolfo Céspedes, bravo! Ese es un discurso economista. ¡Cáspita! ¡Mereces una cátedra en el Ateneo, y un lugar entre nuestras notabilidades parlamentarias!

—Tu clase, marqués,—prosiguió con imperturbabilidad el banquero,—es una gloria, es una flor que palidece y apenas quedan restos de su antiguo, esplendente poderío. Mi clase, por el contrario: la banca y el comercio dan luz y vida á las naciones, desarrollan grandes elementos de prosperidad, impulsan empresas colosales, y hacen producir tesoros á lo que ayer solo era un yermo triste é inculto: por fin, nuestras moradas, de hermoso y rico mármol, se erguíen como los monumentos de la civilizacion, al paso que en vuestras derruidas almenas crece el musgo, y todo es en derredor tétrica soledad, sin caballeros, sin pajes ni vasallos.

—Y así es, amigo Céspedes; tu clase ha metalizado la época: ello no será ni moral ni evangélico, pero es muy positivo y confortable. El dinero es la vida; las glorias vana ilusion; la pobreza un delirio del cláustro.... los títulos un ridículo adorno. Sin embargo, no desconoces tú que en mi gerarquía...

—Sí, querido marqués; en los de tu alcurnia hay lumbreras

que resplandecen por su ciencia, por los heróicos hechos de sus mayores, y son dignos de las altas posiciones que ocupan; es indudable: los hay hasta *filósofos*...

—En cuanto á eso,—replicó en ademan despreciativo el marqués de Valdeclaveles,—no envidio su filosofía, y si es *alemana* mucho menos, porque es mas oscura que noche sin estrellas; un galimatías trastornador del juicio de muchos políticos, que rayan en político-maniáticos: para mí no son envidiables los que se engolfan en ese mar tenebroso de teorías puramente metafísicas, abstractas, que solo conducen á la creacion de ciertos dogmas, cuyos sectarios se juzgan unos semidioses. Perdónenme los señores filósofos Hegel, Kant, Fichte y comparsa que, sea dicho de paso, ni ellos mismos se entienden.

—Todo es importante, amigo marqués, para el desenvolvimiento de la ilustracion, así política-administrativa como científica, siquiera sean absurdos muchos de los sistemas que se debaten. Lo que no apruebo es que ciertas escuelas lancen mas allá de los Ateneos sus principios, porque abruman inútilmente la inteligencia de la juventud, y deslíen demasiado las ideas, las subdividen á lo infinito, y oscurecen en lugar de esclarecer lo que se proponen. Por lo demás, yo respeto mucho las ciencias y los filósofos, y siento que mi educacion, esencialmente mercantil, no me permita ensanchar el corto círculo de mis humildes nociones. Y gracias que sé alguna cosa de partida doble, y de economía política, el francés y el inglés, porque mis viajes á París, Lóndres, Bruselas, Berlin, Frankfort y Amsterdan fueron de recreo, á pesar de que otro fué mi propósito.

—Bastante sabes, Céspedes, además que no te urge saber los oscuros y embrollados sistemas de la filosofía alemana: menos sé yo, aunque he viajado muchísimo y satisfecho cuantiosos honorarios á insignes profesores. Me place, sin embargo, que seas tan sério é instruido, porque al fin, si has de ser el esposo de Guadalupe....

—¡Silencio!... marqués....

—Cuidado que te comprometas para el teatro.... recuerda que nos aguardan; y por esta noche no rehusarás acompañarme.

—Ahora y siempre, aunque lo considero una estravagancia.

—Veo que eres mas aristócrata que yo, amigo Adolfo.

—No me comprendes, marqués.

—¡Chiton! que ya están aquí.

Luego, dirigiéndose á la baronesa, esclamó:

—Amable Sofía, nos dispensareis por algunas horas: tenemos un compromiso anterior al vuestro, y es de etiqueta; y á menos que no fuese una órden terminante de quien tanto respeto nos merece....

—Gracias, marqués: id con Dios; pero no hagais, cual de costumbre, una de vuestras escentricidades: lo peor es que habeis contagiado al señor de Céspedes.

—Señora....—la interrumpió muy cortesmente el bolsista,—mi único deseo es complacer á ustedes: estoy dispuesto á prescindir de todo ... y me considero feliz poniéndome á vuestras órdenes.

El marqués, temiendo que le descubriera el rendido galan, le salió al paso, y protestando no darlas disgusto, las aseguró que irian mas tarde al teatro.

Despidiéronse, y apenas habian salido, advirtió Guadalupe á su amiga y directora:

—Mirad, baronesa: ¿y pretendeis que sacrifique mi porvenir á un jóven aturdido, disipador y estravagante?

—La culpa es de vuestro hermano, porque Adolfo es sensato, instruido; y aparte de ciertos devaneos, si se quiere disculpables, será digno de tí, pues te ama, Guadalupe.

—Lo agradezco, baronesa: no me es posible ofrecerle una esperanza; y lo siento por vos.

—Soy poco afortunada: tambien desdeñaste á mi sobrino....

—Vuestro sobrino Ernesto es una verdadera notabilidad en las ciencias, un jóven profundamente estudioso, de brillantes

circunstancias.... pero es tambien un anacoreta.... un santo.... y los hombres tan meditabundos solo acarician á sus libros, envaneciéndose de su sabiduría, y los santos:... únicamente se consagran y adoran á Dios.

—Guadalupe, ¡veo que estás adelantada para ser casi una niña!

—Si algo sé.... baronesa.... lo debo á vuestra feliz y hábil direccion.

—Pero, Guadalupe.... —dijo con mal disimulado enojo su astuta amiga,—¿y qué clase de hombres, qué género de amor deseas?

La bella discípula repuso un si es no es sonrojada:

—Por ahora, ninguno.

—Me engañas.

—Sois exigente.

—Y tú me ofendes con tan suspicaz reserva.

—Pues bien, baronesa.. . si algun dia....

—Esplícate, dime con ingenuidad si has hecho tu eleccion.

—Si he de ser ingénua.... estoy por un amante militar.

—¡Loado sea Dios! ¿Sabes lo que te dices?

—Los militares entienden la verdadera galantería: no son enfadosos: no tienen ridículas impertinencias, ni son misántropos: en fin.... es un orgullo verse amada por un valiente, por un héroe, y llamarse luego coronela, brigadiera, generala.... en medio de tantos bizarros jóvenes como rodean á las señoras de tan distinguida y elevada clase.

—¡Guadalupe!... ¿has perdido la cabeza? ¿Ignoras los disgustos que trae consigo un enlace de este género? ¿Y la ausencia? ¿Y los peligros? ¿Y la agitacion constante de los que pertenecen á la milicia? ¿Pero quién es él afortunado que ha merecido tu afecto?

—Todavía....—contestó Guadalupe de un modo que revelaba rubor y tristeza á un mismo tiempo,—todavía.... no se ha

fijado mi corazon.... á pesar de que algunos jóvenes oficiales....

—Calla, hija mia.... ¡cuando tu padre se aperciba de ello.... se llenará de amargura!

La baronesa trató de intimidar á Guadalupe, exagerando la inconveniencia del pensamiento que acariciaba, porque de realizarse destruiria sus ambiciosos proyectos.

La niña derramó una lágrima de inquietud, y se disponia á rogar á la baronesa que guardase el secreto, cuando la doncella anunció á varios personajes y señoras, íntimas amigas de la de Rocamar.

Hubo sus cariñosos besos, finos saludos, pero citaremos solo el de una notabilidad, el de un cortesano, quien para sus miras de político engrandecimiento pretendia valerse de la influencia y diplomacia de la incomparable baronesa.

—Estais, señora,—la dijo con la sonrisa de la adulacion,—tan resplandeciente de lozanía y de belleza, que de seguro no tendreis rival en la ópera.

—Gracias, señor vizconde del Perú,—contestó la de Rocamar, tambien sonriéndose,—gracias.... Vos estais escesivamente benévolo y cortés.

—Señora... es justicia.

Retirándose luego á saludar á Guadalupe, esclamó para sí el vizconde:

—¡Que haya precision de adular á estas mómias!...

La baronesa, adivinando la *sinceridad* del falso cortesano, dijo tambien para sus adentros:

—El vizconde del Perú por conseguir sus fines seria capaz de sonreirse y adular á un mármol. ¡A lo que impulsa la insaciable codicia de ciertos hombres! En ellos todo es hábil esplotacion.... esquisito cálculo!...

En medio de aquel oleaje de afectadas caricias, y de la esplendidez debida á su audaz é intrigante genio, pues no se la conocian rentas, porque de las pertenecientes al título era poseedor un sobrino, en aquella atmósfera de perfumes y de orien-

tales placeres, el ánimo de la baronesa no se veia tranquilo: su pecho respiraba con violencia, su imaginacion padecia frecuentes y pavorosas distracciones.

La baronesa de Rocamar era víctima de remordimientos... y esclava de un amor infortunado: miraba ofendido su orgullo.... y por otra parte dolorosos recuerdos martirizaban su espíritu.

Tenia un *pasado* borrascoso, un *presente* incierto y un *porvenir* sombrío.

Ya registraremos su interesante vida.... es decir, su historia.

II.

EL GALAN MISTERIOSO.

Embozado en una anchurosa capa se pasea un hombre en el pretil de la parroquia de San Sebastian, junto á la puerta que mira á la plazuela del Angel, y en su inquietud, en sus movimientos de observacion, revela que está impaciente, quizás porque trascurrida la hora de la cita (al oscurecer) no llega la persona objeto de sus inquietudes y cavilaciones.

Penetra en el citado templo, visita á Nuestra Señora de la Misericordia, y cuando distraido en una fervorosa oracion olvida sus habituales disgustos, siente un golpecito en el hombro, y vé á una jóven de honesto traje cubierta con un largo y tupido velo.

—¿Sois vos, Fermina?

La jóven sin contestarle hízole señas para que saliese de la capilla de la venerada vírgen, sin duda por no aparecer irreverente ocupándose de cosas mundanas en un sitio sagrado; conducta que deberian imitar los que á tales horas hacen de los templos lugares de citas y coloquios profanos.

El nocturno galan salió en pos de Fermina, quien á manera de las históricas dueñas, guiaba silenciosa por aquel santo recin-

to al noble caballero, para el que era portadora de un importante mensaje.

Colocados en un ángulo del átrio que dá á la calle de Atocha, la jóven alzó el velo, descubriendo un rostro peregrino, y manifestó así su embajada:

—De tristes nuevas soy mensajera.

—¡Lo recelaba, lo presentia mi corazon!

—¡Aurora se ha sumergido en un dolor estraordinario, en un glacial abatimiento: ya no es de nadie: en nada piensa: hizo completo abandono del mundo: llora, reza, suspira y aguarda con inquietud el instante de contemplar su sepultura en la lobreguez de un monasterio!

—Fermina.... ¿os burlais?

—Don Juan, os hablo con tanta pena como sinceridad.

—¡Esplicaos.... por Dios.... sacadme de tan negra incertidumbre!

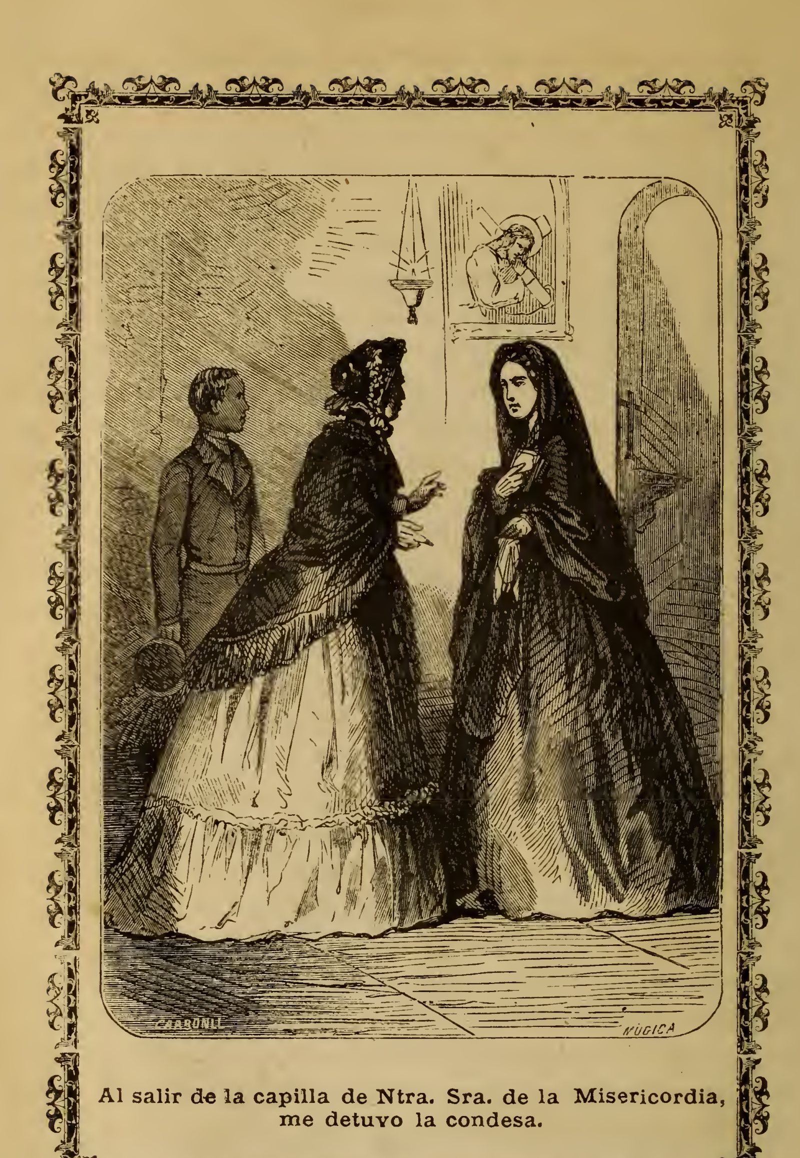
El galan daba indicios de un intenso disgusto.

Fermina, lo diremos de paso, bella muchacha, de un espíritu novelesco é impresionable, á pesar de no ser otra cosa que una humilde costurera, si bien de un orígen recomendable y buena y honrada hija, adornaba sus razonamientos de cultas frases, y sentia en su alma el pesar de que habia de hacer partícipe al enamorado doncel.

—Ya sabeis,—prosiguió la linda mensajera—que Aurora tenia la costumbre de visitar á Nuestra Señora de la Misericordia, bien conmigo, bien acompañada de mis primas cuando salíamos á entregar las labores: una tarde quedó en el templo mientras nosotras fuimos á dejar los guantes y las camisolas. Pues, amigo mio, cuando regresamos, la vimos hablar con una encapotada señora, que tenia cerca de sí á un lacayito con librea, pero no sospechamos cosa alguna, ningun mérito hicimos de aquella, al parecer, casual entrevista.

Al poco tiempo, trascurrió apenas una semana, me hubo de confiar esta sorprendente relacion nuestra infeliz Aurora:





Al salir de la capilla de Ntra. Sra. de la Misericordia, me detuvo la condesa.

«Fermina, esclamó abrazándome tiernamente, eres mi único y dulce consuelo, mi verdadera amiga: quiero fiarme de tí, no dudando me serás fiel como hasta hoy.

»Es un deber mio el manifestarte, que la señora á quien tuve la dicha de ver al salir de la capilla de Nuestra Señora de la Misericordia, es la rica y virtuosa condesa de Montelirio, cuyas seductoras palabras vertieron un bálsamo en mi corazon, produciendo fúlgida luz en el fondo de mi sombría y dolorosa existencia.

»Pues bien, querida Fermina, la noble condesa de Montelirio, hermana de no sé qué sociedad filantrópica, me vió rezar, y como yo llorase.... hubo de compadecerme y se interesó vivamente por mí.

»Un instante de inspiracion.... mi amargo infortunio.... la idea de mi horfandad.... todo influyó para que la revelase, aunque de un modo vago y oscuro, el martirio de que soy víctima.

»Escuchó atenta y cariñosamente mi relato, me preguntó si padecíamos privaciones, rehusé todas sus ofertas, asegurándola que vivíamos con holgura y decoro sin otros recursos que una corta pension y nuestras labores.

»Ya recordarás lo obsequiosa que estuvo cuando se dignó hacernos una visita, y aun no satisfecha, su propio médico me asiste, y el respetable sacerdote que se presentó aquí hace unos dias so pretesto de preguntar por ciertos vecinos, á quienes tenia que distribuir algunas limosnas, vino á conocerme, y por esta causa me dirigió aquellas indicaciones tan consoladoras y celestiales.

»Ayer tarde cuando salí á visitar á la Vírgen, encontré á la condesa y á su capellan.... y.... este es mi secreto.... Fermina.... me hicieron subir á un lujoso carruaje para dar un paseo.... y decirme, que visto mi desengaño, mi constante padecer, tomase el *velo* de religiosa en uno de los monasterios de Madrid. La condesa, tan amabilísima como generosa, ofreció sufragar todos los gastos, dotándome cual si yo fuese su propia hija.»

Al oir su narracion se me oprimia el pecho: creedme, don Juan.... perdí el color y la pregunté con furia: Pero tú, ¿qué has resuelto?

—Ser *religiosa*,—me respondió:—la dí un abrazo, la inundé de lágrimas.... la eché en rostro su ingratitud para con mi familia.... todo fué en vano: su propósito es firme; es invariable.

—¡Fermina!—esclamó el galan con ahogado acento,—habeis inferido una herida mortal á mi corazon. ¡Rayo de infierno y qué sin ventura nací!!.... ¿Luego no me cree? ¿No me hace justicia?.... ¡Qué obcecacion, Dios de Israel!!

—Recordándola vuestro amor,—díjome Aurora de un modo tan frio é indiferente que heló mi sangre.

—Le juzgué sincero, hidalgo, de honradas costumbres.... pero su infidelidad supone un desprecio, y un desprecio no admite disculpa.... es imperdonable. El insulto de aquella señora arrojándome su retrato, no le olvidaré jamás. Por último, su vida misteriosa y oscura, la impresion que me causó la noticia de que estaba en la cárcel. .. me hizo aborrecer á todos los hombres, á unos por libertinos, á otros por inconsecuentes y livianos.

—¡Aurora!—la interrumpí,—eres injusta: esos cargos están desvanecidos: lo del retrato fué una venganza inícua.... los rabiosos celos de aquella maldecida mujer: en fin, la prision puramente política y casi instantánea, no tuvo resultado desfavorable para su honra. Don Juan es digno de tí: además, Aurora, no tienes otro porvenir en el mundo.

¿Sabeis, don Juan, lo que me replicó? ¡Ya es tarde! ¡Ya es tarde! Te ruego, Fermina, que no pronuncies delante de mí ese nombre.

—¡Infeliz¡ ¡pobre Aurora!...—pronunció el apenado caballero,—con la mas santa idea me roban tu amor y hunden tu existencia en una larga noche de oscuridad y de martirio! ¡Yo desbarataré tan inconcebible y odiosa trama! ¡Lo juro por mi honra!

—Contad conmigo para todo.

—Gracias, bella Fermina, aunque así lo haré fiado en vuestro entrañable cariño hácia Aurora, en la deferencia que os he merecido, y además en vuestro talento.

—Me honrais, don Juan; y decidme vos ahora: ¿habeis visto á Julio? ¡Yo tambien soy desgraciada!

—Espero hallarle, ó cuando menos saber de su suerte.

—Os viviré agradecida.

La interesante niña se despidió afectuosamente, rehusando la compañía de don Juan, á quien, por tranquilizarle, dijo:

—Nada temais: á pocos pasos de aquí está Gabriela nuestra criada; y si bien es cierto que hay muchos jóvenes, y otros que no son tan jóvenes, bastante licenciosos é inmorales, que salen al encuentro de las señoras y aturden sus oidos con ridícula palabrería, la mujer que los desprecia se vé pronto libre de semejantes importunos.

—Pensais juiciosamente, Fermina: la virtud es el mas fuerte escudo de la mujer.

Así la infundió ánimo el caballero, que á fuer de tal, y sin que la linda costurera lo advirtiese, la siguió á corta distancia, no perdiéndola de vista hasta que hubo entrado en la modesta mansion donde vivia.

Nosotros, apreciables lectores, aprovecharemos esta oportunidad para decir dos palabras acerca de unos bellos tipos de virtud y de amor, y despues, á la luz, no en la calle, entre las tiniéblas, os presentaré la fisonomía del galan misterioso ó aventurero, la del bizarro don Juan, por otro nombre «Juan-Diablo» «Juan el difunto» «el Caballero Duende» «el Campanero de San Millan» el sopista de San Isidro, apodos vulgares, fundados cual veremos en especialísimas y estrañas circunstancias.

III.

LAS BUENAS HIJAS.

Ved aquí un hermoso cuadro: en primer término un velador cubierto de bayeta verde, y en su centro un quinqué, cuya pantalla de porcelana dá una suave luz á la èstancia, pero mas cerca, la suficiente para el objeto á que se destina.

En el velador se ven unos bonitos costureros, guantes y finas pecheras de Holanda, de un trabajo y mérito estraordinarios.

En torno de la mesa están sentadas cuatro jóvenes, cuyo aspecto revela que pertenecen á una clase decente, aunque sin fortuna.

He aquí sus nombres: Fermina, á quien ya conocemos, hija de doña Beatriz, viuda de un valiente marino y ama de la casa: Luisa y Adela, hermanas, hijas de doña Carlota, viuda tambien de un antiguo empleado de la Casa Real.

Esta última señora y doña Beatriz tienen grados de parentesco, por cuya razon las tres mencionadas señoritas se llaman *primas*, y viven en una envidiable fraternidad.

Habitan dos altos sotabancos, el uno inmediato al otro, de manera que hacen labor juntas, y al mismo tiempo consiguen olvidar su adversa é inmerecida suerte.

Vive con doña Beatriz desde muy niña, apenas contaba diez años, la sin par Aurora, un querúb peregrino, con la suave pureza de una vírgen de Rafael, de cabello rubio, de un semblante angelical, cuya delicada blancura envidian las azucenas, y por último, de unos ojos, cuyo mirar dulce y amoroso semeja á los de un serafin, brillando en ellos el límpido azul de los cielos.

La espresion de su fisonomía es la de un ángel.

Aurora es alta, esbelta y de una dignidad que contrasta notablemente con su posicion humilde.

Huérfana de un bravó comandante, muerto bajo los muros de Morella en la última guerra civil, y de una señora que fué muy desgraciada, encontróse en el mundo sin otro amparo que sus tutores, los honrados padres de Fermina.

Aurora gozaba una pension, pero insuficiente para vivir con la decencia y comodidad que exigian su clase y noble orígen.

Era el ángel de ambas familias, porque dotada de un claro talento y de una dulzura estraordinaria, en los raros instantes de ocio se constituia en lectora de libros y folletines, en discurrir juegos, en hacer primorosas flores, ó en cantar con argentina voz algunas *árias* de las principales óperas.

Asistió dos años al Conservatorio de Música; pero su hermosura fué el blanco de imprudentes galanteadores, y vióse precisada á oscurecerse en el modesto oficio de bordadora y de guantera.

Sus compañeras se distinguian tambien, no solo por sus gracias personales, sino que al mismo tiempo eran muy hábiles para las labores y en estremo sensatas y virtuosas.

Tal concepto merecian, que Luisa y Adela habian sido formalmente solicitadas por personas de honor y de buena posicion, cosa rara en el dia, que nadie vá en busca de la virtud á los sotabancos ó boardillas, porque todo es hoy cálculo, especulacion y egoismo.

Fermina, como la mas jóven y de un genio intrépido y muy bondadosa para con sus primas, era la alegría de aquella tribu pa-

triarcal, trasmitiéndolas su buen humor y serenidad en no pocas de sus tristes adversidades.

Privadas del único hermano, pintor de gran mérito, pensionado en Roma, observaban una conducta ejemplar, modelo de buenas hijas.

Aurora, por los rudos golpes que sufrió su espíritu, pasaba algunos instantes retraida en su gabinete, absorta en el rezo, ó derramando un mar de lágrimas.

—Fermina....—esclamó doña Beatriz.

—Mamá.

—Cuando baje Gabriela á la calle, que no se olvide....

—¿De qué?

—De ir al estanco.... mi caja está vacía.

—Pero, mamá, ¿por qué tomas tanto rapé? Te pones gangosa, y además es poco limpio.

—Hija mia, Dios me perdonará este único esceso, esta distraccion: no tengo con quien hablar: paso cien veces las cuentas del rosario: tu tia Carlota ensordece cada dia mas: yo apenas veo, ni aun con los anteojos que me habeis traido.

—Si tuviéramos tertulia....—dijo tímidamente Fermina.

—¿Estás en tu juicio?—prorumpió alarmada doña Beatriz.

—¿Qué dice?—hubo de preguntar doña Carlota, cuya sordera la impedia tomar parte en muchas de las cosas que allí pasaban.

—Que si tuviéramos tertulia.... ¡Jesús!

Luisa, Adela y Aurora se miraron y sonrieron de la impresion que la palabra *tertulia* produjo en el ánimo de aquellas dos venerables ancianas.

—Hijas mias,—prosiguió doña Beatriz,—en mis tiempos las reuniones eran menos peligrosas: hoy no son convenientes: verdad es que en Madrid hay mucho *malo;* pero tambien gente muy buena. Por otra parte es preciso gastar, y nosotras somos pobres; y luego todo se vuelve murmuracion y disgustos: además, seria inútil cualquier sacrificio, porque los hombres se han hecho inso-

ciables; solo piensan en los cafés, en sus círculos, en la turbulenta política, en el giro de sus negocios: en fin, nuestra soledad es preferible al murmullo de los aduladores; pues dime con quién andas y te diré quién eres: cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Doña Carlota, instruida por Luisa del incidente que habia promovido aquella momentánea animacion, echó á volar su dictámen, aprovechando aquella oportunidad para decir siquiera fuesen dos palabras.

—Hijas, hijas.... corren malos tiempos: la prudencia es recato: el recato es virtud: la virtud es perla preciosa, que se busca hasta en lo profundo del mar: quiero deciros que á la mujer virtuosa nunca la falta Dios. Contentaos con asistir de tarde en tarde á casa de nuestra amiga doña Mónica, y alguna vez al teatro Real: no debeis tener queja: tambien fuísteis de campo: hijas mias, la resignacion significa fortaleza de alma.

—No estamos querellosas,—dijo Fermina,—pero en todo el año seis noches á casa de doña Mónica, una al teatro Real y dos tardes á la pradera.... ya veis.... que tampoco nos escedemos. ¿No es verdad, Aurora?

—Yo estoy satisfecha.

—Pues yo nó.

—Soy de la misma opinion,—añadió Adela.

—Ni es para estarlo,—observó Luisa.

—Paciencia, hijas, paciencia; y para cortar aquella especie de sublevacion, las propuso doña Beatriz que cantaran, único desahogo que las era permitido.

—Que cante Aurora,—dijo Adela.

—Canta tú, Fermina.

—¿Y que he de cantar?

—Esa letra de Julio del Valle, que compuso para el dia del campo, el dia que fuimos con la familia de doña Mónica y de su hermano el señor consejero.

Fermina tiñó de carmin sus mejillas, y la causa ya la com-

prenderán nuestros lectores, si recuerdan que al galan misterioso le preguntó por el poeta Julio del Valle.

El rubor de Fermina solo fué apercibido por Aurora, única que sabia el secreto de sus amores.

La jóven entonó con estremada dulzura la cancion ó humilde letra que sigue, haciendo el coro las demás hermanas:

LA PRADERA DEL MANZANARES.

Coro.

Verde pradera
del Manzanares,
nuestros cantares
te ofrecen paz.
Son los suspiros
de almas sencillas,
que á tus orillas
piden solaz.

La brisa lleva suave
á una hermosa el llanto mio,
y de verme llora el rio,
la ingratitud de un amor.
El murmullo acompasado
de su corriente sonora,
es el eco del que llora,
compasivo á mi dolor.

Coro.

Allá en la córte,
el alma inquieta

de la etiqueta,
la esclavitud.
  Bosques alegres
de rica alfombra,
dénos tu sombra
dulce quietud.

—¡Muy bien! —prorumpió contenta la madre de Fermina: —¿lo veis? ¿Para qué tertulia? ¿Para qué mas distraccion que esta?

—Si hubiese una guitarra....—dijo Luisa.

—Eso es: tras de la guitarra pediríais piano... y luego...

—A propósito de esa cancion, ¿sabes, Luisa, que su autor es un ente....

—No murmures, Adela,—interrumpió Fermina.

—No murmuro.... pero al verle tan escuálido y mísero....

—¡Piedad! ¡Indulgencia! Sin duda es pobre,—òbservó gravemente Aurora.

—Es una triste figura....—prosiguió Luisa con una carcajada.

—Es un caballero, —sostenia Fermina.

—Y de alma noble, y de envidiable talento: él hará suerte: hoy estudia: el genio le abrirá paso á otras posiciones.

La reflexion de Aurora, que aplaudió calorosamente Fermina, reanimó el debate; pero doña Beatriz, que velaba por la paz hasta en los incidentes de menor importancia, medió en la contienda en estos términos:

—He aquí por qué no permito reuniones, por insignificantes que sean; ya estais disputando acerca de un personaje que apenas habeis visto: si es infortunado . . Dios le ampare, aunque si es poeta, y nada mas que poeta, ya tiene lo suficiente para ser infeliz: ninguno fundó capellanías ni mayorazgos. ¡Y en este siglo! Yo soy muy torpe, mas creo que ni aun la poesía de hoy es poesía.

—Los distinguidos genios, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, si no fundan mayorazgos, trasmiten á la posteridad un nombre honroso, y legan á la patria mas de un título de gloria.

Aplaudió nuevamente Fermina las palabras de Aurora, que siempre eran oidas con respeto, y terminó el incidente á que dió lugar el literato Julio del Valle, cuya fama corria entonces por el pueblo y por la alta sociedad de un modo digno y notable.

Fermina, sin aturdirse por la oposicion de sus primas, sacó del cajoncito del velador unos papeles, y con sorpresa de todas, y segura de su triunfo, dirigiéndose á su madre, esclamó:

—Mamá, si me permites leer un artículo de ese poeta, á quien Luisa ha ridiculizado con tanta crueldad, verás qué sentimientos contiene.

—¡Fermina! ¡Fermina! — dijo con voz alterada doña Beatriz. ¿Y quién te ha dado esos papeles?

—Tranquilízate, mamá: nuestra amiguita Leonor.

—¡Ah! ¿la hija de doña Mónica?

—Justo: la encóntré cuando fuimos á la tienda, y me dió este folletin *inédito*....

—¿Y qué es éso? ¿Qué significa esa palabra? Porque en verdad, en estos tiempos oimos tantas nuevas y retumbantes voces, que nos aturden la cabeza: debe haber en el dia muchos sábios. ¡Jesus y cuánto inventan los ingenios!

—Significa que todavía no se ha publicado, que está manuscrito, y el autor hace la distincion de ofrècerle á una señorita.

—Vamos.... yà entiendo.... cosa de amores, bagatelas; devuélveselos á Leonor, y si no, tráelos, que yo se los llevaré mañana.

—Perdona, mamá.... no es de amores.... pertenece al género *filosófico.*

—Un diablillo eres tú, Fermina; ¿y qué entendemos nosotras de filosofía? Cuando eso es ahora.... ¡qué fuera si tuviésemos tertulia!... ¡Están los tiempos infernales!...

La familia se alegró de esta inesperada escena; y Fermina, prévio el ascntimiento de su escrupulosa madre, aproximó el quinqué, y leyó estos rasgos, el sencillo artículo que sigue:

EL DESTINO DE LA MUJER.

«El que ha corrido la escala de las pasiones, el mar borrascoso de la juventud, de ese albor de la vida, tan mágico, de tan fascinadoras ilusiones, bien puede considerarse autoridad, ó es tolerable que emita su voto en el grave asunto que en este ligero artículo nos proponemos.

»Mucho se ha escrito acerca del bello sexo, unas veces para deprimirle, con escarnio de la humanidad y de la justicia, otras para relegarle al mas soberano desden, no faltando por otra parte escritores de conciencia, que le han tributado el galardon que en buena ley y en derecho le corresponde.

»¡Triste mujer! ¡Cómo se han burlado de tu debilidad y de tu candor!

»¡Qué apreciaciones mas repugnantes mereciste á tus crueles calumniadores!

»*¿Quién es ella*? He aquí la síntesis de toda pesquisa en la gravedad de los juicios públicos. *¿Quién es ella*? *¡Por ellas!!!* Como si la mujer fuese la causa universal, determinante, causa á *priori*, en fin, el móvil de todas las acciones censurables. el impulso de la ambicion y del delito, la electricidad de los tormentos en la vida humana.

»¡Infeliz mujer! ¡cuán injustamente corresponden á tus caricias y á tus desvelos!

»Ciertamente las hubo célebres por lo perversas en todas las categorías sociales; mas en cambio, ¡qué millares de querubines existen, cuántas flores han embellecido la tierra, cuántas mujeres, cuya diversidad de atractivos y de hermosura constituye la mas rica gala del universo!

»Las que aparecen indignas.... son disculpables por su de-

bilidad y falta de inteligencia. Aun las de esta clase son capaces de rasgos mas generosos que los hombres.»

»La mujer por innato pudor, por su natural propension al bien, jamás toma la iniciativa en las acciones feas y reprensibles.

»El hombre la mostró la senda de perdicion, y se sirve de ella en sus crímenes, en su miseria y en su dolor.

»¡Contemplad á la *mujer religiosa*, que ha sepultado su lozanía en la oscuridad de un monasterio, y que hace vida penitente, lejos de los goces mundanos, y de los atractivos del lujo, del bullicio y de la fortuna!

»Pocos hombres se prestan á tan heróico sacrificio.

»¡Ved á esa jóven de modesto porte, de triste continente, de color pálido, sin mas animacion, sin mas luz que la que despiden sus hechiceros ojos ... esa jóven sin ventura, esclava de un trabajo constánte, de mezquina recompensa, consagró su vida al socorro de sus ancianos padres, sin mas recursos que el mísero jornal de sus labores!

»Discurre y dispone mil lujosos atavíos para que otras mas afortunadas luzcan en esplendentes reuniones, y gocen los encantos del gran mundo y de la riqueza.

»¡Considerad á esa buena madre en medio de una muchedumbre de hijos, á quienes asiste con tierna solicitud, á pesar de sus achaques y de su indigencia!

»¡La mujer tiene que sufrir los desvaríos del hombre, ciego de *pasion política*, de la que resulta no pocas veces el infortunio, la horfandad y las eternas lágrimas!

»La mujer afronta, resiste con ánimo sereno y tranquilo el brutal comportamiento de un esposo, que olvida sus sagrados deberes, y se lanza en el torbellino de cenagosas y desatentadas costumbres.

»La mujer ostenta su valor sublime en las adversidades, y rechaza con dignidad los tiros de la calumnia y de la injusticia.

»La mujer consuela al hombre en la horrenda oscuridad de los calabozos, porque allí brilla su imágen, y despues de la re-

ligion no encuentra el alma del prisionero un alivio mas dulce á su cruel tormento.

»La mujer resiste esforzada el frio, las privaciones y las pesadumbres. Indudablemente es digna de nuestra consideracion, posee mil títulos á nuestro aprecio.

»Si pertenece á la clase humilde, se la vé en sus pacíficas tareas, dirigiendo la familia, educando á sus tiernos hijos; siempre amable y sufrida, dando ejemplo de dignidad y de resignacion á los hombres.

»Si es de orígen elevado, si pertenece á las esferas aristocráticas, se la vé inclinarse ante una inspiracion celestial, se mueve á impulsos de un sentimiento evangélico, descendiendo de su rango y comodidades para ofrecer proteccion á los desvalidos, ejercitándose en actos de caridad cristiana que la enaltecen, conquistándose votos de gratitud, de respeto y de simpatía.

»Por desventura se conocen tambien algunos feos tipos de la mujer *mala*; mas debe considerarse cual una escrescencia inmunda, *ángeles caidos* en las lóbregas mazmorras de Satanás.

»Y no obstante de la descripcion que hemos trazado acerca de la *mujer buena*.... este sér estimable, la *cara mitad* del hombre.... tiene un fatal é indeclinable destino.

»¡Si es sensible, ama: si ama, padece: si padece, llora: si llora, sufre!...

»Por eso el destino de la mujer puede encerrarse en esta fórmula:

»Amar, padecer, llorar y sufrir.

Julio del Valle.

Cuando Fermina terminó la lectura de las precedentes líneas, que hemos juzgado oportunas para ir conociendo el carácter de nuestro poeta, esclamó doña Beatriz:

—¡Bendita boca! ¡Qué inspiracion tan noble! Si todos fueran

como ese don Julio.... bien podian aceptarse en calidad de generosos y honrados amigos; pero me asalta una duda: al fin es poeta, y los poetas dicen lo que les parece, siquier sea en frases muy bellas, y vuelven lo blanco negro, y pintan con brillante colorido las mismas sombras del infierno.

—Yo sé por doña Mónica y Leonor,—dijo Aurora,—que Julio siente lo que dice, y goza fama de honrado.

—Sí, cuando concurre á casa del consejero, debe ser persona bien educada....

—No lo dudes, mamá,—interrumpió Fermina.

—Podrá ser lo que decís.... pero su facha....

—Mira. Luisa, no te burles del infortunio: ya ves que nuestra posicion no es de marquesas.

Así espresó Fermina su justo enojo al oir que se ultrajó al poeta, cuya relacion amorosa tuvo orígen hacia poco en casa del consejero.

Por lo demás, su opinion acerca de la *mujer*.... fué por todas aplaudida, como era de esperar, tanto, que de allí á pocos dias tuvo el honor de ser presentado en la casa por doña Mónica, respetable madre de familia, á quien ya hemos aludido otras veces.

Este fué el orígen de los amores de Julio y Fermina, pero amores muy velados por el misterio, no obstante que sus primas hubieron de sorprender algunas miradas de inteligencia y mas de un billete de amor, alguna poesía resplandeciente de apasionada ternura.

Al relacionarse el poeta Julio con tan recomendable familia, ya don Juan habia cesado de ver á su idolatrada Aurora, habiéndose impuesto en aquella casa el sacrificio de no acordarse de su nombre, á causa de un terrible accidente que en hora oportuna referiremos.

De suerte que Julio no conocia á don Juan, y mucho menos la historia de sus amores.

La linda costurera, la bondadosa Fermina rindió su fé al

poeta, quien por su proceder digno y caballeresco se captó la voluntad hasta de las venerables y rígidas ancianas.

Aurora, tanto por su belleza, como por sus angelicales dotes y el misterio que la rodeaba, mereció de Julio una singular predileccion, un alto respeto, y para significarla, la dedicó una sentida, elevada y sonora poesía con el título... *El Angel del Paraiso*.

De repente, y sin saber la causa, desapareció Julio; y aunque en Madrid no es raro que, á pesar de estimarse á una familia se deje de visitarla, bien por imperiosas ocupaciones, bien por un pasajero esplin ó por otras circunstancias, es lo cierto que su ausencia ocasionó el mas hondo disgusto á las nobles señoras; y sus buenas hijas, especialmente á Fermina, cuya amargura se hizo visible, era patente, no obstante su estudiado disimulo y afectada ó fingida indiferencia.

Julio habia constituido una necesidad en aquella casa. Julio era la única persona á quien íntimamente querian, confiándole, escepto el infortunado amor de Aurora, cuantas vicisitudes les deparó la suerte.

Estoy seguro de que algunos de nuestros apreciables lectores habrá sido tambien objeto de tan íntima y lisonjera confianza.

Han de concurrir muchos amigos al trato de una familia, pues siempre uno, uno solo, es el predilecto, ora por la bondad de su carácter, bien porque haya, como vulgarmente se dice, caido en gracia, y merezca tan envidiables distinciones.

Julio merecia semejante predileccion: su amistad era grata, su talento ameno y afluente, sus fines puros y rectos.

Muchas noches las distraia con anécdotas y cuentos morales; otras narrando ciertos episodios ocurridos en la capital; otras, en fin, con la lectura de los viajeros mas célebres, folletines y novelas que, segun encargaba cuidadosamente doña Beatriz, no ofreciesen *peligro*.

Con estos antecedentes fácil es comprender lo que sentirian

la ausencia de Julio, y mucho mas no habiéndole dado motivo para su inconcebible retraimiento.

Por esta razon quiso Fermina saber del poeta, y apeló á don Juan, quien ya tenia de él algunas noticias, pero sin conocerle, deseando mostrarle su gratitud por los versos dedicados á la bella Aurora, reina de su corazon y de su alma.

IV.

LA TERTULIA DE UN CAFÉ.

Sigamos al aturdido marqués de Valdeclaveles y al enamorado bolsista, su presunto hermano político, Adolfo Céspedes, los cuales atraviesan en este momento la sofocante atmósfera de un café, y suben al entresuelo, en donde se hallan la tertulia, el villar y las mesas de *mús*, *solo* y *tresillo*.

Cuando cruzaban el café, no faltó un curioso que observase su aire de petulancia y de gran tono, porque el marqués y Céspedes, con un puro en la boca, guante amarillo, ricas y dobles cadenas de oro, y en fin, con cierto ademan aristocrático, que en el uno revelaba la riqueza y el título, y en el otro la nueva y poderosa grey de la fortuna, iban como desdeñando á los que allí estaban, cual á gente de *poco pelo*, segun ellos dirian, sin embargo de ser gente de la universidad, del comercio, de los talleres y de las oficinas públicas.

Tambien descollaba, atronando los oidos de sus crédulos oyentes, mas de un *político á la violeta*, de esos para quienes la carta geográfica es una cosa inútil, por lo desconocida, y sin embargo, recorren el globo, funden razas, crean nacionalidades, dividen pueblos, y todo lo gobiernan á su capricho, hiriendo

con los golpes de su ruda crítica las reputaciones mas acrisoladas, siquiera sean de los mas eminentes repúblicos y probos ciudadanos.

—Veo con satisfaccion,—decia el marquesito subiendo la escalera de caracol,—que la clase popular concurre mucho á los cafés, y esta circunstancia, cual tu esclamarias, amigo Céspedes, no deja de ser un *progreso*.... porque indudablemente en estos sitios hay menos ocasion á la intemperancia y á los desórdenes.

—Hay de todo,—repuso el bolsista;—¡si vieras á ciertas horas de la noche la *turba magna* que asiste á ciertos cafés!!...

—En su derecho estará, como nosotros en el de concurrir á los sitios que ellos frecuentan: ellos, los de la clase á que aludes, obran como lo que son, y nosotros procedemos cual lo que somos: cada uno es hijo legítimo y único responsable de sus obras.

—Justamente: pero queria decirte, marqués, una de las muchas cosas que desconoces: verdad que hace poco estás en Madrid: ya irás penetrando en sus misterios: sobre todo en sus *misterios nocturnos*, que son los mas dignos de saberse, los mas significativos y trascendentales de los que ocurren dentro de las débiles murallas de esta Babilonia.

—Esa es mi aspiracion: enterarme de todo: conocerlo todo.

—Aunque cueste....

—¡Siempre has de revelar tu espíritu económico-mercantil!...

—Me ofendes, marqués: yo soy tan generoso como cualquiera: no aludo al dinero: quise significar que aun á riesgo de algunos sinsabores ... porque has de convencerte, que no todo se puede andar sin tropiezo, sin graves contingencias.

—¡Báh! ¡báh! Aunque muy niño, he presenciado en otras ciudades las mas estrañas escenas, sin ningun género de inquietud.

A la sazon ponian el pié en el entresuelo, en cuya estancia veíanse mesas de juego, y alrededor sus correspondientes afi-

cionados, y algunos *cucos* de los que están á la que salta, jugando tambien por fuera y de camino á ver si cae algun inocente para desplumarle allí ó en otra parte, alucinándole con las deslumbradoras visiones de las cabalísticas suertes del pernicioso juego.

Los dos *dandís*, los dos liones de la nobleza y de la banca, se dirigieron á un ángulo de la tertulia, y antes de llegar á una mesa ya los esperaban de pié, sombrero en mano, tres hombres de pueblo, dos de aviesa faz, de siniestro semblante; y el otro, á quien interesa que conozcan nuestros queridos lectores, y cuya fisonomía es la siguiente:

Entretanto que se sientan, diremos que el marqués les indicó se cubriesen, llamando altivamente al mozo, y precediendo el «pidan ustedes,» frase obligada del que se propone dispensar el obsequio.

Parecerá estraño que acudan á tal sitio y busquen al hombre cuya semblanza vamos á describir, personas como el marqués de Valdeclaveles y el bolsista Adolfo Céspedes; pero *Frasquito Esparaván* era todo un personaje para ellos, puesto que les iba á servir de introductor, de guia, de mentor, de cicerone, en los bulliciosos barrios y en las oscuras sinagogas del mundo alegre, camorrista y aventurero.

El señor Frasquito Esparaván representaba unos cuarenta años, de pequeña estatura, garboso, con patillas á lo chulo, de buen talante y mejor decir, pues descendia nada menos que de Granada.

El traje que usaba constantemente era el de su país.

Gozaba el concepto de hombre de bien, prudente, obsequioso; uno de esos tipos de pacífica índole que se prestan á servir á todo vicho viviente, que con todo el mundo viven, merced á su carácter jovial é inofensivo.

Esparaván alternaba con personas distinguidas, para quienes ajustaba caballos, y solia correr grandes bromas con la juventud anhelante de novedades y de placeres.

Tañia la guitarra.... ¡loado sea Dios! Madrid en esta parte se halla convertido en una poblacion andaluza.... y así era el alma del negocio, el *sine qua non* de las partidas de campo, de los bailes y de las veladas al amor del Valdepeñas, del Jeréz ó del Priorat. ¿Qué otra cosa hemos de decir del célebre Frasquito? Unicamente, y esto hace su elogio, esto constituye su apología, que se imaginaba ser mas torero que el incomparable Montes, sin que jamás hubiese capeado un toro; que era un gran tirador de escopeta, sin que hubiese muerto en su vida un pájaro, y asi por este órden, revelando su orígen, un andaluz de pura raza, con sus ilusiones, su rica fantasía, pero con sus naturales y espontáneos chistes.

Por todo lo que, nuestro Esperaván era un verdadero hombre *necesario*, y debia serlo mucho mas para los aristócratas, que descendiendo de su posicion, tan vivamente le buscaban.

Habian servido unas copas de rom y marrasquino, licores confeccionados en Madrid, por mas que otra cosa digan los rótulos de las botellas, el marqués y Céspedes habíanles dado unos vegueros, y tomando Frasquito la palabra se espresó de esta suerte:

—Ya que su *erselensia* y su noble compañía han tenido la *dirnasion* de venir hasta nosotros, debo *isirles* que su encargo está *comprio*: cuando sus *mersés* gusten podemos ir á saborear el mejor *jiso* que han *probao* los *surtanes*.

—¡Bien, Esparaván! Iremos cuando concluyais las copas,—dijo el marqués.

—Pero, ¿y la fiesta?—preguntó Céspedes.

—*Toico* está á pedir de boca: bailará una *jembra* de lo mas chusco que se ha visto en los *colizéos realez*.

Despues hablaron de toros y de caballos, y dejándoles en tan entretenida charla, pasaremos á otras mesas, en las cuales se oian estas ó parecidas voces:

—¡Juego! Nó. Sí, tres pares: chica: no quiero: ¡órdago!

—Paso: juego: juego mas: ¡bola! La malilla de bastos: ¡favor! no la de oros.

—Hoy he buscado á V. en la audiencia, señor don Lope.

—El negocio está corriente: ha costado mucho convencer al procurador.... ya sabe V. que hay que cumplir.... por mi parte.... nada: nó, señor, no corre prisa: vaya, si V. se empeña.... aceptaré, aunque á disgusto, este pequeño obsequio. Puede V. ir á recoger mañana el testimonio.

Quien así hablaba era un jóven de la curia, llamado Lope Centellas.

—¿Qué sabe V. de nuevo?

—Nada.

—Pues yo.... sé....

—¿El qué?

—Lo mismo.

—Don Ciriaco, tome V. algunas acciones.... la mina..... promete.

—La mina está en Madrid, en el bolsillo de los inocentes sócios.

—Pero V. duda....

—De quinientos *denuncios*, y me quedo corto, se presenta alguna que otra, cuyos resultados no corresponden á los sacrificios que se nos exigen: hay quien pretende hacer creer que en el Cerrillo de San Blas, al pié del histórico monasterio de Atocha, hay una mina mas abundante que todas las de Méjico.

—Luego no tiene V. ilusiones....

—Ninguna.

—Es que podria esplotarse con ventaja.

—Lo que yo no quiero es convertirme en mineral.

—¿Cómo?

—Que no quiero ser *esplotado*.

—El dividendo....

—Estoy por no dividir: quien divide parte.... y quien dá

parte se queda sin lo que dá. Mil gracias: guárdese V. esos papeluchos.

En aquella época, hará unos diez años, habia gran furor minero, así como un sordo ruido político, que zumbaba en los lugares recónditos de los cafés por miedo á los fantasmas de la policía.

Continuando la descripcion, diremos que hay tambien una mesa de villar en la tertulia, en la que se divierten algunos estudiantes, habiendo en torno suyo multitud de jugadores sin taco, de los que se entienden á media voz, es decir, que juegan sin pagar derechos.

Un vendedor de periódicos esclama:

—¡El Boletin! ¡Los partes telegráficos!

—Chiquillo.... trae un número.

—¡Chs!... trae otro.

—Aquí.

—¿Me dejas sin el mio?

—¿Viene bueno?

—Tan fresco y reciente que....

—Si no digo eso.

—Los dos cuartos, los dos cuartos.

—Que si trae partes.

—¡Pues si yo me entretuviera en leer.... venderia muchos!

—¿Qué dice de París?

—Ocúpense ustedes de lo de casa y dejen al vecino.

—Tiene razon el granuja: ¡cuándo acabaremos de ser bobos!....

De repente el murmullo de la tertulia se ha suspendido: todas las miradas se han fijado por un instante en cierta notabilidad que habla secretamente con uno de los mozos ó camareros.

—Aseguro á V. que por esas señas.... no es fácil....

—Son las únicas que puedo indicaros.

—En verdad que á este café suele concurrir mas de uno de

esas circunstancias: están algunas horas al abrigo, y no deben dormir mucho por la noche, pues muy de mañana vuelven á echar una larga siesta. Segun los mismos dicen, pasan las noches en los garitos del juego. Nosotros, que concluido el despacho, en vez de irnos á descansar, corremos, aunque no siempre, algunos de aquellos á probar fortuna.... los hemos encontrado, y al ser de dia como hace la gente que trasnocha, todos nos hemos ido á otros rincones que jamás se cierran, en busca del almuerzo. De algunos me dá lástima, porque son personas finas.... mas otros.... crea V., señorito, que ni producen honra ni provecho.

—El jóven por quien yo pregunto no es vicioso, ni vagabundo: es un estudiante honrado, de buenas costumbres.

—Espérese V. un poco: tal vez el que sirve al villar le conozca.

Y quedó solo el caballero, siendo el blanco de las curiosas miradas de los concurrentes á la tertulia.

V.

JUAN-DIABLO.

Mientras torna el mozo haremos la semblanza de nuestro protagonista; es decir, de la primera figura de este inmenso, aunque descolorido é importante cuadro social.

Frisaba en los treinta y dos años: moreno, algo pálido, de grandes ojos, de mirar altivo, de arrogante estatura; el conjunto de sus facciones, sombreadas por dos negras patillas, era bello, como era tambien del mejor gusto su traje, completándole una rica y ancha capa color de avellana, con embozo de terciopelo carmesí y contraembozo de gró labrado.

El caballero parecia no conocer á los que le miraban, y únicamente contestó al saludo de un hombre de pueblo, especie de chalan, que jugaba al *mús*, y al de un empleado en Bienes Nacionales. que tambien se divertia en otra mesa al *solo* con varios amigos, entre otros, el jóven que incidentalmente hemos citado en las anteriores páginas, el intrépido curial Lopez Centellas, que tambien ocupará las restantes de esta nuestra humilde obra.

Frasquito, el andaluz, le hubo de reconocer, mas no se atrevió á saludarle, limitándose á llamar la atencion del marqués y del bolsista Céspedes.

Volvió el camarero, y dijo:

—Viene algunas noches.

—¿A qué hora?

—Tarde: aunque hoy tal vez no se presente.

—¿La causa?

—Porque el infeliz anda de verano, y aunque dicen que Dios dá el frio segun la ropa.... no es posible resista la noche de hielo que nos aguarda.

—¿Me conoceis?

—Solo para serviros.

—Tomad, bajo palabra de honor que guardareis secreto: si viene, le invitais á que tome lo que sea de su agrado, y lo restante se lo entregais, sin decirle de dónde procede, ni la menor circunstancia de esta entrevista. Por de pronto aceptad esta insignificante muestra de mi anticipada gratitud, y si os portais bien....

—Vaya V. tranquilo, caballero: será fielmente cumplida vuestra órden.

Nuestro don Juan, á quien nombraremos por ahora simplemente Juan-diablo, ni mas ni menos que sus vecinos, á los que debia tan tenebroso mote, tan infernal pseudónimo, se retiró, y el camarero tras él haciendo mil conjeturas acerca del generoso desconocido.

Le entregó diez nopoleones: ocho para la persona á quien buscaba, y dos como de propina por el estraño favor que le exigia.

Frasquito Esperaván tuvo lo audacia de seguirle, pero antes narraremos los comentarios que de aquella misteriosa notabilidad se hicieron por los que tenian, al parecer, algunos antecedentes.

—¿Quién será ese perdonavidas?—preguntó uno de los que estaban en la mesa próxima á la del marqués.

—En este Madrid se cobija tanto desconocido, que no es fácil averiguar....

—¡Y es arrogante!

—Viste mejor que un novio.

—A saber si hoy se habrá casado.

—Con mucha reserva habló al camarero.... Dios sabe si....

—Señores, no se calienten ustedes los cascos: ese es un hombre como otro cualquiera.

—¡Vaya una salida!

—Pues no es un *cualquiera*: yo le conozco.

—¿Sí?

Y el que afirmaba conocer á Juan-diablo, volvióse hácia donde se hallaban el marqués y el bolsista, diciendo:

—¿No és verdad, Frasquito?

—Mucho que sí: como que le vendiste la jaca torda: yo medié en el trato, y *partisipé* del alboroque.

—Cabal.

—¿Pero quién es? ¿Qué clase de persona es esa que tanta curiosidad escita?—preguntó el bolsista Céspedes.

—No lo sabemos.

—Pues entonces....

—Yo....—dijo Esparaván,—lo *júnico* que *arcanso*.... es que el *desconosío* es un hombre de pró, y muy aquel donde pertenecen los bravos: es todo un *prénsipe*.

—Tendria gusto de tratarle,—manifestó el marqués.

—Si no es mas que eso.... voy á *jaser* que le *jable* su *erselensia*.

Frasquito escapó tras de Juan-diablo, del que se oyeron estas ridículas conjeturas:

—¿Y qué nos importa ese hombre?

—Se dice....

—Cualquier disparate.

—¡Que es un pájaro de tres colas!

—Es un caballero,—esclamó el curial Centellas.

—¡Será posible!

—Lo dicho.

—Por mi palabra,—interrumpió el empleado,—creo y aseguro lo que afirma don Lope: y nadie mejor que este amigo, pues como de la curia, y V. perdone, es, cual todos, un astuto duende á quien pocas novedades se le ocultan. Yo puedo manifestar que ese desconocido á quien se considera casi un fantasma, estuvo en el remate de una hermosa posesion de cierta provincia.

—En Madrid,—observó el curial,—hay mas noveleros que personajes tienen las novelas y dramas de Alejandro Dumas: si estuviéramos en tiempos de la guerra civil, dirian que era un agente de Oñate, aunque fuese un distinguido patriota: si en la época de Calomarde, que era un *espía*.... aunque fuese un conspirador. Convengamos en que mucha parte del pueblo se permite los juicios mas cándidos y ridículos que se pueden imaginar. ¡Dé V. cartas, don Gerónimo.... y juego!

—Dice bien el señor Centellas,—añadió el empleado,—y lo mismo ocurre acerca de todas las cosas: parece que no progresamos.

—Hay todavía gentes que creen en brujas.

—Aunque opino como ustedes,—esclamó sériamente uno de los de la mesa,—desearia se dignasen decirme el nombre de ese prójimo.

—Juan del Castillo,—manifestó el curial.

—Perdone V., señor Centellas,—dijo el empleado;—tiene otro nombre y diverso apellido.

—Entónces no es el que V. se figura: está V. equivocado, señor don Gerónimo.

—Podrá ser.

—Cuando el rio suena....

—Por ahí se le conoce por un apodo nada favorable.

—Sí, pero es el vulgo.

—Y el que no es vulgo.

—A mí no me estrañaria que hubiese sido hasta sepulturero.

—Yo conocí bailarinas, que despues fueron duquesas.

—Eso consiste en que el mérito lo mismo puede estar en los piés que en la cabeza.

—Este Madrid es un teatro.

—Verdaderamente que ocurren cosas de mágia.

—Madrid es un mundo.

—Es el infierno de las metamórfosis, ó de las transformaciones.

—Amigos, si hemos de jugar.... conviene que doblen ustedes la hoja.

—Teneis razon,—observó Centellas,—y para concluir diré dos palabras.

—Aprobado.

—Decidlas.

—Pues señor, jamás registré vidas ajenas; pero ya que llegó esta oportunidad, me permitiré decir á ustedes que he visto los cambios mas sorprendentes en ciertos hombres, á quienes conocí en una posicion humilde y hasta despreciable. Y si se reflexiona acerca del giro de la fortuna, cuya rueda no dá gusto á todos, no debe sorprendernos. Muchas veces la virtud, el mérito, la inteligencia se ven espléndidamente recompensados, y esto es muy justo: lo que debe estrañarnos es, que se conquisten brillantes posiciones sin recurrir á una industria legal, ó sin poseer virtud, mérito y talento. Aun así suelen hacerse juicios erróneos é infundados.

—¿Y los grandes negocios?

—Muchas veces no son legales.

—He oido á ustedes,—esclamó un tercero en discordia,—desde mi mesa, y vengo á sacarlos de dudas.

—¡Hombre! ¡estaria de ver que tú, simple oficial de tallista, aunque muy hábil, vinieses ahora con antecedentes seguros sobre el desconocido!

—Pues ¿quién mejor que nosotros, los que alhajamos los palacios y las casas de los magnates, está al corriente de lo que sucede en la córte?

—Es una verdad: decid lo que sepais, porque esto se ha hecho cuestion de gabinete.

—El caballero de quien ustedes se ocupan, es un buen español, amigo de lòs artistas españoles, protector de los pobres y generoso con el trabajo.

—¿Y su orígen?

—Lo ignoro.

—Luego sabeis lo que nosotros: es decir, nada.

—Yo le he visto en el taller de mi principal, y hemos hecho para él cómodas, lavabos, roperos, jardineros ó canastillos, y mil objetos, que tuvimos el honor y el orgullo de oirle elogiar como los que puedan traer de París.

—Es justo y patriótico el elogio.

—¿Pero quién es?

—Se llama don Juan.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—Estamos tan á oscuras como antes.

—Sospecho que debe ser mayordomo de algun título, porque llevó un coche magnífico y un forgon cuando fué á nuestro taller por los muebles.

—Nada nos interesa: ¡al juego! ¡al juego! Mozo, un vaso de agua por la noticia.

Celebraron la ocurrencia del curial, del buen Centellas, dieron broma larga al tallista, y prosiguió el *solo*, olvidándose, por último, del que tan estrañamente le hubo interrumpido.

El que servia la mesa del villar era un hombre astuto, como lo son la mayor parte de los de su oficio, y camareros de los cafés, guardadores de no pocos secretos y raras aventuras, bien porque se las confian, bien porque las inquieren ó descubren cuando conversan mano á mano con ciertos duendes vagabundos, espías y correos de los lances mas estraordinarios que ocurren en Madrid.

Al referido mozo le preguntó un estudiante:

—¿Conoces tú á ese diplomático?—aludiendo á don Juan.

—Con esta son dos veces las que le he visto, pero segun noticias, es un hombre singular, y no màl parroquiano; ya nos lo contará Rodrigo, á quien parece habló en secreto. Nárranse de él las mas negras y fabulosas historias. Hay quien dice si há sido *partidario*, guerrillero, pirata.... capitan.... y otras mil cosas.

Mientras esto ocurria en la tertulia del café, Frasquito y don Juan celebraban en la calle el siguiente parlamento:

—Y bien, ¿qué se ofrece? ¿Quién es V?

—*Zeñó* don Juan.... *zoy* Frasquito para *zervir* á *zu mersé*: ya recordará cuando *ze* le vendió la *jaquiya* torda.

—Sí.... cierto: ¿y en qué podré favorecerle?

—Estaba yo en el café con su *erselensia* el *marquezito* de Valdeclaveles, y el banquero don Adolfo de *Séspedes*, y á la *verdá*, la interesante *perzona* de su *mersé* ha *llamao* la *atension*, y mi *zeñorito* el marqués, jóven de buen humor y *ezprendío*, *dezea* tener la honra de hablarle, y como vamos de fiesta, si á su *mersé* le *cumpre*.... acompañarnos....

—Agradezco mucho el fino y atento recado del señor marqués; mas por ahora no me es posible ofrecerle mis respetos.

—*Er cazo* es, que la *funsion* será una *velaica* al estilo de mi tierra.

—Me alegro, Frasquito; pero irán ustedes tarde.

—A *jeso* de las *dies*: mucho holgáramos de que su *grasia* nos *favoresiese*.

—En todo caso, yo seria el favorecido. ¿Y dónde es la fiesta?

—En casa de mi *compare* el tio Telarañas.

—¿El de Mairena?

—Justamente: el mas saleroso de los gitanos. ¡Y su mersé le conose!!

—Le conocí en la feria; me parece un buen hombre.

—Aunque gitano, lo es.

—Y ese caballero....

—¿El marquesito?

—Sí.

—Llegó há poco de *Zeviya* á *negosios*; pero como vino con una señorona.... la baronesa.... de.... Rocamar.... se *enreó* de tal modo el *negosio*, que se casará con ella.

—¡Con ella!

—Lo que oís. ¿La *conose* su mersé?

—Nó.

—Disen que es una jembra de rumbo....

—Iré á la funcion: dád las gracias al señor marqués, y si V., Frasquito, me necesita para otra cosa, puede manifestarlo con franqueza.

—¡Viva el garbo! *zois* la *flo* de los *cabayeros*, don Juan: por hoy *ná sofrese.*

Despidiéronse, y Frasquito marchó á la tertulia del café lleno de entusiasmo por el buen éxito de su mensaje.

Sus noticias escitaron viva satisfaccion, y el marqués no hacia mas que decir:

—¡Me divierto! ¡Estas cosas me divierten mucho!

A poco rato salieron para un festin, á cuyos postres, Dios mediante, llegaremos tambien nosotros, carísimos lectores.

VI.

LA ROSA ENTRE LAS ESPINAS, Ó UN ÁNGEL ENTRE LOS DEMONIOS.

Don Juan marchó á su casa, en la que ya penetraremos, con el fin de cambiar de traje, resuelto á concurrir á la fiesta para que habia sido invitado.

Pensó comparecer mas sencillamente vestido, ó por desorientar á los curiosos, ó por ir mas en armonía con la clase de gente que allí, de seguro, debiera reunirse.

—Mucho tiempo há que no frecuentaba reunion alguna de ese género.... mas las circunstancias aconsejan que asista: todo se debe á una singular é inesperada coincidencia. Buscando al infeliz poeta Julio del Valle, dí con una persona del mayor interés para mis proyectos. O Aurora es vengada, ó sucumbo en esta horrible lucha de la inmoralidad contra la virtud, de la impostura contra el honor, de los rabiosos celos contra la inocencia.

Así esclamó don Juan al tiempo de cambiar su traje de caballero por otro mas llano, aunque tambien costoso y elegante, pues consistia en una ligera y fina capa color azul, chaqueta con primorosos bordados, pantalon de patencur color perla, y así por este órden, un vestido sencillo, sin otra prenda de buen tono que un rico sombrero de copa: traje que le sentaba, cual

vulgarmente se dice, de lo lindo, á las mil maravillas, merced á su natural gracia española.

Dejemos á Juan-Diablo por un momento, y trasladémonos á una taberna figon, lóbrego tugurio, de húmedas y negras paredes, uno de esos recintos del viejo Madrid, que aun se conservan para formar contraste con el buen gusto de la época y como testimonio de aquellos dias en que dormitaba en el mas triste abandono la coronada villa.

El mugriento quinqué, fijo á un lado de la segunda entrada ó puerta, además del tufo insoportable, despedia un siniestro resplandor por la primera estancia, pues habia tres ó cuatro interiores, constituyendo todas por su aspecto y usos á que se destinaban, un albergue consagrado á los caprichos gastronómicos de la gente bulliciosa, y á veces de ciertas notabilidades vagabundas de mal vivir ó de aviesas costumbres

Como la juventud es propensa á lo maravilloso, y nada la intimida con tal de satisfacer su capricho, se confunde lastimosamente en ocasiones con la hez de la sociedad, resultando que presencia hechos impuros, cuando no se compromete en lances feos y peligrosos.

Otros pecan de inocentes porque ignoran la vida de ciertos pájaros de mal agüero que tales sitios frecuentan.

Veíanse alrededor de los bancos, que hacian de mesas, y varios veladores, algunos obreros, que sencilla y honradamente habian ido á engullir sendos platos de judias, riñones con tomate, lengua estofada y otros sabrosos manjares que forman el gasto favorito de los nocturnos gastrónomos, no ya humildes artesanos, sí tambien estudiantes, horteras y funcionarios públicos.

Así es, que todas estas categorías se hallaban fielmente representadas en la taberna-bodegon, que olia á refectorio de convento de Franciscanos, pero que ni el nauseabundo olor, ni el sucio aspecto de aquel, eran inconvenientes contra la animacion famélica, el envidiable apetito de los parroquianos.

Examinemos dos grupos de estos, pues los demás para nada nos interesan.

El primero lo formaban unos cuantos músicos de la *murga*, que así denominan á esas bandas nocturnas, ambulantes, sabedoras de los nombres de casi todos los vecinos de Madrid.

Llegan ante una puerta, preludian algunos tonos, y si reciben propina, tocan varias piezas, teniendo siempre á su lado un círculo de curiosos, que unas veces aplaude y otras se rie de la discordancia ó destemplados ecos de la instrumentacion, porque si bien los hay inteligentes y hasta buenos maestros, otros infelices murgueros, que no saben música, en vez de aplausos reciben los silbidos de la gente burlona que los rodea.

Pobres hombres dignos de aprecio, que de una manera honrosa ganan la vida, como vulgarmente se dice, constituyen su círculo filarmónico, cuya parada ó sesiones se celebran de dia en la Plaza Mayor, en donde se les busca para entierros, bodas, giras campestres, bailes, y para las fiestas de los patronos de los pueblos próximos á Madrid, cuyo viaje lo realizan en carros al descubierto ó sin toldo, única diligencia que les permiten sus facultades.

Cuando recorren Madrid á las primeras horas de la noche van á escape, y nunca por las aceras, sino por el centro de las calles, pues como tienen que andar largo camino, inmensas distancias, apresuran lo que les es posible el paso, á fin de llegar antes que otros á felicitar los dias ó las vísperas, y recibir su ansiada recompensa, menos cuando hacen *palas*, nombre funesto, que significa «no queremos ruidos» «mil gracias por la atencion» «váyanse VV. con la música á otra parte.»

Los murgueros visten por lo general un capotillo con mangas ó ligeras esclavinas: llevan hongo, y en su defecto, sombreros altos, deteriorados, antiguos, pues como no les es fácil llevar, además de los instrumentos, un paraguas, sus viejos *chapeos* son víctimas de los chubascos, y no deben sorprender ni su estraña forma ni su deterioro.

Habíanse deslizado en el bodegon-taberna sedientos y ateridos de frio á reparar sus quebrantadas fuerzas y distraerse del mal humor que les produjo el tiempo, que felizmente aprovecharon, teniendo la fortuna de recibir en dos ó tres felicitaciones considerables propinas.

Esta fué la causa de aquel desahogo báquico-gastronómico.

Los músicos en su mayor parte son alegres, decidores, y aun graciosos y despreocupados.

Escuchémosles un instante:

—Mozo.... sirve otras cuatro raciones de lo mismo y una peseta de judías: que el vino sea menos cristiano.

—Lo que es por falta de agua.... no habia de dejar de pertenecer al gremio de los Bautistas.

—¡Y qué noche, caballeros!...

—Sin ser noche-buena, es la mejor para los besugos.

—Vamos, que otras peores hemos tenido.

—¡Gran dia de ave! cual dijo el otro, que se estaba comiendo un cuervo ahogado que encontró en el Arroyo de Abroñigal.

—El estofadillo sabe mejor que huele.

—Que le perfumen.

—Pues lo que rechazan las narices, el paladar no aprueba.

—¿Y quién tiene hoy olfato?

—A saber si....

—Escrúpulos mongiles.

—Si os contara yo....

—No lo cuentes.... por Dios....

—Cuenta el dinero, y terminada la cena.... cada pájaro á su nido.

—Poco á poco, señores: debo participaros una noticia.

—¿Hay boda?

—¿Dia de campo?

—Hace mal tiempo.

—¿Fiesta?

—¡Ojalá que setiembre y octubre, meses felices para nosotros,

duraran lo que los diez restantes!... ¡Cuánto Cristo! ¡Cuánta cofradía religiosa! ¡Qué magníficas funciones!... ¡Qué espléndidos banquetes!

—¡Y qué dolores de tripas!... ¡Qué amables cólicos!

—¡Os atracais tanto!

—¡Si yo creo que nos echaron jalapa!

—Aquel boticario-mayordomo del pueblecillo de la sierra.... parecia un Lucifer.

—Los boticarios son hombres de chiste.

—Pues á mí poca gracia me hizo el estar ocho dias....

—Te purgaste.

—Pero sin receta, sin permiso del médico.

—¿Y cuál es la dichosa noticia que vas á comunicarnos, Serpenton?

—Yo creo que es una broma, Garavito.

—No es broma, Belcebú.

—Pues oigámosla.

—Antes de salir de casa tuve el aviso para esta noche á las diez y media, con tres músicos mas: somos cuatro....

—¿Y qué instrumentos?

—Un clarinete, flauta, violin y trompa.

—¿Para algun teatrillo casero?

—¡Qué cosas tienes, Berengena!...

—Como no se me olvida el chasco de los actores aficionados que nos llevaron á Carabanchel....

—¡Oh noche fatal!

—¡En mi vida he sufrido tanto!... los bribones se vinieron á Madrid sin pagarnos, viéndonos á la luna de Valencia, sin posada y sin cenar, de suerte que á las dos estábamos en la puerta de Toledo con lodo hasta las rodillas.

—Son gajes del oficio.

—Por esa razon es necesaria mucha cautela.

—Aquel *festero* (así llaman al gefe, ó al que ajusta las funciones) no se portó cual debia.

—En fin, ¿adónde vamos? Mejor dicho, ¿adónde nos conduces esta noche?

—A casa de un gitano.

—¡Vírgen de Atocha!....

—¡Si amaneceremos en alguna feria!...

—¡Mucho ojo!...

—No seais imbéciles: es sugeto de buenas condiciones, y el que me buscó merece confianza.

—¡Si hará con nosotros algun *combalache*!...

—Si nos embrujará.

—¿Y qué precio?

—Ninguno: ¿quereis venir ó nó?

—Respondiendo tú....

—Vaya si respondo.

—¿Y quién puede asistir á casa de un gitano?

—¡Quién! Van un marqués, un banquero y otros personajes.

—Entonces.... arroz y gallo muerto.

—Ya me pesa haber engullido tantas judías.

—No obstante, probarás algo del rico buffet ó ambigú que nos espera.

—Dios sabe.

Frente á los murgueros, en una mesa inmediata, habia tres hombres de siniestra catadura, y el más jóven esclamó:

—¿Habeis oido? Ahora no direis que os engaño.

—Luego será una gran funcion.

—Como que la paga un marqués.

—¡Cuidado con Margarita!

—Irá por la gitana.

—No lo creais: mi Margarita está segura, y lo mismo la hija del tio Telarañas.

—¿Y qué objeto puede llevar un señor tan encopetado al gastarse....

—Será un *gilí* como otro cualquiera: nunca faltan necios

que por conocer el mundo, se gastan en una noche lo que bastaria para que una pobre familia comiese en todo el año.

—¿Estais dispuestos?

—Eso es una *breva.*

—Pues claro.

—El negocio es corriente.

—Muy fácil.

El que inició esta enigmática y oscura filosofía, alusiva al baile á que debian concurrir los de la murga, era un hombre de pequeña talla, de mirar sombrío, cabello descompuesto, con dos largos mechones sobre las sienes, lo que habia motivado su mote ó vulgar apodo de Malospelos, con chaquetilla de pana azul, faja negra, sombrero calañés y un tapabocas.

Los dos camaradas lucian igual traje, con la diferencia de llevar el uno capa y el otro blusa.

El primero tenia por sobrenombre el Nene, y el de la blusa Cortacaras.

Los tres pertenecian á ese tipo de hombres de la escoria social, que viven de lo ageno, vagando siempre en las sombras de lo desconocido, prontos á cualquier acto punible, sin fé religiosa, sin conciencia, sin respeto á la ley, sin amor á la familia; en una palabra, sin vínculos morales de ninguna especie.

Sus antecedentes, el catálogo de sus hechos deberá ser curioso, mas no es fácil descubrirlo, porque no hemos de ir á los *procesos*, en los que indudablemente radican.

En otras mesas destacábanse tambien diferentes y más decorosos tipos, y como el sitio era tan á propósito para el misterio, no sorprendia ver alicuando mas de una voluptuosa y almizclada ninfa nocturna en seguimiento, ó á caza de algun imberbe galan á quien trasmitir algun amoroso mensaje.

Al salir los músicos, tomó asiento cerca de los vagos Malospelos, el Nene y Cortacaras, cierto doncel de unos veinte años, cuyo traje era estremadamente pobre.

Componíase de un levisac negro, pantalon del mismo color,



Malospelos preguntó al poeta: ¿Sabrá V. muchos romances?

ya deslustrado, y un mugriento sombrero, bajo cuyas anchas alas pendia una sedosa melena; y aunque descolorido, era simpático su rostro, semejando su personalidad á la de un artista, un poeta, ó la de un empleado de mísero sueldo.

Cuando hubo pedido al que servia en aquel compartimiento de la taberna una racion de carne estofada y un panecillo, brindó á los vagos desconociendo su calidad, les brindó cortesmente imaginándose, quizá, fuesen unos honrados y sencillos obreros.

Los tres hijos de la mala fortuna mirándose el uno al otro, y con maliciosa y estraña sonrisa, dijeron para sus adentros: este es un pobre hombre.

Por último, cambiaron algunas frases, y empezó la conversacion en esta forma:

—Habíamos creido, y usted perdone,—observó Malospelos,—que fuese usted un cómico de la legua.

—Y no lo tendria á deshonor: con mas ó menos mérito artístico, personas son dignas de aprecio.

—Y de lástima: ¡cuidado con lo que sufren!

—Algunos brillan despues como eminentes actores.

—Bien dicen, que bajo una mala capa se oculta....

—Mas de un filósofo.

—Cierto, señores: poco importa el traje, prosiguió el desconocido;—á un árbol que dá buen fruto, no se le mira la corteza.

—Sí, pero en el mundo....

—El mundo es un *maremagnum* de caprichos y ridiculeces· un espíritu elevado se rie del mundo, y gira en torno de él despreciando sus miserias.

—¿Conque sois un estudiante?—preguntó el Nene.

—Lo habeis acertado.

—¿Sabreis muchas historias?—dijo Cortacaras.

—Algunas: he registrado la universal, y estudio en el dia la antigua y contemporánea de nuestro país.

—Será lectura bonita....—interrumpió Malospelos.

—E instructiva.... de grande enseñanza.... pero como su estudio hasta hoy no se ha generalizado, sucede que la inmensa mayoría del pueblo no es ilustrada, y desconociendo muy importantes hechos, incurre siempre en los mismos lamentables errores. Sin embargo, la instruccion vá al fin desarrollándose, y dentro de poco cundirá en las humildes y oscurecidas esferas populares.

—¡Vaya si cunde! Hoy existe una malicia,—dijo Malospelos.

—Esa malicia no es ilustracion,—repuso magistralmente el bachiller.

—A mí lo que me entusiasma es la lectura de los *romances*.

A esta salida quedó atónito el bachiller, y para contradecir el necio capricho de Cortacaras y de sus compañeros, que tambien manifestaron idéntica opinion, se sirvió de estas reflexiones:

—Si los romances versan en asuntos religiosos, políticos, históricos ó de amor, y están escritos por buenos poetas, en ese caso tambien opino cual ustedes; porque el romance, al parecer sencillo, es un hermoso género de composicion y reune la circunstancia de una respetable antigüedad; empero si ustedes se refieren á los que publican por esas calles, que son un tejido de sandeces y de irreligiosas narraciones, permitirán les diga que tienen mal gusto: en mi juicio debieran prohibirse.

—No diga V. eso; pues ¿y la historia de los hombres célebres?

—¿Y la vida de los valientes?

—¿Y la relacion de los grandes milagros?

—Señores, si por hombre célebre entienden ustedes un bandido....

—Pues claro.

—Cierto que reune celebridad; pero es una celebridad funesta, que no debe reproducirse para que no tenga desalentados imitadores.

—¡Báh!... ¡en el mundo tiene que haber de todo!

—Convenido: mas urge evitar que haya mas malo que bueno.

—Eso consiste....

—En la falta de educacion.

—Mire V., señor estudiante, hay hombres finos que son unos pícaros.... pero como solo se ven las faltas de los pobres....

—Tienes razon; hay mas *lagartos* entre el oropel, que entre la mala yerba; pero como están ocultos con sus brillantes atavíos, sucede que no se les conoce.

—¡Cómo que no se les distingue!—dijo el Nene, apoyando á sus camaradas; y luego prosiguió:—Si por cada pícaro de los finos, ó de los *educados*, tuviese yo una peseta, podria estar seguro de que me habia caido el premio gordo: bien se advierte, señor estudiante, que, ó sois corto de vista, ó sois forastero en Madrid.

—¡Hay muchas bívoras!... dice bien el Nene, y á fé de Malospelos, que no hay tanto vicho venenoso entre las flores como los que se ocultan entre el lujo deslumbrador de la sociedad.

El estudiante, viendo el giro que tomaba la cuestion, y atribuyendo á la ignorancia de aquellos hombres, para él sencillos y honrados, tamañas exageraciones y estraños gustos, se engolfó en un mar de ideas filosóficas, que maldito el interés que les desportaban ó producian, sin moverles otra consideracion que la risa del desprecio.

Mientras les instruye el bachiller, diremos que el reloj marcaba las nueve, hora en la que aparecióse un nuevo personaje, cubierta la faz con el embozo de la capa, y sin ser apenas visto, sin llamar la atencion de nadie: tal era el zumbido de aquella colmena-congreso, en el que al estruendo de los platos, copas y cucharas, discutíanse á la par raros asuntos, oyéndose la ronca voz de algunos oradores como el eco perdido de los lejanos truenos, pues su decir era de bajo profundo y retumbaba en la siniestra estancia.

El nuevamente aparecido tomó asiento detrás del jóven de

levisác negro, el estudiante, y pidió una chuleta; mas era de presumir tuviese poco apetito, pues el avinagrado trozo de carne que le sirvieron, y cuya procedencia ni un químico podria tal vez adivinar, se lo regaló á un hermoso perdiguero errante, que cual muchos de la raza canina, tienen siempre libre la puerta de las pastelerías, fondines y bodegones.

—¿Sabes tú,—preguntó al mozo que le servia,—quién es ese jóven?—señalando al estudiante.

—Como vienen tantos, señor,—respondió aquel,—no sabe uno con quién se las há... y en boca cerrada no entran moscas, y callar es bueno.

—No tengais inconveniente en decírmelo, si le conoceis, pues me interesa en salir de una duda, y os lo agradeceré mucho.

—Este señorito, que charla mas que un loro, y por cierto muy finamente, ¡cómo que cuenta unas historias!... si no es *comediante*, que el demonio me lleve.

—¿Es parroquiano?

—Hace ocho dias.

—¿Y viene solo?

—Noches pasadas vino con otros señoritos de buen humor. ¡Cuánto se divirtieron!... ¡Eran escelentes personas!

—¿Has oido su nombre?

—¿Pues no he de haberle oido? Sí, señor: se llama don Julio de.... de....

—¿Del Valle?

—Cabal: así le nombran.

Positivamente era nuestro poeta, el amante de Fermina.

—¡Y qué lástima!—prosiguió el nuevo mozo del bodegon,—es muy afable: ¡ya vé V. con qué *capuchinos* está hablando!... ¡Aquí suceden unas cosas!

—Yo conozco al que está en el estremo de la mesa.

—Otros mas santos habrá en Melilla.

—Le dicen Malospelos.

—¡Carámba y qué bien le conoce V!

—¿Qué ha tomado ese caballero?

—Don Julio.... gasta poco: una racion de carne estofada, una copa de vino, de la que deja la mitad, y medio panecillo.

—Está bien: cóbrate lo suyo y lo que me has servido, y lo que reste para tí.

—¡Vaya si sobra!.... ¡por Santiago que le doy gracias! Pocos cual vos frecuentan estos sitios.

—Vete, y vuelve pronto, que he de decirte un recado.

El desconocido dióle un napoleon para que se cobrase, y en tanto que volvia el mozo, sacó la cartera y en una cuartilla de papel escribió algunos renglones.

El poeta Julio del Valle seguia doctrinando á Malospelos y comparsa, sin comprender que les merecian burla sus prudentes y filosóficas reflexiones.

A no ocurrir lo que vamos á manifestar, el poeta hubiera sufrido tal vez algun sério disgusto.

Cuando regresó el mozo, díjole el caballero que le esperaba:

—Haz el favor de entregar á don Julio este papelito al tiempo que se retire, advirtiéndole que lo has recibido esta mañana para que no sospeche....

—Sí.... entiendo: será V. servido.

—Además dile á Malospelos que le aguardan en la calle.

—Corriente, señor.

Salió el granuja, y el caballero que le esperaba le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

—No recuerdo.

—Está bien, aunque debias recordarme; sin embargo, me alegro. Dí, ¿qué fin os proponeis al burlaros de ese jóven con quien hablais?

—Señor, ninguno: estaba cenando, nos brindó, le dimos las gracias, nos pidió un cigarrillo, y nos empeñamos en que aceptase la mitad de una cajetilla. Le agradó nuestra franqueza, y luego nos ha referido mil graciosas aventuras: sabe mas que

Merlin; pero no tiene malicia.... y el pobre ... es mas pobre que nosotros.

—Si es verdad lo que dices, me escusarás que te haga responsable de cualquier disgusto que sufra ese caballero.

—No hay para qué: nosotros ningun mal fin abrigamos contra ese estudiante; por el contrario, tenemos que agradecerle una hora de diversion mientras llegaba la de ir á otro sitio.

—A vuestros negocios....

—Cada cual es dueño de su persona.

—Mejor fuera que os arrepintiéseis.... mas os pareceis á las mariposas, que revolotean junto á la luz hasta que se abrasan.

—Nosotros nos buscamos honradamente la vida.

—Por eso habeis merecido tres años de correccional.

—¡Y lo que Dios quiera!

—¡Insensatos! ¡Y aun haceis alarde de vuestros estravíos!...

El desconocido que pronunció estas palabras, era Juan-Diablo, quien segun dijimos, se habia disfrazado con un traje popular, pero elegante y de valor, para correr aquella noche sus aventuras.

Volvió la espalda el granuja, quien penetró en el figon diciendo:

—¡Creí que habia empezado la Cuaresma!... si lo sé no salgo. ¿Quién será este cartujo?

El poeta se aproximó á la luz del quinqué, y leyó lo que sigue:

«Julio: esta noche de nueve á diez, llégate, sin falta, á la tertulia del café.... N.... y recibirás por conducto del camarero que allí sirve un recado que te interesa.

Uno de tus amigos.»

Cuando concluyó la lectura se abismó en mil ideas y cavilaciones.

—Por las señas que me dá el mozo, no discurro quién podrá

ser el autor de este misterioso aviso: he faltado algunas noches al thé semanal con que nos obsequia nuestro condiscípulo Rojas: tampoco he asistido al teatro casero, y me tienen pedida una composicion los directores: ó el aviso procede de algun sócio, ó es para pedirme la papeleta del Ateneo: poco perderé en salir de dudas; ¡mas la noche está horrible!... ¡Armoniza con mi negra suerte! ¡Ira de Luzbel!!

El asturiano le contemplaba atónito, y al ver que salia con los brazos en cruz, mirar terrorífico, se le imaginó un autor representando uno de sus mas importantes papeles.

—Señorito, ¿se vá V?—le preguntó cariñosamente.

—Me marcho, sí: ¿qué se ofrece?—respondió Julio con seriedad.

—Nada... señorito.... que se iba V. sin que ajustásemos la cuenta; pero es lo mismo.

—Dices bien: perdona: he padecido una distraccion.

Fué á satisfacerle, y el mozo dijo sonriéndose:

—Nada debeis.

—¿Cómo?

—Está satisfecha la cuentecita.

—¿Por quién?

—Por el Diablo.

—¡Eso mas! pues dá las gracias á quien haya sido. Adios. ¡Oh suerte cruel! ¡Cesa ya de perseguirme!

El noble astur, viéndole partir, lanzó sinceramente esta esclamacion:

—¡Valme la Vírgen de Cuvadonga! ¡Qué lástima de talentu! Haria un lindu comediantiñu.... ¡Cuitadu galan!... ¡diliria!!!.

Julio inspiraba do quiera favorable concepto por su amena conversacion, su fé sencilla y el triste estado en que se hallaba.

Tal era su candidez, tanto desconocia el mundo, que dió la mano á Cortacaras, el Nene y Malospelos, diciéndoles:

—Adios, mis queridos y honrados obreros: otra noche tendré

la satisfaccion de obsequiaros, para corresponder, cual se debe, á vuestras finas y galantes atenciones.

Los hijos de las tinieblas le despidieron afectuosamente, y despues de su partida esclamó el Nene:

—¡Sabeis que este buen hombre es un babieca!

—Ha estado entre nosotros como la rosa entre las espinas.

—Cual un ángel entre los demonios.

VII.

UNA HEROINA DEL LAVAPIÉS.

Antes que Julio del Valle hubiese llegado al café, don Juan se hallaba en una mesa al pié de la escalera de caracol que conducia á la tertulia.

Se propuso espiar al poeta para descubrir sus costumbres, y revelarlo todo á Fermina, á quien deseaba favorecer, no tanto por reconocimiento al cariño que dispensaba á Aurora, sino que, prendado de su virtud, resolvió ampararla; plausible proceder, propio de su carácter humanitario, carácter que, envuelto en misteriosas apariencias, era mal interpretado por el vulgo, propenso á los mas estravagantes juicios.

De allí á poco entró en el café nuestro buen Julio, y dirigiéndose al piso entresuelo pasó cerca de don Juan, quien observó que el semblante del poeta, aunque pálido, revelaba dignidad, así como sus espresivos ojos el fuego de un alma enérgica luchando con el infortunio, pero sin declararse vencida.

Gustóle á don Juan el jóven que tanto amor supo inspirar á Fermina, y formó el propósito de serles útil, ya que él y Aurora se veian, quizá para siempre, por tristes causas desunidos.

Bajó el camarero de la tertulia, y conociendo á don Juan, le dijo:

—Está cumplida vuestra órden.

—Gracias; ¿y qué hace?

—Ha recibido la mayor sorpresa: no adivina el autor de un rasgo tan generoso: se halla inquieto: ha pedido un café y cigarros, y voy á servirle.

—No le hableis.

—Ni una palabra: descuidad.

Se retiró el mozo, é involuntariamente Juan-Diablo dirigió una mirada escudriñadora por todo el café, y á estar menos preocupado, hubiese visto y oido cosas y revelaciones del mayor interés para ciertos episodios novelescos, fundados en la verdadera historia de nuestras costumbres.

Empero, ya que el misterioso hijo de Madrid, el estudiante de San Isidro, el antiguo campanero de San Millan, no se atreve á ocuparse ó distraerse en el exámen de cosas y de personas, porque su pensamiento y su corazon se hallan como encadenados á la imágen de su idolatrada Aurora, nosotros, críticos inflexibles de las costumbres, murmuradores constantes de lo que censura merezca, para tu solaz, curioso é indulgente lector, vamos á realizarlo.

Te has de imaginar en el centro de un café, sobre un blando sillon, y que llegan á tí, por estar dispuesta acústicamente la sala, cuantos sonidos se producen en todas las mesas; pues bien: mira y escucha; ¡y con los ojos del entendimiento ó del alma, vé y contempla las fotografías movibles y parlantes.

Mesa 1.ª ¿Adelanta V. algo en sus pretensiones, señor don Rufo?

—El diputado de mi distrito me dá seguridades de que muy pronto recibiré la credencial.

—¿Es V. elector?

—Desgraciadamente no reclamé á tiempo.

—¿Cuánto lleva V. en Madrid?

—Tres meses.

—Pues vuélvase á su lugar, y economizará dos cosas, que deben importarle mucho.

—Sepamos cuáles.

—La paciencia y el dinero.

Mesa 2.ª ¿Que les parece á VV. la célebre causa?

—Que es una causa célebre.

—Esa es una verdad de á fólio.

—Por tener tantos la causa, no es fácil esclarecer la verdad.

—¿Y para qué emborronan tanto papel?

—Los jueces no tienen la culpa.

—La tendrán los escribanos.

Mesa 3.ª ¿A que no aciertan VV. las *palabras* que peor me suenan, que hieren con mas disgusto mis oidos, no por su *significado*, y sí por lo tanto y tan falsamente como se repiten?

—¡Vaya una ocurrencia!

—¿Estamos de acertijos?

—Hablo sériamente.

—¿Quien lo adivina?

—Pues amigos, es muy fácil.

—Nos damos por vencidos.

—Oigan VV. y luego dirán si tengo razon.

La palabra «fraternidad,» cuando á cada instante venimos á las greñas, y hay un egoismo que asombra.

La palabra «crísis,» cuando la verdadera es la que padecemos los pobres.

«Correo estranjero,» habiendo en casa tanto de que ocuparse, y no poco que censurar.

«Fé política,» y no hay un creyente.

«Coalicion,» entre corderos y lobos.

«Independencia,» y no existe quien no sea esclavo: el pobre lo es del rico; el trabajo, del capital; el capital, de los negocios; el mendigo, de la limosna; el talento, de la proteccion; y el hombre de bien.... de la desgracia.

«Amigos,» los que se dejan esplotar.

«Reputacion,» porque es buena ó mala, segun el interés ó el capricho del prójimo.

«Justicia,» porque solo alcanza á los desvalidos.

«Caseros,» porque nos hacen pagar cara la grillera en donde nos sepultan.

«Construccion de casas,» porque solo se construyen fuentes, plazuelas, jardines y kioskos.

«Casas á la malicia,» porque todas son maliciosas.

Mesa 4.ª Y dí, Rosa, ¿cómo te compones para tener tres novios?

—Muy sencillamente, Juana: los domingos por la tarde voy con el hortera, que me paga la habitacion, comemos aquel dia en la fonda, vamos al baile ó á la zarzuela. Los demás dias, no todos, me visita el viejo propietario, del que espero heredar.... amen de lo que en vida le saco para la mesa y para vestir: con el viejo me disculpo diciéndole, que los domingos, despues de la misa á la Vírgen de la Paloma, que no perdono por todo lo de este mundo, tengo la obligacion de acompañar á una señora, á la cual debí siempre singulares favores.

—¿Y el chulo?

—Este lo sabe todo, pero es de buéna pasta, y el que de veras aprecio; mas como es pobre.... yo le doy la ropa limpia y algunos reales para que se divierta. Es jugador.

—Que busque otro oficio.

—¡Están, segun dicen, tan malos todos los oficios!...

—Sí, para los que tienen poca aficion al trabajo.

—Hija, cada uno es dueño de su libertad.

—Quién lo duda: pues mira, Rosa, Dios te conserve tan envidiable suerte; mas sospecho que no te durará mucho.

—Si tú me eres infiel....

—No me injuries.

—Ya sabes, Juanilla, que cuando no estás sirviendo, tienes posada segura, y que si te hace falta un duro....

—Estoy muy agradecida, Rosa; pero lo digo, porque si el hortera y el propietario huelen al judador, te quedarás sin habitacion y sin vestidos; y despues que no tengas un real.... el chulo se irá con la música á otra parte, es decir, en busca de otra ganga, porque hoy los hombres se fingen tan interesantes...

—No lo quiera Dios.

—Y gracias que no te deje vapuleada.

—¡Silencio, Juanilla, que ya está aquí! Mozo.

—Señora.

—Un café para este caballero.

—Y una copa *mezclá*.

—Cabalito: mira, trae otros dos, que tambien nosotras somos hijas de Adam.

Mesa 5.ª Dos mujeres de pueblo, notabilidades de barrio bajo, muy bien peinadas, con pañuelos de seda á la cabeza tirados hácia atrás y sus correspondientes mantones sobre los hombros: son dos *fiadoras*.

—Oye, Ursula, el oficio no está de apetecer en el dia: *semos* un gran número de fiadoras, y en verdad, no sé por qué así nos llaman, cuando desconfiamos de todo el mundo.

—Y si no fíate, Escolástica: por lo demás, á todo hay quien gane.

—Ciertamente; como que hoy toda la baraja se vuelve ases: figúrate que hay en Madrid mas prestamistas que pelos tengo en el rodete.

—Hija, la usura está de moda.

—Lo que está de moda es el gastar mas de lo que se puede: todo se halla muy caro, y las gentes necesitan dinero.

—Que no gasten lujo, Escolástica.

—Si bien lo miras, Ursula, hasta en nuestra clase hay quien aparenta mas de lo que tiene: así nos dan tantos petardos.

—Haz lo que yo: jamás presto á los de gaban ó de levita, ni á los que no trabajan.

—Las personas decentes se valen de otros prestamistas.

—Que los desuellan.

—Como que los exigen un sesenta por ciento, además de las firmas de otros empleados, ó de comerciantes.

—El dinero es crédito.

—El caso es que nosotras tenemos la mala fama, y las grandes sociedades....

—Pagarán contribucion.

—Es decir, que están autorizadas.

—Justo; y dime, ¿qué tal?

—Hasta ahora.... bien.

—Pues yo he tenido quiebras.

—No prestes á los señoritos.

—Hazte cargo de que muchos infelices tienen familia, habitacion cara, necesidad de concurrir á los cafés, vestir con decoro.... ¿qué puede quedarles de un pobre sueldo?

—Ya se vé.... la vanidad....

—La esclavitud en que los pone su clase: en cuanto á vanidad, mas demostramos nosotras y todas las de nuestra condicion: mira que hay en los barrios bajos quien lleva mas rumbo que una emperatriz.

—Para eso lo ganan sus hombres.

—Y ellas con sus trapisondas. ¿Pues y el despilfarro que traen ciertas gentes?

—Hacen bien: lo deben á sus negocios.

—Y á industrias poco legales.

—Cada cual se ingenia á su modo.

—¡El mundo está muy *corrompío*!

—Así le encontramos, y así le dejaremos. ¿Quieres otra copa?

—Como gustes, aunque ya no puedo mas: figúrate que venimos desde la taberna á la pastelería, desde la pastelería al café.

—No hemos de ser menos que los hombres: ellos nos dan el mal ejemplo, pues los hay que no solo á sus mujeres, sino hasta á sus nietecitas, llevan á la taberna.

—Y luego nos dicen despilfarradoras.

—¡Y anda la marimorena que es un gusto!

—Mujer, haz lo que yo.

—¿Qué haces?

—Me finjo sorda: bebe, y no llores ante de tiempo: ya lo sabes: á peseta por duro, y que apronten veinticuatro reales por semana, si piden mas de una onza: si das telas fiadas, exige en vara real y medio para tí: lo demás es cuento.

Mesa 6.ª Alrededor cuatro hombres y otras tantas mujeres en traje de domingo: pertenecen al gremio de los vendedores de las plazuelas: vienen de los novillos: se distingue una de las mujeres por su estremada robustez, su rico aderezo, sus sortijas de oro y un hermoso pañuelo de Manila.

La mala fé, ó la equivocacion del camarero que los ha servido, produce la ruidosa escena que sigue.

—Sea V. prudente y tenga buenos modales: V. está aquí para servir al público y cobrar lo exacto, lo justo, y no para ensoberbecerse y dar en el cambio monedas falsas.

—Lo que digo es que la cuenta son treinta reales, y el dinero que he devuelto á VV. es dinero de ley.

—Miente V.: aquí está, y se puede ver: sean VV. testigos.

—¡Mire el hambron!

—Señora....

—¿Me amenazas, pícaro?

—Calla, Jacinta: yo arreglaré á este bigardo.

—Señores, que esto no es una taberna.

—Ni tampoco estamos en Despeñaperros.

—¡Si no te vas de aquí.... te arranco esas melenas de silvante!

—Calla, Jacinta.

—Nó quiero, Roque: me está manchando el pañuelo, y no he de sufrir el frio en la plazuela, ni he de pagar contribucion.... para que un.... un.... un....

—¡Jacinta!... ¡que estamos en el café!!!

—Cada uno corresponde, y se esplica segun le tratan: yo traigo mi dinero limpio y morondo, y puedo apedrear á onzas á los que se rien.

—Devuélvenos once reales que has cobrado de más, y llevate esas dos pesetas falsas.

—Mas falso es V.

—¿Qué es lo que dices?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Infame!... ¡Guardias! ¡Socorro! ¡Mi pañuelo! ¡Mi pañuelo de Manila!... ¡Voy á sacarte las entrañas, mozo de Lucifer!!..

—¡Orden! ¡Orden!

—¡A la calle!

—Nuestro dinero es tan digno como el de VV....

—¡A la prevencion!

—¡Allí van los vagos, como los que se burlan!...

Y el dueño del café juzga comprometido su crédito, y acude precipitadamente á sofocar la rabia de una amazona del barrio de Lavapiés, que vé manchado su rico pañuelo, y á templar la ira de un hombre que contempla abofeteada á su señora.... en medio de los silbidos de la concurrencia.

Las puertas del café se cubren de curiosos, en la calle se forman grupos, vienen los serenos, los agentes, los esbirros, y la escena es tan dramática, tan interesante cual lo son todas las que de este género ocurren en la culta capital de la monarquía.

Apenas sofocado el tumulto, no sin que el mozo sacase algunos sangrientos arañazos, nuestro don Juan vió que descendia el poeta por la escalerilla del entresuelo, y se dispuso á espiarle, á fin de instruirse por completo de su especial situacion y de sus costumbres.

Abandonemos por cortos instantes á Juan-Diablo y al poeta Julio del Valle, y veamos en qué se ocupan el marqués de Valdeclaveles y su amigo el bolsista don Adolfo de Céspedes y demás compañeros de aventuras.

VIII.

UNA FUENTE DE CALLOS.

Recordará el lector que desde la tertulia del café salieron con Frasquito Esparaván, pero no sabe á dónde, y vamos á decírselo.

Penetre con nosotros en una taberna con honores de barbería, pues luce puertas persianas, y no se observa desde la calle el ruido y la popular agitacion que en los demás establecimientos de esta especie; y luego que en el primer recinto y en el segundo, ahogado por el humo y el tufillo culinario, contemple un instante el furor gastronómico de los que devoran sendos platos de caracoles, pase al interior de la casa tras de una rolliza montañesa, la misma que ha servido, como por privilegio, en tan preferente lugar al marqués y á sus compañeros. Allí no habia brillante porcelana de Levre, ni de la Cartuja, ni de la Moncloa, ni talladas copas de cristal con bordes de oro, ni finísimos manteles, ni botellas con rótulos que indicasen los celebrados y *artificiales* vinos estranjeros, ni otras cosas de lujo que una enorme fuente de tosco barro de Talavera, ya vacía, una bandeja con media docena de copas, asquerosos bebederos universales, y por último, infinitas manchas coloradas so-

bre un ordinario mantel, sin duda del pimenton de los estimulantes y rojizos callos.

—Me divierto, señores,—decia el marqués;—estos manjares son preferibles á los de Lhardy.

—Los he comido con gusto, marqués,—observó Céspedes;—mas sin embargo, estoy por la cocina de casa, ó la de la fonda.

—Pues yo,—replicó el jóven aristócrata,—tengo el paladar hastiado de las comidas á la francesa y á la italiana: por otra parte, yo estoy aburrido de la etiqueta, y haré de aquí en adelante mi santo gusto. Al menos en estas bromas se me despierta el apetito, y lo que me rodea es libre, franco, popular y gracioso.

Escitado á beber mas de lo racional y de lo conveniente, con objeto de digerir las *confortables* pezuñas de vaca, sentia el marquesito una animacion vehementísima y jovial: reia, peroraba, sacudiendo recios golpes sobre la mesa con perjuicio de unos cuantos vasos, cuyo líquido se estendió por los ya grasientos y repugnantes manteles.

El bolsista, mas previsor que su amigo, fué parco en la bebida, pero se hallaba igualmente jovial, si bien con la sospecha de si la cecina, el salchichon y la pimienta en que abundaban los callos le ocasionarian un barreno en el estómago, una esplosion gástrica (gastro-callitis), suficiente á perturbar su momentáneo placer, y aun de un modo grave su salud.

—Seria lo mejor, lo mas tónico,—esclamó,—que tomásemos un thé y unas copas de coñác, para que se facilitase la digestion de los pedazos de piel, de esos pergaminos gelatinosos á que ustedes llaman pomposamente *sabrosos callos.*

—No tema su *mersé,*—interrumpió Frasquito;—en cuanto pruebe unas cañitas de *manzanilla,* se bajarán á los *tobiyos* sin *aquer nenguno* ni *contingensia.*

—Soy de parecer que salgamos de aquí,—insistió Céspedes;—el calor que sufrimos es sofocante.

—Ese calor,—dijo el marqués riéndose,—le ocasiona el sinnúmero de libaciones que has hecho del rico néctar de la Mancha.

—Te equivocas: aquí fumamos seis puros, y estas velas de sebo son capaces de asfixiar á un dromedario: marchemos al café mientras llega la hora de concurrir al baile.

Convencidos de la razon del bolsista, llamaron á la Maritornes, y despues de satisfecho el gasto, la entregó el marqués una buena propina. Disponíanse á marchar, cuando en los otros departamentos de la taberna se escuchó un ruido estruendoso, gritos, golpes, blasfemias y amenazas.

—¡Alto!—esclamó Frasquito Esparavám;—sus *mersés* no se muevan.... aquí estamos seguros: *naica* tenemos que ver con esa infernal camorra: *toíco* ello será una borrasca de amor, ¡oigan ustedes á las mujeres! ¡Cada una es un basilisco! ¡*Jezú* y qué bocas! *Parese* increible que de unos lábios de carmin *sarga* tanto veneno!!! Oyóse una nueva esplosion de gritos y de golpes, indicio seguro de una segunda y descomunal batalla.

Haciendo olvido de las imprudentes voces, de ese lenguaje soez, tan general hoy por desdicha, con mengua de la civilizacion y de la moral pública, citaremos algunas *indirectas*, para que nuestros lectores comprendan la especie de lid que súbitamente se habia promovido.

—Debe V. estar en una galera.

—¡Señora, V. me calumnia!

—¡Y todavía me niega V. que la hemos encontrado en un coche cerca de la fuente de Neptuno.... esperando á mi marido, que llegó en el momento de abrir yo la portezuela!

—Yo no esperaba á nadie: además, que su marido de V... no es su marido.

—¡Cómo! ¡Qué es lo que V. dice!... Será marido de.... de.... una....

—¡Lengua villana!

—¡Silencio! ¡Orden!

—No callaré, no callaré.... tú y ella ireis donde no vereis el sol, donde merecen vuestros delitos.... ¡pues habeis arruinado á una pobre y honrada familia!...

Y como el esposo, que fué sorprendido *in fraganti*, diese un golpe á su cara mitad, el jóven que á esta acompañaba la defendió, y prodújose un alboroto indescriptible, uno de esos desórdenes tan frecuentes, que revelan el lamentable estado de la moral privada, merced al lujo, al estravío de la razon, á la inmoderada aficion á los placeres, de los que ningun amor profesan á sus hijos, ni guardan respeto á la sociedad ni á las leyes.

La autoridad intervino, y calmó por de pronto aquella espantosa gritería, que despues se reprodujo en la calle, atrayendo multitud de curiosos y ocasionándose una de esas escenas tan comunes en Madrid, y que tanto desdicen de la cultura y sensatez de la inmensa mayoría de sus habitantes.

El marqués y sus amigos presenciaron la última parte del drama; y cuando Céspedes, mas prudente y esperimentado, hubo de preguntarle «¿qué tal? ¿qué dices ahora?» respondió el aristócrata con su habitual ligereza:

—Esto es divertidísimo.... una broma.... una jarana de amor, que solo produce risa: ¡son lances que me deleitan en estremo!...

—Pues á mí,—dijo el bolsista Céspedes,—me causan tristeza: yo desearia que esta gente popular, con quien por otra parte simpatizo, fuese mas racional y circunspecta, y diese mas noble ejemplo á la juventud, hoy estraviada, y cuyos estravíos auguran un porvenir poco envidiable.

—¡Báh! ¡báh!—replicó el marqués.—Y á nosotros ¿qué nos importa? ¿Quieres que nos metamos á redentores? Seria predicar en desierto: cada cual hace de su capa un sayo, y cada uno se produce como quien es. Lo mismo sucede en París, en Lóndres, en Viena, en Roma.... por último, en todos los grandes centros populares: donde hay muchedumbre acontecen es-

tas revueltas de amor, de celos y de embriaguez. ¡Amigo Céspedes.... el pueblo está en la infancia de su educacion!

—Y con tus consejos, marqués.... con personajes como nosotros....

—Es que yo no he contraido el deber de apostolizar á nadie: eso se queda para los que predican la perfectibilidad humana, para tus amigos, en fin, de la *clase media*, que aunque con aspiraciones aristocráticas, con ínsulas de vireyes, lisonjean hipócritas á las muchedumbres, de las que se han servido para sus interesados propósitos.

—Habria mucho que decir....

—Pues ahora no estoy para escucharte, Céspedes. Marchemos, Frasquito: ¡al baile! ¡al baile!... que la noche promete ser toledana.

—Yo creo que vá á ser *madrileña*,—advirtió el bolsista, un poco amostazado por los pueriles golpes del marqués y por el recuerdo de su bella hermana Guadalupe, á quien hubiera querido acompañar, y no ser cómplice de estrañas y peligrosas aventuras.

A su ruego entraron en uno de esos cafés, que sin ser no muy populares ni muy de tono, reunen una buena sociedad; y bien fuese por el susto de la taberna, bien por lo estimulante de los callos, resultó que el marqués, á poco de sentir aquella atmósfera de gas, de humo y emanaciones humanas, y herido por el resplandor de las luces, vióse asaltado por cierta indisposicion, que causó disgusto y aun sonrojó á Céspedes y á las notabilidades que les acompañaban.

Apenas probó el thé, le condujo Frasquito á un lugar que no mencionamos por decencia; y á su regreso, aunque pálido cual un convaleciente, el bullicioso marqués tornó á su acostumbrada alegría, manifestando deseos de continuar la peregrinacion nocturna que habian acordado. Céspedes disimuló su inquietud, y todos salieron del café en direccion del baile de los gitanos.

IX.

EL GARITO.

Don Juan habia seguido al poeta Julio del Valle, quien pausadamente, con el puro en la boca, la mano derecha entre el chaleco, la izquierda en el bolsillo del pantalon y alzado el cuello del levisác, enderezó sus pasos hácia un punto céntrico, penetrando en una callejuela no muy limpia ni de mucha luz, y subió la escalera de cierta casa, contento sí, por el obsequio recibido, pero abismado en un mar de conjeturas acerca del misterioso protector que la caprichosa suerte le deparaba.

Don Juan sintió una triste sospecha al verle penetrar en un oscuro y silencioso aposento, en un garito, en una *casa de juego.*

Al instante le asaltaron mil temores respecto de la conducta del poeta, y trayendo á la memoria el noble amor de Fermina, acrecieron sus inquietudes, y casi estaba pesaroso de su intencion de favorecer á un jóven inconsecuente, y tal vez sumergido en el fango de la disipacion y de los vicios.

El del juego, tan combatido por la moral, por la conveniencia privada y por las leyes, hoy por desventura muy generalizado en todas las clases, era esencialmente aborrecido por don Juan, quien á su larga esperiencia, como ya diremos, reunia la

conviccion de que el juego no hace la fortuna de sus apasionados, escepto algunos hábiles tahures, y otros, que sin oficio, ó en completa desgracia, buscan un recurso á sus necesidades, arrostrando una vida agitada de peligros y de desvelos.

Julio, en vez de dirigirse á la mesa donde jugaban, cayó en un sillon, yerto de frio, y á su lado, despues de haber recorrido la sala, sentóse tambien don Juan, mostrándose indiferente hácia el poeta, cuyas acciones se habia propuesto espiar hasta en los mas minuciosos detalles.

El pequeño salon presentaba un aspecto sombrío: si bien amueblado con decencia, habia en él poca luz, escepto la que despedia una lámpara sobre el verde tapete de la mesa de los jugadores.

En un rincon, algunos aficionados conversando misteriosamente acerca de los azares de la suerte.

Alrededor de la *banca* un grupo numeroso, que hacia sus *posturas* con el mayor silencio, interrumpido de vez en cuando por los sonidos de las monedas, la voz de los banqueros y el sordo murmullo de los que jugaban, ó de los *puntos*.

Pero lo mas estraño era el diverso matiz, la variedad de fisonomías y aun de trajes de los concurrentes.

Tres ó cuatro mozos, camareros ó sirvientes de garito, con pañuelo á la cabeza los unos, otros con chaqueta y faja, y alguno con raida y oscura blusa, destacando sus semblantes cierto aire carcelario que pasmaba.

No pocos jóvenzuelos, cuyas manos los denunciaban como pertenecientes á la sencilla clase artesana, esos jóvenes sin esperiencia, sin conocimiento del mundo y sin respeto á sus honrados padres, que apenas dejan el trabajo corren en pos del vicio y de su ruina.

Mas de un estudiante que, ansioso de recobrar lo *perdido*, aventuraba el salario de la patrona, el dinero de los libros y aun el obsequio que debia al cariño de su bondadosa madre.

Tambien se ostentaban allí los semblantes pálidos é intran-

quilos de algunos empleados de corto sueldo, que sin permiso de sus familias ofrecian su *mesada* en honor de un *cinco*, de un *tres* ó de un *rey de copas*, sonriendo primero de dulce esperanza, y llorando despues una triste realidad, un tardío y aterrador desengaño.

Haciendo tambien la *víctima*... y atraidos desde un café por los *ganchos* ó reclutadores de aficionados, veíanse algunos inocentes paletos, sencillos lugareños, de los que se imaginan volver á su lugar con un tesoro en cada bolsillo, y salen del juego sin un céntimo con que pagar los gastos de la posada.

¡Qué espèctacion tan profunda! ¡Qué ansiedad tan viva padecen los jugadores! ¡A qué ensueños se lanza su imaginacion, sobreescitada por la presencia del codiciado dinero!

Hemos oido referir á mas de un jugador noble y franco, porque en esta clase hay hombres de sentimientos generosos é hidalgos, que contrastan con su vida de riesgos y de aventuras, hémosle oido, que algunos enferman, pierden el afecto á la familia, no sienten amor hácia nadie, en nada piensan, y únicamente se fascina su espíritu, se entrega su alma, llena de pasion, al juego, cual un miserable esclavo á su despótico señor, cual un reo convicto á su verdugo.

¡Lo que hoy aflige es que la clase artesana se arroje tambien á ese piélago de desdichas, en donde tantos hombres han tenido que recurrir á la muerte... como el eficaz remedio á sus angustias, á su afrenta y á su martirio!

—¡Adios, Julio! ¿Qué haces? ¡Siempre en tus sombrías meditaciones! ¿Cómo no has concurrido há tantas noches á la reunion de Rojas? ¿Estuviste enfermo?

Estas preguntas, dándole al mismo tiempo y de un modo afectuoso la mano, se las dirigia un apuesto jóven al meditabundo poeta, quien sin levantarse y con su indiferencia característica, le contestó de esta suerte:

—La indisposicion que sufro, amigo Daniel, es puramente moral.

—¿De amores?

—Disgustos de familia.

—¿Se desvanecerán pronto?

—Así lo espero.

—Nos alegraríamos mucho: nos haces falta, y te se aprecia.

—Gracias, Daniel.

—¿No juegas?

—Nunca.

—¿Qué haces entonces en este infernal garito?

—Aguardo á un amigo, con quien á las altas horas voy á recogerme: soy su huésped.

—Pues ¿y la patroncita doña Casilda?..

—Se empeña en cobrar adelantado...

—Se han vuelto muy *caseras* las patronas: ¿no es verdad, Julio?

—Espíritu mercantil de la época.

—Hoy vale mucho el dinero.

—Por esa razon se busca tanto.

—La libertad para todo: época que os agrada.

—Cierto, Daniel; aunque tiene horribles contrastes.

—¿Qué te parece el que presenta este tugurio?

—¡Oh, dá lugar á fatídicas reflexiones!

—Pues no dejes de estudiarlo... y adios; y si me juzgas útil... estás á tiempo.

—Siempre te he considerado un buen amigo: dí á la reunion que tendré un placer en asistir pronto á sus deliciosas conferencias, y al efecto llevaré un humilde artículo de costumbres... nada valdrá... en fin, le oireis.

—¿Algun folletin? Que sea pronto: no olvides á los que te aprecian. Adios; voy á probar fortuna.

—Mira lo que haces, Daniel.

—Arriesgaré poco: un par de onzas.

Don Juan habia permanecido atento á este diálogo, y felizmente se convenció de que el poeta Julio del Valle no era vi-

cioso, no jugaba, y decidióse á entablar conversacion con él, aunque sin descubrirse, ni menos evidenciar sus rectas intenciones.

—Puesto que no jugais, caballero, y dispensad esta confianza, si os parece hablaremos interin llega la persona á quien esperais: yo tambien aguardo á un amigo, y me causa fastidio permanecer espectador de esa lucha terrible entre el temor y la esperanza en que están empeñados, en que se agitan los jugadores.

Al oir esta interpelacion volvióse hácia Juan-Diablo el indiferente y abstraido poeta, holgándose mucho de habérselas con un imprevisto camarada, cuyo ademan grave y digno le inspiró respeto.

—Como gusteis,—le respondió Julio.—Así como así yo me desespero de hallarme en este sitio, especie de morada de Pluton, contemplando el silencioso paso de los fantasmas que lo frecuentan: á nadie conozco, y únicamente la imprescindible necesidad de ver á un compañero me detiene aquí: ya iba á dormirme; es lo que acostumbro todas las noches.

—¿Y dormireis tranquilo?

—Como en un palacio.

—La imaginacion lo embellece todo.

—La conciencia, que nada arguye.

—¿Nada?

A esta pregunta fijó el poeta su ardiente mirada en Juan-Diablo, que sin desembozarse permanecia en un sillon arrojando espirales de humo de un rico veguero, que se confundian entre las sombras de aquel satánico recinto.

—Puedo aseguraros,—prosiguió Julio,—que nada me arguye, que estoy tranquilo por muchas razones: primera, porque á nadie ofendo: segunda, porque soy independiente y voy por el mundo cual una vision errante, desapercibida, y, en fin, porque nada poseo que pueda inspirarme inquietudes.

—¿Sois estudiante?

—Para serviros.

—¿Hace mucho que estais en Madrid?

—Unos tres meses: dejé á Valladolid y vine á continuar la carrera en la córte.

—¿Estais muy relacionado?

—No tengo mas relaciones que las de algunos condiscípulos, pues aunque mis padres, pobres hidalgos de provincia, me favorecieron con mas de una recomendacion, he visto que en Madrid de nada sirven, si el hombre no vale por sí mismo ó no aparenta valer, ó se hace notar por sus estraordinarias prendas. Como yo soy un jóven oscuro, aunque bachiller en filosofía y cursante en tercer año de leyes, me envuelvo en el manto de mi soledad ó de mi aislamiento, no adulo, ni soy impertinente.... y así continuaré, á no ser que mi estrella otro rumbo me tuviere señalado.

—Sois felíz.

—Muchos lo parecen y no lo son.

—Cada uno entiende la felicidad á su modo.

—Unos dicen que es el dinero.

—Otros la gloria.

—En mi sentir,—prosiguió Julio,—la felicidad consiste en la quietud del alma: por lo demás, la pobreza es un martirio, la pobreza es el dolor, al paso que en el dia el oro es el derecho, el oro es el placer, el oro es la vanidad, el oro es un tirano.

—La pobreza absoluta,—dijo don Juan,—es ciertamente una muerte.

—Aun la no absoluta: un pobre vive penosamente, y el que no está satisfecho, no es felíz.

—Convenido: mas no tiene tantas necesidades, tanta inquietud como los poderosos: los ricos no son felices.

—Es verdad.... sus grandes negocios....

—Viven esclavos.

—Yo les tengo lástima,—esclamó sinceramente el poeta.

—¿Luego no aspirais á ser rico?

—No lo quiera Dios: mi felicidad la constituirá el título de abogado, y completará mi ventura, para dar descanso al espíritu en ciertas épocas, una humilde quinta en un sitio pintoresco: tengo pasion á la naturaleza; me dan vida las auras de los campos.

—¿Y si algun incidente os impide concluir la carrera?

—En ese caso me humillaré ante el destino.

—¿Y sereis felíz?

—No entiendo.

—Porque sereis pobre.

—Me resignaré con mi suerte.

—Concluíd si os es posible el estudio, porque una noble profesion es la base de la felicidad.

—Y si no la concluyo.... me valdré de mi escasísimo ingenio....

—¡Triste de vos! ¡Cuán amarga suerte esperimentais!...

—Hoy me sirvo de él: hoy me bastan algunos folletines para vivir....

—¡Risueña y mentida ilusion! Hoy estais independiente, mañana no lo estareis: los cuidados domésticos, el hambre, la desnudez, el dolor de vuestros hijos.... acabarian por apagar la luz de vuestra imaginacion, y dormiríais el sueño estúpido de la indigencia.

—Me conformaria con mi suerte: yo jamás seré rebelde á Dios, que es quien vela por sus criaturas.

—Acordaos de que todo no ha de venir del cielo, y que es preciso poner algo de nuestra parte.

—Seria un necio en luchar contra la adversa fortuna, y en ser mártir de ambiciones que no habian de tener un dichoso resultado.

—Permitidme una reflexion para concluir. La literatura en España, á pesar de que hoy se la rinde mas digna recompensa, es insuficiente, dadas ciertas obligaciones, para una persona de vuestra clase: ved, si no, á muy recomendables y aun esclare-

cidos ingenios..... lanzados á la carrera oficial, á los destinos públicos.

—La inspiracion no siempre es vigorosa: no es eterna: además que el Estado puede muy bien necesitar de algunos hombres, cuyas luces sirvan á su esplendor ó al fácil desarrollo de sus intereses ó de su prosperidad.

—Reconozco ese derecho legítimo en el Estado; mas yo, en vuestras circunstancias, concluiria á todo trance el estudio de las leyes, antes que preferir la profesion, aunque muy digna y honrosa, de poeta ó de novelista. Los jóvenes que han comenzado una carrera científica, deben hacer por terminarla y no distraerse de su principal objeto. Es corto el número de los genios privilegiados, quienes sin principios, casi absolutamente sin nocion alguna científica y literaria, brillan despues con la aureola que inmortaliza al talento.

—Os escucho con placer, y permitidme que yo tambien os pregunte á qué clase perteneceis, porque vuestras reflexiones proceden sin duda de personas de larga esperiencia.... y....

—Me honrais con vuestro lisonjero juicio,—interrumpió don Juan;—creo ser un hombre de honor, y esto me basta: en lo demás os habeis equivocado; ved mi traje: soy un oscuro industrial, aunque en mis juveniles años asistí á las aulas; pero se olvidó todo por los estraordinarios sucesos de mi vida.

—¡Vos sí que sois envidiable!

—La razon.

—Porque teneis hecha la suerte, mientras que yo correré todavía una existencia de disgustos, y Dios sabe si al fin rodaré en algun abismo. Tengo, sin embargo, gran confianza en la misericordia del cielo.

—Es el mejor amigo.

—¡Amigos! No existe uno.

—Decís verdad.

—Aunque jóven, hice la observacion ó la esperiencia de lo que son los *amigos*, y sufri tristes desengaños: no obstante, en

las aulas y en el ejército se forman lazos que no se rompen jamás; pero los amigos del café.... los amigos de un baile.... los amigos de vecindad.... los de aventuras y bromas.... y en fin, los *amigos políticos*.... ¡qué amistad, qué simpatía mas falsa y despreciable!!!

Don Juan aplaudia los sentimientos del poeta, y deseando traerle á otro terreno, le dijo:

—El amor.... ya es otra cosa.

—¡Ah! ¡el amor!... —Julio exhaló un profundo suspiro.

—Tambien sois amante.... ¡éh!... No os sorprenda mi curiosidad, y os autorizo para que tomeis la revancha, ó que en este sentido me interpeleis á vuestro gusto.

—Los secretos del amor viven dentro del alma como imágenes sacratísimas, venerables.

—Merecen mi respeto: no es mi ánimo profundizar las sagradas reliquias del corazon: si os ofendeis....

—Al contrario, caballero, me consolais.

—¿Luego sois desdichado en amores?... Quizá la ingratitud.... ó el convencimiento de que no es un ser celestial, como la imaginacion representa muchas veces á los amantes á los ídolos de su fé....

—Padeceis un error: la vírgen de mis pensamientos, el ídolo de mi pasion, así por su virtud como por su belleza, es digno de una fé constante y fervorosa.

—¿Y os corresponde?

—Tengo pruebas de tan envidiable ventura.

—¿Y de qué os quejais? Sois mas felíz que yo.

—Me duelo de mi desdicha.

—¿Está ausente?

Julio guardó silencio, aparentando hallarse absorto en sus tristes cavilaciones.

Don Juan, por no aparecer indiscreto, y una vez que hubo conseguido lo que deseaba, le dijo:

—Perdonad, jóven: voy á permitirme una leal advertencia:

no frecuenteis estos sitios, que son peligrosos: vez con quién os reunís.... pues aunque la virtud no se contagia, no se infesta.... sufre repugnantes y feos escándalos. Dedicaos preferentemente al estudio, y conseguireis el término de vuestras nobles aspiraciones.

—Gracias, caballero; estimo en mucho vuestra esperiencia: ya tengo noticias de que Madrid es un club de enmascarados.... que hay gran falsía, y se camina en él á oscuras, por un sendero de abrojos.

Juan-Diablo se informó, aunque indirectamente, de la cátedra á que asistia Julio del Valle, de quien se despidió con marcada indiferencia, si bien de un modo cortés, saliendo en seguida del garito en direccion de los barrios bajos.

En la escalera vió á Malospelos, al Nene y á Cortacaras, que departian con un mozo de la casa de juego, y dedujo que se tramaba algun desórden, lo que le inspiró la idea de volver y dar aviso al inesperto poeta.

No fué necesario, porque al penetrar en la sala descubrió Malospelos á Julio, y hablóle de esta suerte:

—Caballero.

—¡Hola! ¿V. por acá?

—Oíd.

—¿Qué ocurre?

—Aquí está V. mal.

—Os equivocais: me encuentro muy á gusto.

—No me entendeis.

—Esplicaos.

—Salíd inmediatamente, y no me pregunteis la causa: os apreciamos, y esto es suficiente para advertiros que correis gran riesgo.

—¡Dios santo! ¡Esta noche vá de misteriosos é indescifrables enigmas!

—Marchad pronto.

Julio se levantó sin adivinar la razon de aquel amistoso

aviso. Formaba mil conjeturas acerca de la persona á quien momentos antes habia hablado, recordó sus consejos, y decidióse á salir de aquel siniestro albergue.

Malospelos tuvo presente la recomendacion de don Juan, cuando le llamó á la puerta de la taberna, y considerándole de justicia.... por lo que pudiese ocurrir el dia de mañana, se lisonjeó de favorecer al poeta.

Este, cumpliendo un deber de amistad, se acercó á su condiscípulo, que estaba jugando, y en voz, apenas perceptible, le dijo:

—Escucha, Daniel, yo me retiro: ¡tengo seguridades de que aquí sucederá algo muy grave!

—¡Calla.... inocente!... Los poetas estais soñando á todas horas.... ¿qué ha de ocurrir? ¡Sin duda has tenido un sueño pavoroso!

—Dios quiera que no te aflija una tremenda realidad.

—Estoy en suerte, y no me retiro: quiero desquitarme, y si es posible, me llevaré hasta el tapete de la mesa.

Viendo su pasion, su ciega fé, retiróse el poeta con el alma contristada; y no bien hubo puesto el pié en la calle, cuando se escuchó arriba un estruendo terrible.... atronadoras voces, lamentos é imprecaciones.

La hora no era muy avanzada: no habian sonado aun las diez y media, y no obstante, uno de los sitios mas céntricos de Madrid se convirtió en teatro de sanguinarias escenas.

¿Pero qué ocurre en el garito? ¿Por qué razon los jugadores pedian «favor,» lanzándose por la escalera como el que huye de un voraz y destructor incendio?

Los tres malvados referidos que habian entrado últimamente, en connivencia quizá con alguno de los tahures, *echaron el negro*.... voz técnica, que significa apoderarse de los intereses de la banca, aun á riesgo de manchar el oro, que codician, con su propia sangre.

Malospelos y sus camaradas hicieron esta especie de *barato*,

dejando á oscuras la habitacion, y produciendo en ella el mas infernal desórden.

No siempre la justicia llega con oportunidad, y por el pronto salváronse los criminales autores de tamaña villanía.

A poco rato escoltaban los agentes de seguridad pública á varios heridos, y conducian á otros al principal, ó prevencion de correos.

Como en aquella época, aunque hace poco mas de seis años, no existian las importantes, humanitarias y utilísimas «casas de socorro,» los heridos entraron en una barbería, y practicada la primera cura, los mas leves se encaminaron á la cárcel, y los de gravedad, incluso un cadáver, fueron trasladados al hospital de la calle de Atocha.

X.

DOS MUJERES DEL GRAN MUNDO.

Imagínate, lector amigo, que te hallas en un brillante salon ricamente decorado, con resplandecientes lunas venecianas, en las que se multiplican las infinitas luces de las arañas y candelabros, y en donde se reflejan los lindísimos rostros de las beldades aristocráticas y el continente y aun la petulancia de algunos caballeros y personajes de la córte.

Es un concierto; mas como ni las armoniosas voces de los que en él toman parte, ni los deliciosos acordes de la música son para nosotros de primordial y preferente interés, pasaremos á un gabinete de forma ovalada, las paredes pintadas de color rosa, un gran espejo con marco de oro en la chimenea y colgaduras de encaje y raso carmesí que dan á un dormitorio.

Hay dos sillones de terciopelo azul, en cuyos respaldos brilla una corona condal, y muellemente arrellanadas en ellos dos elegantes damas.

La mas jóven, ilustre por su cuna, seductora por su belleza y universalmente apreciada por sus virtudes, descollando entre otras «la caridad,» es la interesante condesa de Montelirio, amparo del infortunio y celestial consuelo de los afligidos, á

quienes sacrifica sus placeres, su vida cómoda y sus riquezas.

Su cabello es negro y lustroso como el ébano, su tez blanquísima y su reir encantador é inocente cual el de un hermoso niño.

La otra matrona, á quien ya conocemos, es la baronesa de Rocamar, que á sus cuarenta y cinco abriles, á pesar de sus ardientes y africanos ojos, vá envejeciendo por las tristes inquietudes que la devoran.

—No he tenido intencion de inferiros un disgusto, y menos un agravio,—esclamó la condesa;—mas siendo yo una de vuestras fieles amigas, me creo autorizada, segura de vuestra amabilidad, para esta confianza.

—Lo estais para todo, y no podré jamás resentirme de vuestra inofensiva y cariñosa pregunta: por ahora,—prosiguió la astuta baronesa de Rocamar,—hoy por hoy no acaricio esa lúgubre idea de encerrarme en un monasterio.

—Es verdad: sois aun jóven.... teneis mérito.... y quizá distintas y mas risueñas intenciones de las que os atribuyen.

—Tampoco en esta parte, condesa, andan muy exactos y verídicos los gacetilleros del gran mundo: me designan al marqués de Valdeclaveles.... y vuestro buen juicio comprenderá que á un jóven aturdido y disipador, cuya pobre hermana Guadalupe es víctima de sus estravagancias, no he de rendir mi fé, á pesar de que, lo confieso sin rubor, puedo ser su madre. Respecto á la noticia que ha motivado vuestra pregunta, no existe otro fundamento que el siguiente: cuando vine de Sevilla, hará unos seis meses, traté de cumplir un voto, hecho en horas de suprema afliccion, durante una horrible tormenta que nos asaltó cerca de las Islas Canarias al regresar de Cuba, viniendo sola, recien muerto mi esposo; y como por una temporada hube de oscurecerme en un solitario retiro, circuló el falso rumor de que pretendia consagrarme á la vida monástica. Por hoy, la baronesa de Rocamar, aunque pese á sus rivales, ha de permanecer en el mundo.

—Tambien dentro del mundo se puede servir á Dios.

—Y sin embargo, condesa, estamos siempre ofendiéndole, particularmente los que se ocupan en registrar vidas agenas.

—La murmuracion es inícua: decís bien.

—Yo, sin causa, sin dar motivo alguno, fuí constantemente el blanco de pueriles rencillas, de alevosos tiros y despreciables asechanzas. ¡Me atribuian, admiraos, condesa, el amor de un aventurero!

—¿Si?

—Tuve el singular capricho de hacer de él y de sus ocultos instigadores, un soberano y público desprecio. Aun recuerdan los bañistas de Carratraca, que pretendieron divertirse á mis espensas, lo que puede una mujer cuando juzga ofendida su dignidad.

La bella condesa de Montelirio ignoraba uno de los episodios mas importantes de la historia de su amiga la baronesa de Rocamar, porque ausente algun tiempo en las principales córtes de Europa, y despues consagrada á laudables actos de filantropía, no era de las que prestaban oidos á las hablillas de los círculos del gran mundo.

Por esta razon creyó de buena fé lo que escuchaba, sin abrigar la menor sospecha respecto al pasado de una mujer cuyo orígen la era absolutamente desconocido.

Aprovechando la ocasion de hallarse los concurrentes al concierto felicitando á los que habian lucido sus habilidades en las obras maestras de Donizzeti y de Bellini, continuaron las dos notabilidades aristocráticas su misterioso diálogo, con mucho interés por parte de la condesa de Montelirio, quien sinceramente deseaba conocer la situacion moral de su amiga, de la cual habian corrido rumores poco favorables, sin otro objeto que ver si podia serla útil en sus divulgadas y tenebrosas penas.

Su candidez contrastaba con la suspicacia de la baronesa, cuyo genio, velado por un esterior digno y magestuoso, poseia

el don de fascinar á todo el mundo, pues sus instintos eran vulgares, la astucia de las armas ruines, que hacen alarde de una malicia venenosa, y que no se ven satisfechas si no están mordiendo como las víboras.

Con semejantes dotes, la baronesa rehuyó por orgullo, disimulando con talento su violenta agitacion, las investigaciones, que guiada de un fin, el mas recto, se propuso hacer la de Montelirio, á quien por su angelical bondad acudian pública ó privadamente multitud de personas en demanda de proteccion ó de consuelo.

Pocos dias antes, un escelente sacerdote comunicó esta cautelosa nueva á la sencilla condesa:

—«Señora,—esclamó,—teneis la suerte de que por vuestro carácter cristiano acudan los afligidos á vuestra caridad y saludables consejos; pues bien: he sabido que una noble dama de las que frecuentan este palacio, necesita de vos, aunque jamás lo solicitará, necesita oir dulces acentos de resignacion evangélica, es indispensable que la iluminen los rayos de la fé católica para que sienta fortalecer su atribulado espíritu.... que decae, sin duda, que no puede resistir ya las embravecidas olas del mundo bullicioso, en el que, escepto vos y algunas otras almas privilegiadas, pocos son los que gozan un instante de reflexion y de sosiego. Haced por la baronesa de Rocamar lo que os dicten vuestros sentimientos, procediendo con la esquisita y delicada prudencia que os distingue.»

Esta indicacion, que partia de algun otro sacerdote amigo suyo, revelaba el estado moral de la baronesa, cuya susceptibilidad, mejor dicho, orgullo, se hirió con las reflexiones de su noble y cándida amiga, quien no desmayó por esta circunstancia; al contrario, hubo de insistir en su propósito de una manera que nos importa mucho, porque enlaza los sucesos de nuestra historia.

—No creais, baronesa,—insistió con dulzura la jóven condesa de Montelirio,—que hubiese estrañado vuestro heróico sa-

crificio: no seriais la primera: sois ilustrada, y como se dice, una mujer de mundo; y aburrida de sus falaces ilusiones, ¿por qué habia de sorprendernos el ver que ceñíais el santo traje de religiosa? Oid á este respecto lo que ocurre á una linda muchacha de un mérito estraordinario, que sin herir el amor propio de nadie, podria justamente decirse que es hermosa entre las mas bellas.

Aun no ha cumplido veinte años: reune á su especial gracia clarísimo talento y notable habilidad en el canto, en la música y en las labores: sobre todo posee un corazon de sencillez que encanta.

—¿Y quien es tan sobrehumana criatura, noble condesa?

—Tened la amabilidad de escucharme: concluyo pronto: iba á deciros que esta jóven es muy digna de compasion por su infortunio, y admirable por el imponente sacrificio á que se dispone, pues vá á ser religiosa, hallándose aun en los albores de la vida, en la edad lozana, siempre rica en mágicos sueños en, ilusiones deslumbradoras.

—¿Y á qué familia pertenece?

—Es huérfana, pero bien nacida.

—¿De manera.... que será pobre?

—Cierto.

—En ese caso no hace gran sacrificio.

—No por muy pobre la mujer está exenta de ilusiones y de felicidad: á no ser, baronesa, que vinculeis en nuestra clase, en el buen tono, la mágia de los placeres y de la ventura. Además, la jóven á quien aludo ha desairado brillantes ofertas.

—Todas dicen lo mismo: apostaria á que es una mogigata.

—Nó, por Dios, baronesa: es una criatura recomendable en todos conceptos: si la conociéseis.... formaríais diverso juicio.

—Sois muy crédula, querida condesa: abusan de vuestra escesiva piedad y generoso carácter. Os habeis impuesto, perdonadme esta confianza, gravísimas y penosas obligaciones.

—No lo creais,—interrumpió vivamente la condesa;—yo sé

distinguir lo verdadero de lo falso: es verdad que socolor de pobreza, se ven los mas repugnantes desvaríos: que hay vagabundos y mujeres hipócritas, los cuales, bajo la máscara de mansedumbre, ocultan refinada perfidia, y viven embriagados en una atmósfera de vicios y de liviandades: todo lo sé: así como estoy instruida de que hay mil familias desventuradas, cuyo decoro no las permite mendigar en ningun sentido, y mueren de hambre con una resignacion verdaderamente cristiana; al paso que hay otros séres audaces, cuyos vestidos y costumbres, cuyo género de vida, en fin, revelan que no son *pobres*.... y acuden, sin embargo, á la caridad de las sociedades filantrópicas, perjudicando á los que realmente lo son: yo hé dado limosnas, por no faltar á ciertas recomendaciones, á personas que de ningun modo lo necesitaban. Todo lo sé; mas la pobreza, como la virtud, se distinguen de lejos, se diferencian bien del libertinaje y de la hipocresía.

—He querido significar que la huérfana á quien tanto enalteceis, pudiera pertenecer á la raza de esas mujeres aventureras....

—Nó: pertenece á familia de honor.

—¿Estais segura del concepto con que la distinguís?

—Es fundado, baronesa: mis numerosas relaciones en los barrios escéntricos, mi respetable capellan, y mi médico el sabio doctor Monge, todos convienen y prestan antecedentes positivos, informes exactos de su intachable conducta: yo la he ofrecido el dote, y tendré una satisfaccion en contemplarla en un monasterio. Así la salvaré de peligros.... ofreciendo á Dios una sierva humilde, un alma en toda su pureza, un espíritu consagrado á las mas castas y celestiales meditaciones.

—¿Y por qué es desventurada?

—No quise penetrar en su vida íntima, pero he traslucido que un amor funesto, un amor que no debia dispensar á una persona de orígen dudoso, y un cruel desengaño, parece que influyeron en su resolucion heróica de retirarse del mundo.

—¡Conque un amor funesto!... ¡Y la juzgais intachable! Sois muy angelical, querida condesa.

—No me arrepentiré de mi conducta: respecto de esa infeliz criatura, de la sin par Aurora, no tengo pruebas que me inspiren un proceder distinto.

—¡Decís que se llama Aurora!

—Cierto: mas parece que os ha sorprendido.... y manifestais disgusto....

La baronesa de Rocamar palideció al oir aquel hermoso nombre, aunque para ella quizá de lúgubres recuerdos.

Disimulando su agitacion lanzó una carcajada, y fingiendo hácia Aurora un cumplido desprecio, esclamó:

—¡Bien lo sospechaba!... ¡La graciosa guantera...! la linda discípula del Conservatorio.... la flor del Manzanares ha ejercido su coquetismo con una multitud de alegres adoradores!

—Baronesa.... ¿qué decís?

—Sé de uno de sus amantes, jóven audaz, que tuvo la avilantez de requerir de amor á una ilustre señora, y el Adónis resultó despues un personaje.... muy conocido.... en el Saladero!!

—¡Vírgen santa!

—Lo que oís, condesa.

—¿Luego la conoceis?

—Un amigo, de quien no me es posible dudar, refirióme su historia. ¿Y de qué suerte os habeis relacionado con esa indigna aunque interesante beldad?

—Oíd, baronesa: prestadme atencion, porque tiene un colorido muy dramático la circunstancia que me hizo conocer á la infeliz Aurora, á quien Dios perdone si son ciertas sus culpas. Pasé una tarde á visitar en el barrio del Sur á la familia de un pobre artesano, que yacía en la mas espantosa miseria y en un penoso martirio. El padre, el triste obrero, convaleciente de la fractura de una pierna, contratiempo que le ocurrió en su oficio de albañil: la madre, su esposa, postrada en un hediondo lecho,

y á su alrededor tres criaturitas desnudas, con la faz amarillenta, desgreñadas, y en fin, revelando su estado de duelo y de indigencia. Al penetrar en el oscuro y fétido albergue, un piso bajo, húmedo y sombrío cual un calabozo, y en verdad, baronesa, no sé por qué razon han de existir tan insalubles moradas en la capital de la monarquía.... ví salir á una jóven hermosa enjugando las lágrimas que, sin duda de compasion, derramaban sus seductores ojos.

La jóven era Aurora: concluido mi deber con la infortunada familia, quise informarme de aquella que me pareció á un ángel de paz, y el triste jornalero habló de esta suerte:

«Señora, la que habeis visto salir de aquí es una mensajera de la Vírgen Santísima, que nos trae un bálsamo celestial con sus dulces exhortaciones: cuida de todos nosotros, especialmente de nuestros hijos, á quienes acaricia como si fuese su tierna madre: todos los dias nos trae un caldo y otros alimentos, habiéndonos dado tambien algunas ropas: no puede hacer mas: es una pobre costurera, y su virtud no es menos brillante que su hermosura.»

La infeliz mujer del jornalero añadió:

«Yo, señora condesa, la debo la vida: cuando me dijeron que mi marido estaba en el hospital, creí sucumbir de dolor, y golpeaba la frente sobre el suelo: el delirio me duró dos horas: al despertar me encontré en los brazos de la caritativa huérfana, á quien Dios premie sus cristianos sentimientos.»

En vista de semejantes informes, no estrañareis, baronesa, que sinpatizara con tan recomendable criatura, á quien despues ví orar en el tempo algunas veces, y resolví hablarla: cuantos obsequios traté de dispensar á su virtud, otros tantos rehusó con delicadeza; mas una tarde me buscó en la capilla de Nuestra Señora de la Misericordia, y manifestándome de un modo noble sus infortunios y su vocacion de pertenecer á cierto monasterio, la dí palabra de favorecer sus religiosas inspiraciones, y estoy en cumplírsela, siquiera sea, como vos decís, culpa-

ble, ó bien cual yo la juzgo, desventurada, pero de pureza.

—Respeto vuestra opinion, mas trabajais en vano: perdereis lastimosamente el tiempo y vuestros generosos sacrificios. Si, como dicen por ahí, se relaciona otra vez con el misterioso galan, cuya existencia es un tejido de escandalosas aventuras, la vereis por esas calles y paseos haciendo gala de su petulante coquetería.

—Yo tambien respeto vuestro juicio, baronesa, y no podeis discurrir lo sensible que es á mi alma el desvanecimiento de tan encantadoras ilusiones. El mundo es un primoroso libro, y en cada una de sus páginas, donde menos lo imaginamos, suelen presentarse rojizas tintas.... negros lunares que afean la historia de la humanidad, y he aquí un hecho elocuente.

A esta reflexion filosófica de la digna condesa de Montelirio contestó con una sonrisa forzada la baronesa de Rocamar, cuyo espíritu se violentó en estremo al oir la apología de Aurora.

Deseaba respirar otro ambiente, desvanecer su mal reprimido enojo, y pretestando el deseo de ver á unas amigas, suplicó á la condesa se sirviese acompañarla al salon, en el que se escuchaban nuevamente los primeros acordes del piano

Al presentarse estas dos mujeres de córte, dos tipos tan opuestos, un distinguido general llamó la atencion de cierto título de Castilla, y esclamó en voz baja:

—Ved á esas dos beldades del gran mundo: la condesa una flor que guarda su primitivo aroma, que deslumbra, no solo por sus atractivos personales, sí tambien por su genial dulce y evangélico: se parece á una de las vírgenes de Rafael: en medio del esplendor cortesano es una santa. Contemplad cuán distinta es la baronesa: atrae por sus primores.... pero es antipática por su genio suspicaz y malicioso: aseguran que es una mujer temible.

—Mi prima la condesa,—respondió el caballero al general,—es incomparable..... solo.... que el conde la mayor parte del año lo pasa en el estranjero, y en el ínterin la noble condesa es

esplotada á pretesto de no sé qué cargos de las sociedades filantrópicas. Lo sensible no es que gaste su riqueza en actos de caridad, y sí que á impulsos de su celo religioso se intruse en atribuciones puramente espirituales. Adolece de cierto fanatismo, pero mi bella prima es inocente, y tan de buena fé, lo aseguro, que ignora los graves compromisos á que se espone Otros á su sombra prosperan y hacen hasta cuestion política su inquisitorial propaganda.

En cuanto á la baronesa de Rocamar, circulan mil versiones, pero no pasan de conjeturas misteriosas, y nadie conoce á fondo ni su orígen, ni sus costumbres pasadas. Vivió mucho tiempo en América.

Este y otros rumores corrian por el salon relativamente á la baronesa, quien se esforzaba en calmar su emocion; mas la suerte, poco propicia, la deparó un nuevo y desagradable incidente.

Guadalupe, la hermana del marqués de Valdeclaveles, conversaba radiante de júbilo con un bizarro capitan de artillería, y por el fuego que destallaban sus ojos, dedujo la baronesa que habia hecho ya su eleccion.... en la forma que mas armonizaba con sus aspiraciones y deseos.

Esta eleccion de Guadalupe destruia los planes de su directora la de Rocamar, quien por un interés bastardo, en vista de su situacion poco satisfactoria, favoreció desde luego al bolsista Adolfo de Céspedes; mas ni el rendido y galante amor de este, ni su futuro y rico porvenir, ni los consejos de la baronesa consiguieron torcer el capricho de la vivaracha jóven, porque su entusiasmo era frenético por los militares, porque su bello ideal era un uniforme cuajado de oro y una brillante espada.

Preferia el heroismo á la fortuna, las armas á la ciencia, el brillo militar al modesto porte mercantil, y por último, la sangrienta guerra al envidiable goce de la paz doméstica.

XI.

UN BAILE EN LOS BARRIOS BAJOS.

El reloj de la Escuela Pia indicó las once, hora en que penetraba en el ancho pero sucio patio de cierta casa del Lavapiés un caballero, un galan nocturno, quien á pretesto de asistir á la fiesta, deseaba conocer las circunstancias de otra persona para él, ó mejor dicho, para sus miras, muy importante.

Es una habitacion del piso bajo: sala espaciosa, que segun noticias, sirvió en otras épocas de cochera: en el testero principal hay una vieja cómoda y un espejo con marco de caoba, del que penden multitud de cintas, moñas y divisas de toros.

Las paredes se veian tapizadas de numerosas estampas ó cuadros de pintura tosca, pero de un color subido como el bermellon, representando á San Rafael, Santa Filomena, San Antonio, la Vírgen del Triunfo, la del Cármen y casi toda la córte celestial.

Habia dos alcobas, que cerraban vistosas cortinas de pintorescas indianas, y en las rinconeras grupos de santitos de barro, perros de cera y pilones de azúcar de los que regalan los mozos del café á sus parroquianos.

En el centro de la sala una mesa, encima de la cual, y en

airosa actitud puesta en jarras, con sonoras castañuelas en las manos, destacábase una linda y sutil gitanilla de diez y seis abriles, con unos ojos como luceros.

La salerosa Rocío, este era su nombre, iba á ejecutar por segunda vez sus maravillas coreográficas, un *polo*, un baile andaluz, acompañada de una guitarra que tañia nuestro buen Frasquito Esparaván, tañedor habilidoso y de rumbo, tan conocido en Triana como en el Perchel, y á orillas del Genil como en los alegres y bulliciosos barrios de la córte.

Puede asegurarse con relacion á la crónica del mundo alegre y aventurero, así popular como aristocrático, que nuestro Frasquito, no ya discípulo, sino émulo, digno rival aparece de los mas hábiles tañedores de guitarra, y de los mas acompasados guillabaores (cantores) de *soledad, polo y granadinas*.... Tonos dulces, quejumbrosos y orientales, importados del paraiso de España, de la feraz, rica y esplendente Andalucía.

Así es, que el nombre de Frasquito Esparaván figurará entre los ya célebres «el Fillo» (1), «Silverio,» «Juan de Dios» (Espada), «el Granadino,» «Mateo,» «Paquirri,» «Villegas,» «Borrego» y otros que han sido las delicias en las veladas y fiestas populares de Madrid y de otras bulliciosas ciudades.

El salon donde se celebraba la que venimos describiendo, se veia atestado de gente de diversas condiciones y estrañas fisonomías.

De cabecera, en el sitio principal, en primer término, se ostentaba un hombre de cincuenta ó mas años, de hercúleas y bien dispuestas formas, con larga chorrera en la camisa, botonadura de plata en la chaquetilla y pantalones de pana verde, cuyos ojos africanos enardecia el placer, y quizá el espíritu alcohólico, el *anisado* con que de tiempo en tiempo se brindaba á los concurrentes.

(1) Gitano legítimo de Triana, rey de los cantores.

El gitano á que aludimos era el tio Telarañas, respetable gefe de aquella tribu.

Se veian otros de su raza en el salon, pero inmediatos á él se hallaban el marquesito de Valdeclaveles, que rehusó presidir el baile, y el bolsista Adolfo de Céspedes, los cuales habian arrojado repetidas veces á la escena, al humilde tablado en donde lucia sus primores la bella Rocío, multitud de dulces, reservándose dispensarla un obsequio mas cumplido al fin de la fiesta.

Aunque descubríanse en ella algunos gabanes y sombreros de copa de los estudiantes, moradores del barrio, y de otros caballeros atraidos por la solemnidad del gitanesco sarao, predominaban allí las modernas gorritas ó kepis, los hongos y las chaquetas del artesano y del artista y de algunos jóvenes de buen humor, propietarios de mas rico porvenir, que acudieron presurosos á tomar parte en una funcion que prometia ser amena y salpicada de los mas graciosos incidentes.

Las muchachas, que todas lucian limpios y airosos trajes, representaban las diversas categorías del pueblo; así, que unas eran hijas de industriales, de artesanos, otras modistas, cigarreras, y algunas que otras de vivir dudoso, de no muy noble aspecto, que se habian quedado como avergonzadas á la puerta de la sala, pues aunque de la vecindad, no hubieron de merecer los honores del convite.

Entre este grupo disidente, permítasenos la frase, de jóvenes de color lívido, de maneras libres, de miradas altivas, de aire descocado, veíase una anciana que, cual otra Argos, celaba á las ninfas y á unos mozalvetes descompuestos en sus modales y nada decorosos en sus espresiones.

El caballero que pausada y cautelosamente penetraba en el patio, se acercó á este grupo de curiosos, permaneciendo embozado, y dió un golpecito en el hombro á la mujer anciana.

—Buenas noches, tia Corneja.

—Felices, caballero. ¿Quién sois? ¿En qué puedo serviros?

—Escuchad.—Y la condujo á cierta distancia: despues la preguntó:

—¿Quién hay en el baile?

—Hágase V. cuenta que, como dijo el otro, es una babilonia: hay gentes de todas castas; figúrese V. que hay un marqués, un banquero, estudiantes de medicina, que por cierto son bien alegres..... los mismos demonios..... ¡Ave María Purísima! uno toca ricamente la vihuela: además hay albañiles, ebanistas, sastres, matuteros, cigarreras, planchadoras, costureras finas y costureras del córte (ropa de soldados,) y por supuesto, gitanos y gitanas: por haber, hasta han venido tambien la que vende las gallinejas (1) en la plazuela y una tripicallera del rastro.

—¿Y vuestra hija?

—¿La conoceis?

—¿Está en el baile?

—Como dicen.... si no dicen.... que quiere á un.... á un hombre no muy bueno.... la verdad.... no se atrevió á entrar en el salon.... y eso que las hay.... ¡pues digo si empiezo á contar historias!...

—¿Y no ha venido su novio?

—¿Quién?

—Malospelos.

—¡Carámba! ¡Sereis algun brujo!

La tia Corneja, mujer muy entrada en dias, de ojos hundidos, mejillas prominentes, de voz chillona, tapujada con en manton ceniciento, que habia sido lavandera de frailes, amortajadora, ropavejera, y ejercitádose en otras menos decentes ó legales industrias.... miraba atónita al desconocido, sorprendiéndola que supiese ciertos secretos de familia, mas sin poder adivinar quién fuese aquel hombre de arrogante estatura con botas de charol, pantalones de pantecur y una lujosa capa.

—¿Pero vendrá?

(1) Unos pedazos de las tripas de carnero, que frien con sebo: los aficionados y aficionadas aseguran que están buenas.

—Siempre dará una vuelta.

—¿Podremos estar seguros?

—¡Ay! señor.... si el novio de mi hija es.... un.... un nadie.

—No digais heregías.... tia Corneja....

—Ya es otro hombre: tiene su padron.

—Muchos como él están empadronados.... y debieran hallarse....

—En fin.... cosas de la vida.

—Pues, vos tia Corneja, me respondeis de que no hará de las suyas.

—¿Pero quién sois.... que tanto nos conoceis?

—No os importa mi nombre.

A la sazon terminaba al baile, resonando nutridas y estrepitosas palmadas en honor de la seductora Rocío.

La gente bullia en el salon: unos la rendian mil plácemes, otros la brindaban con una copa, y el grupo que permanecia en la puerta se dispersó por el patio, haciendo lugar á los que se retiraban del sarao para respirar un ambiente menos miasmático, porque en realidad dentro del salon no se respiraba ni ámbar ni rosa.

El marqués de Valdeclaveles y la notabilidad bursátil, el bolsista Céspedes, su amigo, sudando cual si estuviesen en agosto, salieron por una invitacion del tio Telarañas á un cuartito mas decoroso y de aire mas puro, en el cual se les tenian preparados unos fiambres, salchichon, butifarra, unos bizcochos y botellas de Jeréz y de Manzanilla.

El tio Telarañas era hombre espléndido, y le agradecieron mucho el marqués y Céspedes la distincion que se les dispensaba, aceptando con gusto su fineza.

Entretanto menudeó el chinchon en el saloncillo del baile, distribuyéndose profusamente bollos y mantecados; y satisfecha la muchedumbre de este obsequio, pidió una polka, que al compás de una orquesta murguera de que ya hicimos mencion, eje-

cularon algunas parejas de modistas, artesanos, estudiantes y cigarreras de las mas salerosas de los barrios de Lavapiés y de Embajadores.

Despues de la polka se pidió una jota aragonesa, y tras la jota un fandango.

El caballero que hacia de incógnito para con la tia Corneja, penetró en el buffet ó ambigú, saludando cortésmente en general, y dirigiéndose en particular al generoso Istrion, al tio Telarañas; y tanto por este como por el marqués, Céspedes, la gitanilla y los que allí se hallaban, fué recibido con inequívocas muestras de júbilo.

—Señor don Juan.... ¡V. por mi casa!—esclamó el gitano.—Sabe Dios que me alegro. ¿Y la tordilla? ¡Qué paso de andadura!.... ¡Y qué ligereza! ¡Si es una corza! ¿Pero qué hace V.... que no se sienta? Vamos.... unos bizcochitos.... ¡muchacho! ésas cañitas.... despachá.

El desconocido era Juan-Diablo, nuestro misterioso don Juan, á quien ya conocia el tio Telarañas, porque se vieron en algunas ferias y le vendió últimamente un potro, al decir de él, de los mejores de la loma de Ubeda.

El marqués y Céspedes contemplaron un instante á don Juan, y por no aparecer indiscretos, limitáronse á ofrecerle una caña de Jeréz, alentándole con su franca y sencilla cordialidad.

—¡A la salud de la bella Rocío!—esclamó el marqués.

—¡A la ventura de los que vienen á honrar mi casa!—contestó el gitano.

—Gracias, caballeros,—añadió su hija, que representaba el papel de princesa en tan bullicioso y popular festin.

—Señores,—dijo el marqués,—he frecuentado los teatros de Europa, y sin que pretenda lisonjear el amor propio de Rocío, aseguro y sostengo que ninguna de las bailarinas, así españolas como estranjeras, igualan en garbo y gentileza á la incomparable flor de Triana.

A este rasgo de galantería siguiéronse otros brindis, y la familiaridad se estableció entre los convidados, sin que por eso faltara ninguno á la consideracion que á cada cual le correspondia.

Don Juan, preocupado gravemente del infortunio de Aurora y de otras cien contrariedades que recordaba, tenia que esforzarse en aparecer alegre, si bien se reflejaba en su faz una tinta melancólica, signo imperecedero de antiguas y profundas emociones.

Deseoso de conversar con el marqués se fué á su lado, y como el jóven aristócrata formó desde luego una idea exagerada del carácter de don Juan, se envaneció mucho de tal deferencia.

Rocío habia vuelto á la sala, y á peticion de los concurrentes hubo de repetir un *polo*, que sublevó á la multitud del patio, apiñada en la puerta para admirar las habilidades de la gitanilla.

Frasquito Esparaván acompañaba con la guitarra entonando con escelente voz y tierna melodía ese dulce quejido de las canciones orientales, estos sencillos versos:

¡Orillas del rio
yo cogí una flor....
mas la muerte horrible
con su helado aliento
me la marchitó!...

¡Un carro de muertos
pasó por aquí....
y en su manecita
blanca y torneada
yo la conocí!...

Mientras cantaban ocurrian dos importantes escenas: una en un oscuro rincon del patio, la otra en el cuartito que habia servido para el ambigú del marqués y su amigo el banquero Adolfo de Céspedes.

Oigamos lo que hablan en el patio:

—Y decís, comadre, que un señor....

—Dejaria yo de ser Corneja si ese hombre no es alguna autoridad disfrazada.

—No estamos en carnaval: ese *quidam* será uno de los muchos que me conocen.... y por darse tono.... á no ser que Margarita....

—Mi hija es muy leal.... y tiene mas honra que toda tu casta.

—¡Comadre!... no grite V.... ¡no sea que echemos todos los trapitos á relucir!... sea V. prudente.

—Mira, Malospelos.... si te conoce ó no ese señor, me importa un comino; pero.... ¡calla! ¡vienes manchado de sangre!!! ¡Jesus! ¡Cómo tienes la camisa!!! Vírgen de Atocha.... ¡qué infelices somos! Cuando yo era peinadora, allá en mi juventud.... dos novios mios fueron al palo.... ¡Mi hija ya lleva uno!.... ¡Quiera Dios!....

—¡Silencio.... comadre..... ó la pongo una mordaza!...

—¡Huye!

—Al contrario: hable V. á los vecinos.... y que si hay necesidad.... digan que estoy aquí desde el principio del baile..... ¿Entendeis? Lo demás corre de mi cuenta.

Al tiempo que este diálogo entre Malospelos y la madre de su novia, Margarita, ocurria otro entre el marqués y don Juan, á quien por respeto dejaron solos, juzgando tuviesen que tratar de asuntos de importancia. De suerte que el gitano, el banquero y los que asistieron al buffet fuéronse otra vez al baile á presenciar las gracias de Rocío y á oir las sentimentales endechas del célebre cantor granadino.

—No tenia el gusto de saber vuestro título,—esclamó don

Juan;—mas conocia vuestra persona por haberos visto acompañando á la baronesa de Rocamar, bella viuda..... de quien se dice.....

—No lo creais: por mi parte.... está libre: ni puedo, ni quiero: fué amiga de mi anciano padre..... y hoy es directora de mi hermana Guadalupe.

—Yo la conocí en una temporada de baños, pero he oido que estuvo en América y se enamoró de un criollo..... en fin, esa noble viuda parece que es mujer de mundo.

—No sé una palabra, señor don Juan: solo he oido tambien que la baronesa de Rocamar es una mujer de historia... mas siendo cierto que cada cual tiene la suya..... no me sorprende: yo soy el que no la tengo.

—Sois muy jóven, señor marqués.

—Por la misma razon me lisonjeo de haberme relacionado con vos, que sois, no quisiera ofenderos, una notabilidad de las mas estrañas.

—Os han engañado: soy el hombre mas oscuro de Madrid, y de esta humilde condicion me envanezco.

—Yo estimaré mucho, don Juan, que seais mi amigo, porqué segun cuentan, conoceis ese mundo de aventuras, no el aristocrático, en él que tambien las hay; pero como la etiqueta y la ficcion, y la vana esterioridad son condiciones precisas, no estoy por esclavizarme, y quiero campar por mis respetos, vivir á mi libre albedrío.

—Permitidme una observacion, marqués: el que entra á conocer el mundo á guisa de observador filosófico, y le estudia sin adquirir compromiso de ninguna especie, no corre riesgo alguno; mas el que intenta cruzar por sus senderos llenos de abrojos, y se confunde en las fantasmas de estas regiones infernales, se hiere, se lastima, sufre en sus intereses y se espone á luchar hasta con la muerte.

Pongamos algunos ejemplos.

Quereis profundizar las costumbres de las clases ínfimas, de

las clases humildes, que llaman *pueblo bajo*, porque ocupan el último punto de la escala social: pues bien; hallaréis dos categorías dentro de esa misma esfera: una pobre, honrada, sencilla, trabajadora, que es en su mayoría la clase artesana: la otra ignorante, de torpes instintos, bulliciosa, incorregible: para esta clase, por fortuna poco numerosa, pero que existe en los grandes centros ó ciudades populosas, no hay mas freno que la ley, porque no conoce amigos, ni es susceptible de educacion, ni tiene simpatías por nada, su idea religiosa es un estúpido fanatismo, ni está por otro objeto que no sea el escándalo, la rapiña, los vicios y el libertinaje.

Si de la primera condicion social, la de los artesanos, pasais á otra, que tambien se dice popular, porque se deriva del pueblo bueno y trabajador, hallareis el grupo de industriales y artistas, mas educados, de mejores instintos, de mas inteligencia y racionales costumbres.

Luego está la *clase media*, morigerada, instruida, dueña hoy de la opinion y del poder, orígen de grandes adelantos en las artes, en la agricultura, las ciencias y el comercio: poseedora de la fortuna por su audacia ó por su heroismo: de esta clase ascendieron, no pocos, á las regiones aristocráticas, en las que viven confundidos con los de la nobleza de sangre, con los oriundos ó descendientes de los antiguos señores.

Estas dos clases, en su inmensa mayoría son buenas, aunque tambien se distinguen en ellas el egoismo, la codicia, la especulacion político-mercantil, la inquietud, la sed de negocios, la vanidad y el lujo, olvidando algunas de sus notabilidades su pasada sencillez y su oscuro orígen.

Así divido yo la sociedad, señor marqués; y lo mejor, á mi juicio, y esto no es daros un consejo, lo mas acertado, atendida la clase á que perteneceis y vuestra juventud, será estudiar el mundo como se vé un cosmorama desde un ventanillo, ó por medio de un lente, ó como se ven los toros desde la barrera.

—Os escucho complacido, señor don Juan, y sois, á fé mia,

el que mas sinceramente, despues de mi padre, se ha servido aconsejarme hasta ahora.

—Cumplo un deber de conciencia.

—Pero se deduce que sois muy corrido.... ¡éh! no os ofendais.... quiero decir, conocedor de los hombres.

—¡Grandes sacrificios me ha costado!... ¡Penosos desengaños he sufrido! mas esto no se consigue sino tras una larga y triste esperiencia.

—Tendria un placer en profundizar vuestra historia: comprendo que es cosa delicada.... y me perdonareis....

—Mi vida, como os he dicho, corrió oscura, y á esta misma oscuridad debo la luz de los desengaños.

—Nada exijo.... solo que os dignéis alguna vez acompañarme.

—Yo me juzgaré orgulloso de merecer vuestra amistad, y quizá no os pese relativamente al conocimiento de ciertas personas que os rodean.

—Y vos, don Juan, como sabeis....

—Hablaremos.

—Siempre que os plazca.

—Muy pronto.

—Como gusteis: al efecto ahí están las señas de vuestra casa.

—Gracias, marqués.

Juan-Diablo tomó la tarjeta que le ofrecia el inesperto aristócrata, y súbitamente oyóse un ruido espantoso, procedente del baile.

Las mujeres prorumpieron en gritos, causando una indecible alarma: escuchábanse tambien golpes, blasfemias y lamentos como de algunos heridos.

Don Juan y el marqués salieron inmediatamente al patio, y cuál fué su sorpresa al observar que la sala del baile se hallaba á oscuras, en la que se via el estruendo de los muebles, arrojados sin duda por los combatientes.

El marqués intentó precipitarse en busca de su amigo Céspedes, cuya voz pedia «socorro,» pero don Juan le espuso el riesgo á que se lanzaba, siendo por otra parte inútil su resolucion, porque sin luz no era fácil salvar á nadie, puesto que á nadie podria distinguirse.

Las vecinas de la casa, asomadas á los corredores y gritando aun mas que las del baile, difundieron el terror á lo lejos, y el barrio estalló en una conmocion tremenda.

Las autoridades no se hicieron esperar, porque ya venian hácia la fiesta.

El marqués, desesperado por la incertidumbre en que se hallaba respecto á la suerte de su amigo el bolsista, insistia en penetrar dentro de la sala; mas don Juan lo impidió adelantándose á la puerta, á cuyo dintel caian así agresores como fugitivos, y sobre todo las infelices muchachas, que vieron trasformarse la pacífica y alegre diversion en un motin carcelario.

El tio Telarañas, el buen padre de Rocío, la gitanilla, se desgañitaba, y con voz ronca y tremebunda desde el fondo del motin decia: ¡Perro judío.... mal rayo te aplaste!! ¡Así te chupe el corazon una serpiente! ¡Me has perdido, víbora de Satanás!...

Don Juan se puso á la puerta, y vió salir á Malospelos, á quien sin duda aludia el gitano, y asiéndole del cuello, le arrastró hasta la habitacion en donde habia conferenciado con el marqués: ya este habia corrido á recibir á la autoridad, que con algunos agentes se estableció á la entrada de la casa, esperando trajesen luces para restablecer el órden.

—¡Infame! ¡tú por aquí! ¡cuándo escarmientas!

—¡Por Dios.... caballero.... que me ahogais!.... ¡Soltadme! Yo no he sido.

—¡Mientes, hipócrita!... Dí lo que ha pasado, ó si no.... te entregaré aunque sea al verdugo.

—Dejadme que respire un poco.

—Es que no te escapas.

—No me apreteis.... por la vírgen.... yo diré lo que ha sucedido.

—Pronto.... ¡cuidado con fingir!

Don Juan, sin perder su actitud enérgica, soltó á Malospelos, quien hizo la siguiente declaracion:

—El Nene, Cortacaras y yo estábamos en el baile: vimos á un señor, que tenia una brillante cadena de oro, y sospechamos que el reloj no valdria menos: además sabíamos que llevaba una cartera con billetes del Banco: nos tentó el demonio: me puse á su lado, y mientras el caballero estaba distraido con una hermosa jóven, es decir, con mi misma novia puesta allí á propósito.... yo le corté la cadena.... mas como deseábamos el cilindro. . hice una señal.... y el Nene y Cortacaras apagaron las luces.

—¿Y dónde está lo robado?

—Lo entregué....

—¿A quién?

—¡Ay! ¡ay! ¡que me ahogais!... soltadme: tomadlo todo.

—¿Y la cartera?

—Juro que no la he visto.... la tenté.... mas se cayó al suelo.

—Ahora vas á manos de la justicia.

—Pero, señor.... si saldré á los pocos dias. ¿Quién me lo prueba?

—O irás á los trabajos públicos, donde deberian estar los de tu clase.

—Podrá ser.... mas no lo espereis : de otras peores situaciones he salido.

—Lo veremos; ¿tú sabes quién soy yo?

—No os conozco.

—Al oscurecer te dí un consejo, y te recomendé un amigo.

—¿En la taberna del Gato?

—Cierto.

—Pues he cumplido vuestra órden: sabed que cuando subi-

mos á un garito, ó casa de banca, á *echar el negro*, avisé al jóven que me recomendásteis, y se salvó del alboroto, es decir, de un belen sangriento y terrible.

—¡Tambien allí!

—¡En el garito hubo *puñalá* que encendió yesca!

—¡Villanos!

—Lo del juego es lo que me trae con *cuidao*.... pues lo del baile no pasó de una *groma*.

—¿Y dices que no me conoces?

—No adivino quién podais ser.

—¿Haces memoria de una comida que se dió á los pobres de la cárcel por un sugeto que allí estuvo quince dias acusado de conspirador? ¿No recuerdas que él mismo distribuyó algunas limosnas y vestidos entre los mas necesitados?

—¡Calla! Sois el señor.... el señor Juan-Diablo... aquel caballero que pateó á uno de los mas valientes *pinchos* por defender á un inocente.... Sí.... Juan-Diablo.... el....

—No soy Diablo.

—*Usté* perdone.... pero oí que de tal suerte os nombraban: eso no impide que tengais un corazon de ángel: vaya si recuerdo... como que socorrísteis á mi novia, á Margarita, cuando una vez estuvo á verme, y os dijo que estaba su madre enferma.

—Ya he visto á su madre, y no ha cumplido mi encargo.

—Sí, es verdad: me recomendó prudencia.... mas yo sospeché fuesen cosas de la tia Corneja.... y no la hice caso. ¡Oíd! ¡Por Dios! ¡Que llega la autoridad! ¡Soltadme!

Repugnándole á don Juan el papel de esbirro, le empujó con toda su fuerza hácia el patio, diciéndole:

—¡Anda! ¡Dios te conceda lo que mereces!...

Y le arrojó, cual el que suelta ó sacude lejos de sí á un reptil venenoso que infunde asco y terror á un mismo tiempo.

Entre otras medidas, la autoridad del barrio adoptó la de no permitir que saliese persona alguna de la casa, procediéndose por sus agentes á un escrupuloso registro.

Estaban practicándole, cuando de pronto asomaron multitud de luces por los pisos altos, y se oyó esclamar á las espantadas vecinas:

—¡Ladrones! ¡ladrones! ¡Por aquí van! ¡Socorro!

Hubo desmayos.... caidas por las escaleras, y los accidentes que son naturales al oirse la fatídica voz de «¡ladrones!»

A los pocos minutos viéronse luces por los tejados, á cuya altura habian subido los esbirros en perseguimiento de los tres perillanes el Nene, Cortacaras y Malospelos.

No los hallaron, y un comisario manifestó que venia en su busca á consecuencia de lo acontecido en el garito ó casa de banca, en cuyo infernal trastorno, por ellos ocasionado, además de resultar un *muerto*, se habian inferido graves heridas á tres de los jugadores.

Lloraba el tio Telarañas de furor.... presintiendo que tal vez por el desórden del baile sufriria algunas penas; mas por mediacion de don Juan, el marqués y Céspedes, á quienes respetó el comisario, se limitó este á llevarse en represalias á la tia Corneja y á su hija Margarita, á quienes allí mismo registraron, encontrándolas el cuerpo del delito, es decir, algunas monedas de oro y plata, que á viva fuerza adquirieron en el motin del juego los precitados malhechores.

¡Qué lamentos los de la tia Corneja! ¡Qué lengua la de su hija!... ¡Qué abominables palabras!... ¡Cualquiera diria que eran unas inocentes criaturas asaltadas y conducidas por unos facinerosos!...

El comisario preguntó al bolsista Céspedes lo que habia perdido, ó le fué robado, de lo cual tomó nota.

Iban á retirarse, cuando un humilde obrero esclamó:

—He oido que se echa de menos una cartera: acabo de

encontrarme esta en la sala, y venia á preguntar por su dueño.

La vió el bolsista, y reconociéndola, dijo:

—Es mia: si VV. quieren diré lo que guarda, ó daré las señas de los efectos que contiene.

—De ningun modo,—interrumpió el comisario.

—Es de V.,—añadió don Juan,—y justo es que premie accion tan generosa.

—Pensaba hacerlo: veníd, buen hombre.... tomád.

Céspedes sacó un billete de dos mil reales, que rehusó tenazmente el obrero.

Entonces don Juan le advirtió:

—Hágase V. juicio de que le ha caido la lotería: tómele V. para sus pobres hijos: tambien los hombres honrados, aunque rara vez, suelen recibir el premio de sus acciones virtuosas.

Las palabras de don Juan fueron por todos aplaudidas; mas el obrero insistió en no aceptar la gratificacion de Céspedes, y para disculparse, y dirigiéndose á Juan-Diablo, habló en estos términos:

—Yo no quiero lo que no es mio: y mediando V., don Juan, no debo recibir recompensa alguna: hartos favores me tiene dispensados.

—No os conozco,—dijo aquel.

—Pues mi gratitud os ha reconocido: soy Pablo, el cantero.... á quien tuvísteis trabajando en la sierra, el que se hirió en un pié.... mas vuestra generosidad cuidó cariñosamente de su mujer y de sus hijos.

No quisiera don Juan semejantes revelaciones.... pero no pudo evitarlas.

—Bien, Pablo,—esclamó:—márchate... ya nos veremos. Don Juan guardó el billete que el bolsista quiso aceptase el desinteresado obrero, cuya figura será de las mas interesantes en nuestros cuadros.

Así terminó la funcion, del modo que, por desgracia, terminan muchas de las de su clase.... con riñas, escándalos y todo género de desórden.

Es verdad que la presencia de los malhechores produjo aquel estraño motin; pero aun sin esta circunstancia, en diversiones de la misma clase ocurren casi siempre dolorosas y reprensibles escenas.

XII.

ÚLTIMAS HORAS EN EL SUIZO.

Así como en otros cafés menos aristocráticos, y en las tiendas de los andaluces (colmaos), ó en los bodegones ó merenderos de algunos montañeses ó asturianos, se refugia á última hora un tropel de mozos *cruos*.... de todas categorías.... y no pocas aves nocturnas, que vienen de diversos sitios á confortar el estómago y referirse los lances mas estraños de la noche, tambien nuestros amigos, el marqués de Valdeclaveles, Juan-Diablo y Adolfo Céspedes, dirigiéronse al café Suizo, en el cual, y en algunos otros de su clase, hay siempre á las altas horas una buena sociedad de la que se ha dispersado en los teatros, bailes y otras reuniones públicas ó privadas.

—Entraremos, si os parece,—dijo el marqués, añadiendo con su habitual y sencilla ligereza:—comentaremos el ruidoso alboroto que hemos presenciado. No he visto cosa mas divertida.

—No sé cómo te atreves á espresarte así,—interrumpió Céspedes,—cuando estabas mas pálido que la muerte.

—No hay para qué negarlo: me inquietaba tu situacion.

—¡Ah!

—¡Ah! ¡Y no lo agradeces!...

—No es de estrañar, señores.... —observó Juan-Diablo: — el lance fué sério: yo, por complacer á ustedes, asistí; pero há muchos tiempos que no concurro á semejantes fiestas.

—Cumple saber de todo.

—Es una curiosidad muy cara.

—Si lo dices por el reloj....

—Mi cilindro y la cadena suman una cantidad respetable.... mas los doy por bien perdido cuando me considero sin ningun rasguño en la piel.... y quién sabe si.... no te rias, marqués.... son bromas muy pesadas.

—¡Mozo! sirve tres chocolates por el susto.

—Señor de Céspedes, no habeis perdido lo que decís.

—Don Juan.... permitidme.... que yo no miento.

—Ciertamente, mas yo lo he recobrado: aquí teneis el cilindro y la cadena, aunque en dos trozos.

El marqués y el bolsista se miraron sorprendidos de aquel hallazgo.

—Os daré una esplicacion de esta circunstancia, que tanto os sorprende, —dijo gravemente don Juan.—Cuando á la puerta de la sala,—prosiguió,—ví á cierto perillan y sospeché fuese el autor del desórden, le cogí por el cuello y le hice confesar su delito, ofreciendo soltarle si me devolvia estos objetos.

—¡Le conocíais!

—Algunas veces fuí al Saladero á distribuir varias limosnas, lo que me proporcionó la oportunidad de conocer á muchos séres infelices y repugnantes, y entre otros á Malospelos, que así se llama el que os robó estas alhajas cuando estábais distraido con una jóven, con su misma novia.... y se apagaron las luces.

—Justamente.

—¡Qué torpe eres, Adolfo! ¡Te embobaste contemplando á una venus popular.... á una sirena del vuelo bajo, que te embaucaba para que te desplumasen!

—Marqués.... al mas listo se la pegan esos granujas.

—Pues no han sido ellos los culpables.

—¿Qué dices?

—¿Sospechais acaso de Frasquito?

—De Frasquito, nó,—repuso don Juan;—pero de los que con él estaban en el café, y os acompañaron.... sí.

—¡Los conocíais!

—Jamás los habia visto, y nace mi sospecha de que Malos-pelos estaba informado que vos, señor de Céspedes, llevábais una cartera.

—Ahora recuerdo: la saqué una vez para tomar un billete de quinientos reales.... el mismo que aun está en este bolsillo.

—Esparaván ignora que sus camaradas no son muy limpios de manos.... y cayó en la red, conduciéndoos incautamente al sacrificio. Sirva de saludable leccion, señor marqués, y optemos por el proverbio.... cada oveja con su pareja.... y gracias que así nos veamos libres de graves disgustos.

—Teneis razon, caballero,—interrumpió Céspedes;—mi amigo el marqués desea penetrar en ciertas honduras, en estrambóticos misterios, y esta manía ha de ocasionarle mas de un conflicto: yo le acompaño lealmente, y compartiré sus aventuras; mas no estoy por esa investigacion filosófica, que solo atañe á la autoridad, á los letrados y á los autores de las novelas.

—Bueno es saber de todo para formar juicio exacto de los hombres y preservarse de lo pernicioso de ciertas costumbres.

—Decís bien, don Juan: soy de vuestra opinion; seguiré con mi manía hasta que me cause fastidio: soy nuevo en Madrid y deseo conocerle á fondo.

—Es innegable,—observó sériamente Céspedes;—debo conceder que es útil el conocimiento del mundo, mejor dicho, de la sociedad, en todas sus esferas, mas sin que yo blasone de talento, porque el mio es muy obtuso....

—¿A qué tanta modestia, si sabes partida doble, economía política, y hablas rugularmente el francés, el inglés y el italiano?

—¿Te burlas, marqués?

—Vamos, señores, prosiga V., señor de Céspedes.

—Decia, señor don Juan, que yo he tenido una educacion humilde.... la de un comerciante.

—Los hay muy ilustrados, dispensadme si me permito interrumpiros: el comercio estendió la civilizacion por el globo, la cultura, la tolerancia.... y en fin, separándonos del móvil de sus especulaciones.... pero aun así, el comercio en general es franco en sus negocios, vive de la voluntad pública, y en mi pobre juicio es una clase digna y recomendable.

—Si no fuese por el *tanto por ciento*....

—Señor marqués, el *tanto por ciento* es fórmula muy entendida: hay muchos que no son comerciantes, y sí especuladores y logreros, de cuya codicia es tambien víctima el prójimo: el consumidor lo paga.

—¡Claro!—dijo el marqués.—La libertad de industria.... el monopolio....

—¿Lo escuchas, marqués?

—¡Cuánto te orgulleces!... ¡antiguo comerciante!...

—Y con razon: á la manera que tú, cuando oyes ensalzar á la aristocracia de sangre; pero convéncete, y á este punto de vista quise traer la cuestion, que lejos de la *clase media* se advierte poco progreso.... aunque la popular es disculpable, porque ha dormido hasta hoy el sueño de la oscuridad, y estuvo como menospreciada por los señores y los gobiernos.

—Ya te he dicho otras veces,—replicó airadamente el marqués;—ya he probado con la historia contemporánea, que la *clase media* se apoderó de todo y que se envanece tambien, orgullosa de sus condecoraciones y deslumbrantes títulos. Aparentó humildad.... y se ha aristocratizado.... se lamentó de ser pobre.... y se ha enriquecido. En todo lo cual veo que ha sido hábil, astuta, diplomática.... pero *inconsecuente*.

—La *clase media* ha legitimado sus adquisiciones, y todo lo debe á su talento y á su heroismo.

—Señores, nos engolfamos en una cuestion muy debatida, y

por lo tanto enojosa: yo siento la falta de oportunidad.... si no tambien espondria mi humildísima opinion acerca de tan grave asunto: otra vez será; por ahora os suplico me tolereis retirarme.

—Un momento....

—No me es posible.

—Indicad siquiera vuestro parecer: sepamos cómo pensais.

—Señores,—dijo Juan-Diablo,—nada significa mi voto; mas puesto que lo exigís, le espondré con mi acostumbrada franqueza. Soy popular por instinto.... aunque declaro que el pueblo necesita instruirse: la clase media se escedió en sus aspiraciones aristocráticas, y de reformista se ha trasformado en conservadora, descubriendo inconsecuencia y egoismo: la aristocracia de sangre hace bien conservando ciertas gloriosas tradiciones, mas no debe oponerse, no debe ser un antemural, una rémora al progreso de los pueblos.

—¡Bien! ¡Muy bien!—esclamaron los dos amigos.

Don Juan, viendo que el bolsista Adolfo Céspedes le alargaba una tarjeta, pues ya el marqués le vió la suya, como recordarán nuestros lectores, rogándole ambos que les ocupara segun le fuere servido, sacó tambien un elegante y fino tarjetero, les entregó la suya, y con vivo disgusto le dejaron partir, hallándose ansiosos de conocer su historia.

El misterioso Juan-Diablo saludó al salir á un cantante del Real en su idioma, é igualmente dió la mano, saludándole en buen inglés, á un hijo de la soberbia Albion, cuya circunstancia acabó de desorientar al marqués y al bolsista, quienes hicieron respecto del desconocido las conjeturas siguientes:

—Tu inoportuna cuestion, amigo Adolfo, nos ha impedido saber los antecedentes de tan estraño personaje.

—Para mí no es de un interés primordial el conocimiento de su historia. Parece bueno.... y eso me basta: seré su amigo.

—¿Has oido cómo ha saludado al célebre tenor N.... y á su compañero Mister?...

—Nada tiene de particular: es un hombre instruido....

—Pero cubierto de sombras: veamos su tarjeta.

Cada cual se puso á examinar la suya, y á los cortos instantes se miraron silenciosos.... y por último, esclamó Céspedes:

—¡Una corona de marqués!!!

—Y sin embargo, su traza, sus maneras, aunque corteses.... su traje, sus aspiraciones.... y sobre todo esa chaqueta.... aunque lujosa...

—Apostaria que es uno de esos que se engalanan con cualquier título..... y luego son.....

—Te equivocas.

—¿Y qué sabes tú, marqués?

—Lo sospecho.

—Pues yo me rio de ésta corona.

—Eso probará que yo tengo razon, amigo Adolfo.

—No entiendo.

—Te he dicho que en tu clase, y aun en la mas popular, los hay tan aficionados á cintas, coronas y títulos como en la aristocracia: luego el esplendor algo vale; y eso hoy que se alardea de sencillez espartana.

El marquesito lanzó una carcajada burlona.... mas su amigo estaba examinando atentamente la tarjeta, que en su parte superior contenia una corona y en el centro lo que sigue:

JUAN DEL CASTILLO.

M. de C. del C.

—¿Y dónde habita?

—¿Lo sabes tú?

—Pues señor.... quedamos á oscuras: este debe ser, no lo dudes, Céspedes, alguno de los de tu *clase media*, rico de nuevo cuño, que por darse tono, distribuye tarjetas aristocráticas.

—Mas bien será de los de la tuya, marqués: alguno que

hoy, no tan rico y poderoso cual en un tiempo lo estarian sus mayores, y vivirá el infelíz en alguna casa de huéspedes.

—Desearia saber su historia.

—¡Echale un galgo!.... Pero aquí está Lara, que concurre diariamente al teatro Real, Casino y otros altos círculos, y quizá nos dé alguna luz acerca de este insondable misterio.

—Buenas noches, señores.

—Adios, Lara: siéntate y pide lo que gustes.

—Llegas á tiempo,—dijo el marqués;—y le refirió cuanto habia ocurrido, presentándole al final de la narracion la enigmática tarjeta de Juan-Diablo.

El de Lara, jóven de buen aspecto, elegante, de finos modales, que era lo que antiguamente se decia «covachuelista, diplomático, oficial de cierta embajada,» esclamó con la indiferencia que á su parecer exigia el negocio:

—Esto no pasa de una aventura, que os debe ser indiferente: no conozco á Juan del Castillo, M. de C. del C., y es probable que estas cifras, estampadas al capricho, nada signifiquen: lo que te importa saber á tí, Céspedes, con permiso del marqués, creo no se ofenderá, es, que mientras andais á caza de estraños sucesos, la bella Guadalupe, y hace muy bien, sonrie dulcemente con el bizarro capitan de artillería, Arturo de Figueroa.

—¿Hablas sériamente?—preguntó el bolsista.

—No soy aficionado á bromas de mala ley.

Adolfo Céspedes se levantó furioso, esclamando:

—¡De este es la culpa!... Su hermana, la interesante Guadalupe, me juzgará, y con razon.... de un modo desfavorable....

—¡Calma!—dijo el marqués riendo;—precisamente, si Figueroa *atenta* contra tu amor.... solicitando el de mi hermana, tú ofendido exigirás como caballero satisfaccion de ultraje: habrá un desafío: tendremos un duelo: desearia ver tu actitud frente á la de tan formidable adversario.

—No creas que rehusaria el lance.

—Señores, las cosas no llegarán á ese estremo.

—Tal vez sí, amigo Lara.

—Estamos de enhorabuena,—dijo alegremente el marqués.

—Mañana lo insinuará un amigo mio en su periódico.... y hete aquí, Adolfo, una circunstancia que te proporcionará crédito y nombre: porque un desafío es una necesidad social de la época: es un progreso.... como dicen los de tu clase, dados hoy mas que nadie á este género de la antigua usanza caballeresca.

—Discurres bien, marqués,—añadió Lara:—hoy en vano pretende cualquiera una reputacion ruidosa.... si no tiene ó intenta al menos realizar un desafío: sobre todo, las notabilidades políticas.... tan susceptibles.

—¡Mucho.... son muy susceptibles!

—Todo es *negocio* en esta vida....—manifestó Céspedes, quien miraba las cuestiones por el prisma del principio utilitario, de la idea mercantil, avasalladora del mundo, reina universal de este siglo de las luces.

—Perdona, Céspedes,—dijo el marqués con seriedad:—muchos desafíos se basan en el honor; son ocasionados por una susceptibilidad esquisita, verdadera y laudable: hay hombres políticos que han acreditado esta noble conducta.

—Yo tambien los conozco.

—¡Alto, señores.... no hay que ofenderse! quise decir, que muchos políticos hacen *negocio*.... sin pretenderlo, sin intencion.... ora sean periodistas.... bien oradores parlamentarios: su fama acrece, se multiplican sus prosélitos.... y se ciñen una aureola envidiable.

—¿Luego tú apruebas los desafios, Adolfo?

—Ni los sanciono, ni los rehuso, marqués: creo que los hay por bien ridículas causas, así como no los producen á veces las mas graves ofensas.

—¿Has entibiado tu ardor?

—Nó, marqués; y la prueba os la doy en que autorizo á Lara, en cuyo delicado tacto y notoria dignidad confío, para que se

aviste con el capitan Figueroa, y le pida esplicaciones, porque sabiendo Arturo mi legítima y altamente decorosa pretension.... me ha *faltado*.... y estoy en mi derecho al exigirle una satisfaccion cumplida.

—¡Bien! ¡bravísimo!—esclamó el marqués, frotándose las manos de imponderable júbilo.

Dejémosles preparar el duelo, que ya nos contará el rumor público su resultado.

Por de pronto, la palabra «desafío» la aterradora frase de «un duelo á muerte» empezó á resonar y á difundirse por el aristocrático y bullicioso café Suizo.

En su virtud, el duelo, antes de realizarse, habia hecho ya ruido.... habia creado atmósfera.... era ya *célebre*.

XIII.

EL CAFÉ DEL VERDUGO.

Si nuestros apreciables lectores quieren saber la hora que es, ó en la que nos acompañan á un sitio famoso, escuchen el reloj de Santo Tomás, que está dando las *dos* de la madrugada.

Y no decimos que se escucha la hora en el profundo silencio de la noche, porque en Madrid, sobre todo en su parte céntrica, jamás hay silencio, pues lo interumpen constantemente los carruajes, los serenos y los que se retiran de los bailes y otras reuniones, ó van como fantasmas corriendo los oscuros lugares de la coronada villa.

Desde há muchos años, hasta hace pocos meses que ha desaparecido, por haberse edificado una casa en la calle de Atocha, frente á Santa Cruz y formando esquina con la Audiencia, existió un café subterráneo, en la misma bóveda del convento de Santo Tomás, y que se llamó «Café del Verdugo,» porque vulgarmente se llamaba así el callejon de la antigua cárcel de córte, que termina en la calle de la Concepcion Gerónima.

Durante el dia, y mas si era de fiesta, veíanse en el café-sepultura hombres de todas condiciones, alegres horteras y bulliciosos colegiales, que jugaban al villar, pues habia una mesa

en el centro, ó saboreaban sendas tazas de café y copas de marrasquino, ó pedian un dominó, entreteniéndose algunos ratos sin compromiso ni desórdenes de ningun género.

De noche..... ya era otra cosa.

Baste de digresion: penetrémos en el café: no hagais mérito del saloncillo de la entrada, ni del oscuro mostrador que hay á la derecha: su techo es bajo; se respira una atmósfera insoportable: todos los veladores están ocupados por parroquianos y parroquianas de *última hora.*

Entre el mostrador y el saloncillo estaba la escalera de la casa: no ofrecia otra particularidad aquel recinto. Por lo demás, el café parecia á la Puerta del Sol.... en que nunca estaba cerrado.

Descendamos á la bóveda: al pié de la escalera, á cada uno de sus lados hay un rincon y dos mesas: en el centro la de villar, y en todo el resto de la imponente estancia algunas otrás, en donde juegan al mús, al tute ó al dominó personas de poco agradable aspecto.

Vénse allí tambien algunos lirones.... es decir, pobres durmientes, que al amor de la suave y alta temperatura concilian el sueño metidas las manos en los bolsillos del pantalon, cruzados los piés, la cabeza inclinada, una gorrilla hasta las orejas y cubierta la faz con un tapabocas.

Entre los que duermen descúbrese, allá en lo mas retirado del café-bóveda, un jóven de buena traza, y á su lado otro en actitud de contemplarle, y como deseoso de que despierte, á fin de hablar con él y distraerse de su solitario aburrimiento.

Mas el jóven duerme á pierna suelta profundamente.... y quizá recorriendo un mundo mas lisonjero, un mundo de placeres y de delicias.

A la sazon penetra en el fondo de la bóveda un embozado, registra los rincones, y detiénese á pocos pasos del jóven que en oriental sueño reposa.

—¡He tenido suerte!...—esclama:—aquí está; ¡pobre mu-

chacho, y qué centros tan inmundos se vé en la precision de frecuentar!

Un mozo del café observa al incógnito, y aparentando indiferencia, con la malicia y astucia de los de su clase se aproxima, puestas las manos en las espaldas, y mirándole de hito en hito como diciéndole, «¿á qué viene V. por aquí?

El desconocido lo advierte, y sin desembozarse le dice:

—¡Hola!

—Buenas noches, señor don Juan.

—¿Cómo sabes mi nombre? pues he venido pocas veces.

—¡Báh! nosotros tenemos gran memoria, señorito: me acuerdo que estuvo V. algunas tardes con dos señoritas.... principalmente la una.... mas bella que el alba.... rubia como el sol.... con unas manos de marfil y una boca.... ¡y qué boca! ¡María Santísima! ¡una capita de rosa llena de perlas! Sí.... señor.... vaya si me acuerdo. Otra tarde jugó V. tambien al villar con don Roque el de la ropería.

—Es verdad.

—Nosotros sabemos distinguir de colores y apreciar los rasgos generosos de ciertos parroquianos.

La insinuacion del mozo era conocida: su indirecta produjo efecto: los mozos de los cafés son.... hasta diplomáticos.

El caballero á quien dirigió la palabra era Juan-Diablo, el misterioso don Juan, que sintió un vivo placer con el recuerdo de Aurora, cuyo retrato hizo el mozo á su manera.

Varias tardes tuvo don Juan la satisfaccion de que aceptase aquella un obsequio en compañía de Fermina, retirándose despues al café-bóveda, como reservado, como sitio oportuno para las sigilosas cuitas de amor y de ternura.

Mas de un personaje en dias de rudo despotismo celebró conferencias de alto y grave interés público en aquella subterránea estancia, sin que nadie se apercibiese de la presencia de tan importantes hombres de estado.

Aquel y otros parecidos sitios siempre fueron á propósito

para la seguridad y secreto de peligrosos planes, así de amor como de política.

Oigamos á don Juan, que conversa con el citado camarero:

—¿Ves á ese jóven que duerme?

—Sí, señor.

—¿Sabes quién es?

—Otras dos noches le he visto.

—¿Debe alguna cosa?

—Nada.

—Pues bien: si cerrais nó le dejes salir bajo cualquier pretesto, á no ser que marche con persona de confianza; y si ocurriese alguno de esos lances tan frecuentes en este sitio....

—No diga V. mas; entiendo: corre de mi cuenta: ¡ojalá y todos los que vienen de noche fuesen tan inofensivos como ese estudiante! ¡Y qué fino es!

—Yo respondo.... y hasta mañana: te advierto que nada le indiques acerca de mi encargo.

—Guárdeos el cielo, don Juan.... Vaya V. tranquilo.

Retiróse nuestro protagonista, y el mozo dijo sonriéndose:

—¡Misterios nocturnos de Madrid! ¡Lo que es en esta bóveda no ocurren pocos!... ¡Cuánto habrán oido estos sombríos muros!

El que permanecia próximo al poeta Julio del Valle, pues no era otro el durmiente, dió una carcajada, y al ruido despertó aquel, aunque á pesar suyo, porque su imaginacion le habia trasportado á desconocidas, bellas y fascinadoras regiones.

—Perdone V., caballero,—dijo el que le despertó:—vea V. á aquellos perillanes.... ¡qué facha!

Habian entrado en el café cinco ó seis jóvenzuelos de horrible catadura, y arrojando sobre un velador unas cuantas monedas, significaron como que les habia sonreido la fortuna... y pidieron sobre la marcha multitud de platos y vinos.... en fin, una abundante cena.

Fueles servida en el acto.

El jóven que despertó al poeta, gozoso de tener con quien hablar, le dijo:

—Contemple V. ese grupo.... ya verá lo que resulta.

—¿Pues qué sospechais?

—Nada bueno.

—En verdad imagino que estas gentes, atendidas sus maneras, no deben ser de lo mas probo ó morigerado de la clase humilde del pueblo.

—Son su escoria: ninguno tiene oficio; viven de la prostitucion, del merodeo y de la estafa: son despreciables instrumentos de las mujeres perdidas y vagabundas, que los seducen y los impelan á las acciones mas reprensibles.

Esa clase de mujeres, de las que por desgracia y afrenta de esta culta capital, hay un sinnúmero, son la causa, el móvil de infinitos crímenes.

—Segun eso, V. opina que la *mujer*, nuestra bella mitad.... ese angélico ser.... esa aromática flor....

—No prosigais: la culpo de todos los desvaríos del hombre.

—¿Hablais por resentimiento?

—Digo la verdad.

—Sí; pero.... Se referirá V. á las mujeres vulgares, insensibles.... sin pudor.

—Claro: aunque en todas partes cuecen habas.

—Entonces no replico: porque yo soy defensor de la mujer.

—Sois muy jóven, y quizá enamorado.

—Y sin esa circunstancia, atendiendo solo á que es la parte mas débil, hablo y escribo en su pró, y creo defender una justa causa.

—¡Es V. escritor!

—Aficionado á la literatura, y al mismo tiempo cursante en leyes.

—Si ejerciera V. mi oficio.... sin embargo que el porvenir nos acercará mucho.

—¿En qué os ocupais?

—Soy de la curia.

—¡Oh! Es un oficio..... es una carrera....

—Hablad francamente.

—Muy digna.... aunque suele versar en acontecimientos.... yo, sin que os ofendais, respeto mucho á los curiales...., porque es gente muy lista.

—Sí.... diabólica.

—No quise decir tanto.

—Pues amigo mio, nosotros conocemos bien el mundo: ¡si oyéseis lo que nosotros en las causas y en los juicios!!! ¡Valme Dios y qué sociedad tan embrollada!

—Debe ilustraros mucho vuestra profesion.

—Señor poeta, yo, aparte del mi estudio en los libros, estudio en los hechos, soy despreocupado, quiero conocer al hombre desde cerca en sus íntimas acciones, y así frecuento las mas oscuras sinagogas..... sin que me arredre la tremebunda faz de los bandidos ni me deslumbre el libertinaje de las nocturnas Evas.

—Gusto singular, que aplaudo por el fin que V. se propone, mas no le envidio: yo he pasado hoy.... lo que se dice, no una noche toledana, si no una noche madrileña. ¡Jesus y qué noche! Gracias á que recordé este sepulcral recinto.... y Dios sabe cómo saldremos todavía. Cierto amigo me hace esperar en una malhadada mansion, de la que salí há cinco horas para no ser víctima de un sangriento desórden.

—Sé la casa en que ha ocurrido: hicísteis bien ausentándoos de ella.

—¡Cielo santo! Apenas hube puesto el pié en la calle.... comprendí que arriba se libraba una infernal batalla. ¡Aseguro á V. que tendré memoria de esta patibularia noche!

—A fé de Lope Centellas, servidor vuestro, tendria un especial contento en oir á V. el relato de esas estrañas aventuras. Pero si os place tomaremos un thé, un chocolate, ó lo que sea

de vuestro capricho: aquí á estas horas el manjar favorito es una tortilla.

—Gracias, señor Centellas: por mí no se prive V. de su costumbre: yo he conseguido lo que deseaba, un leve descanso: he tenido un dulce sueño.

—Sueño de poeta, ¿no es verdad?

—Me creia al pié de una montaña, entre un cristalino arroyo y un valle frondoso y encantador: érase una tarde de otoño; rugia el viento: el monótono ruido de los árboles y de las encinas arrullábanme dulcemente, porque no sabeis el efecto mágico que en mí produce la frondosidad de un bosque agitada por un viento suave y murmullador: me es aun mas poético y sublime cuando se acompaña de los trinos de las avecillas cantoras, que las armonías del instrumental de una orquesta de teatro; al fin es la naturaleza con su misterioso gemido.

—Perdonad.... me interesaria doblemente que esa risueña y fantástica narracion á que os disponeis.... la de los acontecimientos de esta noche memorable....

—¡Y terrible! Bien puedo esclamar con Ovidio: *tristissima noctis imago*. No se borrará su imágen de mi memoria. Voy á complaceros, señor Centellas.

Nuestros lectores recordarán este nombre: no es otro que el del alegre curial á quien vimos en el café cuando conversaba con el empleado en bienes nacionales, y se suscitó la disputa respecto á las circunstancias de un personaje que allí se apareció, es decir, de Juan-Diablo.

Tracemos en pocas líneas su semblanza.

Tendria unos veinte y cinco años, su cabello era rubio, sus ojos grandes y de una estraordinaria vivacidad; su nariz aguileña, risa burlona, audaz en su genio y fácil en la palabra, astuto, instruido y diligente.

Desempeñaba el cargo de oficial de una escribanía, sin perjuicio de correr en busca de negocios, constituyéndose en agente ó procurador de los paletos ó lugareños, fuera de las horas de

oficina, y de pasar las de la noche de ceca en meca, solo ó acompañado, segun la oportunidad se lo permitiese.

Tal era don Lope Centellas, quien constantemente esclamaba: el conocimiento del mundo ilustra, la actividad es riqueza.

Esclavo de estos principios, en todas partes se le veia, y en cierto modo fué una felicidad el que Julio hallase á un hombre de tan buen humor y de raras, pero apreciables condiciones. En justicia, el curial era activo, pero no avaro: generoso, mas no despilfarrador: servicial, pero no interesado; de alegre genio, mas no insolente y menos indecoroso. Tenia buen orígen, y recibió una educacion adecuada á su clase. Estudió filosofía, no pudiendo seguir, como desearon sus padres, la carrera de leyes.

El grupo de que recelaba el suspicaz Centellas, como buen fisonomista, y acostumbrado á ver á ciertas gentes, ya en la cárcel, ora en los juicios ó en las actuaciones, se componia de seis hijos de la mala fortuna, vagos, camorristas y estafadores, con la irreligiosa y estúpida máxima de que á costa de su cuerpo cada uno hace aquello que mejor le parece.

Cenaron con esplendidez, sin que el dueño del establecimiento sospechara el huracan que á los postres habian de producirle.

—La encerrona que se ha dado en el villar de la taberna del Púlpito (1), ha sido lo mas atroz que se ha visto en las casas de juego.—Así esclamó el que parecia mas valenton de los del grupo sospechoso.

—Si estábamos todos allí, Garduña, ¿á qué viene ahora el recordarlo?

—Lo recuerdo, Chorlito, para que te avergüences.

—¿Cómo?

—Una vez que la echas de tremendo, justo será que sepa todo Madrid que esta noche fuistes un.... un cobarde.

—Mira, Garduña.... no me incomodes.... porque....

—Como quieras, Chorlito.... pero la verdad es, que el sol-

(1) Plaza Mayor, escalerilla que conduce á la Cava de San Miguel.

dado, el que parecia un quinto.... tiró de la bayoneta, recobró su dinero.... y nos encerró.... en la carbonera: fué mas valiente que todos nosotros.

—No armeis disputas: el soldado se portó como un hombre, y por aquello que, donde las dan las toman, bueno es callarse y no echarlas de *pinchos*.... de omnipotentes.

—El soldado y vosotros sois un.... una bandada de moscas para mí.

—No dirías eso en la calle, Chorlo alborotador: aquí cantas muy claro.

—Y en donde quieras, Garduña.

—Ahora mismo.

Chorlito sacudió, una al parecer soberana, bofetada á la insolente ave de rapiña, y esta, ó sea Garduña, derribando el velador, todavía con los manteles, platos y copas, le asestó con la navaja dos ó tres golpes, y entre los lamentos y gritos de los que combatian, las amenazas y quejas del dueño del café y los esfuerzos de los mozos para sofocar el motin, se ocasionó un descalzaperros, que no parecia si no que la bóveda era un recinto de Satanás.

—Bien decíais, señor Centellas,—esclamó Julio....

—Lo estaba sospechando, señor poeta.... pero falta aun el sainete.

—¡Y V. está tranquilo!... ¡Yo tiemblo ante esa falanje de matachines!

El dueño y los mozos del café consiguieron lanzarlos á la calle, y unos diciendo: ¡ay! ¡que me han herido en el vientre! y otros prorumpiendo en estúpidas blasfemias, salian del subterráneo cual una trahilla de lobos rabiosos, cual los espíritus rebeldes en la hora en que fueron arrojados del cielo para sepultarse en los abismos de las tinieblas.

—¿Te han pagado?—preguntó el dueño del café.

—La cuenta.... se quedará en cuenta,—repuso el mozo.

—Pues ya sabes....

—Sí.... lo comprendo: por desgracia responderé de unos cinco duros.

—Yo me tengo la culpa.... á estas horas no debia tener abierto.

—Pero como vienen otros que hacen gasto....

—Llegará noche en que por ganar cien reales me esponga á perder mil.

Llamaron á la puerta, y juzgó fuese la justicia.... mas cuál fué su asombro al ver que entraba un sereno, y dijo:

—Señor....

—¡Qué! ¿ha muerto alguno?

—De risa.

—¿Qué decís?

—Habeis sido burlado: se van riendo á costa de vuestro volsillo. ¡Qué demonios!

—¿Lo vé V., señor poeta? Ha sido una burla: fingieron reñir.... y herirse de muerte.... y todo para escapar, despues de haber cenado como unos canónigos.

—¡Qué inmoralidad! Apenas es creible. Soy de parecer, señor don Lope Centellas, que salgamos de aquí cuanto antes. La escena me afectó dolorosamente.

—Lo que yo quiero es la cena pedida.

—Si gustais.... podeis quedaros, y con vuestro permiso....

—¿Vuestro nombre?

—Julio del Valle.

—Pues señor don Julio.... no os permito marchar.

—¿Hablais formalmente?—preguntó el poeta lleno de asombro.

—No os alarmeis: hablo así en gracia del afecto que me habeis inspirado: recordad por otra parte que teneis empeñada vuestra noble palabra.... me habeis ofrecido la narracion de los sucesos de esta noche.

—Ciertamente, pero os suplico sea fuera de aquí: este lugar me espanta.

El mozo á quien Juan-Diablo recomendó la seguridad del poeta, se apercibió de lo que pasaba, y juzgándolo al revés, es decir, que el curial queria llevársele, dijo:

—Don Lope, este caballero no sale del café.

—¿Y quién es V. para impedírmelo?

—Perdone V.... mas yo tengo un encargo.... y debo cumplirle.

—¡Encargo!—esclamó el poeta.

—Una órden.

—¿Eso mas?

—¡Si tendremos aun en pleno siglo XIX misteriosos encantadores! Aunque no me estrañaria, porque hay gentes que creen hoy en brujas y *aparecidos*.

Por desgracia, tenia razon el curial Lope Centellas: hay gentes preocupadísimas.... tan cándidas, que todo lo creen posible: ¡y esto en un Madrid! ¡si fuese en una aldea!

Julio estaba violento, y esclamó levantándose:

—Fuera de broma.... yo marcho.

—¡Ah!—interrumpió el mozo.—¿conque V. quiere marcharse? Entonces.... si no temeis algun contratiempo.... haced lo que os parezca.

—Yo no estoy porque se vaya,—dijo el curial.—Tráenos lo que he pedido. Señor don Julio, aquí, hasta que suena la voz de «al coche, al coche» para que alcen la cabeza los durmientes.... no sale nadie: es decir, á las cinco de la mañana.

—Y alguno se hará la ilusion de que camina en diligencia.... ¡Pobres gentes! Y á V.,—dirigiéndose al mozo,—¿quién le ha dado esa órden de vigilarme?

—De mirar por vos.

—¿Quién?

—Un amigo.

—¿En ese caso deberé estar seguro de que es en mi obsequio?

—¡Vaya si lo es!... pero con el señor Centellas, aquí ó fuera

de aquí, os hallais seguro como con vuestra misma madre.

—Pues entonces, si gustais.... nos marcharemos y os referiré, aunque sea entre las sombras, los acontecimientos de esta maldita noche. Y gracias que un ángel desconocido me sigue y vela por mi ventura: no á otra circunstancia debo la de haberos encontrado, señor don Lope.

El poeta se levantó, resuelto á salir de aquel cavernoso lugar, y el buen Centellas le dijo:

—¿Nos retiramos? Sea en buen hora: iremos á casa.

Ya en la calle observó Julio:

—Prefiero esta oscuridad.... y á propósito, ¿por qué debia estar alumbrado Madrid hasta la salida del sol? Prefiero, repito, esta oscuridad al contacto de gente truhanesca y camorrista.

—Podríamos ir á otros muchos sitios que se asemejan al que dejamos.... mas veo que os repugna, don Julio, y os dignareis acompañarme á mi humilde celda.

—La hora es intempestiva: nos citaremos.... y mañana por la noche....

—Ahora mismo: V. no sabe ciertos rincones, y vagará en las tinieblas espuesto á cualquier disgusto.

—¿Y hemos de ir á vuestra casa á ser molestos.... á turbar el reposo de....

—Soy independiente, señor poeta, vivo solo: he dicho mal; duermen en mi compañía tres inocentes.... pájaros, dos perdices y un ruiseñor, única familia que poseo: antes contaba en ella á un amigo leal.... á un escelente perro de caza.... y creed que desde su muerte no estoy tranquilo.... me falta algo.... porque los perros son mas agradecidos y fieles que los hombres.

—Sois felíz.

—Estoy hecho un príncipe: miento, que cuanto mas alto menos felicidad se goza; al menos no tanta quietud como yo disfruto en mi sencilla morada.

—Sin embargo....

—Yo estoy por los *embargos*, señor poeta: dispensad mi buen

humor.... y seguidme paso á paso; pero á la ligera, que la hora, la oscuridad y el frio no son dulces alicientes para conversar en la calle.

Dejémosles por la Imperial en direccion á la de Toledo, y tornando al café del Verdugo, réstanos decir, que aunque ha desaparecido, le han reemplazado otros mas elegantes y mas céntricos, en los que á última hora se reune la sociedad vagabunda y la juventud alegre y aventurera.

XIV.

UNA NOCHE MADRILEÑA.

Como dos fantasmas se dirigieron el curial y Julio á cierto callejon no muy distante del Rastro, y aunque muy cerrado el horizonte, el primero dió con la puerta de su casa.

Centellas abrió suavemente para no interumpir el sueño de sus vecinos, y vióse, mal dicho, porque no se veía, sintióse bajo los pies un fétido lodo, y mas allá, en un largo patio, una inmensa charca, que hubieron de pasar antes de ponerse en la segunda escalera interior, desde la cual, encendida una cerilla y luego un cabo de vela, que á prevencion llevaba siempre el de la curia, subieron á un cuarto piso, y al estremo de un corredor paróse aquel, y con el mismo silencio que abrió la de la calle franqueó la puerta de su habitacion.

Tenia esta un recibidor ó antesala, y en él un sofá y dos sillas: á la derecha una cocinita, que podria coger dentro de la celda de una monja, de las que venden en los tiroleses.

La sala y alcoba eran tambien de un reducido espacio, viéndose en la primera una ventana que daba al campo, única buena circunstancia del modesto nido perteneciente á aquella

ave nocturna. á aquel duende murmurador, al chistoso y astuto curial Lope Centellas.

Las perdices y el ruiseñor, luego que le sintieron, despertaron alegres, é hiciéronle un saludo.

—Aquí teneis mi pobre morada,—esclamó,—tal cual es, vuestra, sin ceremonia.

—Gracias, señor Centellas; que la disfruteis con felicidad.

—Me cuesta cara, don Julio: ya visteis el portal, el patio, la escalera.... los corredores.... todo está carbonizado.... negro cual un calabozo; y no obstante, el casero.... únicamente *limpia*.... la bolsa de sus honrados inquilinos.

—Conque ¿es buena la vecindad?

—Gente laboriosa y pacífica: si no.... ya hubiera mudado de torre; porque esto, amigo mio, es un campanario.

—Sí; tiene elevacion.

—Rinde la escalera; gracias á que salgo por la mañana, y muchos dias no suelo venir hasta casi á estas horas.

—Y ¿cuándo estudia V?

—Despues de misa los dias de fiesta, ó cuando mi jefe me manda que estracte algun protocolo, ó bien redacte el borrador de alguna escritura, que en ese caso no me retiro tarde.

—Celebro que tengais buena y pacífica vecindad, porque un amigo mio, á quien conoceis, un tal don Ventura Jeremías, bello sugeto, buen padre de familia, dice que mora en los mismísimos infiernos.

—¿Qué ha de hacer sino quejarse? lo prescribe su nombre; sin embargo, tendrá razon: hay vecindades que me rio yo del sainete *Caldereros y vecindad* porque suelen ocurrir, no ya sainetes y comedias; pero sí tambien dramas horribles; particularmente de noche, y particularísimamente los sábados, domingos y lunes, verdaderos enemigos del alma, es decir, de la paz y de los intereses de las familias pobres. Figuraos que entre cierta gente, y lo digo con pesar, todo se vuelve embriaguez, riñas, escándalos, y no pocas infelices mujeres sufren con injus-

ticia el furor de sus esposos, quienes en cosas supérfluas y perjudiciales han malgastado el jornal de la semana..... ¡Pobres madres!

—¡Tristes hijos! ¿Y de qué se alimentan?

—Hay mujeres, señor don Julio, mas laboriosas que los hombres: algunas trabajan noche y dia para mantener á maridos perezosos ó á jóvenes amantes libertinos.

Al tiempo que hablaba Centellas, y de oirle se complacia mucho el poeta, preparaba un bonito quinqué, el cual puso en el velador, con elegante cubierta de hule.

Julio descubrió una esmerada limpieza en todo.

Comprendiendo el astuto curial que su improvisado huésped examinaba la habitacion, dijo sonriéndose:

—Nada vale: cierto filósofo consignó que la limpieza es una virtud; quizá es la única, si es permitido espresarlo, que mi humilde personalidad adorna; por lo demás, media docena de pequeños cuadros, seis sillas, una cómoda, un espejo y una limpia cama, compone un menaje, que lo poseé el mas desgraciado albañil.

—No obstante, vuestra habitacion contrasta visiblemente con el resto de.....

—Yo lo creo: como que la he blanqueado á mi costa: las restantes habitaciones son unas carboneras; el consuelo es que hay en Madrid muchísimas que se las parecen.

—¿Y los bandos de policía urbana?

—En los archivos. Ahora siéntese, don Julio.

—¿Qué va V. á ofrecerme?

—Unos bizcochos, mientras se hace el té.—Y el jovial y hospitalario Centellas sacó de un pequeño estante, donde guardaba los libros y papeles, una chimenea económica, con su correspondiente mecha empapada en espíritu de vino. Luego, añadió:—Aquí tal vez habrá unos cigarros y algun licor añejo; es preciso hacer por la vida, señor poeta, que este pícaro mundo otro le ha de heredar: por otra parte, nuestros goces son bien

modestos; si yo tuviese recursos.... ¡oh! ¡me trataria cual un gerónimo! La prueba de que el hombre se estima, es el tratarse bien y racionalmente: nada de escesos.

—Aun así vuestra vida no es muy austera.

—No hice vocacion de ermitaño.

—Aquí respiro: doy á V. las mas cordiales gracias.

—Yo soy quien debe rendírselas á V. por su amabilidad en acompañarme. Supongo que no habrá olvidado su promesa.

—Voy á cumplirla, todo lo mas brevemente posible, porque la hora avanza y la luz matinal no retardará sus fulgores.

—Son las tres, —dijo el de la curia viendo su reloj de bolsillo, y encendiendo un habano, prosiguió de este modo:—Yo hasta las diez no tengo por qué apresurarme: solo duermo unas cinco horas; generalmente madrugo, y no me va mal: el sueño es la imágen de la muerte: la cama un mullido ataud. Teneis tiempo; no precipiteis la narracion: la impaciencia es un gusano que envenena la sangre. ¡Calma! señor don Julio: aun se oyen los carruajes de los que se retiran de las reuniones aristocráticas; despues vendrán los barrenderos, que son los mas listos madrugadores; luego los que salen á trabajar á las afueras, y las burras de leche con sus atronadoras campanillas, y por último, los que vienen al Rastro, á esa mesa revuelta, en busca de preciosas margaritas y objetos rarísimos, y en verdad que no pocos, en otras épocas, han hecho fortuna en los baratillos de alhajas, cuadros, relojes y pedrería. El Rastro, ó la América de Madrid, como vulgarmente se dice, tambien tiene sus misterios.

Cuando gusteis señor poeta.

—Con vuestro permiso.

—Ya os escucho, y perdonadme si me tomo la libertad de interrumpiros, bien para ofreceros el té, bien para cualquiera observacion que juzgue conveniente.

—Os autorizo para todo, y me lisonjearé de vuestras observaciones, porque reconozco en vos, señor don Lope Centellas,

larga esperiencia del mundo, y muy recomendables sentimientos.

—Me honrais, don Julio.

—Es justicia.

—Basta de preámbulos.

—Comienzo mi narracion, escuchad:

Generalmente,—dijo el poeta, saboreando tambien un veguero,—la naturaleza duerme durante nos enlutan las sombras de la noche: hay, es cierto, plantas y animales que viven, que no duermen y vagan doquiera en la oscuridad, buscando el medio de satisfacer sus necesidades; mas esta escepcion no prescribe: el mayor número de ellos descansa en sus guaridas apenas oscurece; solo el hombre, salvos ciertos deberes públicos ó privados, parece como que se complace en correr por las tinieblas en busca de imprevistos y estraños sucesos.

Yo no soy de los que manifiestan este capricho: mi costumbre es retirarme temprano y pasar algunas horas en el estudio.

—Yo haria lo mismo.... pero me entristece la soledad: mis particulares circunstancias me impulsan á este genial bullicioso, y soy á V. franco, señor don Julio; si yo viviese en una aldea me recojería cuando las gallinas, madrugando aun mas que los pastores; mas.... como Madrid no es Belen.... no sé qué hacerme, en qué ocuparme tan de mañana.

—En parte habeis razon.... mas oíd: los que concurren á brillantes saraos y respiran una deliciosa atmósfera, y regresan á sus casas en coche.... menos mal, y mucho menos si sus deberes no les obligan á levantarse temprano; pero el que corre á la ventura, y es por su gusto espectador de dolorosas escenas.... perdonadme, don Lope, no sabe ó no quiere apreciar la dulce quietud del hogar doméstico.

—Proseguid:—esclamó el curial,—es una razon que no admite réplica, aunque vulgarmente hablando, de gustos nada hay escrito, y el hombre es respetable hasta en sus manías y estravagancias.

—Si os engolfais en una cuestion filosófica, señor Centellas.. No filosofemos: á la narracion, don Julio.

—Sabeis del modo que salí del garito ó casa de juego; pues no hube andado cien pasos, escuché detrás unos tristes lamentos: volví la cabeza, y hete aquí á un hombre de humilde traje, un pobre artista, que exhalaba dicterios contra la funesta banca: mas á poco rato llegó otro, un caballero, igualmente querelloso, triste y abatido.

Al reunirse promovieron el siguiente diálogo.

—¿Es V. el que me mordió en el hombro cuando fué perdido aquel maldito siete de copas?

—Yo soy,—repuso friamente el artista.

—Pues ahora me esplicará el motivo, y sabré á qué atenerme.

—Caballero... en un rapto de ira mordí á V. sin pensar que podría causarle daño: fué sin propósito de ofenderle: yo estaba desesperado...y renegaba hasta de mi existencia... Si V. no queda satisfecho con esta esplicacion, le daré cuantas me pida: precisamente la sangre me hierve... y...

—La brutal rabia de que V. dió pruebas, á costa de mi pellejo, merecía un castigo: haber hecho lo que yo: tambien yo perdí... ¿mas sabe V. lo que hice?... morderme los labios, y renegar hasta de...

—Yo soy un pobre trabajador: vine una vez al juego; perdí, quise desquitarme... volví á perder una y cien veces: tengo hijos... pero desnudos: en mi casa hay una contínua guerra... el juego me roba el jornal todas las semanas... No hay otro recurso que...

—Yo soy un empleado, tambien con familia; y cual V., por el afan de desquitarme... pierdo mi exígua renta, mi corto sueldo... y esta noche... ¡noche de Satanás!.. despues de haber cometido un abuso de confianza... perdiendo cien duros que no eran mios... tuve la punta de un puñal sobre el corazon... ¡asestado por esos facinerosos autores del motin... y pluguiera á Dios me hubiesen muerto!



Y relativamente al juego, que diriaís si vies eis á las señoras.....

—Casi he corrido yo la misma, y aún peor suerte: quise aprovecharme del barullo, y siquiera rescatar lo mio, mas tuve la desgracia de recibir un golpe en este brazo, que me imposibilitará para trabajar. Si os parece... y teneis resolucion...

—¿Qué pensais?

—Ir á otra casa, y arriesgar el todo por el todo: si salimos, bien, nos reintegramos; si mal, acabarán nuestros crueles rigores: muerto el perro, se acabó la rabia.

—No juzgueis que es cobardia: mas rechazo ese inícuo y temerario arrojo de asaltar una banca, y esponerse inutilmente á perder la vida. ¡Yo estoy dispuesto á perder el cráneo!...

—Si teneis valor, seguidme... acabaremos juntos: he tomado el partido de no ver mas á mi familia.

—¡Piedad! Señores.... dije yo acercándome á los desventurados:—píedad, para vuestras mujeres é hijos, víctimas inocentes de vuestra ciega pasion!...

—¿Y quién sois vos para intervenir en nuestros asuntos?

Asi me interpeló el empleado, y levantó al mismo tiempo el baston como para castigar mi audacia. Sin arredrarme, y fingiéndome tambien jugador perdido, les hice estas reflexiones:

—Amigos, igual es nuestra desventura: por mi parte juzgo un crímen atentar contra la existencia: ya que no fuimos prudentes para evitar el daño.... consideremos el porvenir de nuestras familias: tengamos valor para suplicarlas nos perdonen.... y lancemos una terrible maldicion al juego. ¿Y pensais que me escucharon? La fiebre devoraba sus cabezas, y si no me retiro.... premian mis humanitarios sentimientos con un golpe de muerte.

—Claro está: ¿quién sino la dulce poesía, el juvenil corazon de V. se espone á una ingratitud semejante? El que se mete á redentor.... le crucifican: contra el crímen no hay mas que la ley: contra el vicio.... el desengaño.

—No sé, amigo señor Centellas, cuál habrá sido la suerte de aquellos infelices.

—Por desgracia el juego se estendió hasta las aldeas: no sé

á qué atribuirlo: quizás nuestros hechos civiles, que todo lo relajan.... ó tal vez la época actual que trae este desvarío; porque toda época tiene su fisomonía, aunque al decir verdad, esta tiene varias, no una sola; porque es minera, coreográfica (de danzantes), reformista, torera y jugadora: así como hubo algunas, que fueron místicas, ó beatas, cabilderas, hipócritas y caballerescas. Por esta razon hay que ser indulgentes, ó mejor dicho, estóicos, porque los tiempos, ó sus costumbres se hacen superiores á la impaciencia del hombre. Todo sazona: el campo no es igual en Enero que en el estío: en la primera estacion reverdece.... en la última nos dá sus ópimos y saludables frutos. Lo mismo sucederá con las costumbres.... ¡Calma! señor poeta. Y relativamente al juego, ¿qué diriais si vieseis á las señoras, y á las que no lo son, con la baraja en la mano, en medio de tahures, cuyo aspecto aterra y conmueve?

—¿Hablais con seriedad?

—Las hay tan hábiles y audaces como el mas listo de los barateros.

—¡Qué aberracion! ¡Qué sacrílega locura!

—Proseguid, don Julio, proseguid, pero antes permitidme un consejo: no os constituyais en redentor de nadie, y menos del vicio y de la ignorancia: yo tengo mas esperiencia que V. y recojido larga cosecha de ingratitudes y desaires, indigno premio á la generosidad y honrosas intenciones: además, que no somos misioneros: la religion á todos nos enseña.... la ley es una para todos ... *ergo*... luego el que falta....

—No obstante, hay que combatir los malos instintos, y educar á los que por su desdicha lo ignoran todo: el amor á la humanidad lo exige: es un precepto cristiano enseñar al que no sabe.

—Proseguid vuestra narracion.

—Rechacé el golpe.... y calmada la amargura que me produjo la ingratitud de aquellos desventurados, de aquellos presuntos *suicidas*... continué mi paseo nocturno, y dí con un tea-

tro casero. No tenia billete... mas como la representacion estaba terminando, y nunca falta en esa clase de funciones quien cede su localidad, obtuve una, y pude observar la concurrencia de honradas familias de todas clases que asistia á una de las bellas comedias de Breton de los Herreros, aplaudiendo con justicia á varios jóvenes, que descollaban, y que en el porvenir tal vez pudiesen figurar con orgullo en los teatros principales de España.

¡Vea V. qué diferencia del teatro al juego! ¡Qué diferéncia del teatro á las intemperantes reuniones tabernarias, y á los impuros bailes donde se vicia y se desflora la juventud! El teatro, lícita y honesta diversion, distrae, ilustra.... como que es un elemento civilizador, y que á la paz dulcifica las costumbres.

—Teneis razon: es el barómetro de la cultura de un pueblo: antes que camorristas, beodos y jugadores, quisiera yo ver muchos aficionados al teatro. Tampoco estoy por tantos bailes impuros, causa muchas veces de sangrientas escenas, ni por las novilladas, en cuyas fiestas se reproducen los bárbaros instintos de otras épocas: revelan mal gusto, y son ocasionadas á la inquietud y duelo de algunas pobres familias.

—Ya irá desapareciendo lo que no armonice con la civilizacion, señor Centellas: en ese mismo pensamiento bajé á la calle, por la cual descendian á manera de banda militar algunos jóvenes artesanos con sonoras guitarras, y si bien su música no se sabe á qué pertenece, sin embargo es alegre y entusiasma cuando hacen resonar los aires españoles.

—Tambien estoy mas por los músicos que por los danzantes: me dá horror el ver á los hombres trasformados en monos. La música es celestial si grave ó sublime; y arrebatadora y jubilosa si popular y sencilla: las armonías elevan al cielo el espíritu del hombre.

—Huélgome en gran manera de oiros, señor Centellas: nuestro parecer es uniforme.

—No en todo, señor don Julio.

—Las demas impresiones que recibí en mi escursion nocturna fueron desconsoladoras. Llegué á una calle, y el reflejo de varias luces me hizo acercar á una reja, y descubrí.... ¡qué horror! ¡un difunto!—No os riais: estaba con su hábito negro en el ataud, alumbrándole cuatro blandones; tres personas le velaban: suceso que nada tiene de particular, sino que en el piso principal se oian los gritos de una mujer en el solemne acto de dar á luz una criatura, y en el segundo las ruidosas voces y la algazara de una multitud que bailaba: era una boda.

—De manera que podría decirse: un difunto, una boda y un natalicio; ó en otros términos: el amor, la vida y la muerte.

—Cierto, señor Centellas; el caso se prestaba á las mas sombrías meditaciones: pero no es tal mi propósito: resultó, que al detenerme á considerar el estraño contraste, reflejo de las miserias humanas, salieron dos hombres de la boda, ó del baile, y sin hacer mérito de mí, comenzaron á dirigirse las mas groseras reconvenciones.

—No os veis satisfecho en vuestra relajada conducta,—decia uno de ellos,— con estar ilegítimamente relacionado con mi hermana política.... ¡sino que tambien requebrais á mi mujer!

—Es falso: yo la he tenido todo el respeto que se merece, y si no mirara....

—¿Qué mirais?

—No me insulteis....

—¡V. es quien me deshonra!... Precisamente he bajado á imponeros el castigo que mereceis.

Y al mismo tiempo le asestó una tremenda y mortal puñalada en el vientre, cayendo el otro infeliz con el agudo ¡ay! ¡que me han muerto!!

Los que estaban en el baile, y sospecharon de la ausencia de aquellos dos hombres, delirantes quizá por el esceso de la bebida ó rabiosamente encelados, salieron al balcon, é igualmente los vecinos de toda la casa. Diéronse desaforadas voces,

y el primer sereno que acudió á las de «¡á ese asesino!» «!detenedle!» se imaginó que yo era, y poniéndome el chuzo en el pecho, me intimó la órden de que me rindiese. Tocó el silbato, y acudieron los de las calles inmediatas: afortunadamente bajaron los de la boda, y reconociéndome, se declaró, se justificó instantáneamente mi inocencia.

La muchedumbre del baile rodeó al moribundo, quien manifestó el nombre del agresor, aunque no habia necesidad, porque luego lo sospecharon.

Cierto sugeto de los del baile díjome al oido:

—Retírese V., caballero, pues como ha presenciado el hecho, no es de estrañar que le detengan: por lo demás, el asesino y el que está espirando son dos pájaros de cuenta: ninguno es casado y tenian relaciones con dos hermanas, bonitas sí, pero muy comprometedoras y escandalosas.

Sin esperar mas noticias, tomé el consejo prudente del desconocido, y aprovechando el desórden y la gritería, escurríme á otra calle, maldiciendo de mi estrella que tan amargos trances me deparaba.

—Vea V.: riñen y se hieren por la cosa mas trivial, y no hay fiesta que no termine con un conflicto.

—Es la falta de educacion, señor Centellas.

—Es el vicio y la falta de pudor en las mujeres.

—Los hombres dében dar el ejemplo.

—Ciertos hombres no saben vivir en sociedad, ni entre los suyos, fraternizando y distrayéndose como Dios manda, porque se injurian á cada momento, haciendo alarde de un valor tan brutal como ridículo é inhumano.

Ya lo sabeis: la crónica diaria registra multitud de hechos de esta especie á cual mas indignos y lamentables.

—Desde allí, pasado el susto, determiné recojerme, dirigiéndome al efecto á una de esas que se titulan «casas de dormir,» y qué se anuncian por unos farolillos colocados en la fachada, pero faroiillos de papel de color, con rótulos de brocha gorda,

algunos metidos en una rejilla de alambre, y de moribunda luz, apenas perceptible.

—Esas casas de dormir, señor poeta, son á veces refugio de infelices, á quienes les ocurre llegar tarde á la suya, ó de los forasteros que no encuentran albergue: pero con frecuencia son guaridas de vagabundos, de hijos desobedientes, de maridos sublevados y pendencieros, de amantes sin amadas, y de otra turba multa que bulle por Madrid, mas de noche, que á la luz del claro dia.

—Asi lo creo, señor Centellas: arribé al hotel de los refugiados, y uno de los sirvientes de la casa me dijo, que no le era posible disponer de un miserable jergon, porque habia un lleno completo, una soberbia entrada. Pedí permiso para cerciorarme, y me condujo á un saloncillo, cuyo aspecto mas era de hospital que de hospedería. ¡Qué rostros, señor Centellas! ¡Qué cuadro tan magnífico! Aquí un hombre barbudo, de ademan grave y decente: allá otro de fisonomía ordinaria, con el cabello en dispersion, y arrojando sangre por sus vinosos y encendidos ojos: acullá un jovenzuelo de picaresca faz, y en fin, por este órden, multitud de tipos sociales, que cada uno por su especial historia, por su estraña vida, podria servir para la confeccion de un interesante artículo de costumbres.

Cuando penetré en el salon ó dormitorio, ví que un quidam se desnudaba, y recojia entre el cabezal ó almohada hasta los zapatos: pregunté el motivo de aquel poco esmero en la ropa, y me contestó el mozo.

—Al revés, caballero: precisamente se significa saber cuidar la ropa, siendo la causa de esta precaucion el miedo de que otro se la *limpie*.... porque algunos acojidos mas de una vez se han encontrado sin ella.

—No lo estraño: tan seráfica es la comunidad que en semejantes hospederias se reune.

—Partí con disgusto sin saber á dónde dirigirme, y como sa-

beis el poco tiempo que hace vine á la Córte, no os sorprenderá mi perplejidad y mi aturdimiento.

Renuncio á describir otras escenas que presencié en menos de un cuarto de hora. En este sitio un hombre pateando á su mujer, y respondiendo á los que le censuraban por sus brutales maneras: «*para eso la he comprado*» como si la pobre mujer fuese una bestia de carga.... Mas allá una jóven desgañitándose y maldiciendo á su novio, porque despues de robarla el manton, ó pañuelo de abrigo para empeñarlo y satisfacer sus locuras, habíala dado algunas confirmaciones, quiero decir bofetadas.

Dirigíame tranquilo cuando en una plazuela me cojen del brazo: vuelvo el rostro.... y es una sílfide con manto negro, de voz atiplada, que sin detenerse y casi arrastrándome, esclama:—Siga V.: ampáreme V.—¿Pero criatura, quién sois?—la dije.—Sígame V.—¿Y adonde?—Ya lo sabreis.

Me resistí, juzgando mal de aquel siniestro fastasma, de aquella Ninfa en traje de dueña.

No fué erróneo mi juicio: llevábame á remolque, cuando detrás oí una voz que decía, ¡eh! ¡alto! ¡deténgase! Mas la deidad nocturna me tiraba con fuerza, diciendome: —¡Corre! ¡Sálvame! ¡No sabes lo que te amo!

—Sois una embaucadora,—la contesté,—¡ea! soltadme!

Llegaron á este tiempo dos agentes, un sereno y un comisario, y entonces la beldad fugitiva prorumpió en denuestos contra mi persona, aparentando que yo la habia inducido á salir de su escondrijo: afortunadamente la autoridad, que la perseguia, despreció sus falsas é insolentes querellas, diciéndome.

—Caballero, nada tema V., venimos tras este mónstruo de liviandad y de crímenes.—Y el comisario añadió con énfasis, cual si fuese un actor trágico.—¡Se llama Lola Suspiros, arrojada cien veces de Madrid, prófuga de la galera, y esta misma noche causante de un horible homicidio! ¡Si señor, un homicidio! Habeis de saber que pertenece á las Cibelinas y Neptunianas, á las Santeras y Tomadoras mas célebres de la capital.

No comprendiendo yo lo de Cibelinas y Neptunianas, me dijo:

—Clase de mujeres que rondan por el Prado de San Gerónimo, entre las fuentes de Neptuno y la Cibeles, perseguidoras y espías de los transeuntes, y esta misma noche culpable de que un soldado haya sido víctima de uno de los chulos que las escoltan!...

Me dí por satisfecho y continué mi camino, viendo antes entre dos guardias y algunos serenos á la fingida dueña, á la celebérrima Lola Suspiros, que indudablemente los daria muy hondos contemplándose descubierta y bajo el horrible fallo de la justicia.

Ultimamente, y aquí termina mi narracion: poco antes de llegar al sitio en donde he tenido la ventura de encontrar á V., fuí testigo de una escena espantosa: hallábase ardiendo un almacen de comestibles: las llamas salian por las ventanas que caian sobre la puerta: un sereno se apercibió de la catástrofe: toca el silbato, y acuden presurosos sus compañeros: los del almacen dormian, mas á poco rato se oyeron dentro gritos de desesperacion, porque los dependientes se ahogaban con el húmo: se abre la puerta de la casa y vimos que el portal y la escalera estaban próximos á ser presa de las llamas: los serenos dan recias sacudidas á la puerta del patio: por fin se abre, y aparecen los vecinos y los del almacen casi como Adan vivia en el Paraiso; es decir, desnudos.

Los moradores todos de la casa empezaron á despertarse, y en todo ella se escuchó un pavoroso estruendo.

El fatídico son de las campanas, ese plañidero sonido, que en verdad aterra, atrajo al lugar de aquel sensible accidente á multitud de valerosos obreros, que despreciando el voraz torbellino, trepan por la escalera, rompen tabiques, arrojan muebles por los balcones, y cooperan á la salvacion de los atribulados vecinos, espuestos á ser víctimas de aquella inmensa hoguera.

Las autoridades, que acudieron solícitas, determinaron co-

locar escalas en los balcones del piso principal, que ya empeza ba á arder, para que bajasen por ellas muchos de los vecinos, en tanto que otros se salvaban por las troneras, que en la medianería habian practicado los intrépidos y valerosos obreros.

Uno de estos acometió una empresa peligrosa, que nos llenó de admiracion y asombro.

Desmayada del susto bajaron á una pobre mujer, y no volvió en sí hasta que estuvo algun tiempo en la calle.

Recobrado el sentido, se acuerda que una infeliz criatura, una hermosa niña, habia quedado en su habitacion, y al ver las destructoras llamas prorumpe en tales gritos de terror, que á todos nos conmovieron.

La desgraciada volvió á desmayarse.

Un valiente obrero sube por la casa inmediata, coje el inocente angelito, y cae con él sobre el pavimento de uno de los cuartos, pero con tal desgracia que se rompió una pierna.

Cuando luego estaba tendido sobre unas parihuelas, y manifestándole todos el sentimiento que nos producia su infortunio, esclamó con calma y gravedad: «he cumplido mi deber: ¡cómo se ha de remediar!... estoy contento por haber salvado á esa pobre criatura!»

No podeis figuraros, señor Centellas, lo que me afectó aquel funesto drama. Los hombres salian desnudos, heridos del espanto: las señoras, en lucha con el pudor y el peligro, huian de este en ropas menores... ¡de cualquier modo! ¡Qué espectáculo tan conmovente!

—¡Ah! el fuego es cosa terrible.... si bien se reflexiona... en este Madrid se vive de milagro.

—Teneis razon, señor Centellas: es verdad que esta inquietud se vé compensada con otros goces...

— Sí, otros placeres.... el que puede disfrutarlos, pues el pobre es aquí lo mismo que en todas partes.

—Hay otros recursos: además, yo me referia á los goces morales.

—Tambien es cierto.

—¡Qué idea tan diferente me habia yo formado de Madrid!

—A todos ocurre lo mismo, señor don Julio.

—Especialmente de EL MADRID DE NOCHE.

—Pues aun desconoceis sus principales dramas.

—Espero que vuestra amistad.....

—Mi humilde esperiencia os dará luz en algunos de sus misterios.

—A propósito.... ved la del dia.... los pajarillos le saludan.

Abrió Centellas la ventana, y al través del cristal vieron el sol, cuya tibia luz doraba el horizonte.

XV.

LA SALIDA DEL SOL EN MADRID.

Esos pájaros que ois,—esclamó el curial—son mis despertadores: vienen á saludarme, y agradecido á su atencion, les pongo siempre algunas migagitas de pan en la ventana, además de lo que se les cae al ruiseñor y á las perdices. Creed que tengo un placer en escucharlos; y si por casualidad me olvido dejarles ese recuerdo, pican el cristal, hacen ruido en el marco de la ventana y me píden cariñosos lo que ya es una obligacion servirles diariamente.

—Aplaudo vuestros caritativos sentimientos: el que cuida de un pájaro mejor favorecerá á los hombres.

—Hay hombres cuya ingratitud no la tendría el reptíl mas despreciable.

—Lo reconozco así, amigo señor Centellas.... pero vamos á otra cuestion: mirad el sol.... paréceme su luz poco brilladora: es verdad que estamos en Noviembre, y....

—No lo creais: eso consiste en que el sol que alumbra á Madrid sale al principio como avergonzado: Madrid es á estas horas la ciudad de los sepulcros; es un vasto cementerio. El sol ape-

nas ilumina los capiteles de las torres, y á escepcion de los que madrugan, los demás parecen difuntos que se alzan pausadamente, medrosos de que les hieran los radiantes fulgores de la mañana.

—¡Qué ideas teneis!

—Tambien yo poetizo.

—Vuestras palabras son siempre intencionales.

—Cuando tengais la esperiencia que yo, juzgareis de distinto modo: y si no decidme: ¿la salida del sol en Madrid es como en las aldeas, en los campos ó en las montañas?

—Realmente que no, señor Centellas: pero como las costumbres no son las mismas....

—Eso quise significar.

—En los campos los primeros albores del dia son en verdad magníficos!—La naturaleza ostentándose magestuosa señala al hombre la hora de tornar á la vida, á la actividad, al trabajo: las aves saludan con sus melodiosos trinos al sol, y cruzan de rama en rama, acariciándose mútuamente, y formando un delicioso concierto: el arroyo que serpentea sobre una alfombra de flores, redobla su murmullo, y límpidas como el cristal sus aguas, aun tienen al parecer envidia de las perlas de rocío que resplandecen y abrillantan la luz en la corola de las flores y en la fresca verdura de los prados. El cordero salta de su redil, trisca alegre por las laderas de las montañas.... y el pastor, el labriego y los cazadores entonan cánticos de ternura, saludando tambien la reaparicion de una luz vivificante y santa.

—Permitidme ahora, señor don Julio, que sin ser poeta, sino un pobre curial, pinte la salida del sol en Madrid, ó dibuje con mi tosco pincel la matutina luz de la córte.

Fulgura el sol en Oriente: Madrid todavia reposa en un profundo sueño: hay que esceptuar los que madrugan por obligacion; es decir, un corto número, y los desgraciados que yacen sobre el lecho del dolor, que tambien se alegran de la luz de la mañana, tras largas horas de martirio y de vigilia: el resto

de sus habitantes juzga en su letargo, que aun permanecen sumergidos en las tétricas sombras de la noche.

Cuando despiertan..... ¡qué palidez en el rostro! ¡Qué mirar tan lánguido y triste! Observad que hay viviendas tan hórridas y mezquinas que se asemejan propiamente á los ataudes.

Decidme con imparcialidad, señor don Julio, si el que se alza con el gorro de dormir hasta el cuello, la barba descompuesta, la faz amarilla, las uñas cárdenas.....¡no parece á un finado, que se mueve al siniestro y agudo eco de la corneta del juicio!...

Ved á ese otro envuelto en su bata, con sus babuchas, tambien despeinado y lívido, con un gorro negro, y ¡decidme si se asemeja ó nó, á uno que resucita, que sale de la tumba y se sorprende de hallarse otra vez entre los vivos!!..

Observad á la jóven aristocrática, cuyas megillas colorean durante el festin y el baile.... cuyos ojos resplandecieron de placer.... cuyas miradas eran de fuego.... ¡mirad con la timidez lánguida que se despierta, y las profundas huellas, que á pesar de su pulcritud y esmero, han dejado en su hermosa faz, en sus brilladores ojos, el corsé, la inquietud, el insomnio, y por último, el delirio..... las ilusiones de la nocturna fiesta!

Deteneos á contemplar á otra ex-hermosura, á otra flor marchita, á otra deidad, que sin respeto á sus sesenta y cinco abriles, trasnocha y acaricia la ilusion de que aun es jóven.... exagerando sus caprichosos adornos, sus deslumbrantes galas.

Antes de caer en el suntuoso lecho era ó parecia una semidiosa, con semblante agraciado, cual puede serlo, merced á las habilidades y brujerías del tocador, el de una mujer anciana, á quien, sin embargo, desfiguran y rejuvenecen.

Miradla cuando se despierta; se cubre con su peinador, y toma sentada en el lecho, un *pocito* de chocolate con bizcochos: ¡vedla sin peluca.... sin dientes, sin postizos colores y sin lujosos atavíos..... seméjase á una mómia que sale del panteon,

creyendo que ha llegado la hora del juicio final, y que tiene que dar cuenta de sus devaneos y pecadillos!...

¡Ved á ese otro avaro, que sueña con sus tesoros y se despierta sonriendo de codicia, porque en su delirio mercantil ha visto un *negocio!* ¡Vedle bien: la faz descolorida.... pero los ojos brotando sangre y á la vez sombríos, los cabellos en punta como los de un condenado.... sus labios secos y contraidos.... la boca amarga como la de una víbora!...

Reparad en ese infeliz de escuálido rostro: la tos le sofoca.... se sienta.... y busca bajo la almohada pastillas pectorales.—¿Hace sol?—pregunta.—Sí, señor: el dia preséntase bello y alegre.—¡Quién pudiera gozar los resplandores al pié de una montaña!—Allá en la primavera.... señorito.—¡Oh! ¡si yo pudiese asegurar la vida hasta entonces!... ¡Las compañías de seguros no alcanzan á tanto! ¡Si consistiese en el oro!... ¡Pobre de mí! ¡Esta noche soñaba que me habia vuelto mariposa!... Sin duda por mi flacidez.... por lo ligero que estoy de carnes!!!.

Contemplad, por último, á esa libertina.... ¡si la viesen sus adoradores!... Sus ojos hundidos.... amoratados.... su color cadavérico.... su sonrisa helada.... y sus pensamientos, que la remuerden.... tristes y nebulosos como sus costumbres!...

Para todos estos no sale el sol: no gozan de su magnificencia: no respiran el balsámico ambiente de la mañana.

Han permanecido en sus sepulcros.... y por eso dije y afirmo, que el sol, al reaparecer, ilumina en Madrid un vasto cementerio.

—¡Cuán murmurador sois, amigo Centellas! ¡Cómo descubrimos las faltas del prójimo.... ¿y las que nos atañen?

—Teneis razon, don Julio, al menos por esta noche: no obstante, se debe á un suceso estraordinario: yo me retiro á las doce, pero apenas sale el sol, ya estoy cuidando la única familia que me rodea.... es decir, de estas inocentes avecillas, y antes, de mi fiel perro de caza, de mi buen *Cervato*, cuya ausencia lloro como la de un leal amigo.

—¿Pero qué haceis, señor Centellas?

—Preparar para mí una cama: vos descansareis en la mia: hoy es fiesta; las obligaciones, escepto las del cristiano, para las que aun sobrará tiempo, no nos apremian; si vos dormís algunas mas horas que yo, y cuando desperteis no me encontrais, ved aquí un cordon: este cae al cuarto de una honrada familia que me asiste: llamad, y os vereis cumplidamente servido, aunque al efecto yo daria las oportunas órdenes.

En seguida cerró la ventana, y envolviéndose en un blanco y finísimo cobertor de Palencia, esclamó:

—Buenas mañanas, señor don Julio del Valle.

—Así fuesen de Abril y Mayo: tenedlas felices, señor don Lope Centellas.

—Dejaos de flores: duerma tranquilo el del Parnaso.

—Disfrute dulce sueño el de la curia.

XVI.

EL GABINETE FÚNEBRE.

Dos semanas han trascurrido desde la noche en que tuvieron lugar los acontecimientos que hemos narrado.

Era una tarde: faltaba poco para oscurecer: un caballero saluda y entrega una carta á otro, cuya fisonomía y circunstancias vamos á describir.

Teneis, amigos lectores, ante vuestros ojos á un hombre de cincuenta ó mas años: su frente es ancha, revelando altivez é inteligencia: su mirar grave, y el conjunto de sus facciones, á pesar de su edad, inspira respeto y simpatía hácia su persona.

Viste un traje negro, escepto la corbata, que en blancura se confunde con la pechera de la camisa: cubre su cabeza un gorro de terciopelo carmesí con borla de oro: en los dedos de la mano izquierda brillan unos primorosos anillos.

Está en su despacho ó gabinete de estudio, sobre un sitial ó sillon antiguo, teniendo delante un gran mesa con ricos adornos de talla y su correspondiente escribanía, papeles, libros y un estuche de ébano con embutidos de oro.

Este personaje es el Doctor Monge, cuya reputacion científica es tan universal, como fundada.

—Un amigo mio os recomienda eficazmente,—dijo,—tomad asiento. Ahora decidme en qué os puedo complacer.

—Ilustre Doctor,—repuso el desconocido;—no vengo á consultar vuestra notoria ciencia respecto á mi salud, y sí á suplicaros me informeis de la de una señorita á quien no me es permitido ver, y por cuya ventura se interesan mi honor y mi cariño. Dispensad.... si tengo la audacia de distraer vuestra atencion, sin ánimo, por supuesto, de herir en lo mas mínimo vuestro susceptible y respetable carácter.

Frunció el ceño el sabio Doctor, pues habia creido que fuese una *consulta*, mas como la recomendacion era íntima, procedente de uno de sus mejores amigos.... hubo de conformarse, y disimulando su disgusto, contestó de esta suerte:

—Os recomienda mi amigo y compañero don Froilan, y venís autorizado para todo.

—Gracias, Doctor.

—¿Cuál es la persona de quien deseais informaros?

—De una señorita llamada Aurora.

—¡Ah!... Sí.... ayer la he visto. ¿Y qué anhelais saber?

—Os ruego me instruyais si su estado es ó nó peligroso. Podeis estar seguro de que en ninguna responsabilidad incurrís por revelarme las circunstancias en que se encuentra.

—¡Ya lo creo!...—respondió gravemente el Doctor Monge.—Ninguna: y menos mediando una persona que merece mi confianza.

—Os agradezco esta distincion.

—Es justa: pues señor.... la bella Aurora, y lo siento.... va eclipsando su radiante luz juvenil á impulsos de un mal desconocido, y nos tiene en triste incertidumbre.

Cuantos recursos la he propinado han sido inútiles, haciéndose refractaria la afeccion nerviosa que sufre; y sabed que la medicacion, el régimen terapéutico é higiénico prescrito, está plenamente indicado, segun los síntomas característicos de la dolencia; en mi juicio esa hermosa é infeliz señorita padece

mucho de espíritu: su afeccion mas es moral que física, porque las afecciones morales influyen poderosamente en nuestra economía, en nuestra frágil naturaleza.

He observado que refleja una monomanía religiosa, y al mismo tiempo la asaltan unos vértigos crueles, como producidos por el terror, pues sueña con tremebundas visiones: su estado es muy crítico: el sistema nervioso en una sobrescitacion, y el cerebro muy débil; en resúmen, se halla espuesta á un accidente funesto.

—¿Y decís que está su espíritu bajo la presion del terror?

—Indudablemente: la jóven ha debido ser amenazada, ó quizá un susto.... yo no adivino el orígen de semejante estado. Aurora y su familia se imponen una reserva, que es perjudicialísima. No obstante, yo he traslucido por fuera.... que unos amores poco dignos la ocasionan tan fatal situacion.... porque despues la infeliz, que yo juzgo pura y casta como un ángel, vió escarnecido su candor, pues parece que el amante ocultó cuidadosamente sus circunstancias, resultando ser un.... un aventurero de mala especie.

Hé aquí la historia que deseais conocer; ya estais servido.

—En parte, noble Doctor, es verdadera.

—Me dispensariais un obsequio, y á esa pobre señorita un singular beneficio, si pudiéseis ilustrarme algo respecto al orígen moral de la afeccion que sufre.

—Decía, Doctor, que hay un fondo de verdad en ese relato, porque existe el terror en el alma de la enferma; pero no porque sus amores resultasen indignos, y sí porque fué indigna y cruel una señora, inspirándola hácia su amante una aversion espantosa é indescriptible.

—Hablad caballero: proseguíd,—esclamó el Doctor Monge, lleno de curiosa y viva inquietud.

—Una señora, escitada por los celos y la envidia, abusando de su alta posicion, viéndola desvalida y humilde, prudente y santa.... porque lo es, se atrevió á infundirla un odio infernal

hácia la persona que mas la amaba en el mundo, valiéndose de suposiciones gratuitas, de nefandas calumnias, y por último, arrojándola á sus pies el retrato de su amante, como en señal de desprecio, como en prueba de que ella tambien le aborrecia, de que tambien habia sido engañada.

—¡Qué inhumanidad! Sin embargo, en la grave mision que ejerzo, estoy acostumbrado á oir y saber tristes aventuras, dramas espantosos, producidos por el fanatismo, por la ambicion y por los celos.

—Además, ilustre Doctor, supe despues que una muy digna y benéfica señora, tal vez mal aconsejada, cubre de luto el corazon de Aurora, inspirándole un misticismo oscuro, una vocacion mongil ridícula, permitiéndose corroborar los falsos informes de la que tuvo la barbárie de herirla tan mortalmente.

—Y decid, caballero: ¿conoceis vos á ese amante de Aurora, objeto, á vuestro parecer, de injustas recriminaciones?

—Y decidme, Doctor, ¿conoceis vos íntimamente á don Froilan, mi respetable amigo?

—Mucho; le conozco bien y le aprecio.

—Pues aun mas conozco yo al calumniado amante de Aurora.

—¿Hablais con seriedad? porque segun noticias estuvo preso... y....

—Como que soy yo mismo.

—¡Calla! ¡V. Juan-Diablo!! ¡V. el jóven de tantas aventuras!!

El Doctor hizo un movimiento; no sabemos si involuntario ó intencional, y la gran mesa, que tenia delante, cambió repentinamente su parte superior, hundiéndose la escribanía de plata, los libros, y el precioso estuche, y colocándose en su lugar una especie de alto pupitre abierto, de modo que el Doctor Monge quedó cubierto hasta la nariz.

El mérito de la mesa consistia en un estraño resorte, á merced del cual cambiaba completamente su forma.

Nuestro don Juan no hizo caso, aunque comprendió la idea

y estúvose muy tranquilo sobre el sillon, esperando que el insigne médico desvaneciese tamaña sorpresa.

—¿Qué haceis Doctor?—le dijo:—ved que me inferís un ultraje: calmaos: yo soy un hombre inofensivo; de otra suerte don Froilán no me hubiera tan eficazmente recomendado.

—Sí.... teneis razon.... mas he oido referir tantas diabluras.... no de V.... no.... y en los tiempos que corren.... perdonad.... y puesto que sé la historia.... procuraré desvanecer esa fatal idea: en fin.... se hará cuanto sea posible en obsequio de esa desventurada criatura.

El Doctor se hallaba visiblemente conmovido, y su deseo era que don Juan desapareciese de su presencia.

Don Juan se levantó, y con mucho tacto, con disimulo, vió que el pupitre, mágicamente aparecido sobre la mesa era una caja con sus dos pares de pistolas y un cuchillo de monte.

Desde luego se persuadió de que el sabio médico se imaginaba ser víctima de un golpe asestado por el amante de Aurora.

—Doctor, permitid que me retire.

—Como gusteis.

—Siento haberos producido una falsa alarma.

—En verdad ... los antecedentes.... la coincidencia de ser yo el médico que asiste á la infeliz señorita, por encargo especial de la respetable condesa de Montelirio.... todo ... influye.... para que....

—Si no me estraña: lo que os suplico es, que vos influyais con esa digna, pero mal aconsejada señora, para que no insista en que la pobre jóven se sepulte en un claustro, sin verdadera vocacion, é inducida únicamente á ese heróico sacrificio por satisfacer la rabia y sed de celos de una infame mujer.

—La señora condesa....

—La condesa, ilustre Doctor, padece una monomanía.... que ha trasmitido á la enferma, oyendo los consejos de la que se propone ser su verdugo.

—Perdonad.... no puedo permitir.

—No intento ofender á quien mucho respetaré siempre, como aplaudiré tambien sus virtudes.... mas todos tenemos un punto vulnerable....

—Sí ... es cierto: mi señora la condesa es escesivamente piadosa.

—Bien: muchos lo son y no lo parecen: limítese á dar amparo á los desvalidos, y abandone la conciencia del prójimo á otros mas sabios y competentes directores.

—Yo mismo la recomendé se abstuviera de promover un trastorno moral.... y lo útil que será tomase Aurora los aires puros, la brisa embalsamada de los campos.... mas hasta hoy.... despues de dos meses....

—Fio en vuestra palabra, señor Doctor.

—Vivid seguro de que os la cumpliré lealmente.

—No os exijo otra cosa: yo vine aquí guiado de la intencion mas noble y humanitaria á suplicaros me informáseis de la infeliz enferma: lo habeis hecho; estoy agradecido: vuestro compañero don Froilan, y no os ofendais.... sabe mi modo de conducirme. La palabra, pues, que os demando á fé de caballero, y si gustais de amigo, es porque guardeis el secreto de esta entrevista, así respecto de Aurora como de la condesa.

—Os complaceré en todo.

Dió la mano al Doctor, que ya mas sereno, se dignó salir de la especie de antemural en que se habia parapetado, y como observase que nuestro héroe fijaba con interés la vista en las paredes del gabinete ó despacho, le dijo:

—En verdad que mi estudio es bien triste.

—Asemejase á un osario—contestó don Juan:—es un gabinete fúnebre: solo un médico es capaz de habitarle.

—Estamos familiarizados con la muerte.

—A vuestra órden, Doctor.

—Beso á V. la mano, caballero.

Don Juan bajó la escalera murmurando:

—¡Yo rasgaré esta inícua trama!

El Doctor Monge tornó á su asiento, y despues de restablecido el órden en su escritorio, esclamó:

—Vea V.... nuestra sublíme profesion está sujeta á mil contratiempos: unas veces nos asalta un impertinente, un aprehensivo; otras nos revelan las mas lúgubres historias: no falta quien pretende tomarnos por instrumento de indignas ideas.... ni quien nos proponga el papel innoble de mensajeros de cuitas amorosas. ¡Gran filosofía necesitamos para sufrir tan repugnantes exigencias!

En cuanto á este caballero.... tiene mil razones.... yo no dudo de la piadosa condesa. .. si bien hace alarde de cierto fanatismo, que otros admirablemente esplotan.

Abandonemos al Doctor, que se dispone á registrar su *Diario*.... abandonémosle en tan imponente estancia, cuyas paredes tapizadas de un papel oscuro, cubiertas de cuadros anatómicos, de estantes ó armarios, con frascos grandes y pequeños, dentro de los cuales, sumergidos en espíritu de vino, se ven restos humanos, producto de difíciles operaciones quirúrgicas, y sobre los armarios, hórridos y blanquísimos *esqueletos*.... de todas magnitudes, que se destacan en las sombrías paredes como el eterno recuerdo de las miserias humanas.

12

XVII.

LOS MISTERIOS DE UNA BLUSA.

—Señorito....

—¿Qué ocurre?

—Su escelencia el señor marqués de Valdeclaveles.

—¿Y cómo no ha entrado?

—Recordad que vuestra órden fué....

—¡Torpe de mí!.... tienes razon: pero tambien sabes que el señor marqués pertenece á las personas de mi íntima confianza; es de la familia.... vé corriendo y díle que pase.

—¡Muy bien! ¡Bravo! Ya exiges una antesala de cuatro minutos!... ¡Qué tono de sultan!...

Esto decia el alegre marqués al penetrar en un pequeño y elegante despacho ó gabinete, cuyas paredes se veian pintadas al fresco, y en frente á la entrada un gran escudo con puñales, pistolas y espadas, y toda clase de instrumentos de guerra, algunos antiguos, raros y de valor.

El pavimento estaba cubierto de una riquísima y vistosa alfombra, y bajo la mesa ó escritorio, una piel de pantera. Por último, un pabellon doble, de damasco y encaje de Bruselas, cerraba la puerta de una alcoba, pero no del todo, pues se des-

cubria un lecho imperial ó cama colgada, en cuya parte superior brillaba una aurea corona.

Tal era la mansion en donde penetró el marqués de Valdeclaveles, hermano de Guadalupe.

No os sorprenda, lectores, el lujo escesivo de aquella estancia, porque pertenecia á un banquero; á esa especie de nuevos señores de la tierra, quienes ó por la caprichosa fortuna, ó porque así lo exige el *siglo de oro* qué atravesamos, constituyen hoy dia una clase poderosa, y en cierto modo temible, sin cuya proteccion zozobran los gobiernos, y cuyo influjo se estiende á los Parlamentos, al crédito de las naciones, al desarrollo de sus intereses; á todas las empresas, en fin, donde se manifieste la actividad humana.

El banquero llamábase Hipólito Céspedes, Haro, Zúñiga, etc., etc., etc.... padre del agente de bolsa, Adolfo Céspedes, al que ya conocemos en las anteriormente descritas aventuras.

En cuanto divisó á su amigo el jóven marqués, corrió á darle un abrazo.

—Hoy he comido solo,—esclamó.—Papá asiste á un banquete diplomático en casa del embajador de... y hubiera tenido gran complacencia en que hubieses llegado antes: perdona si el ayuda de cámara.... intepretó equivocadamente mis órdenes.

—¡Te dás mas tono que un príncipe!—repuso con su habitual y sencilla franqueza el marqués, y luego prosiguió:—Está visto, que los modernos Cresos, los hombres de la fortuna, cuya rueda, al parecer, gira á su capricho, es incuestionable, amigo Céspedes, que aventajan en etiqueta á los nobles del barrio de San German de París, y en orgullo á los antiguos feudales de Castilla.

—Siempre estás incisivo, mordaz, sarcástico.... siéntate y escucha lo que ha de producirte sorpresa.

—No es mi ánimo ridiculizar las costumbres de la aristocracia

del dinero.... únicamente é imparcialmente.... no estrañes que vayan juntos estos dos adverbios, porque se estila, está en uso, solo hago su biografía...., pero sin ser duro en mis calificaciones.... mas mereceis.

—Te hallas autorizado para todo, marqués.

—Y bien, ¿qué ibas á referirme?

—He dado con la incógnita.

—¿Has resuelto el problema?

—¡He descubierto el duende!

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, marqués.

—Sepamos de qué modo

—Ese hombre es verdaderamente un *diablo*, un fantasma.... un brujo. Nadie me dió razon de él en el Casino.... á donde segun supe despues, concurre algunas veces, de tarde en tarde, á la lectura de los periódicos estranjeros. Fuí al teatro Real, y uno de los dependientes ó empleados, relativamente al *incógnito*, á nuestro misterioso aventurero, se espresó de esta suerte: «Por don Juan del Castillo no recuerdo conocer á caballero alguno.... mas por las señas personales que dais, sí hago memoria, tal vez me equivoque.... de un don Juan, abonado á la luneta núm...., hombre de unos treinta años, de buen aspecto, con patillas negras, ojos grandes, muy sério aunque bondadoso é instruido, pues yo le oí hablar con personas de categoría y con varios estranjeros: viene pocas noches: no se dónde vive.... pero sí que es generoso, digno y afable.

—¿Y no te dió mas pormenores de nuestro Juan-Diablo?

—No.

—Pues nos vemos lo mismo: es decir, á oscuras.

—Oye, y ten paciencia: despues corrí varios comercios y casas de giro: en una de estas escuché lo siguiente:

«Con relacion á esas señas y al nombre de don Juan,—me dijo el girante;—solo conocemos aquí á un don Juan del Castillo, persona de algun crédito, mas yo juzgo que sea un indus-

trial, que pertenece á familia oscura, pero rica, de esas á quienes los negocios y la actividad, ó la economía y cierta clase de negocios estraordinarios y casuales, hacen con un capital cuando menos lo pensaban. Las veces que ha venido la persona á que me refiero, aunque dudo sea la que buscais, llegó en compañía de algunos obreros, en traje decente, aunque sencillo, y no pocas le he visto con blusa, y las manos manchadas de yeso, y de barniz. Su palabra es grave, sus maneras corteses, y manifiesta rectitud en sus intenciones y negocios. No sé otra cosa.

—Como si nada supiera: quedamos lo mismo.

—Ahora verás qué clase de circunstancia le presentó á mis ojos, sin yo esperarlo. Bajé esta tarde por la calle de Alcalá en busca de Alberto de Lara, con objeto de saber qué le habia dicho el capitan Figueroa acerca del desafío, cuando héte aquí á don Juan Diablo.... le detengo.... me reconoce.... se desemboza y afectuosamente me dá su mano.... pero amigo marqués, no era el don Juan de la noche de marras.

—*¡Un quid pro quo!*... ¡te equivocaste!

—Nada de eso.... era el mismo.

—Te contradices entonces: era y no era.

—Realmente era el don Juan del baile de los gitanos, mas apareció vestido con diferente traje: llevaba *blusa*....

—Pues no me sorprende, Adolfo.

—A mí sí, marqués; un hombre con *blusa*.... manchado de tierra y de pintura, y el rostro lleno de cal.... no es otra cosa que un albañil....

—Y bien ¿qué?

—Que ese don Juan.... es un verdadero *quidam*, un pobre Juan-Diablo.... y en esta parte opino como Alberto de Lara, que estuvo en su derecho despreciándole.

—No comprendo lo que dices; mas antes que amplies tu narracion, me cumple, amigo Céspedes, y reflexiona que habla un marqués.... me interesa consignar, que para mí no es despreciable un hombre con blusa y mucho menos si está manchado con

cal, pintura ó tierra.... porque la blusa es la toga del obrero, su traje talar, su distintivo, y si tiene manchas, es prueba de que se producen trabajando, lo cual es muy honroso. Y respecto á ese don Juan varía en su favor la cuestion, puesto que es un hombre instruido y afable, y nada importa que vista de esa manera. Yo he visto en París, Lóndres y Bruselas, y otras cultas capitales de Europa honrando la blusa á mas de un eminente artista y algunos hombres de ciencia.

—En esa parte dices bien, marqués: pero este don Juan....

—¿Y qué datos tienes; en qué te fundas para opinar de ese modo?

—Cuando hablaba con él esta tarde, presentóse Alberto de Lara, y queriendo yo resolver la cuestion del desafío, receloso de que se me escapase tan propicia ocasion, esclamé: ¡Gracias al cielo que ya reuno los dos padrinos! Entonces Lara, viendo á don Juan con blusa.... frunció el ceño, y de un modo político hubo de disculparse con la amistad del capitan Figueroa, y la inconveniencia de batirse por causas tan leves y otras consideraciones que hábilmente manifestó.... mas en realidad, su disculpa se fundaba en el poco favorable aspecto de don Juan. Este se apercibió del gesto del pulcro diplomático, y con aterradora energía, pero dignamente, le dijo: «Caballero, V. rehuye el cargo de padrino por no alternar con un hombre que viste *blusa*... yo no me ofenderé de vuestros escrúpulos.... mas si el señor de Céspedes insiste en honrarme con su confianza, á pesar de mi humilde traje.... respondo de traer un padrino *simpático*, *decente*.... aceptable, en fin, para el capitan don Arturo de Figueroa, ante quien no tengo inconveniente en presentarme como estoy ahora, de simple obrero, y en la persuasion de que me admitiria. Por lo demás, V. no dude, señor don Alberto de Lara, que Figueroa se *batirá*, si hay razon para el duelo, y uno de los padrinos será este hombre, á quien parece despreciais, y de cuyo ridículo é inmotivado desprécio os exigirá satisfaccion públicamente.

Dijo, y don Juan se alejó cual un relámpago, con tal prontitud.... que no ví por donde partió.

—¡Luego tambien quedamos á oscuras!

—Ciertamente, marqués, y si bien lo rechazo como padrino, no rehusaré saber sus antecedentes, porque deben ser curiosos é interesantes.

—¿Y qué dedujo el hábil diplomático, nuestro amigo Alberto de Lara?

—Cuando le vió partir esclamó: este será algun truan.... un aventurero; ni sus maneras, ni su inteligencia me hacen creer que es un caballero, ó una persona decente. Así como en las selvas hay hermosas flores y entre el pueblo bajo, bellísimas mujeres, así tambien existen hombres de naturaleza privilegiada, que dan un chasco al mas astuto y esperto en distinguir de fisonomías. Por lo demás, ríome de su arrogancia, y soberanamente le desprecio.

—Es decir que don Juan traerá otro padrino, y que despues ajustará las cuentas al diplomático ¿Sabes, Céspedes, que vas á ser causa de una série de sucesos á cual mas chistosos? Por lo que respecto al desden de Lara... en mi juicio, este procedió con escesiva petulancia.

—Indudablemente, marqués, ese Juan Diablo es hombre de orígen oscuro, que aprendió unas cuantas frases.... y pretende pasar cuando le acomoda, por un fino cortesano. De cualquier modo yo no descansaré hasta indagar su verdadera posicion y antecedentes.

—Te acompaño en esa pesquisa, pero no en el sentir de que es un hombre inaceptable.

—Por de pronto Lara dice que rompe su compromiso, que se desliga de la obligacion que se impuso, que renuncia en una palabra á sér mi padrino.

—¡Se desvanece mi grata ilusion de un duelo!

—Yo, marqués, no desisto, y exigiré que se lleve á cabo.

—¡Vana esperanza! La baronesa debe saberlo á estas horas.

—¡Imposible! A no ser que Figueroa..... faltando á lo que prometió á nuestro amigo Alberto.....

—Yo no adivino el cómo lo sábrá, mas desde luego podia asegurarlo.

—No entiendo.

—Tampoco me esplicó lo del resorte de que se ha valido la astuta baronesa para saber nuestra presencia en el baile de la gitanilla....

—¡Lo sabe!

—Con todos sus pormenores.

—¿Te burlas, marqués?

—Hablo sériamente, Adolfo.

—¿Y quién habrá instruido á la baronesa de nuestra aventura?

—En otros tiempos hubiera pasado Sofía por nigromántica. Tal es su talento, y tantos sus diabólicos ardides.

—Tu revelacion me tiene aturdido.

—Mas aun quedé yo, cuando delante de mi hermana y de Arturo de Figueroa me reconvino por haber, no solo frecuentado la casa del tio Telarañas, si tambien por nuestra galantería en obsequiar á su hija.

—¿Eso mas?

—Oye, Adolfo: me indicó hasta las frases que usamos al rendir á la bella Rocío, tú el *collar* y yo la *sortija* de brillantes.

—¡Dios de Israel!... ¡Qué diria tu hermana Guadalupe!

—Así como así, no simpatizaba mucho contigo... y este último y envidiable merecimiento acabó de enajenarte su amistoso afecto....

—¡Qué desgracia! ¡Me enardece la ira! ¡tú tienes la culpa, marqués!

—Calma tu ardor, Adolfo, y hablemos de otra cosa. ¿Re-

cuerdas el dia que comimos en la fonda con el poeta popular, Julio del Valle?

—Á propósito estoy ahora para romances.

—Pues sí es á propósito lo que voy á decirte.

– Pues no quiero saber nada de ese.

—¡Cómo! ¿desprecias á un jóven de tan rico talento? No me dijiste que le habian presentado á tu papá, y que tomaria parte en un periódico, fundado para un fin de la mas alta importancia mercantil y política?

—Déjate ahora de simplezas.

—¡Me gusta!

—Fué para un asunto financiero.... mi papá recibió cortésmente á ese pobre escritor.... le brindó con su amparo.... mas el poetilla mostróse mas orgulloso que don Rodrigo. Déspues no sé lo que ha pasado ni me interesa el saberlo.

—Es decir, que le llamaron para utilizar sus talentos, mostró dignidad ó desinterés.... le habeis abandonado, y el infeliz.... acaso por complacer á los amigos de tu papá.... se ve hoy espuesto á hundirse en la prision ó en el destierro!...

—A nadie culpe sino á sus exageradas opiniones.

—Amigo Adolfo, yo sin ser *popular*.... ni *banquero*... le ofrecí ayer mi bolsa y mi casa.

—¿Y qué le ocurre?

—Ha publicado un romance satírico....

—Pues que no sea tan audaz: nadie se lo exige.

—Si no hubiera habido escritores audaces, amigo Céspedes, no se hubiese ilustrado tanto el país, ni enriquecido con las conquistas de la civilizacion centenares de oscuros ciudadanos.

—Mira, eso es muy grave, marqués: doblemos la hoja: son cerca de las ocho: salgamos á correr por esos mundos de Dios en seguimiento del hombre de la blusa, de ese maldito Juan-Diablo, que me tiene ganoso de sus antecedentes y estraña vida.

El hijo del banquero llamó al ayuda de cámara para que le

pusiera el traje de calle, pero al salir díjole el sencillo y humanitario marqués.

—Iremos donde gustes; mas permíteme decirte, que me sorprende esa indiferencia, ese desprecio hácia el infortunio... teneis, amigo Céspedes, el corazon mas frio que el metal de que sois ciegos idólatras.

XVII.

UN RAYO DE CONSUELO.

Estamos frente á una lonja de sedas en los portales de Santa Cruz.

Una linda señorita ha penetrado con su criada en la lonja, é ínterin la despachan sedas de varios colores, se fijan sus ojos contínuamente en la calle, revelando ansiedad por descubrir á una persona, á quien aguarda con impaciencia.

Por último, al retirarse, encontrándose ya en la esquina de la calle Imperial, prorumpe en esta esclamacion:

—¡Don Juan! me retiraba triste.... creyendo no encontraros!...

—¡Fermina! ¡qué ingrata sois! ¡cinco dias sin vernos!...

—Y esta noche ha sido un milagro que pueda salir de casa: os dije que mamá resolvió que no saliese, ni aun con Gabriela, aceptando el consejo de Julio del Valle, que en vista de los escandalosos incidentes ocurridos noches pasadas, nos propuso destinasemos otras horas para la entrega de las labores; mas yo hice hoy que se perdiesen todas las sedas, y cuando mis primas empezaron la velada, comprendido, ó no el pretesto....

suplicaron me permitiesen salir á comprar lo mas indispensable para continuar nuestras tareas.

Hé aquí el ardid á que debo la ventura de hablaros. Además.!.. desde que persiguen á Julio.... estoy tan abatida... ¿habeis visto que desgracia?..

—No lloreis: el motivo es leve: una composicion política.... una sátira.... un maldito romance: ya os manifesté el ningun cuidado que debierais abrigar respecto á su suerte.

—Y si le reducen á prision .... ó le destierran..... ¡Dios mio!

—Os daré pronto buenas noticias: tranquilizaos.

—En vos tengo mi confianza, don Juan.

—Me consta que se interesan por él personas respetables: le dejarán, no haciendo mérito de sus estravíos ó de su inesperiencia: y es lástima... porque tiene escelentes sentimientos.

—Gracias, don Juan, aunque le haceis justicia: sabed, que con los recursos adquiridos por su última produccion, y los que de un modo misterioso, tal vez alguno de su familia, le ha deparado la suerte, socorrió á un infeliz caballero.... á un don Ventura Jeremias, oficial retirado, escribiente, que vive en la mas espantosa miseria con su mujer y tres desgraciadas criaturitas. Habiéndosele muerto un niño, sin tener para amortajarle, cuanto mas para disponerle sepultura, se vió el caballero, el desconsolado padre, en la necesidad de cojer al pobrecito ángel bajo la capa que le prestó un vecino, y cuando salia para depositarlo sigilosamente, como otros muchos hacen, al pie del altar ó en el confesionario de una iglesia, Diós, únicamente Diós, que vela y ampara á los desvalidos, que son honrados y buenos creyentes, llevó á Julio del Valle hácia aquella mansion de luto y de amargura, y evitó una desgarradora escena.

Julio, que aprecia estraordinariamente á don Ventura, le consoló diciendo: «¡Dios me trae aquí: el niño se enterrará debidamente: voy por una caja.... mandaré que le preparen una mortajita.... y en fin.... no puedo continuar...» señor don

Juan, me conmueve la memoria de aquel tiernísimo rasgo de caridad cristiana»

—¡A mi tambien me enternece, bella Fermina, del mismo ó igual modo que conmoveria á los que sepan apreciar este sentimiento, y á los que comprendan el horrible dolor de una familia en semejante estado de duelo y de indigencia!...

—Julio fué á casa.... llorando.... nos hizo llorar á todas, y entre todas preparamos cintas, encajes, guirnalda, papel rizado para las velas.... y últimamente... fuimos á ver al hermoso niño.... que Aurora con sus finas y blancas manos amortajó. ¡Semejaba á la Vírgen María teniendo á su divino Hijo en sus amorosos brazos!...

—Por Dios.... Fermina.... suspended esa tierna y á la par sublime narracion.... me enterneceis sobremanera.... y mucho mas sabiendo que Aurora se mezcló en un acto á la par religioso...., de amor.... y de caridad evangélica! ¡Dios se lo premie á Julio! Por mi parte no olvidaré sus nobles acciones.

—¡Oh! ¡Cuánto os debo.... don Juan!...

—A mí, nada: si otra vez recordais el mas mínimo favor, me pondreis en la dura precision de no hacer otro alguno. Del secreto de nuestras entrevistas depende el porvenir de todos. Julio se resentiria, considerando que yo pago los favores que me dispensais y el interés que os tomais por Aurora. Lo que cumple es que le aconsejeis mas aplicacion al estudio, y menos apego á la poesía y á la política. Despues de concluir su carrera, despues que termine en la cátedra, cuando ya sea abogado, podrá optar ventajosamente á otras posiciones: hoy se compromete, sirve de instrumento á miras agenas, dificulta sus adelantos.... en una palabra, se pierde.... y disipa el sol de vuestra futura felicidad.

—En ese concepto le aconsejé repetidas veces.... y mirad lo que ha sucedido....

—Y gracias que....

—¡Por Dios.... don Juan.... no le abandoneis!...

—Descuidad, noble Fermina.

—Ahora hay otro disgusto: mi mamá no quiere verle.... pues dice que un hombre, á quien reclama la justicia, es indigno....

—Escrúpulos.... que debemos respetar, pero que son ridículos: en el sentido en que persiguen á Julio del Valle.... lo han estado hasta los príncipes. La política ó la opinion, salvo algunos estravíos, no deshonra: es verdad que suele tener fatales consecuencias.....

—Afortunadamente, el curial de quien os hablé, don Lope Centellas, nos visita, aunque no poco ha costado, pues mi mamá y mi tia doña Carlota se empeñaban en no admitirle; luego se dieron el parabien, porque es jóven listo y prudente, y ha conseguido entablar un negocio de censos en favor de la familia.... y aun hay mas.... ha simpatizado con mi prima Luisa.... y nos prometemos....

—Lo celebraré mucho: he tenido honrosos antecedentes de ese jóven, cuya vida conozco, y trato á su principal ó jefe, al procurador en cuya oficina está colocado. El buen Centellas, á pesar de que es alegre de genio.... será la salvacion de Julio.

—Por eso decia que es una felicidad el que sean amigos.

—Os ruego que tanto para el uno como para el otro guardeis absoluta reserva: para los dos soy persona enteramente desconocida.... pero ambos me serán igualmente apreciados, y velaré por su suerte. ¿Y Aurora? ¿Qué me contais de esa desventurada?

—Os felicito por su nueva situacion.

—¡Será posible!

—Vá cambiando de parecer.... os justificais por momentos.... no duda seais lo que realmente sois.... un caballero, y la rabia y terror que supo inspirar en su corazon la infernal baronesa, se desvanecen por instantes.

—¡Loado sea Dios! ¡Al fin me hace justicia!

—Julio del Valle y don Lope Centellas.... mi futuro primo....

contribuyeron poderosamente y sin intencion, sin saber nada, á su nuevo estado: se halla mas alegre: rie.... canta...., y huye de aquel monástico y pavoroso recojimiento. Además, la condesa de Montelirio, antes afable, elevada y digna, pretendió fiscalizar la conducta de Aurora, y esta se resintió vivamente.

—¿De veras?

—Dice Aurora que se escedió de su amabilidad y buena educacion, preguntándola por sus amores con cierto desden ofensivo.... impropio del concepto en que la teníamos.

—No es la condesa culpable.... ¡mas pronto haré pedazos tan inícua trama!... Conozco perfectamente la intriga, y confio en desbaratar los negros planes que contra mí han urdido.

—¡Cuanto nos alegrariamos!... Yo ni aun quiero ya á la condesa: desengáñese V., don Juan; esta clase de gentes, estas señoronas, que nos miran como á despreciables gusanos.... á lo mejor....

—Y bien, Fermina: ¿de qué manera nos comunicaremos en adelante?

—Yo no dispongo de medio alguno: la criada, aunque buena.... puede chasquearnos.... y gracias que hasta hoy....

—Gabriela está de mi parte.

—¡La habeis hablado!

—Mas de una vez: si se conduce honradamente.... ya sabe lo que la espera.

—En ese caso.... no habrá inconveniente de que Gabriela....

—Sin embargo, redoblemos las precauciones: oid: de dos en dos dias enviaré á un muchacho, á un buhonero, que con su tiendecilla ambulante penetrará en vuestra casa, sin que se aperciban del objeto que allí le conduce. Es un jovenzuelo audaz, de chispa y muy agradecido: su infeliz padre es un paralítico.... y su madre, á quien la he proporcionado el rincon de un portal, vende en él bisuteria, fósforos y mil cosas, mientras el hijo cor-

re los cafés y las calles con su comercio. Voceará.... le llamais como para comprarle alguna bagatela.... que os entregará, sin cobrarla, y podeis dirigirme por escrito lo que sea urgente y de interés, no solo respecto de Aurora, sí tambien de vuestra virtuosa y para mí querida y respetable familia.

—Señor don Juan.... gracias.... no olvideis á Julio.

—Bien.... pero no lloreis, hermosa Fermina.... que me causais afliccion.

—¡Cuándo tendrán término estas desventuras!

—Hay que luchar contra terribles intrigas.... mas confio en salir victorioso de las pérfidas maniobras de la baronesa.

—Por lo que os pudiese convenir, debo advertiros, que Julio anda disfrazado.... con peluca.... ancho gaban.... anteojos, barba postiza, que le prestó un amigo suyo, actor del teatro del Príncipe: la barba es algo canosa, de manera que parece un viejo. Concurre de siete á nueve de la noche á la tertulia del café del Pasage....

—Sí.... entiendo: á un villar en donde no es fácil escitar sospechas....

—Justamente: le encontrareis con Centellas y don Ventura Jeremías, de quien os he hablado.

—Vivid confiada, bella Fermina.... Adiós ....

La virtuosa jóven se despidió afectuosamente de Juan-Diablo, y este, segun costumbre, fué acompañándola á cierta distancia, pero sin perderla de vista; despues giró hácia los barrios estremos de la parte del Sur, sonriendo de alegría, porque un vislumbre de esperanza acerca de la salud y del amor de Aurora habia resplandecido un instante en su corazon, despedazado anteriormente por el desconsuelo y las mas acerbas penas.

XIX.

PABLO EL CANTERO.

Recordareis, apreciables lectores y carísimas lectoras, la pérdida de una cartera con gran número de billetes de banco en el baile de la Gitana, cartera que pertenecia al bolsista don Adolfo Céspedes, y que la hubo de hallar un honrado obrero, quien rehusó toda clase de recompensa, porque así lo dictaba su virtud, y por respetos á don Juan, de quien parecia ser conocido, y aun deudor de algunos favores.

¡Aquí le teneis!... Ved al buen Pablo, que acaba de acostar á sus dos hijos, y conversa con su mujer, la cual tiene sobre su regazo á una tierna y robusta niña.

Pablo tendrá unos treinta y dos años: su gigantesca estatura, sus desarrollados músculos, su agradable y risueña fisonomía, dicen que habrá sido un arrogante mozo, así como ahora es hombre de hercúleas fuerzas, de mucho vigor, pero de condicion al mismo tiempo pacífica y honrada.

Pablo ejerce el oficio de cantero.

—Has hecho bien, Rosalía,—dice á su mujer:—las criaturas se acuestan en cuanto oscurece: te aprecio porque eres formal y das cristiana educacion á nuestros hijos.

—Lo que importa es que tú seas prudente: que te retires temprano, que no acudas á esas infernales tabernas, en muchas de las que por vino os dan mortífero veneno: por otra parte, ya ves los tiempos que corren.... y sobre todo.... no vayas á reuniones de.... nadie.... absolutamente de nadie. La bebida con esceso hace enfermar al hombre.... le desfallece, inspirándole mal genio y horror al trabajo y despego á sus hijos.

—Pareces un predicador.... Rosalía: eso no reza con tu Pablo: yo me retiro á primera hora.

—Menos algunas noches.

—Suelen entretenerme....

—Cada cual á su casa: la maldita política ha hecho desgraciados á muchos inocentes: los que no aspiran á nada, los que nunca saldrán, como decia mi señorito el juez, de *arate cavate*, es decir, de su condicion de trabajadores, deben huir....

—¡Por nada en el mundo renunciaré yo á mis creencias!... Y si hemos de tener paz, Rosalía.... no hables del asunto.

—No te ofendas; pero antes que la devocion es la obligacion: no digo que renuncies á tus creencias, como yo no renunciaré jamás á la santa religion que me enseñaron mis padres.

—Vaya, Rosalía, estás hoy insufrible: precisamente hoy, que me he recojido cuando las gallinas: es verdad, que no tengo un cuarto.... y como á mí no me gusta ser pegote, ni vagar por las tabernas.... me recojí en paz y en gracia de Dios: ¡y aun te quejas!...

—Esta noche has venido pronto: ¡ojalá siempre hagas lo mismo!

—¿Pues qué hago? tomo un periódico que me presta el mancebo de la barberia, y desde el *título* hasta el *editor responsable*, lo leo de cabo á rabo, ínterin ronda el sueño: lo que me dá rábia son esos malditos nombres alemanes, ingleses y franceses.... ¡el demonio que los pronuncie!... ¡Jesus *cuántas letras*!

—Te has empeñado en ser *político*....

—Mujer.... ya no tengo novelas.... aunque espero reunir al-

gunas, porque uno de mis nuevos amigos.... un jóven.... ¡si vieses qué talento!... ¡es un escritor, es un poeta!... Dá gusto oirle hablar, Rosalía. Se llama Julio del Valle, y le he conocido hace pocas noches.

—No habrá sido en la iglesia.

—Pues has de saber que es jóven muy religioso y honrado.

—Por fin, si te dá novelas.... porque esos papeles....

—Tambien á tí te gustan.... sobre todo la *gacetilla*.... ¿no es verdad?

—¡Báh! si me entretienen. .. mas hoy, Pablo, en boca cerrada no entran moscas, y callar es bueno.... prudencia, Pablo: mira por tus pobres hijos.

—Y casi tienes razon: para lo que se adelanta....

—Dios se compadecerá de los suyos.

—En él confio; pero.... Rosalía.... ¿escuchas?

—¡Vírgen del Tremedal!

—¡Calla! tonta.... no te asustes: en no viniendo mas de uno, y aunque viniesen tres ... ¡vive Cristo!... sin embargo, conciencia tranquila nada teme.

La habitacion del cantero se reduce á una sala en *miniatura*.... una alcoba y su correspondiente cocina: hay dos ventanas que caen al estremo de un corredor del piso segundo. No tiene otros muebles que un confidente, cuatro sillas y un cofre: por brasero un barreño de tosco barro, y en él algunas ascuas de pedazos de madera y un poco de cisco de tahona.

—¡Rosalía!

—¡Pablo!

—Aquí llaman.

—¿Quién podrá ser?... ¡Dios mio!

—¡Adelante! sea quien quiera. ¡Adelante! Alzad el picaporte.

Abrióse la puerta, y penetró un caballero.

—Señor don Juan.... ¿V. por estos barrios? Siéntese V. Este señor, Rosalía, es el que me tuvo en la sierra y me curó del golpe.



Pablo el cantero recibió lisongeramente á Juan Diablo.

—Me alegro, señor: debemos á V. muchas mercedes.

—Ninguna.

—Infinitas: primera, no haberme dejado ir al santo hospital: segunda, haber socorrido á mis hijos: tercera ...

—¿Conque esta señora es vuestra esposa, Pablo?—preguntó don Juan interrumpiéndole.

—Servidora vuestra.

—Servidora de Dios. ¿Hay mucha familia?

—Dos rapazuelos hay acostados, y esta niña.

—Y muy bella por cierto.

—¡Si viese V. qué alhaja es mi Cármen!

—¡Hola! Carmencita.... y qué, ¿te gustan los dulces?

—Sí, señor... y las chuletas.

—La desgracia es que las comes pocas veces.

—Por eso las apetece.

—Bien.... bien.

—Es una cotorra, y apenas tiene tres años.

Nuestro don Juan, que no fingia, gozaba entre los honrados artesanos, manifestándose siempre obsequioso para con los niños, y tolerante con las estravagancias de los que no poseen educacion y carecen de inteligencia.

Jamás estuvo en casa de Pablo, mas por otras personas sabia su situacion, poco lisonjera, atendido el récio temporal que se esperimentaba, por lo que suspendiéronse la mayor parte de las obras.

Sabiendo, pues, que se hallaba sin trabajar y necesitándole para otro objeto, se resolvió ir á buscarle, proveyéndose de algunas golosinas y fiambres para los niños.

—Toma, Carmencita,—esclamó, entregando á la graciosa niña un periódico en forma de cucurucho.—Son dulces,—añadió,—y tambien ternera.

—¡Caramba! Vea V.... ¡quién lo habia de pensar!—dijo Pablo.

—Pero, señor.... ¿á qué se molesta V?... vaya.... mil gracias: toma, hija.

—Trae, mamá.

—A mí tambien....

—Yo quiero dulces....

Así prorumpieron los dos hermanitos que se hallaban acostados, y hubo que llamar «al órden» para calmar la súbita conmocion que motivara el intempestivo pero arrebatador obsequio.

—Lo mas conveniente seria, señor don Juan, salvo su parecer, si es que ha de mandarme alguna cosa.... que nos marchásemos; porque donde hay chiquillos, á veces está el mismo infierno.

Pablo comprendió que á tales horas traeria don Juan algun objeto de importancia suma, y como el cantero solo miraba al través del prisma de sus ilusiones políticas.... juzgó prudente consultarle acerca de la conveniencia de abandonar su humilde y atronadora morada.

—Decís bien: con permiso de vuestra esposa....

—¡Pluguiese al cielo que siempre tuviera tan respetable compañía!

—Gracias; no hayais cuidado: conmigo vá seguro.

Despidióse de la buena mujer de Pablo, y despues de besar á la hermosa niña, salieron á la calle, y estando en ella pronunció don Juan estas palabras:

—Seguidme.

—Al cabo del universo iré con vos.

—¡Silencio!

—Ya estoy mudo.

El cantero iba ilusionado con algun plan político, y seguia lleno de orgullo á su protector, agradeciéndole aquella confianza.

Aunque laborioso, bueno en sus costumbres y amante de su familia, pasaba por *exagerado* en sus ideas, sin que esta circunstancia le perjudicase en el concepto que justamente tenia adquirido.

Atravesaron plazas y calles, deteniéndose por fin ante un edificio de construccion antigua, que revelaba en su escudo la nobleza de sus primitivos dueños.

—Pablo,—esclamó don Juan,—¿estás dispuesto á complacerme?

—En todo.

—La mision que voy á confiarte, en nada te compromete.

—Lo siento: desearia fuese arriesgada para demostraros lo que os aprecio, y lo que soy capaz de hacer....

—Me consta que eres agradecido, honrado y valiente: no se trata de planes... ¿entiendes? exijo sólo un favor: salvar de la injusticia á una criatura de tanta belleza como virtud.

—Para combatir injusticias me pinto solo: no puedo oir ni ver injusticias: ya sabeis mi opinion.... ¡guerra á la crueldad!

—¿Conoces á una señora que vive en esta casa?

—No recuerdo quién pueda ser: no me trato con aristócratas.

—Aquí vive una baronesa, y como sospecho que la visita cierta persona, de la cual necesito adquirir interesantes informes.... quiero te constituyas en centinela, que vigiles á todas horas del dia este palacio, del que salen horribles proyectos contra la salud de un angel, y en perjuicio de mi seguridad y de mi honra.

—Basta. Ni un mosquito entrará en esa infernal mansion que yo no vea.... y si quereis.... pronto os llevaré de los cabezones al villano....

—Lo que yo te mande, y nada mas.

—Pero á la señora baronesa visitarán únicamente los de su clase.

—Precisamente podrás distinguir mejor á los que no lo sean.

—¿Luego vienen tambien hombres oscuros?

—Sé por la planchadora de la baronesa, que su doncella Clara tiene un novio.... de malos antecedentes.... y que frecuenta, ó al menos la ha visitado algunas ocasiones, otro sugeto, si no de

mala conducta, de circunstancias tan especiales, que me es urgentísimo saberlo.

—El nombre del novio.

—Se le conoce por el *Buitre*.

—¡Báh! ¡báh!... ¡ya sé quién es! ¡buen gazapo está!... Es alicantino.

—¿Le tratas?

—Viene mucho á esa taberna.

—Cierto.

—Vaya si le conozco.... es un hombre despreciable por sus procederes: tiene pocos amigos: es audaz, pendenciero..... de orígen malo..... y de peor sangre: su vida es un misterio: dice que ha estado en un correccional, que es desertor, que maneja hábilmente las cartas.... que no es muy limpio de manos..... en fin, otra multitud de cosas por este órden. Tambien dicen que ha sido corsario: su verdadero nombre es Gimeno.

—¿Y es tan temible?

—Para mí.... cual si fuese un saltimbanqui: me respeta desde una vez que le puse por corona una bandeja llena de vasos, y vertió mas sangre que vino derramaron aquellos. Viste á lo *lechuguino*.... y desdeña á los pobres.

—Iguales antecedentes he recibido acerca de ese personaje.

—Yo cortaré al pájaro negro las alas, como él intente algo contra vos. Y la otra persona que he de vigilar, ¿quién es?

—Un gitano.

—¡Un gitano!! Si dirá la *buenaventura* á la señora baronesa? Quizás un capricho....

—Es viejo.

—Será brujo. ¡Diantre! ¿y qué relaciones cultiva su escelencia. ¿Lo sabrán sus aristocráticos amigos?

—De seguro que nó.

—¿Tan misteriosa es la baronesa? ya voy entrando en ganas de saber todos sus enredos.

—A nadie preguntes: prudencia, sigilo y disimulo.

—Cumpliré la consigna.

—Si te parece, ningun lugar tan á propósito como esta oscura taberna.

—Ya lo habia yo discurrido.

—Y mejor si no saben quién eres.

—Al contrario, yo celebro que me conozcan: su dueño es amigo mio y paisano, hijo como yo de las montañas.

—Pero no le descubrirás....

—Antes mártir que confesor. Me aprecia mucho; fué granadero de mi compañía, y he tenido la suerte de evitarle no pocos disgustos y compromisos. Cuando estaba convaleciente de la herida, le ayudé á despachar varias veces, y por él me hubiera quedado en el mostrador para siempre; mas como quiero trabajar, y me repugnan las tabernas, aunque no me desagrada el vino, le agradecí su atencion, y desde entonces no he vuelto. Esta noche empezaré mis visitas: quiere decir, que fingiéndome todavía débil apoyado en mi garrote, con mi viejo hongo, mi capa rota, mi chaqueta de punto con remiendos, y un pantalon blanco encima de este, engañaré á los curiosos, y serán fácilmente cumplimentadas vuestras órdenes.

—Muy bien discurrido, Pablo: apruebo la idea: yo vendré todos los dias al oscurecer: me esperas aquí, en este mismo sitio, y me contarás el resultado de tus observaciones. Ahora voy á cumplir el deseo, mejor dicho, la terminante órden de un caballero. Toma estos dos billetes, que son tuyos y que mi conciencia me prohibe retener por mas tiempo.

—Señor don Juan, ¿y para qué tanto? ¿y por qué decís que son mios?

—¿Has olvidado que te los regaló el bolsista cuando encontraste su cartera?

—¡Ah! ¡no me acordaba!.... devolvédselos, don Juan.

—O los admites, ó desde este instante dejas de merecer mi confianza.

—Prefiero vencer algunos escrúpulos, á verme privado de vuestra noble amistad.

—Mira en qué los gastas....

—Mi Rosalía hará la distribucion conveniente: desde luego que no se olvidará de sus ancianos padres, ni de los mios.

—Adios, Pablo.

—¿Pero no permitís que os acompañe?

—Gracias: voy á las afueras.

—Con mas motivo, y no os ofendais, pues aunque sois tan reservado.... yo sé cuánta es vuestra bizarría, señor don Juan.

—No te necesito.

—Ved que hace una niebla que no se distinguen los faroles.... y fuera de puertas es peligroso andar á estas horas....

—¡Adios.... y prudencia!

Don Juan se encaminó hácia la puerta de Atocha, y Pablo entró á saludar á su antiguo amigo y compañero de armas, el *Montañés*, dueño de la Taberna del Mirlo.

XX.

UNA MUJER DIABÓLICA.

Algunas horas despues que don Juan dejó al obrero para ir á un ventorro de las afueras, cuya interesante aventura será oportunamente referida, se celebraba una reunion en los salones de la baronesa de Rocamar, no tan numerosa como la que hubo en el palacio de la condesa de Montelirio.

Entre los concurrentes no se hallaba el bolsista Adolfo Céspedes, resentido del desaire de la jóven Guadalupe, hermana del marqués, su inseparable amigo, y por la circunstancia de que encontrándose allí el capitan de artillería don Arturo de Figueroa, su rival afortunado, hubiese podido ocasionarse una inconveniencia.... que á toda costa resolvió evitar la delicadeza del banquero.

Ya hemos dicho las dificultades que este encontró para que se entendiesen los padrinos, don Juan y el diplomático Lara, sin que renunciase por ellas á que se verificase el desafío.

El capitan Figueroa, aunque indiferente á sus resultados, que ni temia, ni aun esperaba, por un esceso de honor escuchó el mensaje de que fué portador Lara, permitiéndole arreglar todas las formalidades del duelo con los padrinos que le propuso,

y con los que al efecto debian entenderse aquella misma tarde.

La baronesa de Rocamar, Guadalupe y la condesa de Montelirió, como el mayor número de los que concurrian á la aristocrática reunion, ignoraban tan alarmante novedad.... y así se acordó para eludir toda intercesion ó súplica, que no hubieran podido menos de respetar ambos combatientes.

Figueroa se reia del furor de la notabilidad bursátil, y mucho mas constándole que la jóven hermana del marqués de Valdeclaveles, la bella Guadalupe, no habia simpatizado nunca, ni por sueño, con el orgulloso bolsista, y no existiendo razon para el desafío, imaginaba quedase aquel alarde de bravura en un gracioso *acontecimiento*.... capaz de hacer reir y entretener por largos dias á ciertos círculos de la córte.

Céspedes, al contrario: enardecido por una mal entendida cuestion de amor propio, se creyó en el deber de demandar satisfaccion; y ora fuese por vanidad, ora porque se juzgara con fuerzas ó ánimo para el lance.... decia estar resuelto á *un duelo á muerte*.

La baronesa de Rocamar temió perder en el cambio de los amantes de Guadalupe.... pero convencida de que esta no aceptaria jamás la mano del agente de bolsa, é ilusionándose de que el capitan Figueroa la favoreceria en sus proyectos, se dió por satisfecha, aplaudiendo hipócritamente la eleccion de la jóven, por cuya felicidad aparentaba desvivirse tanto.

La baronesa mostrábase altiva como si tuviese la seguridad de vencer las contrariedades, los tormentos de que era esclavo su corazon.

Su genio era avasallador.... su inteligencia notable.... y con la suavidad y astucia de un reptil se deslizaba en el alma de sus amigos, á cuyos deseos cedia, pasando por una bella, espiritual y seductora mujer.

Hubiera nacido á propósito para dominar gentes, para regir *vasallos*, segun el tono que ostentaba cuando á sus planes así convenia.

Tan cierto es que hay naturalezas privilegiadas, que saben representar los mas brillantes papeles.

El círculo que discurria aquella noche en uno de los magníficos salones de su casa no era numeroso, pero aunque hubiera sido una recepcion inmensa, á todos haria los honores con el mismo buen tono, con igual cortesana dulzura, y con la facilidad y discernimiento que la realzaban.

—Guadalupe,—decia la baronesa, dando consejos á la hermana del marqués:—conviene que aparezcas hoy aun mas digna de lo que eres: reflexiona que el capitan Figueroa es uno de los jóvenes que mas brillan en Madrid: su orígen es nobilísimo; su posicion envidiable: he descubierto que disfruta una soberbia renta; en fin, es un rico hacendado, que optó por la carrera militar, pero científica, únicamente por la honra de presentarse en el porvenir con distinguidos merecimientos. Ya ves si debes ser cauta.... y dejarte de ciertos caprichos pueriles, que algunas gentes pudieran juzgar como efecto de una infantil y maliciosa coquetería. Cuando la mujer ha hecho su eleccion á toda su complacencia, es preciso que despliegue habilidad en el modo de conducirse: cumple, pues, presentarse digna y severamente, pero sin desden: con ternura, pero sin empalagosas insinuaciones: espiritual.... aunque sin ridículas niñadas. El hombre, si tiene conciencia de lo que vale, de que es buen mozo, ó rico, ó de talento, ó de universal reputacion, posee una gran dósis de orgullo.... y hoy que, por desgracia, las mujeres alardean de tanto coquetismo.... los amantes se dan mucha importancia.... ¿entiendes? Creo aceptarás mis instrucciones, porque estoy interesada en tu felicidad cual una tierna madre en la de su hija.

—Lo que quiero, mamá baronesa,—respondió Guadalupe, —es que Arturo de Figueroa no se manifieste muy rendido con ciertas señoras....

—¡Qué! ¿Sientes ya celos?

—Nó.... celos.... nó... envidia y rábia.... sí: porque su de-

ber es el estar siempre á mi lado. ¡Vedle ahora con ese grave senador!... ¡no se acuerda de su Guadalupe!... ¡Qué gusto, mamá baronesa!... ¡qué delicia cuando me llamen brigadiera..... generala!.... ¡cuando baje al Prado con mi esposo, rodeada de caballeros oficiales..... ayudantes de campo de Arturo..... con sus magníficos uniformes!...

—No seas tan niña.... y aprende mis consejos.

A la sazon el capitan Figueroa conversaba con un distinguido abogado, senador del reino, quien se permitió dar el siguiente aviso al amante de Guadalupe.

—Recordareis, Arturo, mi fino y consecuente afecto hácia vuestra respetable familia, y no os sorprenderá me interese el rumor que acerca de vos se ha difundido estos dias. Si es verdad, os prevengo que la baronesa tiene agotada casi toda la fortuna del padre de Guadalupe, que á su hijo el marqués apenas le quedará otra cosa que el *título*..... Su ilustre padre, el noble veterano de la armada, por su edad y sensibles achaques no puede estar al corriente del despilfarro de su hacienda.

—Decís bien, señor don César....—repuso el capitan; —empero son cosas delicadas..... y....

—Comprendo que no es el interés quien os guia, Figueroa: sois aun mas rico en cierto modo que el marqués: mi ánimo no es disuadiros de tan escelente idea, porque en verdad la eleccion es noble, por cuya causa os doy mil parabienes.

La baronesa, suspicaz en estremo, receló del senador, y para interrumpirle, llegóse á él, y con amable sonrisa esclamó:

—Don César, os voy á reñir: no me distraigais tanto á Figueroa con vuestros graves asuntos políticos.... Figueroa debe reunirse á las jóvenes, y las que no lo somos..... queremos disfrutar de vuestra elocuente, instructiva y amena conversacion.

—Gracias mil, baronesa: soy dichoso al verme requerido por

una señora de tan estimable talento y seductores atractivos. Por lo demás, no hablaba con Arturo de negocios de Estado.... y sí me permitia recordarle antiguas é inolvidables relaciones de familia.

Cambiáronse unas cuantas frases entre el senador y la baronesa, cuya sagacidad y malicioso genio la impedian disfrutar quietud en parte ninguna; y despues que consiguió ver á Guadalupe cerca de Figueroa, se colocó al lado del vizconde del Perú, especie de personaje singular, que ambicionaba una plenipotencia ó una embajada, y de quien ya hemos hecho mencion en uno de los anteriores cuadros.

Era hombre instruido, intrigante, pero su genial murmurador y de no poca altivez le conquistaba escasos amigos.

—Señor vizconde, necesito de vuestras luces y vuestra bondad,—dijo la baronesa.

—Baronesa..... no andeis con preámbulos: estoy á vuestras órdenes.

—Antes quiero trasmitiros una buena noticia.

—Sois muy amable, baronesa.

—Cumplo mi deber: soy una buena amiga.... y nada mas. Sabed que el gentil-hombre N.... habló oportunísimamente, y su justa exijencia mereció ser oida..... dignándose.... ya me comprendeis.... recomendar vuestras altas dotes al señor ministro de Estado Mas sin que yo pretenda ahora ofreceros un consejo, pues faltaria visiblemente á las conveniencias sociales y á las de la amistad, teniendo vos un talento superior al mio, permitidme os diga que es urgente veais al ministro y le manifesteis vuestro deseo de ser diputado, pedestal seguro para la fortuna política.... para el renombre.... y como vos gozais de cierto influjo en mas de un distrito, cuya diputacion vacará por gracias que próximamente han de darse.... es la coyuntura de salir de ese aislamiento, indigno de quien es orador fácil, tiene instruccion y otras recomendables prendas. ¡Audacia, señor Vizconde.... audacia!... hoy es una necesidad reconocida el ser atrevido en

todo y para todo. ¿Qué adelantais con vivir de vuestros propios recursos.... pero en cierta manera oscurecido, y haciendo traicion á vuestras felices disposiciones?

—Baronesa... me confundís... me honrais escesivamente. Considerad que yo no soy conocido ni en el foro, ni en la prensa, ni en la literatura... ni en las armas... que no soy banquero, industrial ni artista... ni en fin, que si bien disfruto no escasa renta propia...

—Sois muy tímido, vizconde; salid al mundo, y algun dia me dareis las gracias.

—Y estais segura, amable baronesa...

—Cómo lo estoy de que pronto habrá una *crisis*.. un cambio completo... si ciertos planes que yo sé... no estallan.

—Si no os esplicais...

—Justamente; os necesito para evitar un grave acontecimiento.

—¿A mí?

—A vos, señor vizconde del Perú.

—Me sorprende el alto concepto en que me teneis.

—Es mucha vuestra modestia.

—No finjo.

—Escuchad, vizconde: he llegado á saber que cierta fraccion de un partido nuevo, creado espresamente, *ad hoc* cual decís los políticos, para producir una *gran crisis*, y cuya trama se urdió en las primeras córtes de Europa... intenta realizar su proyecto. Existe en esta fraccion un hombre de genio... hombre misterioso y temible... y cumple lanzarle fuera de España. Ya veis que no atañe á una mujer tan delicado asunto; pero vos, señor vizconde, podríais serviros á vos mismo, evitando esa calaverada, esa intentona que pudiera resultar gravísima, trascedental y conmovedora.

—Baronesa, habladme con mas lisura: precisad vuestra intencion, y sabré á qué atenerme.

—He discurrido que podíais revelar...

—Mi carácter, baronesa, resiste, se opone á un medio que desdoraria mi nombre.

—No es que delateis... sino que influyais de un modo indirecto ..con informes seguros, para que ese temible aventurero desaparezca de Madrid. No es hombre político, es un *soi dissant*, un *quidam* de antecedentes oscuros... casi un bandido; es, en fin, el que puede ser un obstáculo para que consigais la embajada.

—Baronesa, estoy dispuesto á complaceros en todo, mas lo que me proponeis tiene un carácter tal de gravedad, que por de pronto ínterin no me deis nuevas y claras instrucciones, permitidme que aplace mi resolucion.

—Pues bien, mañana me dispensareis el honor de almorzar conmigo y hablarémos.

—Yo seré honrado y muy feliz en merecer tan envidiable y lisonjera fineza.

—Es inútil recomendaros el secreto, una vez que perteneceis, ó habeis de versar en la diplomacia.

—Descuidad, señora... y pasaria por descortés si en este momento no os ofreciese del modo mas sincero y cumplido mi profunda gratitud por las inapreciables distinciones con que me honrais.

Habiéndose propuesto en la reunion que Guadalupe cantase, acompañada del piano, el ária final de la *Lucía*, la baronesa aprovechó esta circunstancia para dirigirse á Figueroa, á quien condujo hácia un velador, y le dijo:

—Mirad, Arturo, ¡qué album tan precioso!.., Contiene las vistas de las principales plazas fuertes de Europa, y además una multitud de lindos paisajes.

—Cierto que es primoroso.

—Dispensad: el album ha sido un pretesto para que hablemos un instante á solas. Decidme, ¿qué os parece Guadalupe?

—¡Seductora! y dirigida por vos desarrollará un estraordinario talento para conocer el mundo.

—Naturalmente lo posee.

—Notable, baronesa, pero debe á vuestra direccion mucha parte de su inteligencia.

—Oíd cómo canta... ¡qué voz tan argentina y melodiosa! ¡cuántos esfuerzos me ha costado el que aprenda la música!

—Lo sé, baronesa.

—Celebro que sea digna de vos, Figueroa.

—Gracias.

—Os la mereceis.

—Estoy muy reconocido.

—¿Es cierto?

—¿Lo dudais, señora?

—De modo que si yo os necesitara....

—Me tendríais, mejor dicho, me teneis á vuestras órdenes, baronesa.

—Jamás emplearé vuestra amistad en acciones que desdigan de vuestro noble carácter.

—Lo creo.

—Me bastará que seais mi protector...

—¿Será posible, baronesa, que necesiteis de mi humilde apoyo? ¿y para qué?

—¡Contra la vil calumnia!

—¿Y quién es el osado?

—Existe en Madrid un hombre que es mi pesadilla... y como el marqués no corresponde á mi afecto, ni me inspira la suciente confianza...

—El hermano de Guadalupe es... un niño... sin esperiencia... pero leal, hidalgo, instruido y de talento.

—Sí... con el tiempo...

—Cuando se desengañe valdrá mucho, baronesa.

—Mas en el dia... de nada sirve: y luego el fátuo del banquero...

—¿Céspedes?

—Su inseparable compañero de estravagancias.

—Son jóvenes que ansiosos de gozar no reflexionan...

—Ni tienen juicio, Arturo.

—Y bien... si me considerais útil...

—Os decia que hay en Madrid un hombre envuelto en sombras misteriosas de perversa índole...

—No discurro...

—Lo sabreis todo: cuento con vos, Figueroa, sin otro sacrificio que la manifestacion de vuestra dignidad, sin riesgo de ninguna especie.

—Baronesa, en obsequio vuestro... no rehusaré lance, ni sacrificio, sea el que fuere.

—Gracias, Arturo; sois el primer caballero que ha favorecido esta vuestra casa.

—No admito esa distincion.

—Os sorprenderá lo que os he de referir... por ahora... absoluta reserva hasta para Guadalupe: fio en vuestros sentimientos.

—Baronesa, mandadme.

Se retiró la astuta cortesana, juzgando el capitan Figueroa que aquello no pasaria de una aventura de amor, propia del genio vehemente de la baronesa.

Anunciaron á un caballero que ya nos es conocido, á don Alberto de Lara, novel diplomático, quien despues de saludar á las señoras y amigos, se dirigió á uno de sus mas íntimos, el espresado Figueroa, al que habló de esta suerte:

—El duelo no puede realizarse.

—La causa.

—El padrino á quien ha tratado de asociarme Céspedes, no reune las condiciones que exige nuestro decoro. Tanto el marqués de Valdeclaveles como el bolsista, al parecer, se burlan de nosotros.

—No entiendo, Lara: esplícate.

—El padrino que se me ha presentado por Céspedes, seméjase á un aventurero, es hombre oscuro... en fin, que no está en

mi honor compartir con él las consecuencias de un paso tan grave: se interesa tu vida, se interesa nuestra honra: le he rechazado.

—Has hecho bien: despreciamos al banquero, que así se conduce: en cuanto al marqués... procede sin malicia.

—Además... es hermano de tu futura...

—Y sin esa circunstancia, es disculpable.

—Han herido mi amor propio.

—En verdad, observo que vienes con inquietud.

—No sabes qué arrogante es ese *quidam*: sin duda es uno de esos hombres perdidos... pero de inteligencia y de audacia. ¡Figúrate que viste chaqueta y blusa!...

—Ese no es un motivo para despreciar; hay caballeros que por comodidad, ciertas ocupaciones ó por mero capricho, suelen vestir trajes populares... y...

—¿Pero qué dirán en los altos círculos si saben que un capitan de artillería permite un padrino de tal jaez?

—Vamos, déjalo de mi cuenta, Lara: siento que Céspedes te haya hecho sufrir ese mal rato.

—Se llama Juan del Castillo... ¡ya ves qué nombre!

—Ya se vé... un diplomático... un jóven tan estricto en todo como tú... no es el mas á propósito para un lance... que requiere menos escrúpulos.

—El caso es que don Juan del Castillo dice que te batirás, y que luego se batirá él conmigo. ¿Qué te parece?

—¿Tan irascible se muestra?

—En lo demás usa buenos modales.

—¿Será algun filósofo?

—¡Le dicen Juan-Diablo!... qué sé yo... es hombre á quien hay que mirar con gemelos.

—¡Tan imponente es el mocito! ya deseo conocerle: todo se arreglará: el bolsista, por su quijotismo, sufrirá un desengaño, y á ese desfaçedor de agravios ya le bajaremos los humos... siquiera sea otro Tenorio ó el mismo Lucifer en traje de aventu-

rero. Tranquilízate, Lara, y cuidado con la baronesa... fio en tu discrecion.

—Descuida, Figueroa.

Oigamos ahora á dos ilustres damas que se ocupan de una persona de las mas importantes de nuestra novela.

—Decíais bien,—esclamó la condesa de Montelirio:—me parece que Aurora no tiene fé, no abriga una vocacion ardiente hácia la vida monástica.

—¿Os habeis desengañado, condesa?

Hace tres dias que la ví, impulsada por un sentimiento de caridad, y si bien no me arrepiento de haberla favorecido, no me inspira hoy tanta prediloccion como anteriormente; sabed que es orgullosa: me permití preguntarla si su infortunio provenia de alguna contrariedad en sus amores, y se manifestó muy resentida.

—Ya os lo dije,— observó riéndose la baronesa;— ha vuelto á relacionarse con el caballero de las famosas aventuras, de quien os hablé: con todo, es un escándalo que debeis evitar, y conviene que cuanto ántes tome el velo de religiosa, y así salvais de la impureza á una criatura que no es la mas culpable de su suerte. En fin, haceis una obra de misericordia; y respecto al libertino, á ese oscuro galan, ya os diré lo que cumple hacer á tiempo oportuno.

—Yo no le conozco, baronesa, y nada me importan ni sus aventuras ni sus costumbres.

—Sí, pero una de vuestras amigas está interesada en que ese hombre desaparezca de Madrid lo mas pronto posible.

—¿Y sois vos?

—Es un secreto que sabreis cuando convenga que lo sepais.

—Si yo puedo seros útil...

—¡Oh! Sí lo sereis, noble condesa.

—Contad con mi escaso ardimiento: lo que sea en favor de las buenas costumbres y la paz de las familias lo haré con gusto: es mas, tengo una obligacion sagrada de hacerlo.

La baronesa de Rocamar intrigaba contra Aurora y persistia en escarnecer el nombre de don Juan, á fin de que concitadas contra él las iras de ciertos poderosos, fuese lanzado de Madrid, y quedar de ese modo gozando quietud la que por un indigno resentimiento habíale jurado eterna venganza.

Dejemos sonreir á la baronesa de orgullo y de ilusion.

Escuchad cómo dirige atentos saludos, cómo se mueve de un lado á otro, siendo verdaderamente una sultana, á quien todos acarician, algunos quizá por miedo.

A Guadalupe la dice:

—Que seais discreta.

Al vizconde del Perú:

—La embajada, señor vizconde... pero no olvideis mi encargo.

Al capitan Figueroa:

—Cuento con vuestra amistad y noble carácter.

Al distinguido senador don César:

—Que escuchemos pronto en la alta Cámara uno de vuestros brillantes discursos.

El senador era sin duda el que mas la conocia, porque al pasar á su lado esclamó para sus adentros: «he aquí una señora diplomática... ¡una mujer diabólica!... ¡vive siempre envuelta en una red de intrigas y cortesanos misterios!...

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

UN VENTORRILLO DE LAS AFUERAS.

Dejamos trazada la *primera parte*, ó sea el *prólogo* de esta nuestra obra, que si bien no se distingue por la brillantez de sus rasgos y arrebatadoras imágenes, porque al fin es de una humilde, aunque veterana pluma, destella, sí, un fondo de verdad, que no dudo aplaudireis vosotros, queridos y populares lectores, en cuyo sano criterio é indulgencia sinceramente confío.

No hay en Madrid de noche unos colores mágicos de pura fantasía que distraen, pero que nada, absolutamente nada enseñan: nosotros huimos de ficcion, del engaño, y buscamos la exactitud, la verdad natural y sencilla en la descripcion crítico-filosófica de las costumbres, esponiendo sus defectos y demandando su progresiva reforma.

Nuestra crítica, agena á toda pasion, es lo imparcial que debe ser, atendidos los fines morales que nos hemos propuesto.

Dispensad, apreciables lectores y bellas lectoras, esta pe-

queña digresion, y os juro no volver á permitirme otra ínterin no esté finalizada la novela, porque en el *Epílogo*, en el resúmen de ella, haremos un exámen crítico de los adelantos de las costumbres de hoy, comparados con los de 1853 y 1857, en que empieza y acaba MADRID DE NOCHE.

Allí, en las últimas páginas, tributaremos un elogio, no ya de gratitud, y sí de justicia, á esas clases humildes, pero laboriosas y honradas del pueblo, en las cuales hallamos la inmensa mayoría de los suscritores que nos favorecen, así como en las clases mas acomodadas figuran en primer término multitud de simpáticas señoritas, que aprecian la *literatura nacional* y protegen su desarrollo, circunstancia que evidentemente indica un adelanto, un progreso, porque es innegable que hoy cunde la aficion á lectura, barómetro seguro de la civilizacion de los pueblos.

Los personajes de nuestros *cuadros nocturnos* quedan en las anteriores páginas del modo que ahora diremos, ó en la situacion que sigue.

La baronesa de Rocamar, la astuta cortesana de oscuro y misterioso orígen, intrigando contra la seguridad y la honra de Juan-Diablo, ó sea don Juan del Castillo.

Aurora, ídolo de este, el amor de sus ensueños, la esperanza risueña de su vida, abismada en oscura incertidumbre, entre terribles afectos, pues dudaba si aceptar el sentimiento amoroso de don Juan, ó retirarse á una vida religiosa y contemplativa.

La condesa de Montelirio, la bella dama de corazon filantrópico y angelical, la linda flor de la aristocracia, desgraciadamente oia consejos siniestros que no comprendia, con especialidad los que la inspiraba la baronesa, anhelante de vengar los desvíos de don Juan y herir para siempre á la sin ventura Aurora.

Así es, que la condesa de Montelirio resolvió proponer á la hermosa huérfana que se refugiase á un monasterio, juzgando

que salvaba su virtud de las impuras pasiones. del deshonor y de su ruina.

El poeta Julio del Valle, que en mal hora habia hecho circular una *sátira* contra no sabemos qué personaje político, vivia, como suele decirse, *á salto de mata*, huyendo de sus perseguidores, lleno de afliccion por verse privado de concurrir á casa de Fermina, señora de sus pensamientos y ángel de paz en las borrascas de su desdichada existencia.

Pero en medio de su infortunio habia encontrado un consuelo en la afectuosa y espontánea amistad del alegre curial Lope Centellas, que no le abandonaba, gestionando al mismo tiempo cerca de las autoridades para que alzasen la proscripcion en que el infeliz poeta se vió sumergido por una inocente sátira, mas al fin política, y lo que con la política se roza no deja de tener punzantes y ásperos abrojos.

Por último, Rosalía, la buena mujer de Pablo el cantero, estaba rebosando júbilo, porque habia encontrado entre los obsequios que don Juan ofreció á sus niños un largo cartucho de napoleones, ignorando que además recibió su esposo los dos mil reales en premio de su honradez cuando devolvió la cartera al bolsista Adolfo Céspedes en el baile de los gitanos.

El cantero quedó en la taberna del Mirlo, frente á la casa-palacio de la baronesa de Rocamar, y el intrépido cuanto misterioso Juan Diablo, encaminóse á las afueras, indudablemente en busca de alguna persona de importancia.

Sigamos al enamorado galan.

Eran las ocho de una noche fria y oscura, cubierta de una niebla baja, pero húmeda é incómoda, que al par que permitia ver las estrellas, cerraba á la altura de un hombre de tal modo, que impedia distinguir los mas cercanos objetos.

Madrid á tales horas y en semejantes noches, visto al otro lado de un débil muro, ó cerca, parece una ciudad fantástica, mejor dicho, una ciudad infernal, con su diabólico ruido, con sus numerosas luces, que brillan cual luceros al través de la

espesura de un bosque, y en fin, represéntase á la imaginacion cual un alcázar encantado donde está la virtud oprimida y los soberbios señores gozando mil placeres en espléndidos festines.

Las afueras de Madrid son sitios áridos y tristes.

Verdad es que van estableciéndose, y llegará época en la cual veremos lindísimas casas de recreo, floridos parques, suntuosos hoteles; mas en el dia, y sobre todo en el tiempo á que nos referimos, las *casillas ó ventorros* eran repugnantes albergues, en los que por necesidad, ó por interés, se refugiaban multitud de vagos y malhechores.

Faltos de limpieza, sin ninguna clase de comodidades, con alguno que otro manjar podrido é insano, ofrecíanse á los que por fuerza ó distraccion huian de la pestilente atmósfera de la córte en busca de un aire mas puro, presentábanse, repetimos, como los pálidos centinelas, las tristes avanzadas de una ciudad donde en medio de rancias y feas deformidades, contémplase un insultante lujo, descuellan la elegancia y la magnificencia.

La *casilla* á que nos dirigimos en pos de Juan-Diablo, no era de esas alegres y mas aseadas que hay en la ribera del Manzanares, que pertenecen á la gente activa y laboriosa de los *lavaderos*, sino á las antiguas de la márgen del inmundo *canal de Fernando VII*, hoy medio seco y medio encharcado, que pide á gritos la reforma, al menos hasta el primer molino; pero quizá trascurran largos dias sin que veamos esta parte del Sur, desde los portillos de Valencia y Embajadores, embellecida cual merece estarlo, y como lo van consiguiendo los moradores de las afueras del Norte.

Hay en la cocina del ventorro, cocina mas negra que el alma de un condenado, á causa del insoportable humo que despide, un banquete de caracoles, que á pesar de su horrible y oscura salsa, engullen con afan y placer un gitano viejo y otros tres hombres del campo, sin duda guardas ó huéspedes de aquella venta de mal abrigo.

Sirve á los gastrónomos el ama de la casa, de graciosas facciones y lista, pero del color de la cocina, es decir, ahumáda, y tal vez contra su deseo la infeliz, no muy resplandeciente de limpieza.

En el primer compartimiento de la casilla, ó una de sus entradas, está el tabernáculo con su mugrienta mesa y unas vasijas y frascos parecidos al mostrador, con mas manchas y lunares que la sotana de un teólogo.

En la taberna, antesala de la cocina, se ven personajes de catadura ó faz siniestra, que hablan en voz baja y con recelo.

El amo del ventorro, que indudablemente los conoce, se hace el distraido, y vá de la taberna á la cocina, siempre con precaucion, como el que teme algun desaguisado ó fechoría, cosa muy frecuente en tan infernales sitios.

El ventero es jóven, de buena presencia, de no toscos modales, por cuya razon le aprecian los parroquianos.

—Oye, Teresa.... —decia el ventero á su mujer,—¡mucho cuidado!...

—Mira, Beltran,—contestaba aquella;—tú eres quien debe tenerlo: los que hay en la taberna me inspiran temor, sobre todo la bruja.... ¡esa mujer infernal!...

—Ya comprendo: esta infame vieja y el gitano, que traga mas caracoles que granos de trigo una calandria, me tienen inquieto: desde que ví ayer tarde la *paloma negra*....

—¡Báh! ¡báh! ¡qué simplon eres!

—Ya sabes, Teresa, que es una señal fija de algun grave acontecimiento.

—¡Qué tragaderas tienes, Beltran!

—Mujer.... yo creo....

—Yo.... lo que veo.

—Si hubiera sido *blanca*.... además que la he disparado tres veces la escopeta, y los perdigones parece que eran de goma: no he conseguido herirla.

—Porque no apuntaste bien: si vuelve mañana verás cómo yo la volteo.

—¿Y te atreverás, mujer, á disparar mi escopeta?

—Aunque fuese un trabuco.

—En cuanto á la paloma negra, harás mal en matarla.

—¿Por qué?

—Es un mensajero.... sin duda mi difunto padre ó algun pariente la envia.

—No seas imbécil, por Dios, Beltran; eres mas mándria que una mujer.

—Lo que yo deseo es dejar cuanto antes este maldito ventorro. Cuando era soldado y estaba en campaña, no tenia tanta zozobra como en este casuco de Satanás. Para un obrero que viene los dias de fiesta con su familia; para unos pobres arrieros que á veces se detengan á tomar un vaso de vino, ó algun señor que llega de caza y quiere descansar un momento, estamos siempre con escama, intranquilos, por la impura gente que aquí se alberga.

—Ya pronto saldremos de este garito.

—¿Pues cómo, Teresa?

—Porque me vá á caer la lotería. El tio Silvestre me trajo unos *números*.... ¡qué números! ¡infalibles!

—¡Qué boba eres! ¿Por qué no los juega el tio Silvestre? Mírale qué desharrapado anda, y eso que esplota la manía de sus cábalas.... Si conociera la parte, no la cederia á otro.

—Les está prohibido.

—¿Por quién?

—Qué sé yo.... por el demonio.

—¿Oyes, Teresa?

—Sí, Beltran: un *silbido*.

—Ya van dos veces.

—Será algun matutero.

—U otra cosa peor: la paloma negra.... me dá mala espina.

—Vete al mostrador, Beltran, y coge la llave....

-Mucho ojo.... Teresa....

—El gitano es un buen hombre....

—¿Y sus compañeros?

—Tú tienes la culpa.... tú que admites....

—¿Y qué he de hacer, Teresa? negándome á recibirlos, me espongo á un fracaso.

—¡Ay! si me cae la lotería....

—¿Y qué giro ibas á tomar?

—Daré á *réditos* una parte, y la otra la emplearemos en una tienda de comestibles, y así honradamente nos ganaremos la vida.

—Sin usura ni cosa que lo valga.

—Por supuesto.... ¡Dios nos libre de esplotar al prójimo!

—¿Pero venderás lo mas caro que puedas?

—Eso es otra cosa.

—Lástima es que no te caiga el premio grande para que compraras una *casa.*

—¡Gran negocio seria!... Pero vete al mostrador, Beltran.

—Cuida del gitano, Teresa, y si te mandan que cantes, niégate, porque la hora es mala y la noche peor.

—El que quiera oir cantar vaya á la zarzuela.

—¿Qué os parece, comadre?—decia uno de los personajes de la taberna, mientras en la cocina pasaba el diálogo que hemos referido.

—¿Qué me decís del pobre Malospelos? ¿Está mas aliviado?

—Tanta es su *mejoría*.... que tal vez no tarde en sorprendernos.

—¿Qué decís, tia Corneja?

—¿Pues á qué habia yo de venir á este sitio en tan horrible noche.... Eres muy bellaco, ¿no es verdad, *Nene*?

—*Cortacaras* es como Dios le hizo.... cuando aquí nos citásteis.... para alguna cosa ha de ser.

—Justamente, hijos mios.

— ¿Y Margarita?

—No quise que viniera: ya veis cuál yo me he puesto de lodo.

—La noche está endiablada.

—¡Si supiérais, comadre, las noches que hemos pasado en esas pícaras cuevas del canal!...

—¡Pobrecitos!

—Y gracias que la policía....

—Me dijo el escribano que si hubiese....

—Yá.... si hubiese....

—Pues.... buenos estamos.... casi todo lo hemos perdido.

—La declaracion del tio Telarañas....

—¡Ah! lo que es Pepe el gitano se portó cual un hombre.

—Yo tendré siempre en la memoria la accion de Joselito.

—Es un viejo muy cabal.

—Ya veis si nos ha obsequiado.

—Y por otra parte, lo que dice Cortacaras, ¿qué hubiera conseguido con perder á dos pobres como nosotros?

—En verdad, Nene, que hablas como un padre capuchino.

—Yo hablo....

—¡Calla!.... parece que corren....

—¡Será algun matutero!

—En todo caso.... por la puerta trasera, y esperad en el huertecillo.

Pusiéronse en movimiento, y á pocos instantes paró un caballo á la puerta.

El Nene y Cortacaras se ocultaron: la tia Corneja quedó envolviéndose en un ancho manton, y se disponia á refugiarse tras los que cenaban los caracoles en la cocina. Beltran, conociendo su inquietud, la dijo:

—No os movais, tia Corneja.

—Sentiria que....

—Nada temais.

—Mas vale un por si acaso.... que quién pensara.

—La policía no viene á caballo.

—Sí, pero los civiles....

—No la hagas y no la temerás.

—Es que yo....

—Es que V., tia Corneja....

—Soy tan *honrá* como....

—Como V. misma.

—Los hijos, Beltran.... los hijos....

—Los padres, tia Corneja, los padres.

Abrió la puerta del ventorro, y asomóse Beltran, encontrándose con un camarada nocturno, con un jóven matutero, á quien ya hemos nombrado en la reseña del café del Verdugo.

—Buenas noches.

—Adios, Chorlito.

—Trae una copa, y guarda esto.

Chorlito entregó al ventero unos talegos ó sacos de lienzo, en que venian envueltos sendos trozos de carne. Además, sobre el caballo conducia un pellejo de vino.

Cuando la tia Corneja se apercibió de quién era el garboso ginete, salió al dintel de la puerta y esclamó:

—Chorlito, hijo mio, ¿á dónde caminas? Saluda á la gente. ¿Has hecho buen negocio?

—Comadre, hágase V. juicio que á medias.

—Pues ¿cómo?

—Hice hoy cuatro viajes, pero en el segundo....

—¿Salió la ronda?

—Nó.

—¿Pues qué percance tuviste?

Chorlito apenas atendia á las preguntas de la tia Corneja. Inclinado sobre la perilla ó delantera del albardon del caballo, dirigia á una y á otra parte su vista de lince, su ojo de murciélago, receloso de descubrir algun *bulto* en medio de las densas sombras de la noche.

Nuestros lectores recordarán que este Chorlito cenó de balde con Garduña y otros dignos hijos de la vagancia, en el café del Verdugo, valiéndose de una insolente estratajema.

Pues bien; habíase lanzado á nuevas aventuras, si no tan arriesgadas, no menos azarosas y activas.

Tomó el oficio de *matutero*.

Compráronle una *jaca* muy corredora y valiente, aunque de mal aspecto, la facha de un rocinante, y arrojóse por esos caminos y senderos perdidos en busca de una recompensa que á veces les cuesta cara.

Así no es de estrañar, siendo nuevo en el oficio, que estuviese con zozobra y mirase á todos lados por si descubria á los rondines, sus constantes perseguidores.

—Os decia, buena madre, que al pasar por segunda vez el rio, tropezó la jaca en un madero de los que arroja el débil puente de las lavanderas, caimos al agua, y estuve á punto de sorberme todo el sucio caldo del Manzanares.

—¿Y el pellejo?

—Se rompió al caer.... y con pena en el corazon ví enrojecer la corriente con el tintillo de Arganda.

—Así como así no dejaria de estar *bautizado*.

—Era puro.

—¿Y qué tal? ¿Aprendes el oficio?

—Me voy acostumbrando: es menos peligroso que....

—Sí.... sí.... hijo mio: ya ves lo que nos sucede; mi pobre hija Margarita.... novia de un truhan....

—Malospelos tiene entrañas de lobo.

—Desde su enfermedad, pues ya sabes que se fracturó una pierna al huir por los tejados la noche del baile en casa de la gitanilla, por cierto que aquí está su padre el tio Telarañas, desde entonces, Chorlito, no vemos luz.... tanto, que tambien soy yo matutera.

—¿Qué dice V?

—Lo que oyes.

—Sí, es preciso buscarse la vida.

—Hoy hice tres viajes, y pude colar unas cuantas vegigas de aceite.... y eso que los carabineros son unos diablos.

—Hay de todo.

—Todavía no tuve un mal paso.

—Beltran, una copa, pronto, para mi comadre.

—Gracias, hijo: la *Soledá* te guie por buen camino.

—Dentro de una hora saldré por tres hermosos borregos y unos pedazos de una *res tísica* que desde la casa de vacas salió en el carro de la basura esta misma tarde. Si quereis yo puedo proporcionaros algunos viajecitos, y ganareis la vida.

—¡Conque salió muerta, y vuelve á entrar esta noche!

—¡Se engullen tantas reses por el estilo!

—¡Este Madrid tiene unas tragaderas!

Y sin despedirse espoleó la jaca y arrojóse Chorlito entre las sombras, veloz como el rayo, dejando atónita á la tia Corneja.

Cerró la bruja el ventorrillo, diciendo:

—Habrá distinguido alguna vision: la noche está endiablada, y muy propia para cazar bobos: afortunadamente el muchacho es listo, y su jaca mas corredora que un ciervo. ¡Dios le ampare!

A este tiempo habian salido de su escondite Cortacaras y el Nene, viniendo acompañados de otro personaje, del imponderable Malospelos.

Beltran, el amo del ventorro, imaginándose que aquella *noble familia* tendria que tratar asuntos graves, por lo *muy privados*.... cerró el cajoncillo del mostrador.... y al dirigirse al hogar donde el gitano cenaba los caracoles, dijo á la tia Corneja:

—Voy á la cocina.... si llaman.... avíseme V. ¡Cuidado con escandalizar!... ya que los hago el favor de....

—Descuida, hijo: agradecemos tu fineza: vete sin recelo: yo avisaré de lo que ocurra; pero no cierres la otra puerta por lo que ocurrir pudiere.

Beltran penetró en la cocina, en cuyo centro veíase al buen Telarañas, á Pepe el gitano, á Joselito, padre de la bella Rocío, que danzó airosa ante el marqués de Valdeclaveles, el Bolsista Adolfo Céspedes y Juan-Diablo la noche que ya queda descrita.

Sobre un mantel sucio destacábase una gran fuente con los restos de una repugnante y negra salsa de caracoles, y en derredor de la mesa, en lugar preferente, el tio Telarañas, con los ojos cual dos centellas, chispeando de satisfaccion y del fuego que la salsa y el vino habian comunicado á su cerebro.

—Trae una baraja, Beltran.

—Es ya tarde, señor Joselito.

—¿Conque despues de hacer tanto gasto nos despides?

—No es echarles de casa: aprecio mucho á mis parroquianos.... pero....

—¿Qué pero?

—Esa otra gente....

—Nada nos importa.

—Por VV. no hay que temer.

—Yo vine aquí,—prosiguió el gitano,—á esperar á mi compadre, que me citó para las ocho, y como trae unas caballerías... quise acompañarle.... y en fin, encontré esta buena gente, la he obsequiado, y ahora, aunque sea por unos momentos, voy á jugarlos un tute.

—Por mí estén VV. toda la noche.... mas no confío en esa otra familia.

—Dices bien: la tia Corneja es ave de mal agüero.

—Pues ¡y los pájaros que tiene á su alrededor!...

—¡Silencio! ¡Dios los perdone!

—Cada uno es hijo de sus obras.

—Tendrán buen fin.

—Como todos.

—¡Qué pícaro mundo!

—No hay justicia.

—Para los pobres.

—Vaya, caballeros.... dejarse de cuaresma: Teresilla, cántanos unas playeritas que digan *soleá*, ínterin gano á estos señores otro jarro de Valdepeñas.

—La pátria de este vino, perdona, Beltran, es mas oscura que la conciencia de esos perillanes.

—Yo como lo traen lo despacho.

—¿Cantas, Teresilla?

—Señor Joselito, no puedo: jueguen VV. que yo tengo que arreglar la casa: es decir, la cena. Otra vez complaceré á los amigos.

Tornemos á la taberna, y en tanto que Beltran se distrae con el tute, y su mujer se ocupa en lo que habia dicho al gitano, escuchemos la conversacion de la tia Corneja, el Nene, Cortacaras y Malospelos.

—He silbado tres veces,—dijo el último.

—No te se oyó, hijo mio....

—Rehusaba entrar.... porque ví á dos hombres misteriosos, que escucharon un instante á la puerta: despues conocí que no habia peligro: eran dos vaqueros.

—Y bien,—preguntó el Nene,—¿qué nuevas nos traes?

—Nuestro agente.... pide dinero.

—Siempre lo mismo.

—Sin dinero.... es imposible areglar el negocio.

—¿Todavía mas?

—Y qué quieres: hemos tenido que buscar algunos testigos, y hay que pagarlos.

—Si al fin...

—Yo no desconfio.... pero bueno es que vivais alerta, porque os persiguen.

—¡Si supieses lo que hemos pasado! La noche de marras, despues del baile.... nos bajamos por el canal, anduvimos mas de tres leguas. La noche estaba fria, teníamos hambre; por último, penetramos en un *silo*, ó profunda cueva, y tanta fué la necesidad y tan crudo el frio, que arrastrando por todo, llegué yo á una casilla, y *merced* á la bondad de un cazador que allí

estaba durmiendo, pude recoger leña y algunas viandas; encendimos lumbre, cenamos, y rendidos de fatiga.... nos sorprendió el sueño.... y buenas noches.

—¿Y despues?

—Al dia siguiente llegamos á la Sopeña, á los cerros de Buena-vista, dando frente á los sotillos del Jarama.... pero la guardia civil nos impidió pasar el rio.... y vuelta atrás, y hétenos aquí como unos peregrinos, como fantasmas errantes, sin ropa, sin luz y sin hogar.

—Yo entro esta noche en Madrid.

—Pues yo torno á mi cueva,—dijo Cortacaras al Nene.

—Señores, todos vamos á Madrid,—esclamó Malospelos.

—¿Y quién responde...

—Yo respondo.

—¿Tienes seguridad?

—Un amigo, que es *polizonte*, nos proporcionará un nuevo padron y avisará lo que ocurra, mientras en la audiencia continúa sus gestiones nuestro activo agente. Solo falta que os disfraceis un poco, á cuyo efecto dispuse unas ropas, que están en el barrio de las Peñuelas: iremos allá, y lo demás.... corre á mi cargo.

—Y si el polizonte....

—Es de mi confianza....

—Como que habrá sido....

—Calle V., comadre; tiene V. lengua de víbora.

—Hijo mio, no trato de ofender la honra de nadie.

—Sí, que el polizonte la tendrá limpia.

—Oye, Cortacaras, limpia ó sucia, es un amigo.... y nos sirve.

—Siempre he oido decir que es conveniente contar con amigos, aunque sea en los infiernos.

—Justamente.

—Por si acaso....

—Oíd: ¿no recordais del Buitre?

—¿Quién? ¿el argelino?

—Cierto.

—¿Le tratas?

—¡Este Malospelos es el mismo Lucifer! Así dice mi hija Margarita: «le quiero por lo astuto y lo valiente.»

—Tia Córneja.... ¡silencio! No interrumpa V.... harto hacemos en confiarla ciertas cosas....

—Hijos mios.... haceis bien.... ¡qué fuera de vosotros sin mi ayuda!...

—Tambien la pagamos.

—Yo por interés.... ¡maldita lengua!

—¡Silencio! Os decia que el Buitre, esa *notabilidad* de.... presidio, ese renegado pirata dispone un soberbio negocio.

—¡Cáspita!

—¡A ver!.... ¡á ver!....

—Sigue, Malospelos.

—El Buitre es de lo mas fino que pisa la córte: sus garras son de acero, y su pico.... su pico es de diamante.

—¡Como que ha *corrio* mucho mundo!

—¡Qué mundo ni qué ocho cuartos!

—Es verdad que los hay muy sagaces, y jamás salieron del cascaron.

—Eso está en el *ser del hombre*.

—Eso está en la *masa de la sangre*.

—¡Qué estúpidos sois! Consiste....

—¿En qué consiste, Malospelos?

—En el *sino*.

—Tiene razon.

—Sabes mas que un *letrao*: prosigue.

—Decia que el astuto Buitre, hoy por fortuna muy amigo mio, corteja á una doncellita de labor, que sirve á una poderosa baronesa.... la baronesa de Rocamar.

—¡Ira del infierno.... y qué suerte!

—¡Y cómo se cebará el Buitre! ¡Pobre baronesa!

—El Buitre gasta como un señor.... y triunfa.... y se divierte que es una maravilla.

—Y nosotros....

—Todos no *semos* iguales.

—Dice bien el Nene.

—Prosigue, Malospelos, que la historia es digna de un romance.

—La doncella de la baronesa, cuya confianza posee, llámase Clara, y es linda cual una rosa, únicamente que aun tiene el pelo de la dehesa; es demasiado cándida, á pesar de ser muy sagaz; pero conserva cierta honradez y aire provincianos. Con todo, está perdidamente enamorada del Buitre, á quien solo conoce por Gimeno, corredor de minas y cesante del resguardo; y merced á que la obsequia mucho con las alhajas de la baronesa, que sutilmente limpió.... y merced á los bailes y á los licores.... la tal Clarita.... está poco menos que *loca*, y el Buitre se cernerá sobre los tesoros de la baronesa.

—¡Qué fortuna!

—¡Buen pájaro será ese cuervo!

—Es un bravo contrabandista.

—Sigue su historia.

—La baronesa es una viuda rica, y además despluma á cierto marqués, el cual vá quedando como el gallo de Moron.... de suerte que el Buitre ha olfateado una hermosa caja de ébano, metida en un armario, y en la que, al decir de la doncella su futura, se esconde el *gato*.... un cuantioso y envidiable tesoro.

—¿Y si la doncella *grazna*?...

—Para que no grite.... ya sabemos lo que hemos de hacer.

—Callad, imbéciles. Todo está arreglado.

—¿De modo que es una *breva*?

—Y bien *madura*.

—Cuidadito, hijos.... que la suerte no siempre es propicia.

—Punto en boca, tia Corneja....

—Prosigue y no hagas caso, Malospelos.

—Hemos convenido en penetrar una noche en c sa de la baronesa, ínterin esta señora se distrae en una de las brillantes reuniones á que concurre.

—¿Y los porteros?

—¿Y los criados?

—La baronesa permite al Buitre frecuentar su casa, con la persuasion de que es un buen hombre con rectos fines y santo propósito respecto á su doncella. Esta y el ayuda de cámara, la noche que penetremos quedarán *dormidos*, es decir, *aletargados*, pues en la cena les servirá el Buitre una bebida compuesta por no sé qué bruja.

—Pues entonces.... el negocio es seguro.

—¿Y los porteros?

—Es verdad: ¿por dónde vamos á escurrirnos?

—Por la cochera, cuya llave tiene el Buitre.

—¡Carámba! ¡Yo nó lo habia discurrido!

—Bueno eres tú para adivinanzas.

—Ya caigo: el cochero estará de fiesta....

—El cochero conducirá á la baronesa al baile.... y mientras....

—Sí.... sí.... bien: cuenta conmigo.

—Soy del parecer del Nene.

—Escapando felizmente de esta aventura.... triunfamos de la causa: además que el Buitre dá pasos en nuestro favor.... y ahora que nos necesita....

—¿Y cómo te has relacionado con él?

—Concurrí algunas noches á la taberna del Mirlo, frente á casa de la baronesa, y el montañés, su dueño, que me conoce, nos relacionó á los dos.

—Es decir, que el tabernero sabrá....

—De ningun modo: el tabernero ignora nuestras fechorías, y si algo trasluce lo disimula. El Buitre hace mucho gasto y....

—Yá.... le conviene.

—Pues cuando gustes....

—¡Que llaman! ¡Por Dios.... hijos mios.... salíd y esperadme tras de esos árboles: no os movais hasta que os avise.

Llamaron á la puerta del ventorro: la tia Corneja se acurrucó en un rincon, y Beltran, que se hallaba jugando al tute, avisado por la vieja, salió á recibir al desconocido.

—¿Quién sois?

—Abrid.

—No desconozco esta voz... dijo el ventero.

Franqueada la puerta, aparecióse un embozado, que esclamó saludando á Beltran:

—Buenas noches.

—Muy felices. Seais bien venido.

Al pronto creyó Beltran que fuese un gefe de la visita, ó un cabo de la ronda de puertas con el disfraz de caballero, y quedó intranquilo por unos instantes.

La tia Corneja sospechó fuese un polizonte, y temblaba de pavura, y para ocultar su espanto y su turbacion cubrióse completamente el rostro con el pañuelo, haciéndose la dormida.

—Caballero, dijo Beltran, si no os ofendeis, os diré que hago memoria de haberos visto otra vez en esta humilde choza.

—No será estraño.

—Veníais de caza con otros señores, y nos hicísteis un obsequio, recomendándome además á las autoridades para que me diesen licencia para usar armas.

—Podrá ser.

—¿Y en qué os voy á servir ahora? Mandad.

—Gracias: vengo únicamente en busca de cierta persona....

Al oir esta frase la tia Corneja, lanzó involuntariamente un penoso y hondo suspiro.

Beltran palideció, porque ignoraba quién era el desconocido, aunque recordaba un favor que por casualidad le habia dispensado.

—¿Y á quién buscais? le preguntó.

El desconocido iba á contestar, cuando instantáneamente

oyóse un estruendo, el disparo de una escopeta ó carabina, y despues otros dos, cuya circunstancia hizo estremecer de sorpresa á todos los que en el ventorrillo se hallaban.

A poco tiempo sintieron pasar á escape un caballo, imaginándose fuese una lucha entre los matuteros y el resguardo; mas como se oia cierta algazara cambiaron de conjetura, y no sabian á qué atribuir el suceso.

La tia Corneja exhaló un grito saliendo del rincon en que estaba oculta.

Beltran quedó inmóvil tras el mostrador.

Su mujer salió gritando de la cocina.

El gitano y los que con él jugaban al tute, derribaron la mesa y las copas y corrieron á enterarse de lo que pasaba.

Todo estalló con la rapidez de una ráfaga eléctrica.

Por la puertecilla que daba á un huerto penetró en el ventorro el Nene, lleno de terror, con una pistola en la mano derecha, y tomando al desconocido por un agente de policía, le dirigió el estremo del cañon hácia la cabeza; pero felizmente un rudo golpe asestado por Beltran al bandido, cambió el arma de direccion y los proyectiles fueron á dar en el techo, á cuyo eco atronador lanzaron un espantoso grito las mujeres.

El Nene huyó por la puerta principal, y al mismo tiempo esclamaron en la otra:

—¡Favor á la justicia!

Teresa elevaba sus manos al cielo, demandándole misericordia.

La tia Corneja cayó desmayada.

Beltran corrió á recibir á la autoridad, y el gitano, el tio Telarañas, reconociendo á Juan-Diablo, le saludó con su ronca voz, pero con alegría, de esta suerte:

—¡Señor don Juan!... ¡Vd por estos sitios!... ¡Algun ángel os ha guiado en nuestro favor!

—Sea como fuere, vos teneis la culpa, señor Joseito.

—¡Yo!

—Positivamente: fui á vuestra casa, y supe que os hallábais en este malhadado ventorro.

—¿Tanto urgia el verme?

—Hablaremos: seguidme.

Se disponian á marchar, cuando el gefe de la ronda de vigilancia, presentándose en el dintel de la puerta, esclamó:

—¡Alto! Nadie salga de aquí.... ó se espone á que le disparen un tiro.

—Los que seamos inocentes saldremos, señor comisario,—contestó sériamente don Juan.

—Perdone V., caballero.... no le habia conocido; y en verdad me asombra verle en esta horrible caverna.

—Vine en busca de este buen hombre (señalando al tio Telarañas), y estuve á punto de ser víctima de un infame bandido.

—¡El bribon se ha escapado!... Corre como una liebre.

Prorumpiendo en lastimeros ayes, en agudos lamentos, entró en el ventorro el infeliz matutero, gravemente herido, y su vista causó un horror inesplicable.

—¡Chorlito! esclamó la ventera.

—¡Desgraciado jóven! dijeron todos.

—Tambien era un truhan,—añadió el comisario,—tambien le buscábamos: tiene cuentas atrasadas, si bien es sensible que por defender á otros con quienes estaba oculto en esa huerta, y á los cuales traemos órden superior y terminante de llevar vivos ó muertos, hiciese resistencia á la autoridad y la insultara con su descaro. En fin, cómo ha de ser.... consecuencias de su mala conducta.

Don Juan lamentó aquella desgracia, y con permiso del comisario, y despues de recomendar al ventero, cuyo aislamiento y crítica posicion le obligaban á recibir indignos huéspedes, salió con el gitano, oyendo al marchar lo que contra la tia Corneja decia el gefe de la ronda.

—¡Tambien V. por aquí, bruja de Satanás! De esta no escapareis. ¡Levantaos! ¡Levántese V., mujer embaucadora é hipó-

crita! ¡Venga V. acá, escudo de malhechores! ¿Y el Nene? ¿Y Cortacaras? ¿Y Malospelos? ¿Y vuestra impura hija?

La vieja se retorcia las manos despidiendo espuma venenosa por sus lívidos y secos lábios, y henchido el corazon de rabia como el jabalí al verse acosado por una trahilla de furiosos perros.

—Y bien, señor don Juan,—preguntó el gitano luego que se encontraban á larga distancia del ventorro,—¿os dignareis decirme para qué me buscábais?

—Ni el sitio, ni la hora, ni el estado en que os hallais.... permiten que hablemos.

—Estoy en mis cinco sentidos.

—No lo dudo.

—Es que á mí la bebida..,. á pesar de mis años....

—El vino ha causado menos impresion en vuestro cerebro que el susto: estais zozobroso, y....

—Estoy sereno, señor don Juan, aunque ciertamente el susto ha sido terrible; pero mi vida es larga, y se acostumbró á toda clase de contratiempos.

—Vuestra historia, señor Joselito, debe ser curiosa.

—¿Por qué lo creeis así?

—Lo sospecho.

—Nada tiene de particular.

—Deseo conocerla.

—¿Y venís á eso?

—Nó: pensaba pediros informes acerca de una persona que me propuso ayer el cambio de mi alazan por una, al parecer, bonita jaca de la cartuja. Ignoro sus antecedentes y sentiria me engañase.

—¿Y para eso os molestais, señor don Juan?

—Queria además preguntaros otras cosas, y como no es urgente.... lo dejaremos para otra ocasion menos desfavorable.

—No consiento que os marcheis: estamos cerca de casa, y allí os serviré en lo que me pidais. Varias veces me habeis

protegido, aun recuerdo la aventura de la feria de Mairena, y mi deber, señor don Juan, es complaceros en todo.

—¿Hablais sinceramente?

—El corazon habla.

—Pues con solo que me narreis vuestra historia, estoy satisfecho.

El tio Telarañas, el sagaz y viejo gitano, sintió una sospecha, y á pesar del vino y del susto, recobrada su quietud de espíritu, respondió con indiferencia:

—No hay inconveniente.

—En ese caso voy con V., señor Joselito.

—Os cumpliré mi palabra.

—Pues marchemos.

—En buen hora sea.

Y ambos se encaminaron á la misma habitacion en donde se celebró la ruidosa fiesta, y en la cual nos aguardan otras dos importantes notabilidades.

II.

LA PERLA DEL GUADALQUIVIR.

Lleva cariñoso,
lleva cefirillo
el fuego del alma
en que ardiendo vivo.

—

Hermosa ribera
donde yo nací....
yo soy la azucena
del Guadalquivir.

—

¡Ay! dolor.... ¡Ay! dolor....
el alma entristecen
recuerdos de amor.

Con voz dulce y sentimental entonaba esta letra la airosa gitana, la incomparable Rocío, en hora que sin soñarlo, pisaba el dintel de su puerta un almibarado caballero, nada menos que el marquesito de Valdeclaveles.

Al separarse del Bolsita enderezó sus pasos al barrio escéntrico en donde vivia el tio Telarañas, y habiéndole reconvenido su inseparable compañero Céspedes por su estravagancia, le contestó:

—Tú vas al teatro y despues al casino: yo voy á ver la gitanilla.

—¿Estás enamorado? le preguntó Adolfo.

—Ni lo sé.

—¡Cosa rara!

—Me gusta: ¿por qué he de ocultarlo?

—¡Amor estravagante!

—No te rias, Adolfo.

—Calla, hombre.... un marqués enamorado de....

—¿Y te sorprende?

—¡Me espeluzna!

—El amor, lo mismo puede inspirarlo una gitana, si es hermosa, que una duquesa; y no sé qué te diga si en igualdad de circunstancias aceptaria con mas entusiasmo á la de ojos árabes que á la de espíritu cortesano y hasta de fingidos primores.

—Verdad que no es la primera vez que esto sucede.

—Monarcas hubo que se enamoraron de una pastora. Nada hay mas bello que una flor, que es tanto mas bella cuanto mas humilde aparece.

—Caiste en la trampa.

—Tengo otro propósito.

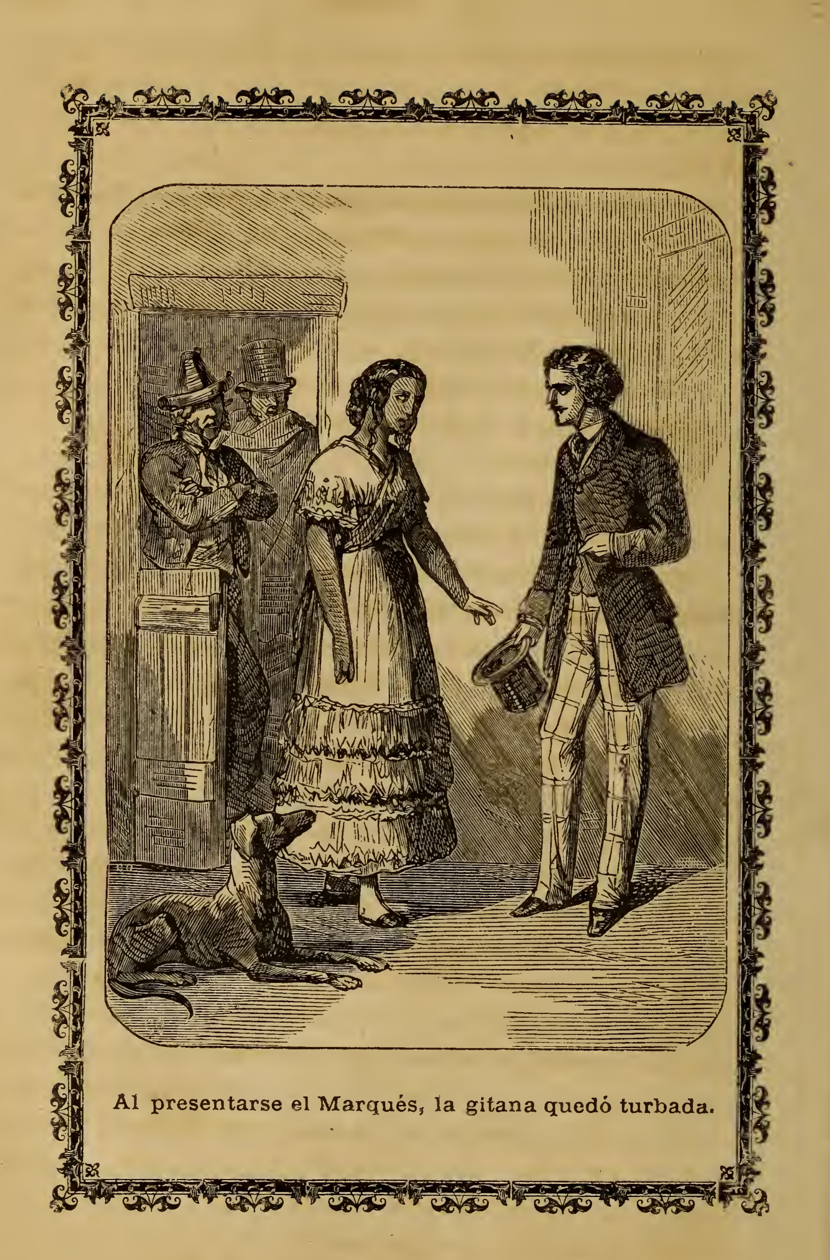
—¿Cuál?

—El de dar celos á la baronesa á ver si se resuelve á dejarme, porque no solo me esplota, sino que me ofende con sus ínfulas de mamá: es insoportable su rigor; además llevo la idea de averiguar quién pudo instruirla de aquella aventura del baile.

—Quizá el gitano.

—Imposible; yo no salgo de casa de la baronesa y jamás le he visto allí.

—Tal vez ese aventurero....



Al presentarse el Marqués, la gitana quedó turbada.

—¿Quién?

—Juan-Diablo.

—¿Don Juan del Castillo?

—Cierto.

—No disparates: en su vida ha conocido á la baronesa; en fin, voy á ver mi gitana y de paso haré por inquirir y aclarar este misterio.

—Mira lo que haces, la noche está lóbrega, el barrio es fatal.... y es posible que....

—Suceda lo que quiera.

—Pues adios; te aguardo en el Suizo.

—A última hora.

El bolsista Adolfo Céspedes se encaminó al teatro, y segun queda referido, el marqués para los barrios estremos del Sur.

La graciosa Rocío estaba sola: su comadre salió, una anciana mujer con quien vivia, á la vecindad, juzgando no tardaria en volver el gitano, y ya sabemos en qué consistió su detencion en el ventorrillo de las afueras.

La esbelta y salerosa flor del Guadalquivir se hallaba dispuesta á salir en busca de su comadre, cuando apareció el marqués de Valdeclaveles.

Los vecinos del patio, al sentir un coche á la puerta, porque el galan aristocrático fué en un carruaje de alquiler, pero elegante, se asomaron todos, y hubo los juicios y hablillas propias de aquellas buenas gentes, no obstante que Rocío gozaba, con fundamento, de una reputacion intachable.

Al presentarse el marqués, la simpática morena quedó turbada, sin acertar á responder á sus finos y atentos saludos.

—Hermosa Rocío, no estrañeis mi visita. ¿Y vuestro padre?

—Señor marqués, marchó esta tarde hácia el canal: debe venir muy pronto. Si gustais sentaros....

—Si viniese pronto.... esperaria.

—Sois muy dueño de descansar.

—No quisiera causaros ni pena.... ni estorbo.

—¿Pena? ¿Por qué?

—Ibais á salir....

—A un recado ... es verdad.

—Entonces me retiro.

—De ningun modo: lo sentiria mucho mi buen padre: tiene á vuecencia gran cariño y respeto.

—Gracias.... bella Rocío; y vos, ¿me quereis?—dijo acercándose con dignidad y dulzura.

—Tambien os aprecio.

—A otro apreciás mas.

—Señor marqués.... no entiendo.

—Disimulais....

—Soy franca.

—¡Dichoso el que merezca vuestro cariño!

La gitanilla se ruborizó al oir las indirectas del marqués, y no sabia á qué atribuir aquella inaudita y audaz manera de conducirse.

El jóven aristócrata no se dió por entendido, y prosiguió en estos términos:

—Ya que sois tan amable, aguardaré un momento, y en tanto permitíd, hermosa Rocío, que os haga una pregunta.

—Si puedo satisfacerla....

—Es un capricho.

—Veamos.

—¿Habeis tenido amores?

—¡Jesus! ¿Y es esa la pregunta? ¡qué curiosidad! ¡qué ocurrencia!

—Estimaria me habláseis con sinceridad, Rocío. Creo no ofender vuestro decoro.

—Señor marqués, habladme de otra cosa.

—¿Os resentís?

—Nó.... pero.... una jóven de mi clase....

—Aquí no hay clases: los sentimientos del corazon no reconocen gerarquía: el amor es libre; y lo que en política se llama

igualdad, que no pasa de ser una broma, una farsa ridícula, es una verdad innegable en el amor. Así es que se han visto poderosos reyes rendidos ante una belleza de orígen oscuro, y damas, las mas ilustres, ciegas de amor, enloquecidas por un ganapan cualquiera, ó un hombre el mas despreciable respecto á su condicion y procedencia.

La gitana, si bien sospechaba las intenciones del marqués, aunque con sorpresa, no entendia la fraseología, y reia interiormente, así de las palabras como de los finos y exagerados modales de su improvisto galanteador, de su noble é inesperado pretendiente.

—Si no fuéseis vos.... señor marqués....

—Mi objeto no es herir vuestra virtud, bella Rocío.

—Si no me ofendo....

—Entonces satisfaced mi curiosidad.

—No entendí la pregunta.

—Que si habeis tenido amores: que si algun afortunado mereció vuestra predileccion, vuestro envidiable afecto.

—Sois muy atrevido.... señor marqués.

—Pues no debe estrañaros.

—En vos.... no.... porque sois un amigo.

—¿Qué edad teneis?

—Diez y seis años.

—Sois muy niña.

—Cierto.

—De suerte que....

—No os comprendo.

—¿Qué tiempo hace que estais en Madrid?

—Dos años.

—No es posible.... en edad tan tierna....

—¿Pero qué decís? Cuidado, señor marqués.... me estais trastornando la cabeza.

—¿Os acordais de Sevilla?

—Mucho.

—¿Y son dulces vuestros recuerdos?

—Me hechizan el alma, señor marqués.

—¡Qué hermosa estaríais, qué alegre, corriendo por las márgenes del Guadalquivir, llena de magestad y de inocencia! ¡Cómo respiraria vuestro pecho, embriagado con el ambiente aromoso de las flores! ¡Qué brillo despedirian vuestros seductores ojos! ¡Estaríais encantadora! Y sin embargo... la llama del amor, la suave y tiernísima antorcha de amor no habia aun resplandecido en vuestro corazon. Pero en el dia.... ya es otra cosa. No habrá faltado en Madrid quien....

—Os equivocais, señor marqués.

—¿Cómo?

—Madrid no me gusta.... no....

—La pátria tiene una irresistible atraccion.

—Sevilla me gusta mas.

—Claro: los juegos infantiles.... la memoria de vuestra madre....

—Y de un primo....

—¡Hola! un primito.... ¿éh?

La gitana suspiró profundamente, y fuera por sencillez ó por alejar las importunidades del aristócrata, prosiguió de esta suerte:

—Sí, señor.... un primo mio.... como que él fué la causa de que nos viniésemos á Madrid.

—¿La causa?

—Nos amábamos.... y mi padre no permitió la boda.

—¡Y tan niña! Me olvidé que el clima andaluz y el temperamento de vuestra raza producen una precocidad sorprendente. ¿Pero ya habrás olvidado al primo?

—¡Ah! Nó, señor.

—¿Le amas todavía?

—Le amaré siempre: aun recuerdo cuando éramos niños: nuestra diversion era coger flores y formar molinitos, que poníamos en la márgen de los arroyos: despues.... despues....

nos queríamos, todas las noches cantaba al pié de mi reja: ¡qué voz tan melodiosa! ¡qué acento mas dulce y enamorado! Tocaba una guitarrilla con una suavidad que hechizó mas de una vez mis sentidos. Sus tonos eran blandos y acompasados como el murmullo de una cristalina fuente. Su eco era el eco de un canto oriental, henchido de armonía, de un sentimiento que traspasaba el alma: aun recuerdo su cancion favoria, escuchadla, señor marqués.

Y la linda morena, elevando sus hechiceros ojos al cielo, cantó, hiriendo dulcemente las fibras del corazon del atónito marqués, la letra que sigue:

No es el rocío
que hay en la flor,
dulce bien mio,
perla brillante
cual tu semblante
astro de amor.

La luna asoma
y me entristece....
Sal, y oscurece
su resplandor.

Sal, gitanilla,
la de Sevilla,
reina y sultana
de amantes mil.
En la ventana
como el lucero
de la mañana
brille tu rostro
noble y gentil.

III.

ASTUCIA Y RESERVA.

El marqués de Valdeclaveles quedó positivamente hechizado con la hermosura y dulcísimo acento de la gitana.

Esta, despues de la cancion, permaneció unos instantes como arrobada en un delicioso éstaxis.... quizá á impulsos del recuerdo de sus primeros amores.

Afortunadamente para los dos, porque su estado moral era crítico y violento, apareciéronse á la puerta de la habitacion don Juan y el tio Telarañas, quedando sorprendidos de hallarse con el jóven aristócrata, á quien el gitano saludó con estremada alegría, diciendo:

—Señor marqués.... ¿Vuecencia por mi casa? ¡Cuánta satisfaccion siento al verle!

—Gracias, Pepe, y no me trates con tanta etiqueta.

El marqués le tendió familiarmente la mano; luego, dirigiéndose á don Juan, esclamó:

—Caballero.... me felicito de este casual encuentro.

—Adios, señor marqués, yo tambien deseaba una ocasion para manifestaros el gran aprecio que me debeis.

—Vaya, dijo el gitano, siéntense VV., descansen, y despues mándenme lo que gusten: estoy orgulloso de ponerme á sus órdenes. Mira, Rocío, hija mia, vete á buscar á la señora Genoveva y no vengais hasta que os llame.

La seductora gitana hizo un gracioso y cortés saludo, y dejó la habitacion esclamando para sus adentros:

—Vea V.... ¡quién lo habia de pensar! ¡Un marqués.... manifestarse rendido ante una pobre gitana! Y es muy amable.... eso sí; pero ¡ay! ¡Goro mio.... no te olvidaré nunca! ¡Mientras mis ojos vean la luz.... tu amor resplandecerá en mi alma!

Sentados los tres, dijo el gitano:

—Y bien: ahora que estamos solos, dígnense vuestras mercedes esplicar la causa de que yo tenga la honra de verlos en mi humilde compañía.

—Por mi parte, repuso el marqués, el objeto que á mí me trae es muy sencillo.

—Si mi presencia es inconveniente...—observó don Juan,—me retiraré, señores.

—Al contrario, señor don Juan, mi venida no es á un negocio de importancia: es por mera curiosidad.

—Sepamos.

—Has de saber, amigo Pepe,—continuó el marquesito,—que la señora baronesa de Rocamar ha producido en casa una perturbacion espantosa, revelando á mi papá y hermana Guadalupe la aventura del baile que aquí celebramos; y como Céspedes ni yo hemos hablado una palabra á la baronesa, vengo á informarme de tí....

—No prosigais, señor marqués,—interrumpió el gitano, á quien don Juan miraba con atencion profunda,—no prosigais: en primer lugar no sé quién es la señora baronesa: en segundo lugar no he oido hasta ahora su nombre; á no ser que Frasquito.... por quien tuve la honra de conoceros....

—Frasquito no visita á la baronesa....

—Ya lo comprendo.... un pobre chalan... pero pudo muy bien acompañaros....

—Nunca; yo solo veo á Frasquito Esparavan en nuestras correrías nocturnas.

—En ese caso habrá sido alguno de justicia; ya recordareis que intervino aquella noche....

—Sea quien fuere, estoy satisfecho; nada me importa la baronesa; desde hoy vendré mas frecuentemente.

—Me honrareis mucho, señor marqués; pero si vuestras visitas han de causaros disgusto....

—No lo creais.

—¿Conque no conoceis á la baronesa?—preguntó don Juan.

—¡Qué cosas tiene el señor marqués!—esclamó el gitano eludiendo la respuesta á don Juan.

—¡Caprichos!

—Como el que ha manifestado este caballero; ¡pues no quiere don Juan que le refiera mi historia!

—¿Y te estrañas? Pues yo tambien tendria gusto en oirla.

—¿Y qué historia puede contar un pobre gitano?

—La de su vida errante; sus aventuras, sus infortunios, sus jaleos....

—La mia no deja de ser curiosa.

—Pues refiérela.

—Me dió palabra de referirla,—interrumpió don Juan, que observaba cuidadosamente la actitud del gitano, pero inútilmente, porque si bien en su alma luchaban encontradas ideas y recelos, sabia disimular, burlando así el interés del que espiaba sus menores acciones, sus mas insignificantes movimientos.

—Es verdad,—repuso el tio Telarañas,—que os prometí hacerlo; mas es muy triste.... y la hora.... la ocasion....

—No te disculpes; cuéntala, Pepe,—díjole el marqués.

—No hay inconveniente en que la refiera, con tal que no sea muy larga.

—Lo dejaremos para mejor ocasion: no está mi cabeza para

historias: el suceso de esta noche....—Y don Juan y el gitano refirieron al marqués las escenas del ventorrillo.

—¡Y no haberlo presenciado yo! dijo el marqués en su manía de correr estrañas aventuras.

—Pues mi curiosa historia,—añadió el gitano,—sembrada está de semejantes sucesos. Hay en ella hechicerías... *puñalás*... *jaorcaos*... *bandios*... contrabandistas... cavernas... calabozos... duendes... grillos... visiones...

—¡Voto al chápiro, que será digna de oirse!

—Y no crean sus mercedes que yo....

—Sabemos que eres un hombre de bien.

—Por supuesto; sino que nuestra vida, nuestro *sino* conduce á esos percances, aunque uno sea... un santo.

—¿Quién lo duda?

—¡Claro está!

—Los hombres...

—Sí, los hombres se vén sujetos á mil contrariedades.

—Eso digo yo; y mas en nuestra pobre y arrastrada condicion de gitanos.

—Como que sois unos séres errantes.

—Perseguidos en todas épocas.

—Por unos pagan otros.

—En todas las clases ocurre lo mismo.

—No divaguemos: otro dia nos referirás tu historia.

—Cuando gusteis, señor marqués.

Este se levantó, y dirigiéndose á don Juan, esclamó:

—¿Quedais vos, amigo mio?

—Marcho tambien.

—¿Teneis objeto?

—Una cita.

—¿Muy largo de aquí?

—Próxima á la Puerta del Sol.

—Entonces me permitireis acompañaros hasta ese punto.

—Tendré una estraordinaria complacencia.

—Marchemos.

Despidiéronse del gitano, y este quedó un instante como sumergido en hondas cavilaciones.

Tuvo la habilidad de permanecer reservado; fué sagaz hasta el estremo de dejar burlada la intencion de Juan-Diablo y el pueril y caprichoso empeño del marqués.

De repente salió de su casa, y buscando á su hija y á la señora Genoveva, su comadre, las dió órden de que se recogiesen, porque quizá volveria á las altas horas de la noche.

No causó gran sorpresa esta resolucion á la anciana y á su hija, porque sospecharon fuese en compañía de los dos referidos caballeros.

El gitano llegó á un café, procuró calmar su inquietud y el efecto de la estipulante y negra salsa de los caracoles, y despues, cubierto de las sombras del misterio, encaminóse hácia un lugar y á los fines que oportunamente revelarán las sucesivas páginas de nuestra novela.

IV.

LA CITA.

Sigamos al marqués y á don Juan, quien preguntó al primero:

—¿Y vuestro amigo Céspedes?

—Refirióme al oscurecer vuestra entrevista con Alberto de Lara, padrino del capitan Figueroa.

—¿Insiste en el desafío?

—Vaya si insiste.

—Pues no tiene razon.

—Esplicaos.

—Vuestra linda hermana rehusa al bolsista. Figueroa no le ha faltado.

—Pero Céspedes se cree ofendido.

—Es una petulancia ridícula.

—Estos banqueros son mas orgullosos que los sultanes.

—No es menos orgulloso vuestro amigo Alberto de Lara; yo le haré arrepentirse de su infundado desprecio.

—Os vió con blusa...

—Mi blusa... tiene tanta honra y *mas gloria* que su diplomático frác.

—Tambien el bolsista os desdeña.

—Me es indiferente.

—No lo estrañeis.

—Todos los que versan en dinero no tienen mas ídolo ni mas Dios que su riqueza.

—Y sin embargo, se engalanan con cintas, condecoraciones y títulos.

—Su vanidad es tan grande como su codicia.

—Yo estoy resentido con Adolfo: sabed que un infeliz poeta, hoy muy popular y universalmente apreciado, se vé perseguido.... y tal vez indigente.

—¿Su nombre, señor marqués?

—Julio del Valle.

—¿Sois su amigo?

—Le he tratado poco; mas hoy le busco, señor don Juan, con verdadero interés por si me es posible favorecerle. Ha circulado una poesía satírica.... y le persiguen por todas partes.

—Si le hallais.... favorecedle: yo haria lo mismo.

—Quien estaba en deber de hacerlo es Adolfo, y especialmente su padre, que le ofreció proteccion cuando le ocuparon en no sé qué periódico. Hoy le abandonan.

—Mañana le buscarán, si le necesitan.

—Haria mal en obedecerles.

—Los idólatras del dinero en todo especulan, y hasta de la opinion hacen una mercancía.

—Hay escepciones....

—Verdad.... pero son raras: no se descubren: son misteriosas.... como si se avergonzasen de tener un rasgo de generosidad aliviando el infortunio.

Estaban ya en la Puerta del Sol.

—Señor don Juan,—dijo el marqués,—os pido un favor.

—Mandadme: habeis simpatizado conmigo: teneis nobles sentimientos.

—Gracias.... me honrais.

—Os tributo justicia.

—El favor se reduce á que os digneis indicarme en dónde podré encontraros.... cuando me ocurra, ó desee pasar unos instantes en vuestra compañía.

Recordareis que la *tarjeta*.... Sí.... dispensad.... no tenia otras.

—Exijo las señas de vuestra habitacion: deseo vuestra amistad.

—Marqués.... os lo agradezco, y os doy ahora palabra de que sereis complacido.

—¿Sí?

—Yo iré á buscaros.

—Que sea pronto.... señor don Juan.

—Adios.... marqués.

—Adios.... ¿pronto?

—Mañana.

V.

LA TABERNA DEL MIRLO.

Recordarán nuestros apreciables lectores que Pablo el cantero, cuando se despidió de don Juan, entróse en una taberna, cuyo título era el que precede, y su dueño, llamado por apodo *Dulzaina*, era un hombre del tenor siguiente:

Nacido en las montañas de Santander, conservaba una complexion robusta, escelente color, formas hercúleas, risueño, noble en su trato, por cuya razon veíase estimado de los que concurrian á su establecimiento. Su apodo provenia, quizá, de su primer oficio de tañedor de la dulzaina allá en las fiestas populares de su país.

Habitualmente pacífico, era temible si le ocasionaban ofensas ó algun escándalo en que pudiese comprometer su honra ó sus intereses.

Era un buen montañés, que por mil circunstancias, y no sin haber dado pruebas de trabajador y activo, industrioso y servicial, pues se ocupó algunos años en el empleo de corredor de varias casas de comercio y de mozo de la Aduana, logró reunir fondos, algunas cantidades, y puso casa de comidas con su correspondiente despacho de vinos.

Tenia este en su testero principal un pliego de rosa, y en

su centro un Mirlo pintado, como recuerdo sin duda del pájaro cantor que un dia alegró con sus trinos y gorgeos á los numerosos y alegres parroquianos de *Dulzaina*.

—Buenas noches.

—¡Adios, querido Pablo!... ¡Vengan esos cinco! ¿Y qué tal?

—Bien: sigo mejor.

—Te creia muerto.

—Pues me juzgo vivo, porque bebo, como, duermo, trabajo y estoy de buen talante.

—¿Es decir, que escapaste de las garras de los médicos?... ¡milagro ha sido!

—¿Y en qué te fundas?

—En que los médicos se van asemejando á los *partidos políticos*: aquellos contra la humanidad.... estos contra la pátria: sus divisiones son funestas: con su *meo-patía* y *alio-patía* van causando infinitos males.

—Se dice homeopatía y alopatía, amigo Dulzaina: tú siempre lo mismo.

—Aunque estoy en Madrid.... no he salido de mi tierra.

—Ya se conoce.

—Y qué quieres, Pablo: tú lees periódicos y libros: yo no disfruto una hora de quietud. ¡Si vieses qué deseo tengo de regresar á nuestras montañas!

—¡Quién fuera tú! Yo no podré jamás.

—¡Cómo!

—El trabajo, el jornal apenas sirve para el sustento diario: nada puede ahorrarse: bien canta el refran: ¿quién vive? quien *pesa* y *mide*.

—Qué cosas tienes, Pablo.

—Pues digo bien.

—Cierto.

—A fé que tú con *agua* y *vino*....

—¡Alto!.... Yo lo sirvo *puro*: además que mis ahorros.... de cuando serví en el comercio.

—Viene á ser lo mismo.

—Claro: el que á buen árbol se arrima....

—Eso quise decir.

—Siéntate, Pablo, y toma lo que gustes.

—¿Y la parroquia?

—Se aumentó considerablemente.

—Entonces te vas á hacer de oro.

—Si no fuese por los *caseros*, la contribucion, los serenos, los celadores y los que salen por esos mundos de Dios y acaparan, recogen, para luego revender el trigo, la caza, el vino y las carnes.... entonces sí.... quizá se hiciese negocio.

—¡Buenos tiempos corren, Dulzaina!....

—Como que si continuamos de la misma forma, no se podrá vivir en Madrid.

—Pues cuando tú hablas de esta suerte, con mas razon podríamos quejarnos los que dependemos de un jornal.... ó los que viven á espensas de un miserable sueldo.

—Tienes mucho juicio, Pablo: al fin eres *leido*, y sabes como buen montanés dónde te aprieta el zapato. ¿No es verdad?

—Me haces favor, amigo Dulzaina; pero volviendo á tu parroquia, dime: ¿viene todavía el danzante?...

—¿Quién?

—El Buitre.

—No solo viene él, si no que ha traido á otras aves de rapiña.

—¿Y no los arrojas?

—¿Qué he de hacer? Allá se las vean con sus iniquidades. En no armándome escándalos....

—¿Y el crédito de esta casa?

—Mira, Pablo, en muchas cuecen habas, mal que les pese á sus dueños, y por hombres de bien que sean.

—En parte no discurres mal.

—¿Nos hemos de constituir en polizontes, en autoridades, en acusadores? Si los ciudadanos honrados, si los hombres que

estiman las leyes, que las respetan, se hallasen facultados para perseguir....

—Seria un galimatías: no hace falta que estemos investidos por la ley.

—Es que hay autoridades celosas que se afanan inútilmente en la persecucion de los malhechores.

—Como que hoy los prenden y mañana los ven libres haciendo alarde de sus crímenes y de sus vicios.

—Eso, á mi parecer, depende de la justicia.

—Los que formulan los códigos se imaginan que la sociedad se compone de ángeles. Además este Madrid es un nuevo mundo: aquí se alberga mucho bueno, que viene á buscar honradamente el pan.... y tambien se oculta mucho malo: por ejemplo, todos los que escapan ó cumplen en los presidios.

—¡Y si están empadronados!

—Mejor que el hombre de bien.

—El dinero.

—La ignorancia de ciertos agentes de la autoridad.

—Hablas como un relator, amigo Pablo: eres muy *leido*.

—La esperiencia.

—¿Y qué tal de....

—¿De qué?

—De *política*.

—¡Chiton!

—¿De veras?

—¡Chiton!

—Haces bien: ¡juicio, Pablo!

—Soy mudo, sordo y ciego.

—¿Arrepentido?

—Escarmentado.

—¡Quién lo habia de creer!...

—Es que soy el mismo.

—Ya me estrañaba que renunciases tú....

—Hablemos de otra cosa, amigo Dulzaina.

—Dí lo que quieres: sabes que te aprecio, y estoy para servirte.

—Gracias.

—¿Qué te ocurre?

—¿Está el Buitre?

—Ya te he dicho que no solo viene él, sino que ha traido en pos otras aves de rapiña. Y á propósito, Pablo, me alegro que estés mejor y que concurras otra vez á mi casa.

—Siempre estoy á tu disposicion: ahora como nunca, pues aunque mas aliviado, no puedo trabajar todavía con facilidad, porque este maldito pié....

—En ese caso vendrás á menudo: ya sabes que nada necesitas.

—Lo sé.

—Yo recelo algun lance por espresiones cogidas al vuelo: algo traman. Mis ocupaciones me impiden observarles de cerca.

—Bastará que yo los observe.

—Lo agradeceré, Pablo.

—Descuida; pero tú hazte el mudo, el sordo y el ciego.

—Así lo haré.... mas no me comprometas.

—¿De qué modo?

—Conozco tu genio, y puedes armar un zipizape de los diablos.

—Nada temas: en no atacando tu honra ni tus intereses.... estarán libres: yo no soy polizonte, autoridad.... ni cosa que lo valga: allá se las vean; pero me conviene espiar al famoso Buitre por razones que sabrás á su tiempo: entretanto calla y ensordece.

—Así lo haré, Pablo.

—Veremos si á ese Buitre le corto yo las garras y el pico.

—El caso es, que viéndole sin trabajo y pobre.... quizá te quieran atraer á sus mañas y....

—El que se atreva á proponerme un hecho indigno, puede contarse con los difuntos.

—Sé que eres honrado: ahora vete allí, á la pieza interior: en el último rincon tienes al Buitre, á ese feroz argelino, pirata, renegado y otras yerbas: está solo, pero no hace muchas horas que estuvo merendando con otro de tan buenas entrañas como las suyas.

—¿Con quién?

—Mírale ahí, ese que entra en este instante.

—Es un jovenzuelo.

—Aunque le ves tan jóven, amigo Pablo, es viejo en el oficio.

—No le conozco.

—Se llama Garduña.

—¿Y quién es el otro que merendó con el Buitre?

—Un tal Malospelos.

—He oido hablar de él; ¡pero si dicen que murió de resultas de una caida que dió desde un tejado huyendo de las autoridades!

—Tan muerto está como tú, amigo Pablo.

—¡Diantre! ¡Y qué infamia! Si cuentan en el barrio que le vieron conducir en las *angarillas* de la parroquia, y la tia Corneja, madre de su *querida*, lloró su muerte, y ambas visten un riguroso luto.

—¡Farsa.... Pablo.... mentira!

—¡Triste sociedad! ¡Pobres leyes!

Habia entrado en la taberna el astuto Garduña, uno de los jovenzuelos que en el café del Verdugo promovieron el escándalo por *cenar de balde*, camarada del Chorlito, el matutero que dejamos herido en el ventorro de las afueras.

—Garduña, ¿qué nuevas traes?—preguntóle el Buitre.

—Ni buenas ni malas.

—¿Qué dices? ¿No le has visto?

—Una hora estuve esperando á Malospelos.... mas tal vez encontró con la madre de su novia, con la nigromántica tia Corneja, y habrán ido á ver á Margarita.

—Si tal supiera.... pero nó: Malospelos cumple bien, y el negocio era grave y urgente. Quizás esté aguardando al Nene y á Cortacaras, á quienes conducirá sin falta á este sitio. Vuélvete, Garduña, á la puerta de Atocha: ya sabes el camino que han de traer.

—Me dá mala espina su tardanza.

—Pues yo estoy tranquilo.

—Dí, Buitre, ¿sabe Malospelos el negocio....

—¿Lo sabes tú?

—¿Yo? Nó.

—Lo mismo lo sabe él.

—Hoy no se puede uno fiar de nadie.

—Es decir, que sospechas....

—Nada sospecho.... mas....

—Me importaria poco: estoy á salvo: nada les he dicho: veré si teneis valor.... y entonces.... en la hora crítica.... se os dirá el proyecto. ¿Entiendes?

—Yá: entiendo.

—Cuando esteis allí.... cuando no podais retroceder.

Salió Garduña, y quedó solo el Buitre.

Tendria este criminal, de quien ligeramente nos hemos ocupado, unos treinta años, de feo aspecto, bien vestido y de un corazon de hiena.

Sedujo á Clara, doncella de la baronesa de Rocamar, fingiéndose corredor de minas, escribiente de un procurador, y logró fascinarla con los bailes, con falsas caricias y con obsequios que habian de costarla muy caros, despues de inolvidables amarguras.

El Buitre vestia de caballero: usaba reloj y cadeda de oro, y se portaba generosamente en todas ocasiones.

Al verle Pablo el cantero, le hizo un saludo á media voz, entre dientes, de mala gana, y sentóse enfrente.

A poco rato le sirvió *Dulzaina* un trozo de pescado y una copa.

—¿Quieres cenar, Gimeno?—Así le nombraban los que no eran de su profesion inícua.

—Gracias, Pablo. ¿Cómo tienes la pierna?

—Mejor.

—Me alegro.

—Gracias.

—¿Sales del hospital?

—Poco menos.

—Sí, los pobres como tú, Pablo....

—Los pobres que tienen hijos contínuamente se ven asaltados de enfermedades y miserias.

—¿Trabajas?

—Trabajaré.

—Dios lo quiera, Pablo.

—Esa es mi esperanza.

—Esperanza bien triste.

—Los que no somos ricos, Gimeno. ..

—Si lo dices por mí....

—Lo digo por quien lo sea.

—El caso es que tú....

—Yo estoy contento con ser pobre.

—Dicen que ningun rico se salva.

—Entonces voy yo al cielo.

—La verdadera dicha está en la tierra, Pablo.

—¿Qué quieres decir?

—Que el pobre en este mundo es una víctima: el rico la entiende.

—Cada uno es felíz á su modo.

—Yo estoy por los ricos.

—Haces bien, Gimeno; yo por el trabajo y por la honra.

—Eres un necio.

—¿Hablas sériamente?

—¿Por qué?

—¿Hablas con formalidad?

—Hombre... no es por agraviarte. Veo que el mal humor del pié se te ha subido á la cabeza.

—Dichoso tú, Gimeno, que no tienes que mover piedras ni cruzar andamios. Tú pisas mas seguro.

—Vienes de mal talante.

—Pues no busco ni quiero camorra.

—Ni yo tengo intencion de ofenderte, Pablo. Cada cual piensa como le parece.

—Justo.

—En ese caso hablemos de otra cosa.

—Como quieras.

—¿Te parece que juguemos un dominó?

—No hay inconveniente.

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que si tú pierdes, pago por tí.

—No admito, Gimeno.

—Eres pobre.

—*Dulzaina* es paisano mio, y me fiará.

—Pues no jugamos.

—Pues no se juega.

Gimeno, es decir, el Buitre, respetaba mucho á Pablo, mas por su valentía que por su honradez. Comprendió que no era fácil sacar partido de él, é hizo girar la conversacion acerca de otros asuntos. No perdia, sin embargo, la esperanza de atraérselo, atendida la miseria, ó cuando menos, la precaria situacion en que el cantero se hallaba.

Pablo veia venir al Buitre... y paró honrada y enérgicamente sus picotazos, sus aleves indirectas.

No obstante, conviniéndole espiar sus acciones, segun la consigna dada por don Juan... se desentendió de lo que á su honra pudiera ser ofensivo, y aceptó su conversacion, y aun una copa, obsequio á que hubo de corresponder Pablo, fingiendo despues para con el bandido la amabilidad mas completa.

Largo rato conversaron, hasta que el tabernero, el buen Dulzaina, llegóse á ellos riéndose, y á la vez esclamando:

—¡Vaya que el lance ha estado gracioso! ¡Já... já... já!...

—¿Qué ocurre? preguntó el Buitre.

—No es nada lo del ojo... repuso el tabernero.

—¿Pero es cosa de risa? dijo Pablo.

—Y de lágrimas.

—Cuenta, cuenta lo que ha ocurrido.

—Pues señor, acaba de llegar un compadre, y me dice, que hallándose en un ventorro de las afueras, y persiguiendo la policía á no sé qué perillanes, la autoridad se equivocó, y por coger á los malhechores dió con un matutero, con el Chorlito... y... ¡zás!... le dispararon las carabinas, y quizá á estas horas habrá muerto el desgraciado.

—¿Y los otros? preguntó el Buitre notablemente conmovido.

—Se ignora su paradero; no los alcanzó la justicia; sí, fácil es echar el guante á un truhan en el campo y á semejantes horas; y luego la noche, que está oscura como boca de lobo.

El Buitre quedó profundamente alterado, porque temia que alguna imprudencia de Malospelos pudiera comprometerle.

Pablo, el valiente y honrado cantero, sintió igual emocion, si bien producida por diversa causa.

Temia que don Juan hubiese padecido algun contratiempo, y empezó á sentir una inquietud profunda y estraordinaria, por cuya razon vióse precisado á preguntar al tabernero:

—¿Y no sabes mas?

—Nó.

—¿Y quién te comunicó la noticia?

—Y el lance no es para reirse, observó el Buitre.

—Yo me reia de habérsela oido contar á Pepe el gitano, quien al tiempo que vino á traerme un recado acerca de una jaca que le encargué la semana anterior, me refirió el suceso, y el pobre dice que ha sufrido un terrible susto, porque se halló en la tragedia del infeliz matutero.

Pablo recordó que don Juan le habia dicho con misterio que un gitano frecuentaba la casa de la baronesa de Rocamar, y sospechó si sería él mismo portador de la trágica escena del ventorrillo.

Disimulando cuanto le fué posible, indagó si el montañés tenia ó nó otros antecedentes del gitano, y visto que ignoraba otras circunstancias, tuvo una idea felíz, que realizó de allí á pocos instantes.

Bebieron otras copas, y el Buitre, con el pretesto de ir á una cita, salió de la taberna en busca ó seguimiento de Garduña, en direccion á la puerta de Atocha.

Pablo se despidió del montañés, ofreciéndole concurrir todas las noches, y abandonó la taberna del Mirlo.

VI.

LA AMABILIDAD DE UN PORTERO.

Pablo tuvo la idea, formó la resolucion de averiguar si Pepe el gitano era el mismo á quien aludia don Juan, y al efecto se dirigió á casa de la baronesa, que ya hemos dicho estaba próxima á la taberna.

—Buenas noches,—dijo Pablo al portero de la baronesa, que encastillado en una especie de púlpito, y con su gorra galoneada y metida hasta las orejas, disfrutaba de una temperatura suave, merced á una pequeña estufa que bajo los piés tenia.

—¿Qué se le ofrece á V? replicó en tono áspero y desabrido.

—Desearia saber si habia estado aquí Pepe el gitano, el tio Telarañas.

—¿Se burla V?

—No me burlo; es mi compadre, y vengo en busca suya.

—¿Se imagina V. que á esta casa concurren gitanos?

—¿Por qué nó?

—¡Insolente!

—Hable V. bien.

—Hablo como debo y cual se merece.

—Si no mirara...

—¡Amenazarme á mí!

Y el portero empezó á gritar desaforadamente: Pablo fué prudente, mas por respeto á don Juan, que por su conveniencia, y se contentó con decirle al marcharse:

—No negais la raza servil de los porteros: yo, si fuese un señor, pondria en vuestro lugar perros de presa.

Una lluvia de imprecaciones cayó sobre Pablo, que ya en la calle, reflexionó de esta suerte:

—No tengo la menor duda de que el tio Telarañas ha estado en esta casa, porque si no, hubiera venido á otras horas á traer el recado al montañés. ¿Dónde podria encontrar á don Juan? Salió para las afueras... ¿si le habrá ocurrido algun percance? Si yo supiese al café donde concurre... A estas horas, y en Madrid... no es fácil encontrar lo que se busca: mejor será dirigirme al sitio del suceso, y saber si ha estado allí, porque de no haberle ocurrido desgracia alguna, mañana tendré tiempo de informarle de mis sospechas.

Pablo se embozó en su capa, y enderezó entre las sombras, á donde juzgaba adquirir noticias de su protector y amigo.

VII.

LA CAMILLA.

—¿Y dices que los has encontrado?

—He visto á Malospelos, que estaba oculto tras de un árbol, no lejos de aquí, en la huerta de Santa María de la Cabeza.

—¿Y qué sabe de sus compañeros?

—Discurre que han debido penetrar en Madrid por la puerta de Atocha.

—Se esponen.

—Al contrario; esta noche se hallan seguros.

—La razon.

—Muy clara: la policía los persigue fuera, y ellos están dentro.

—Mas no podrán reunirse esta noche.

—Aun hemos de vernos esta noche.

—¿De veras?

—Por la madrugada.

—¿Y en dónde?

—Yo te llevaré, y los encontraremos.

—Mucho lo celebraria.

—Pues tus deseos se verán cumplidos.

Los que así hablaban no eran otros que Garduña y el Buitre, quienes habíanse encontrado en la plaza ó glorieta del paseo de las Delicias, que vá rectamente al canal del Manzanares, terminando en el puente titulado de Santa Isabel.

Tras de un banco de piedra hallábanse ocultos.

La noche estába oscurísima, y era difícil distinguir un objeto por cercano que estuviese.

Así es, que Pablo el cantero, cuyas pisádas sentian, pasó junto á ellos sin ser conocido.

—Uno se acerca,—esclamó el Buitre.

—¡Calla!

—Será alguno que baje á los molinos.

—Parece que anda con precaucion. ¿Si será Malospelos?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Ya debe estar dentro de Madrid.

Cruzó el cantero, y á los pocos pasos hubo de detenerse á consecuencia de haber descubierto una especie de procesion fúnebre, que alumbrada con dos faroles, subia por el citado paseo, y que en verdad, á otro mas aprensivo hubiera causado espanto.

—¡Mira!—dijo Garduña al Buitre:—por allí vienen los de la ronda.

—Y traen en medio una camilla.

—En ella conducen á Chorlito, cuyas heridas son graves; mandaron al hospital por la camilla y un cirujano, y ahora le llevan despues de haberle hechó la primera cura.

Iguales reflexiones se hizo Pablo, y los tres, cada uno en su sitio, sin ser descubiertos de nadie, oyeron lo que sigue:

—Tia Corneja, decia el comisario, si V. no calla la mandaré poner una mordaza.

—Es que yo soy inocente, señor comisario: es una injusticia que se me conduzca presa.

—V. sabe para qué estaban allí reunidos esos infames: V. es

sabedora de todos sus inícuos proyectos y encubridora de todos sus delitos. Yo cumplo mi deber: los jueces harán el suyo.

—¡Qué crueldad!

—¡Silencio!

—Por mi parte, señor comisario....—esclamó el ventero, á quien tambien conducian ante la justicia:—por mi parte.... ignoro lo que traian urdido esos malvados: en mi casa....

—En su casa de V. se albergan esos y otros criminales por el estilo.

—Señor comisario.... me calumnia V.

—¡Silencio!... Ya estoy cansado de oir sus mentidas lamentaciones.

La comitiva, que mas parecia un cortejo fúnebre, prosiguió su camino, y en pos de ella viniéronse á Madrid Garduña y el Buitre, marchándose hácia el ventorro el buen Pablo á ver si á don Juan habíale ocurrido alguna desgracia.

Cuando llegó á la puerta del ventorrillo convencióse de que Beltran iba efectivamente preso, pues su mujer estaba exhalando los mas lastimeros ayes.

—¡Teresa!—esclamó el cantero.

—¿Quién llama?

—Pablo.

—No sé quién sois: además estoy sola.

—Acércate; soy un amigo.

—Es que á Beltran se lo han llevado preso.

—Lo he visto, y lo siento en el alma.

—¿Y qué deseais? ¿A qué venís?

—A saber de otro amigo.

—¿De quién?

—De don Juan....

—¡Ah! sí.... marchó sin novedad con el tio Pepe el gitano.

—Pues nada mas deseaba saber. Adios, Teresa, que veas pronto á Beltran en tu compañía: ya haremos por él lo que podamos.

—Mil gracias: está inocente. ¿Y quién sois vos?

—Pablo el cantero.

—¿Eres tú, Pablo? Espera, y pasa si gustas.

—De ningun modo.... no sea que el diablo....

—Haz lo que quieras.

—Adios.

Y al regresar Pablo del ventorro llegóse á él, relinchando, el caballo del infeliz matutero, mas inútilmente se esforzó en cogerle, porque el animalejo, cual si deseara dar una prueba de su fidelidad, viendo que no era su amo, tornó á salir al galope, atronando el espacio con sus relinchos, y perdióse otra vez entre las sombras.

El cantero penetró en Madrid, aunque era ya tarde, resuelto á no irse á su casa sin probar fortuna, buscando á su querido y generoso don Juan.

Este habia visitado en aquellas horas á cierto personaje, á un caballero de alta posicion social, quien hubo de inspirarle gran confianza acerca del giro que llevaban sus negocios privados, y que ya sabremos, pero no así relativamente á la situacion de su idolatrada Aurora, víctima del fanatismo de sus consejeros y de la venganza y rencor de la baronesa.

VIII.

AURORA Y FERMINA.

Para la coordinacion ó enlace de los sucesos de esta noche, en la cual dá principio la série de novelescas y misteriosas aventuras de los personajes que ya conocemos, digamos lo que pasaba á las primeras horas en casa de doña Beatriz, madre de Fermina, y por consiguiente en la habitacion de la infortunada Aurora.

Esta y Fermina conversaban en un pequeño gabinete en voz tan baja, tan imperceptible, que mas parecia un rezo ó meditacion religiosa, que las dulces palabras de amor que de sus lindos lábios se despedian.

—Si es cierto, Aurora, què sientes por don Juan ese amor verdadero.... haces muy mal en traerle entristecido, espuesto á las mayores desventuras. Hazle una revelacion de tu fé amorosa, considérale inocente, júzgale segun se merece, y no bajo ese sombrío terror que te inspiró la baronesa, y entonces verás cómo cambia tu suerte y quizá la mia.

—Fermina.... ¿qué hablas?

—Yo tambien amo, Aurora.

—¿Y eres amada?

—Creo que sí.

—¿Y te juzgas dichosa?

—Me sonríe un porvenir de felicidad, que es causa de que olvide los rigores de nuestra situacion y todos nuestros infortunios.

—¡Fermina! ¡ay! ¡Fermina!... ¡y tan jóven!

—Si tú me declaras lo que sientes.... si te resuelves á ser franca.... en ese caso.... yo.... si no has de reconvenirme, si has de guardar secreto....

—¿Dudas de mi fidelidad?

—No desconfío, Aurora: me quieres mucho.

—Sí, Fermina.... porque eres mi única esperanza, mi ángel de consuelo.

Aurora estaba radiante de hermosura, si bien un tinte de tristeza decia que aun dudaba su corazon, que aun la incertidumbre inquietaba su espíritu.

Fermina deseaba oirla espresarse, para trasmitir sus impresiones á don Juan, ansiosa de poner término al martirio de los dos amantes.

Como entre dos buenas amigas no existen secretos, y mucho ménos en dos almas que simpatizan y se quieren desde la niñez, no es de estrañar que la jóven costurera fuese tan espansiva con Aurora.

Esta, despues de una breve pausa, como quien teme hacer público su sentir, habló de esta suerte:

—Oye, Fermina, voy á serte leal y franca: hace un año que observé á ese caballero seguirme á todas partes cuando veníamos del Conservatorio: despues, cuando íbamos á entregar las labores; y últimamente las tardes que destinábamos á la oracion en la capilla de Nuestra Señora de la Misericordia.

—¡Y nosotras sin advertir nada!...

—Tampoco yo supe tu amor.... si no me enseñas las tiernísimas composiciones de Julio del Valle.

—¡Si.... el amor es tan callado!...

—¡Tan misterioso!

—¡Y tan cruel!

—¡Y si no.... ya ves lo que yo sufro!

—Sigue, Aurora.

—Don Juan se me apareció en un instante felíz para él, digo para él, porque yo estaba triste, descorazonada.... sin esperar de nadie, escepto de vosotras, ni amor, ni amparo de ninguna clase. Se me presentó muy respetuoso, fino, delicado y cortés en demasía: desde luego hube de juzgarle un caballero....

—No es otra cosa.

—¡Ay! Fermina.... ¡en este Madrid hay tantos enmascarados!...

—Don Juan es un caballero.

—¿Y qué puebas tienes, Fermina, para asegurar que lo és?

—Ya las sabrás: continúa la historia de tu amor.

—Conservo todavía sus cartas.... llenas, al parecer, de entusiasmo, de fé, de sinceridad.... ofreciéndome un porvenir brillante.... y luego resultó el mas doloroso desengaño. Yo le correspondí.... le amaba.... porque sus maneras, su figura.... todo respira en su favor, todo predispone á creerle y amarle. Despues la horrible baronesa.... la mujer infernal que acibaró para siempre mi existencia.... que hirió mortalmente mi amor, supo inspirar tal odio hácia la imágen de mis sueños.... que creí amaba á un bandido.

—¡Jesus mil veces! Veo que eres mas asustadiza, mas cándida que un niño.

—Aun recuerdo las palabras de la baronesa cuando me arrojó al rostro el retrato de don Juan.... ¡Toma!—esclamó,—he ahí el retrato de tu amante, ¡que yo desprecio, que yo maldigo!... ¡Si crees que amas á un caballero, te engañas! Ultimamente, quien no tenga pudor podrá amarle. ¡Es uno de los mas viles seductores!... ¡quizá digno de tí!... Hoy yace en un calabozo... ¡corre y endulza sus penas con tus falaces caricias!

Así se espresó la baronesa, dejando en mi alma un martirio imperecedero.

—Sí.... mas todo se ha desvanecido.

—¡Me engañas, Fermina!

—¿Y me juzgas capaz de engañarte?

—Sin intencion.... creyendo que me dispensas un bien.

—Le hago justicia.

—¡Es tan oscura su vida!

—¡Has sido tú, Aurora, tan cruel!

—Mi honor....

—Nadie le ofende.... y menos quien te idolatra.

—¿Y qué sabes tú, Fermina?

—Lo he oido mil veces de sus lábios: y si le hubieras permitido hablarte: si te hubieras dignado escuchar sus disculpas, y probar su inocencia.... otra seria nuestra suerte; pero te has sepultado en ese profundo abatimiento.... en esa vida de contemplacion, que asemejas á una infeliz y angustiada penitenta. Ya es tiempo de que la luz de la verdad penetre en tu corazon y salgas de este mísero estado.

- Eres muy resuelta, Fermina.

—No soy tan cándida como tú: veo las cosas con menos escrúpulos.... ni abrigo ese temor, esa ridícula prevencion contra lo que es bueno, y que la fantasía exaltada te representa en medio de mil sombríos colores. ¿Amas á don Juan? ¿Le juzgas un caballero? Pues escúchale, y sal de esa incertidumbre, de ese triste estado que abate la salud y trastorna los sentidos. Si me permites.... si me autorizas....

—¿Para qué, Fermina? ¿Qué pretendes?

—Hablar á don Juan.

—¿Estás loca?

—Estoy en mi juicio.

—Aun no es tiempo: son necesarias grandes pruebas....

—Yo las tengo, Aurora.

—Me engañas...

—Nó, por Dios.

—Es imposible.

—Es muy fácil.

—¿De qué manera?

—Oye, Aurora: todo lo que rodea esta casa.... y guárdame el secreto.... es obra de don Juan.

—No entiendo: esplícate.

—Hice de tí una gran confianza: te he revelado mi amor á Julio.... hoy sabes que se halla perseguido por las malditas cuestiones políticas; hoy, á pesar de esta desgracia, le hemos visto en mejor posicion, mas elegante, más contento: pues bien.... si he de decir mi sospecha.... don Juan....

—¿Le conoce?

—Nó.

—Pues entonces....

—Se habrá valido de otra persona; y así como le hizo cambiar de porte.... le sacará tambien de esa desventura: yo confio mucho en don Juan.

—No sé por qué razon te inspira esa ciega confianza: envidio tu credulidad: seria feliz si yo le creyese tan bueno.

—Mira, Aurora, ¿quién ha relacionado á Julio con el curial don Lope Centellas, á quien hoy debemos tantos favores? ¿Quién favoreció á don Ventura Jeremías, á ese honrado caballero, padre de familia, cuya suerte era ayer tan desdichada? ¡Ya recordarás cuando fuimos á ver su niño.... aquel hermoso ángel, que sin el amparo de Julio y sin nuestra humilde proteccion, hubiera ido á la sepultura sin una pobre mortaja!

—Yo creo que don Ventura Jeremías se encuentra hoy tan pobre como en aquellas circunstancias.

—Te equivocas.

—¿Por dónde lo sabes tú, Fermina?

—Ha dicho el señor Centellas que ya tiene un empleo de ocho mil reales en una empresa particular.

—¡Cuánto lo celebro!

—Siquiera por su señora y sus niños.

—Tienes razon: ¡pobre señora!... ¡Infelices criaturas!

—¿Y á quién debe ese destino, esa nueva é inesperada felicidad?

—A sus relaciones.

—A don Juan.

—¿Tú lo crees?

—Lo puedo asegurar. ¿Y á quién debe mi prima Luisa el verse hoy notablemente solicitada por don Lope Centellas?

—Luisa es bella y amable.

—Sí, pero don Juan es la causa: porque don Juan relacionó á don Lope con Julio, y este le presentó en casa, y... por último, se enamoró de Luisa.

—Luego tú crees que don Juan...

—Sospecho que anda en todo, que mira por nuestro porvenir.

—Podrá ser...

—Es un duende.

—¡Qué dices, Fermina!

—Por Dios... Aurora... no te asustes: quiero significar que es astuto, diligente, emprendedor, como que le llaman Juan-Diablo.

—¡Jesus... mil veces!

—Así le nombraban cuando jóven, cuando era estudiante.

—¿Pero quién te ha instruido de sus antecedentes?

—No estoy del todo instruida de su orígen; mas puedo asegurarte, Aurora, que sus maneras y sus sentimientos revelan fina educacion y noble cuna.

—¡Ilusiones! En Madrid se finge hábilmente y se confunden todas las clases. No es decir que don Juan...

—Es un caballero, y debes desvanecer tus negras é injustas sospechas. Si le amas...

—Tú eres mas dichosa, Fermina, si bien te espones...

—¿A qué?

—A un desengaño.

—¿En qué sentido?

—Que el poeta Julio del Valle, en su triste posicion, ó alucinado por la política, descuida su carrera científica y no logra un estado feliz... y te veas desgraciada.

—Lo sufriré sin inquietarme.

—Tienes un bello corazon, Fermina: te sonríen plácidas ilusiones; no temes el porvenir; te deslumbran la popularidad y gloria del poeta: en fin, ¡todo lo ves de color de rosa! ¡Dios premie tu virtud!

—Al menos estoy libre de fantasmas y pueriles terrores: yo no sé cuándo has de aparecer alegre y risueña: ya es tiempo, Aurora: si me autorizas... mañana escribo á don Juan...

—¿Para qué? ¿Con qué objeto?

—El fin que me propongo es honrosísimo para él y favorable á tu quietud, para que de una vez desvanezcas ese negro temor que marchita y hace palidecer tu juvenil lozanía y á todas nos tiene en el mas amargo disgusto.

—Te ruego, Fermina, que no intentes semejante cosa; deja que el tiempo aclare su misteriosa vida, y entonces...

—Y entretanto sucumbirás de pesadumbre... ¡Qué niña eres!... Todo cuanto se permiten decirte la condesa de Montelirio y su confesor, salvas sus nobles intenciones, es una farsa infernal sugerida por la baronesa.

Aurora se entristeció hasta el punto de derramar algunas lágrimas.

—Si he de afligirte... me retiraré, Aurora.

Iba Fermina á salir del gabinete, cuando se presentó su prima Luisa.

—¿Qué haceis? las dijo. ¿Estais rezando? Siempre lo mismo: pareceis dos novicias.

—No es posible convencer á esta,—esclamó Fermina, cada vez mas cándida.

—Pues hace mal, y nos causa grave sentimiento.

—Pronto os dejaré tranquilas,—contestó Aurora llorando.

Las dos primas se conmovieron, y ambas se arrojaron en brazos de Aurora vertiendo lágrimas de dolor y prorumpiendo en estas esclamaciones:

—¡Nos abandonarás al fin!

—¡Y dices que nos amas tanto!

—¡Qué ingratitud!

—No es ingratitud... bastante habeis hecho por mí... justo es que ya descanseis de tantas impertinencias.

—¡Aurora!... ¡Aurora!—díjola Fermina, arrasados sus lindos ojos de tiernísimo llanto:—¡nos dejas... cuando yo imaginaba desvanecido tu error!...

A las sentidas querellas, á los tristes ayes de las tres jóvenes acudió Adela, hermana de Luisa, y las preguntó la causa de aquel súbito accidente.

Doña Carlota y doña Beatriz, en la mas profunda alarma, tambien las preguntaron desde el rincon del gabinete inmediato, en donde seguian, la una apurando su caja de rapé y la otra con su trisagio, pidiendo por sus hijas á todos los serafines de la córte celestial, por qué se entristecian y así alteraban la dulce quietud con sus gemidos y lastimeros lloros.

Salieron del gabinete de Aurora con el objeto de tranquilizar á las venerables ancianas, cuando sonó la campanilla, y Gabriela corrió á la puerta, creyendo fuese el curial don Lope Centellas, amigo de Julio, que frecuentaba algunas noches tan bella como virtuosa reunion, la que á decir verdad, le esperaba impaciente.

—¿Quién? preguntó Gabriela.

—Servidor.

—¿Quién es V?

—Gente de paz: no hayais temor alguno; abrid.

La voz no era del todo desconocida, y al mismo tiempo que grave era amistosa, de suerte que inspiraba confianza; y Gabriela, prévio el asentimiento de sus amas, franqueó la entrada

á un personaje que ya en otras ocasiones habíase presentado á la patriarcal familia.

—¡Señor don Lorenzo! esclamó doña Beatriz, saludando afectuosamente al que entraba.

—¡El capellan de la condesa! prorumpió interiormente Fermina.

Sorprendióse aquella honrada grey al ver á semejantes horas, poco mas de las siete de la noche, momentos despues de haber hablado con don Juan la hermosa costurera en los portales de Santa Cruz, sorprendióse, repetimos, contemplando al respetable sacerdote, que era en realidad el confesor de la condesa de Montelirio.

Auròra habia soñado aquella misteriosa aparicion; casi la deseaba.

Doña Beatriz juzgó que vendria de órden de la señora condesa, quizá á traerlas algun fino presente.

Doña Carlota se alegró porque deseaba preguntarle acerca de una solemne funcion que se proyectaba en las Calatravas.

Luisa y Adela dijeron para sí:

—Esto huele á confesion: Aurora está de enhorabuena.

Fermina auguró mal de la inesperada visita, y exhaló un suspiro de tristeza recordando á don Juan, á quien contra su intencion y buen deseo habia hecho alimentar lisonjeras esperanzas, relativamente al estado moral de Aurora.

IX.

GABRIELA.

—¡Chí!...

—¿Eres tú, Pulido?

—¡Te ibas sin saludarme!

—No te esperaba: como hace tres noches me dijiste que salias para Bayona...

—Suspendí el viaje: en mi lugar fué otro compañero.

—Pues agradece á una triste casualidad el verme á estas horas.

—No entiendo.

—He salido á la botica por tila y agua de azahar, porque á una de mis señoritas le ha dado un accidente.

—Algun *soponcio*... ¡éh! ¡Qué nerviosas son estas señoritas!...

—No consiento que hables mal de mis amas.

—Gabriela... estás muy casada con esa familia, que segun cuentas, parece una comunidad de colegialas.

—Es muy grande su honor.

—Por eso te dan tan buen salario.

—Mira, Pulido, son pobres... pero virtuosas... y tal vez un dia me recompensen.

—Fíate en la Vírgen...

—Por de pronto las debo educacion: hánme enseñado á leer, escribir, contar y á ser buena cristiana. Mis padres son pobres y ancianos, y no tengo otro porvenir que mis señoritas.

—Mejor fuera que mudaras de palomar y ganases otro salario.

—Lo que no vá en costuras...

—Así adelantaremos.

—Ya te dije que si has de hablar conmigo, ha de ser respetando á mis amas.

—Es decir, que yo...

—Tú eres...

—¿No soy tu novio?

—Si eres hombre de bien...

—¡Ahora salimos con esas!...

—¡Como sois tan volubles!...

—Yo, consecuente y firme.

—Lo veremos.

—Importa sobre todo que mudes de amos: vete á otra casa mas rica... que te recompensen bien, y para el dia de mañana...

—Por hoy no tengo tal pensamiento.

—Si quieres... yo mismo te buscaré una colocacion magnífica.

—Gracias, Pulido. Estoy perfectamente. Adios.

—Escucha, Gabriela.

—No puedo detenerme.

—El caso es...

—Estoy haciendo falta.

—¡Si vieses en qué apuros me encuentro!...

—Y bien, ¿qué deseas?

—Como no hice este último viaje... y además se halla mi tia

enferma... estoy aburrido... sin un cuarto; aunque de esta situacion saldré muy pronto: has de saber que voy á dejar el oficio de *delantero*.

—¿Pues no decias que ganabas tanto?

—Estamos muy espuestos: pasamos mucho frio, y luego el mayoral que ahora tenemos es hombre déspota y terrible.

—¿Y qué oficio piensas tomar?

—Mi tia es bastante rica... y quiere emplear un dinero en un buen carruaje de plaza, y dice que si yo me casase con una honrada mujer me entregaria el coche, mientras mi esposa pudiera ponerse al frente de una tiendecilla...

—No son malos proyectos.

—Sí... para mas adelante; pero en el dia... estoy desesperado.

—¿Por qué?

—Estoy sin un recurso, y quisiera...

—¿El qué?

—Si te fuese posible...

—Entiendo: no esperes que yo haga mas sacrificios: recuerda te ofrecí los únicos cien reales que me restaban de mis ahorros: los que de aquí en adelante pueda reunir los enviaré á mis padres.

—Es decir...

—Que yo mantengo vagos.

—Bien se conoce que estás entre...

—Vivo con gente virtuosa y no consentiré...

—Como que os visita Juan-Diablo.

—¿Qué dices, Pulido?

—Lo que todo el mundo sabe.

—¿Y quién es ese fantasma?

—El novio de Aurora.

—¡El novio de Aurora!

—No disimules...

—A fé de Gabriela, no entiendo lo que dices.

—¡Buen perillan está!

—Mil gracias, Pulido, por la noticia.

—¡Á él sí que á estas horas le habrán ajustado las cuentas!

—¿Pero qué intencion es la tuya, al venir con esas misteriosas amenazas?

—La de que mudes de amos, porque esas señoritas... serán virtuosas... no lo dudo... mas lo que hace por una...

—Por todas respondo yo, y falto á mi conciencia escuchando esas necedades.

—Simplezas ó nó, ya verás como á ese Juan-Diablo, novio de Aurora... cabeza de motin en España y en el estranjero, temible capitan de revolucionarios...

—¡Calla, Pulido!... No desatines... y que esta sea la última vez que me hables de mis honradas señoritas.

Gabriela, que venia á ser una *criada-modelo*, amparadora del honor de sus amas, fiel en el cumplimiento de sus deberes, laboriosa, honesta y agradecida, cualidades raras, hoy que los sirvientes, hablando en general, son todo lo contrario de Gabriela, porque el lujo, la imprudencia y el desvarío son hoy por desgracia los caractéres distintivos de esta clase, la buena Gabriela se retiró del *delantero*, del sagaz Pulido, con el corazon lleno de amargura y su mente trastornada por mil horrendas visiones.

¿Conque el novio de Aurora se llamaba Juan-Diablo y era tan temible?

¿Por dónde lo sabia Pulido?

Semejante revelacion hirió su alma, y temió por la infeliz Aurora.

Iba á penetrar en el portal de la casa, cuando un nuevo personaje se le aparece y dice:

—Gabriela.

—¿Quién sois?

—Don Lope.

—¿Es V., señor Centellas? ¿Vá V. á subir?

—Nó.

—Haceis bien: llegais en mala hora.

—¿Pues cómo?

—La casa está convertida en un mar de lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna de tus amas está enferma?

—Felizmente... nó.

—¿Cuál es entónces la causa de su pesadumbre?

—Lo ignoro: únicamente puedo manifestar á V., señor don Lope, que ha estado al oscurecer el capellan de la señora condesa de Montelirio, y en vez de lisonjeras noticias, debe sin duda haberlas comunicado novedades poco satisfactorias.

—Y no adivinas...

—Ni adivino... y aunque lo sospechara... ya conoceis que mi deber...

—Sé que eres honrada y aplaudo tu reserva; por esta razon he querido hablarte, pues no tenia ánimo de subir á saludar á tus amas, porque negocios graves...

—Sí, la persecucion de don Julio.

—Cierto.

—¿Y se verá pronto libre de sus perseguidores?

—No sabemos: ahora lo estoy yo tambien, sin otra causa que ser su amigo.

—¿Tambien V., señor don Lope?

—Sí, Gabriela; pero esto es un nublado pasajero; anúncialo así á la señorita doña Luisa, y á nadie mas, ¿lo entiendes?

—Descuide V.

—Te lo agradeceré.

—Y sin eso, ya sabeis que todo cuanto estiman mis amas, yo tambien quiero y respeto. Adios, señor don Lope.

—Escucha, Gabriela, un instante.

—No me detengais... estoy haciendo falta.

—Interesa mucho á tu honra.

—¡A mi honra!

—Sí, Gabriela: por lo mismo quise hablarte.

—Y qué puede ser...

—Oye: estabas conversando con...

—Es un jóven...

—Sí, no te sonrojes...

—¡Por Dios, señorito... no me descubrais!

—Confia en mi prudencia; pero no es precisamente lo que tú sospechas... yo á nadie diré una palabra.

—¡Sois tan bueno!...

—Ahora hago contigo el oficio de un buen padre.

—No comprendo.

—Ese jóven con quien hablabas... será...

—Mi novio.

—Me alegro que seas tan esplícita y tan sincera.

—Es un *delantero* de diligencias...

—Ni delantero, ni zagal... ni...

—¡Qué decís! ¿Le conoceis, señor don Lope?

—Ese muchacho es un...

—¡El qué!...

—¡Un truhan!

—¿De veras?

—Un vago.

—¿Hablais sériamente?

—Es un espía.

—¡Dios de Israel!

—¡Es un malhechor!

—¡Justos cielos!

—El cielo ha querido salvarte, y dale gracias porque os he descubierto: si no, quizá hubieras sido víctima de un malvado.

—¿Pero lo decís con toda formalidad?

—Me juzgas indignamente, Gabriela.

—Como sois tan de buen humor... señor don Lope...

—Ahora no estoy para bromas: si continúas tu relacion con ese hombre... te pierdes. Eres libre para hacer lo que gustes. Adios.

—¡Ay! don Lope de mi alma... ¡Esperad.. desengañadme... os lo agradeceré toda la vida!

—Pues bien: ese es un tal *Garduña*...

—¡Garduña!

—Sí, Gabriela.

—Os habeis equivocado.

—Tú sí que estás en un error... ¡pobre de tí!

—¡Si se llama Pulido, y es delantero de diligencias!..

—Ni lo uno, ni lo otro.

—¡Vírgen María!

—Como ese hay muchos, que seducen á las infelices criadas, las esplotan y las hacen cómplices de los crímenes contra sus amos.

—¡Qué infamia! ¡Será posible!

—Te ha traido engañada.

—Hombre vil...

—No te aflijas... debes alegrarte...

—Le queria un poco... mas con esos informes, os juro que voy á tenerle un eterno aborrecimiento.

—¿Y qué te decia?

—Mil proyectos lisonjeros... mil promesas...

—Todo es un puro engaño.

—Lo que siento es...

—No debes sentirlo.

—Es que me sacó cien reales y un pañuelo de seda.

—¡Infeliz!

—Si yo hubiera sabido lo que me contais... aunque mucho estrañaba sus compañías: habeis de saber que una sola tarde que fuí con él de paseo, acercáronse á saludarle unos hombres de tan mala facha...

—Sus amigos .. pues... sus compañeros de trapisondas y maldades. Sírvate de escarmiento, ¡y mucho cuidado con los novios!

—Lo que yo siento es que se ria á mi costa: ¡pobres cien reales!...

—Te ofrezco que ha de devolvértelos.

—¿Sí?

—No lo dudes.

—Ya se vé... como sois de justicia...

—No soy autoridad, pero se hará de modo que los recobres.

—¡Cuánto se lo agradeceria á V., señorito!...

—Por de pronto despídele, y deja lo demás á mi cuidado.

—Lo que interesa es que nada diga V...

—Descuida, Gabriela, y en adelante no seas tan crédula.

Don Lope marchó al café en busca del poeta Julio del Valle, y entretanto sigamos á la infeliz criada, que con el corazon lleno de amargura tuvo con Aurora la siguiente conferencia, causando, sin saberlo, honda pena en el alma de la atribulada huérfana.

Garduña, el fingido zagal de diligencias, partió para la taberna del Mirlo, en donde ya le hemos encontrado con su digno gefe el *Buitre*, y despues en las afueras buscando á *Malospelos*, el *Nene* y *Cortácaras*.

Aun los encontraremos á todos en los sucesos de esta misma noche, y por sus planes sacaremos en consecuencia la relacion que algunos de ellos tenian con ciertos personajes de nuestra novela.

X.

LA REVELACION.

Cuando subió Gabriela encontró á la familia en un conpleto y lamentable abatimiento.

Doña Beatriz se enjugaba las lágrimas.

Fermina, su hija, recostada en su sillon, con la cabeza sobre el pecho, derrando amarguísimo llanto; y sus primas Luisa y Adela, retiradas junto al velador, en la actitud mas triste, como quien está próximo á esperimentar una gran pérdida.

Doña Carlota, su señora madre, daba vueltas á su rosario, pero estaba mas tranquila, aunque solia exhalar alguno que otro suspiro.

Aurora permanecia aislada en su dormitorio, pero mas abatida y meditabunda que el resto de aquella noble y estimable familia.

Gabriela se disculpó de su tardanza, y aprovechando una ocasion, dió el recado á su señorita doña Luisa, el mensaje que la confió el curial Lope Centellas.

Despues pasó á servir una taza de tila con agua de azahar á la infortunada Aurora, y esta la dijo:

—Hoy no tenemos leccion, Gabriela; me dispensarás por esta noche.

—Señorita... harta pena me causa el ver á V. tan sombría y melancólica; alíviese V., que ya continuaremos nuestras lecciones.

—Las continuarás con la señorita doña Fermina... que yo... tal vez...

Y Aurora lanzó un profundo suspiro.

Gabriela dudaba si decirla el lance del novio, porque luchaba con su pudor, ó si callaria aquella circunstancia de haber preguntado por Juan-Diablo, cuyo caballero sabia Gabriela que era el prometido de Aurora.

Fermina habíala encargado la mas absoluta reserva, y temia contravenir á esta órden.

Por otra parte, la sospecha de si Fermina estaba tambien engañada por don Juan, y las consecuencias que pudiera traer semejante alucinacion, la impulsaron á instruir á Aurora de lo que por una casualidad habia descubierto.

Vencido el temor y disculpando su proceder con el noble deseo de prestar un honroso y humanitario servicio á la virtuosa huérfana, se espresó en estos términos:

—Mucho me afligen vuestras penas, señorita.

—Gracias; pronto, si Dios no dispone otra cosa, tendrán fin, Gabriela.

—El cielo os dé tanta ventura como mereceis.

—Confío mucho en el cielo; despues de las personas que me rodean, que amo tanto como á mis padres, solo en Dios tengo confianza.

—Haceis bien, señorita; en nadie, sino en Dios, podemos confiar.

—Así es, Gabriela; y mucho mas yo, que perdí á mis padres siendo muy niña, y no tengo amigos ni otras relaciones que las que has visto.

—¡Bueno está el mundo para relaciones con nadie!

—Sí, hay mucha maldad.

—Y mucho fingimiento, señorita.

—Por desgracia sucede lo que dices.

—Si no respetara el disgusto que habeis sufrido...

—Ya estoy mas tranquila: el caso es que me afecto mas por lo que sufre la familia que por mis propios rigores.

—Teneis un alma de ángel.

—No merezco tan alta distincion, Gabriela; tú eres honrada, y nos quieres mucho, y eres religiosa y honesta; continúa en tus buenas costumbres, y Dios te dará el premio.

—Estamos tan espuestas...

Aurora suspiró conmovida, sin duda por algun amoroso recuerdo.

—¡Suspirais... señorita!... Si yo os contase una cosa...

—¿El qué?

—Si me dais palabra de no decirlo...

—Siendo cosa que deba callar, guardaré el secreto.

—No sabeis lo que me ha pasado.

—¿Á tí?

—¿Y quién está libre de verse engañada?

—¡Tú engañada!

—Hablad mas bajo.

—Gabriela, ¿qué vas á contarme? Advierte que no soy aficionada á vulgares hablillas, ni á insustanciales cuentos, que así desdoran y ofenden á quien de ellos hace narracion, como á quien los escucha.

—No son cuentos, señorita, es lo que me pasó hace media hora.

—¿Algun susto en la calle?

—Oíd, si gustais, mas no me reconvengais luego... mis intenciones son las mas santas en favor de V. y de toda esta noble y respetable familia.

Aurora no adivinaba por dónde habia de salir Gabriela, y escitada su curiosidad y deseosa al mismo tiempo de distraerse,

indicó que podia sin temor alguno referirla cuanto la hubiese ocurrido.

—Puesto que me dais licencia... voy á referir mi desventura. Yo, juzgándole hombre de bien, he admitido la palabra, he hablado algunas veces con un jóven, ¡Dios me confunda si no le creí hombre honrado! Pues señor, este novio resulta...

Aurora sintió encenderse su rostro con la memoria de don Juan.

—Si habeis de alterar vuestra quietud...

—Nó, Gabriela; sigue.

Aurora fingió tranquilizarse, pero interiormente recelaba un disgusto.

—Pues como decia,—prosiguió la candorosa Gabriela,—mi novio resultó ser un bandido.

—¡Un bandido! esclamó Aurora aterrorizada.

—¡Un malhechor... un vagabundo!

—¿Y de qué manera lo has descubierto.

—Dios, que se ha dignado favorecerme.

Aurora empezó á sentirse aquejada de una fuerte emocion, recordando á don Juan y la fatalísima coincidencia de los amores de la criada.

Gabriela continuó de esta suerte:

—Decia que Dios se manifestó misericordioso conmigo, y en verdad que así ha ocurrido, mandándome á un mensajero que me advirtiese del grave daño á que mi honra esponia. Hallábame hace media hora hablando con un jóven, y vea V. aquí que se presenta don Lope Centellas, el... pues... el amigo de don Julio del Valle, y cuando se retiró mi novio me dijo: «Ese con quien hablabas es un malvado... ¡Desgraciada de tí, Gabriela, si no le despides... y le arrojas lejos de tu compañía! Y ¡pobre de mí! yo le juzgaba inocente... Como que se fingió zagal de diligencias, y una vez se presentó con un brazo roto... llorándome su desventura.

—¡Infeliz Gabriela! No llores...

—Sí, pero V., señorita de mi alma... tambien llora.

—Me conmueve tu infortunio.

—Como á mí el vuestro.

—El mio es pasajero.

—Para que vea V. que no le desconozco, y que trato de favoreceria en lo que me es posible...

—¿Qué vas á decir? ¿Sabes lo que te hablas?

—Aun falta lo mejor, digo lo peor, puesto que se refiere á vuestra situacion, señorita.

—¿A mí?

—A V., sí, señora.

—No discurro...

—Oíd: el bandido, á quien yo tenia por un buen muchacho, y con quien hablé algunas veces, me preguntó...

—¡Gabriela!

—Si os vais á incomodar...

—¿Por quién te preguntó?

—Por un sugeto que dicen ha sido vuestro amante.

—¡Es posible!

—Es verdad, señorita... y tan verdad como hemos de morirnos.

—¡Jesus mil veces!

Aurora se levantó y empezó á pasearse, latiendo su pecho con violencia y dando señales de un estraordinario martirio.

—¡Jesus y qué coincidencia!—repetia la infeliz Aurora.

—Hablad bajo, señorita... pueden oirnos.

—Vete, Gabriela... déjame... estoy afectada con tu relacion.

—No he concluido... me preguntó si concurria á esta casa un... un... Juan-Diablo, y que era vuestro amante, el cual habia de pagar pronto sus culpas... y qué sé yo... cuántas otras amenazas...

—¡Silencio, Gabriela! ¡Vete... y déjame!

—El caso es que yo no quiero remordimientos de conciencia. Yo conozco á ese Juan-Diablo...

—¡Tú!

—Sí, señora.

—¿Y de dónde?

—Le he visto hablar con la señorita doña Fermina.

—¿Cuándo?

—Varias ocasiones... al oscurecer... hoy mismo...

—¡Hoy mismo!

—Sí... esta noche... Y la señorita doña Fermina debe tambien estar engañada por ese hombre.

—¡Dios mio... tened misericordia de mí!

A esta esclamacion de Aurora siguió un hondo suspiro, y la infeliz cayó sobre la silla con un trastorno mental completo.

Gabriela dió un fuerte grito, empezó á llorar, y toda la familia, alarmada, llegóse á socorrer á la triste Aurora, víctima de un cruel accidente.

Sin saber lo que se hacia, causó Gabriela un espantoso desórden entre aquella angelical familia, desórden cuyas consecuencias narraremos en los siguientes capítulos, trastorno, en fin, que cubrió á la sin ventura Aurora de horrible luto y al cacallero don Juan del Castillo de un pesar y desesperacion, tan trascendentales, que se juzgó infeliz para siempre, sin otra esperanza que un triste recuerdo, sin otro alivio que sus lágrimas.

XI.

LOS TRES AMIGOS.

El curial don Lope Centellas dirigióse al café en busca del poeta Julio del Valle, pero justo es que digamos lo que le ocurrió en su casa.

Habia ido cerca de oscurecer, y cuando pidió la comida, díjole una vecina que cuidaba de su asistencia, pues ya recordarán nuestros lectores que Centellas vivia solo, y que una vecina era su ama de gobierno:

—En lugar de comer, haríais muy bien en marcharos, señor don Lope.

—¡Calla! ¿No habeis dispuesto la comida, señora Ursula?

—Está dispuesta, pero temo...

—¿Que me haga daño?

—Que se os indigeste.

—Vaya, estais de broma.

—Estoy llena de ira, y vos teneis la causa de mi desazon.

—Esplicaos, señora Ursula, pues parece que os formalizais.

—El asunto no es de risa.

—Pues hablad.

—Habeis de saber que han registrado vuestra habitacion.

—¿Quién?

—La policía.

—¡La policía! ¿Y qué buscaba?

—Unos papeles.

—¿Proclamas?

—Un romance.

—¿Yo romances? ¿Pues soy yo algun ciego?

—Usted lo sabrá: lo cierto és que todo lo registraron.

—Lo gracioso, lo grande seria que hubieran dejado algun maldito papel que pueda comprometerme, porque mas de una vez la policía ha ido á casa de honrados ciudadanos y puesto sobre la mesa ó en alguna rinconera, lo que aparentaban buscar, y despues en la segunda visita los han conducido presos.

—Aquí nada han dejado ni se llevaron cosa alguna, porque yo estuve muy lista y observaba sus acciones, y eso que era gente... ¡Válgalme Dios qué gentecilla... y qué facha!... Mas se asemejaban ó parecian bandoleros de Sierra-Morena, que autoridades.

—Esos no son autoridades; son simples agentes de la autoridad.

—Venian con sombreros gachos, trabucos... pistolas...

—¡A casa de un pobre curial!...

—Vos sois culpable, don Lope.

—¿Qué entiende V. de política, señora Ursula?

—¿Qué entiendo? No le dije á V. que la visita de aquel poeta...

—El poeta es un caballero...

—No lo dudo... mas como es *político*...

—Es lo que debe ser, y á nadie le importa.

—Sí, pero su compañía os ha perjudicado.

—Su amistad me honra.

—Como dicen si es ó no es de ideas....

—Sus ideas son las mias: ideas nobles y libres, aunque ambos, como lo sabe todo el mundo, somos hombres pacíficos.

—¡Buena paz te dé Dios!... ¿Por qué le buscan?

—Los agentes de la autoridad obran á veces sin saber lo que se pescan; mas valdria que persiguiesen á los verdaderos criminales, y limpiaran á Madrid de esa plaga de hombres inmundos que bullen por todas partes (1).

—Cuando los ministros lo mandan...

—Mire V., señora Ursula, los ministros de hoy se divierten bailando, triunfando é invirtiendo cuantiosos tesoros en festines, mientras á la honrada sociedad la hacen bailar en una maroma. Vaya, sírvase traerme la comida, y no se mezcle en asuntos sérios, es decir, de política, porque á las mujeres las está mejor su natural ocupacion, por ejemplo, el hacer media ó asear la casa.

—Es que yo tambien entiendo de política: mi marido, que en paz descanse, fué del 7 de julio... y mis padres, y mis tios... y mis hermanos...

—Por Dios, señora Ursula... déjeles V. en paz, y á mí tambien: sírvame la sopa; tenga V. compasion de mi pobre estómago, todo el dia contra el bufete...

—Lo que interesa es huir de malas compañías.

—Yo haré lo que exijan mi honor, mi opinion y mi clase: hemos concluido. Ahora dígame V., ¿se han llevado la escopeta?

—Nó, señor.

—Milagro.

—Venian en busca de unos papeles.

—Hubiera sentido mucho que se llevaran la escopeta, pues aunque ignoro quién me hizo este obsequio...

—Esa es otra... la escopeta y el perrito... no sabeis de dónde proceden, y Dios no permita que mis pronósticos...

—El perro y la escopeta los debo sin duda á la generosidad de algun amigo, á quien yo tal vez habré servido antes, y por

(1) El lector recordará que nos referimos á otras épocas de funesta memoria. (*N. del A.*)

no ofender mi delicadeza, hízome este fino regalo sabiendo mi aficion á la caza.

—Dios quiera que á V. no le cacen...

—Señora Ursula, déjese V. de tristes agüeros: ¡la sopa! ¡la sopa!...

El alegre curial comió, tomó la llave, y fuese al villar de cierto café, en donde le esperaban sus dos amigos, el poeta Julio y don Ventura Jeremías.

Estaban estos dos en un rincon, el mas apartado y oscuro del villar, conversando tranquilamente, cuando se presentó Lope Centellas y les refirió el lance de la policía y la terquedad y simpleza de su patrona.

—Pues yo tambien estoy perseguido, señor don Lope,—esclamó don Ventura.

—¡V. tambien!

—Sí, amigo Centellas,—dijo el poeta Julio del Valle.—Vuestras persecuciones me traen mas disgustado que las mias, porque soy la causa inocente de vuestro infortunio.

—¿Y qué remedio?

—Teneis razon: paciencia.

—Mira, Julio,—observó Centellas,—este es un nubarron pasajero: mañana quizá estemos libres de asechanzas: convencidas las autoridades de nuestra inocencia... nos dejarán á nuestro albedrío; pero una vez que conocemos la causa, no insistas en esa manía de satirizar á los que se rien de la crítica, porque están á una altura á la cual no alcanzan los inocentes disparos del ingenio.

—Igual observacion habíame yo permitido, señor Centellas,—añadió don Ventura Jeremías; y luego prosiguió:—Oíd, amigo Julio: sois aficionado á las musas, teneis un alma elevada y un genio independiente; pues bien, os esponeis á muchos azares y contratiempos. ¡Cuidado con las *sátiras* contra los cortesanos! Recordad lo que pasó al incomparable Quevedo. ¿Habeis leido su famoso romance contra el Conde-Duque? Es una cosa

magnífica. ¡Qué bien describe la situacion precaria de los pueblos, la esclavitud del rey Felipe IV ante los caprichos del insolente valido, la usura... la estafa y la codicia de ciertos personajes! En fin, dibuja admirablemente el cuadro de aquella sociedad, y no sorprende que el Conde-Duque de Olivares, á quien hirió tan hábil pincelada, se vengase del gracioso poeta del modo que lo hizo. Habreis leido que el célebre Quevedo fué encerrado en el convento de San Márcos, en Leon, y á no ser por la caridad de algunas almas piadosas, hubiera perecido de hambre y de miseria; pero sofocó una terrible enfermedad un cruel martirio. Ya sabreis que los esbirros le arrebataron una noche del palacio de los duques de Medinaceli.

—Todo eso está bien, señor don Ventura; mas los tiempos, las circunstancias, las leyes... no son las mismas,—replicó el poeta Julio del Valle.

—Las circunstancias no serán las mismas, pero es lo cierto que hoy estamos perseguidos, ni mas ni menos que en los tiempos del Conde-Duque: lo mejor será que no escribas *sátiras*.

—Te ofrezco no escribir otra, amigo Lope, y dispensadme que sea la causa de vuestro sufrimiento.

—Por mi parte... estoy tranquilo,—interrumpió don Ventura;—únicamente mi señora se afectó estraordinariamente, y de tal modo, que no me permitió entrar en casa. Mis niños tambien han llorado mucho.

—Señores,—dijo el poeta,—me enternece vuestra situacion: os doy gracias por vuestras leales advertencias y saludables consejos: podeis estar seguros de que no comprometeré mi libertad ni la quietud de nadie por medio de sátiras contra los cortesanos, aunque poseyese una inspiracion tan rica, un númen tan brillante como el del inmortal Quevedo. Si alguna vez recurro á las musas, si alguna vez escribo en verso, será para mitigar el rigor que sufre mi espíritu, ó trasmitir mis dulces sentimientos á la vírgen de mi amor y de mi esperanza.

—El amor es otra cosa... pero la política...

—Teneis razon, señor don Ventura: la política es un torbellino que arrastra á los incautos y seca todas las ilusiones: es un huracan que abrasa la vida, despertando en el corazon una inquietud irresistible.

—Por fin, los que esplotan ó han esplotado la política, santo y bueno que se comprometan... pero un pobre estudiante, que piensa de buena fé, que á nada aspira... pierde el tiempo, se sacrifica, y favorece la ambicion de otros hombres mas hábiles, que aprovechan las mas insignificantes ocasiones ó coyunturas para su propio engrandecimiento.

—Dices bien, amigo Lope... ¡y si yo te contara!...

—No lo cuentes, pues lo sospechamos: tú has sido eco de la intencion de algun magnate, que hoy se rie de tu desgracia, y quizá ha logrado su objeto: el hacer que rabie y sufra algun otro poderoso rival, algun ministro...

—Justamente.

—Lo habíamos sospechado.

—Así es, don Ventura.

—¿Y qué necesidad tenias tú, amigo Julio,—dijo el curial don Lope,—de venir disfrazado de piés á cabeza, sin ser un delincuente, privándote del estudio, de tus habituales distracciones... de tus amigos, y causar á estos un insoportable disgusto? Haz caso de nuestros consejos: la política es para quien la esplote: además, la revolucion hizo ya sus conquistas: la principal fué la gran reforma de la *desamortizacion*, que muchos han sabido aprovechar de un modo admirable: en cuanto á *hechos*... los pobres nunca tendremos derechos ni para votar, ni para nada, por mas que algunos sean genios eminentes, y los otros seamos hombres de bien, amigos de la virtud y del trabajo.

—Dobla la hoja, querido Centellas: renuncio á escribir *sátiras*, y todavía mas; á ser instrumento de agenas ambiciones.

—No hablemos de ese enojoso asunto, y oigan VV. una maravilla, un milagro.

—Hable V., señor don Ventura.

—Recordarán VV. mi situacion de hace unos dias: pues al siguiente de haber merecido á don Julio el inolvidable y nunca bastante bien apreciado favor de dar sepultura á mi niño...

—Don Ventura,—dijo el poeta,—no recordeis un rasgo humilde, pero sincero, de mi verdadera amistad, porque mas os mereceis.

—Gracias, Julio: el favor de V. y el de las bellas señoritas Aurora, Fermina, Luisa y Adela, que amorosamente le amortajaron adornándole con tanto primor... ni mi esposa ni yo le olvidaremos nunca.

—Don Ventura, no vayais ahora á entristecernos con dolorosos recuerdos.

—Tampoco olvidaré vuestra fina y tierna atencion de acompañarme en tan aciago dia, señor Centellas.

—Cuéntenos V., don Ventura, lo del milagro.

—Precisamente iba á ese objeto; porque sin duda todo está en relacion, al menos así lo creo.

—Podrá ser.

—Oigan VV.: mi situacion era entonces desesperada, sin que vislumbrase un rayo de consuelo por ninguna parte: mi familia... en fin, ya la vísteis... además... despedido de la casa... por último, en una angustia indecible. En tal estado, y despues de la muerte de mi pobre niño, pensaba retirarme, aun sin despedirme de VV... pensaba alejarme de Madrid, donde al través del lujo, la disipacion y la elegancia, se vé, ó se trasluce mucha honrada pobreza, grandes infortunios, porque en Madrid la virtud, la modestia, el recogimiento, la honestidad, el recato y otras escelentes cualidades que yo no poseo, pues seria vanidad decir otra cosa, de nada sirven; al contrario producen, la desesperacion y la miseria.

—Aquí es preciso mucha audacia: en la córte viven únicamente los desvergonzados, es decir, los audaces, que todo lo atropellan por realizar sus ambiciosos fines.

—¿Y sucede así en todas las clases, amigo Centellas?

—Pues claro es, Julio; en todas las clases.

—Razon tienen VV., señores.

—Prosiga V., don Ventura.

—En tal situacion, queridos amigos, era inevitable mi alejamiento de la córte. Mas no sé por quién, no adivino qué deidad benéfica, qué ángel se declaró en mi auxilio, que al dia siguiente del lúgubre suceso que he recordado, se me presentó un sacerdote, y llamándome aparte me entregó una cantidad decente... y no solo dinero, sino que me mandó ir á la direccion de cierta empresa particular, en donde estoy colocado con ocho mil reales.

—¡Bien... don Ventura!

—¡Me alegro!... ¡Pardiez! Si pudiésemos averiguar quién era vuestro protector, iríamos á rendirle nuestro agradecimiento.

—No han querido revelarme su nombre: por delicadeza no insisto en preguntarlo... mas Dios permitirá que al fin lo sepa y le manifieste mi gratitud y la de mi esposa y mis hijos.

—Debe ser un honrado caballero.

—Segun indicios, es una señora.

—Alguna ilustre dama.

—Lo ignoro: Dios premie su filantrópico proceder: por mi parte, le viviré eternamente reconocido.

—Lo merece.

—Al menos ya tendreis un medio decoroso de salir de graves apuros.

—Eran terribles, don Lope.

—Oigan VV. ahora,—esclamó el curial,—lo que me ocurre, que tambien es misterioso.

—Sepamos.

—Por mas conjeturas en que me devano los sesos, no puedo adivinar quién se habrá servido favorecerme enviándome una rica escopeta belga y un hermoso y jóven perdiguero, pues aun-

que he corrido la lista de los que traen negocios en mi despacho, ninguno es capaz de obsequiarme tan galanamente como el incógnito favorecedor á que me refiero.

—Señores, —añadió el poeta Julio del Valle,—yo tambien estoy favorecido de una manera tan misteriosa como espléndida. Yo no contaba hace cuatro dias ni con mi traje de calle, ni con dinero para la matrícula, ni con recursos para la patrona: en una palabra, carecia de techo donde albergarme, y mi estado era peor que el de una humilde alondra, que bajo un terroncito de tierra pasa la noche y en cualquier sitio halla el pobrísimo alimento que necesita.

—Al fin sois un poeta.

—Un pobre decente.

—Un hidalgo.

—El mundo cambia: es decir, las familias tienen tantas mutaciones como cambios esperimenta la atmósfera. Yo nací rico; hoy soy pobre: antes pasaba por un señorito elegante de provincia: en Madrid soy un *quidam*, una sombra que vaga en el espacio sin ser apercibida por nadie.

—Ya teneis popularidad, Julio.

—Valiera mas que no la tuviese.

—No dices mal, Lope.

—Si la popularidad ha de producirte lo que hoy sufres y lo que por ella sufrimos tus amigos, permanece oscuro, y al menos te dejarán en paz.

—Os decia, señores, que en tan aflictivo estado, con la única esperanza de la publicacion de algunos folletines... me ví en el caso de hacer un disparate; mas la suerte cambió de rumbo, y he aquí, señores, que al salir de la Universidad me dá un golpecito en el hombro un señor muy respetable por sus canas, por su aspecto y sus maneras. Le seguí atento, y despues de aconsejarme honrosamente recomendando las buenas costumbres, la presencia contra ciertas compañías, el odio al juego, la aversion á los partidos políticos, cuyas luchas solo sirvieron,

segun cuenta la historia, para engrandecer á multitud de *farsantes*, me entregó unos billetes, con cuyo importe satisfice mis créditos, y así dispongo de recursos para algun tiempo, si es que VV. no lo necesitan, porque es escusado decirles que á su disposicion quedan desde ahora.

—Por mi parte, don Julio... mil gracias: harto habeis hecho...

—Señor don Ventura, no insistais en recordar un acontecimiento que nos conmueve á todos. Yo hice mi deber, y nada mas.

—¿Y no adivinas, Julio, quién puede haber sido ese anciano? Quizá sea relacion de tu familia.

—Podrá ser, amigo Centellas.

—O alguno de esos personajes políticos, que por premiar tu ardor patriótico...

—Seria mucha virtud en los ambiciosos, y por mi parte no se la concedo.

—Haces bien: hoy estás perseguido y ninguno te busca para favorecerte.

—Antes huyen el compromiso...

—Que os sirva de escarmiento.

—Así será, amigo don Ventura.

A este tiempo se acercó un desconocido, y Julio tembló de piés á cabeza.

Observada su emocion por el curial Lope Centellas, le preguntó este:

—Qué... ¿te asustas?

—No es fácil que os conozcan,—añadió don Ventura.

—Ese hombre que se acerca me inspira desconfianza.

—¿Y por qué razon?

—Me mira atentamente.

—Es que pareces al abate Pirracas, segun vas de raro en tu nueva figura.

—Lo mejor seria que nos marchásemos de aquí.

—¿Y á dónde vamos?

—Ninguno podemos ir á casa.

—¿Ni V. tampoco, señor don Ventura?

—No quise afligiros... pero la policía tambien me buscó esta tarde, y es prudente, ínterin desvanecemos tan infundada sospecha, huir de nuestros perseguidores.

—En ese caso nos espera una noche borrascosa.

—¿Por qué razon, señor Centellas?

—Muy sencillo: no podemos ir á nuestras casas: no queremos comprometer á ninguna de nuestras relaciones... luego nos veremos precisados á vagar por esos mundos de Dios toda la noche: yo estoy porque nos vayamos á una buñolería.

—Capricho estravagante.

—Y qué quieres, Julio: peor es que suframos el frio, y...

—En parte dice bien don Lope: allí no aparecemos sospechosos... y mañana....

—Allí habrá gente *non sancta*... y nos espondríamos á salir con las manos en la cabeza.

—Iremos, si parece á VV., á una buñolería que se halla en un distrito del cual es comisario un amigo mio, hombre sensato y que no persigue á nadie por opiniones políticas, pues solo cumple su deber persiguiendo á los malhechores. Allí estaremos seguros: yo respondo.

—Mira, Centellas, tu plan no es del todo malo; pero ya sabes que en esos garitos se reune á *última hora* gente de travesura, de no muy sanas costumbres, y correremos peligro de presenciar escenas que me repugnan.

—Los poetas sois muy asustadizos.

—Yo, señores, haré lo que VV. dispongan: á mi casa no voy á dormir, porque así lo he ofrecido á mi familia.

—Os distraereis, don Ventura: una mala noche cualquiera la sufre.

—Oye, Centellas: si no tienes inconveniente, vendrás conmigo, y nos acompañará tambien el señor don Ventura, á casa de mi buen amigo el bachiller Perez de Rojas, que todas las se-

manas celebra una reunion de confianza, de escelentes amigos, la mayor parte literatos y artistas.

—¿Y qué papel voy yo á desempeñar en ese círculo de tantas letras?... Es verdad que yo tambien escribo, y copio escrituras, testamentos, informes, inventarios, y lo que es á letras pocos harán tantas como este humilde curial... pero si la reunion es pura y simplemente literaria...

—Hay de todo; se lee, se escribe, se conversa, en fin, se critica...

—¡Ah! si hay murmuraciones...

—Se satirizan ciertas costumbres, y se pasa el rato, como suele decirse.

—Por lo menos semejante reunion es decorosa é inofensiva. Si me honrais presentándome...

—Desde luego, señor don Ventura: iremos al *Té literario* del bachiller Perez de Rojas.

—Como gusteis, amigo don Julio.

—Estoy á tu disposicion.

—Señores, aquí estoy con inquietud: ese hombre que se ha sentado enfrente nos observa cauteloso y suspicaz.

—Pues su traza no me inspira siniestros recelos.

—Opino como V., amigo don Julio. Marchemos.

Iban á salir del café, cuando un desconocido detuvo al poeta.

Este y sus compañeros esperimentaron la mayor sorpresa, y cada cual, segun su espíritu, interpretó la aparicion de aquel estraño personaje.

XII.

UN PLIEGO CERRADO.

—Caballero,—dijo el desconocido llamando al poeta. ¿Sois don Julio del Valle?

Dudó en contestar... interponiéndose el curial don Lope Centellas y despues don Ventura, contestó el primero:

—Y á V., ¿qué le importa?

—A mí... nada... al señor... mucho.

—El señor viene equivocado,—observó friamente el poeta.

—No vengo equivocado, aunque quise cerciorarme. ¿Sois, ó no sois la persona cuyo nombre acabo de pronunciar?

—Y aunque lo fuere... á V., ¿qué le interesaba?

—Repito que á V. es á quien interesa.

—Y V., ¿quién es?

—Un caballero.

—¿Es V. autoridad?

—Ni lo he sido nunca.

—Perdonadme si os califico de curioso.

—No es por curiosidad... y sí con objeto diferente del que juzgais.

Todavía permaneció indeciso el poeta, sin atreverse á revelar

su nombre. Por último, al ver que el desconocido sacaba un pliego, é hizo ademan de entregárselo, hubo de decirle:

—Me sostengo en la idea de que venís equivocado.

—¿Y en qué os fundais para discurrir así?

—Ese papel...

—Este papel os interesa: me han dado la comision de entregároslo.

—¿Y quién?

—Lo ignoro.

—Imposible.

—Lo que no me es posible es instruiros de otra cosa; tomadle, y quedaos con Dios.

Julio aceptó el pliego, tornaron á entrar en el café, y con tanta sorpresa como alegría leyeron una órden de la autoridad superior política de Madrid para que al dia siguiente se presentara el poeta en su despacho, asegurándole en el ínterin su completa libertad, y bajo su palabra que estaba *sobreseido* el *sumario* que gubernativamente se habia instruido en virtud de una real disposicion contra la *sátira* que circuló sin su permiso y contraviniendo á la ley de imprenta.

—Señores, lo veo... y dudo de su exactitud.

—Pues yo nó,—dijo Centellas.

—Es verdad,—añadió don Ventura.

—Trae el sello del gobierno político.. mas podria ser un chasco, ó un ardid.

—Estamos libres, Julio: arroja esa barba postiza: cambia ese traje, y en albricias de este inesperado suceso, despues de ir á dar parte á la señora de don Ventura y á mi patrona, que quedó hecha una furia contra los *políticos*... pasaremos una hora en los Andaluces.

—No está mal pensado,—observó don Ventura;—así como así, yo estoy en el deber de obsequiar á VV.

—Señor don Ventura, V. tiene hijos, y todavía no ha percibido la primera mensualidad de su nuevo empleo.

—Eso es lo que V. no sabe, señor Centellas.

—¡Hola!

—Cuando fuí admitido en la empresa mercantil á que hoy pertenezco, se me obligó á aceptar très mensualidades, con cuyos recursos he mudado de habitacion, cuya sola circunstancia ha devuelto á mi espíritu la quietud, porque vivia entre cafres, á pesar de que nuestro amigo Julio, que como poeta lo vé todo de color de rosa, empeñóse un dia en hacerme creer que ciertas gentes del pueblo caminan al vapor, es decir, progresan, y van dulcificando sus costumbres.

—Cada vez estoy mas sorprendido de la misteriosa proteccion de que somos objeto.

—No te sumerjas en un mar de cavilaciones: recibamos el bien; y si un dia nuestro protector, porque yo creo es el mismo, se presenta, le manifestaremos nuestra profunda gratitud, y se le corresponderá del modo mas delicado y espléndido que nos sea posible.

—Y no discurren VV...

—Ni hace falta.

—La observacion del señor Centellas está en su lugar.

—Este pliego...

—¿Y mi colocacion?

—¿Y la escopeta?

—Es verdad: no es fácil adivinemos el Mecenas que tanto se ocupa de nuestra felicidad; sin embargo... sospecho...

—¿De quién?

—No te rias, Centellas.

—Difícilmente lo adivinaremos.

—Sospecho, señor don Ventura...

—Veamos.

—De una familia...

—Eso no es decir nada.

—Sospecho de una hermosa jóven... ¿Se rien VV?

—¡Pues no hemos de reirnos!

—Perdonad, amigo don Julio... pero vuestra sospecha nos hace reir por lo estraña.

—¡Estraña!

—Al menos para mí, porque siendo yo casado...

—Sí... pero vuestra desgracia...

—En cierto modo teneis razon.

—Por mi parte no sospecho de *faldas*...

—Tal vez no me equivoque, amigo Centellas.

—Precisa mas tu conjetura.

—Sí, esplíquese V., Julio, y sepamos á quién alude.

—Yo, señores, me inclino á creer que la bella Fermina...

—¡Fermina!

—Sí, Fermina, cuyo corazon es tan noble.

—Es indudable, y tengo orgullo en que sea prima de Luisa... perdone V., don Ventura, porque Luisa...

—Gracias por la confianza: ya sé que amais á tan simpática é interesante señorita: por lo demás no procede, en mi humilde juicio, no es fundada la sospecha de Julio respecto á esa pobre, aunque recomendable familia.

—Es que tienen muy altas relaciones, y...

—Podria suceder... mas no lo creo.

—Soy de opinion que guardemos reserva... y al mismo tiempo, aunque indirectamente, veamos si entre esa patriarcal familia está el ángel que se ha constituido en nuestra guarda.

—Por de pronto realicemos mi invitacion: vamos á los *Andaluces*.

—Aun es temprano: antes avisemos á nuestras familias.

—Es muy justo.

—Señores, VV. tienen familia... acompañaré á VV... pero despues... estimaria se dignasen anunciar mi libertad á...

—Es inconveniente, Julio.

—La razon, amigo Centellas.

—Además de parecerme la hora algo intempestiva, existe la prohibicion de que te presentes.

—Esa es la causa por la que cuanto antes conviene á nuestras respetables amigas doña Beatriz y doña Carlota saber que estoy libre, y que mi fama no ha padecido en esta persecucion, simplemente política, aunque exagerada, pues no he trastornado el órden, limitándome únicamente á satirizar las costumbres y la tiranía de ciertos personajes.

—Están enteradas de todo, amigo Julio.

—Yo tambien influiré para que os devuelvan su aprecio.

—Gracias, D. Ventura, y me prometo de su buen juicio...

—Descuidad.

—Pero será mañana, porque has de saber que no hace una hora he hablado á Gabriela, y supe con disgusto que aquella familia se encontraba en la mas triste amargura.

—¿Qué ha sucedido? ¡Y lo callabas, Lope!..

—No te alarmes, Julio: parece ser que Aurora, despues de una entrevista con un sacerdote...

—Sí, el confesor de la condesa de Montelirio.

—Salió de su gabinete llorando, y produjo en toda la familia un dolor inesplicable.

—Ya comprendo.

—Insiste en retirarse del mundo. ¡Y qué lástima!

—Aurora es bella: es un astro resplandeciente de virtud y de hermosura.

—La haceis justicia, Julio: yo la he hablado pocas veces, y es muy digna, elevada y discreta.

—Con semejantes dotes se esplica bien el sentimiento de los que la rodean y aman estraordinariamente.

—La han alucinado.

—Sin duda.

—Su alucinacion está motivada...

—Por el fanatismo de la condesa.

—Otros creen que la motiva un amor desgraciado.

—Sensible es que tan preciosa jóven se sepulte en un monasterio.

—Yo confio en Fermina, que suele aconsejarla bien, y sus consejos son atentamente escuchados.

—Si está fanatizada...

—De cualquier manera, es lamentable su propósito.

—Caprichos de mujer.

—El corazon de la mujer es un laberinto.

—No critiques, Centellas... no olvides que ya caiste en la suave red de los amores.

—Cierto: Luisita esclavizó mi genio independiente, mis fieros humos de solteron.

—Yo le doy á V. la enhorabuena, don Lope.

—Gracias, don Ventura.

—Puede V. darle el parabien, porque Luisa es una jóven de gran talento, bella, aunque algo burlona... en esta parte habeis simpatizado, ¿no es verdad, Centellas?

—Es la cualidad que me prendó sobremanera mas... por ahora olvidemos á nuestras princesas y marchemos á los *Andaluces*.

XIII.

UN CÍRCULO LITERARIO.

Hallábanse reunidos en un pequeño salon varios jóvenes de alegre genial, de buen humor, saboreando sendas tazas de té, alcoholizado con ardiente y rojo caña, y en uno de esos instantes de espansion y de franqueza comenzaron á revelar sus instintos, sus tendencias y hasta sus pueriles ilusiones.

Eran estudiantes, y con decir esto basta y sobra para formar una idea de sus respectivos caractéres, sin necesidad de que los fotografiemos, aunque es de rigor, cuando menos, hacer la semblanza de algunos de los concurrentes al modesto y confortable té literario del bachiller Perez de Rojas, noble Istrion, que presidia hábilmente aquellas instructivas y amenas reuniones.

Empezando por Rojas, diremos que era un jóven de finos modales, de buen personal, y un tanto si es no es de aspiraciones diplomáticas, con sus tufillos de diputado en lo grave de sus maneras y en lo sonoro y campanudo de su acento.

Su palabra era fácil y correcta, con mas razon, sea dicho, que de otros á quienes cuestan mil sudores media docena de frases, si bien es verdad que la naturaleza á cada cual dotó de diversa forma. Empero como los *ecos de la opinion*, la prensa

periodística, suele rendir tributo, esparce flores y entona himnos muchas veces en loor de algunos parlamentarios cuya voz apenas se percibe, cuyo estilo es incorrecto, áspero y duro, he aquí la causa por la cual repetimos que Rojas debe ser elogiado con mas justicia que otros infelices habladores.

El bachiller en leyes, el bueno de Perez de Rojas ofreció su sencilla aunque elegante morada á cierto número de amigos, y como rico provinciano sufragaba los módicos dispendios que una vez á la semana invertia en obsequiar á sus compañeros.

Uno de los *notables* de aquella reunion era el poeta Julio del Valle, á quien ya conocemos, y cuyas sátiras estaban justamente en boga, así por lo agudas y punzantes, como por la fluidez y originalidad que en todas ellas resplandecia.

En aquel inofensivo círculo se habla, aunque rara vez, de *política*, de literatura, de ciencias, de artes, de amor y de aventuras, y se deslizaban horas deliciosas en la mas completa fraternidad, en la mas envidiable armonía.

Como gente ilustrada, aunque no siempre grave y sesuda, daba pruebas de un escelente espíritu de sociabilidad, si bien es cierto que se producian acaloradas controversias, y esto no debe estrañarse, porque en el círculo del bachiller Rojas descollaban tambien algunos jóvenes imberbes, todavía poco versados en las ciencias y en las cosas de mundo, pero que sin embargo, la tolerancia y amabilidad de sus amigos les permitian esplayarse, pronunciar discursos humorísticos, decir despropósitos, improvisar algunas sátiras, proporcionando así una distraccion variada á los concurrentes, ansiosos de dar descanso al cerebro y tregua al estudio de sus respectivas carreras ó profesiones.

Acudian tambien distinguidos artistas, presumidos y *presuntos* filósofos, y aun Siones ó Dandis, ó pollos almibarados de la aristocracia fingida ó verdadera, que sin haber saludado las ciencias, sin haber concurrido á las aulas, y ni entender de escuelas *aristotélicas*, *racionalistas* ni *economistas*, terciaban en los

debates, por aquello de que la audacia supera todo, y en particular en nuestros dias, que es la ley constante, que es el sistema erigido por los que de entendidos y hábiles se precian y al pináculo de las brillantes reputaciones se dirigen.

Ahora pasemos á reseñar una sesion de las del círculo literario, que tambien se relaciona con nuestra novela; y aunque así no fuese, cumpliríamos en esta parte nuestro propósito consignando en su título, pues ya recordarán nuestros lectores que les ofrecimos CUADROS SOCIALES Y MISTERIOS CONTEMPORÁNEOS, es decir, presentarles la sociedad tal cual es, desnuda de oropeles y brillantes atavíos, para verla en su desnudez, con sus negros lunares, dejando siempre á salvo la honradez, la aplicacion, el mérito y la virtud.

Oigamos á los estudiantes, penetremos en el círculo que preside el bachiller Perez de Rojas, y á la manera que del tosco pedernal salen chispas de fuego, así de ciertos é inofensivos despropósitos resplandecerán buenas y saludables máximas, verdades de á fólio, golpes contundentes contra la inmoralidad, el orgullo, la codicia y el desenfreno de las pasiones.

Está presidiendo el bachiller Rojas, sentado en un divan, y á derecha é izquierda sus compañeros, y en el centro de las dos filas un ancho velador con recado de escribir, libros, periódicos, cajitas de pintura y algunos instrumentos de física recreativa.

Han concluido de tomar el té.

—Señores,—dice Rojas,—habeis fumádo: empieza la sesion: seria oficioso recomendar el órden y la compostura: os estimais bastante para incurrir en acaloradas y *personales* reyertas de las que por desgracia tienen lugar en las asambleas políticas.

A este exordio prestaron viva atencion los concurrentes, cuyos nombres omitimos por no ser difusos, y además porque el lenguaje indicará el especial genio de cada uno.

—Decís bien, señor presidente: el órden se invoca donde hay desórden.

—Verdad innegable.

—Para verdades... el tiempo.

—Señores... la cuestion de tiempo trae locos á los políticos.

—Y á los amantes.

—La política tiene tambièn sus delirios.

—Y sus calabazas.

—Esa es una alusion que rechazo, aunque no soy político.

—Es que hay muchos *políticos calabazas.*

—¡Al órden!

—El órden reina en el círculo.

—Esa es una *frase rusa*: recordad que dijo el tirano: ¡el órden reina en Varsovia!

—La paz de los sepulcros.

—La tiranía ama el silencio de las tumbas.

—Señores... juicio... á la cuestion.

—No hay cuestion.

—No aludais al mar de la política.

—Teneis razon: en la política solo hay borrascas y naufragios.

—Los infelices náufragos son los pueblos.

—Señores... no hay que distraerse.

—Pido que se lea una composicion de JULIO DEL VALLE.

—Julio es un desleal.

—Es un ingrato.

—El círculo le declara rebelde.

—Señores, con sentimiento os lo digo: el noble Julio, el trovador popular, nuestro amado *socius*... nuestro querido compañero se vé acosado por los esbirros de la policía, á consecuencia de su composicion satírica, de esa inocente y franca espansion de un alma vírgen que observa con dolor el progreso de la inmoralidad y del egoismo.

—Si le persiguen y tiene hambre... es dichoso.

—¿Por qué?

—Porque es *bienaventurado.*

—Los bienaventurados son los ricos, los hombres de la fortuna, los que hábilmente esplotaron la credulidad de los tontos, los que *legalmente* se han repartido los bienes que en virtud de benéficas leyes desamortizadoras, y que favorecen solo á los *menos*, mientras los *mas* se batian en los campos de batalla ó entonaban himnos patrióticos. En fin, los bienaventurados, los que en la tierra se rien del que sufre, son aquellos que no temen ni el hambre ni la justicia.

—Yo hablé conforme á la *doctrina cristiana*.

—En ese caso... teneis razon.

¿Es decir que Julio está perseguido?

—Julio del Valle se encuentra hoy mas vigilado que un criminal.

—Los criminales se pasean impunemente.

—Hacen bien; para qué los dejan.

—Señores, vais á obligarme á suspender la sesion; menos digresiones y al grano, al punto de partida: no distraerse, recordad que estais hablando de un estimable poeta, de un cantor popular, hoy sin ventura.

—¿Pero decís que le persiguen?

—Desgraciadamente es verdad.

—A eso decíamos que los criminales se pasean con orgullo.

—¿Qué delincuentes, los altos ó los bajos?

—Ambas categorías.

—Sin duda pretendeis hacerme creer que *Madrid es un presidio suelto*.

—En vista del gran número de *caballeros licenciados* de los correccionales que por Madrid se distinguen, llegará el dia que los *vagos* formen una colonia de bandidos á la mejicana, y nos asalten á todas horas y en todos los sitios de la córte.

—Las Audiencias deben tener la estadística de los *penados*, y cuando cumplan mandar que regresen á sus respectivos pueblos; á no ser que un arrepentimiento sincero, una ejemplar conducta les haga dignos de avecindarse en los grandes centros, en las

ciudades populosas, en donde siempre ofrece mas peligro la permanencia de semejante raza.

—Cuando nosotros seamos jueces... entonces decretaremos la reforma ó propondremos las que sean conducentes al mejoramiento de las costumbres y á la seguridad de los ciudadanos.

—Mi censura está en su lugar.

—A la cuestion.

—Hablemos de JULIO DEL VALLE.

—Pido que se lean algunas redondillas ó cuartetos de su composicion.

—Pero con comentarios.

—No precede la crítica.

—He querido significar que se comente el asunto ó los pensamientos de la composicion, no que se juzgue literariamente, porque es de quien es, lo primero; y lo segundo, porque desde luego ha de suponerse defectuosa, atendida su índole, pues son unos sencillos versos destinados á satirizar ciertas costumbres y fatales tendencias de la época.

—Son razon de mucho peso; por lo demás, JULIO DEL VALLE está juzgado y es capaz, no de componer, y sí de improvisar lo que otros *exageradamente aplaudidos* no son capaces de componer nunca.

—Dése comienzo á leer esas redondillas que tan sañudamente persiguen los ilustrados inquisidores de la *moderacion*.

—Que se escriban esas palabras, señor presidente.

—No hay motivo.

—Decís bien; procédase á la lectura.

—Señor secretario, sírvase V. leer algunos cuartetos.

—¡Orden!

—¡Atencion!

—¿Y los comentarios?

—Cada cual hará los que le parezca.

—Entonces vamos á incurrir en el barullo de las asambleas políticas.

—Los políticos no son *zaragateros*...

—Teneis razon: los políticos en su respectiva comunidad, tienen armonía y concierto, es una su opinion...

—Es claro, el bien de su pátria.

—A la lectura.

. . . .

. . . .

. . . .

El siglo es de tanta luz...
son los tiempos tan dichosos,
que para hacer *virtuosos*
hay que *premiar* la virtud.

—Triste cosa es que la virtud se *pague*.

—Nó; se premia.

—La virtud debe ser espontánea, libre, modesta, desinteresada.

—Respétese la intencion de hacer amar la virtud por medio del estímulo, de la noble recompensa...

—No hay inconveniente: proseguid.

. . . .

. . . .

. . . .

El amor púdico es
divina luz de ternura,
mas el siglo de cultura
ama solo el interés.

—Traslado á las bellas.

—Las beldades tambien son interesadas, puesto que se informan de la posicion de los pretendientes.

—Haceis agravio á la hermosura.

—La mujer ama sin egoismo.

—La mujer pobre y sencilla... concedo: la mujer de mundo... la que es *ilustrada*... dice que *nones*.

—Hay de todo.

—El todo es el dinero: no existe amor, el amor es una mentira: el amor de este siglo es como todas sus farsas.

—Niego el supuesto; jamás siglo alguno ha desarrollado el amor como el presente: hoy se ama en los paseos, en las iglesias, en las esquinas, en los teatros, en los cafés, en los bailes, en los entierros, y allí donde la ráfaga eléctrica de este sentimiento se desprenda de unos ojos seductores, sean azules, sean pardos ó negros como el de las africanas. Antes el recato, la oscuridad, el miedo... la rudeza en las costumbres...

—Como que nuestros abuelos eran insociables.

—Pero no eran libertinos.

—El amor es un pasatiempo... una inocentada.

—El amor de hoy es un escándalo.

—La civilizacion permite...

—La civilizacion tiene sus contrastes.

—Luce dos caras.

—Es verdad: la una bellísima... la otra patibularia.

. . . .

. . . .

. . . .

Jóven hay que no ha *barbado*...
y sale con el registro
de «quiero ser diputado,»
ó «yo quiero ser ministro.»

—Esta idea es relativa á las ambiciones.

—La ambicion es una flaqueza mortal.

—El que no tiene ambicion, es un estúpido.

—El que todo lo sacrifica á su ambicion, es un tirano.

—La noble ambicion es un sentimiento laudable.

—En el dia hay *niño* que se juzga capaz de desempeñar la Embajada de Constantinopla.

—Eso consiste en el temperamento de cada cual; unos desarrollan la ambicion mas pronto que otros.

—Es que hoy parece que todos tienen igual temperamento; son igualmente sanguíneos, irritables, emprendedores.

—Eso consiste en la época: el siglo es de actividad y de energía: el que se para muere.

—¿Y la educacion? ¿Y la moral pública?

—De nada sirven.

—Pues entonces echemos la culpa al siglo.

. . . .

. . . .

. . . .

Entre otras cien epidemias
existe... ¡pobre moral!
un diccionario fatal
compuesto de mil blasfemias.

—El hablar *bestialmente* está hoy de moda.

—Es una moda horrible.

—Es un insulto á la civilizacion.

—Es un escándalo punible.

—Decís bien: debe castigarse.

—Madrid es una plaza de verduras.

—Rechazo la alusion á las verduleras.

—Hay verduleras mejor habladas que los niños cuando salen del colegio, y que ciertos pollos de *media cresta* ó media melena, y sobre todo, que esos espanta-vidas, que se figuran hallarse en un barrio de Ceuta.

. . . .

. . . .

. . . .

Usura, que tanto subes,
¿por qué de mí te querellas,
si está el pan en las estrellas
y la carne so las nubes?

—El trigo vá tomando tanta estimacion como el dinero.

—La codicia se ha estendido hasta en las aldeas.

—Cada uno es libre de vender como quiera.

—Los *mas* son los consumidores, y los que venden son los *menos*, y es de ley procurar el bien del mayor número.

—Eso no pasa de una teoría.

—Pues la libertad de comercio y de industria es tambien una teoría.

—Por desgracia, en ciertas cosas es una realidad.

—Los vendedores nos matarán de hambre.

—Tanto peor para ellos.

—¿Por qué?

—Porque si morimos todos los consumidores, se les acabó la *ganga*.

—Es que la ganga se vá haciendo insoportable.

—La carestía compromete el órden público.

—La carestía compromete los estómagos... y un pueblo hambriento languidece... y no tiene humor para motines.

—El hambre es la esclavitud: la esclavitud deshonra á las naciones. . . . .

—A los gobiernos. . . .

—La política impide que se ocupen de las cuestiones económicas.

—La política es tambien una necesidad social de la época.

—Así en España estamos tan llenos de *necesidades*.

—La política es un mercado, en el cual los mas se arruinan y los *menos* se engrandecen.

—Por eso en España hay tanto *gitano político*.

. . . .

. . . .

. . . .

¡Lectores, causan espanto
las viviendas de Madrid!
se parecen ¡voto al Cid!
los nichos de un campo-santo.
Y en tan triste sepultura
son los gusanos-caseros
tan feroces y rastreros,
que se *ceban* con usura.

—Esta cuestion es vital, muy importante.

—Por lo mismo se atiende menos.

—Está para resolverse.

—¿De qué modo?

—Derribando las casas á la *malicia*.

—Lo que importa es derribar la malicia de los orgullosos propietarios por medio de una ley justa y equitativa.

—Confiemos en ese feliz resultado.

—¿Por qué razon?

—Porque en España hay un diluvio de legisladores.

. . . .

. . . .

Las pandillas-camarillas
del pueblo langostas son,
las esperanzas del pueblo
segando vienen en flor.

—

—¡Alto! no prosigais.

—La causa.

—Porque ese romance es eminentemente *político*, y nuestro círculo no es un club.

—Propongo un *voto* de gracias al poeta Julio del Valle por sus intenciones y por haber interpretado fielmente nuestros sentimientos.

—Aprobado.

El círculo quedó en sesion secreta para asuntos puramente literarios y que ningun interés contenian para nuestra historia.

XIV.

UNA CENA EN LOS ANDALUCES.

Estamos en una tienda de vinos, vulgo *Colmao*, en el piso principal, cuya estancia, muy reducida, contiene una media docena de mesas.

La mayor parte se hallan ocupadas por un grupo de mujeres del mundo bullicioso, todas ellas lindas y parleras, si bien luciendo su rostro un tinte amarillento, evidente señal de su disolucion y libertinaje.

Las ninfas son cuatro: he aquí sus nombres:

La Ramillete (sin duda de ramilletera), jóven de corta edad, flor marchita en sus catorce abriles, de facciones finísimas, con un pié tan pequeño como el de un niño.

La Ramillete es de Madrid, una preciosa ninfa del Manzanares, lanzada á la prostitucion y al desenfreno de las pasiones por su amor al lujo y su odio al trabajo.

Habia hecho infeliz á su familia, que puso en su hermosura, que cifró en su belleza las mas deliciosas esperanzas.

La Milagro, moza *crúa* de Sevilla, de gracioso continente, si bien de tosco y grosero lenguaje.

La Lágrimas, que desmintiendo su nombre, sonreia y albo-

rotaba como una loca, hija de Cádiz, temible por lo feroz de su genio, el cuál contrastaba con sus graciosos atractivos.

Ultimamente, Soledad, jóven que tambien desmentia su sagrado nombre, pues en lugar de recogimiento y tristeza, gustaba del escándalo y los desórdenes, escogitando siempre las mas repugnantes compañías.

Como sus padres no las instruyeron en la doctrina cristiana ni las enseñaron ninguna clase de deberes para con Dios y la sociedad, carecian de toda idea religiosa y humanitaria, y el decoro para ellas era absolutamente desconocido.

Por desventura, hay multitud de estas infelices ovejas descarriadas, que si pueden por algunos instantes de orgía y de delirio hacer las delicias de sus galanteadores, hay tal número en la culta capital de España alardeando del vicio por todas partes, que la moral y la civilizacion se amenguan y contristan, demandando enérgicamente un correctivo á tanta infamia y desenvoltura.

Dejemos al cuidado de los moralistas este asunto, y pasemos á trazar nuestro cuadro, porque se enlaza con los acontecimientos de nuestra novela.

La Ramillete hallábase en una actitud poco decorosa, reclinada la cabeza en el hombro de una de sus amigas, y puestos sus piececitos sobre las rodillas de un personaje á quien conocemos, del bromista y jóven marqués de Valdeclaveles.

Frasquito Esparaván, el andaluz, su digno compañero de aventuras, estaba entre las ninfas entonando sus cantinelas de costumbre, y acompañándole con las cañas ó copas las que tanto celebraban sus cantares.

En honor de la verdad, cumple decir que el marqués no condujo á tan alegre sitio á las cuatro aves nocturnas, sino que yendo á tomar unas almejas en compañía de Frasquito, se halló aquel grupo de gracias, con las que fraternizó inmediatamente, pagándolas cuanto habian hecho de gasto, y dispuso correr una de sus predilectas diversiones.

Frasquito cantaba sus *playeras*... las ninfas llevaban el compás con las copas y el marqués dirigia requiebros á la Ramillete, cuyo lenguaje, aunque era hija de Madrid, revelaba falta de educacion y sobrada rudeza y grosería.

—Oye, marqués,—decíale con ademanes descompuestos la Ramillete: no *semos* de las que se creen *toico* lo que los hombres ofrecen, y siendo tú marqués... mucho menos: si viene mi *querio* y vé esta *groma*... dirá que estamos con unos *silbantes*.

—Si viene tu querido,—contestó el marqués,—cenará con nosotros.

—Sigue, Frasquito,—decia la Lágrimas,—sigue con esas playeras, y no hagas caso de esta chica: la Ramillete es una *desconsolá* cuando no tiene á su lado á su querido Granuja.

—Es mas *honrao* que otros: si *vusotras* vos quedais, yo me *las guillo*: estoy harta de melindres y romances.

—Chiquilla... ¿dónde vás? ¿Hemos de hacer un desprecio á estos señores?

—Si aun falta el café... no seas *desagradecia*.

—Yo no he *venio* á cenar con estos señores: á mí me sobran cinco duros para *gastallos en cualquiel palte*: no *nesecito* de sus obsequios: aquí no hay mas que parola.

Otro que el marqués, sin mas que el estúpido lenguaje de la madrileña, se hubiese retirado instantáneamente por no oirla; pero le hizo gracia... y se propuso gastar algunos doblones, celebrando la casualidad de una noche para él tan amena y entretenida.

—¿A que no te vas?

—A que sí.

—A que te pego.

—¡No faltaba otra cosa! Me iré ó nó, segun sea mi capricho.

—¡Orden!—esclamó el marqués, riéndose al mismo tiempo con entusiasmo.

—¡Chiquillas!... Vamos... si tendré yo que hacer aquí de papá...

—Dices bien, Frasquito; yo estoy contenta, porque, hijo, no siempre dá una con gente tan ilustre: si esa quiere marcharse, vaya bendita de Dios.

—Yo soy del parecer de Milagro,—añadió la Lágrimas.

—Pues hija, *semos* dos contra una: despues que ha *cenao*...

—Ya he dicho que no he *venio* á cenar... sino por *groma*: ¡como que sin estos mamelucos pasaria yo sin mi plato de almejas!

—Poco á poco... niña,—esclamó el marqués;—yo no soy mameluco ni flamenco.

—Esta es una piquiclara y *comprometeora*.

—Y tú *mu deslenguá*, Milagro.

—¡A que vais á reñir!—dijo Frasquito.

—No seria la primera vez que lo hemos hecho.

—Contigo no se puede alternar.

—Mira, Lágrimas... vuestra compañía ni dá honra ni provecho.

—¡Y la tuya!

—La mia...

—Dime con quién andas...

—Yo ando con los piés.

—Y escupes veneno con la lengua.

—Vamos, chiquillas... ¿á qué viene ese pronunciamiento?

—Señor marqués, la Ramillete no está con gusto donde no se halle ese...

—Ese...

—Sí, ese truhan de...

—Oye, Lágrimas... no insultes á quien podrá darte un vapuleo que lo recuerdes toda la vida.

—¿A mí?

—Y á otra mas *estirá*.

—Pues tóma... para que lleves el recado á tu Granuja.

—¡Ay! ¡ay!

—Muchachas... ¡sois los mismos diablos!

La Lágrimas dió una fuerte bofetada á la linda Ramillete, y esta con mucho brio, á pesar de ser una mujer en miniatura, se lanzó sobre su agresora arañándola el rostro, desgreñándola el cabello, y haciendo caer los vasos, copas y botellas, y en fin, siendo causa aquel súbito acontecimiento de que se armase un inaudito escándalo.

El marqués reia á carcajadas... pues su deseo era recibir fuertes impresiones, sin dársele un ardite las consecuencias de su temeraria conducta.

Sin embargo, en esta ocasion recibió un regular escarmiento, pues al ir á separar á las dos rabiosas sirenas, sentáronle por equivocacion sus lindos y finísimos dedos sobre las megillas, que se las colorearon cual si hubiesen tenido puesto un sinapismo.

Esparaván salió peor librado, porque le rompieron la pechera de la camisa, y sacó heridas con un cristal las manos, al impedir que la Lágrimas cortase la cara á la Ramilletera.

Estaban en plena batalla, en lo mas recio del combate, cuando se presentaron los tres amigos, el poeta Julio, el alegre curial Centellas y don Ventura Jeremías, quienes, como ya sabemos, determinaron cenar en los Andaluces.

—En mal hora venimos,—esclamó Julio.

—Al contrario,—dijo Centellas:—este es un precioso cuadro para tus folletines.

—Renuncio á estas pinturas: son muy deshonestas.

—Decís bien,—interrumpió don Ventura:—estas mujeres, que al mismo tiempo son dignas de lástima, son causantes de mil desórdenes.

—¡Mirad! ¡Es el marquesito de Valdeclaveles!

—El otro es un andaluz, uno de esos que cantan.

—Sí, un *flamenco*.

El marqués, fuera del centro del combate, salió á recibir al poeta Julio del Valle, esclamando lleno de júbilo:

—¡Usted por aquí! ¡Cuánto me alegro!

—Señor marqués, yo celebraria haber encontrado á V. solo, pero esta lucha... me quita la ilusion, y estoy pesaroso de haber subido.

—Haceis mal, Julio; de noche *todos los gatos son pardos*: yo me divierto mucho en estas aventuras.

—Respeto vuestro capricho.

—Y V. debe estudiar las costumbres.

—He visto ya bastante.

Centellas quedó hablando con los camareros ó mozos del fondin, enterándose del suceso, y don Ventura se retiró á un rincon y sentóse junto á una mesa, esperando que calmase la borrasca.

Desgraciadamente, una imprudencia de Frasquito Esparaván, producida mas bien por el esceso del Jerez que por su genio, pues era manso y pacífico, renovó la escena dramática, y las tres ninfas tornaron á insultarse desaforadamente, y por último se hirieron *la cara* con sus correspondientes *puñalitos*, lo que produjo la aparicion de un gefe de policía y varios esbirros que por la calle á la sazon transitaban.

XV.

LOS POSTRES.

Al principiarse el desórden mujeril habia á la puerta de la onda dos caballeros, y se les escuchó este corto diálogo:

—¿Le habeis visto?

—Las señas que me dísteis eran exactas. Además, el mozo del café confirmó mis sospechas.

—¿Y el pliego?

—Lo dejé en sus manos, pero se resistia...

—¿Qué os dijo?

—Manifestaba miedo.

—Sin duda creyó que fuéseis alguna autoridad.

—Justamente.

—¿Y decís que vendrian á este sitio?

—El mozo del café aseguró que habian proyectado una cena. Hélos aquí.

—Ellos son.

—El poeta ya tiró el disfraz.

—Sí... él es: le acompañan Lope Centellas el de la curia y el honrado don Ventura Jeremías.

—¿Os ocurre alguna otra cosa, señor don Juan?

—Si arriba no continúa ese escándalo y se quedan á cenar, entraré á lòs postres, y sin darme á conocer hablaré con el poeta y sus amigos. Entretanto, si V. encuentra á Pablo el cantero...

—¿A Pablo?

—Sí, señor... desearia verle otra vez esta noche.

—Podria jurar de hallarle antes de veinte minutos.

—¿En dónde?

—En un club.

—Podria suceder... mas lo pongo en dudá. Me dió palabra de retirarse *por ahora* de ciertas reuniones.

—Yo sé que estaba citado esta noche. Por cierto que á ese club concurren personas sospechosas... especialmente una.

—Pues haríais un favor á vuestros amigos avisándoles del riesgo que corren.

—No escarmientan: los hay cada dia mas imbéciles.

—Es una desgracia.

—Si os interesa ver á Pablo...

—Mucho.

—Voy á buscarle.

—¿Necesitais alguna cosa?

—Nada, señor don Juan.

—Aquí le espero...

—¿Vendrá solo?

—El solo, y V., si gusta.

—Si no me necesitais...

—Por esta noche... nó, señor.

—Abur.

—Descansad.

Ya habian penetrado en el fondin el poeta y sus dos amigos, y habia arreciado el combate de las ninfas, cuando Juan-Diablo, nuestro intrépido y misterioso don Juan del Castillo, que era el que conversó con el que acababa de despedirse, de-

cidióse á subir por evitar al poeta, al desdichado amante de la bella Fermina, algun nuevo contratiempo.

Don Juan no hubiera querido subir tan pronto para presentarse al finalizar la cena, mas tuao que hacerlo en vista del estruendo que arriba se escuchaba.

Frasquito Esperaván, metido en el campo de la lucha mujeril, pero feroz y sangrienta, por defender á Milagro dió un golpe á la Ramilletera, y renovóse el furor de las amazonas hasta un punto indecible.

En pos de Juan-Diablo subieron la autoridad y sus esbirros.

El poeta Julio del Valle hablaba con el marqués, y Centellas habia ido á refugiarse al lado de don Ventura.

—Vea V.,—le dijo este,—vea V., don Lope, las consecuencias de venir á este sitio y á tales horas.

—¿Tiene V. miedo, don Ventura?

—He sido militar...

—Perdone V...

—Pero ya casado y con hijos...

—Teneis razon.

—Para mí terminaron estas bromas: esto es bueno para las imaginaciones desocupadas.

—Y para los que tienen dinero.

—Para los jóvenes... ¡Ah! ¡en mis buenos tiempos tambien era yo perillan aturdido é indómito! En el dia estoy por la calma, el trato obsequioso de mis amigos, y... desengáñese V., los hijos quitan el valor y las falsas ilusiones del mundo alegre y aventurero.

La pelea arreciaba cuando don Juan se halló en el dintel del saloncillo de los Andaluces.

No habia penetrado, y escuchó estas voces:

—Detengan VV. á esas mujeres y á cuantos con ellas están.

—¡Orden! ¡Ah! ¡favor á la autoridad!

A estas esclamaciones tembló el poeta, rió el marqués, y Frasquito quedóse atónito, pues como vertia sangre de las manos, y las tres aves nocturnas, las tres sílfides tambien estaban manchadas de la suya, que por cierto no seria preciosa é inmaculada... le asaltó el temor de si creeria que él pudo ser causante de tan trágica y ruidosa escena.

En cuanto el marqués divisó á don Juan, corrió á su encuentro diciéndole:

—Mi amigo... ¿quién os trae por aquí?

—La desgracia.

—Para mí es una dicha el veros.

—Yo siento hallar á V., señor marqués, en estas ruidosas zambras.

—Son inevitables.

—Señores,—dijo el comisario,—losque estuvieren con estas mujeres vayan bajando.

—Yo estaba con el señorito...—balbuceó Esperaván.

—¡Silencio! Está V. ensangrentado... y es una prueba de que...

—De que me han herido.

—El tiene la culpa,—esclamó la Lágrimas, y despues las otras dos.

—Frasquito nos obligó á que nos quedásemos.

—¡Mentira! vosotras os acercásteis á nuestra mesa.

—Le parece á V. el mico...

—¡Calla, Ramillete!

—¡A la prevencion!

—Aunque me descuarticen.

—Irás atada.

—¡*Semos* algunos ladrones!..

—Poco menos.

—Mire V. lo que se habla, señor comisario... que tambien para la justicia hay sus leyes.

—¡Silencio! ¡Insolente! ¡Alborotadora!

—Señor comisario,—dijo Juan-Diablo,—si V. me permite una observacion, quedará todo concluido y V. con el respeto que se merece.

—Hable V., don Juan... pero hágase cargo de que estas infames cada hora me dan un disgusto, y luego los periódicos... pues... los periódicos dicen que no ponemos enmienda.

—Por esta vez deje V. libres á estas muchachas, y que en adelante se conduzcan de otra manera... con mas decoro... pues ya que los señores las han generosamente obsequiado...

—Y á V. ¿quién le mete á procurador de pobres?

—¿Lo vé V., señor don Juan? ¿Vé V. qué agradecidas son al favor que V. piensa dispensarlas?

—Cada cual, señor comisario, se conduce como quien es: yo las desprecio.

—Con la *mesma* moneda se le paga.

—Esta chiquilla (por la Ramillete) es la mas escandalosa.

—Y V., señor Frasquito... vá tambien á dejarnos.

—¡Yo!.. señor don Juan...

—¡Es un infeliz!.. esclamó el marqués.

—Un mentecato que os compromete: creyendo complaceros os trae de aventura en aventura...

—Es cierto, interrumpió el comisario.

—Pues quede terminado este lamentable incidente,—dijo sériamente don Juan.

—Como gusteis.

—Gracias, señor comisario.

—Hombres cual V. hacen falta en todas partes.

—Me honrais: llevad á estas chicas, si antes no quieren alguna cosa, y V. y sus agentes lo mismo.

—Otra vez será, señor don Juan: mil gracias.

—Por nuestra parte... esclamó la Lágrimas... apreciamos el favor, es decir, la burla.

—¡Ña tú que cabayeros!..

—Pues digo... el marqués...

—¡Silencio! ¡Fuera de aquí! ¡Ea! ¡se acabó! ¡pronto fuera!..

Y el comisario las empujó para que saliesen.

Despidióse de don Juan y del marqués, y á ruegos del primero, aunque con consentimiento del segundo, se llevó tambien á Frasquito Esperaván, á quien por la escalera iban diciéndole con ironía las *ilustres* beldades de vuelo bajo:

—Andate con marqueses y usías... el *probe* es quien paga... ¡Diviértelos otra vez con tus canciones para que te premien de ese modo! ¡Habráse visto *desgalichaos* como ellos!... ¡Pues no se reirán del *rebullicio* que han *armao*!

—Hija, los de gaban salen siempre bien.

—Como que á la justicia le sucede lo que á los perros, que ladran solo á los de mala ropa.

—¡Como es gente de influjo!

—¡Buenos gatos están!

Y por este órden se iban desahogando las tres gracias *desgraciadas*, mientras Frasquito sentia la ausencia del marqués, á quien admirablemente esplotaba con sus melindres y cantares, llevándole á los garitos y esponiendo su dignidad y sus intereses.

Tales fueron los postres de la ruidosa cena que inauguró el marqués y terminaron Julio, don Juan y sus amigos.

—Ese que saluda al marqués,—decia el poeta á Centellas, —le ví la noche de la *casa de juego*.

—Ese dicen que es un hombre misterioso,—contestó el curial.

—Le oí saludables máximas.

—Nadie sabe quién es.

—Ni nos importa.

—¿Conque tú conoces al marquesito de Valdeclaveles?

—Le he hablado poco: parece sencillo y bueno, aunque algo exagerado en ciertas costumbres.

—¿Si será este...—observó don Ventura Jeremías,—si le de-

beremos á este marqués los favores que tan sigilosamente se nos han dispensado?

—No es posible,—contestó el poeta.

—¿Por qué?

—Ignora nuestras circunstancias.

—Y si la familia de....

—Ni Fermina conoce al marqués.

—¡Silencio! que se acercan.

—Seamos prudentes.

Don Juan y el marqués se unieron al poeta y sus amigos, diciendo el segundo:

—Tengo el honor, señor don Juan, de presentaros al poeta Julio del Valle.

—Servidor vuestro.

—Muy señor mio.

—Si mal no recuerdo,—añadió Julio,—hablamos cierta noche...

—No tengo la satisfaccion de recordar si efectivamente hemos hablado alguna vez,—repuso don Juan, afectando la mas absoluta indiferencia.

—Estoy segurísimo de que hemos hablado.

—Es lo mismo,—interrumpió el marqués.—Lo que interesa es que VV. cenen, pues á eso venian, y siento que esas infernales muchachas lo hayan impedido.

—En verdad que veníamos con ese objeto.

—Pues entonces á cenar: yo haré los platos. ¡Mozo! aquí.

—Gracias, señor marqués.

—Señor don Juan, V. acompañará á estos caballeros.

—Con mucho gusto, aunque mas bien por disfrutar de su amable sociedad que por la cena: yo subí al ruido: pasaba casualmente por ahí, escuché el alboroto... y me alegro de haberos encontrado.

—¡Sois un hombre de mundo, señor don Juan!..—esclamó el marqués dándole en la espalda un golpecito á Juan-Diablo.

El poeta y sus dos amigos le contemplaban con interés.

Por último, sirviéronles algunos platos, y don Juan, previsor en todo, advirtió al camarero:

—Oye, la habitacion queda por nosotros: permaneceremos una hora: que nadie suba...., ¿lo entiendes?

Y al mismo tiempo le puso cautelosamente una moneda de dos duros, un escudito de oro, en la mano.

—Está bien, señor: nadie subirá.

—Y si el amo....

—El amo os conoce, y os debe el que no le hayan sacado esta misma noche una multa.

—Bien.... anda y sirve lo que se ha pedido.

XVI.

EL AMANTE DE AURORA.

Gozoso estaba el alegre marqués viendo á Juan-Diablo en su compañía, y muy particularmente al poeta Julio del Valle, cuya popularidad naciente le conquistaba con distinguido aprecio en el noble carácter del jóven aristócrata.

El curial Lope Centellas tambien se congratulaba de aquella imprevista reunion, y no menos don Ventura, que desengañado de ciertos desvaríos juveniles, apreciaba mucho la *buena sociedad*, en cuyo seno pueden gozarse instantes deliciosos sin compromiso de ninguna especie.

Por su parte Juan-Diablo, nuestro astuto don Juan, quiso conocer la verdadera situacion del poeta, y si el marquesito descubria alguna luz respecto á la baronesa de Rocamar, cuya conducta espiaba en favor de su quietud, y especialmente de la seguridad y buen nombre de Aurora.

—Amigos mios, porque este dulce título debemos darnos,—dijo el marqués alargando una copa de Burdeos á don Juan,—amigos, celebremos esta circunstancia eventual, porque ella nos reune, y será un recuerdo para nuestra mútua estimacion en el porvenir.

—Sois muy galante, marqués,—respondió Juan-Diablo.

—El marqués reune la finura de su gerarquía y el generoso sentimiento, el suave instinto de las clases humildes.

—Aprecio vuestra cortesanía, Julio, mas no soy digno de esas poéticas flores.

—Os mereceis mas.

—En buen hora; pero decidme, ¿no estábais hoy mismo asaltado por el temor de veros en las garras de la policía? Al menos así lo aseguraron esta mañana en el Suizo.

—Ciertamente; mas sin saber por dónde, he recibido un pliego, una órden del gobernador, en la que me alza la especie de proscripcion en que hube de estar por algunos dias.

—¿De veras?

—Vedla aquí.

Julio enseñó el oficio que el desconocido habíale entregado en el café.

—Que sea enhorabuena,—dijo el marqués.

Don Juan permaneció silencioso respecto á la nueva situacion de Julio por no inspirar sospechas, pues como sabrá el lector en los párrafos que siguen, Juan-Diablo fué quien sacó la órden de libertad para el poeta.

Don Ventura Jeremías y el curial Lope Centellas, viendo la afectuosa consideracion del marqués hácia Julio, imaginaron que seria el protector misterioso, y en tal concepto, como para mostrarle su gratitud, le brindaban frecuentemente, elogiando su carácter franco y popular, si bien se atrevieron á recomendarle mas cautela con cierta clase de personas, porque se veria espuesto á un contratiempo ó á una desgracia.

El marqués, agradeciendo sus finas y leales advertencias, les contestó con su habitual sencillez de esta suerte:

—Señores, habreis estrañado mi presencia en este ameno y confortante sitio.

—En este lugar nó; con las personas que estábais, sí,—interrumpió Julio.

—Yo habia venido con Frasquito, ese pobre andaluz que canta hábilmente los aires de su tierra, pero que de ningun modo es hábil ni intencionado para hacer daño, pues tiene un genial bondadoso y prudente.

—Ya os manifesté, señor marqués,—dijo Juan-Diablo,—ya recordareis la noche del baile.

—Sí, que recobré el reloj y la cadena por vuestra intercesion; mas Frasquito era inocente.

—No pongo en duda su inocencia, pero fué la causa que ocasionó aquel escándalo.

—¿Y qué culpa tiene el pobre de que en pos de él vaya ese torbellino de vagos y malhechores?

—Quise deciros, señor marqués, lo espuesto que estais con ese hombre por los sitios que frecuenta; por lo demás, dispensadme... y no insistiré en este asunto.

—Al contrario, señor don Juan, me haceis favor: lo comprendo, y cuanto de V. proceda lo respeto; ya sabe V. tenia ansiedad por encontrarle; hemos anticipado la cita.

—Cierto, mas no para los negocios...

—Es verdad... aunque la ocasion es propicia para todo.

—Seria abusar de la bondad de estos caballeros.

—Por nuestra parte,—dijo Centellas,—podeis ocuparos de lo que os plazca.

—Son asuntos de amor.

—¿Cómo de amor?—preguntó Juan-Diablo.

—De amor... señor don Juan: ¿no recordais el desafío de Adolfo de Céspedes con el capitan Figueroa?

—Justo.

—Bien.

—Sí, vuestra bella hermana...

—Es claro, mi hermana Guadalupe.

—¿Y qué?

—Ya está arreglado.

—¿De qué manera?

—Cuando nos despedimos á primera hora esta noche, fuí á casa de la baronesa, que tenia una reunion de confianza, y ví al capitan Figueroa, quien aseguró estaba todo arreglado, pero amistosamente.

—Lo celebro... si bien al diplomático Lara le cumpliré mi oferta.

—Lo deseo para castigar su orgullo.

—Es un petulante.

—Aun tengo yo mas antipatía á la baronesa.

—¿Pues no dice el rumor que sois su amante?

—No os burleis... señor don Juan... soy para ella un niño; además, creo ha sido *querida* de mi papá... y el respeto...

—¡Querida de vuestro papá!...

—¿Quién lo duda?

—Yo lo ignoraba.

—Lo que siento es que mi prima, la interesante condesa de Montelirio, está fascinada por esa diabólica mujer; y á pesar de que mi hermosa prima es una santa, mas candorosa que una vírgen de Rafael, la baronesa de Rocamar la impone con su carácter dominante y astuto.

—¿Tanto influye en el ánimo de la condesa?

—Mucho por desgracia. Y á propósito: esta noche mientras yo conversaba con una señorita, muy próximo á la intrigante baronesa, oí pronunciar un nombre bellísimo, y que sin duda le lleva una jóven desventurada.

—¿Cuál? preguntó Juan-Diablo.

—*Aurora*.

Al oir este nombre don Juan se conmovió; pero dominándose, no fué apercibida la súbita inquietud de que se vió acometido.

El poeta Julio del Valle, Lope Centellas y don Ventura Jeremías se miraron como sorprendidos; y vista por el jóven marqués su emocion, les preguntó sencillamente:

—¿Qué... la conocen VV?

—Todos tres tenemos la dicha de conocerla, si bien su especial situacion... impide que esperimentemos su honesto y dulce trato.

Don Juan agradeció al poeta su modo de espresarse: luego prosiguió el marqués:

—Señores, esa beldad, la inamparable Aurora debe ser notabilísima, ó por su hermosura ó por su historia, segun la predileccion que hácia ella significa la baronesa de Rocamar.

—¿Tanto se ocupa de esa jóven?—preguntó don Juan.

—Media hora estuve escuchando una conversacion de la baronesa con mi prima, segun ya os he dicho, la condesa de Montelirio; y creyendo las dos que no recogia sus palabras, y qué estaba embobado atendiendo á la linda jóven con quien yo departia, me revelaron en cierto modo sus planes. El de la baronesa inícuo: el de la condesa bien intencionado, aunque trascendental por las consecuencias que pudiera traer.

—¡Curiosa es la tal aventura!—esclamó don Juan haciendo un esfuerzo por sonreirse.—Seguíd, seguíd, marqués, no vayais á dejarnos á media luz en un negocio que, segun parece, está envuelto entre las sombras.

—Ante todo, señores, fio en vuestra caballerosidad, pues no dudo sabreis corresponder á mi confianza.

—Por nuestra parte,—dijo Centellas,—descuidad, señor marqués; hablamos pocas veces á la sin par Aurora, porque hace una vida mongil, y es lástima, porque su belleza está en armonía con sus talentos y finos modales. Julio ha tenido la suerte de hablarla con alguna mas frecuencia, pero este amigo,—señalando á don Ventura,—y yo no hemos disfrutado ese placer de oirla tantas veces como lo hemos deseado.

—Yo siento un deber de gratitud hácia esa noble señorita,—añadió don Ventura,—y no he podido espresárselo.

Don Ventura refirió en breves palabras la muerte de su hijo y la ternura de Aurora cuando fué á vestirle la mortaja en union de Fermina, Luisa y Adela.

El marqués se enterneció al oir á don Ventura.

Juan-Diablo seguia indiferente, si bien en su alma sintiendo indecible complacencia al escuchar los elogios que tributaban á su idolatrada Aurora.

—Creo,—dijo el marqués,—cuanto decís de esa infeliz señorita, y por la misma razon os advierto que está en peligro de...

—¿Será capaz la baronesa de atentar contra la seguridad de Aurora?—preguntó don Juan.

—No lo dudeis: proyecta algun atentado.

—¿Será posible?—interrumpió entristecido el poeta.

—Pero no vayais á causar una alarma inconveniente en su familia... ¡por Dios!... vigilad á la baronesa y estad prevenidos.

—Yo no conozco á tan sañuda señora, y puedo aseguraros que tampoco la conocen, ó al menos no es visita de la casa en donde vive la que es objeto de sus crueles é injustas asechanzas.

—Pero mi prima la condesa...

—La condesa de Montelirio,—prosiguió Julio,—es digna de estimacion, y he oido elogiarla mucho á la familia de Aurora.

—Mi prima la condesa es, contra su corazon, un instrumento del que se sirve la de Rocamar para ver realizados sus inícuos planes. Os lo advierto.

—¿Y qué pretende esa mujer infernal?—preguntó Juan-Diablo.

—No pude penetrar en los detalles de esa conjuracion mujeril, aunque deduzco que su intento es sustraer ó retirar de ciertos amores á esa infeliz criatura.

—¡De sus amores!—esclamó admirado el poeta.

—La baronesa pronunció la palabra «amante de Aurora,» y por cierto que descargó una andanada de dicterios sobre él, como si fuese un bandido.

—¡Un bandido! ¡Voto al infierno! La baronesa no conoce sin duda á la celestial Aurora.

A esta observacion de Julio rompió don Juan el silencio, y dijo afectando ser indiferente á la cuestion:

—Nada me interesan esas intrigas... mas por los antecedentes que tengo de la baronesa de Rocamar y los que refieren estos caballeros acerca de Aurora, desde luego apostaria que esta última es un ángel comparada con la primera.

—Así lo creo yo tambien, señor don Juan,—observó el marqués.

—¿Y qué decia del amante?

—Le trataba como á un bandolero.

—Pues la ilustre dama tiene dulcísimos sentimientos.

—Es una harpía.

—Así cuentan.

—Si la tratárais...

—Vale mas no tratarla.

—Decís bien.

—¿Y qué puede resultar, tanto á la bella Aurora como á ese amante *incógnito*, y quizá fingido ó *supuesto*?

—Nada bueno, atendida la intencion de la baronesa.

—Quizá os engañais,—dijo sériamente don Juan.

—O quizá vos, mi amigo: la baronesa es audaz.

—Seria conveniente prevenir á la familia de...

—Estad únicamente prevenidos, es decir, alertas.

—Seria un atentado digno de execracion,—esclamó Julio.

—¡Y de venganza!—añadió don Juan.

—Pero como la encubre un fin religioso...

—Mejor diríais un *medio*, porque el *fin* es detestable.

—Exactamente, don Juan; eso quise manifestaros.

—Por mi parte me ofrezco á vigilar á la baronesa.

—A la baronesa de Rocamar, nó; á mi prima la condesa de Montelirio, sí.

—Dice bien el señor marqués,—observó don Juan.—Si la primera no frecuenta la casa de Aurora, lo conveniente será vigilar á la condesa.

—Y acertareis.

—Pero ¿y el amante?

—No pude traslucir... ni su nombre.

—Todo eso es una superchería, una vil calumnia; ni Aurora tiene amante, y si lo eligiere... seria correspondiente á su clase.

—Dicen que de humilde orígen.

—Estais equivocado, señor marqués; sospecho que ha de ser muy distinguido.

D. Juan oia con júbilo al poeta, que tan ardientemente supo defender el honor de Aurora.

—En ese caso, ¿cómo vive tan retirada?

—Porque es pobre.

—¿Tiene padres?

—Es huérfana.

—¡Oh!... entonces no es de estrañar su recogimiento. ¿Sabeis, —prosiguió el intrépido marqués de Valdeclaveles,—sabeis que estimaria mucho me dispensárais la honra de presentarme á esa bella señorita?

—¿Con qué objeto?—le preguntó don Juan.

—Con el de conocerla y salvarla, si era necesario, de la red que la tiende la baronesa. Juro que no llevaria otra intencion; dispensadme la justicia de creerme humanitario y prudente: no en todas ocasiones me presto á las aventuras y devaneos.

—No os ofendais, marqués,—dijo Juan-Diablo;—mi ánimo no fué herir vuestra susceptibilidad, sino informarme de las intenciones que os guiaban á conocer á esa infeliz señorita, de cuya virtud no es posible dudar.

—Yo no he puesto en duda su recato: lo sensible es que su tristísima situacion, su horfandad, la dejen al arbitrio de la baronesa; yo desearia, sin lastimar su delicada virtud, ofrecerme á escudarla contra esa infernal mujer.

—Es difícil conseguir lo que V. desea,—advirtió Julio.

—La razon.

—Yo, señor marqués, frecuento hace tiempo la casa de doña

Beatriz, tutora de esa señorita. No podeis imaginaros la dignidad con que tratan á su pupila. Esta vive muy retirada: la vemos pocas veces. Vea V. la clase de personas que serán, cuando yo mismo estoy privado de concurrir desde que soy objeto de las persecuciones de la policía.

—¡Tan timoratas son!

—En estremo.

—Yo hace quince dias que concurro á casa de Aurora,—dijo Centellas.

—Aun menos hace que yo tuve la satisfaccion de conocer á esa respetable familia,—manifestó don Ventura.

—¿Es decir, que ninguno de VV. se encuentra facultado para presentarme?

—Y lo sentimos.

—Con el tiempo, y si os fiais de mí, señor marqués,—dijo gravemente don Juan,—yo me encargo de buscar quien os presente.

—No hablemos mas de este asunto, señor don Juan; propongo un brindis á la bella Aurora.

—Brindemos.

—Con mucho gusto.

Llenaron las copas, y se brindó por este órden:

Marqués. ¡Que el cielo me permita ofrecer á la hermosa víctima, despues de mis respetos, mi humilde amparo, con el fin de desbaratar los proyectos de su verdugo!

Don Juan. ¡Al digno marqués de Valdeclaveles, por su hidalguía en sentir duelo por el infortunio de Aurora!

Don Ventura. ¡Brindo á ese ángel de paz, que eternamente vive en mi corazon, y por quien sacrificaria gustoso la existencia!

Julio. Aurora es una flor, á quien el huracan de la envidia no ha conseguido robar su hermosura, porque es la vírgen de dulce melancolía, que no palidece con los rigores; antes bien su triste pena la enaltece, y brilla tan bella como un querubin,

cual un astro de amor y de esperanza. ¡Brindo á su salvacion, y que el cielo se conduela de su inmerecido estado y la depare un amante digno de su primor y de sus virtudes!

CENTELLAS. ¡Brindo porque la baronesa reciba el castigo que se merece, y porque la infeliz y cándida paloma no se precipite en las garras del ave furibunda que la persigue!...

Don Juan celebró mucho los loores de que era objeto Aurora: sintiendo viva complacencia é ideando el medio de que el marqués fuese útil á la desgraciada huérfana, le dijo:

—Terminado este incidente de la astuta y cruel baronesa, permitidme, señor marqués, una observacion.

—Sois muy dueño de hacer lo que gusteis.

—Hablad á vuestra prima la condesa, revelándola los nobles y merecidos elogios que acerca de Aurora hemos escuchado, ínterin yo discurro un medio para que la saludeis y podais ofreceros de la manera que habeis dicho.

—No hay inconveniente; mañana iré á trasmitir tan honrosos informes.

—Mañana al oscurecer me esperais en el Suizo.

—No faltaré.

Repitiéronse los brindis y las mútuas y generosas ofertas de amistad, y la conversacion giró nuevamente en estos términos:

—¿Y qué pensais hacer, amigo Julio?

—Libre de mis perseguidores continuaré el estudio, asegurándoos que no vuelvo á ser instrumento de agenas ambiciones.

—¿Luego lo habeis sido?

—Cierta y desgraciadamente lo fuí, pues aunque yo rehuso estrañas inspiraciones, y cumplo lo que me dictan mi opinion y mi conciencia, en esta ocasion cedí á los ruegos de ciertos personajes, quienes al parecer conspiraban al noble objeto que yo me proponia en favor de la moral pública y las libertades de la nacion.

—¡Qué moral ni qué libertades... ¡Los ambiciosos no tienen otro Dios que su engrandecimiento, amigo Julio!... Estoy con-

vencido de que prevaliéndose del genio candoroso y poético de usted, han intentado un *golpe de efecto* contra determinadas personas que hoy brillan en las regiones oficiales... y despues...

—Despues... me han abandonado.

—¡Infames!

—Sirva de escarmiento.

—Así le aconsejamos todos.

—Amigo Julio, y permitidme os dé este título, porque desde hoy hemos de serlo,—esclamó don Juan.

—Me felicito de que así sea,—contestó el poeta.

—Voy á daros un consejo,—prosiguió don Juan.—En política, los que se precian de *hábiles*... echan mano de todo el mundo para conseguir sus fines; así atraen á un inocente como á un *perdido* cualquiera, porque todos son útiles, todos sirven; despues que han realizado sus deseos... *queman la escalera* por donde han subido; sirva de enseñanza.

—Agradezco, señor don Juan, vuestras leales advertencias. Me guiaré por esas amistosas indicaciones.

—Hareis perfectamente,—dijo el marqués:—los *políticos* en general, son gente astuta; ved qué vuelta ha dado la España, y cómo se han engrandecido muchos *pelagatos*, valiéndose de las legítimas conquistas que la revolucion ha hecho, de los adelantos que exige el progreso civilizador de esta época regenéradora; se intrusaron en las maniobras político-financieras, han *comerciado*... por supuesto con el disfraz, mejor dicho, con la brillante *careta política*.

—Hablais con profundo conocimiento de las cosas, marqués.

—Aunque niño... señor don Juan... he presenciado las intrigas de los mercaderes de la política; no es de estrañar que los pueblos vayan desengañándose.

—Hacen lo que deben,—interrumpió Centellas,—hacen lo que han debido hacer al principio de nuestras discordias civiles; porque esto no ha pasado de ser una *contradanza política*, en la cual unos hemos estado *embobados*... con la boca abierta como

simples *paletos*... y otros, despues de pescar sabrosos manjares, esquisitos dulces, es decir, sueldos, rentas, bienes y títulos, se han divertido alegremente, y hoy, aparentando *gravedad*, *moderacion* y *juicio*, se rien de los tontos y de los inocentes.

Aplaudieron la idea del curial Lope Centellas, y dando un nuevo giro á la conversacion, esclamó el marqués de Valdeclaveles:

—Amigo Julio, habeis sido ingrato.

—No lo creais.

—Os debo un desaire.

—Jamás tuve intencion de hacerle.

—Cuando os ví la última vez en el Suizo...

—Es verdad, me dísteis una targeta...

—Y bien, ¿por qué en estos dias de persecucion y de penalidades no me habeis buscado?

—Confiaba en vuestro generoso carácter... mas mi deber... mi delicadeza...

—Los que cual yo se brindan sinceramente, y no fingen, se orgullecen y esperimentan gran satisfaccion en servir á los amigos.

—Gracias, marqués... reconozco en vuestra alma el sentimiento *elevado* de vuestros mayores, no el sentimiento hipócrita, fingido, de bien parecer á la moderna usanza, ese aparente sentimiento de filantropía, de caridad, de que hacen alarde jesuíticamente los que ni son humanitarios ni caritativos.

—Hoy, señores... no hay mas que egoismo; ¡que Dios confunda á los egoistas!

—¡Bien, señor Centellas, bravo!...—dijo el marqués, y añadió:—Cada instante estoy mas satisfecho de haber encontrado á tan dignos camaradas. ¡A vuestra salud y felicidad!

Contestaron á este brindis, agradeciendo al jóven marqués sus finezas; y como viese don Juan que no era difícil se comprometiera su *incógnito*, ó se desvaneciese la misteriosa atmósfera en que vivia, por razon que oportunamente sabremos, propuso

terminar el festin improvisado, y marchó á tomar un té en el Suizo.

—¡Alto! señor don Juan... falta que nos sirvan el Ginebra.

—Marqués...—dijo el poeta Julio del Valle,—es suficiente... mirad que el Burdeos...

—Que sirvan lo que guste el marqués,—pidió el curial Lope Centellas.

—Soy de la misma opinion,—observó don Ventura;—y tanto soy de este parecer, que debemos sacrificar una hora mas á este goce, á esta delicia... de hallarnos tan favorecidos, así por el señor marqués, cuyo buen humor recuerda el mio de otros tiempos, como por la bondad de este caballero, quien por un instante perdonará si no vamos al Suizo.

—Que sirvan aquí el té.

—Aprobado, señor Centellas.

—Me resignaré, señores; respeto á la mayoría.

—Señor don Juan... no hay otro remedio... tened paciencia; constituimos el *mayor número*.

—Y esta mayoría no se parece á las de los parlamentos de todas épocas, que son siempre *oficiales*... es decir, del que *manda*.

—Esta mayoría es sincera y libre.

—Tiene espontaneidad.

—Tiene razon de ser.

—Los *mas* deben prevalecer sobre los *menos*.

—Amigo Centellas, eso no sucede en la política.

—Amigo Julio, acabáronse las cuestiones políticas, por enojosas y estériles.

—Decís bien, señor don Juan; hablemos de aventuras.

—Como gusteis, señor marqués.

—Para aventuras, las que ocurrieron á Julio no hace muchas noches,—dijo Centellas.

—Para misterios, los que nos pasan á los tres,—añadió el poeta.

El jóven aristócrata, deseoso, ávido de aventuras y misterios,

rogó y comprometió á Julio á que narrase los suyos; y el poeta, auxiliado en su memoria por el curial Centellas, entretuvo agradablemente á la reunion por unos instantes, refiriendo lo que ya está descrito en las anteriores páginas.

Habia olvidado la circunstancia del favor que sigilosa y misteriosamente habian recibido los tres amigos Julio, Centellas y don Ventura; mas este, sospechando alguna cosa del marqués, porque á Juan-Diablo no le conocian, manifestó deseos de referir los detalles de su crítica situacion y la manera de que habia librado del infortunio.

Centellas aprobó el pensamiento: el poeta se resistia... mas el marqués y don Juan, cada uno con diverso propósito, le instaron, y don Ventura Jeremías, oficial retirado y valiente campeon de la libertad, narró sus cuitas, las penalidades de sus hijos, la bondad del poeta Julio del Valle, los obsequios de su nuevo amigo Centellas, y últimamente la existencia del misterioso protector que á los tres habia favorecido.

El marqués se enterneció al oir la historia de los crueles rigores que sufrieron los hijos del valeroso oficial, é increpó y maldijo á los *partidos* y á sus *gobiernos*.

Don Juan, nuestro Juan-Diablo, sentia vivo interés oyendo la narracion de don Ventura, y particularmente la angelical dulzura de Aurora cuando corrió á poner la mortajita y la corona fúnebre á su niño.

—Don Ventura... podeis contar desde hoy con mi insignificante aprecio: no digo mas por no ofender vuestra delicadeza.

—Gracias, señor marqués... perdonadme... pero sospechaba si habríais sido vos... el *incógnito* protector nuestro.

—¿Yo? Siento no haber esperimentado esa envidiable satisfaccion; de saber el crítico estado en que se encontraban vuestros hijos y vuestra noble esposa, hubiera corrido á prestaros mi pobre auxilio, pero con franqueza, ¿para qué tapujos? Yo no hago los favores por vanidad, mas tampoco estoy porque se dispensen entre las sombras del misterio.

Hay circunstancias en que un favor debe dispensarse con reserva.

—No me opongo, amigo don Juan.

—La oportunidad es lo que vale.

—Lo sensible es que no conociendo á nuestros favorecedores, no podemos cumplir como caballeros.

—Esperad, —dijo el marqués reflexionando, —esperad... ahora recuerdo... sí... al través de mis locuras y el calorcillo que ya siente mi cabeza... sí... hago memoria... ¿no decís que sois oficial retirado... que se os murió un niño... que vuestra esposa ha sufrido una larga enfermedad... que viviais en un hediondo albergue, en un casucho, peor y mas negro que la conciencia de los *propietarios de casas*... generalmente hablando?

—Todo eso es cierto, señor marqués.

—Corriente; pues oíd: hace quince dias... sí... claro está.... no lo dudo... hace quince dias que hallándome en casa de mi prima la condesa de Montelirio, llegó un respetable sacerdote y la entregó una *nota*... un escrito... una recomendacion... de yo no sé quién... y mi prima derramó lágrimas. Recuerdo que hablaron de un oficial, herido en los combates... retirado... escribiente... sí... escribiente temporero... con mezquina recompensa... que arrostró mil compromisos, persecuciones, destierros, cárceles y otros martirios por su *opinion*...

—Cierto... cierto... señor marqués.

—En ese caso mi prima la condesa es vuestra protectora; yo escuché las órdenes que dió al sacerdote... y ví entregarle una targeta para...

—Justamente, para el director de una empresa particular.

—Es lo que decís... tambien yo le conozco, y os recomendaré mañana... sí... mañana de un modo eficaz, señor don Ventura.

—Gracias, marqués.

—¡Un brindis á la bella y generosa condesa de Montelirio!

Aceptaron la idea de don Juan, quien cautelosamente iba

reuniendo antecedentes para combinar mejor el medio de impedir el sacrificio de Aurora.

Julio improvisó unos versos á la condesa, que el marqués se empeñó vivamente en conservarlos en la cartera, por cuya razon aquel vióse precisado á repetirlos, y fueron los siguientes:

Rica flor, que ostentas pura
los mas límpidos colores,
el mejor de tus primores
es tu luz... luz de dulzura.
¡Angel de paz y ventura,
que alivia ageno martirio,
yo te ensalzo con delirio,
te saludo fervoroso,
de virtud ángel hermoso,
condesa de Montelirio!

—Os manifestais, señor marqués,—dijo el poeta,—escesivamente bondadoso conmigo; esta sencilla y pobre inspiracion, si bien nacida del alma, no vale la pena de que se archive, y sí debe olvidarse.

—Estais equivocado, Julio: vuestro brindis, por la oportunidad y el sentimiento que le inspira, es digno de trasmitirse á la ilustre dama á cuya virtud se ofrece.

—Haced lo que gusteis, mas sufro un sonrojo.

—El marqués discurre con juicio,—interrumpió don Juan,—y la condesa es digna de que se canten sus nobles rasgos: no obstante, urge advertirla que no se fie de la baronesa de Rocamar, mujer fatídica, pérfida, instigadora, segun habeis referido.

—Confiad que estoy interesado en hundirla, ó al menos en neutralizar su influencia.

—Respecto á don Ventura, ya hemos averiguado el protector... pero ¿y el nuestro amigo Julio?

—¿Tambien los dos habeis sido objeto de algunas obsequiosas atenciones?

—Sí, amigo marqués.

—Referidlas.

El poeta Julio, y luego el curial Centellas, demostraron cada uno la misteriosa proteccion de que venian siendo objeto, sin olvidarse de la órden de la autoridad superior política de Madrid, por la cual Julio quedaba libre de injustos perseguidores.

—¿Y no adivinais quién podrá ser ese oculto Mecenas, ese otro ángel de vuestra guarda?

—Lo ignoramos,—contestó Centellas.

—Yo...—manifestó don Ventura,—me inclino á creer que cierta señorita...

—¿Otras faldas?—esclamó el marqués riendo.—¡Voto á Barrabás, que he tropezado con la gente mas misteriosa y caballeresca al mismo tiempo que hubiera podido imaginarme!... ¿Qué decís á esto, señor don Juan? vos que tanto sabeis de mundo...

—Me suponeis lo que no soy,—respondió Juan-Diablo, aparentando la mas fria indiferencia.

—El amigo don Ventura ha llegado á creer que una bella jóven... prima de Aurora...

—Yo lá contaré... si Julio me permite.

—Contadlo, señor Centellas; pero esperad que nos sirvan el té, y saborearemos un *puro* al amor de esa nueva narracion, que promete ser deliciosa.

Pidieron el té, y el marquesito sacó una gran petaca y distribuyó esquisitos habanos á sus compañeros.

Esceptuando á don Juan, que esperimentaba cierta inquietud, los demás gozaban con las sencillas espansiones y carácter franco del marqués de Valdeclaveles.

Este, cual ya hemos dicho, era aficionado á lo maravilloso, y sin amar los vicios, sin ser intolerante, por el contrario, muy atento y flexible, cometia ciertas imprudencias, disculpables por su estraño deseo de conocer el mundo en todas sus manifes-

taciones, ó de penetrar en los secretos de esta sociedad culta, viciada, estravagante, buena, mala y loca en que vivimos. Alegres con las libaciones del Ginebra, y despues á la vista del humeante y aromático té y del rojizo licor de Jamaica, la verdadera familiaridad se iba estableciendo, aunque por otra parte no era de estrañar, porque siendo todos de buena educacion, no podia faltarse allí al decoro ni producirse inconveniencias de ninguna especie.

El amante de Aurora, Juan-Diablo, cubierto con la oscuridad de su reserva, porque el único que alguna cosa podia presumirse era el marqués por su entrevista en el baile de los gitanos, nuestro don Juan del Castillo, en fin, estaba seguro, al menos creíase no inspirar sospechas relativamente á su orígen y circunstancias.

Sin embargo, cual veremos, su misma reserva, los antecedentes que de él hubo de dar el marqués le presentaron como sospechoso en la cualidad de un hombre de mundo, de gran cautela é impenetrable misterio.

—Señores, prévia la autorizacion de Julio, diré á VV.,—observó Centellas,—que la señorita de quien sospechamos, es decir, presume don Ventura, es la hermosa Fermina, jóven interesante, que vive con Aurora, y cuyo amor tiene la honra de merecer este caballero.—Y señaló al poeta.

—¡Bravo!—esclamó el marqués.—Siendo poeta, lo lógico, lo natural, lo imprescindible, es que sea enamorado. Julio, os doy mi parabien.

—Gracias, amigo marqués, pero completad vuestros plácemes con el que debeis á mi amigo don Lope Centellas, porque ha merecido el amor de la bella Luisa, prima de Fermina.

—Señor Centellas... ¿V. tambien enamorado?

—Yo lo celebro mucho, y os doy mi enhorabuena,—dijo cortesmente don Juan.

—Gracias, señores: no debo negar que amo y soy correspondido.

—¿Y á pesar de vuestro alegre genio y travesura habeis caido en la red, señor Centellas?

—Como sucederá á vos mismo, señor marqués, si Dios no lo remedia.

—Soy muy jóven, aunque reconozco que todos estamos espuestos á que Cupido nos *ciegue* con su amoroso cendal.

—Yo he sido tan calavera como el primero, y militar,—observó don Ventura,—y sin embargo hoy tengo hijos, y es casi un milagro que me encuentre, si bien no doy por satisfecho, entre ustedes á estas horas y en tan bullicioso paraje.

—La vida tiene sus fases como la luna.

—Cierto, amigo Julio.

—La vida,—prosiguió el poeta,—dá principio en las borrascas delirantes y conmoventes emociones, y despues el iris de la reflexion sucede al vértigo, al torbellino de los sentimientos y de las ideas, porque los desengaños despiden gran luz y esclarecen la inteligencia del hombre.

—Sin que dejen de agradarme esas ideas filosóficas, estoy porque continueis reseñando vuestros amores, porque en verdad la morada de Aurora debe ser un albergue mágico, un nido de tórtolas, un pensil de purpúreas flores, el recinto de las musas...

—Razon teneis, señor marqués: Aurora, Fermina, Luisa y Adela...

—¿Hay otra deidad?

—Hermana de Luisa.

—¿Es decir que Luisa y Adela son primas de Fermina?

—Exactamente: Fermina es hija de una venerable anciana, doña Beatriz, que armoniza en todo con doña Carlota, madre de las citadas y virtuosas jóvenes.

—¡Pardiez! que se disfrutarán de deliciosos instantes en aquella mansion de hermosura y honestidad. No finjo, señores, por la misma razon que pertenezco al mundo aristocrático, y confieso sus censurables estravíos... respeto mucho la virtud, y especialmente si brilla en el oscuro rincon de la pobreza.

—Os enaltecen esos dignos sentimientos, marqués.

—Ante todo es preciso que seamos justos.

—No todos los que se hallan á vuestra altura lo son.

—¿Y qué quereis?... por eso la baronesa de Rocamar dice que soy estravagante.

—La baronesa os calumnia.

—La desprecio, amigo don Juan.

—No podeis imaginaros, marqués, el carácter honesto de la familia de que hemos hablado; sus costumbres, sus escrúpulos no parecen de esta época; especialmente las respetables ancianas doña Beatriz y doña Carlota, murmuran de este siglo que es un portento.

—Lo que dice Julio es la verdad, y nuestras relaciones, que han sido al acaso, lo acreditan.

—Yo merecí la honra de ser presentado á doña Beatriz por la señora esposa de un consejero, en cuya casa habia conocido á Fermina. Una cancion, por cierto, fué el primer albor, el primitivo destello de nuestras amorosas simpatías. A mi amigo Centellas le presenté yo para que gestionase acerca de unos atrasos en las pensiones que disfrutan doña Beatriz y doña Carlota. Ultimamente los infortunios de este caballero, de nuestro buen don Ventura, le acercaron á la morada de aquellos ángeles, verdadero anacronismo en una época de licencia, de ruda espansion y de escándalo. Básteos decir, señor marqués, mi desgracia de verme privado de visitarlas, sin otro motivo, sin mas razon que la de haber estado unos dias perseguido por mis opiniones políticas.

—Cosa rara en estos tiempos, amigo Julio: ¿no es verdad, don Juan?

—Ciertamente, esa familia merece mi respeto.

—En esta época de travesuras... hoy que por los paseos, las calles y las plazas, discurren los enamorados requebrándose libremente cual si estuviesen al pié de la reja en horas de oscuridad y de silencio... hoy que todo lo atropella el genio audaz de la juventud, que hay una tolerancia escesiva... es raro, es ma-

ravilloso hallar en un retiro honesto esas resplandecientes virtudes.

—Hablais, señor marqués, de un modo que revela ilustracion y sana filosofía.

—Señor don Juan, digo con franqueza lo qué siento.

—Acepto vuestro modo de pensar, marqués.

—Amigo Julio, siempre me hallareis lo mismo; pero no nos distraigamos: segun don Ventura, Fermina ha debido influir para que VV. los tres reciban misteriosamente esos favores.

—Don Ventura es de esa opinion.

—¿Y qué datos tiene para creer...

—Yo, señores, sospecho que Fermina, valiéndose de una de las elevadas relaciones que tiene su anciana madre, como viuda de un alto funcionario de la real casa, ó las de doña Carlota, viuda tambien de un distinguido militar, creo que Fermina, tan amable como bella...

—No soy de ese parecer; relativamente á V., señor don Ventura... lo comprendo... mas respecto á nosotros... lo dudo.

—Es verdad,—dijo Centellas:—nosotros, como amantes... no podíamos ser objeto de esos favores.

—Claro: la delicadeza de Fermina...

—Yo, amigo Julio, no he puesto en duda su virtud y esquisita dignidad.

—Lo sé, don Ventura, mas padeceis un error.

—¿Qué os pasa, señor don Juan?—preguntó el marqués, viendo á Juan-Diablo con cierto disgusto producido por el giro que habia tomado la conversacion, y que podria dar al traste con su calculada reserva.

—Nada ó casi nada... marqués: el tabaco es bastante fuerte, y aunque yo fumo con esceso... esta noche no estoy para fumar, y si me dais vuestro permiso...

—Qué, ¿os marchais?

—Voy á tomar el aire; además espérame un amigo, y la hora es llegada.

—Lo siento, señor don Juan... pero mañana... recordareis me dísteis palabra...

—Al oscurecer... en la puerta del Suizo.

—No faltaré.

—Señores,—esclamó dirigiéndose á los tres amigos don Ventura, Julio y Lope Centellas,—desde hoy podeis contarme como vuestro, aunque inútil y oscuro.

Dió á todos afectuosamente la mano, y don Juan desapareció pretestando ir á una cita, aunque no seria estraño que aun le viésemos durante esta noche.

XVII.

LA SOSPECHA.

Quedaron saboreando el té y los vegueros el marqués y los tres precitados amigos, y al ver partir á don Juan, manifestó el poeta Julio del Valle lo que sigue:

—Señor marqués, ¿conoceis á ese caballero?

—No sé qué contestaros.

—¿Luego no le conoceis?

—Con esta le he visto cuatro veces.

—Yo juraria haberle hablado en cierta parte, y por cierto que le oí saludables y juiciosas máximas.

—Es instruido, aunque su carácter misterioso le hace aparecer repulsivo y menos bondadoso de lo que en realidad es.

—Le he recordado nuestra casual entrevista, y se mostró indiferente.

—Le confundireis con otro.

—Podrá ser... pero creo no equivocarme.

—Yo,—dijo el curial Centellas,—le he visto en el despacho de mi procurador, y he traslucido que es hombre de buena sociedad y no escasa fortuna.

—He oido todo lo contrario,—interrumpió el marqués; y

luego prosiguió de esta suerte:—Se le atribuye un orígen oscuro y una vida aventurera y estraña.

—Sus modales son de caballero.

—Y sus acciones.

El marqués hizo narracion del incidente del baile de la gitana, del desafío del capitan Figueroa, y concluyó por decir que le parecia un hombre estraordinario.

—De cualquier modo su presencia me inspira un... no sé qué de bueno y fatídico.

—Los poetas, y no os ofendais, Julio, veis por un prisma caprichoso, no siempre de color de rosa.

—Aunque fuese poeta, que no lo soy, y gracias, marqués, por el título con que me honrais, en estas circunstancias... en el caso presente... miro por el prisma de la reflexion, y deseara no fuesen ciertos mis vaticinios.

—¿Qué sospechais?

—Que es un hombre funesto, aun contra su voluntad, su honradez y su filosofía.

El marqués lanzó una carcajada.

—No os riais.

—Es que yo tambien me rio.

—Tu genial, amigo Centellas, te disculpa.

—Yo opino como Julio; sospecho de ese hombre, y mas por los antecedentes que nos ha comunicado el señor marqués; y si nó, ¿qué significa esa targeta?

El marqués de Valdeclaveles habíales presentado la que don Juan le entregó en el café Suizo la noche de su primera entrevista, y que además de una *corona* tenia este nombre y cifras:

JUAN DEL CASTILLO.

M. D. C. DEL C.

-Este hombre,—observó Centellas,—debe ser de genial

raro y estravagante: se le conoce poco, y nada indigno de él se cuenta, á pesar de que se le apellida Juan-Diablo y se le dan otros apodos por el estilo. Pero son voces de vecindad, hablillas vulgares de los que le conozcan mas de cerca.

—¿Y dónde vive?

—Amigo Julio, en esta parte estoy tan á oscuras como VV.

—Entonces, señor marqués, no debeis estrañar mi sospecha.

—Lo que haré será penetrar en su historia, y luego contaréosla fielmente, á no ser que me exija palabra de honor de guardarle secreto, aunque no es creible.

—Señores, si os parece... la hora avanza...

—Amigo don Ventura... la noche la echamos á perros.

—Es verdad que la familia sabe con quién estoy.

—Dice bien el señor Centellas; ya es preciso dar una vuelta por esos mundos de Dios, y termínese la noche de un modo digno, pero bullicioso y alegre.

—Como gusteis.

—Marchemos de aquí.

—Al instante.

—¿Y á dónde vamos?

—En saliendo á la calle lo acordaremos.

Llamaron al mozo ó camarero que les habia servido, y cuando hubo de manifestarles que nada debian, ni aun la correspondiente propina, se miraron con sorpresa, y desde luego dedujeron que debian á Juan Diablo aquel fino obsequio.

El marqués lo sintió, é igualmente Julio, que habia tenido intencion de satisfacer la cuenta.

Salieron de los *Andaluces*, de uno de esos restaurants á la española, en donde si bien se vende *caro*, hay limpieza y esquisitos manjares, y marcháronse hácia uno de los barrios del Sur, siendo el guia el jóven é intrépido marqués de Valdeclaveles, á quien aun no conocian á fondo, pero que no retardaria el momento de dar á conocer una de sus caprichosas escentricidades.

Entretanto, y sin perjuicio quizá de volver á encontrar á este grupo de sencillos y decentes aventureros, veamos de qué manera consiguió don Juan á las primeras horas de aquella noche la libertad del poeta Julio del Valle.

XVIII.

UN ALTO CÍRCULO.

La alta sociedad no es la que menos bulle de noche; desde luego puede asegurarse que los *estremos se tocan*, es decir, que los de arriba y los de muy abajo, los distinguidos cortesanos y los oscuros seres que pueblan la córte, la *espuma* y la *escoria* social se dan la mano en eso de vivir mas de noche que de dia, ora en diversiones, bien sumergidos en el mar de mil proyectos diabólicos.

Porque arriba tambien hay diablos, y diablos mas astutos, de uñas mas afiladas, de intenciones á veces mas perversas que las que surgen de los ignorantes, y de otros seres dignos de desprecio, ya que no de lástima, por sus locuras y escandalosos estravíos.

Arriba se conmueve el espíritu de ambicion, se agitan vehementes pasiones, especialmente la de dominar, la de oprimir á sus adversarios, resplandeciendo en la cúspide del poder y de la fortuna.

Esto es hablando en general, porque tambien existen honrosas escepciones.

Penetremos en un elegante salon, profusamente iluminado,

y tras del salon en otros dos mas pequeños, y no menos ricos de luz y de elegancia.

Circulan por los tres salones señoras y caballeros, tipos genuinos de las altas clases sociales, si bien históricamente hablando, los habia de oscuro y aventurero orígen, mas disfrazados ya con el barniz aristocrático, envueltos ya en el ropaje del orgullo y de la opulencia.

Así es que al lado de un título de *pura raza*, noble de sangre, aunque esta cualidad es algo dudosa, porque la sangre suele estar viciada, no es la misma que circuló por las venas de los progenitores ó fundadores de un árbol noviliario, junto á un personaje de esta catadura, repetimos, se veia sonriendo á un ótro personaje de nuevo cuño, á quien las cruces y brillantes condecoraciones le sentaban tan bien como á un santo un par de pistolas.

Hay magnates, que por mas que su audacia ó su fortuna los lleve á la categoría de *personas ilustres,* descubren siempre el hilo grosero y primitivo de su orígen, la tosca urdimbre plebeya, y no porque sea plebeya puede ser menos honrosa.

Para nosotros la *humildad* verdadera de los pobres, desde luego es mas honrosa que la insolente vanidad de los que olvidan su procedencia, de los que se ofenden con recordar su oscuro linaje. Allí se veian, pues, confundidos los *bullangueros* á la antigua usanza, con los *conservadores* á la moderna; los que gritaron para escalar altas posiciones; los que oprimieron para retener las que habian conquistado, valiéndose tambien de sus arranques patrióticos, de su fingido amor á las libertades públicas.

Hoy maravillosamente se confunden todos los *afortunados*, todos los *bienaventurados*, y tienen formada una clase poderosa, y gracias si les dá porque marchemos por una senda de órden y de progreso racional y necesario, despues de tantos desórdenes é injusticias.

Una de las cosas que admiramos, una de las maravillas que sorprenden á los que imparcialmente comentan las veleidades

de esta época civilizadora, es la facilidad y la frescura de esas súbitas trasformaciones, de esos cambios de posicion social y oficial, que asemejan á las brillantes transiciones de una comedia de mágia.

¡Loado sea Dios! ¡Válme el cielo, y cuánta es la grandeza de esta época, de este siglo que se dice de luz, que se orgullece con el título de *nivelador*, moral y políticamente hablando, y que al mismo tiempo crea nuevas y orgullosas clases, hace *nuevos pobres*, y se engalana con pompas y atavíos mas ridículos que los del tiempo de los Cárlos y los Felipes de Austria!

En el bello sexo ocurre lo mismo; y si bien es digna de aplauso la conducta de ciertos personajes uniéndose á una humilde modista, á una simpática actriz, á una esbelta bailarina, y sobre todo brillando al par de su hermosura la virtud, primera y mas estimable prenda de la mujer, sin embargo, decimos, contrasta el tono de las nuevas damas nobles, sorprende su altivez, forma estraño conjunto en el gran cuadro social donde resplandecen las beldades de las antiguas razas aristocráticas.

¿Pues y los políticos?

Los *políticos* son aun mas petulantes.

Los *políticos* son aun mas coquetones.

Los *políticos* son aun mas veleidosos.

Hay políticos, no lo dudeis, con mas vanidad que don Rodrigo Calderon, si bien mas afortunados que la víctima del Conde-Duque.

Y hay *políticos* que no son *literatos*, ni bravos *militares*, ni famosos *artistas*, ni *sabios*; y aunque sin *letras*, sin *genio* y sin *heroismo*, ascendieron á la cumbre de la bienaventuranza, quizá por un *discursillo en el café*... quizá por haber servido de instrumento á horribles planes tiránicos.

Acababan de salir del confortable buffet, y se formaron varios círculos.

Por capricho escuchemos sus rápidas conversaciones, su palabrería, tan falsa como su sonrisa.

Círculo de personajes.

Un general.—Señor conde, estais empeñado en desdeñar al ejército.

Un conde *nuevo.*—Es justa la preponderancia del poder civil.

General.—El ejército es su mejor escudo, su inespugnable baluarte.

Un conde *viejo.* —Decís bien, general.

Conde *nuevo.*—La representacion nace, se deriva, propende...

General.—No comprendo vuestra fraseología, señor conde.

Conde *nuevo.*—Ya se vé... la ilustracion de los hombres civiles...

General.—Es claro, su astucia aventaja á la de los militares, y estos han sido tan *cándidos*... que contribuyeron á realizar vuestra grandeza. Vos, señor conde, desdeñais hoy al ejército, y si no hubiera sido por las manifestaciones armadas que siempre *inició* el ejército (véase la historia), no seríais conde, como no hubiérais merecido la calidad de diputado, ni despues la de ministro.

Un aristócrata de sangre.—Teneis razon, general: sin el arrojo y patriotismo del ejército unido al pueblo, no hubieran salido de la oscuridad muchos murciélagos que hoy, en vez de negras alas, lucen los vistosos colores de la mariposa.

Círculo de banqueros.

—¿Os vais á titular, don Nicodemus?

—Justamente: al ver que vos lo estais... señor don Dimas... al ver que sois nada menos que duque... no os sorprenderá me titule yo siquiera baron ó vizconde.

—¿Y V... don Policarpo?

—Yo no estoy por otros títulos que los de la deuda. No cotizo *cintas* ni *ejecutorias*; yo soy consecuente y no me avergüenzo de recordar que he cargado muchos *fardos*, que he vendido aceite, sardinas y lentejas... y me importan un comino vuestros

uniformes, placas y lacayos. Dinero, acciones de ferro-carriles, *treses*, fincas desamortizadas, *bienes agenos* y *bienes de propios*, casas y otros negocios... he aquí sin vanidad mis humos aristocráticos.

—¿Y cómo estamos de ministerio?

—Se hará una negociacion... ventajosa.

—Sin nosotros, el ministerio vacila.

—Pues... ¡firmes! y que pague con *usura* nuestro *desinteresado* apoyo.

—Se habla de un empréstito con cierta casa estranjera.

—Entonces nos desprecian.

—Seria una burla.

—Aprovechemos los instantes.

—¿Por qué?

—Porque llegará un dia en que existirá un gobierno de *moralidad* y de españolismo, que acabe de dar *brevas* á estranjeros y nacionales prestamistas.

—Don Policarpo... no os ofendais.

—No hay motivo.

—Es que iba á decir...

—No os detengais.

—Que no habeis olvidado el *lenguaje de mostrador*.

—Verdad es que es algo rudo... pero no lo puedo remediar.

—Tan rudo y áspero como vuestras montañas.

—En mis montañas hay menos víboras y lobos que en esta Babilonia, en este endiablado Madrid. Perdonad... no es una alusion.

—Se comprende.

—Sí, claro; está comprendido.

—No hemos de mordernos nosotros.

—No faltaba mas: ¡qué se diria de tan respetable clase! Ved como todos nos adulan, palaciegos, ministros, la aristocracia, el clero...

—El oro es el rey del mundo.

—El mundo... la sociedad es la que no tiene vergüenza.

—Don Policarpo... ¿qué decís?

—Ya sabeis mi sencillez, mi habitual manera de espresarme.

—Sí... pero nuestra categoría... nuestro honor, el crédito...

—Es verdad, el *crédito*, esa palabra sacramental, de mágico poder, que encubre tanta miseria... tantos y tan negros lunares... tan sucios pecadillos...

—¡Sois intolerante!

—¡Insufrible!

—Perdonad... la Europa culta es la culpable: la moderna sociedad, el predominante egoismo, el inmoderado amor al lujo y á los placeres... todas estas circunstancias son causa de que se nos rinda homenaje... á nosotros... á los *nuevos judios*, á los improvisados Samueles, que en un billete de banco, en un *talon*, capaces serian de amortajar la vida de un ministerio, la paz de todo un pueblo, las glorias mismas de Alejandro.

—Por Dios... que estais...

—No se os puede oir, amigo mio; doblemos la hoja.

—Sí, cerremos el libro verde... en cuyas páginas se consignan tantas liviandades y perfidias.

—Señor don Policarpo... estais hecho un demagogo, un anarquista.

—Yo tengo el corazon de un pobre montañés sincero y franco, aunque visto el traje de rico banquero, y trascienda á fortuna á cien leguas, cual en otro tiempo apestaba á bacalao, canela y aguardiente.

En una antesala hallábanse dos personas, cuyo diálogo nos interesa.

—Podíais haber pasado al salon, amigo don Juan: ya sabeis que el conde os aprecia y os recomendó con eficacia; es verdad que no es de vuestras opiniones.

—Gracias, señor don César: mi venida tiene por objeto pediros un nuevo favor tras de tantos otros como os he merecido;

pero teneis vos mismo la culpa, merced á vuestra inagotable bondad y escesiva atencion.

—Sois acreedor á mi aprecio: dejaos de cumplidos; ¿qué deseais?

—Acaso tendreis noticia de cierta *sátira* en verso que circuló estos dias contra determinados personajes.

—La he leido.

—Su autor, que es un jóven sin esperiencia... pero de altivos sentimientos y honrosa conducta, se halla perseguido por la policía... y su situacion es precaria; justo es que se le preste amparo y se le salve del infortunio.

—Teneis razon; por mi parte haré mi deber.

—Lo esperaba de vuestra hidalguía, señor don César.

—Y bien, ¿qué necesita? Pasaporte, dinero... lugar seguro...

—La libertad.

—¿Y cómo conseguirla?

—Vos sois amigo del gobernador...

—Sí, pero mi asiento en el Senado... la guerra que incesantemente sostengo contra la dominacion actual...

—Sin embargo, como particular, como un hombre eminente, gozais de la estimacion general y de envidiable crédito.

—Me enalteceis en demasía; probaremos, y si lo conseguimos tendré una satisfaccion en complaceros... además que ese desgraciado jóven lo merece. ¿No se llama Julio del Valle?

—Cierto.

—Pues si le tratais, recomendadle prudencia, y que no sirva de instrumento á miras ambiciosas.

—Perded cuidado, que no incurrirá en otro inocente estravío.

—Y el pueblo ¿qué dice?

—Señor don César... el pueblo murmura, y nada mas.

—Luego siente.

—Los enfermos son los que se quejan.

—Todo el que está mal.

—Estos *moderados* son tan suaves...

—No sé por qué se han de llamar así.

—El nombre está desmentido por los hechos.

—La hipocresía es hoy una cualidad predominante.

—Y bien, señor don César, ¿cuándo hablareis al gobernador?

—Ahora mismo, si gustais.

—¿Está en la reunion?

—He conversado con él un largo rato.

—Si os parece...

—Le hablaré al momento; mas antes me cumple indicaros, amigo don Juan, que á primera hora estuve en la recepcion de la baronesa... y segun he podido traslucir, sois objeto de una torpe asechanza.

—¿Lo creeis así?

—Estoy enterado.

—Gracias, señor don César.

—Os vigilan...

—Yo tambien vigilo.

—Ved, don Juan, que ciertos personajes os consideran *hombre temible*... y bastará una indicacion de esa pérfida mujer...

—Todo es posible; mas respecto de mí, no lo siento: lo que me causa pena es aquel ángel, la infeliz Aurora... alucinada...

—Oí su nombre.

—¿Quién lo pronunció?

—La baronesa de Rocamar, hablando con la condesa de Montelirio.

—Y no pudísteis comprender...

—Lo bastante para deducir que su libertad peligra... proyectan sepultarla en un monasterio.

—Si mis negocios...

—De aquí á tres dias... ultimados.

—¡Don César!... ¿Será posible?

—Lo que oís, amigo don Juan.

—¡Cuánto os debo!

—Vuestra familia en tiempos fué protectora... justo es corres-

ponder, aunque sin esta circunstancia vuestros brillantes merecimientos y vuestras opiniones...

—Señor don César... os viviré eternamente reconocido, pero permitidme que no alimente esa lisonjera esperanza.

—Hoy he visto al ministro de Estado, á quien el Consejo Real devolvió el espediente con satisfactorios informes.

La llegada de otro personaje interrumpió la conferencia de Juan Diablo con el senador don César, á quien ya habíamos visto en los salones de la astuta baronesa de Rocamar, á quien apellidó *mujer diabólica* por su travesura y perverso instinto.

Don César era un caballero respetable, un digno y noble magistrado, de ilustracion profunda y de rectitud notoria.

Hallábase *cesante* y en lucha abierta contra la dominacion funestísima de los moderados de aquellos tiempos... (1852); mas su cariño hácia don Juan, á quien sin duda conocia desde la niñez, le borró sus escrúpulos oposicionistas y fuese inmediatamente á pedir un salvoconducto para el perseguido poeta Julio del Valle.

El gobernador celebró mucho que un hombre de la importancia del orador oposicionista se acercara á pedirle un obsequio, siquiera fuese en pró de una de las víctimas de su partido.

La merced fué otorgada inmediatamente, y Juan-Diablo se constituyó en el gobierno con un esbirro, á quien su gefe mandó para que estampasen el sello en la *órden*, la cual recibió el cuitado poeta sin comprender el orígen de aquella proteccion misteriosa.

Juan-Diablo se retiró de su entrevista con don César lleno de luto el corazon, si bien le sonreia cierta esperanza de ver pronto desvanecido el rigor que ambos amantes esperimentaban.

No sabemos á qué clase de negocios aludia el ilustre senador, y que tanto anhelaba don Juan ver terminados; pero tal vez podrian llegar tarde y hundirse para siempre en la inquietud y en el desconsuelo. Mas temia por Aurora.

La suerte de la vírgen de su amor y sus dulces ensueños le traia en amarga incertidumbre, porque ello era indudable que la baronesa de Rocamar conspiraba sin tregua contra la infeliz que tuvo la desgracia de inspirar en su corazon inestinguibles y rabiosos celos.

Por esta causa redobló Juan-Diablo sus esfuerzos, y desde la reunion en que se hallaba don César, desde aquel alto círculo partió para el café, valiéndose de un amigo para entregar á Julio del Valle la inesperada cuanto lisonjera órden de libertad.

Despues corrió en busca de Pablo el cantero, para prevenirle ciertas cosas respecto á la baronesa; mas no hallándole en algunos sitios de aquellos que mas podria frecuentar el honrado y liberal obrero, resolvió hablarle al dia siguiente.

Sin embargo, sabiendo el amigo que habia entregado la órden á Julio el paradero de Pablo, le encargó don Juan le buscase, haciéndole saber que le esperaba.

Urgia verle, porque la baronesa puso en accion su vengativo rencor, prometiéndose un resultado satisfactorio, aunque fatalísimo para los dos amantes.

Al salir Juan-Diablo de los Andaluces, dirigióse en busca del cantero, mejor dicho, en seguimiento del que habia ido á buscarle.

Interin le encuentra, veamos lo que en otro sitio ocurre, que es de importancia suma para el porvenir de nuestro héroe, cuya suerte en aquel momento era penosa.

La hora es avanzada; aun nos restan graves sucesos que narrar, y dándoles el turno debido, volvamos á la recepcion de la baronesa de Rocamar, sorprendida por un oscuro fantasma en medio de sus placeres y sus diabólicos proyectos.

XIX.

LA IRA Y EL TERROR.

Venid, lectores, á un pequeño y lujoso gabinete.

Reclinado en un sillon hay un hombre, cuyo traje y sombrío aspecto contrastan estraordinariamente con el brillo y la elegante atmósfera que respira.

Semejábase á la sombra del mal presagiando un lúgubre acontecimiento.

El hombre estaba melancólico.

El desconocido temblaba... y sin embargo, veíase muy seguro en aquella mansion de placeres, de vanidad y de magnificencia.

Temia ver el semblante airado de la persona á quien en tan altas horas buscaba con afan.

Una jóven hay á su lado: está de pié: le contempla: duda de su esterior poco favorable: se abisma en conjeturas... mas no acierta á qué puede venir aquel hombre.

No obstante, reconoce que está facultado para visitar á su señora, puesto que el ayuda de cámara vió la *contraseña* y le franqueó el paso.

Lo que es indudable, que debe tener importancia.

—Ya os he anunciado,—esclamó la jóven.

—Está bien.

—¡Qué traerá este hombre!—dijo para sus adentros la doncella.

—¡Con gran atencion me mira esta muchacha!—murmuró tambien el desconocido.

Era la primera vez que la jóven le veia, y jamás oyó pronunciar su nombre.

Al poco rato se entreabrieron las colgaduras de seda amarilla que cerraban la entrada del gabinete, y apareció una distinguida matrona, de tez morena, pálida, de ojos grandes y llenos de fuego, de ese fuego que imprimen al mismo tiempo la pasion y la melancolía.

Era la baronesa de Rocamar, á quien su doncella Clara habia llamado y hecho salir de la reunion para un asunto interesante.

El personaje que la esperaba no era otro que Pepe el gitano, el tio Telarañas, que se alzó del sillon y saludó respetuosamente á la baronesa.

La doncella Clara, sorprendida de aquel misterio, salió del gabinete, abismando su ardorosa imaginacion en mil conjeturas á cual mas estrañas é inconvenientes.

—Y bien, ¿qué motiva tu presencia á estas horas, Joselito?

—Magdalena... tu seguridad...

—¡Insolente!

Y la baronesa conmovida, con sensible inquietud, lanzóse á la puerta del gabinete, por si Clara habria estado escuchando.

—Perdonad... baronesa...

—Verdaderamente eres imperdonable, Joselito: en los palacios las paredes oyen.

—Sí, es cierto, hay en todos numerosos espías, y la murmuracion es en ellos moneda corriente.

—La doncella es de confianza... mas no debo consentir que...

—Es justa vuestra observacion... señora: he sido imprudente.

—Y á estas horas...

—He querido aprovechar el tiempo.

—¿Tan deprisa estás?

—Mañana seria tarde.

—¡Mañana!

—Sí, señora... el tiempo urge...

—Esplícate.

—Me persiguen, baronesa.

—¿En qué grave falta has incurrido?

—En ninguna.

—Entonces... ¿qué temes?

—Miento... cometí la falta de ser para vos... es verdad que yo no tengo la culpa... mi pobre hermana...

—¡Silencio, por Dios, silencio!

Y la baronesa tapó con sus delicados dedos los amoratados y vinosos lábios del gitano, quien se asemejaba á un juez ante un infeliz reo, segun la altiva gravedad con que se ostentaba.

Sin duda el recuerdo de otros dias, los secretos quizá de algunas importantes circunstancias... le revestian de cierta superioridad, que era en estremo ofensiva al orgullo de la indómita baronesa.

Sufria la ilustre dama, y ansiando terminar aquella sorprendente entrevista, le dijo:

—¿Vienes por dinero?

—Señora... recordad que siempre fué preciso que me instáseis para recibir vuestros favores: yo nunca los he solicitado.

—Es cierto.

—¿Y para qué me ofreceis vuestro oro?

—Como no sé á lo que vienes.

—Lo sabreis.

—Despacha: reflexiona qué estoy haciendo falta en otra parte, y que por no hacerte esperar, he pretestado una ligera indisposicion, y estarán con inquietud las respetables personas que esta noche me han favorecido.

—Yo tambien vengo á favoreceros... baronesa.

—Concluye.

—No he comenzado, señora.

—¿Te burlas?

—Jamás me he burlado de nadie.

—Me martirizas... y no sabes...

—Paciencia, señora, paciencia.

—¡Acaba, Joselito... que me estás despedazando el corazon!

—¿Y mis años?

—¿Y á qué viene eso?

—¿Conque yo no soy tambien respetable?

—Sí... por la edad.

—Y por...

—¡Silencio! Pepe... nadie perderia mas que tú.

—No sabemos.

—Cometerias una infamia.

—Procederé como procedan conmigo.

—Yo no amenazo... mas si tu intencion...

—Yo nada temo.

—¿Concluyes?

—Hasta hoy no tengo de qué arrepentirme, baronesa: siempre os he respetado.

—Es verdad.

—Y me debeis favor... y cariño.

—¿A qué vienes?

—Veo que os impacientais.

—¡Estoy abrasada!

—Oid.

—Que me esperan... ven á otra hora.

—No puede ser.

—La razon.

—Antes que brille el alba debo estar fuera de Madrid.

—¿Y qué motivos tienes para marcharte?

—Me persiguen.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—No comprendo... esplícate: has bebido con demasía... y sin duda tu espíritu...

—Mi espíritu, baronesa, está mas tranquilo que el vuestro: bebí... mas no estoy embriagado.

—Revelas temor... ¿qué te pasa?

—¿A mí?

—¿A quién ha de ser?

—Pues yo nada temo: en todo caso, vos tendríais la culpa.

—¡Yo!

—Sí, señora... vos.

—O te esplicas, ó te dejo.

—Haríais mal, baronesa.

—¿Concluyes?

—Escuchad: os dije no ha muchos dias que el marquesito de Valdeclaveles...

—El marqués...

—El marqués, baronesa... me ha preguntado si os conozco.

—¿Le has vuelto á ver?

—Esta misma noche.

—¿En dónde?

—En mi propia casa.

—¿Y qué te preguntó?

—Sospecha la verdad: está receloso de que yo descubriese, ó haya descubierto la aventura del baile.

—Y bien...

—Me preguntó si os conocia, baronesa.

—¿Y qué has contestado?

—Que nunca habia oido vuestro nombre.

La baronesa suspiró tranquila, y dió al mismo tiempo una carcajada; luego esclamó:

—No hagas caso del marqués: su genial es el de un niño.

—Creí haceros un favor, baronesa... pues como se dice que

será vuestro esposo, yo quise avisaros de sus estravagancias y de los riesgos á que se espone por esa vida de devaneos y de peligrosas costumbres.

—Gracias, Joselito: no me inquieto por el marqués; aprecio mucho á su familia... mas ningun compromiso formal nos une.

—¿De veras?

—Puedo asegurarlo.

—Si es así...

—¿Has concluido? ¿te se ofrece alguna cosa?

—No he concluido.

A esta fria respuesta del gitano, que al mismo tiempo se levantó, hubo de ponerse la baronesa pálida como la muerte.

—¡No has concluido!

—Nó, baronesa.

—¿Y qué novedad vas á comunicarme? si es como la del marquesito... no te escucho: estás abusando de mi escesiva condescendencia.

—Os equivocais: vengo á favoreceros.

—Dí pronto lo que te ocurra... ó me retiro .. y tú serás responsable...

—Eso es lo que siento... el ser responsable hasta de vuestro nombre.

—¡Insolente! ó callas, ó mando...

—¿Y qué habeis de mandar?

—Tu burla es horrible...

—No me burlo, baronesa; y si no decidme... ¿conoceis á Juan-Diablo, á don Juan del Castillo?

La baronesa lanzó involuntariamente un grito de terror, que obligó á Clara á presentarse, imaginándose ocurria algun grave suceso.

—Vete; nada ocurre... márchate...—la dijo aturdida la baronesa, y prosiguió en estos términos, dando vivas señales de su inquietud y espanto:

—¿Sabes tú quién es ese hombre?

—Por él, nó.

—¡Pero le has visto!

—Esta noche en mi casa.

—Y bien...

—Me preguntó con interés profundo, aunque disimuladamente, por vos.

—¿Y qué le has contestado?

—Lo que al marqués.

La baronesa, en un trasporte de alegría, abrazó al gitano.

—Gracias... Joselito.

—Mi corazon... mi sangre... no olvideis, señora...

—¡Silencio! No hables tan alto.

—Ese hombre, fuera de lo que pretenda respecto de vos, paréceme un caballero, y conmigo, y aun con otros muchos, lo fué muy cumplido.

—¡Un caballero!

—Su hidalguía...

—¡Es un infame!

—Baronesa, para mí no lo es.

—¡Para mí es un verdugo!... ¡es una horrible sombra!

—A eso venia, á saber de qué conoceis á Juan-Diablo.

—Es un secreto.

—Teneis pruebas, hermosa baronesa, de que guardo bien los secretos, y mas los que os pertenecen.

—No desconfío de tí.

—En ese caso hablad con franqueza... por si puedo serviros.

—¡Ah!

—Respirad tranquila... y ¡voto á Lucifer, que si no fuese tan viejo!...

—¿Me defenderias, Joselito?

—Con mi sangre.

—Esperad.

—¿Qué vais á hacer, baronesa?

—Voy á despedir á la reunion; hablaremos con mas quietud.

—Primero tranquilizaos.

La baronesa hizo un gran esfuerzo, y como su alma no era vulgar, aunque su orígen quizá lo fuese, presentóse á sus impacientes amigos, y pretestando síntomas de sus habituales *accidentes nerviosos*... tan generales en Madrid, no por su *clima*, y sí por la existencia espantosamente agitada que todos traemos; disolvió la reunion, habiendo rehusado el fino y tierno interés de algunas señoras, sus amigas, que se empeñaban en quedarse á cuidarla durante la crísis que la amenazaba. Empero la baronesa se mostró á la altura de su genio, revistiéndose de un valor estraordinario.

Disuelta la recepcion, tornó á la entrevista, que aunque dolorosa y estraña, era para ella en estremo interesante.

—¿Dijiste, Joselito, que me defenderias si no fueses tan viejo?

—Lo vuelvo á jurar.

—¿Qué temes de ese hombre?

—Respecto de mí, nada; respecto de vos... mucho.

—¿En qué te fundas?

—Ante todo, baronesa... decidme si sois ó habeis sido amiga de Juan-Diablo.

—¿Qué interés tienes en saberlo?

—Yo... ninguno.

—Siendo así, ¿por qué deseas conocer mi secreto?

—Para salvaros.

—Cuéntame, habla, Joselito.

—Baronesa... vos sois la que debeis referirme con sinceridad el género de relacion que os une ú os ha unido con ese hombre. Bastante he hecho yo sin que lo sepais.

Las suavès y delicadas manos de la baronesa oprimieron las negras y callosas del tio Telarañas... en señal de gratitud ardiente.

—Sí, Joselito... reconozco tu entrañable afecto.

—Yo he colocado cerca del marqués, juzgándole vuestro prometido, á Frasquito Esparaván, tambien de nuestra tierra, hom-

bre bueno y alegre, para que espiase sus acciones y daros parte de su conducta.

—Estoy muy agradecida; tambien he correspondido.

—Ya sabeis que no soy interesado.

—Ni yo rehuso jamás el favorecerte.

—Nuestra amistad... ¡qué digo!...

—Refiéreme lo que sepas de Juan-Diablo... de ese hombre á quien por desdicha conocí para que acibarase mi existencia, y cuyo recuerdo despedaza mi alma.

—Precisamente quiero saber si vos, hermosa... baronesa, le habeis revelado...

—¡Yo revelarle... nada... absolutamente nada!

—Pues entonces, ¿quién le ha instruido de que yo os conozco?

—¡Dios mio!

—Juan-Diablo sospecha que frecuento esta casa; ¿quién se lo ha dicho? ¿por quién lo sabe?

—No lo adivino.

—Quizá vuestra doncella...

—¡Imposible! Clara no habló jamás con Juan-Diablo; y es la segunda vez que te ha visto, y para eso la hice creer, que mi deseo de penetrar en lo porvenir, raro capricho á que ceden otras mil personas de mi clase, es lo que motiva tu presencia. Siento que te hayas presentado, y mas á estas horas. Cuando te ocurra verme... ya sabes á dónde puedes citarme.

—Yo sospecho de la doncella.

—Padeces un error: Clara no me hace traicion; además lo ignora todo.

—Lo cierto es, baronesa, que don Juan... me persigue, y no sé qué partido tomar en estas circunstancias.

—El desprecio.

—Y ¿quién responde...

—Tranquilízate, Joselito; á Juan-Diablo le cortarán pronto las uñas.

—¿Cómo?

—Le hundiré para siempre.

—¿Qué os ha hecho?

—Burló mi fé... ha sido un desleal... me ultrajó poniendo mi nombre al lado del suyo... y su nombre es deshonroso.

—¡Será posible!

—Juan-Diáblo es un vil seductor.... un libertino.... un....

—Baronesa.... tal vez los celos....

—¿Le defiendes?

—No quisiera defenderle sí es vuestro enemigo.... mas su reputacion corre limpia y honrosa por esos mundos... y cuidado que conozco á mucha gente, y á nadie oí lo que á vos.

—¡Tambien tú, Joselito, me abandonas!

—Baronesa.... ya sabeis que soy consecuente, y que en circunstancias difíciles.... os salvé de graves compromisos.

—Sí, pero ahora estás de parte de ese hombre, que es mi pesadilla, que es un puñal, cuya punta hiere constantemente mi corazon. ¡Vete de aquí! ¡Me has vendido!

—Señora....¿qué decís?

—Márchate.... huye y no me veas nunca.

—Baronesa.... ¿olvidais mis servicios?

—Vete, no tengo ya confianza en tí; eres amigo de Juan-Diablo.... el interés.... el vil interés.... ¡Me has perdido!

—¡Magdalena!....

A este nombre, que el gitano pronunció con vóz de trueno, la baronesa se incorporó, pues habíase caido sobre un sillon, herida de pesar, y le dijo:

—¡Confiésame si has revelado á don Juan nuestras relaciones, y si he de tener otra persecucion inícua, otro tormento infernal como el que estoy sufriendo!

—Baronesa... de mí no abrigueis recelo alguno; por el contrario... he venido á prevenir un nuevo golpe.

—¿Hablas con sinceridad?

—Si no tuviérais otras pruebas... podríais sospechar de un hombre que es vuestro único valedor en los instantes en que necesitais consuelo.

—Y bien, ¿qué piensas hacer?

—Marcharme de Madrid.

—¿A dónde?

—Lo ignoro: caminaré á la ventura.

—Pero avisarás en qué sitio te encuentras para...

—Baronesa, marchándome, evito dos peligros: primero, el que me tengais por sospechoso; y segundo, que Juan-Diablo, viendo mi reserva, no me arme alguna diablura, y...

—El sí que pagará pronto sus estravíos; por lo demás, si quieres respetarme... no te ausentes... Juan-Diablo antes de dos dias habrá pasado la frontera.

—¿Vá de viaje?

—Le obligan á viajar contra su gusto.

—¿Le destierran?

—Y si no lo consigo..., entonces... tanto peor para él.

—¿Tanta es vuestra ira contra don Juan?

—¡Una ira satánica!

—Sin duda la ofensa...

—Su agravio es imperdonable.

—El corazon de la mujer...

—La perversidad de los hombres...

—Sí, algunos... pero esa saña, baronesa...

—Mi rencor será eterno.

—No pronostico bien de vuestro odio contra don Juan.

—Veo que estás en su favor.

—Baronesa... no estoy en defenderle; pero fuera de los agravios que os haya podido causar, yo, por mi parte, no tengo motivos sino de agradecimiento, y sin embargo... me inspira temor... el temor de que venza mi firme resolucion de guardaros fielmente un secreto.

—En este caso...

—En tal situacion no hay otro camino que mi ausencia de Madrid.

—Tengo la seguridad de que durará poco.

—Si don Juan sale desterrado... como decís...

—Mira, Joselito... si tú me respetaras... si tú me fueses tan fiel como aseguras, podrias prestarme un singular favor.

—Esplicaos, baronesa.

—Juan-Diablo és un aventurero; tiene muchos enemigos; se desconoce su orígen; se le atribuyen algunas maldades... y nada mas sencillo que tú buscaras un hombre.... un *perdido* como él... y...

—Baronesa... ¿sabeis lo que hablais? Os ciega el rencor: contad con mi sangre... pero tan villanamente... ¡Jesus, qué baja cobardía! Perdonad, vuestro proyecto es sacrílego.

—¡Tu lengua sí que es sacrílega! ¡Huye de aquí!...

—¿Me arrojais, baronesa?

—Y castigaré tu traicion.

—Desleal... nunca. Dios os guarde.

—Deten.... oye....

—¡Me habeis llamado traidor!

—¡Lloras, Joselito!

—Si no respetara...

—¿Juras que no has revelado el secreto?

—Vivid tranquila, baronesa.

—¿Te resuelves á ausentarte de Madrid?

—La luz del nuevo dia me alumbrará á gran distancia de sus muros.

—¿Y si descubre tu paradero?

—No será fácil.

—¿Y si te encuentra algun dia? ¿Y si te ofrece recompensa?

—No quebrantaré mi fé por todo el oro del mundo.

—¿Y si te amenaza?

—Ni la muerte me hará variar de propósito.

—¿Lo juras?

—Por mi vida que os lo juro.

—¿Necesitarás algunos intereses para el viaje?

—Por hoy me sobran.

—Sin embargo... bueno es que te sobren muchos mas.

La baronesa dirigióse á un pequeño armario ó ropero, y sacó de un cajoncito varias monedas de oro.

El gitano rehusaba aceptarlas, pero la baronesa insistió en que las admitiese.

—Gracias... señora... me colmais de beneficios.

—Soy de parecer, que ínterin este hombre funesto se ausenta de España, ó...

—Baronesa... ved lo que haceis. ¡Si la causa de vuestro rencor contra don Juan es solo alguna cuestion de celos, no os comprometais á que vuestra honra se vea á merced de un villano! Creedme, baronesa; disipad esa horrible prevencion... despreciadle si quereis... mas de ningun modo os espongais á que mañana...

—Yo sé lo que cumple en esta ocasion.

—No olvideis mi consejo.

—Gracias, Joselito; vete sin cuidado, y escribe.

—Os diré dónde me encuentro... Adios... Magdalena... perdóname... Dios te libre de rigores y de infortunios.

El gitano besó con ardimiento y con dignidad la mano de la baronesa, y esta ocultó su rostro para ocultar al mismo tiempo una dolorosa lágrima.

XX.

LA DESESPERACION.

Quedóse la ilustre dama en un abismo de amargos recuerdos y hondas cavilaciones.

Al poco rato apareció la doncella.

—Señora...

—¿Qué ocurre, Clara?

—Si su señoría quiere recogerse...

—No es tarde.

—¿Me necesitais para alguna cosa?

—Acércate... oye un instante; siéntate aquí.

La doncella se sentó en una primorosa banqueta que habia al pié de un divan forrado en raso amarillo, tropezando su hombro derecho con la rodilla izquierda de la baronesa.

En tal actitud quedaron por unos instantes.

La baronesa tenia el rostro pálido, los ojos hundidos, su vista inquieta, espantada... síntomas evidentes de los tormentos que sufriria su espíritu.

Clara sospechó mal del gitano, y condenaba el capricho de su señora en admitir á un hombre, cuya presencia infundia miedo, aunque realmente el tio Telarañas era un buen hombre,

por mas que su fisonomía y su traje pudieran inspirar terror á los espíritus mujeriles, siempre débiles y asustadizos.

La baronesa habia caido en una profunda desesperacion, y no es de estrañar que su talento y habilidad no la hiciesen ver los imprudentes deslices en que incurria.

—Dime, Clara,—esclamó,—¿y tu novio?

—Señora...

La doncella sorprendióse con la inesperada pregunta, y llegó á temer algun contratiempo; así es que no supo qué contestar á la baronesa.

La distinguida cortesana, cual si fuese una fiera rabiosa á quien persigue una trabilla de lebreles, y que no sabe si retroceder por miedo á verse devorada, ó si seguir marchando, temiendo caer de fatiga, vióse por un instante sin resolverse, indecisa, perpleja, atónita, sin aliento, ahogando en su corazon una lucha desgarradora entre la ira y el terror, que la imágen de Juan-Diablo habíala producido.

El recuerdo de su amor, desairado por don Juan, que rehusó prestarse á sus inícuos proyectos... la idea del triunfo de Aurora, de aquella criatura triste y huérfana, radiante de virtud y de atractivos, todo influia en su alma, esperimentando por esta razon un pesar horrible.

—Te decia, Clara,—esclamó haciendo un esfuerzo sobre su infortunio, venciéndole al fin,—te preguntaba por tu novio, por Gimeno.

—Señora...—replicó algo turbada la doncella,—esta mañana estuvo aquí...

—¿Tienes confianza en su carácter?

—Hoy por hoy...

—Esplícate con franqueza.

Clara temia otra intencion en la baronesa, y luego diremos por qué, de su zozobra.

—Hasta hoy me inspira seguridad de que ha de ser un hombre honrado... que cumplirá sus promesas.

—¿Es decir que vuestra relacion es formal?

—Mis intenciones...

—Tu idea la comprendo... mas los hombres son muy falsos.

—Gimeno jura que ha de ser leal.

—¿Y qué antecedentes has procurado tener de ese hombre?

—Señora, me enseñó una licencia de soldado... nó, de sargento, y otros papeles ó despachos de diversos destinos que dice desempeñó en Cataluña y en América.

—¿Conque ha sido militar?

—Sí, señora.

—¿Será valiente?

—Su hoja de servicios es brillante.

—Entonces será un hombre que sepa de mundo... que nada le asuste...

—Así parece.

—Quiero hablarle.

—Si... me permite su señoría preguntar para qué objeto...

—Estraño que te atrevas...

—Temo que le reconvengais... si os disgustan nuestras relaciones, y no quisiera...

—No es para reconvenirle; es para fiarle una comision, un encargo, que si le desempeña á mi satisfaccion, os aseguro que sereis felices.

Clara quedó aturdida con este inesperado y misterioso capricho de la baronesa.

El corazon de la jóven palpitó de inquietud... quizá los celos... mas no se atrevió á inferir tal agravio á su ilustre ama, y se avergonzó de haber pensado que pudiese presentarse á disputarla su amor con un galan desconocido, y cuyos antecedentes positivamente ignoraba.

Gimeno era el famoso argelino, el Buitre, á quien ya hemos fotografiado.

Su carácter audaz y perversamente hábil, habíale conducido á requerir de amor á la bella Clara, quien á semejanza de la

mayor parte de las mujeres, mostróse con una candidez lamentable y funesta... creyó en el fingido afecto de un oscuro y aun criminal aventurero.

El corazon de la mujer se parece á la tierra vírgen y fecunda, que acoge tiernamente las mentidas frases de amor... las semillas impuras del delirio dulce y cariñoso... dando despues tristes y ponzoñosos frutos.

En esta parte el hombre tiene la culpa.

El hombre es quien engaña.

El hombre es un despreciable seductor.

Clara, luego que hubo de tranquilizarse, cuando el primer relámpago de los celos se desvaneció, imaginóse mil ideas de felicidad, mil sueños de ventura.

La palabra de la baronesa hizo surgir en su mente las mas encantadoras ilusiones.

—Cuando gusteis hablarle...

—Quiero verle mañana muy temprano.

—¿A qué hora?

—A las once.

—¿Antes del almuerzo?

—Te autorizo para que le presentes.

—Le avisaré, señora, y os doy anticipadamente las gracias por vuestra bondad.

—Si me sirve en el negocio que voy á fiarle... puedes vivir tranquila respecto de vuestro porvenir.

—Señora... él hará cuanto le mandeis.

—Lo veremos.

La baronesa ardia en el fuego de la desesperacion, sin reflexionar las consecuencias del paso imprudente que meditaba.

Dejémosla en el cieno de sus rencores contra don Juan y su celosa rabia contra la infeliz Aurora, bien agenos esta y aquel de los indignos planes de una mujer turbulenta, avara, y para la cual iban ya los placeres perdiendo su atractivo, gozando únicamente en la intriga y en los misterios del gran mundo.

Clara estuvo á su lado unos instantes, y luego que la preparó, segun costumbre, para irse á descansar, retiróse á su cuarto, en donde la esperaba su amante, y cuya vista causóla al pronto una horrible sorpresa.

XXI.

LA INCERTIDUMBRE.

En vano quiso tranquilizar su alma la baronesa.

Repetidas veces abandonó el lecho, cubierta con una finísima bata, cuyos vivos colores hacian resaltar su tez morena y el centellante resplandor de sus africanos ojos.

Maldecia á don Juan... lanzaba fieros anatemas contra Aurora, y su espíritu se retorcia en una oscuridad y confusion espantables.

Así permaneció largas horas, sin que el sueño, tan dulce y consolador para las almas sencillas y humildes, se dignase acariciar la suya, tan intrigante y emprendedora.

Tornemos á Clara, que á la vista de Gimeno, del hediondo Buitre, palideció de susto, pues aunque sentia por él ardiente cariño, la inspiraba sin embargo miedo, gracias á su torvo mirar y á su carácter de travesura y resuelto.

Mil veces habia estado por despedirle; mas como la mujer se orgullece tanto de contemplarse *amada*.... y como por otra parte el Buitre era diestro y se insinuaba con mil engañosas, pero ricas promesas de amor y de fortuna... Clara cayó en el garlito, á pesar de tener inteligencia y no poca astucia. Haciéndola jus-

ticia, era fiel para su honra... y para la baronesa, así en su dignidad como en sus intereses, y jamás abrigó su corazon proyectos que pudiesen inferirla el menor agravio.

Ignoraba la infeliz toda la iniquidad de su amante, porque el Buitre, ya lo hemos dicho, no tenia mas amor que al oro, á la prostitucion, á los manejos ilícitos y á las tentativas criminales.

Uno de esos *millares de hombres* que en Madrid se ocultan y viven perfectamente *empadronados*, sin saberse su procedencia y torpes costumbres, uno de esos desdichados hombres que, en vez de arrepentirse en el presidio, vuelven mas diestros en la maldad, y que en vez de ser conducidos á los pueblos de su naturaleza, ó de vivir bajo la vigilancia permanente de las autoridades, penetran en la córte, en este infierno social, y siguen, como anteriormente, por la senda del delito y de la infamia.

La pobre doncella, ignorante del orígen y costumbres del *fingido* Gimeno y del verdadero Buitre, creia las finas atenciones de este, sus halagüeñas promesas, y aun aceptaba regalos y algunos billetes para los bailes y otras diversiones.

En tal situacion no sorprende la sencillez de Clara.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote.

—¡A estas horas!

—¿No me has dado permiso?

—Te espones... y me pierdes... Gimeno.

—¿Por qué razon?

—Ven de dia...

—No has permitido que venga alguna vez...

—Sí... pero ha sido al oscurecer, y no á las once de la noche... cuando ya están todos para recogerse.

—No esperaba yo este monjil recogimiento. ¿Cómo se acuestan á estas horas? ¿si será cierto que la baronesa vá á tomar el hábito?

—¡Calla!.. no insultes á nadie. ¿A qué vienes?

—Se conoce, hermosa mia... que hás perdido la memoria.

—¿Por qué dices eso?

—Recuerda, Clara, que me citaste á estas horas...

—Sí... pero...

—¡Siempre en los peros y los ciruelos!...

—Eres muy desvergonzado.

—Y tú muy niña: vamos, no te ofendas... ven acá...

—Mira... Gimeno... si te propasas... llamo... doy voces, y todo se acabó.

—¿De veras?

—Como lo digo: la lengua ande... mas las manos quietas. ¿Lo entiendes? ¡Cuidado con que te propases!

—Perdona, Clara... jamás te ofendí... ni aun de pensamiento.

—Hace unos dias que estás insolente... muy atrevido... y mi recato... y...

—No te enojes... Clarita... ya sabes lo fiel y noble que es mi amor: perdona si he podido ofenderte.

—Lo que yo te prevengo es que no entres á estas horas.

—Vuelvo á decirte que no tienes memoria.

—Es verdad que te cité á las once... para hablar un rato... mientras mi señora estuviese distraida en la reunion... mas como se puso mala... es decir, la amagó un accidente nervioso, se retiraron los señores...

—¿Y cómo está la señora?

—Bien: acostada.

—Luego no ha tenido novedad...

—Cosas de... de...

—¿De qué?

—¿Y á qué viene esa pregunta? ¿Acaso estoy yo en los secretos de mi ama?

—Pues debes estarlo... por lo que puede convenirnos.

—No fiscalizo yo vidas agenas.

—Haces mal.

—Cumplo con la religion y con mi honra.

—Siempre sales con esas misiones... con esos registros.

—No sé otros.

—Pues debes *avisparte* mas... y no ser tonta: haz por tí... trabaja por tu suerte... y que se hunda el mundo.

—¡Qué ideas!

—Las que debo tener.

—Pues me agradan poco.

—Entonces...

—Has prometido seguir mis advertencias.

—Entonces... hermosa Clara... adelantaremos bastante.

—Dios mirará por nosotros.

—Fíate en la Vírgen... y no corras... como decia el otro.

—¡Eres un blasfemo!

—Si es un refran; vamos, no te enfades, palomita mia. Te he de vestir como una reina, mejor que una sultana; yo seré tu esclavo.

—Muy tierno vienes.

—Como de costumbre: mi amor... mi fé...

—Sí, la de todos; pero déjate ahora de requiebros, y escucha una novedad que vá á dejarte atónito.

El Buitre mudó el color, temiendo que cierta travesura, mejor dicho, cierta infamia que no hacia muchos dias cometió, sin verlo Clara, en la misma casa de la baronesa, hubiese sido al fin descubierta y llegase á perder la estimacion de la doncella incauta, y lo que era peor, que se frustrasen sus lisonjeros é infernales proyectos.

—¿Tan grave es la nueva que dices vas á revelar?

—En tu mano tenemos la suerte, Gimeno.

—Esplícate.

—Oye: mi ama me preguntó por tí con mucho interés.

El Buitre esclamó para sus adentros:

—¡Malo!... ¡Si sospechará lo de la sortija!...

Efectivamente, el pirata argelino habia entrado al abordaje en el tocador de la baronesa, y á un descuido de Clara, guardó una de sus mas preciosas joyas.

Necesitando la baronesa de la doncella en la crítica situacion en que se veia, disimuló su disgusto, dejando al tiempo que descubriese el paradero de su magnífica sortija, aunque algo y aun *algos* sospechaba del astuto Buitre; mas por la misma razon que permitia á la doncella ciertos abusos, toleró en silencio aquel acto criminal, sin perjuicio de tomar oportuna venganza contra quien le hubiese cometido.

Ya la sortija no inquietaba á la baronesa, únicamente ardia en deseos de deshacerse de Juan-Diablo y conseguir que Aurora se sepultase en un monasterio.

A este fin, durante la reunion de aquella noche, habia intrigado cerca de la condesa de Montelirio, del vizconde del Perú y otras distinguidas personas que á ella concurrieron.

No bastándola esta negra conjuracion contra don Juan y su amada la infeliz huérfana, ideó un medio espantoso, medio ó recurso á que han apelado alguna vez ciertas almas villanas y cobardes, prevalidas de su alta posicion ó del valimiento de su fortuna.

—¿Y sabes tú, hermosa Clara, para qué desea hablarme la señora baronesa?—preguntó con alguna inquietud el Buitre.

—Lo ignoro.

—¿Y no has podido traslucir ó vislumbrar el objeto que la mueve á llamarme?

—No será muy malo cuando dijo que seríamos felices.

—Con todo, antes de que yo la vea... es conveniente que descubras el fin para que me llama.

—¿Por qué razon?

—Muy sencilla: ¿y si es para reconvenirme?

—No lo creas.

—Sentiria recibir un desaire...

—Te necesita.

—¿A mí?

—Vaya; así lo ha manifestado.

—¿Será posible?

—Yo no lo dudo.

—Pues yo... Clara mia... no me fio.

—Eres muy incrédulo.

—Tal vez me llame para despedirme, prohibiéndome la entrada en este palacio.

—Está muy satisfecha de tu conducta, y cree la convienes... pues como la baronesa tuvo no sé qué amores con un valenton...

—¿Esas tenemos?

—Cuidado con el pico...

—Tranquilízate... yo soy un confesonario... un talego de secretos y de confianzas.

—No importa... me perderias... si supiese que yo...

—Me haré el tonto.

—Eso, eso; tú... calla, y á todo debes decir... amen.

—Pero ya discurro.

—Yo sospecho que te necesita para que la acompañes...

—¡Yo acompañar á una baronesa!

—¡Tóma! ¿Y qué tiene de particular? ¿No acompañan á los señores sus *criados íntimos*, de quienes se fian para sus misterios amorosos ó para sus viajes?

El Buitre dudaba de que la baronesa pudiera llamarle para el objeto que suponia Clara.

El Buitre recorrió en un instante su conciencia... y se consideró justamente indigno de una mision honrosa.

Era la primera vez que *se conoció*, esperimentando cierta vergüenza, cierto rubor dentro de su ennegrecida é insensible alma.

Ignorando por otra parte los antecedentes y travesuras de la baronesa, no era estraño dudase de que le encargara un negocio escandaloso, un atentado como el que habia discurrido contra el amante de Aurora.

—Podrá ser lo que tú dices, hermosa Clara... mas no lo creo; lo que has de hacer es informarte bien... y sacarme de dudas, de esta cruel incertidumbre.

—Yo confio en la baronesa; pórtate como debes, Gimeno, y nuestra felicidad es segura.

—Sin la baronesa podríamos hacer nuestra suerte... mas tu carácter...

—¿Qué dices?

—Nada.

—Es que siempre andas con cierto rúm... rúm... que no me gusta.

—Ni á mí tus escrúpulos.

—Pues á tiempo estamos... si no te conviene...

—¿Serias capaz de despedirme?

—Hace muchos dias que debí verificarlo... porque tus promesas...

—Clara, no te enfades...

—Quita... quita... no seas empalagoso ni zalamero.

—En cuanto saque el destino... en cuanto consiga lo que sabes estoy pretendiendo... entonces... ¡ay Clara mia!... la bendicion de Dios nos unirá dichosamente para toda una eternidad.

—¡Qué falsos sois los hombres!

—Te amo de corazon... ya sabes... y tienes de mi amor repetidas y bien patentes pruebas.

—Basta por hoy, Gimeno; mañana á las once te espera la señora: no faltes y jamás vuelvas de noche; seria un abuso que podria costarnos caro.

—¿No tienes confianza en el cochero?

—Fermin... refunfuña... y dice que no debes entrar por la cochera... que si lo sabe el ama... se perderá por nosotros.

—Lo que quiere Fermin lo discurro yo mejor que tú, Clara.

—Le hice el regalo que me encargaste.

—Yo le he hecho tragar mas vino que agua lleva el Jarama; mas se conoce que el asturiano es *ganguero*... y viene tarde: lo que es á mí... no me asusta... ¡Dios le libre!

—Nó... Gimeno... serian fatales las consecuencias: no acudas de noche.

—¿Para qué me fió la llave de la cochera?

—¿No me has dicho que has mandado hacer otra?

—Pues claro está; pero lo sabe Fermin, y le advertí que tendria mi llave para no producirle incomodidad alguna.

—Precisamente su enojo estriva en que tú hayas mandado hacerla.

— ¿Conque su *mercé* se ha resentido?

—Y mucho, Gimeno.

—Si sospechará el truhan...

—Le he visto muy furioso contra tí... mas no te des por entendido.

—Al contrario, voy á obsequiarle ahora mas que nunca.

—Es lo que debes hacer... pero no vengas á estas horas, puesto que tienes la entrada libre durante el dia.

—El caso es... querida Clara... que ofrecí á ciertos amigos...

—¡Amigos!

—Sí... unos amigos que desean conocerte...

—¿Y qué intentas?

—Traerlos á cenar una noche.

—¡Jesus mil veces!

—Ni una monja es mas asustadiza que tú; habráse visto criatura mas tímida... mas tonta...

—¿Estás en tu juicio... Gimeno?... ¡Qué se diria!

—No seas boba.

—¡Tú eres el que no debias proponerme semejante desatino! Si no te enmiendas...

—No seas ridícula ni gazmoña... ven acá... si uno de los que han de venir será nuestro padrino.

—Sea el que fuere... pretendes una locura.

—Una cosa muy sencilla.

—Veamos.

—Preparas una cena; venimos tarde; nos la sirves en tu cuarto, aquí, en este mismo sitio, y asunto terminado.

—¡Muy bien, Gimeno! Lo dispones perfectamente. ¿Y mi señora? ¿y el ayuda de cámara?

—Todos estarán fuera de aquí aquella noche.

—¡Fuera de aquí!

—¡Qué memoria tienes!

—No te entiendo...

—La noche que la baronesa concurra al magnífico baile de máscaras que una de sus amigas dispone para la Beneficéncia, y que dicen vá á ser suntuoso... aquella noche, que estarán fuera los cocheros y el ayuda de cámara, mientras tú señora se divierte... justo es que tambien nosotros nos distraigamos.

—Es un desatino.

—Es una pretension muy racional.

—No lo conseguirás.

—¡Vaya si lo conseguiré!

—No lo esperes, Gimeno.

—Sí confío, Clara.

—¡No seas tan audaz!

—Ni tú tan gazmoña.

—Yo soy mujer prudente, que no quiero compromisos.

—Yo soy un verdadero amante que atropello por todo.

—A ese precio rehuso tu amor.

—¿Lo dices con seriedad, Clara?

—Con el alma y la vida.

—Pues adios...

—¿Te marchas, Gimeno?

—Si me despides...

—¡Eres tan atrevido!...

—Eres tan mojigata.

—Me comprometes.

—Y tú me estás engañando.

—¡Yo!

—No mienten los que dicen que el pajecito, ese barbilampiño

de ayuda de cámara te quiere, y tú le correspondes... por esa razon... me desprecias. Adios.

El astuto pirata bordeaba el amor de la doncella, á fin de traerla á engaño, asegurar mas su triunfo y ver realizados sus insolentes proyectos y criminales tentativas.

Por último, como la mujer, por altiva que sea, es bastante inocente y crédula, y tócala ceder siempre, la hermosa Clara, aunque diestra y de genio al parecer indomable, cedió á impulsos de un engañoso sentimiento, y hubo de dar palabra al repugnante Buitre de permitir que cenase con sus amigos la noche designada, ínterin la baronesa estuviese en el espléndido baile que se disponia en los salones aristocráticos de la condesa de Montelirio.

El Buitre se despidió de Clara; y esta, cual otras muchas de su clase están haciendo todos los dias con perjuicio de sus amos, entregó á su amante un gran trozo de *trufé* (pavo trufado), salmon, parte de un ramillete de dulces y un par de botellas de Burdeos.

El Buitre habia rehusado varias veces estos obsequios, por darse importancia, aunque en realidad en no pocas ocasiones lo necesitase; mas otras lo habia exigido so pretesto de favorecer á una pobre familia, ó de hacer una fineza á sus compañeros.

Muchos vagos y rufiánes hay en Madrid que viven del mismo modo, es decir, á espensas del bolsillo ajeno, y merced al sentimiento noble y generóso de las mujeres.

Clara quedó satisfecha de las mentidas intenciones del Buitre, y este se retiró con la esperanza de realizar sus planes, si bien con cierta incertidumbre relativa á la órden que habia dado la baronesa.

Prometió no faltar, sin embargo, á las once de la mañana del dia siguiente.

XXII.

UN CLUB POLÍTICO-MINERO.

A la hora en que el Buitre salia de casa de la baronesa de Rocamar, se despidió Juan-Diablo del marqués de Valdeclaveles y del poeta Julio del Valle en los Andaluces, yendo don Juan en seguimiento de uno de sus amigos, á quien habia conferido el encargo de buscar á Pablo el cantero, quien á su vez buscaba afanoso á don Juan para comunicarle la visita del gitano á la baronesa.

El marquesito, el poeta Julio del Valle, el alegre curial Lope Centellas y don Ventura Jeremías, salieron poco despues de la fonda de los Andaluces; mas no sigamos sus pasos, porque vamos en pos del obrero, ni tampoco cumple en este instante espiar al *Buitre*, el hipócrita galanteador de Clara, que á todos los hemos de ver aun en las correrías de esta estraña y memorable noche.

Téngase en cuenta que nos referimos á los años de 1852 y 53; y si bien las costumbres han variado en cierto modo, no está demás la narracion del carácter distintivo de aquella época.

Ya hemos indicado que adolecia de un vértigo estraordinario por *las minas*.

Es decir, el deseo de hacerse rico á poca costa, ese afan

trastornador y calenturiento del hombre, y sobre todo del hombre en Madrid, del que vive entre el lujo y los placeres, donde se vende *caro* y se vive, á fuerza de paciencia los que son *buenos*, y de inquietud y compromisos los que son *malos*, ó tienen una ambicion insaciable.

Hoy no hay *minas*... al menos aquel furor de esplotar la tierra española en sus recónditas entrañas, sin salir de la *Puerta del Sol*... y sin gastar un céntimo.

La idea no era mala, y no pocos vieron cumplida ó satisfecha su esperanza.

Tambien los hubo que de buena fé se lanzaron á las transacciones mineras, y quedaron perfectamente esplotados.

Hoy no hay minas... pero en cambio se establecen multitud de sociedades de crédito, que Dios quiera no den con el crédito en los infiernos. Se forma una sociedad con el santo fin de proporcionar salida á los capitales, rindiendo un interés á los imponentes, y exigiendo otro muy crecido por los préstamos que realizan; y por fuerza, aunque no fuese este el objeto, habian de incurrir en una espantosa usura.

Hoy todo es buscar dinero para fiar dinero.

Hoy todo es filantropía... con su cuenta y razon, por supuesto... y todo es felicidad... al menos se nos está brindando con felicidad por todas las esquinas y en las columnas de los periódicos.

Cada anuncio es una lisonjera esperanza de próspera fortuna.

Es verdad que mientras los gobiernos sancionen la lotería y las rifas... se alarma el menos codicioso y avaro.

¡Loada sea la Vírgen, y que época mas dichosa!

Unos años antes á la que nos referimos, allá por los de 1846 al 49, era la Bolsa el centro caloroso de las especulaciones, y fácil es recordar los escándalos, las *improvisadas fortunas* y los *infortunios improvisados* que surgieron de aquel inmoral juego, que sin embargo regia la política de Europa, porque sabido es

que la Bolsa es el barómetro de la marcha política de los Estados, una especie de campana que dá la voz de alerta, y cuyo sonido es para unos mas agradable que para otros.

Vengamos á la época minera.

Se habian formado multitud de sociedades, cuyas acciones tenian su correspondiente *prima*; así es que sin moverse de la Puerta del Sol ó de los círculos mineros, ya se esplotaba la credulidad de muchos y la codicia de los que, no contentos con su suerte, ambicionaban mas oro, mas rica fortuna.

Y no se crea que jugaban los ricos únicamente; por el contrario, jugaban hombres oscuros ó humildes, ganosos de salir de una situacion precaria, y en su consecuencia en uso de un derecho que respetamos.

Como la codicia y la novedad atraen inmensa multitud de curiosos, afluyeron á las sociedades mineras tipos los mas raros en muchos sentidos, tanto, que algunos, cuando iban á cobrar los dividendos no se encontraban, y no porque hubiesen dado equivocadas las señas, sino porque no tenian hogar, y eran completamente desconocidos, á menos que no fuese por algun acreedor ó cosa por este órden.

Así es que habia mineros propiamente aventureros, cuya especulacion se cifraba en vender *acciones* ó negociarlas para otros, en presentar á ciertos lugareños denunciadores de ricas zonas, de argentíferos criaderos, para lo cual hacian su obligada esposicion de *cantos*, buenos ó despreciables, pero que servian á las mil maravillas para entretener y fascinar á los golosos.

Despues, en los ensayos, al fundir los cantos solian mezclar algunos napoleones, y de esta manera seducian á muchos crédulos y papanatas, que no habia pocos en las sociedades mineras.

Entre lo bueno hay siempre malo; por esta razon mezclábase mas de un *perdido* entre los que buscaban segura y cómoda ganancia.

Y nada mas natural que un perdido quiera ganarse, como el que un pobre quiera hacerse *rico*.

Tambien hay ricos que quieren ó intentan imitar las virtudes de los pobres... mas esto es algo difícil. A la par que á la minería, y amparándose de sus círculos ó bolsines, acudieron los políticos, buscando seguridad, en un tiempo destemplado por cierto, rudo y perseguidor, intolerante y bárbaro, á pesar de que dominaba la *moderacion*, es decir, los que de moderados hipócritamente se precian.

—¿Vienes al círculo?

—¿Y qué voy á figurar yo entre los mineros?

—¿No te han citado?

—Sí.

—Pues entonces...

—Me hice otra cuenta. Que un hombre de bien no es farsante, ni miente.

—No entiendo.

—Me esplicaré.

—Ignoro á qué aludes.

—Si me presento al círculo, me inscribirán sócio, y como no tengo recursos para satisfacer la cuota ó *dividendo* que señalen... resultará que quedaré afrentado.

—Eres un imbécil.

—Seré lo que quieras, pero de ningun modo seré un pícaro.

—Serás un tonto.

—Convenido.

—¿Y estás contento?

—En santa paz.

—¡Qué simple eres!

—Como gustes.

—Si nada cuesta el suscribirse... el permitir que á uno le designen como sócio; y primero que cobran el primer dividendo, ya hemos cobrado la *prima* ó vendido la *accion*... si la mina promete ó se consigue hacerla aparecer como de magníficas esperanzas, fingiendo soberbias y asombrosas indicaciones.

—Eso está bien para los desocupados... mas para mí que tengo que trabajar... es un grave inconveniente.

—Ninguno.

—Lo es.

—No lo es.

—Si estoy todo el dia trabajando, y por la noche, en vez de descansar, me entrego á esa especulacion y me acaloro la cabeza con engañosas ilusiones...

—Todo se puede conciliar.

—No es negocio, ni para mi situacion, ni para mi genio.

—Siempre serás un pobre hombre.

—Al que es bueno ya se sabe cómo la sociedad le llama: no me doy por ofendido, porque eres tú quien me califica de tonto; mas si otro lo dijese, ya hubiera besado las losas de la calle.

Quien así hablaba era Pablo el cantero, á quien un amigo encontró, cuando aquel volvia de las afueras, á donde salió desde la taberna del Mirlo para ir en busca de Juan-Diablo.

Iba ya de retirada, con el disgusto de no hablar á don Juan, cuando se encontró con el amigo que le proponia concurrir á las sociedades mineras.

El objeto no era solo el de las minas, y para atraer al honrado obrero le dijo:

—Mira: si yo supiese que habíamos de hacer negocio, tomaria una *accion* á tu nombre; pero soy tan desconfiado como tú, y únicamente concurro porque en un círculo minero no es de temer á la policía: al menos allí no estaremos vigilados, y mientras los unos se acaloran en cuestiones metálicas, nosotros, los amigos... hablaremos de lo que conviene al interés de nuestro partido.

—¡Yá!...—esclamó Pablo.—Conque la cita de esta mañana era...

—Justo: no para tratar de minas... y sí para confundirnos entre los mineros y...

—Pues...

—Claro; ¡y no lo habeis comprendido!...

Efectivamente, Pablo, atento solo á las instrucciones que le dió don Juan, habia rehusado concurrir al círculo, y la casualidad le presentó á un buen amigo, quien le informaba del modo que hemos mencionado.

Resolvió acompañarle, y ambos se encaminaron al lugar en donde celebraba junta una sociedad minera.

Avanzaba la hora de la noche.

Erase un teatrillo casero, cuyo local se habia alquilado, y prévio el permiso de la autoridad competente, allí se instalaron los mineros bajo el rico y atractivo título de *La Fortuna,* en cuanto á la sociedad, y el de la mina *El Potosí.*

Mejor hubiera estado llamarla *El Potonó,* porque ni existia semejante filon argentífero, ni entre todos los sócios hubieran podido reunir, no ya para las primeras operaciones de la esplotacion, ni aun tampoco para un chocolate.

Y sin embargo, ¡qué tono se daban los mineros!

—¿Estás empleado?

—Sí.

—¿En dónde, en las minas?

—¿Pretendes algun destino?

—¡Qué disparate! Yo pretender; soy minero.

—¿Qué lleva V?

—San Antonio, Santa Ursula, San Nicodemus...

—Basta; ¿qué vende V?

—Todas.

—¿Son buenas?

—Están muy codiciadas. Anímese V.; hace V. su suerte.

—Mil gracias por la generosidad de cederme tanta fortuna.

Este era, poco mas ó menos, el lenguaje y la petulancia de la mayoría que versaba en las especulaciones mineras.

Mi buen Pablo el cantero penetró en el teatrillo, y como no costaba el billete, sentóse en una luneta.

Presidia un ciudadano, teniendo otros dos en clase de secretarios.

La mesa estaba colocada en el mismo escenario, y no era de estrañar que todo resultase *farsa*.

He aquí una breve reseña de la sesion:

Presidente.—Señores... yo... yo... VV. disimularán... mi falta de costumbre de hablar... pues... de hablar en público, y todo sobre... no... sobre todo... si... sobre todo... á un público tan respetable como este público... me impiden ser mas elocuente: es verdad que esta reunion no es un congreso, y no estamos por lo mismo obligados á ser elocuentes.

Sócio 1.°—¡Al órden!

2.°—Pido la palabra.

3.°—Que se pidan antecedentes al ingeniero.

4.°—Que se nombre un administrador.

5.°—Que no se gaste mucho.

6.°—¿Cuándo empiezan las obras?

Presidente.—Señores... si llevamos tres dias... y aun no está formada la sociedad... y quieren VV... que se nombre un ingeniero... un administrador... y...

7.°—¡A la votacion!

1.°—¡Al órden!

2.°—Esos ejemplares no presentan buenos caractéres.

3.°—Nos engañan.

4.°—¿Qué ha pagado V?

3.°—Nada.

4.°—Pues entonces ¿de qué se queja?

3.°—De que no se esplota la mina.

Presidente.—Paciencia: se repartirán las acciones.

Un sócio.—Yo quiero veinte.

Otro.—¿Cuánto hay que pagar?

Otro.—¿A qué precio se venden?

Otro.—Que se lea el reglamento.

Presidente.—Si no hay todavía reglamento.

Un sócio.—¡Pues cómo ha de haber órden!

Pablo el cantero se admiraba de la gravedad de algunos concurrentes al círculo, y de la imprudente algarávía de otros, entre los cuales descollaban hombres capaces de todo, menos de tener juicio y circunspeccion.

—Vente, Pablo,—le dijo al obrero el que le presentara en el círculo.

—¿A dónde vamos?

—Deja á estos lócos, y sígueme.

Penetraron en otra pequeña habitacion contigua al teatro, y al salir de este, quedó el cantero lleno de asombro al ver al Buitre, quien muy encopetado con su gaban, sombrero alto y camisa almidonada, se presentó en el círculo, dándose una importancia ridícula.

—¿Conoces á ese?—le preguntó á su amigo el honrado cantero.

—Le conozco de haberle visto en mas de una reunion... dicen que es rico...

—Sí... con lo ageno.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

Pablo dió esplicaciones ó antecedentes acerca del Buitre, y su amigo quedó escandalizado.

—Y ese hombre,—observó el cantero—¿viene tambien á vuestras conferencias?

—Nó.

—Me alegro, porque en otro caso no entraria: no obstante, aquí nos vemos casi confundidos... y podria suceder...

—Nada temas: pagamos á uno de policía... y nos avisará cuando haya algun peligro.

—Bueno será que prevengas á los compañeros... porque e Buitre es capaz de vender su alma al demonio.

—Así lo haré, Pablo.

—Lo mejor seria que mudáseis de sitio.

—¿Y á dónde vamos? ¿Y el dinero? ¿Y la seguridad?

—Tienes razon.

—Los pobres tenemos que conspirar en cualquier parte, y aun así no estamos seguros.

—Dices bien: los pobres son perseguidos por do quiera: en cambio los poderosos, los magnates, *los políticos aristócratas* se ven libres de perseguidores. Pasa un gefe de policía, aun en tiempos de revueltas, por la calle y puerta de un ex-ministro, de un ex-embajador, de un ex-director... un general... un conde... y pasa adelante, y se quita el sombrero por si le han visto. La ley no reza en esta parte con los poderosos. La igualdad ante la ley es una mentira.

—Dices bien, Pablo: trabajemos para conquistarla.

—Ya nos resta poco.

—Eres muy desconfiado.

—Y por desgracia acierto; y si no ahí tienes á ese Buitre: mira lo que es la sociedad hipócrita y servil en que vivimos: ese hombre es un facineroso: vá bien portado, lleva rico traje, le califican de *persona decente*, le saludan, le ceden un asiento en cualquier parte. Apareces tú, ó entro yo con mi blusa, y he de penetrar con buenos modales, como Dios manda, y me miran de reojo, se asombran... les dá asco, sí... repugnancia... cual si viesen á un colérico. ¡Y lo mismo sucede con las personas distinguidas si van pobremente... su clase se oscurecerá entre su pobreza: ni el heroismo, ni la virtud, ni la ciencia pueden brillar sin el oropel deslumbrador del lujo y de la elegancia!... ¡Qué sociedad!

—La reformaremos, Pablo.

—¿Nosotros?

—¿Quién lo duda?

—Ni nuestros nietos.

—Nada crees.

—Lo que veo.

A esta sazon penetraban en una humilde estancia, en donde habria unas once personas.

Entre estas se veian algunas con gabanes: las demás usaban el traje del pueblo.

Toda era gente honrada.

Obreros, artistas, un literato, un cesante, un militar y dos estudiantes, uno de leyes y otro de medicina.

No existiendo la necesaria seguridad, omitiéronse en aquel club las formalidades de costumbre.

Sin embargo, habia una mesa con recado de escribir, algunos papeles, el informe de un ingeniero de minas acerca de una que se iba á esplotar, y por este órden otros escritos, agenos del todo á la política.

Con semejante pretesto, en tal forma, los concurrentes al club se hallaban mas tranquilos.

Presidia el estudiante de leyes: á su derecha estaba un bizarro caballero oficial en situacion de reemplazo, y á su izquierda el estudiante de medicina.

Los demás en dos filas ó columnas, y en el mejor órden y la mas grave circunspeccion, pues á todos les reunia allí una verdadera fraternidad y un pensamiento noble y patriótico.

En aquella época se cumplia un deber sagrado en conspirar contra una dominacion bastarda, tan ultrajante ó depresiva para el trono como para el pueblo.

Para dar una idea del carácter del club... cuyo nombre nos reservamos, y de las felices cuanto bellas ilusiones de los que le componian, tracemos un ligero bosquejo, como quien camina sobre áscuas, de la sesion que se celebró aquella noche.

Se hallaba dentro del club Pablo el cantero, cuya presentacion escitó las mas lisonjeras simpatías.

PRESIDENTE.—Señores, lo primero que es preciso organizar son los poderes públicos, empezando por el ministerio, y en esta parte os recomiendo gran cautela, puesto que de las circunstancias especiales de las personas depende siempre el éxito favorable ó adverso de las revoluciones.

ESTUDIANTE DE MEDICINA.—Juzgo intempestiva esa observa-

cion: las personas lo último: los principios antes que todo, es decir, las bases sobre las que ha de fijarse la futura organizacion político-social del país.

MILITAR.—Y que no se olvide el ejército, salvaguardia del Estado, y que tenga armonía, que fraternice con el órden de cosas que se establezca. Tened presente que somos de las entrañas del mismo pueblo, y que los políticos, despues del triunfo, en su sempiterna charla, en sus ardientes controversias no se acuerdan luego de nadie.

ESTUDIANTE DE MEDICINA.—Propongo la libertad de enseñanza; que la humanidad, considerado su organismo... sus tendencias... sus peculiares razas...

UN OBRERO.—Señores, me parece que divagamos; es decir, que no hacemos nada.

PRESIDENTE.—¡Orden!

OBRERO.—No seré yo quien falte, ni al órden ni á los respetos que me merece la reunion; mas habiendo ámplia libertad para discutir...

MILITAR.—Que hable.

OTRO OBRERO.—Dejad que se esplique.

PRESIDENTE.—Continuad: nadie le interrumpa.

OBRERO.—Decia que no debemos perder tiempo: la oportunidad sobre todo. ¿A qué hablar ahora de ministros ni de empleados... ni de...

UN CESANTE.—Pido la palabra.

PRESIDENTE.—¡Orden! Proseguid.

CESANTE.—Que se tenga presente la cuestion de personas; ya sabeis que es la mas importante; justo es que los que hoy sufrimos... seamos al punto colocados; esto es una reparacion, señores.

OBRERO.—Precisamente es lo que iba á manifestar: no hemos cambiado la forma de gobierno, y estamos cuestionando sobre los destinos públicos; me parece que esto no es conspirar por las libertades y derechos, y sí por los sueldos y las pensiones.

CESANTE.—Mis derechos son sagrados.

MILITAR.—Sí, pero tenga V. un poco de calma.

ESTUDIANTE DE MEDICINA.—Lo primero es la filosofía... la plena libertad del ejercicio de la inteligencia humana, superior á las mismas leyes.

PRESIDENTE.—Ciudadanos, á la cuestion; por mi parte solo diré que formado el ministerio, convocadas las Córtes y mereciendo nosotros, sin solicitarlo, sí, señores, mereciendo la inapreciable honra de ser diputados... reformaremos toda la legislacion actual, daremos nuevas leyes orgánico-administrativas... enalteceremos la magistratura... y...

PABLO EL CANTERO.—Señores, estoy impaciente por hablar dos palabras, y desde luego protesto de que no es mi ánimo el ofender á ninguna persona... y ni siquiera á los partidos en general.

TODOS.—Que hable.

PRESIDENTE.—Hablad.

PABLO.—Cuando aun no hemos hecho un supremo esfuerzo... cuando se ignora el número de nuestros amigos... cuando todavía no hay bandera determinada... parécеme prematuro, y como indicó antes muy juiciosamente otro amigo, esto es dar pruebas de una ambicion impaciente.

CESANTE.—La impaciencia es legítima.

PRESIDENTE.—Aquí no hay deseo inmoderado de mandar.

ESTUDIANTE.—Aquí solo deben proclamarse ideas; todo debe ser abnegacion: la impaciencia es justa en cuanto tiende á regenerar á la humanidad... mejor dicho, á que el hombre viva segun su organizacion y primitivas inclinaciones... sin...

PRESIDENTE.—Ciudadano, os estraviais.

MILITAR.—Que siga el obrero.

PRESIDENTE.—Continuad.

PABLO.—Nos desvanecemos en cuestiones secundarias: por lo demás... yo me contentaria, señores, con el afianzamiento de un gobierno liberal, de rápido progreso, de verdadera mora-

lidad, de amor á la justicia, para que todos fuésemos iguales ante la ley: por último, un gobierno que castigara la usura, que estirpase la vagancia y otros vicios, que diese amparo á los menesterosos... que al pobre con ser pobre, siendo honrado y gefe de familia, no se le privase de ciertos derechos, como el de ofrecer su voto á los ciudadanos que nos representan, ya en los ayuntamientos, ya en las Córtes.

Militar.—¡Bien! ¡Bravo! Así debian ser todos los políticos.

Pablo.—Las ambiciones personales para despues, aunque han sido causa muchas veces de nuestro descrédito y ruina.

Un zapatero.—Dice bien, dice muy bien; y bastará decir, señores y amigos mios del alma... que un oficial que yo tengo en mi misma compañía... apenas se anuncia una *crisis*... no pará en casa... y corre por esos mundos... esperando á ver si le nombran ministro.

Presidente.—No interrumpirle, señores... no reirse... cada cual se espresa conforme á sus luces: el maestro es un hombre de bien... y sincero, y merece nuestra estimacion.

Todos.—Sí... sí... que hable.

Presidente.—Proseguíd.

El zapatero.—Estoy por un gobierno que castigue la usura, como ha dicho muy bien Pablo; un gobierno que no permita que echen agua al vino... que no se venda el pan caro... que se barran las calles, que no se pongan espías en las tabernas ni en los paseos, y en fin, que nos deje en santa paz viviendo como Dios manda.

Una voz.—¡La policía!

Los concurrentes al club, aterrados á esta voz, que en la citada época y en otras anteriores equivalia á la que antiguamente se daba de ... «¡la Inquisicion!» se pusieron á examinar unos ejemplares, unos pedazos de mineral, conversando de este asunto un instante, pues el presidente cerró la sesion, citándose para otro dia.

No penetró polizonte alguno; mas la aparicion de personas

sospechosas en el círculo minero inmediato produjo aquella terrible alarma.

Confundidos los mineros y los políticos, Pablo se sonrojó al ver que el Buitre le saludaba, y sin detenerse marchóse de allí, jurando no volver á reuniones en las cuales solo se trataba de sueldos y destinos ó se emitian ideas metafísicas y oscuras que no conducen ni á la ilustracion ni á la prosperidad de los pueblos.

XXIII.

ÓRDENES RESERVADAS.

Pablo el cantero, al dejar á sus amigos, hallóse en la puerta del círculo á un camarada, que le habló en estos términos:

—Venia á buscarte.

—Buenas noches, maestro,—contestó Pablo.

—Sígueme.

—Perdonad... si es á otro círculo... no puedo acompañaros: estoy por no perder el tiempo inútilmente.

—No vamos á otro club... ni cosa por el estilo.

—Entonces voy á donde querais.

—Te busco en nombre de don Juan.

—¡De don Juan!

—Pues yo tambien le estoy buscando.

—Míralo aquí.

Juan-Diablo, huyendo de la conversacion que el marqués y el poeta habian promovido en la fonda de los Andaluces, se adelantó al encuentro de Pablo, á quien con vivo interés buscaba.

El mensajero de quien se había servido don Juan para saber del cantero, era un maestro de obras.

Cuando llegó don Juan, el maestro hubo de retirarse, ocasionándose entre aquellos el siguiente diálogo:

—Os buscaba, señor don Juan.

—Yo tambien ansiaba verte.

—Aquí me teneis.

—Recuerda que me ofreciste no concurrir á ciertas reuniones, y segun parece sales ahora de cierto club, del que se habla mucho en otros altos círculos.

—Es verdad que he concurrido á una reunion... pero... señor don Juan, es tan inofensiva, que en vez del club político, asemejase mas bien á una cátedra, segun se perora allí por quienes blasonando de ciencia, es decir, de hombres ilustrados, ignoran ó desconocen las verdaderas necesidades y aspiraciones de los pueblos.

—Es achaque muy general en los políticos.

—Así vá ello.

—Dime, Pablo, ¿qué tenias que noticiarme, si como aseguras deseabas verme?

—Es fundada vuestra sospecha.

—¿Cuál?

—La relativa al gitano.

—¿Qué has descubierto?

—Esta noche, á las dos horas de dejarme V., señor don Juan, penetró en la taberna del Mirlo, y ante el montañés, mi paisano, hizo referencia del acontecimiento del ventorro.

—Entonces fué allí despues que yo le dejé en su casa.

—Indudablemente.

—¿Y qué habló de la baronesa?

—Ni una palabra.

—¿Y cómo sabes tú que la visita, y mas á esas horas...

—Respondo, amigo don Juan, que esta noche estuvo en casa de la baronesa.

—¿Le has visto salir?

—Nó, señor.

—¿Lo sospechas?

—Lo sé de cierto.

—Tu honradez y amistad me tranquilizan.

—No os engaño.

—Así lo creo.

—¿Y qué teníais que mandarme?

—Muy de mañana irás á ver á Pepe el gitano: idea un pretesto: obséquiale... y cuando lo juzgues oportuno, dile que le has visto salir de casa de la baronesa, á quien tú guardas un alto respeto y estimacion: hazte su amigo.

—Si no es mas que eso... bien fácil me parece el resultado.

—El tio Telarañas es muy astuto...

—No importa: yo me fingiré mas tonto de lo que soy.

—Seria muy conveniente le hablases de mí... observa sus ademanes, y reten en la memoria, mostrándote indiferente, el concepto que le debo.

—Sereis complacido, señor don Juan.

—Además urge que realices lo que voy á confiarte.

—Vuestras órdenes serán fielmente ejecutadas.

—Gracias, Pablo... en ello se interesa mi honor y la seguridad de una jóven... mas cándida que un ángel... y bella como hay pocas.

—Yo combato la opresion... sea cualquiera la máscara con que se cubra.

—Pesa hoy sobre la infeliz la mas horrible tiranía.

—Decíd, don Juan, lo que deseais... y al punto estará realizado.

—Mañana debes mudar de habitacion.

—Como gusteis: así como así, la que hoy tengo es mala y cara. ¿Y á dónde?

—Toma esta nota, y á las once te presentarás en casa del sugeto cuyas señas se indican en la misma.

—Y bien...

—Está prevenido ese caballero: él te entregará las *llaves* y el *recibo*, y traslada inmediatamente á la nueva habitacion á tu

esposa é hijos. No te relaciones con nadie de la vecindad: únicamente observa con atencion los sucesos que ocurran en el sotabanco número 3, en el cual vive una familia que me interesa. En caso de que alguna de las señoritas que en él viven se relacionase con vosotros, porque son muy cariñosas y caritativas... admitíd su trato, porque en ellas resalta no menos virtud que hermosura. Por hoy... nada mas: retírate, Pablo, y no distraerse mas tiempo: tu honrada mujer estará con impaciencia, y sentiria me culpase...

—No lo imagineis, señor don Juan; mi mujer, yendo con personas como V., vive y duerme tranquila.

—Mañana... apenas oscurezca... espérame donde sabes.

—En la taberna del Mirlo.

—Cierto.

—No faltaré.

—Buenas noches, Pablo.

—Os acompañaré...

—De ningun modo: vete á descansar.

—Pues... Dios os guarde.

—Adios.

Las órdenes que don Juan comunicó á Pablo el cantero, inspiraron á este mil conjeturas, si bien con el sentimiento de que no fuese el objeto... un fin esencialmente político.

Pablo juró servir al misterioso caballero, y marchóse á su casa, orgulloso de la confianza con que se le favorecia, y contentísimo por el regalo de los *dos mil* reales, premio á su honradez cuando devolvió la cartera al bolsista Adolfo Céspedes, amigo del marqués, en el baile de los gitanos.

XXIV.

CON LO QUE SE CONTENTA UNA FAMILIA POBRE.

Pablo el cantero llegó á la puerta de su retiro, que abrió silenciosamente, y tuvo la satisfaccion de ver á su buena y cara mitad reclinada en una silla, durmiendo cual si descansase en un mullido lecho de plumas.

—Estaba impaciente, Pablo.

—¿Por qué, Rosalía?

—¡Como tardas tantas horas!...

—Don Juan me ha entretenido.

—¡Importantes serán los negocios de que hayais tratado!

—¡Qué curiosas sois las mujeres!

—No creas que pretendo yo saber...

—Y aunque lo pretendieses, Rosalía, era inútil tu pretension.

—Nada me interesa.

—Pues te interesa mucho.

—¿Sí?

—¡Vaya!...

—Conque es para nosotros...

—Cumple servir á don Juan, porque es un verdadero protector de los hombres de bien y de los menesterosos.

—¡Mira tú si lo es! ¿A que no sabes lo que ha dejado á los niños entre las chuletas que trajo en el periódico?

—¡Algun juguete quizá!

—¡Quinientos reales!

—¡Cáspita!

—Sí, Pablo: estoy loca de contento: sabes que agonizábamos... tu ropa dominguera... empeñada: la mia idem: los niños desnudos: el casero... el pícaro casero...

—Vamos... mujer... no le calumnies, y dá gracias á Dios por la visita de don Juan, por quien soy capaz de esponer mi existencia. Primero, porque sus principios son los mios: segundo, porque es franco y generoso, muy sencillo y al mismo tiempo respetable. Sus opiniones... por mas que lás ocuite...

—Mira, Pablo... á tí no te ha de dar de comer la *opinion*, y sí tus manos y la bondad del Señor, si te concede salud.

—Es verdad, mujer... pero todo es bueno.

—Para el que lo sea: para los que aspiran á ser algo en el mundo... porque la opinion... segun las historias que de ciertos hombres nos refieren los periódicos...

—Oye, Rosalía, hay políticos de políticos... y... dobla la hoja... las mujeres no deben mezclarse en tan graves negocios.

—Tú eres culpable.

—¿Yo?

—Sí, Pablo... tú, que pareces un predicador.

—Yo no predico.

—El primer sermon es el trabajo y el amor á la familia: lo demás... aunque lo hayas conocido tarde... es una farsa.

—Hablas como un letrado, Rosalía.

—No tengo letras, ni las necesito para comprender que muchos hombres en política están haciendo *el oso*... mientras los mas diestros hacen su *suerte*.

—Es verdad, buena Rosalía, que durante la guerra civil los unos derramaban su sangre en los campos del honor, y los mas astutos, es decir, los *políticos*... utilizaban las conquistas de la

revolucion, haciéndose hombres importantes en las regiones oficiales y en los misterios de la fortuna; pero como ha de haber de todo... es preciso tener paciencia.

—No teneis poca los *bobos*... los que haceis el papel de cigarras... cantando los himnos patrióticos... mientras algunos se asemejan á las hormigas, que llenan sus graneros.

—Mujer... estás hoy por demás burlona: déjate de fiscalizar la conducta de los *partidos*... y rie de contento al ver la dichosa esperanza que luce para nosotros.

—¡Esperanzas... Pablo!.. Yo no como esperanzas.

—Lo digo por la generosa proteccion de don Juan.

—¡Ah! Estoy muy reconocida á sus favores.

—Y por mi parte le he jurado eterna gratitud, y me sacrificaré gustoso por servirle.

— Bien dicen, que no hay hombre sin hombre.

—Sí... las relaciones... son siempre...

—Pero no todas, Pablo: las hay que perjudican.

—Desde luego: mas las mias son, aunque humildes, honradas.

— Eso es menester, Pablo: no hay otra buena amistad que la de los hijos: el mundo está muy relajado.

—¿Qué sabes tú de mundo, Rosalía?

—Es preciso estar ciego para no verlo, y sordo para no oirlo.

—Baste de sermon: lo que interesa es que sirvamos lealmente á don Juan: mira, Rosalía, mañana nos mudaremos de aquí...

—¡Mudarnos!

—Sí, nos mudaremos.

—¿Y qué recursos hay para esta mudanza? ya sabes que se deben tres meses al casero... que todo está *empeñado*... que no trabajas hace mucho tiempo...

—Todo lo sé... mas ya hice las cuentas... y nos sobra dinero.

—Luego te ha dicho don Juan...

— ¿El qué?

—Sin duda.

—No entiendo.

—Mira, Pablo: don Juan me dejó para los niños unas frioleras, y en un cartucho veinticinco napoleones.

—¡Quinientos reales!

—Cierto.

—¡Qué hombre tan generoso!

—Yo habia pensado pagar al casero, sacar la ropa, enviar un socorro á nuestros ancianos padres...

—¿Y qué nos queda?

—Tienes razon: mas tenemos el sagrado deber de amparar á nuestros padres y de vestir á nuestros inocentes hijos.

—Apruebo tus sentimientos, Rosalía; y aunque nos quedemos como estábamos... lo primero es cumplir tan sagradas obligaciones.

—Justamente: así Dios lo tendrá en cuenta.

—No todos hacen eso: no todos cumplen así sus principales deberes.

—Y si no, dá una vuelta por la vecindad, y por esos mundos... y verás...

—Oye, Rosalía... el hogar doméstico es inviolable... las vidas ajenas... solo tienen de fiscal á Dios, que es quien á todos nos juzga.

—Lo decia, Pablo... porque hay hombres... por ejemplo, algunos trabajadores... que sin reparar en la situacion de su mujer y de sus pobres hijos, se gastan el jornal de una semana en la taberna, y gracias si su mujer cose, ó lava, ó hace cigarros, ó asiste á ciertos señores, ó es peinadora... porque si no... las inocentes criaturas... perecerian de hambre.

—Por desgracia es cierto lo que dices, Rosalía; pero no es solo en la clase obrera, que en esa que llaman *decente*, abunda la langosta que es un dolor.

—Por eso te decia que estaba muy relajado el mundo.

—Es verdad, mujer... pero nosotros no hemos de arreglarle.

—¡Dios nos libre de semejante pretension!

—Repito que mañana mudaremos de palomar.

—¡Como hay tantos de sobra!...

—Yo sé de uno, Rosalía: mañana á las doce tendré en mi poder las llaves.

—¿Y con qué recursos? ¿No apruebas la distribucion de los quinientos reales?

—Aprobada.

—Entonces...

—No es de tu incumbencia: prepara los muebles...

—¿Qué muebles, si apenas hay cuatro sillas?

—Digo que limpies las camas... y...

—Antes seria conveniente preparar á los niños...

—Sí... sí... mujer... los niños antes que todo.

—Bueno; ¿y los recursos?

—Aquí están.

—¡Vírgen de Atocha! ¡dos billetes!

—¿Por qué te asustas?

—¡Tanto dinero por mi casa!

—Los pobres se asustan por poco dinero.

—Y de dónde...

—Muy sencillamente, Rosalía: recordarás que en el baile del gitano, del tio Telarañas, á que me convidó mi compadre el ebanista, perdió un agente de Bolsa, como ya te referí, una gran cartera atestada de estos *amarillos*... y juzgándola ya perdida, fué tal su contento al ver que yo se la entregaba, que me rogó admitiese una gratificacion en el acto; yo rehusé porque así me lo dictaba mi conciencia, y porque siendo el bolsista amigo de don Juan, á quien tanto debo, no me parecia honroso manifestarme interesado. Sucedió que don Juan hubo de guardarse estos dos mil reales para recompensar mi conducta, y esta noche se empeñó en que habia de admitirlos.

—Y has hecho bien.

—Las mujeres sois muy interesadas.

—Porque miramos por la familia mas que los hombres.

—Yo no quise admitirlos... porque me dió vergüenza.

—Menos vergüenza hubiera tenido el bolsista si no te hubiese recompensado.

—Desprecio sus billetes.

—Pues yo nó, Pablo, porque tengo hijos.

—Yo, Rosalía, pobre y con hijos, soy mas feliz que muchos de esos afortunados capitalistas: al menos gozo quietud, y la grave complicacion de los negocios... ó quizá los remordimientos y pesares no me atormentan, ni me privan de un sueño dulce y reposado.

—Oros son triunfos: lo demás son bagatelas.

—No seas tonta, Rosalía... los pobres somos mas felices.

—Aunque lo jures no lo creo.

—Pues realmente lo somos.

—Es un triste consuelo, Pablo. Y si no, tu felicidad de ayer ¿es la de hoy?

—Casi es igual.

—No es cierto.

—¿En qué te fundas?

—En que hoy tenemos para salir de muchos compromisos, y... ayer estábamos sumergidos en un mar de desgracias: luego el dinero...

—¿Es decir que te das por satisfecha, Rosalía?

—Por ahora no ambiciono mas.

—Veo que eres modesta y resignada.

—Como yo no he de dar bailes, ni edificar palacios, ni tener coche... me basta y sobra este socorro, que debemos á la misericordia divina.

—Esta es la diferencia de la ambicion de los pobres á la de los ricos.

—Es verdad: la ambicion se aumenta con la fortuna.

—Como que se abarca mas espacio, se idean mil otros resortes para completar el engrandecimiento de la suerte.

—Por eso los avaros son insaciables.

—Los avaros son como el espíritu de Lucifer.

—Nunca están satisfechos.

—Ni tranquilos.

—Son infelices.

—Están condenados.

—Son como las furias infernales.

—Demos gracias á Dios, porque somos pobres.

—Tanto como eso, Pablo...

—Quiero decir... felices.

—Pues, que nos contentamos con el favor de Dios y la recompensa de nuestros afanes.

—Ahora, Rosalía, cumple que seamos prudentes y no echemos, cual se dice, la casa por la ventana.

—Ya sabes que soy económica.

—Dicen que la economía es la fuente de la riqueza.

—Yo entiendo por economía el buen órden.

—Eso es, un buen arreglo; las mujeres sois muy económicas.

—Como que llevamos el peso de la casa.

—El cargo de la familia.

—Cabalmente.

—Pues bien, Rosalía: utilicemos esta improvisada fortuna... sin hacer ostentacion de ella... porque hay malas lenguas que forman horribles juicios cuando á un pobre le ven con un miserable ochavo.

—Los pobres, entre otras plagas, tienen sobre sí la calumnia.

—Tambien á los poderosos se les mullen los huesos... mas como no llega á sus oidos, no padecen.

—¿Para qué mas tormento que la conciencia?

—Quise decirte, Rosalía, á pesar de que fio en tu prudencia, que no publiques nuestra ventura, porque hay en la vecindad quien pudiera envidiarnos... y no quiero ruidos de ninguna clase.

—Si hemos de mudar de habitacion, ¿á qué esas prevenciones?

—Aquí y allá son convenientes.

Pablo aconsejaba á su mujer la oportuna reserva para que los vecinos no hiciesen comentarios acerca del nuevo favor que les dispensaba la suerte, y Rosalía prometió ser prudente; mas él cantero no estaba muy seguro, sospechándolo todo de la vanidad y el prurito que tienen de sobresalir las mujeres.

Ya veremos hasta qué punto acertó Pablo, y dejémosle en el ínterin hacer la distribucion de los recursos que les cedió don Juan, recursos que para ellos, pobres, resignados y de honrada conducta, venia á ser un capital estraordinario, una parte asombrosa y envidiable.

XXV.

LOS TRES CUADROS.

Venid, lectores á un pequeño y oscuro café, en cuyo centro hay tres grupos, que han de entretenernos por algunos instantes.

Dos de ellos conocemos ya, y el otro, sino dice relacion con nuestra historia, es en estremo curioso, y revela cuanto hay en Madrid de ingenioso y de visionario, porque en Madrid hay hombres que sueñan con el premio grande, y buscan por do quier la piedra filosofal, el arte de hacerse ricos á poca ó ninguna costa, sin trabajo y fatiga de ningunga especie.

Examinemos el primer cuadro ó grupo que rodea un ancho velador, sobre el cual hay algunas tazas y copas.

Los componentes de este cuadro es gente singular: parece de la clase media y bien educada, y no lo es: por el contrario, son hombres oscuros, cuya vida ellos mismos ignoran, son aventureros en busca de gangas, proyectistas ó *planistas* célebres, que se devanean los sesos por inquirir ó hallar el modo de constituirse en buena posicion, valiéndose de la farsa, pero

que sin embargo no son fieros criminales, sino embaucadores, que atentan contra el bolsillo de los crédulos y de los babiecas, cuya especie abunda en esta heróica villa y córte de Madrid.

Visten con decencia, aunque los trajes no brillan ni por lo nuevos ni por lo finos.

Se conoce que tienen relaciones de amistad y de especulacion con algunos ropa-vejeros, y visten barato, ó ropas usadas en buen uso.

Los rostros indican la inquietud de su alma.

Los que se consagran á cálculos de matemáticas, á la creacion de dramas, poemas y novelas, por lo general están descoloridos.

Los personajes de este cuadro lo están sin ser hombres de letras, pero se dedican á la alquimia, es decir, á la mágia de los proyectos y cabalísticas especulaciones, y el insomnio y la inquietud los tiene amarillentos y desabridos.

Oigámosles un instante.

—Señores,—dijo el mas grave de los que componian el primer cuadro ó grupo que vamos á describir,—es tan sencillo el medio de buscarse la vida en este Madrid, que me admiro de que hombres como nosotros se encuentren poco menos que sin hogar y sin hogaza, cuando podíamos estar llenos de oro, y por consiguiente de satisfaccion y de ventura. Puesto que hay íntima confianza, sinceridad fráternal entre nosotros, y que hemos hecho un pacto de favorecernos mútuamente, digamos cada cual el estado de sus planes y las esperanzas que cada uno tiene de mejorar de suerte.

—En ese caso, empezad vos, señor don Sabino, y despues continuaremos nosotros.

Advertiremos que eran cinco los coaligados, ó los que formaban la compañía de los planistas de que estamos haciendo referencia.

—Por mi parte,—prosiguió el que primero habia tomado la

palabra,— por mí, señores.... casi puedo asegurar que saldré pronto de penas: seré pronto muy rico.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Albricias!

Así prorumpieron todos, admirados de la seriedad con que don Sabino aseguraba su próxima fortuna.

—Hablad.

—Proseguíd.

—Esplicaos.

—No os detengais.

—Señores, un poco de calma: yo he tenido la suerte de apelar á un recurso eficacísimo.

—Sepamos.

—A la coquetería de las mujeres.

—¡Felíz idea!

—¡Recurso admirable!

—¡Plan maravilloso!

—¡Proyecto colosal!

—Sí, amigos mios: la mujer rinde á la industria productos considerables: calculado está que una mujer,—por supuesto aristocrática, desperdicia mas oro que cien hombres.

—Cálculo exacto.

—Exactísimo, indubitable.

—Teneis mucho talento, don Sabino.

—No me envidieis todavía, porque hasta hoy no pasa de proyecto.... mi fortuna, pero de un modo positivo habeis de verla realizada.

—Si habeis apelado á las mujeres....

—A su vanidad, á su afan de aparecer hermosas, en fin, á su graciosa coquetería.

—Sepamos de qué modo.

—Oidme, señores: yo he inventado un espejo para cada clase de ojos con que ha hermoseado la naturaleza á la mujer; es decir, para los ojos azules, pardos, negros, celestes, claros, etc., etc., teniendo la prevision de confeccionar mi espejo

á la vista de los que quieran usarlo, y esclusivamente para una sola, pues de otra suerte un espejo correria todo un barrio y ganaríamos poco.

—Soberbia idea.

—¡Vaya si lo es!

—Envidio vuestra imaginacion.

—¡Qué discurso!

—Oidme: como en España, al menos entre cierta gente, hace furor lo que es de fuera de casa, ó *estranjero*.... he recurrido á esta manía, y he mandado tirar estas elegantes tarjetas, que dicen así:

ESPEJO MÁGICO DE MR. SABIN,

para abrillantar la luz de los ojos, realzando la gracia y movimiento de ellos, destinado al tocador de la mujer del buen tono.

Mr. Sabin, fabricante único, que ha merecido un premio en el Serrallo de Constantinopla, tiene el honor de ofrecer á V. su tienda, calle de, etc., etc.

—¡Bien! ¡Muy bien!

—Vais á hacer negocio.

—Lo hice ya.

—¿De veras?

—He descubierto mi plan á un avaro de esos que anhelan realizar negocios, pero que carecen de talento para idear una empresa, y me anticipó algunos recursos con los cuales hoy vivo y os obsequio: además héme provisto de cristales, azogues, papel dorado, sortijas ó arillos, y en fin, de los útiles necesarios para la fabricacion de mis espejos, que cual veis este.... no pasa del tamaño de un Napoleon; de suerte que pueden llevarlo en el pecho, ó en el bolso, porta-monedas ó en cualquier parte sin incomodidad y sin ser notado de nadie.

—Sois el mismo diablo, don Sabino.

—Tres noches estuve sin dormir, pero por último he tropezado con el filon de mi fortuna.

—¿Y la tienda?

—Ya está alquilada: ahora me calo unas gafas verdes, me pongo unas patillas, una gorra con visera tan larga como sombrero de teja, y héteme aquí hecho un *franchute* de tomo y lomo, esplotando á las coquetas de todas condiciones sociales, pues no dudo acudirán en tropel á mi establecimiento hasta las cigarreras.

—Y que las hay muy lindas.

—La mujer, sea de la clase que fuere, no está contenta con su hermosura: ambiciona ser todavía mas bella.

—Es indudable.

—Fundado en esta verdad, ideé mi maravillosísimo espejo.

—Vuestro nombre es á propósito.

—No hay mas que suprimir una letra, y asunto concluido.

—¿Y cuánto es el valor del espejo?

—Dos napoleones.

—No es caro.

—Ni tampoco barato.

—Pero, ¿y si descubren la farsa?

—No es posible.

—Veamos en qué os fundais.

—En las ilusiones de la mujer.

—No comprendemos tal misterio.

—Pues oíd, amigos: la que tome y compre mi famoso espejo... se mirará mucho, como es natural, y á fuerza de mirarse, hallará en él la circunstancia especial, la cualidad mágica de que carece, y que nadie es capaz de inventar.

—No vais equivocado, don Sabino.

—Voy muy derecho: en una semana estoy seguro de vender mil espejos.

—¡La ilusion de la mujer!

—Decís bien: la mujer es una visionaria.

—¡Mirad cómo compra los mas ridículos cosméticos ó afeites en la persuasion de que vá á perfeccionar su hermosura.

—Y lo que hace es marchitarla.

—Es claro, deteriorando su cútis.

—En esa parte mi espejo es mas humanitario: en nada las perjudica.

—Al revés: las entretiene.

—Y en realidad las hermosea, las anima, las realza sus graciosos atractivos.

—Habrá señora que esté un dia entero mirándose al espejo mágico de Mr. Sabin...

—Mientras Mr. Sabin disfruta del producto de su credulidad y de su coquetería.

—¡Admirable es vuestro proyecto!

—Ahora diga V. el suyo, don Silvestre.

—Yo sigo hace mucho tiempo la pista á la baraja.

—Veamos.

—Ya sabeis la calorosa aficion que por todas partes se ha desarrollado por el juego, lo mismo en las personas de buen tono, que en las de humilde esfera.

Esta perniciosa costumbre, que tanto aflige á honradas familias, vá á producir mi suerte, de tal modo, que sin riesgo alguno me veré rico en lo que resta de año.

No os riais, amigos mios: este proyecto es seguro.

—Será componiendo las barajas.

—Ese es un recurso gastado.

—Además necesita un millon de barajas y relacionarse con quienes las vendan, para que cuando las compren los jugadores, las encuentren ya arregladas.

—No es eso.

—Pues no adivinamos.

—Decidlo.

—Sí, refiéralo V., don Silvestre.

—Es por medio de la electricidad.

—¡La electricidad!

—¡La electricidad aplicada al juego!

—¡Portentosa invencion!

—No os admireis: el medio es muy sencillo.

—No acertamos á comprender ese enigma, ese arcano maravilloso.

—Oíd: yo he dado con un químico-físico-naturalista... que tiene una *pila de Volta*, y una simple lámina de papel conviértela en otra de cobre; así es que está fabricando láminas de santos, aleluyas, dorando los relojes de plata, y haciendo otros prodigios por este órden.

Yo le he manifestado mi aficion á la baraja, confesándole que he permanecido por espacio de muchas noches discurriendo las mas estrañas combinaciones, á fin de hacer diariamente alguna ganancia módica, ó dar un golpe seguro á la mas formidable banca de Madrid.

No he conseguido hasta hoy sino cierta habilidad en el manejo fácil de las cartas, pero mi plan cabalístico no se ha realizado.

Pues señores, me encontraba ya perdido... como sabeis... lleno de odio hácia la vida, porque en este Madrid el que se vea sin ocupacion, y sea *vago* por fuerza, ó por gusto y holgazanería, se halla muchas veces al borde de un abismo, es decir, á pocos pasos de un horrendo crímen... ¡del suicidio!

—¡Jesus! don Silvestre... seria V. capaz...

—¿Yo? de ninguna manera: y ahora que tropecé con la rica veta... no temais que atente contra una vida que en el porvenir correrá por un sendero de flores.

—Pero sepamos qué clase de maravilla produce la electricidad en la baraja.

—A eso voy: mi amigo el sábio alquimista discurrió que preparando químicamente una baraja, estableciendo una corriente eléctrica para cada carta, luego cada una de por sí ha de servir para atraerse otra de igual clase: de forma que un *punto*, un

jugador puede desbancar con su carta favorita á todos sus adversarios.

—Un poco oscuro está el negocio, señor don Silvestre.

—Lo aclararé, sin embargo que estos problemas de física son muy oscuros.

—Habia oido decir que son muy sencillos, y que dan resultados patentes, fijos, matemáticos.

—Entiende V. tanto de física....

—Es claro.... como V.

—Y no es un sonrojo, señores: si escuchais las conversaciones de algunos círculos de los cafés, os vais á encontrar mas *sábios* que en la antigua Grecia: estudiantillo hay que aspira á ser profesor antes de haber salido de la escuela.

—No distraerse.

—Al grano.

—Tras del trigo voy.

—Esplique V. su maravilla, don Silvestre.... sin comprometer el secreto.

—Se hace tocar una baraja á la electricidad: se lleva esta baraja en el bolsillo, por su puesto oculta.... sale un rey, por ejemplo.... que es la carta favorita del jugador.... la cual se lleva encima de todas: pues bien, cuando el banquero tira el rey, el que hace de punto vá y toca suavemente con el dedo el rey de la baraja eléctrica.... y zás.... vino la suerte....copa.... y se vá á su retiro lleno de orgullo, de confianza.... porque vá lleno de oro.

—¡Invento prodigioso!

—¡Novena maravilla!

—¡Idea sin par!

—Y lo chistoso está, que el secreto estriva en saber qué estremo de la carta ha de tocarse....

—Pues digo, ese es el busilis.

—Habeis acertado, don Silvestre.

—Vais á ser rico.

—Por de pronto, ya *pesqué* á dos fuertes jugadores, quienes generosamente me obsequiaron cediéndome para salir de apuros una cantidad respetable.

—¿Luego estais en fondos?

—En los fondos de la miseria; es decir, la patrona suplirá otro mes.. . héme vestido ...

—Como decíais....

—Sí, pero eran mas las trampas que el capital.

—Es decir, que no teneis un ochavo.

—Ya hubiera pedido unas copas de ron.

—Y tanta suerte es preciso celebrarla.

—Si fiasen los *mozos*.... pero estos mozos de café reciben durante un año largas propinas, y luego, cuando ocurre un lance nos desairan con el mayor descaro.

—Señores, pedíd lo que gusteis.

—¡Albricias!

—Yo he venido á obsequiar á VV.

—¿Será posible, don Bernardo?

—Ya no soy Bernardo Lafuente.

—¿Pues cómo?

—Ved aquí mis tarjetas.

MR. BERNARD LAFONT,

inventor de la *pomada del Diablo*: ungüento prodigioso, que dá ó produce los efectos siguientes:

A los *calvos*, un cabello nuevo, poblado y lustroso.

A los *gotosos*, la desaparicion completa de su fatal padecimiento.

A los enfermos de los ojos, una vista clara y una radical curacion de las oftalmías y de las afecciones parpebrales.

A los *tísicos*, sin mas que unas fricciones en la parte anterior superior del pecho, la salud y robustez mas envidiable.

A las jóvenes *descoloridas*, sin otra operacion que untarse

con una pluma de tórtola, ha de ser de tórtola, bien las mejillas, los lábios, ó cualquiera otra parte del cuerpo, se les aparece un color sonrosado, un delicioso carmin, tan encendido como el de las amapolas.

A las *casadas*, estén ó no en situacion interesante, una suavidad y frescura en el *cútis*.... que las hace aparecer doncellas.

A las doncellas las convierte en serafines.

La *pomada* de Mr. Lafont cura radicalmente á los afligidos, que despues de pasear por las galerías de San Juan de Dios y otros hospitales, se hallan martirizados por una dolencia crónica secreta.

—No prosigais: basta que os llameis *Monsiur*.... para que os llueva el dinero como el maná á los Israelitas.

—Lo que es en esta tierra de los garbanzos, los estranjeros hacen fortuna.

—Nadie es profeta en su pátria.

—Los españoles estais muy *atrasados*.

—En la industria de cierto género, es verdad: así, *Monsiur*... Lafont.... habeis tenido talento en estranjerizar hasta vuestro nombre.

—Y si no, dormíos en las pajas.

—Mejor es un colchon de plumas.

—Señores, prosigamos la historia de nuestros proyectos, y despues se celebrará tanta y tan improvisada fortuna.

—Ni mas ni menos que hacen otros, verbigracia: los contratistas, los empresarios, los banqueros, algunos títulos de nuevo cuño y los del viejo pergamino, algunos ex-ministros, antes simples abogados, ó políticos á la violeta, y otros cien magnates á la moderna usanza.

—Habeis referido las maravillas de vuestro *espejo mágico*, de vuestra *baraja eléctrica* y de vuestra *pomada del Diablo*.... muy bien: ahora oíd los prodigios de la *medalla del Consuelo*....

—¡Hola!...

—Don Nicudemus... eso me huele á cofradía....

—En verdad que vuestro traje y maneras há pocos dias han cambiado: pareceis un familiar del Santo Oficio.

—Voy con la época: en medio de la relajacion hay tambien severas costumbres.

—Y mucha hipocresía, señor don Nicudemus.

—Cada cual es hijo de sus obras.

—Ciertísimo: los unos se fingen mansos corderos, y viven y esplotan á los *mansos* y buenos creyentes: los otros hacen alarde una insolente audacia, y viven del espanto, así en las altas regiones de la política y del mundo diplomático y oficial, como en las esferas de la mas inmunda plebe.

—Y lo entienden.

—Vamos á la medalla.

—Sí, á la medalla.

—Hablad, don Nicudemus.

—Yo, señores, no podia sufrir por mas tiempo ni el hambre, ni la desnudez, ni otras horribles privaciones.

—Pareceis á un tribuno.

—A un capuchino.

—Proseguíd, don Nicudemus: no hagais caso.

—Calificadme, amigos mios, como gusteis. Yo hice mi negocio.

—No hay cosa como vender bulas.

—Silencio: continuad.

—Hice mi negocio sin riesgo, sin alterar mi conciencia; por el contrario, manifestándome un San Antonio en lo dulce y edificante de mis maneras.

—¡Qué jesuita!

—¡Y llevais escapulario!

—Decíd lo que gusteis.

—Adelante.

—Adelante voy con mi proyecto, y me reiré de los tontos.

—Dice bien el señor don Nicudemus.

—Como abunda tanto el beaterio, sin perjuicio de hacer justicia á los *verdaderos creyentes*, á quienes debemos respetar mucho, yo me hice la cuenta de que acariciando el sentimiento religioso, y aun el fanatismo, porque, señores, en España hay todavía un gran número de fanáticos....

—De hipócritas....

—De pícaros....

—De majaderos....

—No me interrumpais.

—Proseguíd.

—Decia que inventando el medio de lisonjear el fanatismo de ciertas gentes, hallaria el de vivir cómodamente á espensas de la credulidad del prójimo.

Positivamente acerté: por eso dije que habia hecho mi negocio.

La medalla del Consuelo, inventada por mí, tiene un catálogo inmenso de virtudes.

Mi resorte cabalístico vá en cierto modo fundado en una religiosa crencia, que si se quiere no perjudica, pero sobre todo esplota admirablemente á las almas sencillas, cuyo fanatismo es el filon que ahora estoy esplotando.

Veamos cómo.

Yo llego á la *gente perdida,* y digo: vosotros que estais espuestos por vuestras costumbres á ser perseguidos por los tribunales, tomad esta MEDALLA, que ella os consolará en vuestras aflicciones.

Del mismo modo hablo á los tragineros, á los contrabandistas, á los soldados, y especialmente á las lavanderas, editoras al aire libre de todas las paparruchas políticas de Madrid, y de todos los milagros y horribles sucesos que estúpidamente y con mengua de nuestra civilizacion, se estampan en los romances.

Como ya sabeis que cierta parte del pueblo, á quien es preciso tener compasion por su ignorancia, se preocupa mucho de

los *reos*, por detestables que hayan sido, y que no derraman una lágrima si fusilasen á un *patriota* honrado, pero fanático por la política, como ya sabeis que esa parte del pueblo cree todavía en brujas, acepta mi MEDALLA, y la remite á las cárceles y los presidios.

Esto por lo que respecta á Madrid.... que en las provincias espero vender un millar en cada aldea.

—¡Felíz invento!

—¿Y de qué es la medalla?

—Vedla aquí.

—¡De cobre!

—¡Pues nó que será de oro!

—Dice bien don Nicudemus.

—¿Y cuánto vale?

—Cuatro cuartos.

—¡Medio real!

—¡Cáspita!

—No es mal precio: además, señores, lleva esta esplicacion impresa: la escribió un cura, amigo mio, á quien de vez en cuando....

—Yá....

—Es corriente.

—Hoy en todo se especula.

—Es el siglo de los alambiques.

—Falta que don Ciriaco nos refiera sus proyectos.

—Con mucho gusto.

—Pues empezad.

—Señores y amigos.

—¿Vais á pronunciar algun discurso de apertura?

—Es una fórmula.

—Si estamos en el siglo de las fórmulas.

—Y de las farsas.

—Seguíd, don Ciriaco.

—Sois intolerantes.

—Nos enseñan los partidos políticos.

—¿Pues no somos ilustrados?

—¿Y la fraternidad, y la cultura, y la galantería del siglo?

—Son como las virtudes de la *pomada del Diablo.*

—Pido la palabra para una alusion personal.

—*Monsiur* Lafont, vuestra pomada es una mentira, y como las maniobras y palabrerías de los políticos en general, son una mentira....

—Que se escriban esas palabras.

—Esas ofensas direis.

—Cierto: ese agravio á mi *pomada.*

—¿Para qué? Si luego hemos de *rectificar*, y quedaremos *amigos.*

—Pues entonces renuncio la palabra.

—Haceis bien: proseguíd, don Ciriaco.

—Toda mi actividad, todo mi genio se limita hasta el dia en visitar ermitas, en acompañar procesiones y en encender velas, porque yo he sido muñidor de cofradías, monacillo y cuanto concierne al servicio mecánico de la Iglesia.

—¿Pues no dijísteis que habeis sido militar?

—Senté plaza de corneta, cumplí mi empeño, y cansado de música, me dediqué á otra ocupacion mas pacífica y de mas lucro: porque habeis de saber que en la Iglesia, salvo el recogimiento y gravedad de los verdaderos devotos, se hacen mil relaciones de todas clases.

Varias señoras, de esas compungidas dueñas que pasan largas horas abanicándose muellemente adormidas en blandos almohadones, me relacionaron con poderosos caballeros; mas al poco tiempo canséme de servir, y dediquéme á corredor de géneros de lícito é ilícito comercio.

Entre otras cosas que vendia por esos mundos de Dios, me acuerdo del ungüento confeccionado con *sebo humano*, medicamento, segun decian las mujeres de mundo, muy eficaz para las quebraduras y otras enfermedades secretas.

Vendíase muy caro, pues me aseguraban se lo proporcionaba el verdugo.

Me resistí á creerlo, mas como en este Madrid existe gente mas estúpida y fanática que en la mas oscura aldea, no hice sino bajar la cabeza y espender tan misterioso medicamento.

Suponíase que el ejecutor de la justicia sacaba el sebo á los *ajusticiados*, pero lo sacaria de otro cualquier difunto, y para dar realce al específico se le revestia de tan repugnante título, porque se llamaba *sebo de ajusticiados*.

Y no lo estrañeis, amigos: no una, sino muchas cándidas mujeres, inspiradas por no sé quién, me pidieron en ciertas ocasiones *pedazos del hueso de la paletilla*.... con los cuales confeccionaban unos *polvos* para dárselos á sus maridos cuando se distraian haciéndose rebeldes, cuando se manifestaban desleales, preocupados en otras amorosas y livianas bagatelas.

Aunque Madrid viene á ser un *gran emplasto*.... me retiré de los ungüentos, y empecé á ejercer industrias de diversos géneros, pero no pude conseguir el hacerme rico.

Ya que he tenido la honra de unirme á VV., que tan famosos planes han ideado, y que no dudo producirán maravillosas consecuencias.... debo decirles que en pocos meses me encontraré con una fortuna considerable.

—Veamos.

—Diga V. su proyecto.

—Muy sencillo: es cosa de minas.

—¡Báh! ¡báh!

—¡Alto! señores: mi mina es una mina como otra cualquiera.

—Sí.... pero está eso tan desacreditado....

—Oíd: un rico avariento, á quien dí parte de mi plan, y de cuyo resultado ofrecíle una mitad, como es justo, cedióme cien napoleones que necesitaba para mezclarlos en el momento de fundir algunos ejemplares de unas piedras plomizas, y como el resultado fué tan satisfactorio, hoy tengo multitud de avaros, que me ruegan la cesion de la imponderable mina.

Espero á que se me den unos doce mil duros.... y sin despedirme del que me prestó los cien napoleones, partiré á uno de los Estados de América, y santas pascuas: no quiero mas industrias.

—No es mal proyecto.

—Es un plan magnífico, ¿no es verdad, don Nicudemus?

Este ciudadano planista, el inventor de la *medalla del Consuelo*, no contestó, porque habíase levantado y estaba misteriosamente hablando con un personaje á quien conocemos.

—¿Decís que necesitais doscientas medallas?

—Las necesito.

—¿De dónde os las piden?

—De Ceuta.

—¿Cuándo las quereis?

—Mañana.

—Sereis servido, y gracias, don Gimeno.

—Además necesito hablaros para un asunto urgente.

—Cuando gusteis.

—Mañana al recoger las medallas.

—Muy bien, don Gimeno. ¿Y qué tal?

—Corredor de minas.

—No os pregunto vuestra ocupacion.

—¿Pues qué?

—El estado de vuestros amores.

—Perfectamente, y os doy gracias... señor don Nicudemus.

—Yo os recomendé á la doncellita... porque me pareció un buen bocado, y lista...

—Bella si es... pero torpe.

—¿Y la sortija de brillantes?

—La debo á mi audacia.

—Yo creia que la doncella...

—En esa parte os equivocais, don Nicudemus.

—Conque Clara...

—Clara tiene aun el pelo de la dehesa.

—Ya se pulimentará.

—No lo dudo... mas no es muy dócil.

—¿Y qué haceis, Gimeno, que no la amansais?

—Esta noche me dijo que la señora baronesa queria hablarme... pero Clara no adivinó el objeto de nuestra entrevista... y estoy con zozobra.

—Vivíd tranquilo: si la baronesa de Rocamar os llama, habeis hecho un buen negocio.

—¿Por qué razon?

—La baronesa es mujer intrigante, siempre en caprichosos amores... llena de trampas. . y podria suceder que os necesitase para negociar algun préstamo, ó vender algunas joyas.

—Sospecho que ha de ser para un negocio de amor.

—Eso es mas grave: posible es en su genial... pero entonces la doncella, la hermosa Clara...

—No creais que tenga yo la fatuidad de persuadirme que esté enamorada de mi persona, señor don Nicudemus...

—Como decís negocio de amores.

—Cierto.

—Si no os esplicais.

—Parece ser que la baronesa tuvo amor á un aventurero... á un quidam, que se llama Juan-Diablo...

—El capellan de la condesa de Montelirio me insinuó una parte de esa misteriosa aventura, y díjome que cierta jóven, bella cual un serafin, habia sido tambien engañada, torpemente seducida por ese Juan-Diablo, y que la caritativa condesa habíala ofrecido albergue seguro en un monasterio.

—Clara me instruyó, sin duda por órden de su ama la sagaz baronesa, de ese enredo amoroso, y aun se me aconsejó vigilase la casa de Aurora.

—Sí, ese es el nombre de la jóven á quien engañó Juan-Diablo.

—Yo mandé á un astuto zagal de diligencias que hiciese el amor á la criada de Aurora... y el negocio no marcha del todo

mal... pero no conocemos á Juan-Diablo, y acordándome de V., señor don Nicudemus... no os ofendais...

—De ninguna manera: por de pronto os diré que el amante de Aurora no es lo que se imagina la baronesa de Rocamar, y si lo sabe, dice otra cosa por venganza.

—¿Le conoceis vos?

—No le conozco, don Gimeno... mas únicamente os diré que es pájaro de cuenta.

—No dudo me comisionará la baronesa para vigilarle, segun las indicaciones de Clara.

—¡Pues mucho ojo... no sea que Juan-Diablo os clave las uñas!...

—¿Tan temible es el aventurero?

—Lo ignoro.

—Os contradecís.

—Ya sabeis que yo soy un salta-tumbas, un raton de iglesias, duende de los palacios, lamparero de ermitas, correo de hermandades...

—Sí... lo sé... don Nicudemus: por esta razon quise informarme de vuestra sabiduría.

—Me adulais, amigo.

—En esta parte soy justo.

—Gracias; sin embargo...

—Ibais á decir...

—No digo nada.

—Veo que no quereis complacerme.

—Don Gimeno, lo que me interesa es vender medallas.

—Mañana á las doce traedme á este sitio...

—¿Cuántas?

—Doscientas.

—¿Gustais tomar alguna cosa, don Gimeno?

—Se agradece: estoy con unos amigos.

—Pues adios.

—El cielo os guarde.

Don Nicudemus regresó á la mesa de sus camaradas los planistas, á quienes dijo:

—¿Conocen VV. á ese perillan?

—¿Quién es?

—¡Un hombre muy *corrido*!...

—¿Sin ser liebre?

—¡Es un lobo con cada presa como las de un jabalí!...

—¿Y qué os decia?

—Que le trajese doscientas medallas para remitirlas á Ceuta.

—¡Buen paraje!

—Se conoce que el caballerito de la nariz de buitre tiene allí muchas relaciones...

—En primer lugar... habeis acertado: de mal nombre le llaman *Buitre*, no solo por la figura, sino tambien por las malas entrañas: no obstante, en honor de la verdad... á mí... ningun daño me hizo jamás: al contrario... me sirve de corredor, y sin duda por sus relaciones es uno de los que mas gasto me hacen de mi prodigiosa medalla.

—¡Qué tales serán sus relaciones!

—La conciencia impide mezclarse en vidas agenas.

—Y V., don Nicudemus.... es muy timorato.

—Dime con quién andas.

—Ese oficio se aprende pronto.

—Señores, cada uno es hijo esclusivo de sus obras: cada cual se las busca conforme ó como puede.

Al mismo tiempo que entre el fingido beato don Nicudemus y el Buitre, falso amante de Clara, doncella de la baronesa de Rocamar, se producia el anterior diálogo, los compañeros del Buitre hablaban del modo siguiente:

—¿Qué os parece lo que nos propone Gimeno?

—Yo, Garduña, digo lo que tú.

—Soy de la misma opinion, Nene.

—Por mi parte,—dijo Cortacaras, porque eran los bandidos de la ocurrencia en el ventorro, y que ahora esplicarán del me-

dio de que se valió su gefe para salvarlos, y cómo estaban allí, aunque con ciertos disfraces,—yo,—repitió Cortacaras,—haré cuanto me mande Gimeno (el Buitre): al fin es nuestro director y capitan, y esta noche, gracias á su astucia, hemos salvado de las garras de la policía.

—Es verdad, que sin su travesura.... la tia Corneja hubiera ido á *veró* (cárcel), y se hubiese entregado en su desesperacion á todos los demonios; porque la vieja infernal es peor que un alano sujeto á la cadena.

—La pobre ha librado milagrosamente, y como es madre de tu novia, amigo Malospelos....

—Mi novia es tan buena alhaja como la madre: hoy está en San Juan de Dios.... figuraos que honrosas ausencias la he merecido.

—Tienes razon, Malospelos.... mas la hermosa Margarita, cuando nos vemos *trincados*.... es nuestro consuelo, y corre de una parte á otra, y entiende á las mil maravillas á los curiales.

—Esos perros curiales....

—Ya sabeis que los hay que no muerden.

—Son muy compasivos, Cortacaras.

—Y si no, que lo diga el Nene.

—Que lo diga Malospelos.

—Gratitud.... señores.... y adelante; pero, ¿qué gerigonza está armando el Buitre con ese lamealcuzas y rapacirios,—aludiendo á don Nicudemus,—que tantos gestos hace?

—Será hombre de importancia.

—Las relaciones del Buitre son distinguidas.

—Los amigos del Buitre son nuestros.

—Ese parece un sacristan.

—Cuando él le habla....

—Muchas trapisondas trae el Buitre.

—Dios quiera que.... ¿tienes confianza en él, Malospelos?

—Ninguna.

—¿Y cómo le sigues?

—Por descubrir su intencion.

—Y si entretanto....

—A lo mismo se espone.

—Este Garduña es muy confiado.

—Yo, Cortacaras, tengo la misma fé en el Buitre que el Buitre en nosotros.

—Hasta hoy....

—Si no es leal.... ya sabeis el remedio.

—Lo que cumple, señores, lo que importa es no escamarle.... y decir á todo «Amen.»

—Así se hará, Garduña.

—Por de pronto, amigo Malospelos, ha librado á la tia Corneja, y ha hecho creer á la policía que hemos dirigido nuestra fuga hácia Getafe.

—De suerte....

—De suerte que por esta noche.... estamos libres de los sabuesos.

—Y con estas capotillas de estudiante y estas boinas á la navarra, ¿quién nos conoce?

—Nadie.

—Cuéntanos, Garduña, cómo libró á la tia Corneja, que iria con la rabia de una leona.

—Despedia espuma por los ojos.

—¿Conque tú la viste?

—Yo me acurruqué junto al hospital, miéntras Gimeno, el sangriento Buitre, que tiene mas alma que Lucifer, hablaba con el comisario, quien sin duda convencido de sus razones, soltó á la tia Corneja, cuyos gemidos é insultos atronaban el firmamento.

—¿Y qué le diria el Buitre al polizonte?

—Ya sabes, Malospelos,—prosiguió Garduña,—que en general, los polizontes son unos gaznápiros, y que al oir alguna *mentira política*, alguna *bola* de falsos noticieros, se avispan, se alarman, y creen poner una pica en Flandes.

—Como que entienden tanto de política... ni mas ni menos que la tia Corneja.

—Pues la tia Corneja, merced á la destreza del Buitre, pasó esta noche por un personaje de la mayor importancia. No os riais. Le hizo creer al polizonte que convendria su libertad, por hallarse en relacion con ciertos *duendes políticos*, los cuales traian una conjura espantosa de acuerdo con los de Pekin, el Mogol, el *Preste del Burgo*...

—Nó.... Garduña.... Sampetersburgo... capital de las Rusias....

—Qué sé yo de historia....

—De geografía, hombre.... y sigue tu cuento.

—Como decia, el Buitre le engañó de tal suerte, que el comisario, creido que iba á ceñir la faja de general ó alguna gran cruz... se apresuró á darle las mas espresivas gracias, y soltó á la tia Corneja, y lo mismo al pobre ventero, el buen Beltran, quien por nuestra culpa ha sufrido un susto de los diablos.

—Y ahora el polizonte andará á caza de *políticos* de taberna y de café, por lo regular hombres sencillos y honrados, mientras los *gordos*, muy quietos en sus deslumbrantes palacios, serán los verdaderos conspiradores.

—¿Quién lo duda?

—Así vá todo.

—A los magnates no alcanza jamás, ó rara vez, la justicia.

—Y lo mismo acontece entre nosotros.

—Y si no mira cómo salvan los que hacen cuantiosos *afanos*.... los que dan golpes terribles y lucrativos.

—Los *pobretes* en todas condiciones son los que pagan.

—Pues claro está.

—Y á propósito, dí, Garduña, ¿crees tú que en casa de la baronesa....

—El negocio es hecho.

—¿Sin malicia?

—Sin peligro de ningun género.

—¿Y la doncella?

—Clara está *melilota* por el Buitre: la ha hechizado.

—¿Tambien es hechicero?

—Yo no sé qué bebida....

—Pues mucho ojo... no sea que á nosotros.... nos dé tambien alguna medicina sin estar enfermos.

—Yo confio en el Buitre.

—Yo en mis piés.

—Yo en mi vista.

—Pues yo en esta,—enseñando una enorme navaja,—cuyo filo sabria, en caso necesario, vengarse de la traicion del Buitre.

—No desconfies, Malospelos, nos conviene ese hombre: su astucia nos salvará del cualquier peligro.

—¿Y qué enredo es ese de esos amores?...

—Sospechamos que la baronesa, ofendida por su amante, quiera tomar venganza.

—¿Y se valdrá del Buitre?

—Así lo hizo creer su doncella.

—Pues se honra la baronesa.

—No tendrá algun caballero....

—Como el amante resulta que no lo es.... y sí un perillan de siete suelas....

—Yá: la ilustre dama ha dicho: á un truhan, un granuja.

—Y hace bien.

—Tal para cual.

—Por mi parte, si el Buitre nos dá esa comision....

—No lo creas, Cortacaras: Gimeno lo hará por su cuenta.

—Entonces.... bien.

—Mejor será que en cosas tan sucias se entienda él solo: ¿no es verdad, Nene?

—Yo no soy capa de pícaros.

—Ni yo prestaré mi valor para herir cobardemente á nadie.

—¿Y tú qué dices, Malospelos?

—Que el Buitre volará solo por esas regiones desconocidas del amor, si es que nos busca para que le auxiliemos en tan dulce empresa: yo me puse á su disposicion para asuntos mas graves.

—¿Y quién será el galan que haya engañado á la baronesa?

—Algun aventurero.

—¡Así como asi en la córte se albergan pocos!

—Hay mas que ratas.

—Conozco á multitud de *perdidos* que se dan una importancia de diplomáticos....

—En Madrid hay mucha farsa.

—Aquí todo es mentira.

—Aquí siempre es carnaval.

—¡Y cuántas caretas!

—Dices bien, Malospelos: ninguno vá con su cara propia.

—¡Apostaria á que no los conoce la madre que los parió!

—Indudablemente.

—Y nosotros mismos.... así disfrazados....

—¡Confesemos que Madrid encierra muchas víboras!....

—Hay tambien gente muy honesta y honrada.

—Hay, es verdad, gente de respeto.

—Madrid es una droguería.

—Ciertamente que en medio de lo malo hay mucho bueno.

—Entre las flores hay siempre espinas.

—Y si no, en este mismo café-taberna teneis probado lo que dice Malospelos.

—Aquí estamos confundidos los tipos sociales mas estraños.

—Yo no entiendo de tipos ni de topos: lo que digo es....

—Siempre la has de enturbiar.... Cortacaras.

—Vamos.... silencio.... Nene; y tú, Garduña, acaba esa historia: dinos quién es el traidor amante de la baronesa de Rocamar.

—Dice Clara que se le conoce por Juan-Diablo.

—¡Juan-Diablo!

—Sí, amigo Malospelos.

—Estás seguro....

—La doncella de la baronesa lo aseguró al Buitre.

—¡Diantre!

—¡Qué! ¿Le conoces, Malospelos?

—Ya os hablé de un caballero, y por cierto muy valiente, que nos favoreció en la cárcel á todos los pobres y que en el baile de los gitanos me dió libertad, despues de entregarle la cadena y el reloj, tomados en aquella maldita zambra, que nunca olvidaré, gracias á los dolores de mi pierna; pues bien, Juan-Diablo es el mismo á quien yo debo estos casuales favores.

—¡Habráse visto rareza como esta!

—¿Conque le conoces, Malospelos?

—No sé quién es; mas sus obras, su generosidad para con los pobres y su bravura para con los valientes, le han conquistado fama.... y seria peligroso....

—Si vale dinero....

—Es claro: si dan trigo.... ya vereis cómo ese Juan-Diablo se hunde en los infiernos.

—Si se le coge entre puertas.

—A un descuido.

—El Buitre indicará el cómo y el cuándo.

—Señores, por mi parte, si el Buitre me exigiera semejante servicio, tan cobarde accion, le mandaria noramala, aunque me ofreciese un tesoro.

—Con dinero se vá á todas partes.

—Si hay *parnés* largo.... ¿qué importa un hombre?

—Poco se perderia.

—Soy del parecer de Garduña y de Cortacaras.

—Estais á vuestro albedrío: haced lo que mande el Buitre.... que las consecuencias....

—Mira, Malospelos.... parece como que te horripilas de ese Juan-Diablo.

—Hasta las fieras son agradecidas.

—¿Por qué dices eso?

—Lo digo, Nene.... porque yo le debí un gran favor, y aunque soy un mal hombre.... no quiero ni debo ser ingrato.

—Yo no respeto á nadie.

—Nene, tú eres un niño.

—No disputeis: se hará lo que convenga.

—Dice bien Garduña.

—Vaya si tengo razon: el Buitre nos interesa: es hombre listo: sabed que hasta me ha buscado novia.

—¿De veras?

—El Buitre me indicó la conveniencia de hacer el amor á una jóven muy linda y amable... tanto, que á pesar de nuestras costumbres, he caido en la red de Cupido, estoy de ella enamorado... y....

—Como yo de Margarita.

—Puedes creerlo, sí, Malospelos.

—Nosotros no profesamos amor á nadie.

—Al vicio.

—Al dinero.

—Claro: sin dinero no hay vicios.

—Por esa razon los ricos son mas viciosos.

—Segun algunos predicadores ilustres, los ricos no se salvan.

—El que es vicioso es un pecador.

—Pues yo lo seria de buena gana.

—¿Por qué, amigo Nene?

—Por ser rico.

—Sigue tu historia, Garduña.

—Voy allá, Malospelos: tenia la boca seca, y estaba remojándome los lábios.

—Te se secan muy amenudo.

—Lo mismo que á vosotros.

—El Buitre paga.

—¡Dios sabe quién pagará!

—Por lo regular.... todos.

—Dejarse de tan tristes profecías.

—Continúa tu amorosa historia, Garduña.

—¿Si saldrás en algun *romance*?

—Tu amor será digno de una copla.

—No os burleis, y escuchad.

—Sigue.

—Por indicacion de Gimeno, segun os decia al principio, me dirigí á una mocita como un clavel, de las pocas flores lozanas que resplandecen en Madrid, porque apenas respiran su impuro ambiente se marchitan la mayor parte....

—Déjate de floreos....

—Al negocio.

—Sí, á la cuestion.

—No he salido de mi amorosa historia.

—Adelante.

—La jóven que me indicó el Buitre se llama Gabriela, y está sirviendo á unas señoritas pobres.... como que son costureras....

—¡Vaya una ganga!

—¡Escelente negocio te ha proporcionado el Buitre!

—¿Si querrá convertirnos en una cuadrilla de galanteadores?

—El objeto de mi amor á Gabriela no es de los que deseamos.... es verdad.... pero yo estoy por servir al Buitre, y este á otras personas, y fué necesario que espiara á una de las señoritas de mi novia, la cual señorita estará quizá en este instante caminando hácia un monasterio.

—¡Qué mujeriles negocios!

—Ningun hombre con barbas debe mezclarse en esos asuntos.

—Me parece que el Buitre acaba esta noche.

—Voy creyendo que se burla de nosotros.

—No lo creais.

—Estás muy prendado del Buitre, Garduña.

—Le conozco á fondo, y nos conviene.

—Yo creí fuese otra cosa.

—Es todo un hombre.

—Será mujer disfrazada.

—No lo creais.

—¿Y á qué se mete en esos lios amorosos?

—Por seguir la pista á la baronesa.

—A su tesoro.

—Eso quise decir.

—En ese caso.... esperemos.

—El tiempo lo aclarará.

—Con el tiempo, el Buitre nos convierte en galanes almibarados.... en pisaverdes..... en pajecitos de ilustres damas...

—Ten paciencia, Malospelos, y oidme: mi novia es cándida.... tan inocente como un reciennacido.

—Es que ya nacen con uñas.....

—En Madrid.... concedo.... porque se llaman gatos.

—Tal vez lo hereden de sus padres.

—Como ahora se estila llevar largas las uñas....

—Así hay tantas aves de rapiña.

—Yo creia que éramos nosotros solos.

—Los hay mas ilustres; y hemos de ver ministros en el Saladero, directores procesados, tesoreros con cadena....

—¡Válgame Dios y cuánta *moralidad*!

—Eso consiste en el mal ejemplo.

—¡Si los de arriba aullan.... ¡qué hemos de hacer los de abajo!

—El lujo tiene la culpa.

—Ninguno está contento con su suerte.

—¡Se pone todo tan *caro*!

—Sí, hay insolente usura, inícua especulacion....

—Es decir, que muchos de los que venden.... roban.

—Decia, que aunque todo esté muy *caro*.... lo que se roba no es para *panecillos*, y sí para ostentar un lujo insultante y mantener *queridas* con la esplendidez de unas duquesas.

—Sigue tu historia, Garduña, que este Malospelos parece un predicador.

—Voy á continuar, Cortacaras: mi linda novia, la incomparable Gabriela, á quien me presenté fingiéndome *delantero* de diligencias, sirve á una señorita que se llama Aurora.

—¡Bello nombre!

—Anunciará el dia.

—A no ser que sea la del célebre Rosario.

—Ya os dije que á estas horas la tal señorita, hermosa y todo como es, habrá ido á parar á un convento.

—Querrá ser santa.

—Mal gusto tiene.

—Y en estos tiempos.

—Parece increible.

—A tu historia, Garduña.

—La espresada señorita, la resplandeciente Aurora, tuvo amores con Juan-Diablo.... y la baronesa.... yo lo creo así.... ha querido que espiásemos á los dos amantes, y por lo mismo el Buitre me dió el encargo de catequizar á Gabriela.... y por cierto no me he dormido.

—¿Sí? ¡éh!

—Cien reales y un pañuelo de seda.

—Menos es nada.

—Veo que el Buitre....

—Silencio.... que viene.

Llegó Gimeno, y un poco alterado les dijo:

—Inmediatamente cada uno por su parte á la buñolería del Meson de Paredes.... al barranco....

—¡Buen brinco desde las Maravillas!...

—O poco menos.

—Al avío.... no repliqueis....

—¿Hay alguna novedad?

—La *ley de vagos*....

—¿Se pone en planta?

—Por esta noche.

—Si no es mas que por esta noche....

—Si se observase.... quedaba casi desierto Madrid.

—Vamos, Garduña.... no seas murmurador: acaba de beber, y.... á escape.

—Señores.... he visto bultos.

—No son malas sombras....

—Nos miran, Malospelos.

—Llamaremos quizá la atencion por nuestros disfraces.

—Aquel que os mira es amigo mio: es un cabo de la ronda... y es quien me acaba de dar aviso....

—Es decir que están cazando.

—En un solo billar han cogido cuarenta y nueve.

—Como que serán estudiantes.

—Aunque no lo fueran.

—Son muy caritativos los de justicia.

—Así anda el mundo.

—Señores.... que estamos comprometidos: id.... que yo os sigo al instante.

Disolvióse aquel cuadro y el de los planistas ó estafadores de oficio.

El Buitre salió tras de sus compañeros, y aunque tuvo un estraño encuentro, que ahora se dirá, los alcanzó en la buñolería, á donde se habian citado.

El otro grupo á que nos referimos lo componian Frasquito Esparavan, á quien arrojaron de los Andaluces con las ninfas nocturnas, el poeta Julio del Valle, don Ventura Jeremías, Lope Centellas, el curial y el impertérrito marqués de Valdeclaveles, por cuya insinuacion, por cuyo capricho fueron á parar á un café tan despreciable como el en que se hallaban.

—Señores,—decia Frasquito en su jerga andaluza, pero que no trascribimos por no parecernos oportuno, y perdónenos la tierra de María Santísima.. .—yo.... estaba con el marqués.... con todo el garbo y juicio del mundo.... mas aquel caballero.... sin irle ni venirle.... ¡zás! me entrega á la justicia.... y salgo de la fonda como alma perdida.... rodeado de esbirros....

—¿Y las muchachas?

—No tardarán en venir.

—¡Cuánto me alegro!

—Señor marqués.... ¡por Dios!—esclamó don Ventura,—mirad quiénes somos....

—Reflexionad....—añadió tímidamente el poeta.

—De noche todos los gatos son pardos.

—Dice bien el señor Centellas: simpatizamos, amigo mio.

—Yo, señor marqués, no soy tan escrupuloso como estos caballeros.

—En verdad,—observó el poeta,—que de noche casi todos somos de un color: nos confundimos: la lástima es que, por pisar flores, nos sumergimos á veces en inmundos lodazales.

—Todo lo cubren las sombras, Julio

—Y si no, contemplad esos rostros.

Y el curial Centellas señaló á los bandidos, que marchaban, segun se lo habia mandado el Buitre.

—La gente parece....

—Buenas alhajas.

—¿Y qué nos importa?

—Nada, señor marqués.

—Claro: ellos se van y nosotros nos quedamos.

—Caballeros,—esclamó una voz ronca que heló la sangre del poeta,—caballeros.... síganme VV....

—¿Qué es lo que V. dice?—preguntó furiosamente el marqués.

Los demás quedaron atónitos: solo el curial Centellas permaneció tranquilo.

—Digo que salgan VV. de aquí inmediatamente.

—¿Por qué razon?

—Si VV. desobedecen á la autoridad, serán conducidos al Saladero.

—Mire V. lo que se habla.

—Pero V., ¿quién es?

—Un oficial de la comisaría de este distrito.

A este tiempo habian asomado á la puerta del café unos cuantos hombres de mala facha y peores condiciones, de aquellos que durante la despótica dominacion de los moderados, mas parecian criminales ó salteadores de caminos que agentes de seguridad y órden público.

No dudaron el marqués y sus amigos que el oficial de la comisaría estaba facultado para aquella brusca y sorprendente resolucion.

Así es que iban á levantarse, cuando Lope Centellas dijo:

—Señores, nadie se mueva; y V., señor Peranzules, ¿viene persiguiendo vagos?

—¡Calla!—esclamó el polizonte reconociendo al curial:—¿V. por estos sitios?

—Vamos, señor Peranzules: siéntese, y tome lo que guste.

—Gracias.

—Siéntese, mi antiguo compañero de armas.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Están allí esperando.

—¿Y qué órden es esa tan apremiante?

—¿Y me pregunta V. á mí, señor Centellas? ¡Usted que es de justicia!

—No adivino la causa de esta pesquisa.

—La ley de vagos, señor Centellas.

—Yá.... la ley de vagos ... pues no nos comprende.

—Justo: VV. son....

—Somos unos caballeros,— dijo el marqués amostazado.

—Indudablemente,— contestó el polizonte.

—Y el gobernador sabrá lo bien que V. cumple su cometido.

—Señor marqués,—observó Centellas,— tenga V. calma; yo respondo de que este sugeto no tuvo intencion de ofendernos.

Cuando el polizonte oyó el título de marqués....quitóse con mucha cortesía el sombrero, en lo cual, mas que por urbanidad, reveló, cual otros muchos, un bajo servilismo.

—Señor marqués,—prorumpió con acento humilde,—yo ignoraba quiénes fueran VV.... y usía me perdone.... y si puedo servirles en algo.

—Mil gracias; y á otra vez.... mas atencion y prudencia.

—Esto no ha sido nada: si V. gusta acompañarnos....

—Me es imposible, señor Centellas.

—¿Tan de prisa está V?

—No es la ley de vagos lo que nos marea esta noche.

—¿Pues qué ocurre?

El polizonte, bajando la voz y dándose mucha importancia, les dijo:

—Señores, por esta noche la ley de vagos es un pretesto: se nos dió órden para prender á diestro y siniestro á todo el mundo, y particularmente á los que estuviesen por estos sitios y otros semejantes....

—¡Viva la legalidad!—esclamó el marqués.

—Pues sepa su señoría, señor marqués, que por esta noche estamos autorizados para atropellar por todo, y el que así no proceda, pierde el destino; y el que no cuenta con otros recursos para su familia....

—Es verdad.... no replico.

—Yo no quisiera estar empleado en estas cosas.... mas como sabe el señor Centellas, soy ageno á todo resentimiento político, y á nadie causo perjuicio ninguno.

—Ya dije á estos señores que respondia de la honradez de V., señor Peranzules.

—Gracias, señor Centellas.

—Como que recuerdo que fué V. un patriota.

—Del batallon de....

—Yá.... de mi compañía.

—¡Qué tiempos aquellos.... don Lope!

—¿Y cómo no marchó V. á provincias?

—Solicitéotro destino.... pero me mataban de hambre, y me obligó....

—Lo siento, si bien, segun informes, V. se conduce honrada y pacíficamente.

—Mire V., señor Centellas: aquellos que V. vé allí, han sido tambien patriotas.

—Respecto de aquellos, que mas se asemejan á contrabandistas que á agentes de la autoridad, convendria la estricta ó severa observancia de la ley de vagos.

—Pero se han disuelto los presidios: esta noche hay muchos bandoleros por todas partes.

A esta ocurrencia del marqués observó el polizonte:

—Tiene usía mucha razon, señor marqués; por esta noche se han abierto los presidios, porque hay rondas por todas partes.

—¿Pues qué teme el gobierno?

—Se habló esta mañana de que por esta noche estallaria....

—Agul petardo.

—Nó, señor.

—¿Pues qué?

—Una vasta conjuracion....

—¡Jesucristo! ¡Y permanecemos con tanta tranquilidad!

—No temais, señor marqués.

—Y qué estraño seria que el pueblo... ese pueblo sufrido... acabase con su noble paciencia, porque la dictadura puso una argolla en su garganta, ha escarnecido sus derechos....

—Mira, Julio, —dijo el curial al poeta,—no sigas, no perores cual un tribuno: déjate de proclamas y sermones políticos.

—Estoy en mi derecho.

—Nadie lo duda.

—Caballero, por esta noche....

—Señor comisario, ú oficial de comisaría, yo no altero el órden: me limito á esponer mi opinion relativamente al tristí-

simo estado del pueblo español, víctima del lujo, de la ambicion, de la usura, de esos mercaderes de todas clases, que son sus implacables y bárbaros verdugos.

—Este caballero es un poeta.... y no debeis estrañar que se esprese con tanto fuego.

—Delante de mí está autorizado para todo.

—Yo, sin V.... soy libre de hacer lo que me parezca.

—Vamos: lo echamos á perder: siga V. con la historia de esa conjuracion tremebunda.

—Las autoridades han prevenido á sus agentes que vigilen con gran cuidado toda reunion que esceda de tres hombres, desde estas horas en adelante; pues, segun confidencias recibidas, debe estallar esta madrugada una conmocion popular, á cuyo efecto se han distribuido numerosas armas y municiones.

—¡Qué credulidad tan estúpida!

—No se ria el señor marqués.

—Me rio de las tragaderas de las autoridades.

—En verdad que hay mucho de farsa en eso de las conspiraciones.

—Como que las urde y dispone el Gobierno para despues reprimirlas.

—Señores.... me comprometen VV.... por Dios.... no sea que alguno escuche y me descubra.

—Pero ¿V. cree de buena fé en esa conjuracion?

—Si he de hablar con franqueza.... no he traslucido cosa que indique la existencia de semejante complót; mas, como los conjurados son tan astutos y guardan tal reserva....

—El miedo de los déspotas vé por todas partes fantasmas horribles.

—La conciencia de los tiranos es muy asustadiza.

—Señores....

—Amigo Julio,—esclamó el marqués,—yo no soy de vuestras avanzadas opiniones; pero estoy conforme en el modo que teneis de apreciar á la tiranía.

—Los pueblos duermen en paz mientras sus opresores, desvelados por todas partes, descubren sombras, espectros y visiones amenazadoras y sangrientas.

—No creo en semejante conspiracion.

—Motivos hay para un general sacudimiento, en vista de que durante *once años*.... no imperan las leyes, y sí el capricho de los mandarines.

—Señores.... mi deber....

—No tengais cuidado, señor Peranzules: os doy palabra de que no os vereis comprometido.

—Señor Centellas.... mi situacion....

—Cierto: es muy crítica.

—Perdonadme si....

—Habeis cumplido vuestro deber.

—Yo he sido encargado de vigilar á cierta persona....

—¿Alguno de nosotros?

—Desde luego que nó, señor marqués.

—Será alguna notabilidad política.

—Es un hombre misterioso....

—¿No digo? la policía, es decir, los déspotas, siempre van en busca de almas del otro mundo.

—No os riais, caballero: el que es hoy objeto de nuestras pesquisas, es hombre temible.

—Sepamos.... si no comprometeis vuestra situacion revelándonos el nombre de ese misterioso personaje.

El poeta Julio del Valle tembló de piés á cabeza, creyendo que nuevamente se le buscaba.

—El señor Centellas, y VV. todos, me merecen una absoluta confianza.

—Decíd el nombre del que buscais.

—Se le conoce por un apodo, ó mote....

—Entonces será una persona vulgar.

—Es un caballero.

—Es verdad que en nuestro país todos tenemos motes.

—Los españoles somos muy chuscos.

—Muy burlones.

—El genio que distingue al pueblo español, y que se revela hasta en las cosas mas triviales y oscuras.

—El sugeto á quien se rastrea esta noche, se llama Juan-Diablo.

—¡Juan-Diablo!—dijo el marqués.

Hubó algunos instantes de un sepulcral silencio: miráronse unos á otros, y tal fué su emocion, que el polizonte juzgó fuese alguno de ellos, fijándose en don Ventura Jeremías, cuyas barbas descompuestas, su rostro de cesante y una cinta que pendia de su pecho, le hicieron creer era Juan-Diablo.

—No estrañeis nuestra sorpresa,—esclamó el curial,—porque ese sugeto hará dos horas que estuvo con nosotros.

—¡Con VV!

—Sí, señor, con nosotros.

—Como que hemos cenado en los Andaluces.

—¡En los Andaluces!

—Justamente.

—¡Diantre!

—¿Y dais importancia á ese hombre?

—Muchísima.

Volvieron á mirarse, y el poeta, no muy tranquilo, se espresó de esta suerte:

—Prodrá ser.... mas os aseguramos que no pronunció ni una frase política entre nosotros: al contrario, parécenos un hombre de ilustracion y de sensatez, de suma prudencia. Sin embargo, si es tal como se lo figura el gobierno, desde ahora merece mis simpatías.

—¿Será posible?

—No lo dudeis, señor marqués.

—Por mi parte,—dijo el tétrico y sombrío don Ventura,—no creo lo que el señor dice.

—¿Cómo que no?

—Oiga V.. y no se ofenda: yo soy un oficial retirado, que cuento con distinguidos servicios, mas que otros muchos que hoy ocupan brillantes y desahogadas posiciones.

—Bien: eso está bien dicho.

—Soy de vuestra opinion, señor marqués.

—Seguíd, don Ventura.

—Decia, que yo mismo, en un estado lamentable á que me redujo mi *consecuencia política*, mi lealtad hácia el regente.... me he visto en mas de una ocasion perseguido por la tiranía, calumniado por sus serviles aduladores, unas veces suponiéndome agitador de las masas, otras distribuidor de fondos, otras con cuantiosos tesoros para un sacudimiento popular; y señores.... me encontraba en la mas espantosa miseria, y lo que es mas sensible.... ¡mis inocentes hijos!

—¡Qué horror! ¿Y os perseguian?

—De muerte, señor marqués.

—¡Voto á Satanás! ¿Y la justicia?

—Los *políticos* no tienen justicia.

—Ciertos políticos....

—Señor poeta.... á nadie ofendo.

—Reconozco vuestras nobles intenciones.

—Políticos á la manera que V. y mi humilde persona lo somos, no pueden ser injustos: aman de veras la libertad y la justicia.

—Seguíd.

—Iba á probar que cuando yo he sido el blanco de crueles persecuciones, siendo así, que me faltaba aliento para la vida, hallándome solo, sin amigos, sin protectores, anegado de lágrimas, en el mas horrible desconsuelo.... no es de estrañar que se persiga á ese jóven, á ese Juan-Diablo, que parece tener genio emprendedor y regular fortuna.

—Se le persigue porque altos personajes le temen.

—Por nuestra parte desconocemos su importancia política.

—Le hemos encontrado en nuestras aventuras nocturnas, y

juzgamos por sus acciones é hidalguía que es un cumplido caballero.

—Yo lo sostendré en todas partes: valiera mas que se persiguiese á los bandidos y á los inmundos vagos que hay en Madrid, que no á los hombres de bien, que, á pesar de sus libres ideas, son de órden y de un honor intachable.

—Señor marqués:... respeto lo que usía dice ... pero....

—Está bien: hemos concluido.

—Con vuestra licencia....

—Vaya V. con Dios.

—Debo advertir á VV. que no estén aquí mucho tiempo....

—Permaneceremos hasta que se cierre la puerta.

—Por consideracion á VV. quedará abierto otra hora: despues no respondo si otra autoridad....

—Mil gracias: yo sí respondo porque salgo fiador de toda persona honrada, y en particular de estos caballeros.

El marquesito hablaba así fiado en su ilustre posicion y en las íntimas relaciones que le unian con las autoridades superiores.

El curial Lope Centellas despidió al esbirro, asegurándole que saldrian pronto de allí, encargándole al mismo tiempo que si encontraba á Juan-Diablo, no le redujese á prision porque juraria que era inocente.

Acerca de don Juan se hicieron mil conjeturas, y acreció el deseo del marqués por averiguar las circunstancias especiales de aquel hombre misterioso, tan político, tan prudente y tan conocedor del mundo alegre y aventurero.

XXVI.

LA AMENAZA.

Mientras el marqués de Valdeclaveles discutia con el poeta y sus amigos relativamente á las oscuras circunstancias de don Juan, ó de Juan-Diablo, este, en una callejuela inmediata al café, viendo salir al Buitre, le cogió del gaban y llevósele al mas oscuro rincon de aquel apartado sitio.

El Buitre, como ya sabemos, hombre de malas costumbres, creyó al pronto fuese un camarada que iba á favorecerle con alguna revelacion, ó á citarle para uno de los muchos enredos á que constantemente se afiliaba, y sin resistir, siguió al embozado donde quiso llevarle.

Don Juan le habló de esta manera:

—¿Sois Gimeno?

—Servidor.

—¿En qué os ocupais?

—¿Qué os importa?

—Mucho.

—¿Me necesitais?

—Ahora os lo diré.

—¿Es una burla?

—¿En qué os ocupais?

—¡Dale!... ¿sois algun juez?

—¿Es cierto que servís á ciertos personajes, quienes os han confiado la mision de perseguir á cierto caballero y á una señorita de tanta hermosura como virtud?

—¿Quién sois vos para interrogarme de esa suerte?

—¿Es ó nó cierto lo que os pregunto?

—Yo á nadie sirvo.

—Faltais á la verdad.

—Ea, concluyamos.

—¿Qué vais hacer?

Don Juan, viendo que el Buitre hizo ademan de sacar un cuchillo, cuya empuñadura brilló en las tinieblas, le puso una pistola de dos cañones al pecho, y prosiguió en estos términos:

—Si os moveis.... os abraso esas infernales entrañas....

—¡Caballero!

—¡Tiembla.... miserable!

—Habeis sorprendido mi buena fé.... de otro modo.... ¡vive Cristo!...

—¡Silencio! ¡Malvado!...

—¿Y quién sois vos para insultarme?

—Un amigo del que perseguís por complacer á una hiena.... á esa mujer, emponzoñada por los celos....

—¿A quién?

—¿No conoces á la baronesa de Rocamar?

—Puedo aseguraros que no he recibido sus órdenes.

—Pero indirectamente mandó que persiguieses á Aurora.

—¿Quién sois?

—Un amigo de su amante.... y cual yo, existen otros ciento, que espian tus pasos y castigarán tus maldades y tus infamias.

—Tal vez esteis equivocado.

—¿No te llamas, no te conocen en el mundo criminal entre tus dignos compañeros por el Buitre?

—Caballero, ó quien quiera que seais, descubríos, y sacadme de esta horrible incertidumbre.

—¿Estás dispuesto á rechazar las insinuaciones de la baronesa?

—Aun no las he recibido.

—¿Y cómo persigues á la inocente Aurora?

—No conozco á esa señorita.

—¿Quién dió órden á Garduña de fingirse amante de Gabriela?

—¡Cielos! ¡estoy vendido!—esclamó para sus adentros el Buitre, y despues dijo á don Juan:

—Si no os descubrís, no puedo aclarar estos misterios, que la mayor parte son una mentira.

—¡Tú sí que eres un hombre de tanta maldad como perfidia!

—Y bien... ¿qué deseais?

—Que te retires de casa de la baronesa, que prohibas á tu compañero Garduña siga fingiéndose amante de Gabriela, y últimamente, que si la baronesa te manda espiar á un caballero....

—¿A Juan-Diablo?

—Ciertamente.

—¿Sois vos?

—Soy un amigo.

—Nos entenderemos.

—O das cuenta de tus actos, de la confianza que te dispense la baronesa de Rocamar respecto de este asunto, ó antes de cuarenta y ocho horas te verás....

—¿En dónde?

—De donde no has debido salir.

—Sepamos.

—En un calabozo.

—¿Y quién sois vos para calumniarme?

—Si alzas la voz....

—A un hombre que no es cobarde....

—Pero que es un pícaro....

—¡Vive Dios!

—¡Insolente!

—Me habeis sorprendido.

—A los infames fuerza es tratarlos como se merecen.

—Terminemos.

—Lo dicho.

—Otro dia os contestaré.

—¡Si das un paso!...

—¡Me amenazais de muerte!...

—¿Harás lo que te he exigido?

—Si no hay otro remedio....

—Es que á mí no me engañas. Mañana por la noche á estas horas, en este mismo paraje.

—No faltaré.

—De faltar, serás entregado á la justicia.

—Os doy palabra de concurrir á la cita.

El Buitre se retiró furioso, cual una pantera á quien traidoramente han herido, y que por el pronto no halla medio de defenderse.

No dudaba que aquel hombre misterioso fuese el mismo Juan-Diablo, ó un íntimo amigo suyo, y juró vengarse, viviendo con mas precaucion y acompañado de uno de sus viles camaradas.

Don Juan, velando siempre por el honor y seguridad de Aurora, espiando dia y noche á la baronesa, consiguió tener en la casa de esta un confidente, que lo era un jóven ayuda de cámara, muy listo y honrado, aunque el resentimiento con Clara le obligó á desempeñar el papel de espía, no tan censurable en aquellas circunstancias, puesto que se constituyó en fiscal de una mujer indigna y de un sanguinario bandido.

Además defendia la virtud en Aurora y el honor de un caballero, como en realidad lo era el vulgarmente conocido por Juan-Diablo.

Este se relacionó con Camilo, ayuda de cámara de la baronesa de Rocamar, por medio de una planchadora jóven, que aunque de orígen decente, su horfandad habíala obligado á servir en dicho oficio y en el de costurera en las casas de los magnates, siéndolo tambien de don Juan, quien recompensaba con largueza su honradez, aplicacion y lealtad que hácia su persona habia manifestado.

La planchadora sustituyó á Clara en el amor de Camilo, y y este se puso á las órdenes de don Juan, ansioso de vengarse de la doncella de la baronesa.

Además inspirábale horror el Buitre, y desde luego sospechó y temió con fundamento que su entrada en el palacio de la baronesa produjese algun trascendental conflicto.

La planchadora, la jóven é interesante Leonor, agradecida á los favores de don Juan, ó sea Juan-Diablo, espiaba á la baronesa, unas veces por sí, otras indagando por Clara sus intenciones.

El amante de Leonor, el ayuda de cámara, el jóven y astuto Camilo, no perdia la mas insignificante accion, así de la ilustre dama como de su doncella, cuyo poco juicio comprometia constantemente el crédito y la seguridad de aquel palacio.

Así es, que apenas habló el Buitre con Clara y espuso esta las intenciones de la baronesa, lo notició Camilo á don Juan, quien estaba citado, y solia penetrar hasta el aposento de aquel sin ser visto de nadie.

Don Juan se proponia intimidar al Buitre para que sirviese de instrumento á la baronesa, pero nunca guiado de la intencion de presentarle á la justicia, si bien el bandido era merecedor de tan digno premio.

Don Juan velaba constantemente, sin otra idea que la de espiar á los adversarios de Aurora, y salvarla, y salvarse á sí mismo de un infame lazo, ínterin sus privadas circunstancias le permitian salir con libertad y nobleza á destruir sus inícuos proyectos.

XXVII.

BUÑUELOS Y AGUARDIENTE.

En Madrid suele ser un digno *fin de fiesta* en las aventuras nocturnas el irse á eso de las tres de la madrugada á una buñolería, para lo que se necesita, lo primero un buen estómago, y despues mucho genio, gran filosofía y despreocupacion para no asustarse de *ciertos cuadros sociales* que á dicha hora y en semejantes sitios se ven y se *estudian* en la coronada villa.

Y no se crea que á tomar *buñuelos* y *aguardiente* acuden sólo algunos rondadores plebeyos, es decir, la hez de la sociedad, sino que tambien honran tan humosos y nauseabundos establecimientos no pocos pollitos aristocráticos, familias honestas y de buen humor, guitarristas, estudiantes, mozas de rumbo, misteriosos enamorados, los que han concurrido á un baile, á una boda, á un bautizo, y alguno que otro ciudadano que constituido en autoridad hace una visita á la *indigesta masa* y al desgarrador ó rompefauces de Chinchon ó de Requena.

¡Válgame el cielo, y qué rostros se descubren á las tres de la madrugada en una *buñolería!* Aquello es una *coalicion* de tipos sociales, que se rechazan entre sí, porque unos tienen prin-

cipios fijos é invariables de bondad, y otros una idea constante de ser malos, inquietos y viciosos.

El buen humor, el fin de una orgía ó el principio de un *dia de campo* es lo que únicamente puede asociarlos ó reunirlos bajo un mismo techo.

Figúrate, lector, si eres provinciano, porque en Madrid todos lo saben, que abres la puerta de una buñolería, por supuesto despues de haberla golpeado, porque los buñoleros respetan mucho á la autoridad, y no abren... sino cuando llaman ... que generalmente es á la indicada hora, ó antes si hay quien le inspire confianza, pues á tal hora ya se estendió por el barrio un tufillo al aceite, que consuela, y en el invierno siempre es agradable resguardarse junto á la lumbre.

Figúrate, lector, que de frente y á lo lejos descubres el hornillo sobre el cual está la caldera; hornillo que vomita fuego como el de una locomotora en medio de las tinieblas de la noche.

La comparacion, nos permitimos espresarlo así, es exacta, porque en las buñolerías hay poca luz; por lo regular, un velon no muy limpio sobre el mostrador, que esparce su débil reflejo entre las sombras, iluminando á medias rostros escuálidos, algunos muy lindos, por mas que vayan velados por los pañuelos de seda que usan en la cabeza las agraciadas hijas de la plebe.

A derecha é izquierda del fogon vénse dos hombres en mangas de camisa sentados en los poyos: el uno dispone y arroja la masa en la caldera-sarten; el otro con sus varitas, y no de la virtud, confecciona ó dá forma al buñuelo, ó el cohombro, las mas veces frito solo esteriormente.

Por esta razon los llama el pueblo *mata-gallegos*, aludiendo sin duda á que es una masa indigesta, pero que comen y engullen tan valerosamente, como los hijos de Galicia, los andaluces y los castellanos.

El reflejo del hornillo y un sucio velon era todo el alum-

brado de aquel establecimiento, refugio de vagos, gente de buen humor, camorristas y toda clase de nocturnos aventureros.

A la sazon veíanse allí las notabilidades siguientes:

En primer término cuatro mozuelas de rumbo y otros tantos adoradores, presidiendo aquel círculo dos mujeres y tres respetables ciudadanos, gefes sin duda de aquella reunion, que se componia de tres humildes familias.

Aunque hemos dicho que las mozuelas eran de *caliá*, no hemos querido significar que fuesen de torpe y licenciosa vida, y sí de alegre genio, y muy bellas, como generalmente lo son las hijas de la clase popular de Madrid.

Por su incoherente y disparatada, aunque inofensiva conversacion, juzgarán nuestros lectores sus condiciones y peculiar instinto.

El instinto del pueblo ya se sabe que es criticar de todo á diestro y siniestro, á veces con razon, compensando en sus festivas satíricas el disgusto que les producen los caseros, los revendedores de todas categorías, los tahoneros, y en general los que no se hacen cargo de su pobreza.

—Mejor seria que tocáseis una polka:— los galanes llevaban guitarras.

—Nó, Magdalena.

—¿Por que?

—¿Y si viene el celador del barrio?

—Le tiraremos de los faldones de la levita.

—Eres el demonio.

—Pedíd permiso al buñolero.

—¿No habeis *cencerreado* bastante en casa?

—Tiene V. razon, madre.... pero si tardan tanto los buñuelos....

—Ya los traerán.

—Creo, compadre Legaña, que han ido al molino.

—¡Al molino!

—Es claro.... por la harina.

—Los muchachos se impacientan.

—Y las muchachas no se cansarán nunca del baile ni de las canciones.

—¡Mozo!

—¿Qué ocurre?

—Otras copas de aguardiente.

—Mejor dirias de rejalgar.

—Sí, está fuertecillo.

—Como que le echan guindilla.

—¡Silencio!

—No quiero callar, Manolo.

—No sea que pase algun polizonte, y....

—Ya no se llaman guindillas.

—Y tambien dicen que le componen con pimienta.

—En Madrid estamos todos poco menos que envenenados.

—En Madrid todo se adultera.

—Como que todo es mentira.

—No sé cómo bebeis tanto.

—Mira, Nicasia, el cordero tiene la culpa.

—¿El cordero?

—Tenia mucha grasa....

—Y no poca pimienta.

—Otra noche si tenemos baile....

—Pues qué, ¿todos los dias hay *misa de parida*?

—Y á propósito, Remijio, has hecho bien en que no salga la Mercedes.

—¿Habia de venir con la criatura?

—¡Buena noche hace!

—¡Canario, y qué frio!

—Aquí no se siente.

—¿Pero traen los buñuelos?

—¡Mozo!

—¿Cuántas libras?

—Trae cuatro.... por ahora....

—¡Jesucristo! ¿Y quién se los come?

—No estás poco melindrosa, Carolina.

—Como que tiene nombre de novela.

—¿Y qué tiene que ver el nombre con la persona?

—Sois muy murmuradores.

—Y las mujeres.... nada.

—¿Qué diria el *lechuguino* del baile?

—¿Sabeis que un *señorito* hace un gran papel en un baile de candil?

—Eso prueba lo que adelanta el tiempo.

—En mi juventud, compadre Legaña, ningun señor acudia á los bailes de los pobres.

—Entonces era verdadero el refran de.... cada oveja con su pareja.

—Así debe ser, compadre Ratonera.

—En mis tiempos....

—Sí.... allá por nuestra juventud habia muchos bárbaros....

—No os riais: yo llevo treinta y cinco años de zapatero.... de portal.... y cuando yo era jóven.... lo mismo que mi mujer, ¿no es verdad, Lorenza?

—¿Y á qué sacas los años?

—Nadie le pide la fé de bautismo.

—No os enfadeis.

—Si lleváramos la edad en el *diente*.... como las caballerías.... aunque sea mal *comparao*.... y VV. perdonen la franqueza....

—No hay de qué, Toribia.

—Yo hablaba de mis tiempos, y quise decir, que en aquella edad no habia tanta finura.... porque yo, zapatero remendon, si quisiera llevaria gaban....

—Pues *ñá tú*.... ¿quién te lo estorba?

—Nadie, Lorenza.

—Como que eres un *artista*....

—Como el mas *afamao*....

—Pues digo....

—Eso consiste en que hay igualdad de derechos para vestir.

—Derechos ó torcidos.... cada uno gasta los que tiene como le acomoda.

—Es que los *usías* no quieren que vistamos á la *moda*.... por ser ellos solos.

—Y en verdad que tienen razon.

—No la tienen, Legaña.

—Lo que digo, Toribia.

—¿Y qué dices tú, Ratonera?

—Que mi compadre vá fundado.

—¿En qué?

—Desengáñate, Lorenza: por imitar hoy á los *silvantes*.... gastan nuestros hijos lo que no deben ni pueden, y nos arruinan.

—¿Pues y estas doncellas?

—Nosotras vestimos con arreglo.... á....

—Vais con el siglo.

—Con la moda.

—Y os empeñais en aparecer marquesas....

—Puede que seamos mejores ....

—Carolina.... tu pico....

—Yo hablo....

—Porque tienes lengua.

—Y mucha libertad.

—Vamos, compadre Legaña....

—Es que nuestros hijos no son lo que éramos nosotros con nuestros padres: ni yo, cuando empezaba á torcer *cabos*, ni tú, cuando aprendias á trabajar las ratoneras y despues las jaulas de grillos....

—¡Y eso que nos llaman *artistas*!

—Como que podemos ser hasta diputados.

—¿Y el voto?

—Muchos lo son que ni aun son *electores*, ni tienen de qué caerse muertos.

—Por eso te decia que en nuestra juventud....

—No hables de años.

—De cosas añejas.

—Lo *pasao.... pasao*.

—Es preciso ir con el mundo.

—Aunque sea dando trompicones.

—¡Mire V. qué conversacion!

—Hija.... tu padre es mas antiguo que el cerro de los Angeles.

—Y tú, Lorenza....

—No hables de años, que eso es muy vulgar.

—Ya dije antes, que si llevásemos la edad en el diente.... como....

—No te ofendas, Toribia.... pero tu comparacion carece de exactitud.

—Tú eres muy *parlero*, Ratonera.... y.... muy *leido*....

—No vás fundada, Toribia, y perdona.

—¿Qué quieres decir?

—Que si llevásemos la edad en el diente, nadie averiguaria la tuya, porque ya no tienes un solo hueso en la boca.

—¡Insolente!

—¡Que haya paz!

—Ratonera es muy murmurador.

—No te enfades, mujer.

—¡Los buñuelos!

—¡Gracias á Dios!

—Señores, mas vale tarde que nunca.

—Es que hace dos horas que los hemos pedido.

—Hace veinte años que juego á la lotería, y no he pescado un solo *ambo*.

—Nuestro dinero es tan bueno como el de cualquiera....

—¡Carolina!....

—Hablo lo que debo.

—Jóven.... perdone V.... no pudo ser antes.

—¿Y los que habeis servido allí?—señalando á otra mesa, alrededor de la cual habia un grupo de hombres de mala traza, á los cuales conocemos.

—Carolina.... eres muy larga de lengua.

—Hemos venido antes que aquellos, y somos tan *honraos*.... ó mas.... porque sus *fachas*....

—¡Silencio, Carolina.... que nos vás á comprometer!

—¡Se acabó: vamos con ellos.... antes que se enfrien!

—¡Mozo! otras copas de aguardiente.

—Traiga V. un poco de azúcar.

—Esto, efectivamente, es harina.

—Lo que sobra de otros platos.

—Estos buñuelos son tan falsos como las cábalas de la lotería.

—Como un programa político.

—¿Qué entiendes tú de política, *Monaguillo*?

—Lo que V., tio Legaña.

El grupo á que habian dirigido la vista los que se quejaban de la tardanza de los buñuelos, se componia de los célebres Cortacaras, Malospelos, Nene, Garduña y el Buitre, quienes temerosos de caer en la *leva* ú ojeo que estaba haciendo la ronda, se refugiaron por órden de su gefe en aquel *chiscon* para terminar la noche.

Habíanse colocado en lo mas oscuro de la buñolería, á fin de no despertar sospechas, y resueltos á permanecer pasivos ó indiferentes á todo lo que ocurriera por eludir toda clase de compromisos.

—Señores,—esclamó el Buitre,—paréceme que aquí estamos seguros.

—Sí, porque nos buscarán por el centro.

—Mucha gente entra.

—Sin duda hubo algunos bailes en el barrio.

—Por nuestra parte, venga quien venga.... *sonsi*.... silencio.

—Es claro: la vista gorda.

—Yo respondo.

—Mejor hubiéramos estado en casa de la tia Corneja.

—No es noche para descansar en aquella morada del infierno.

—¿Por qué razon?

—Ya sabes, Malospelos, que tu futura suegra....

—En paz descanse.

—Amen.

—Hablo con formalidad.

—No te ofendas, Gimeno.

—Digo que la casa de la tia Corneja quizá sea esta noche visitada por la policía.

—Tú serás culpable.

—¿Yo?

—Claro: la diste una importancia....

—Pero se salvó....

—Y mañana....

—Yo responderé de su seguridad.

—Pues aquí no hemos de estar toda la noche.

—Esperemos unos instantes.

—Son las dos....

—Bueno seria que Garduña se acercase á casa de la tia Corneja: ya conoces la seña: tres silbidos.

—¿Y si está dormida?

—Es mas lista que una liebre.

—Además estará con cuidado.

—Pues voy allá.

—Ahora me alegro de esta comision.

—Que no te distraigas.... y mucha prudencia.

—Lo decia por la gente que ahora nos visita.

—¡Calla!

—¿Los conoces?

—Ese del bigóte rubio es el curial don Lope Centellas, el que os dije me sorprendió hablando con Gabriela, y segun observé, no debió darla buenos informes.

—Se le tendrá en la memoria.

—Con los de justicia no es prudente reñir.

—Piensas acertadamente, Gimeno.

—Este Córtacaras es el mismo demonio.

—Si no me engaño,—dijo Malospelos,—ese pisaverde es el marquesito de marras....

—¿El del baile de los gitanos?

—El mismo: su cadena me tiene como hechizado.

—Prudencia.... Malospelos: estamos en peligro, y en una buñolería....

—Como se arme zambra....

—Y viene tambien Frasquito, el andaluz, que canta mas que un *pardillo*.

—¡Qué boda sin arroz!.... El marqués se acompaña siempre, particularmente de noche.... de ese ruiseñor, y en verdad que es la alegría de cualquier fiesta.

—Qué facha tiene ese otro....

—¿Cuál?

—El de la perilla larga: parece una espátula.

—Mira, Gimeno, ese jóven es un poeta.

—Ya se le conoce: tiene rostro de bondad.

—Y semblante de pobre.

—¡Silencio! Cortacaras: recuerda que nos obsequió en la taberna del Gato, creyéndonos unos infelices obreros.

—¿Sí?

—Ese jóven sabe muchas historias.

—Como que las escribirá.

—Charla por los codos; es un papagayo.

—¿Sabeis que su presencia me dá mala espina?

—¿Por qué, Malospelos?

—Me esplicaré.

—Desde que Margarita está en San Juan de Dios.... te encuentras melancólico y ves fantasmas por todas partes.

—Como la infiel Margarita se acuerde de mí tanto como yo de ella....

—Pues hanme dicho que sueles hablarla por una de las rejas con alambreras que hay en San Juan de Diós, y caen á la esquina de la calle del Tinte, entrando por la de Santa Isabel.

—Te han mentido.

—Los que te vieron....

—Me equivocarian con otro.

—Yo, señores, he hablado con mi novia por aquel sitio: por supuesto.... en *caló*.... para que la gente que pasaba no se enterase de nuestra conversacion.

—Tú eres muy currutaco, Nene.

—Ni mas ni menos que otro cualquiera.

—Y á propósito.... sabeis que las tales ventanas de San Juan de Dios....

—Nó, las que á ellas se asoman.

—Parecen ánimas benditas.

—Nó, infernales.

—Dicen que van á quitar de allí ese hospital porque afea la calle de Atocha, y es como un insulto á las honradas vecinas la presencia de lo mas prostituido que hay en Madrid.

—¡Pobres enfermos!

—Les darán otro asilo.

—De cualquier modo, dicen que suprimirán ese hospital, que no por admitir á cierta clase de gente es menos *santo* y benéfico que el otro.

—Señores, una noche estaba yo en la calle del Tinte, y mi novia en una de aquellas celosías mongiles, y la dió por cantar con una voz tan dulce y melodiosa, que no os podeis figurar los curiosos que se pararon á oirla. Muchos criticaban aquel escándalo.... mientras no faltó quien aplaudiese á mi novia y esclamase ¡pobrecita!

—¡Como si fuese una infeliz reclusa!

—No era mal trucha.

—Eres muy enamorado, Nene.

—Mas lo eres tú, Cortacaras.

—Pero aun no has dicho, amigo Malospelos, por qué te dá mala espina la presencia de ese poeta.

—Es verdad: oíd en qué consiste mi aprension.

—Alguna brujería.

—Su suegra la Corneja le tiene atolondrado.

—Callad, majaderos.

—¿Pedimos otra libra?

—Como gusteis.... pero prontito....

—¿Pues?

—Porque nos marchamos.

—Menos yo.

—¿No has dicho que tienes un fatal pronóstico por haber llegado esa gente?

—Y grande.

—Entonces....

—Oye, Gimeno.... si se arma zambra, lo que es muy probable, atendida la reunion que veo, porque esos zapateros remendones, que se llamaban hace poco artistas, han *pipado* mucho.... si se promueve un *belén*.... no me voy sin la cadena del marquesito.

—Te espones, Malospelos.

—Salga el sol por Antequera: me quedaré, si os marchais.

—¡Mozo!.... otra libra.... y unas copas.

—Vamos, dí, ¿en qué consiste esa preocupacion de que hablas.

—Estando una noche con estos en la taberna del Gato, se reunió á nosotros ese poeta, ignorando quiénes éramos, y nos habló largamente de mil ocurrencias y chistosas historias: pues bien, amigo Gimeno, llamóme el mozo de la taberna y me dijo: «un señor le aguarda á la puerta:» Salgo, y aparécese un *jaque*....

un valenton, y me intimó la órden de que respetásemos al poeta, á quien despues ví en una casa de juego, y cumplí la órden de su misterioso protector, anunciándole que íbamos á promover un zafarrancho en aquella casa.

—¡No fué mal tiberio!...

—Desde entonces andamos.... como Dios quiere.

—Mas tarde, en el baile de los gitanos, cuando yo traté de escapar con la cadena y el reloj del marquesito.... me cogió del cuello el mismo jaque en la puerta de la taberna del Gato, y me hizo soltar las alhajas, amenazándome si no con entregarme á la justicia.

—¿Conque ese maton ó perdonavidas es un duende?

—Es peor, Gimeno.

—¡Diantre!

—¿Y no le conoces?

—Supe en el baile que era un caballero, de no sé qué hermandad.... el cual fué un dia al Saladero y dió ropas y una abundante comida á los pobres.

—¿Luego es cristiano y caritativo?

—Mucho.

—¿Y no sabes quién es?

—Llámanle Juan-Diablo.

—¡Cielos!

—¡Qué!... ¿te asustas?

—El Buitre no se asusta de diablos.

—Perdona, Gimeno.... mas parecióme que te habias puesto descolorido.

—Es el pícaro olor de los buñuelos.

—Sí, el aceite es insufrible.

—¿Y no sabes las circunstancias de ese perillan?....

—Nadie las conoce.

—Y si yo te le presentara, ¿le reconocerías?

—Al instante, Gimeno.

—Tal vez le veamos.

—¿En dónde?

—Mañana lo sabrás.

—Es que si me necesitas....

—Cuento contigo, Malospelos.

—Segun y conforme.

—Esplícate.

—Si es para hacer daño á ese sugeto....

—¿Y si ese duende, ó JUAN-DIABLO, es nuestro mayor enemigo?

—Lo dudo.

—¿Y si lo pruebo?

—Entonces lo creeria.

—Sea quien fuere.... en *valiendo alguna cosa*.... cuenta con Cortacaras y el Nene; es decir, con nuestras mismas personas.

—Pues yo no sirvo á mujeres....

—¿Te pronuncias, Malospelos?

—No hables tan alto.... Buitre....

—Pues oye.

Los bandidos quedaron hablando en voz baja, temerosos de ser descubiertos.

Oigamos el grupo de los zapateros, que todo él se ha puesto en alarma viendo entrar á Frasquito, el andaluz, el célebre cantor, Frasquito Esparaván, paje nocturno del marqués de Valdeclaveles.

—Carolina,—esclamó uno de los jóvenes que llevaban guitarras,—¿conoces á ese del sombrerillo calañés?

—Vaya si recuerdo.... es el cantor que estuvo aquella noche en el baile de los gitanos.

—Y despues en casa de la *señá Gumisinda.*

—¿La tripicallera?

—Justo.

—¡Qué ocasion mas bonita!... ¡éh!

—Si mi padre quisiera.

—Tendria gusto que te acompañase con esta guitarra....

—¡Como que yo iba á cantar delante de ese hombre!

—¿Por qué?

—Delante de un señor maestro.

—Hija, *toicos no semos iguales.*

—Mira, Nicasia, ese andaluz tiene un pico de oro, y el mio es un becerro á su lado.

—El tuyo, Carolina.... es tan dulce como el del primer andaluz....

—No lo creas, Felipa: no hay en Madrid quien le gane.

—¿De qué se trata?

—Mire V., tio Legaña.... estas chicas desearian que ese andaluz....

—¿Ese chalan?

—El mismo.

—Y bien, ¿qué?

—Es un cantor....

—No veis que viene con esos señoritos.

—Si V., que es hombre formal.... le hablase....

—Como que vá á dejar á unos señores.... y á uno que le han llamado *marqués*, los vá á dejar, repito, por venirse con unos pobres zapateros.

—De noche todos los gatos son pardos.

—Tambien se distinguen los rubios.

—Pero ya que hablais de gatos.... ninguno como el compadre Ratonera puede dirigirse á ese andaluz, pues al entrar le ha saludado.

—¿Sí?

—¡Carámba! ¿es amigo suyo?

—Pues qué, ¿ese andaluz es un personaje?

—¡Vaya si lo es!...

—¡Calla, majadero!... los jóvenes de hoy dia sois unos babiecas: ¡si fuese en mis tiempos! Hoy cualquiera que sabe poner unas banderillas, ó cantar una *Soleá*, pasa por un personaje entre los tontuelos de Madrid. ¡Qué juventud! Si fuese un predicador.... un sábio.... un militar.... un poeta.... ¡pero un

cantor de Triana!... ¡Qué juventud la de hoy dia! ¡Qué insustancial y calavera!...

—Mire V., tio Legaña.... cada cosa en su tiempo; hoy como hoy.... ayer cual ayer....

—¡Calla, mentecato!

—¡Los viejos tienen VV. unas cosas tan ridículas!...

—Mas ridículos sois vosotros.

Los mozuelos que llevaban guitarras, y las jóvenes especialmente, se desvivian mirando á Frasquito, y este por su parte, conociendo el busilis, aunque no sabia quiénes eran, sonreia de vez en cuando, como diciendo, «aquí me tienen VV. á su disposicion.»

Empero no se atrevia, receloso de algun desaguisado, ó que de repente se presentara don Juan, quien le prohibió acompañase al marqués de Valdeclaveles, para evitarle nuevos disgustos y compromisos.

—Señores,— dijo el marqués,— el olor conforta.

—Pues el sabor no debe ser muy agradable.

—La causa.

—Porque hacen los buñuelos de una harina ordinaria, y suelen estar crudos....

—¡Aprension!

—Veo, señor marqués, y dispénseme V. la franqueza, que tiene un buen estómago.

—¡Escelente! Jamás sentí escrúpulo por nada.

—Ya se conoce: cuando vais á comer buñuelos.

—¿Y V. nó, amigo Julio?

—Los probaré.

—Los poetas son VV. raros.

—Nada tiene que ver la poesía con los buñuelos, señor marqués.

—Que sé yo lo que diga,—interrumpió el curial Centellas.—Lo que es este sitio y la gente que en él se encuentra, es á propósito para un drama.

—Y dice bien, Lope.

—Vaya si dice bien, señor marqués,—observó el taciturno don Ventura Jeremías;— y luego añadió:— Ya os dije, amigos mios, que hace tiempo estoy retirado de toda clase de alegres devaneos; mas esta noche, por complacer al señor marqués, sigo la broma, y á este propósito aseguro que el sitio es soberbio para un cuadro dramático, ó novelesco, segun las diversas figuras que le componen.

—Ciertamente, amigo mio: ved si no...—dijo el marqués, —aquel grupo de jóvenes.... que parecen estudiantes....

—Dios sabrá lo que son.

—Mira, Frasquito, no me interrumpas.

—Perdone usía, señor marqués.

—Estaba haciendo la descripcion del cuadro, ¿no es verdad, Julio?

—Eso es.

—Pues bien: decia que aquellos jóvenes de los capotillos y de las boinas, y el que parece el mas grave con su gaban algo antiguo y su enorme baston, seméjanse á unos estudiantes escapados de un colegio.

—Mala traza tienen para colegiales.

—¡Silencio! Frasquito....

Indudablemente, Frasquito Esparaván debió reconocer á Malospelos, ó algun otro de sus camaradas, pero por no asustar á los *señores* que le honraban con su compañía, no insistió en sus observaciones.

El marquesito hubo de continuar de esta suerte:

—Queda descrito el primer cuadro: V. lo haria mejor que yo, amigo Julio.... mas poéticamente....

—Seguíd.... marqués.

—Este otro grupo, estas otras figuras, amen de aquellos dos que allí duermen....

—La mona....

—¡Calla! Frasquito....

—Perdone usía, señor marqués....

—Aquellos dos duermen cual si descansaran sobre un colchon de plumas; y en verdad que sus trajes.... sus blusas azules, sus gorrillas... el tapabocas... los zapatos llenos de lodo... inspiran lástima.

—Y mucho frio.

—Teneis razon, señor Centellas, pero aquí no se siente.

—¿Qué os parecen los buñuelos?

—Esquisitos.

—Me alegro, señor marqués.

—Pruébalos, Julio.

—Por no desairar á VV.... los voy á probar.

—¡Mozo! Aguardiente.

—Que traigan unos vasos de agua....

—Sí.... porque de otro modo van á tocar á fuego.

—¿Te burlas, Frasquito?

—Porque se nos vá á encender la garganta.

—¿Tan fuerte es?

—Comprenda usía la clase de parroquianos...

—Yá.... pero debiera espenderse menos malo é irritante.

—¡Que si quieres!.... ¡y á estas horas!

—Proseguíd, señor marqués....

—Cuando acabe este buñuelo.

—Parece que os gustan.

—Estoy acostumbrado á todo.

—Os envidio.

—Voy á continuar mi descripcion: este otro grupo es mas variado: de una parte se ven cuatro muchachas, que no por estar humildemente vestidas, dejan de inspirar contento... son, vive Dios, muy bellas....

—¡Vaya si lo son!

—¿Qué te parecen, Frasquito?

—Cuatro hermosos pimpollos.

—Tú eres hombre de gusto.

—Gracias, señor marqués.

—Además, hay en ese grupo otros tantos jóvenes de pueblo, con sus guitarras, tres venerables matronas, é igual número de respetabilísimos varones.... cuya edad manifiestan patentemente sus calvas y sus canas.

—Y sus dientes, digo mal, su falta de dientes; y si no, mire usía, señor marqués, y qué boca tan descomunal y oscura enseña ese viejo cuando se rie....

—El diablo es este Frasquito: ¡pobres hombres!

—¡Si supiera usía.... que tal vez bajo esas calvas y esas bocas sin dientes se ocultan genios de buen humor!...

—No es de estrañar.

—Por lo menos la hora, el sitio.... esas guitarras.... todo indica que deben ser hombres de condicion alegre y divertida.

—Discurre V. acertadamente, señor Centellas.

—A Frasquito se le van los ojos tras las guitarras....

—Nó.... tras la morena aquella....

—Y tiene un nombre muy bonito.

—Le dicen Carolina.

—De suerte, Frasquito, que si te brindasen á cantar....

—Yo.... por mí.... lo que usía .... y estos caballeros....

—Por Dios, marqués.... concluyamos en paz los buñuelos... pues ignoramos qué personas sean.... y recordad....

—Sois muy asustadizo, Julio.

—¿Y qué temes? la noche se echó á perros....

—Sí, amigo Centellas.... mas no debemos arriesgar un lance. ¿V. será de mi opinion, señor don Ventura?

—Yo, amigo Julio, no buscaré compromisos de ninguna especie.... mas puesto en guerrilla.... roto el fuego.... cumpliré mi deber como veterano.... y sea lo que Dios quiera.

—Os contagiais, don Ventura: este amable señor marqués de Valdeclaveles, y nuestro digno compañero Lope Centellas, son impávidos... nada les arredra....

—Sois muy niño, Julio: debeis conocer la sociedad tal cual

es, y no cual os la desea vuestro corazon de poeta y vuestra ardiente fantasía.

—Así está bien dicho, señor marqués: debemos penetrar en el mundo....

—Callá, Frasquito.... ¿qué sabes tú de poesía?

—Algunos cantares nada mas, y de buena gana entonaria dos coplas en honor de aquellos ojillos negros.

—Vamos, la morena deslumbró los tuyos.

—El alma.

—Pues con permiso de estos señores.... relaciónate con los de esa mesa.... obséquiales, y....

—Déjeme usía: yo sé lo que ha de hacerse en semejantes casos.

XXIX.

ZAMBRA NOCTURNA.

Frasquito Esparaván desempeñó á las mil maravillas la embajada que hubo de confiarle el marquesito de Valdeclaveles.

Habló al buñolero, este pidió la vénia al tio Legaña, cuya hija y demás compañeras aceptaron plácidamente la oferta del cantor andaluz, á quien ansiaban oir, segun manifestara la bella Carolina.

Sirviéronse algunas libras mas de buñuelos y sus correspondientes copas del fuerte Chinchon, y al efecto, unidas las mesas, quedó instalado un singular banquete.

En él estaban confundidas todas las categorías sociales.

Allí viéronse mezclados desde el zapatero de portal al aristócrata encopetado, desde el humilde peon de albañil al bizarro oficial de ejército, y últimamente la curia y las letras con las ribeteadoras de sombreros y de zapatillas.

Frasquito se hallaba orgulloso del solemne triunfo que le sonreia.

El poeta Julio del Valle, en su genial modesto y pacífico,

no estaba muy satisfecho, porque sospechaba fatalmente de aquella improvisada coalicion de caractéres tan diversos.

El marqués, hidalgo y esplendoroso cual siempre, dió órden de que le presentaran la cuenta general de gastos, incluso el que habian hecho los bandidos, cuya profesion absolutamente desconocia.

—Amigo Centellas,—esclamó el meticuloso poeta,—me imagino que el estrambótico cuadro que ahora formamos, ó componemos, tendrá un fin poco satisfactorio.

—¡Siempre con tus melancólicas reflexiones!.. Déjate, amigo Julio, de esas ideas sombrías, y goza de este espectáculo, y aprende lo que es el mundo.

—¡Demasiado le conozco!

—Das pocas pruebas de conocerle.

—Mi temor....

—Desvanece tu inquietud, y mira cómo el marqués sonrie de satisfaccion junto á esa encantadora morena.

—Es verdad, la ribeteadora es bastante linda.

—Tiene seductores atractivos.

—Positivamente, amigo Lope: su cabello es negro como el ébano.... su tez morena, pero fina, sus ojos ardientes y vivos... sus lábios de rosa, su dentadura de marfil, su....

—Paréceme que á pesar de tu repugnancia por este cuadro envidias al marqués.... por su dicha de haberse puesto junto á la hechicera Carolina.

—Envidiarle.... nó.... pero hago justicia á los primores de esa muchacha, á quien, de seguro, envidiarian las que dicen resplandecen dentro de los salones aristocráticos.

—El pueblo humilde tiene hijas muy bellas.

—Es indudable: por lo demás.... temo las consecuencias de que el marquesito esté junto á Carolina. ¿Qué dice V., amigo don Ventura?

—Yo nada temo: sigamos la broma.... y puesto que hemos de ser prudentes....

—Eso falta saber, si....

—Nada temais.... Julio.... estando yo.... no sucederá otra cosa que una diversion inofensiva.

En la mesa de los bandidos tambien se manifestaban sérios temores por el resultado de aquel estravagante festin, diciéndose entre otras cosas lo que sigue:

—¿Tú crees, Malospelos, que esta broma acabará con alguna zambra de los diablos?

—¿Quién lo duda?

—Soy de tu opinion.

—Pues precisamente es lo que conviene.

—Es lo que podria sernos muy perjudicial.

—No lo creas, Buitre.

—Por mi parte.... me retiro.

—Y nosotros tambien.

Malospelos quedó solo con la idea que ya habia espresado antes, y cuando el Buitre, el Nene y Cortacaras salieron del establecimiento, hablaron á la puerta á Garduña, quien les manifestó que no habia novedad en casa de la tia Corneja.

Allí enderezaron sus pasos riéndose de la generosa equivocacion del marqués, cuya órden de pagarlo todo les fué comunicada por el mozo de la buñolería.

Sintió el Buitre que permaneciese allí Malospelos, receloso de que le ocurriese un percance.

El bandido, acurrucándose en el rincon, se dispuso á oir á Frasquito, que ya estaba afinando una de las guitarras.... y así esperó el resultado de la fiesta.

—Sois muy encantadora, jóven,—dijo el marqués á Carolina.

Esta, con un gesto nada simpático, respondió al aristócrata de este modo:

—Vaya.... señorito.... *usté* quiere burlarse.... bonita no soy, pero me paseo entre ellas.

—Sí lo eres.... y mucho.

—¿Conque le gusto á su *mercé*?

—Estraordinariamente.

—Pues mire no le haga mal de ojo.

—Al contrario, tus ojos me deslumbran y causan un deleite inesplicable.

—Señor marqués.... menos parola.... que van á cantar.

Mientras preludiaba Frasquito algunos tonos, paró el precedente diálogo, pero no pasó desapercibido para el novio de la ribeteadora, de la sin par morena, y con una mirada de terror la hizo comprender todo su disgusto.

El marqués, prendado de Carolina, insistió en sus requiebros hasta el instante en que Frasquito Esparaván, el melodioso andaluz, cantó hábilmente sus tonos de costumbre, las orientales endechas de su fecundo y hermoso suelo.

Escusado es decir que se le aplaudió estrepitosamente, puesto que ya hemos dicho que pasaba por una notabilidad entre los cantores de su género.

Mientras Frasquito gorjeaba.... el marqués insistia cerca de la bella Carolina, la ribeteadora de zapatillas, cuyos ojos negros y ardientes habian hechizado al jóven aristócrata.

El novio de Carolina se abrasaba en las áscuas de los celos y maldecia al cantor andaluz y á los caballeros que le acompañaban, especialmente al marqués, orígen de su inquietud, causa de la amarga pena que sentia su corazon.

Sus pocos años, la coquetería de Carolina, pues aunque rechazaba al marqués, no le parecian mal sus frios requiebros, motivaron un lance, el acontecimiento que habia de antemano previsto don Ventura Jeremías, y que estaba temiendo el *nervioso* y asustadizo poeta Julio del Valle.

El curial don Lope Centellas no se afectó por el resultado que pudiese producir aquella broma, y seguia tambien galanteando á la compañera de Carolina, hija de la tia Lorenza y del tio Legaña, cuyos avinados ojos se movian cual los de un tigre en la oscuridad de la noche, lanzando rabia contra los que au-

daces é imprudentes provocaban toda su ira y la severa dignidad de un padre.

—Oye, Ratonera,—dijo Legaña,—me parece que estos señoritos la van á enredar de tal modo.... que....

—Nada temas: déjalos que echen flores á tu hija, pues hasta ahora no se propasan.

—¡Cómo que nó!

—Es muy natural que la requiebren: al fin es bonita.... y amable.... y sobre todo nos obsequian.

—Estraño que lo mires con tan poco interés, cuando tu sobrina está hecha una amapola por las chispas de amor que la dirige ese Centellas, ese loco.... ese curial....

—Sí... por las chispas.... del vino y del aguardiente....

—No insultes, Ratonera....

—Desengáñate, amigo Nicasio.... las mozas quieren que las galanteen, y en ello á la verdad no hay ofensa alguna.

—¿No dices que quieren?... pues repara y qué modo de *despavilar moscones* tiene mi Carolina.

La graciosa morena, para rechazar una frase inconveniente, ó mal sonante, y quizá una accion poco decorosa del aturdido marqués, dió á este una tan fuerte bofetada, que le dejó trastornado por algunos momentos.

Promovióse súbitamente una algazara horrible, y por estas voces que se oian, voces atronadoras, agudas unas, roncas las mas, y en confuso tropel mezcladas con los gritos y agudós ayes de las mujeres, juzgarán nuestros lectores el infernal espanto que allí se moveria.

—¡Ay! ¡Ay!

—¡Infame!

—¡Qué vá V. á hacer!

—¡Cierra esa navaja.... Mosquitero!...

—Voy á cortar los gaznates á ese....

—¿A quién?

—¡A ese imprudente.... á ese seductor!

—¡Legaña!

—¡Ratonera!...

—¡Por Dios.... que nos comprometen VV!

—Buñolero.... llama á la autoridad.

—¡Villanos!

—¡Señores.... al órden!

—¡Dale en la cabeza!

—Firme.

—¡Ay!... ¡Ay!

—¿Quién llama?

—El sereno.

—No me mateis....

—¡Hija mia!....

—¡Padre, padre!

—Sacúdele, Ratonera.

—Se defiende con la silla.

La situacion de los combatientes era como sigue:

El marqués de Valdeclaveles, despues de la bofetada que le asestó Carolina, recibió del novio de esta un tremendo golpe con una silla, y quedó como accidentado.

Malospelos, que permanecia en un rincon aguardando la zambra que el Buitre habia previsto, se lanzó sobre el marqués, como en ademán de favorecerle, y en realidad fué solo con el objeto de *limpiarle* el bonito reloj y la preciosa cadena que llevaba.

El poeta Julio del Valle, tímido cual una paloma, se refugió en un rincon, parapetándose con una silla, y desde allí predicaba moderacion, órden y paz, gritando y desgañitándose como un capuchino ante un auditorio de hereges.... pero predicaba en desierto, y nadie le hacia el menor caso.

No obstante haberse escondido en el rincon, sufrió un pequeño golpe con el mástil de una de las guitarras, que á él fue á parar desgraciadamente, porque todas se hicieron pedazos.

Frasquito, el andaluz, á pesar de su condicion pacífica, al

ver al marqués desmayado dió al novio de Carolina con la guitarra en la cabeza, y despues le tiró todas las copas que habia en el velador, causándole varias heridas en la cara.

El curial Lope Centellas, que no era cobarde, cogió al tio Legaña del cuello para evitar que diese un tajo con la cuchilla zapateril al valiente don Ventura Jeremías, que se acordó de sus cien batallas, y empezó por sacudir recios mandobles al viejo tio Ratonera, al novio de Carolina y demás compañeros de *pena*.... es decir, de popular orquesta.

Don Ventura Jeremías cogió un enorme palo que allí tenia el buñolero, y este le suplicaba no diera tan fuerte, porque iba á causar su ruina.

Las mujeres habian caido unas al suelo, y las otras huyeron á lo interior, desde donde gritaban desaforadamente pidiendo favor á la autoridad é invocando á todas las vírgenes y santos de la gloria.

El primero que escapó fué Malospelos, y en pos de él Frasquito Esparavan, quien desde luego juzgaba sin vida al jóven marqués, cuya situacion era en verdad lastimosa.

Llegaron los serenos, y detrás algunos esbirros, y acabó la zambra, que la inconsideracion del marquesito produjo, y como los que lógicamente producen semejantes reuniones, buenas para una vez, y de las cuales debiera separarse la juventud, hoy mas que nunca entregada á un frenesí espantoso, con mengua de su salud y de su dignidad y tristísimo duelo de algunos honrados é infelices padres.

XXX.

LOS FUGITIVOS.

Apenas reflejaba la débil luz de un naciente dia de invierno, cuando á la puerta de una humilde casa de cierto barrio bajo se veian en ademan de disponerse á un viaje al tio Telarañas, Pepe el Gitano, su hija Rocío, la venerable matrona señora Genoveva y dos ó tres chulos, quienes con órden y silencio preparaban las ropas y los aparejos para emprender la marcha inmediatamente.

El equipaje de un gitano ha escitado mas de una vez nuestra curiosidad, y hemos descubierto en esta proscrita raza mucha analogía con las tribus árabes, con las caravanas que nos refieren los viajeros.

El astuto Joselito, el bueno del tio Telarañas, huyendo de Juan-Diablo y de la situacion crítica de la baronesa de Rocamar, dispuso repentinamente su viaje, para eludir las pesquisas del amante de Aurora, es decir, por no verse precisado á inconvenientes y peligrosas revelaciones.

No habia otro remedio: para ser fiel á la baronesa tenia que huir de don Juan, á quien por otra parte respetaba y queria, reconocido á no pocos y considerables favores.

Dispuso, pues, su marcha, pero sin rumbo fijo, sin saber á dónde dirigir la proa.... ni llevar á su atribulada familia.

Y decimos atribulada familia, porque su hija Rocío se hallaba perfectamente en Madrid, pues no siendo á Sevilla, preferió siempre la córte.

El tio Telarañas, como hábil político, deslumbró con sus promesas á todos, y en la ilusion de hacer ricas compras de ganado, para despues venderlo en las venideras ferias, calmaron su ansiedad, resignándose á sus terminantes órdenes.

El tren del tio Telarañas se componia, ó se formaba de lo que sigue:

Cuatro rocinantes sueltos, y otros tres para los equipajes, viéndose entre estos una guitarra, un gallo, un galgo y dos pequeños cofres, sobre los cuales iban algunos colchones.

Como los gitanos hacen parada en cualquier parte, llevan siempre repuesto de camas y una especie de cocina económica.

No reseñamos sus costumbres, porque no es tal nuestro propósito.

Así es, que nos limitaremos á decir que el tio Telarañas se disponia á dejar la córte, y su pequeña tribu se hallaba ya en actitud de emprender el viaje, cuando una notabilidad, un amigo, se le presento, y causóle tal sorpresa, que temió por el pronto suspender su bien combinada marcha.

—Señor.... Joselito....

—¡Diantre!

—¿Pero os vais de Madrid, señor Joselito?

El gitano quedó sin responder por algunos instantes, pues temia se comprometiese en cierta manera el gran secreto de su partida.

—¿No respondeis, compadre?

—Frasquito.... lo siento.... pero has venido en mal hora....

—Es decir....

—Es decir que aquí estás de mas.

—¡Cómo!

—Segun lo acabas de oir.

—¿Conque ya no sois mi compadre.... mi buen amigo, mi protector?

—Mira, Frasquito, vente mañana.... ó dentro de....

—En fin, no quereis oirme.

—Estoy de prisa.

—Un instante.

—Ni un segundo: ya ves.... nos vamos.

—Quisiera consultar con su mercé, tio Telarañas.... una cosa grave....

—Frasquito, otro dia será.

—Pero si acabamos pronto.

—Déjanos en paz.

—¿Os incomodais?

—Darás motivo á ello, si continúas aquí un solo instante....

—Señor Joselito.... por Dios.... acordaos de mis buenos servicios, y que en este momento pudiera prestarlos con la lealtad de siempre.

—No estoy para escuchar súplicas.

—¿Despreciais mis ruegos?

—No es despreciarlos.

—Yo creo que sí.

—Pues yo te digo que nó.

—Ello es que no me escuchais.

—Ello es que no tengo ni humor ni tiempo, señor Frasquito, para oir sandeces.

—¿Me hablais con formalidad?

—Con la que acostumbro.

El tio Telarañas seguia concluyendo de poner el aparejo á su caballo, y despreciaba las súplicas de Frasquito Esparaván, del cantor andaluz, á quien parece que se le indijestaron los buñuelos.

Tanto rogó al gitano, que este, con la preocupacion ó fanatismo de su raza, creyó ver en sus insinuaciones algo de miste-

rioso, y aun de fatídico, y se dignó escucharle por unos momentos, á cuyo fin se internaron en la habitacion, y entre ambos tu o efecto la siguiente conferencia:

Entretanto, cumple advertir que la gitanilla, la salerosa Rocío, conversaba con su comadre la señora Genoveva, relativamente á tan repentina é inesperada partida, haciendo sobre ella los mas ridículos comentarios.

Los dos chulos ó pajes que al tio Telarañas debian acompañar, estaban en la puerta con las bridas en mano, impacientes de picar espuelas y de ver montar en los briosos corceles á sus señores.

Tal era la actitud, la crítica situacion de aquella tribu bohemia, de aquella gitanesca familia.

—Vamos, Frasquito.... ¿qué traes tú por aquí á estas horas?

—Señor Joselito.... dígame V.... ¿por qué V. se marcha en un dia del crudo invierno? ¿Hay ahora ferias?

—¿Es decir, que vienes por curiosidad, ó por encargo, á saber el motivo de mi viaje?

—Nada de eso, compadre Pepe.

—Pues entonces ¿á qué lo preguntas?

—Con el mismo derecho que á mí me preguntais vos.

—No es justo que yo pierda el tiempo: la familia espera....

—Un poco de calma.

—O esplicas á qué vienes....

—Perdonad, señor Joselito....

—O me obligarás á que....

—¿Os enfadais?

—Menos correa.... Frasquito.... al negocio.

—A él voy.

—Pronto.

—Ya empiezo.

—Despacha.

—Esta noche corrí ciertas aventuras....

—No estoy para escuchar novelas ni romances.

—Por alguna cosa he de empezar.

—¡Al grano! ¡al grano!

—Esta noche....

—Frasquito....

—¡No me dejais hablar!

—¡Si empiezas del mismo modo!...

—Variaré mi discurso.

—Despacha, Frasquito.

—Anoche, acompañado del marqués de Valdeclaveles y de otros varios caballeros, dí á última hora, es decir, no hace veinte minutos, dimos todos en una maldita buñolería....

—¿Y vienes á contarme eso?

—Oiga su mercé, compadre.

—No escucho sandeces.

—Deteneos.... que vá la vida de un hombre.

—¿La vida de un hombre?

—Sí, señor, tio Telarañas.

—¡Frasquito!

—¿Pero qué temeis?

—¡Será posible!

—Parece que os asustais, compadre.

—Pues no....

—El caso es que yo estoy inocente....

—¡Frasquito, sal inmediatamente de mi casa!

—¿Me arrojais?

—¿Quieres comprometerme?...

—Si no hay compromiso ni cosa que lo valga.

—¡Jesus mil veces!... ¡En mal hora emprendo mi viaje!

—En la mejor que os podríais imaginar: al menos para mi suerte.

—¿Qué dices?

—Digo que me felicito de vuestra partida, porque si gustais, que si gustáreis me iré con vos.... y....

—¡Conmigo!

—¿Quién lo impide?

—Mi honor.

—¿Vuestro honor?

—Mi seguridad, Frasquito.

—Compadre de mi alma, yo no le comprometo.

—Pues no dices que ha muerto....

—¿Quién?

—Tú lo sabrás.

—Si no ha muerto nadie.... señor Joselito....

—Lo acabas de asegurar.

—Serán visiones de vuestro *sino*: yo no aseguro que haya muerto nadie.

—Dijiste que la vida de un hombre....

—Podrá ser.

—Esplícate, ó si no que te lleven los demonios.

—No os impacienteis.

—Acaba.

—Pues, señor Joselito de mi alma, en la buñolería se armó tal zipizape de palos y silletazos, que el pobre marqués de Valdeclaveles cayó al suelo como aletargado.... pero juraria que le ví sangre en el rostro.

—Y bien....

—Y mal....

—No entiendo, Frasquito.

—Que si el marqués sufrió un fuerte golpe, y del golpe hay malos resultados....

—Y bien.

—Señor Joselito, me culparán de todo.

—Y te culparán con justicia.

—¿Por qué razon?

—Porque le llevas á todas partes, y despues de hacerle gastar sendos doblones, le comprometes á consecuencias bien tristes por cierto.

—Para qué me buscan.

—Y tú blando de boca....

—Por divertirlos.

—No están malas tus diversiones.

—Pues los señoritos bien las desean y las aplauden.

—Mentecatos.

—Yo lo que temo es, que culpándome del golpe del marquesito.... su familia.... que es poderosa, dé conmigo en *veró* (cárcel), y allí me pudra de desesperacion y de hambre.

—Harás un favor á los pobres presos.

—¿Cómo?

—Los divertirás con tus cantares.

—Mal sitio es la *trena* para *trobos* y seguidillas.

—Pues no la hagas y no la temerás.

—A quien debo temer no es solo á la familia del marquesito.... y sí á otra persona....

—¿A quién?

—A ese don Juan.... á ese Juan-Diablo....

—¿Estuvo con vosotros?

—A las primeras horas de la noche le encontré en los Andaluces, mejor dicho, nos encontró, y habiendo ocurrido allí tambien otra escena desagradable, me culpó de todo, y ante la autoridad me paso colorado.

—¿Conque estuvo don Juan?

—Quedó allí con el marqués.

—¿Y luego?

—El marquesito y otros caballeros me encontraron en cierto café....

—No seria en el Suizo.

—En....

—Sí, no lo digas: supongo que seria en algun café-taberna.

—Claro.

—¿Y qué ocurrió?

—Desde allí nos fuimos á comer buñuelos.

—¡Buen estómago!

—*Purítica groma*, señor Joselito.

—¡Ay! Esparaván.... ¡te cayó el premio grande!

—¿Pues?

—La familia del marquesito, y sobre todo Juan-Diablo, te mandarán con escolta.... á tu antiguo barrio de Triana.

—Pues temiendo lo mismo....

—¿El qué?

—Venia á refugiarme á vuestra mercé....

—¿A mí?

—¿Por qué nó?

—Porque me voy.

—Mejor, mejor....

—Mil gracias, Frasquito.

—Os acompañaré.... y os serviré cual en otras ocasiones.

—Mil gracias: cuando necesite de tu compañía.... te avisaré, Frasquito.

—Recordad....

—No valen recuerdos.

—Recordad que os serví lealmente, que os proporcioné algunos buenos negocios.....

—¿Los he pagado?

—No del todo.

—Habrá sido por.... pero ahora mismo....

—No vengo á que me pagueis cuentas atrasadas, compadre Joselito.... y sí á que me refugieis por lo que pueda ocurrir.

—No puede ser.

—Porque no teneis voluntad de ampararme.

—¡Si estoy de marcha!...

—Ya lo veo.

—Si me quedase.... entonces....

—Me conviene salir de Madrid.

—Pues aguarda á que abran las puertas.

—Quiero acompañaros.

—Mi viaje es un secreto.... Frasquito...

—¿Qué inconveniente hay....

—Uno muy grave.

—¿No teneis confianza en mí?

—Frasquito, no te ofendas.... pero hoy por hoy en ningun hombre confío.

—Tan grave es la causa....

—Déjame, y harásme un favor.

—Aunque no querais.... voy á salir en vuestra compañía.

—¡Frasquito! Hace media hora que debíamos estar fuera.... la gente bulle.... y no quiero que espíen mis acciones. Toma dinero.... vete, y Dios te ampare.

—Gracias.... señor Joselito.... si me permitís acompañaros.... me salvais de una desgracia.

—Yo lo siento.... mas no puede ser, amigo Esparaván.

—Porque no quereis.

El gitano entró en sospecha de si Frasquito, fingiendo la ocurrencia del marqués, pudiera presentarse como espía de Juan-Diablo, y para cerciorarse le dijo:

—¿Estaba don Juan en la buñolería cuando recibió los golpes el marqués?

—Nó, señor.

—¿Conoces á la familia de ese señorito?

—Nó, compadre.

—¿Y á la baronesa de Rocamar?

—Oí varias veces su nombre.... pero ignoro quién sea esa *personita.*

—Harás bien, Frasquito, en sepultar su nombre en lo profundo de tu alma....

—¿Por qué?

—Es una señora temible.... según cuentan; yo no la conozco.

—¿Y qué tengo yo que ver con la baronesa de Rocamar?

—¡Mucho!

—¡Yo!

—Vaya, Frasquito.... estás muy espuesto, si no sales al punto de la córte.

—Por esa razon quiero ir con vos, compadre.

—Conmigo, nó: lo que haré será darte para que huyas.

—En ese caso, vos, señor Joselito, vais tambien huyendo.

—¿Yo?

—¿Y á qué lo negais?

—Mira.... Frasquito.... si no mirara....

—¿Y por qué mudais de color?

—Eres muy malicioso, Esparaván.

—Trampas mas ó menos....

—Vamos, Frasquito.... si dieses palabra de....

—¿De qué?

—De no revelar....

—Ya sabeis que os guardo *algunos secretillos*....

—Es verdad.... pero mi honra.... está á salvo.

—No lo dudo, señor Joselito.... aunque lo recuerdo para que nuevamente os fieis de mí.

—¿Haces ánimo de volver á la córte?

—Os juro que nunca.

—¿De veras?

—Yendo, como indudablemente ireis, á....

—Te equivocas.

—¿No vais á Andalucía?

—Ni sé á dónde voy.

—¿Esas tenemos?

—Lo que oyes.

—¿Luego vais huyendo?

—Casi aburrido de ver que nada se hace.... y....

—Bien: sea por lo que fuere, voy con vos, y correremos la misma fortuna.

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—De ocultar el sitio en donde estemos.

—Por la cuenta que me tiene.... callaré...

—Como un muerto.

—Claro.

—Es que no has de escribir á tus amigos de Madrid.

—Me guardare de hacerlo, porque yo no dudo que el marquesito escapa mal del golpe, y ese don Juan, ó Juan-Diablo, me las juró en los Andaluces.

—Corriente. ¿Y tu equipaje?

—¿Cuál?

—¿No traes maleta?

—Ni mochila.... señor Joselito.

—Entonces...

—Lo puesto.... y nada mas.

—No importa: ya tendremos con que vestirte.

—¡Lo ganare!

—No hablemos de eso.

—Venga un abrazo, compadre Joselito.

—Eres malo, Esparaván.... muy loco.

—Y su mercé un buen hombre.

Se abrazaron; y el tio Telarañas, satisfecho de que Frasquito huia de Juan-Diablo, y además no conocia á la baronesa, de quien le hizo temer persecuciones, porque era la prometida esposa del marquesito, se resolvió á que le acompañase, no por caridad solamente, y sí por interés, puesto que el cantor andaluz, además de su divertido genio, tenia otras buenas condiciones, entre ellas la mas conveniente para el gitano, la de ser un chalan muy astuto y emprendedor.

Mas adelante veremos hasta qué punto fué felíz con Frasquito Esparaván el célebre tio Telarañas.

Dió este la órden de marcha, y enderezaron su rumbo hácia la calle de Segovia, en direccion al camino de Estremadura.

XXXI.

UNA MADRUGADA EN EL RASTRO.

Propuestos á narrar lo que es *Madrid de noche....* empezando desde la oracion de la tarde á la de Ave-María, justo es que reseñemos una particularidad notable que encierra la córte, que digna es de mencion, y por la circunstancia de hallarse relacionada con los episodios de nuestra novela.

El RASTRO es una plaza irregular, una calle algo espaciosa, que dá al Sur, y empieza no muy lejos de la Colegiata de San Isidro, terminando en la Ronda.

Dicha plaza ó calle está paralela á la de Toledo.

Llámase tambien al Rastro América, ó Mundo Nuevo, sin duda por la *suerte* que muchos hacen en sus diversas compras, ó bien por la inmensidad de objetos que allí se descubren, especialmente los domingos de madrugada, hora en que acuden un enjambre de esploradores y *gangueros* en busca de *plata perdida*, ropas en buen uso, *ocultas alhajas*, cuadros magníficos y mil otras maravillas, que algunos dicen han visto y comprado en la famosa feria matinal del celebérrimo Rastro.

Hemos dicho que especialmente los domingos es cuando allí se ven cosas raras, y pueden hallarse objetos de algun va-

lor confundidos entre asquerosos harapos y muebles inmundos, pero que no dejan por eso de utilizarse, pues lo que no sirve á un fin, sirve para otro, y así es todo en la miserable vida humana.

Mejor que nosotros dirá lo que es el Rastro uno de los personajes de nuestra novela, que á la sazon se dirige hacia el bullicioso centro de las *gangas*, de las caprichosas especulaciones, y que viene á ser un mercado de lo que *se pierde*, de lo que *se desecha* y de lo que *se roba*.

Y así es efectivamente, segun verá el lector por el relato que sigue.

—Si os empeñais, señor Centellas, iremos á esa plaza; pero despues de la horrible noche que hemos sufrido, lo conveniente seria retirarse á descansar y dar cuenta de nuestra conducta á nuestras estimables familias.

—Por mi parte, señor don Ventura, no tengo que dar cuenta á nadie: sabeis que vivo solo, que soy independiente, pues mi ama de llaves, aunque refunfuña mas que una monja, maldito si hago mérito de sus gazmoñas amonestaciones.

—Respecto de mí, señor don Ventura, nada puede temerse: vivo desde hoy en compañía de este mi buen amigo Lope Centellas, y puesto que anoche nos vimos libres de la policía, y acordamos gozar de nuestra inesperada felicidad, dando aviso, y prévio el consentimiento á la respetable familia de V.... justo será que terminemos la noche, por cierto muy toledana, en ver este otro inmenso cuadro social que se llama Rastro.

—Pues aquí, amigo Julio, no hallareis gran poesía: todos son trapos viejos.

—Tambien se encuentran las margaritas en los muladares.

—Lo que se pierde, al fin se encuentra, amigo señor Centellas; mas en este sitio hay poco bueno. Sin embargo, yo tambien he venido algunas veces por objetos que me hacian falta.

—¿Y los hallásteis?

—Algunos.

—El Rastro es una maravilla.

—Puesto que le conoceis, os recomendamos seais obsequioso, y....

—Desde luego me puse á vuestras órdenes: veníd; yo iré diciendo lo que fuere digno de mencionarse.

Don Lope Centellas, don Ventura Jeremías y el poeta Julio, penetraban en el Rastro á las primeras horas de la mañana.

Luego nos dirán dónde dejaron al marquesito de Valdeclaveles cuando terminó la zambra de los buñuelos.

Por ahora oigamos al curial Centellas, quien sirve de cicerone, ó de guia ó mentor á sus dos buenos amigos en el intrincado laberinto rastreril, sinagoga perdida, especie de Córte de los Milagros de la muy heróica villa de San Isidro.

—¿Ven VV. aquel círculo de personas de todas categorías?— preguntó el curial.

—Aquello parece un bodegon al aire libre.

—No se equivoca V., señor don Ventura; es un restaurant, un hotel económico, donde se desayunan los vendedores, los que vienen á comprar, algunos asistentes que van á la calle de la Buda, convertida en verdulera, ó la plaza de la Cebada, mercado general de Madrid.

—Veo en el corro algunos sombreros de copa y unas jóvenes con pañuelo á la cabeza, pero bien vestidas.

—Los que ves con gaban, querido Julio, son vagos, ó fantasmas de la noche, por ejemplo, cual nosotros en la que ha concluido, y por *pura broma*.... por capricho, por echarla de jaques, vienen aquí y se engullen sendos platos de callos, y lo hacen al aire libre, con la mayor despreocupacion del mundo, y rien y celebran su capricho cual si estuviesen allá en la fonda del Espíritu Santo.

—Mal gusto revelan.

—Peor lo hemos tenido nosotros.

—Yá, pero una sola noche....

—Tampoco estos vienen aquí todos los dias.

—Yo juzgaba fuesen parroquianos....

—Algunos lo son, porque en este Madrid se ven cosas muy raras.

—¿Y ellas?

—No pierden el tiempo: esas jóvenes que ves ahí con su platito de callos, yá tomarán el café, y aun su *media copita* de lo de Chinchon....

—Observo que las mujeres....

—De pocos años á este tiempo, las mujeres, y algunas tienen buena, aun escelente posicion entre las clases del pueblo, estas mujeres, amigo Julio, se han hecho mas bebedoras que los hombres, y han desarrollado un calaverismo que espanta.

—Mujer que bebe...: malo... es horrible.

—Muy feo.

—Se confunden con el demonio.

—Pues se han constituido muchas mujeres en imitadoras de los hombres, y algunas los aventajan.

—¡Qué horror!

—¡Qué escándalo!

—Madrid no se escandaliza de ningun *escándalo*.

—En todas partes cuecen habas, amigo Centellas.

—Pero en Madrid las hay muy *gordas*, amigo Julio. ¿No es verdad, señor don Ventura?

—En Madrid, señor Centellas, las hay mas *gordas* que en ninguna parte. Siempre lo estoy diciendo á Julio; pero como los poetas viven dentro de un mundo diferente al en que nosotros habitamos....

—Pues.... viven en una contínua alucinacion.

—Decís bien, agradablemente hechizados.

—Señor don Ventura, ridiculizais nuestra candidez hasta un punto....

—Si os causo ofensa....

—De ningun modo: agradezco vuestras advertencias, reconozco lo esperimentado que sois, y respetaré siempre vuestras leales indicaciones.

—No interrumpamos.

—Sigue, amigo Centellas.

—Os decia que las mujeres, y muy particularmente las *casadas*, se han hecho imitadoras de los hombres en muchas de sus costumbres. Así es que beben por las mañanas, van tarde á sus casas, siguen bromas de toros, de fondines y de tabernas, cual si fuesen unos ganapanes, lo cual produce un triste ejemplo para sus hijos.

—No moralices tanto, Centellas: me voy desengañando de muchas cosas.

—¡Bien! muy bien, amigo Julio: vuestro talento os enseñará al fin que no todo es poesía ni candor..... que hay mucha infamia y perversidad por todas partes.

—Señor don Ventura, no pegueis en el estremo opuesto: lo mejor es no salirse de lo que dictan la razon y la prudencia.

—Si todos filosofamos, no van VV. á ver lo que es este nuevo mundo.

—Prosigue tu narracion, amigo Centellas.

—Continuaré, pero dejemos ya á las mujeres. Allí, como habeis visto, en aquel sucio rincon se toman callos al aire libre, y no se pierde el tiempo..... ahora vamos á recorrer otros sitios: tú, que eres literato, verás tambien que hay librerías ambulantes, con escelentes obras, y no pocos y á veces preciosos y estraños manuscritos.

—Ved aquí un puesto de libros.

El poeta Julio acercóse al que los vendia, y le manifestó si le era permitido examinar algunos de los volúmenes que habia por el suelo.

—Sí, señor, como gusteis, para eso los traigo,—contestó el que los vendia.

El poeta fué leyendo en alta voz los títulos de las obras, y tanto él como sus amigos y el librero, iban haciendo los comentarios que juzgaban convenientes, los cuales se reducian á este modo de espresar su parecer relativamente al mérito de las obras y renombre de sus autores.

El Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Edicion antigua, con notas de Pellicer.

—El *Quijote* vá á ser eterno.

—Vivirá como la lúz del sol.

—El Quijote es como la mala fortuna.

—¿Por qué?

—Porque se halla en todas partes.

—Sensible es que venga á parar al Rastro.

—Verdad que es digno de mas alto puesto; pero sin duda lo estuvo antes.

—De cualquier modo, lo que es bueno siempre se distingue.

—La virtud resplandece mas entre los vicios.

Obras satítiricas de Quevedo.

—¡Cuánto no se le ocurriria al escritor insigne, al crítico inimitable, si viviese en nuestros tiempos!

—La sátira de hoy no podia ser tan *desvergonzada*....

—Sí, porque ahora hay mas vergüenza.

—No digo eso.

—¡Cómo se cebaria en los alguaciles, alcaldes.... y en los usureros!

—Y aun en los diputados.

—¡Pues y en los miriñaques!

Meditaciones de santa Teresa.

—Notables son los escritos de la célebre religiosa del siglo XVI.

—Y tiene algunos buenos versos.

—En los cláustros resplandeció tambien la poesía.

—No en todos.

—En la generalidad no hubo sino zánganos.

—Positivamente.... hombres sumidos en la molicie, y aun en la ignorancia.

—¡Cómo engordaban!

—La penitencia y los ayunos.... son, ó eran muy saludables.

—Señores,—díjoles el que vendia los libros,—todo esto será escelente.... pero aun tengo reservados unos *manuscritos* preciosos. Vean VV.

—¡Son contemporáneos!

—Del dia.

—¡Cáspita y qué títulos!

—Léalos V. en voz baja.... están prohibidos.

—¡Prohibidos!

—En todos los índices.

—¿De veras?

—Además, cierta sociedad religiosa busca toda clase de obras y manuscritos, y oliendo algo á liberal.... los condena al fuego, y despues los hermanos de esta cofradía se orgullecen, hacen alarde de haberse constituido en inquisidores.

—Por desgracia es positivo lo que dice este hombre.

—¡Vaya si lo es!

—¿Y se tolera?

—*Competentemente autorizada.*

—Vea V. un contraste.

—El siglo ofrece muchos.

—Y sobre todo.... España.

—¿Qué dicen á esto los hombres ilustrados, los oradores, los publicistas?...

—Los mas están llenos de cruces, en altas posiciones, ocupados en la política.... y no se acuerdan de los libros.

—Ya se vé.... se hacen *conservadores*.... y....

—La edad.

—Los desengaños.

—Las altas posiciones engendran orgullo.

—Y despotismo.

—Nuevas costumbres.

—La gravedad....

—Sí.... la de los egoistas.

—Oíd los títulos.

Arte de medrar, dedicado á los periodistas, á los oradores, y en general, á los *políticos*.

Historia secreta de la vida pública de ciertos hombres de Estado.

Apuntes para la biografía de una mujer maravillosa.

Las llagas célebres de una célebre y santa novicia.

La política en el cláustro.

Los chismes de celosías.

El palacio de las Rejas, y las rejas de un monasterio.

Los realistas liberalizados, y los liberales monárquicos.

Fusilamientos por distraccion.

Los modernos inquisidores.

Los discursos de un diputado, y sus hechos como ministro.

De la Bolsa á la Banca, ó el salto de la fortuna.

Los usureros reinantes.

El pan del señor Caro, y el vino del señor Aguado.

La conciencia de un casero, y la camisa de un fogonero.

Los revendedores: industria moderna.

Modo de embaucar á los pueblos.

Arte de hacer programas.

El poeta concluyó de examinar los títulos de otros diferentes manuscritos, y preguntó al librero:

—¿No sabeis quién sea su autor?

—Ni hace falta.

—Es verdad.

—Deben ser curiosos.

—E instructivos.

—Al menos de una moralidad indudable.

—De una enseñanza elocuente.

—¿Segun eso, V. los ha leido?

—Todos.

—¿Y cuánto valen?

—Un capital.

—Convengo.... mas....

—Quiero decir que son de gran precio: ahora V. dará lo que guste.... por supuesto con mucha reserva.

—Pierda V. cuidado.

—Cómpralos, Julio, y aprende.

—Eso voy á hacer, amigo Centellas.

—En estos manuscritos vas á encontrar lo que te hace falta.

—Claro está: la ilustracion.

—Nó.

—¿Pues qué?

—El desengaño.

—Dice bien el señor Centellas: acaso esos manuscritos sean un espejo resplandeciente de las costumbres político-sociales de actualidad.

—¡Cuánto misterio encierran, señores!

—Diga V. su precio.

—Elevadlos por lo que gusteis.

Dieron dos napoleones, y continuaron su esploracion en aquella Babilonia, donde todo se confunde, lo viejo con lo moderno, lo malo con lo peor, lo conocido con lo maravilloso y estraño.

Detuviéronse ante un puesto de ropas, y el curial Lope Centellas les dijo:

—¿Ven VV. estas ricas y lustrosas capas?

—Son escelentes.

—Si las viesen sus respectivos dueños no las conocerian.

—¿Por?

—Los adornos de unas pasan á las otras, y así las dejan completamente trasformadas.

—¡Qué diablura!

—Hay sastres, cuya ocupacion se reduce á cambiar la forma de los trajes, ya sean robados, bien procedan de algun difunto.

—¡De algun difunto!

—¡Diantre!

—Pudiera referiros chistosas ocurrencias.... mas no quiero causaros repugnancia.

—Haceis bien, señor Centellas, y os lo agradecemos.

Pasaron despues á un monton de cuadros de diversas dimensiones y procedencias, y el curial les habló de esta suerte:

—Ved aquí un Museo.

—¡Y qué lástima!

—¿Por qué razon?

—¡Así arrojada la bella pintura!

—A veces se encuentran cuadros de algun mérito; mas segun los inteligentes, se esplotó mucho esta industria: pasaron sus buenos tiempos: allá cuando la estincion de los frailes, y luego que empezó el furor por los cuadros, se hicieron magníficos negocios.

—Todo requiere oportunidad.

—¡Vean VV. qué galimatías!

—Cierto.

—Son miserables copias.... mamarrachos, y no obstante, suenan los insignes nombres de Rafael, Murillo, el Ticiano, Zurbarán, Miguel Angel, Cano, Velazquez, Morales, Españoleto, Ribera, Goya, Vandik, Horacio, Vernet, Lopez y otros cien genios que han inmortalizado la pintura.

—Pues todo se vende, caballeros,—dijo el que parecia propietario de ellos.

—Naturalmente.

—Como que hay quien todavía saca un buen *jornal* de estos mamarrachos.

—¿De veras?

—Yo vendo algunos á *cuatro reales*, y se revenden por algunos napoleones.

—Entonces perdeis.

—De ningun modo.

—Esplicaos.

—Yo los compro.... casi de balde, porque su procedencia es *dudosa*, ó bien porque alguna criada los dá por trapos viejos, ó algun albañil los encontró en una guardilla trastera, y así por este órden.

—Y sin embargo se venden.

—Yo los vendo aquí: el que me los compra los vende á otro que sabe restaurarlos, y este último los ofrece á los que tienen aficion á la pintura, y que creen formar una coleccion escogida.

—¿Y lo creen?

—Los tontos no se acaban nunca.

—Es verdad: ¡qué seria de los pobres!

—Y de los pícaros que los esplotan.

—Teneis razon, buen hombre.

Del puesto de cuadros corriéronse á otro, en el cual se vendian objetos de hierro y diferentes armas.

El vendedor, imaginándose que iban á comprar alguna cosa, les llamó y dijo:

—Aquí, señores, vean VV. la *primera* navaja que afeitó á Napoleon: el sable del Moro Muza: la cuchilla con la que cortaron la cabeza á don Alvaro de Luna.... primer ministro guillotinado.... ¡cosa rara! en fin, aquí hay de todo: está presente la espada de Longinos, los clavos de la Santa Cruz, la cadena de los cautivos de Argel, el cerrojo de la Inquisicion, la cerradura de un castillo encantado, y lo que VV. no pueden imaginarse de antiguo, maravilloso y barato.

—Mil gracias,—respondió Centellas.

—Pero dí, Lope, ¿que hace aquel jóven rebuscando en ese

monton de trapos sucios, suelas, pellejos y otras asquerosidades?

—Ese viene los domingos por su *jornal,* y le saca de entre esa inmundicia.

—¡Será posible!

—Lo que VV. oyen: escarba cual si fuese una gallina en busca de un grano de trigo, y suele encontrar, bien un mango de plata que sirvió á un cuchillo de cierto señor, cuya criada lo arrojó á la espuerta de la basura, y despues no parece de plata, bien una sortija que es de oro y no lo parece, bien algunos trozos de cadenas, y por último, empuñaduras de baston, botones y otros mil objetos, como tejidos de seda y oro, franjas, brocados, que despues reduce al fuego y consigue lo que se propone: un jornal que es posible gane en una semana.

—¡Parece increible!

Mientras examinaban algunos objetos curiosos, apareció en la escena, es decir, en el Rastro, un personaje á quien ya conocemos, y al cual se le acerca un hombre de malas trazas y le dice:

—Caballero, ¿me compra V. este reloj?

—¿Cuánto vale?

—Dos onzas.

—Nó.

—Mire V. que es magnífico.

—Nó.

—Lo menos vale doscientos duros.

—No le quiero.

—Hace V. un gran negocio.

—He dicho que no le quiero.

—Véale V., y estoy seguro.... que lo compra.

El caballero examinó un instante la alhaja, y positivamente era magnífica.

Notó en ella una corona.

Por librarse del importuno vendedor se disculpó del modo

mas cortés, pero insistiendo el mercader ambulante, le dijo:

—¿De dónde procede?

—¿Qué os importa? Compradle, y haceis un negocio que equivaldrá á un premio de lotería.

—Gracias.

—¿Dais veinte y cinco duros?

—Nó.

—¿Dais una onza?

—Ni un real.

El caballero, que era Juan-Diablo, volvió la espalda al vendedor y dirigióse al estremo del Rastro.

Cuál fué su sorpresa al encontrarse allí á don Ventura Jeremías, al curial Centellas y al literato Julio del Valle, y cuyo encuentro no pudo eludir por mas que intentó dirigirse hácia otro lado.

Estaban sus amigos examinando una linda miniatura, acerca de la cual hacian estos comentarios poco antes de la llegada de don Juan:

—¡Juraria que es el mismo retrato de Aurora! Ved su rubio cabello: sus azules y grandes ojos: su ancha y tersa frente: su sonrisa de Angel....

—Dices bien, Julio, es su retrato.

—Yo tambien lo creo, señor Centellas.

—¿Pero cómo hallarse en este sitio?

—¿Quién lo adivina?

—Es uno de los misterios del Rastro.

—Sin duda le han sustraido las criadas....

—Tal vez la necesidad....

—No vais equivocado.

—Sí: Aurora es una pobre huérfana.... y sus tutores, mas pobres que ella...

—Quizá un amante desleal....

—No es posible.

—¿Por qué?

—¿Quién hace traicion á un serafin?

—No seas tan niño, Julio: en esta Babilonia hay hombres peores que Satanás.

—Tal vez algun seductor.

—No lo creo.

—Sea lo que fuere, ¿qué hacemos?

—¿Qué vale este retrato?

—Un duro.

—Es mio.

El poeta compró la miniatura, que indudablemente representaba á la hermosa cuanto infeliz Aurora, y al retirarse del puesto de ropas viejas en donde la encontraron, viéronse frente á don Juan, á quien dirigieron un afectuosísimo saludo.

—Señor don Juan, ¿V. por aquí?

—Amigos mios.... ¿qué les trae por este mercado?

—Es el fin de una noche toledana.

—Mal gusto, amigos.

—La distraccion.

—El deseo de verlo todo.

—Yo he venido á comprar unos balcones viejos, que me encargan para una casa de campo: vedlos allí.

Juan-Diablo decia verdad: su objeto era proporcionarse lo que habia dicho, para una deliciosa quinta que se estaba construyendo no muy lejos de Madrid.

—¿Y el insigne é incomparable marqués? —preguntó don Juan.

—¡Ay, amigo mio!—respondió el poeta;—despues de permitirle sus acostumbradas locuras, nos puso al borde de un abismo.

—¡Qué decís!

—Lo que escuchais.

—Sin exagerar.... estuvo espuesto á ser pasado por las armas de unos valerosos zapateros.... y merced al arrojo temerario de don Ventura, no le hicieron mas trizas que á una suela.

—¿Os chanceais?

—Señor don Juan.... desgraciadamente lo que dice don Lope fué muy cierto.

—¡Qué lástima!

—Salió maltratado, y le hemos conducido á casa de su compañero el bolsista Céspedes, y de allí dará aviso á su padre y hermana, fingiendo que una ligera indisposicion le priva de estar en su compañía.

—¿Pero es cosa grave?

—Tiene para una semana.

—¡Voto al infierno!

—Dos fuertes contusiones, una herida superficial en las narices....

—¡Herida!

—Con un fragmento de la guitarra que Frasquito Esparaván rompió al sacudir el polvo á uno de sus temibles adversarios.

—¿Luego ese cantor andaluz tornó á reunirse á VV?

—Le encontramos por desdicha en un cafetillo de los barrios del Norte.

—¿Y en el café sucedió la catástrofe?

—Nó, amigo don Juan.

—¿Pues en dónde?

—En una buñolería.

—¡Qué locura!

—Gusto en verdad estrafalario.

—Y mas en un poeta.

—Yo no me opuse.... por temor de disgustar á VV.

—Yo concurrí, porque nunca he sido cobarde ni falso compañero.

—Pues yo me he divertido mucho.... salvo alguno que otro recuerdo.... como el que me sobrevive en las espaldas.

—¿Tambien V., señor Centellas, salió herido en la batalla?

—Y sin gloria.... sin opcion á premio alguno.... que es lo

peor. Y gracias á la bizarría de don Ventura, que recordando sus heróicos hechos de Arlaban y de Luchana, cargó á la tropa zapateril con inimitable y pujante denuedo.

—Cumplí un deber.... aunque al decir verdad.... los zapateros, sus bellas hijas y los jóvenes que las acompañaban, toda es gente sencilla y honrada, aunque algo loca tambien por hallarse en semejante sitio, donde siempre ocurren á cierta hora de la noche tristes y lamentables escenas.

—Luego la culpa....

—La tuvo el marquesito, que á las primeras descargas de los *crispinianos*, cayó al suelo sin sentido y bañado en su propia sangre.

—¡Qué susto, amigo don Juan!

—Lo creo; sin embargo, esas emociones inspirarán al señor poeta una crítica filosófica de ciertas costumbres populares.

—Se vá ilustrando á *oscuras*: es decir, de *noche*.

—Si voy contigo á esas locuras, saldré ilustre, pero quizá con alguna costilla de menos. *Madrid de noche* ofrece horribles peripecias.... dramas escandalosos....

—Señor Centellas, hareis bien suprimiendo esas aventuras: veo que el amigo Julio.... no tiene valor.... sin que os ofenda, para sobrellevar tan amargos contratiempos.

—El de esta noche le doy por bien ocurrido.

—Por el desengaño quizá....

—Nó.

—¿Habeis visto alguna encantadora belleza?

—Las ribeteadoras eran muy lindas.

—El susto que he sufrido lo compensó este hallazgo.

—¡Cielos!

—¡Qué! ¿os causa emocion esta miniatura, amigo don Juan?

—Por lo seductora.. . no mas.... que por la imágen.... por....

Juan-Diablo no pudo articular otra palabra desde que vió el retrato de Aurora, retrato que tenia relacion con uno de los

notables incidentes á que dieron lugar los celos de la baronesa.

Hizo un esfuerzo..... reprimió su profunda emocion, y dirigiéndose al poeta, esclamó:

—En verdad que tan rico hallazgo compensa en cierto modo los sustos de esta noche. ¿Y á dónde le comprásteis?

—En ese puesto de ropas viejas.

—Si no teneis gran empeño en llevarlo.... yo, si lo permitís..... os lo compro.

—Podeis disponer de él.... no obstante, que en mi sentir es el verdadero retrato de una bella señorita, á quien deseara presentarle.... porque yo no dudo que han debido robársele.

—No me opongo.... aunque tendria sumo placer en llevarlo, pues mi aficion á este género de pinturas raya en delirio.

—Si tanto es vuestro interés..... señor don Juan.... os lo cederé, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—La de llevarlo ante su original....

—¿Estais seguro?

—Juraria que pertenece á una señorita amiga mia.

—¿Su nombre?

—Aurora.

—Podrá ser.....

—Yo así lo creo.

—Haced lo que os plazca.... mas de cedérmele..... no quisiera que lo presentáseis á esa interesante señorita.

—¿Y qué inconveniente puede haber....

—Me privais de una ilusion: quitais todo el mérito ó valor á este misterio.

—Mira, Julio, cédelo á don Juan.

—Si es un capricho....

—Sea lo que fuere, tome V..... señor don Juan....

—No quisiera que este caballero.....

—Teniéndolo V....., es cual si yo lo conservara.

—Le admito con la condicion espresa de que V., amigo Julio,

no reveleis esta circunstancia, este misterioso hallazgo á nadie.... absolutamente á nadie.... ínterin no vea yo si pertenece á otra persona.... pues tambien sospecho que sea el retrato de una jóven con quien me unen vínculos de amistad....

—Bien: como gusteis.

Cambiáronse corteses cumplimientos entre el poeta y don Juan, quien despidiéndose dijo:

—Señores.... el dia avanza: VV. tienen necesidad de descanso; yo voy á realizar esa compra, y esta noche, ó en la de mañana.... podremos vernos, si os dignais concurrir al Suizo.... á las nueve.

—Allí nos reuniremos.... pero sin que otra vez nos conduzca el marqués á los inmundos lugares ó centros donde solo ocurren tristes desgracias.

—Y á propósito, ¿qué fué del célebre cantor andaluz?

—Frasquito desapareció.... y aun sospechamos que su conciencia no debe estar muy limpia.

—No entiendo.

—Habeis de saber, amigo don Juan, que Frasquito marchó sin despedirse..... y lo que es mas notable....

—Amigo Centellas, no culpes á ese pobre hombre....

—El mismo protector suyo.... el marqués sospecha....

—Dijo que en otra ocasion.... en un baile.... allá en casa de unos gitanos.... le hubieron de robar el reloj.... y recordando aquella ocurrencia surgió el recelo de si ese andaluz podria ó no podria ser causa.... pero no que él se le robase.

—¿Le han robado al marqués?

—Un magnífico reloj y una cadena de mucho precio.

—Se lo habia predicho: señores.... felicidades.

—Adios, amigo don Juan.

Se despidieron de Juan-Diablo, y este, preocupado por cierta idea ó presentimiento, dirigióse al punto en donde el hombre de malas trazas habíale ofrecido el reloj y la cadena, que no dudaba perteneciera al jóven marqués de Valdeolaveles.

XXXII.

POR LA HEBRA.... EL OVILLO.

Buscó ávidamente Juan-Diablo al vendedor misterioso, y despues de media hora encontróle con una multitud de chalecos, botinas y pantalones á la espalda, y llamándole aparte le dijo:

—Oiga V.... ¿se vendió el reloj?

—¿Qué reloj?

—El que no ha una hora me ofrecia V. con tanto interés.

—Caballero, venís equivocado.

—Miradme bien.

—Jamás os he visto mas cerca.

—¿Os burlais?

—En tal caso, caballero, vos sereis quien haga burla de un pobre como yo.

—¿Me negais que ha poco me vendíais primero en dos onzas, luego en quinientos reales, y últimamente en diez y seis duros un reloj y una cadena?

—¡Quién los pillara! ¡Ojalá y fuese verdad!

—No lo negueis.

—No hay para qué.

—Os podria ser ventajoso el decirme si le habeis vendido....

—Yo, caballero.... ni hago memoria.... podrá ser....

—Seguidme.

El vendedor marchó en pos de Juan-Diablo.

Este penetró en el café de San Millan, al estremo de la calle de las Maldonadas.

El hombre del comercio al brazo, el perillan mal trazado y de avieso rostro, dejóse guiar, y penetró tambien, aunque no iba tranquilo, temiendo sin duda que don Juan fuese algun funcionario de policía ó de justicia.

Luego que estuvieron dentro del café, Juan-Diablo, con su habitual serenidad y conocimiento del mundo, le habló de esta suerte:

—Os he dirigido á este lugar, porque allí entre la muchedumbre de vendedores....

—Y de *gangueros*....

—Teneis razon, pues bien: allí no podia hablaros lo que ahora voy á deciros.

—Es que yo....

—No abrigueis temor alguno....

—Quien no hace mal....

—Claro.... V. tiene trazas de....

—Un hombre que se busca la vida....

—Como otro cualquiera.

—Vea V., si todos hablasen así.... tan razonablemente como V.... caballero.... y no que.... porque le ven á uno.... así.... pues.... de este traje.... dicen, y no dicen, murmuran.... y en fin.... hacen malos juicios....

—La murmuracion se desprecia.

—Pues eso digo yo.

—Haceis bien; pero se me olvidaba. ¡Mozo! un café y una copa....

—Nó, señor.... mil gracias.

—Mientras hablamos.

—Y V., ¿qué vá á tomar, caballero?

—Una copa de rosa.

—En ese caso.... tomaré.... aunque hace poco hemos almorzado.

—Mejor: os sentará perfectamente el café. ¿Y en dónde habeis almorzado?

—En una taberna de la calle de Embajadores.

—¿Con algunos amigos?

—¡Eh, no eche tanto ron!

—Es suave.

Don Juan guiñó el ojo.... hizo señas al camarero para que cargase de ron la copa del mercader del Rastro.

—¿Conque decíais que habeis almorzado con unos amigos?

—Nó, señor, no he dicho eso: como que no he dicho nada.

—Me equivoqué.

El truhanesco vendedor de lo *ilícito*.... llamóse á escama, y esquivaba las preguntas de Juan-Diablo; pero este, sin darse por entendido, prosiguió su pesquisa del modo siguiente:

—¿Habeis almorzado solo?

—Sí.... y nó.

—Bien.... no hace al caso.

—Yo me puse á almorzar.... y llegó una mujer...

—¿La novia quizá?

—¡La novia! ¡Y tiene mas años que san Isidro!

—Es vieja.

—Una vecina.

—¿Y almorzó con V?

—Caballero.... perdonadme.... yo creia que veníamos aquí.... á un negocio.... porque el hombre que cual esta persona, servidor vuestro.... que se gana la existencia.... no pierde así.... tan así.... el tiempo.... en.... V. perdone.... mas yo... sin ofenderle, y agradeciendo su *fino corresponder*....

—Como está V. tomando el café, no he querido, como se dice, entrar en el asunto.... mas dejando el almuerzo y la vieja que os acompañó....

—¡Mal hayan sus entrañas!

—¿Tan temible es?

—¡Mas que una loba!... Pero vamos al asunto. ¿A qué me llamais? ¿A qué soy venido aquí?

—Ante otras cosas debo decir á V. que yo no soy de justicia.... ni cosa que lo valga.... y si dudais....

—De ningun modo: los de justicia, hablando en general.... si tratan con uno de nosotros.... son menos amables.... porque la gente trata á la gente segun la ropa.... y en ocasiones....

—Es claro: se padece un error.

—Pues, ni mas ni menos.

—No siendo yo autoridad, creo que ningun reparo debeis tener en decirme quién las dió el reloj y la cadena para venderlos, y á tan ínfimo precio.... porque á la verdad, yo no llevaba el dinero suficiente.... que si no.... lo compro.

—Ya es tarde, caballero: por lo demás.... el pecado se dice, pero no se revela el pecador.

—Entonces hay motivo para sospechar....

—No hay sospechas que valgan: si V. se empeña.... yo negaré que he tratado de venderle semejantes alhajas.

—Yo no amenazo.

—Era inútil, caballero: ahora si otra vez ocurre.... y nos vemos.... si es posible proporcionar alguna *ganguita*.... por el estilo....

—Queria ese reloj.

—Repito que es tarde.

—¿Conoceis á quien le ha comprado?

—De vista.

—De manera que si es necesario le hablareis, porque aunque sea regalándole alguna cantidad....

—Es inútil: porque el que lo compró es un logrero de primer órden, muy tacaño.

—No importa: quisiera verle.

—Perdonad.... hoy no es posible.... ni yo respondo de encontrarle otra vez en mi vida.

—¿Y en cuánto le ha vendido V?

—Las dos cosas, el reloj y la cadena, en veinte y siete napoleones.

—¿Y cuánto ganais en esa venta?

—Sois muy curioso.

—Por saber de estas cosas.

—Las alhajas eran mias.

—No lo dudo.

—Yo las compré á una.... á una mujer.... que dijo.... en fin.... yo empleé mi dinero en ellas como podia emplearlo en otra cosa.

—Decís bien.

—Pues claro.

—Quedaos con Dios, y si por ahí podeis guardarme algunas alhajas.... os las compraré: yo vengo algunos dias al Rastro.

—Entonces.... nos veremos; y gracias por el favor, caballero: tenia V. necesidad de este gasto.... para....

—Es poca ó ninguna cosa. Adios.

Don Juan salió del café convencido de la culpabilidad de alguno de la cuadrilla de Malospelos, pues la vieja que almorzó con el vendedor debia ser indudablemente la célebre tia Corneja.

Al menos así lo sospechaba, y desde luego resolvió hacer las necesarias pesquisas á fin de recobrar la cadena y el precioso reloj que habian robado al aturdido marqués de Valdeclaveles.

XXXIII.

EL RETRATO DE AURORA.

Don Juan desde el café, y antes de ir á comprar los balcones, que tenia ya ajustados á su nombre, marchó al puesto de ropas viejas, en el cual encontró al poeta Julio y á sus compañeros, con ánimo de ver si podia indagar la procedencia de aquella estimable miniatura, que representaba de un modo positivo á su idolatrada Aurora.

Don Juan reconoció el retrato, y surgieron nuevamente sus odios contra la baronesa de Rocamar, causante de la pérdida de aquel talisman de amor, hecho por órden de Juan-Diablo, y sustraido por la astucia de la vengativa y celosa cortesana.

—¿Habeis vendido poco há este retrato?—preguntó don Juan al dueño de las ropas.

—Sí, señor.

—¿Tendríais inconveniente en decirme por qué medio le habeis adquirido?

—Aquí lo trajeron.... lo compré por una peseta.... y nada mas.

—¿Quién os lo vendió?

—Recuerdo que fué un *granuja*, un chiquillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Seis meses.

—¿Y os lo vendieron tal y como está hoy?

—Caballero.... apurais tanto.... que....

—No temais....

—Nada temo.... yo.... le compré....

—Entonces.... habladme con franqueza.

—Cuando le trajo el chiquillo á quien yo le hube de comprar, tenia un marquito estrecho de oro y dos pequeños brillantes....

—Así estaba: no queria saber otra cosa.

—Caballero.... si en algo puedo servirle....

—Os doy gracias.

—Abur.

Don Juan se retiró satisfecho de que era positivamente el mismo retrato que por su órden se hizo, y que la baronesa en persona llevóse del estudio del pintor fingiéndose la madre de Aurora.

Quizá despues lo sustrajeron de casa de la baronesa, y tuvo aquel paradero indigno, pues se encontró entre los harapos y viejas ropas del Rastro.

De cualquier modo, el intrépido don Juan se alegró de tal encuentro, lisonjeándose que serviria para su dulce memoria, y tal vez para conseguir sus nobles y amorosos fines.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

I.

EL ESPÍA.

Tres dias trascurrieron despues de los acontecimientos que se acaban de narrar, y una tarde, casi al oscurecer, presentóse Juan-Diablo en la taberna del Mirlo en busca del cantero, de cuya suerte le informó el montañés dueño del despacho de vinos, en estos términos:

—¿Buscais á Pablo?

—Me citó aquí.

—¡Pobre Pablo!

—¿Pues qué le ha sucedido?

—¡Hay es nada!

—Hablad.

—Caballero.... antes sepamos si tiene V. interés....

—Muy grande.

—¿Quién sois?

—¿Le habeis oido hablar de un...

—¿Es V. don Juan?

—Servidor vuestro.

—¡Amigo mio! perdone V. la franqueza.

El honrado montañés, el sencillo Dulzaina, dueño de la taberna del Mirlo, asió la mano de don Juan de un modo afectuoso, y le condujo al interior de la casa, y allí dentro tuvieron el siguiente diálogo:

—Mi señor don Juan.... estoy lleno de afliccion y aun de susto....

—Decíd pronto qué es lo ocurrido á Pablo.

—¡Pobre muchacho!

—Está enfermo....

—Nó, señor.... está en la cárcel.

—¡En la cárcel!

—Y quizá vayamos todos.

—¿Por alguna riña?

—¡En virtud de una infame calumnia!

—¿Sí?

—Lo que V. oye, señor don Juan: deseaba con ánsia que V. viniese.

—¿Y cuándo le han preso? porque anoche nos despedimos poco mas de estas horas.... y no lejos de aquí.

—Esta mañana estuvo.... como de costumbre: nos saludamos, pidió el periódico.... y cuando estaba mas tranquilo, cate V. á dos horrendos polizontes.... con sombrero *gacho*.... puñales y pistolas.... y cual si trataran de prender á un facineroso.... zás.... se echan encima de Pablo, le atan....

—¡Le atan!

—Con un fuerte cordel.

—¡Vive el infierno!

—Como si fuera un criminal.

—¡Qué baldon para los gobiernos.... liberales....

—De nombre.

—Decís bien.... ¡qué mengua para los gobiernos de esta época de cultura.... llevar atados á los presuntos reos políticos.... cual si fuesen repugnantes y sanguinarios delincuentes!

—Y no solo atado.... si no que tambien le dirigieron los mas soeces insultos.

—No prosigais.

—Esperad.

—Díjome antes de la ocurrencia, que sospechaba del Buitre... yo no sé si V. tendrá noticia de semejante ave carnívora....

—Sí, le conozco: es un cobarde y villano: le citó un amigo noches pasadas para prevenirle cosas que le convenian, y acudió con seis bandidos.... todos polizontes....

Pablo el cantero tuvo el valor de negarse á escuchar ciertas proposiciones.... que desde luego rechazó con dignidad..... como cumplia á su intachable honradez.... y esta circunstancia, y algunas otras.... han bastado sin duda para sepultarle en un calabozo. Yo estoy en brasas; ese maldito Buitre con otros de su jaez.... no sé qué proyectan.... Pablo lo sabe, contra la vecina de enfrente....

—¿La baronesa?

—Justo.

—Pues el ¿Buitre no es el novio...

—Un pretesto....

—¡Qué infame!

—Además, señor don Juan.... hoy vió Pablo cercada su casa de oscuros esbirros....

—No prosigais: voy corriendo á salvar á ese infeliz, víctima de su honradez.... y quizá....

—¡Ay! amigo mio.... cuente V. con lo que valgo.... si hace falta dinero.... un fiador....

—Nó: gracias.

—Señor don Juan.... disponga V. ahora y siempre de mi persona.... pues sin concecerle ya le apreciaba. Pablo me ha dicho.... en fin.... todos somos unos.... Pablo y este servidor... le quieren á V. de veras.

—Gracias.... amigo.... mandadme....

—Don Juan.... que nos veamos....

—Volveré esta noche.

—¡Dios lo quiera!

—Abur.

Don Juan se retiró afligidísimo, pues aunque la suerte de Pablo el cantero no le inspiraba grandes temores.... por el pronto le privaba de un fuerte recurso para desbaratar los planes de la baronesa.

Juan-Diablo tenia recientes datos para sospechar que su seguridad peligraba.... y que Aurora se veia espuesta, lo que se dice á un golpe de mano.

Acreció la inquietud del misterioso galan cuando supo la prision del pobre cantero, y ansiando libertarle, fuese con la presteza de un rayo en busca del marqués del Valdeclaveles, íntimo amigo de cierta autoridad superior, no queriendo molestar á otros personajes si no era absolutamente necesario.

Dirigiéndose á casa del marqués recordó que la atribulada Fermina habíale escrito con el buhonero, con un niño, vendedor ambulante, que le hubo anteriormente recomendado.... y la simpática y modesta costurera le rogó asistiese al oscurecer á los portales de la plaza de Santa Cruz, en donde otras veces habíanse reunido.

Importábale á Juan-Diablo libertar al cantero, mas tambien ardia en ansiedad por saber el estado de Aurora.... y como ambos negocios podia ultimar en breve tiempo, encaminóse á Santa Cruz para salir al encuentro de Fermina.

Esta marchó sola de casa.... pues Gabriela, aunque con sentimiento de toda la familia, se retiró á su pueblo, descubierta que fué su relacion con el bandido Garduña, camarada del Buitre y fingido *delantero* de diligencias.

Además, la inocente criada reveló á la afligida Aurora sus entrevistas con Juan-Diablo, y sin intencion fué causa de que los sucesos se precipitasen, como vamos á ver en los siguientes capítulos.

Don Juan acudió á los portales de Santa Cruz, mas la bella

Fermina, en mas de tres cuartos de hora no se presentó por aquellos sitios.

Don Juan devoraba silenciosamente su impaciencia paseando de uno á otro portal.... sin descubrir á la que con tanto interés ansiaban ver sus ojos.

La noche estaba oscura y fria.

Juan-Diablo se embozó hasta las cejas.... y una vez al dar vuelta á los portales de un lado para irse á los del otro, pudo observar que un hombrecillo, tambien embozado en una capota, con sombrero redondo, y en fin, de no muy noble apostura, le espiaba, siguiéndole paso por paso en sus cortos y acelerados paseos por los portales.

La luz de las tiendas permitió á Juan-Diablo ver parte del rostro del espía, y aparentando descuido é indiferencia, prosiguió hácia la calle Imperial, despues á la de la Lechuga, calle poco frecuentada y á propósito para el proyecto que repentinamente surgió en el alma de don Juan, resuelto siempre á toda clase de eventualidades.

El espía siguió á don Juan.... pero se detuvo un momento á la entrada de dicha calle, aunque despues siguió lentamente tras de aquel, de cuya indiferencia parecia dudar, segun lo que vacilaba en seguirle.

Juan-Diablo, fingiendo penetrar en una casa.... detúvose un instante, y el espía, como para averiguar qué casa era, ú otras circunstancias, corrióse á la acera de enfrente, y entonces don Juan, rápido como una saeta, dió un brinco y le asió fuertemente por el cuello.

Cayósele el sombrerillo *calañés* , y como no pudo desembarazarse por la prontitud con que le cogió don Juan, se recostó en la tapia, dirigiendo una de sus manos como en busca de un arma para herir traidoramente al que le detenia.

Apercibido Juan-Diablo, le cogió con furia el brazo derecho; y causándole vivo dolor, tanto, que le hizo exhalar un ¡ay! agudo y penetrante, le dijo:

—¿Quién eres?

—¡Por Dios!...

—¡O dices quién eres y de órden de quién vienes á espiarme.... ó te estrangulo!!!

La terrible voz de don Juan y su hercúlea fuerza no dejaron duda al espía de que su adversario era poderoso y que estaba próxima su última hora.

—¡Por la Vírgen.... que me ahogais!

—¡Infame!

—Si no me soltais..... no puedo hablar..... ¡Ay! ¡ay!

—Cuanto mas grites.... mas te oprimiré la garganta.

—Dejadme.

—Suelta ese cuchillo.

—Ahí le teneis.

—¿Y esa pistola?

—Llevadla.

—Está bien: dime quién eres.

—Yo no soy espía de nadie.

—Entonces ¿por qué me sigues?

—Yo esperaba á mi novia.

—¿Quién es es tu novia?

—Una jóven.... criada.... que es de un pueblo, y algunas noches.... sale con sus señoritas....

—¿Su nombre?

—¿Qué os importa?

—¿Lo dices?

—¿Qué falta os hace saber su nombre?

—¿Lo dices?

—¡Ay! ¡ay!... sí.... señor.... que me ahogais.... voto al demonio.... que.... si no.... fuera.....

—¿Amenazas?

—¡Me estais matando!...

—Si no me causara repugnancia el batirme con un hombre cual tú eres.... te devolveria las armas, te dejaria libre.... y

luego.... te cortaria las orejas; mas como sospecho qué mancharia mis manos con sangre de....

—Yo no soy el que V. piensa.... yo.... he venido....

—A espiarme.

—Es incierto....

—¡Villano!

—¡Ay!

—¿Cómo se llama tu novia?

—¿Qué empeño teneis en saber su nombre?

—O lo dices, ó te estrello contra las losas.

—Se llama.... Gabriela....

—¡Ah! ¡ya discurro quién eres!...

—¿Yo?

—Sí: tú.....

—Un pobre *delantero* de....

—Del Buitre.... del Nene.... de....

—¡Miente V!... Yo soy.... mas *honrao*.... que....

—¡Calla!... ¡asquerososo reptil!... ¡llegó tu fatal instante!!!

—¡Qué vais á hacer!...

—¡Voy á cortar tu lengua de víbora..... y despues esa mano derecha.... justo castigo á tus infames crímenes!

—¿Y lo hareis como lo decís?...

—Espera un poco: quítate esa faja.

—¿Para qué?

—Para conducirte cual mereces.

—¿A dónde?

—A un sitio del que no saldrás sino para la cadena.

—Me insultais, caballero.

—¡Pronto! quítate la faja.

—¿Y qué adelantareis?

—¿Te burlas?

—Mañana estaria en la calle.

—Lo veremos.

—No os molesteis. ¿Yo he cometido algun delito?

—¿Para qué me espiabas?

—Yo busqué á mi novia.

—Despues lo esclarecerá la justicia.

—Ni hay testigos.... ni podeis probar que yo intentara algo de malo, ni menos de criminal contra vuestra persona.

—¿Y tu conducta?

—La ley juzga de hechos.

—Y de antecedentes.

—No lo creais.

—¡Infame! ¡Cómo te burlas de las leyes!

—No soy solo.

—¡Pobre sociedad!

—Si los altos crímenes.... no se castigan.... ¿por qué razon se han de castigar....

—¡Calla.... insolente!

—Dejadme, caballero.

—En un calabozo.

—¿Y quién sois vos...

—Cualquier hombre de honra está facultado para entregar á un criminal ante los tribunales.

—Bajo su responsabilidad.... convenido.

—¿Crees tú que las autoridades ignoran tus antecedentes y los inícuos planes que ha urdido el Buitre?

—Podrá ser.

—Irás á donde á estas horas se hallará ese repugnante bandido.

—¡Padeceis una equivocacion! el Buitre está de viaje.

—¡De viaje!

—Ha salido en compañía de Malospelos á escoltar á cierta señorita....

A don Juan se le encendió el rostro de ira, y arrebatando toda la sangre del corazon sobre su cerebro, no supo lo que se hizo, y sacudió un fuerte golpe en la cabeza de Garduña con la culata del cachorrillo que antes le obligó á soltar.

—¡Me asesinais!...—esclamó Garduña, cayendo sobre la pared, bañado en su impura sangre.

Juan-Diablo, vuelto en sí, aunque sin disculparse, cogióle de la capa, y le dijo:

—Aquí estamos espuestos: sígueme.

—¿A dónde?

—A un sitio en el cual nadie nos oiga, y allí sabrás mi resolucion irrevocable.

La voz de trueno de don Juan, su enérgica actitud y la fuerza estraordinaria con que hubo de arrastrar al bandido, todas estas circunstancias le aterraron, é instintivamente, sin saber lo que hacia, siguió los pasos del misterioso caballero, cuyo pecho latia violentamente, herido por la desesperacion y por la rabia.

Volveremos pronto á encontrarlos, y en el ínterin escuchemos otras interesantes escenas.

II.

EL DESCONSUELO.

—Luisa.... no ofendas al Señor....

—Mamá....

—Las jóvenes del dia teneis demasiada ilustracion.... ese barniz de cultura.... que brilla.... pero bien analizado....

—Querida mamá....

—Luisa.... ofendes á Dios, y despues á tu madre.

—Yo quise decir....

—A los designios de la Providencia.... al juicio inescrutable, sábio y bienhechor de la Divinidad....

—Ya sabeis que soy muy religiosa....

—Como dices que.... el siglo.... la civilizacion.... y qué sé yo.... mil otras zarandajas.... se oponen á que Aurora se sepulte en un monasterio....

—Es sensible....

—¿Pues y la libertad?

—No perjudicando á otro....

—¿Y á quién perjudica Aurora? ¿No es libre de consagrarse á Dios? ¿Quieres que ruede en este mundo de maldades.... que asista á las cátedras.... que pretenda los derechos civiles y

políticos, cual esas locas de allá.... de.... sí.... pues.... de América, y su virtud se amengüe y se mancille?

—Yo no quiero, mamá, oponerme.... aunque no sea justo negarme el sentimiento de la separacion de Aurora.

—Oye, Luisa, no sabemos lo que nos conviene. Si Dios la lleva por ese camino.... Dios la amparará contra toda inícua asechanza, y la guiará por el camino de las felicidades eternas.

—Tiene razon... mamá... ¡calla! Luisa.... no causes nuevos disgustos.

—Mira, Adela, tu corazon....

—Mi corazon, Luisa; es tan bueno como el tuyo.

—Sí, pero algo insensible.

—Ni mas ni menos que el de otra mujer.

—Poco se conoce.

—Yo siento la ausencia de Aurora, mas respeto los juicios de Dios.

—Dices bien, hija mia: siempre has manifestado tú, Adela mia, mas reflexion que tu hermana Luisa.

—Hago caso de vuestros consejos.

—La envidia....

—Oye, Luisa, respeta nuestra situacion; yo no envidio á nadie.... aunque vosotras parece que rebosábais de felicidad por no sé qué esperanzas.

—Niñas.... niñas.... vamos.... juicio: sed prudentes: ¡qué se diria!

—Mamá Beatriz....

—Nadie te dá bula en este entierro, Fermina: cose, duerme, reza, ó calla.

—Iba á decir....

—No hay palabra: como dicen allá los parlamentarios, no hay discusion, Adela.... te lo prohibo: Aurora marchó guiada por Dios.... y es envidiable. La noble y caritativa condesa de Montelirio se conduce como quien es: su capellan y una doncella

acompañan á nuestra querida Aurora.... nada hay que temer por su dignidad.... ni por su suerte.

—¿Y por qué no hemos de llorar su ausencia?

—Fermina, llora lo que gustes, pero silenciosamente, y no interrumpas la oracion de tu tia Carlota.

Lo mismo encargo á mis amadas sobrinas Luisa y Adela, y las ruego que no se enfaden y que sigan en la santa paz como Dios manda. ¡Ea! ¡silencio!

—Mira, mamá....

—¿Qué quieres, Fermina?...

—Si me dejaras pasar un rato á saludar á esa buena mujer, á la madre de esos niños tan hermosos.....

—¿A Rosalía?...

—Sí.... mamá....

—Paréceme una buena esposa y madre. Y su marido ¿cómo tiene la pierna?

—Está mejor.... trabaja hoy.... es decir, por algunos dias, fuera de Madrid.

—Pues bien, estarás poco tiempo; ya ha oscurecido.... la infeliz tendrá que recogerse: llévales algunas friolerillas á los niños: ¡qué hermosas criaturas! ¡Dios las crie en su santa gracia!

Comprenderán nuestros lectores que estamos en casa de doña Beatriz, madre de la bella Fermina, cuyas dos primas, Luisa y Adela, disputaban con su mamá, la meditabunda y cristiana doña Carlota, acerca de un suceso que habia consternado á toda aquella patriarcal familia.

Aurora habia desaparecido por la tarde.

Fermina, ansiosa de adquirir noticias de Pablo el cantero, preso por una delacion, y de don Juan, á cuya cita no pudo acudir por impedírselo el crítico y lastimoso estado en que se hallaban por la inesperada ausencia de su muy querida Aurora, Fermina, repetimos, pidió permiso á su mamá para ir á ver á Rosalía, que habitaba un sotabanco próximo al de las honradas costureras.

Doña Beatriz ignoraba la prision de Pablo, y mucho mas la inteligencia que, por órden de don Juan, se habia establecido entre ellos.... y así no tuvo inconveniente en permitir que su hija pasara á la habitacion de tan buena y honesta vecina, como realmente lo era la mujer del desventurado obrero.

Doña Carlota rezaba el rosario: doña Beatriz menudeaba las visitas de sus dedos á la cajita del rapé.... Adela cosia guantes.... mostrándose un tanto indiferente á la amargura de Luisa.

Tal era la actitud de aquellas venerables señoras y nobles jóvenes.

Adela, que hasta aquella hora no tenia amante.... y comprendiendo que su hermana y Fermina, además de sentir justamente la ausencia de Aurora, sentian por la suerte del curial don Lope Centellas y del poeta Julio del Valle, de quienes sin duda esperaban ambas un brillante porvenir, Adela se manifestó tranquila, y en esta parte satisfizo al espíritu religioso de su anciana madre doña Carlota.

Fermina recibió con júbilo el permiso de doña Beatriz, y salió para la habitacion inmediata.

III.

ROSALÍA.

Se hallaba la mujer de Pablo el cantero con los ojos humedecidos por las ardientes y penosas lágrimas que en todo el dia hubo de verter al considerar la suerte de su esposo, cuando se presentó Fermina, y despues de acariciar á las criaturas, que jugueteaban en torno de su desconsolada madre, habló á esta en los siguientes términos:

—No lloreis.... Rosalía: tengo esperanzas de que Pablo se vea pronto libre de esa injusta persecucion que sufre.

—¿Sabeis de don Juan?

—¡Esa es mi afliccion!...

—¿No discurrís un medio de poderle hallar? ¡Ay! señorita, si supiese dónde estaba.... os quedaríais con los niños mientras yo corria á decirle cuanto me pasa.

—A estas horas debe saber la prision de Pablo.

—¿Y si no lo sabe?

—Imposible es que no lo sepa.

—Es verdad que se citaron para el oscurecer.... y....

—Vivíd confiada de que don Juan salvará á vuestro esposo.

—Quizá por servirle sufra mi marido este infortunio.

—No os quejeis.

—Yo no me quejo.... ni trato de ofender á don Juan.

—No debe ser culpable.

—Así lo creo.

—Vuestro esposo, aparte de su honradez.... tiene un defecto....

—¡Maldita política!...

—Decís bien, Rosalía. ..

—Y sobre todo la política de taberna: hablan, no saben lo que hablan.... sueñan, no saben lo que sueñan.... riñen, alborotan.... y luego para nada; y mientras los magnates se rien.... hacen su negocio.... y....

—Teneis razon, buena Rosalía.

—Vaya si la tengo, y me cuesta cara.... pero no escarmientan....

—Al fin vuestro esposo es disculpable.

—Mi marido es un necio, y solo él tiene la culpa.

—Es disculpable, porque no es hombre de ciencia.... ni de altas relaciones: lo que sorprende es que hayan incurrido en igual defecto otros hombres ilustrados, cuya sincera fé los tiene ciegos: ahí está, sin otros mil que pudiera citar.... ahí teneis al poeta don Julio.... amigo tambien de vuestro esposo....

—Serán tambien de la misma comunidad.... como ellos dicen....

—No lo dudo, Rosalía.

—¡Qué necios!

—¡Qué ilusos!

—¿Y qué me aconsejais, señorita? ¿Qué voy á disponer con estas dos criaturas? ¡Si se durmieran pronto! ¡Qué vá á cenar el pobre!

—No lloreis, Rosalía.... sus amigos....

—¡Amigos! En la desgracia no se encuentra uno.

—Consolaos, y confiad en Dios y en la justicia.

—En Dios.... siempre.... en la justicia.... pocas veces.

IV.

EL POETA.

La mujer de Pablo el cantero, atribulada por la prision de este, no hallaba medio de salir de la horrible incertidumbre en que su alma gemia.

Hubiera deseado personarse en la cárcel para instruirse de las causas que motivaban tan inesperado infortunio.

Maldecia las opiniones políticas y la especie de fanatismo que respecto de ellas alimentaba Pablo.

Hallábase entregada á la mas horrible desesperacion, estado que tambien conmovia á la virtuosa Fermina, cuando anuncióse modesta y tímidamente el jóven poeta Julio del Valle, muy ageno por cierto de creer encontraria allí á la señora de sus pensamientos.

Desde que sufrió aquella persecucion, no habia podido conseguir la entrada en casa de Fermina, por la repugnancia que á su nombre tuvieron las venerables matronas doña Beatriz y doña Carlota.

La primera de estas ancianas, madre de Fermina, traslució el amoroso interés de Julio hácia su buena hija, redobló su celo,

y prohibió de un modo terminante que el poeta frecuentara su humilde, aunque respetable casa.

Julio iba á consolar á Rosalía, y al mismo tiempo á saber de Pablo, cuya prision súpose por todo Madrid, al menos entre sus mas íntimos amigos, aunque entonces estaban á la órden del dia las persecuciones y actos arbitrarios, que por último produjeron el patriótico alzamiento del Campo de Guardias.

—¿Quién es?—preguntó sobresaltada Rosalía.

—Servidor,—repuso el poeta.

—¡Esa voz!...—dijo entre sí Fermina, que quiso reconocer á Julio.

—Rosalía.... abríd.... sin cuidado.

Salió, y franqueada la puerta, Julio quedóse inmóvil por algunos instantes.... mas despues, haciendo un esfuerzo y disimulando su emocion, saludó afectuosamente á la esposa del obrero y luego á la simpática costurera.

—¿Quién sois?—preguntóle Rosalía.

—Un amigo de Pablo.

—¡Ah! tome V. asiento.

—He sentido en el alma....

—¿Qué sabe V. de mi marido?

—Juzgamos que no es grave el motivo de su prision: otros muchos, inocentes como él, gimen en los encierros; mas la justicia triunfa al fin de la iniquidad, y Pablo será pronto restituido al seno de su familia.

—Esperanzas.... y solo esperanzas. ¡Triste del que sufre!

—Señora.... es inevitable...

—Ustedes no escarmientan....

—Aunque tuviésemos el genio tan pacífico y lleno de mansedumbre como los santos.... nos veríamos, cual hoy, perseguidos y víctimas de la mas cruel dictadura. Los tiranos son ciegos, y sacuden recios golpes á todas partes, sin reparar en el dolor que causan con sus desapiadados furores.

—Y vos, ¿quién sois, caballero?

—Julio del Valle.... no sé si mi humilde nombre....

—Perdonad.... pero V. y otros como V.... tienen la culpa....

—Señora.... me ofendeis....

—Lo digo porque predicais para gente que se alucina, y los impulsais sin intencion á ciertos actos....

—Señora.... sois disculpable por la amargura que sufrís.... pero sabed que ninguno de los que se constituyen en apóstoles de una idea, son responsables de los actos de crueldad de la nefanda tiranía....

—Yo no trato de ofenderos.... señor don Julio.... pero mi marido....

—Vuestro marido es hombre de bien y varon fuertísimo, que tiene arraigada fé.... profundas convicciones.... y obra espontáneamente aceptando ciertos buenos principios.

—Que generalmente suelen tener malos fines, tristes consecuencias para los que son pobres y sin proteccion alguna.

—Los verdaderos creyentes no han menester amparo de ninguna clase.... porque en su conciencia, y á los ojos de Dios y de los hombres sensatos, aparecen dignos, y en la satisfaccion de sus nobles acciones reciben su mas grata recompensa.

—Caballero.... lo que decís será muy escelente.... mas ni lo entiendo, ni hace al caso: lo que yo desearia....

—Señora, no os impacienteis.... y si mi presencia puede ser causa de disgustaros.... me retiro.

—De ningun modo: no es mi intencion herir vuestra honradez.... yo sé por Pablo que sois un poeta distinguido, y muy noble.... y...

—Gracias, señora.... yo venia con el objeto de ofrecerme, por si podia tener la satisfaccion de seros útil en favor de Pablo, por quien los amigos, á quienes represento, harán lo que sus facultades y recursos permitan.

—Lo agradeceré en el alma: por ahora quisiera saber si Pablo tiene cama, y si es posible, llevarle cena.

—De una y otra circunstancia me encargaré yo mismo.

—Hacedlo, Julio: mirad estas pobres criaturitas....—dijo la bella Fermina enjugándose una lágrima.

—Señorita.... haré cuanto pueda y deba en obsequio de un amigo y de un honrado padre.

—¡Qué! ¿se conocen VV?

—Sí, señora....—contestó ruborizada Fermina.

—Yo ignoraba que viviéseis en esta casa....

—Hace tres dias que nos mudamos.

—He ido á donde anteriormente vivíais.

—Gracias, señor don Julio, y perdonadme si he podido ofenderos, condenando ciertas exageraciones políticas de mi esposo.... porque son causa de este nuevo infortunio.

—Estos sucesos son irremediables, Rosalía,—dijo Fermina.

—Sí.... ya lo veo.... mas conviene reprimirse....

—Ya lo harán,—prosiguió la bella costurera.—Este caballero estuvo tambien hace poco injustamente perseguido....

—Me lo refirió Pablo.

—Y aquella persecucion fué causa de que mi mamá le prohibiese que nos visitase.... mi mamá piensa como V., Rosalía, respecto á los *políticos*.

—Tiene razon su señora madre de V.... la política ha perdido á los *mas* y hecho la fortuna de los *menos*.

—Bien, Rosalía: de aquí en adelante se enmendarán; ¿es verdad, Julio?

—Nos enmendaremos, aunque no sea mas que por no vernos privados de la interesante presencia de V., hermosa Fermina, y la de su respetable familia, á quien estimo con frenesí.

—Gracias, Julio....por ahora mamá resiste.... y no hay razones que la convenzan.

—¡Harto lo siento!... dispensadme, pero debo resentirme.... vuestra mamá exagera su rigor.

—En su edad es disculpable.

—Hablaré yo á doña Beatriz, y verán VV....

—Por Dios, Rosalía.... no os espongais á un desaire: si supiese que Pablo es *político*.... tampoco os recibiria.

—Eso ya es....

—Un temor ridículo.

El poeta gozaba con la presencia de Fermina, y comprendió la honrada sencillez de la esposa del cantero; y para evitarles un compromiso respecto á la órden de doña Beatriz, se despidió cariñosamente de ambas, ofreciendo mirar por la suerte de Pablo.

La suya no fué muy dichosa; y como Julio del Valle vivia dentro de un mundo de mágicas ilusiones, vió á su pesar echado por tierra su castillo de naipes; y el que se habia lisonjeado con ser útil al que yacía en una injusta prision.... se vió reducido á igual infortunio cuando menos lo imaginaba.

El poeta vióse asaltado por dos esbirros, quienes le esperaban á la misma puerta de la casa del obrero.

—¡Alto!—gritaron los polizontes.

—¿Quién lo manda?

—Dése V. preso.

—¿Quiénes son VV. para interrumpir á un ciudadano pacífico de esa manera tan brusca?

—¿Es V. don Julio del Valle?

—El mismo.

—Venga V. con nosotros.

—¿Son VV. autoridad?

—Despues se lo dirán á V. en donde convenga.

—En ese caso.... no obedezco.

—Irá V.... mal que le pese.

—O no iré.

—¡Silencio!

—¡Es un atentado contra la seguridad individual!

—¡Calle!...

—¡Es una bárbara coaccion!

—¡Silencio! Ande V.... ó....

—Cedo á la fuerza brutal.... pero protesto, y ¡vive Dios.... que....

—Venga con nosotros, y luego proteste cuanto quiera.

Julio conoció al fin que aquellos dos hombres eran esbirros, pues que llevaban armas, y gritaron con energía, amenazándole con valerse de la fuerza si se empeñaba en resistir una órden superior de que eran portadores.

El poeta recordó lo que noches antes habia recibido, aquel salvoconducto que un hombre misterioso habíale llevado al café.... mas no admitieron semejante é ineficaz disculpa.

A pesar de que era de noche, Julio pidió ir en un carruaje para eludir las miradas de los curiosos; mas no se lo concedieron, y fué á la cárcel lleno de amargura, de afrenta y aterrorizado, ni mas ni menos que cuando marcha un inocente viajero entre dos crueles bandidos.

El que momentos antes ofrecia proteccion..... se vió reducido á necesitarla y á llorar en un calabozo las penas que habia ido á mitigar en el corazon de la honrada mujer del cantero.

V.

LAS REVELACIONES.

—Entrad aquí.

—Sepamos á qué.

—Ya lo sabreis.

—¿Qué intentais?

—Exigirte una palabra.

—Para eso en la calle.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo?... poco me conoceis.

—Entonces....

—Es que no sea....

—¡Villano! ¡Para hundirte.... no son menester las tinieblas! ¡Pasa.... infame.... y no insultes mi paciencia.. . de la que ya estás abusando!

El que así hablaba era don Juan, quien abrió la puertecilla de cierta casa de humilde y pobre aspecto.

Apenas abrió, encontróse á un hombre anciano, á quien dió la órden de retirarse, despues que hubo dejado la luz en un pequeño velador que habia en la sala del piso bajo.

—Siéntate,—dijo airadamente don Juan á Garduña.

El bandido temia un golpe de muerte, y temblaba á la vista de Juan-Diablo.

Este le acercó una silla.

—Vas á decirme por qué me espiabas.

—¿Yo?...

—No empieces á negar lo que me consta.

—Iba en busca de Gabriela.

—Es incierto: Gabriela no sirve ya en casa de Aurora.

—Lo ignoraba.

—Como yo.

—Si os empeñais....

—Es inútil que lo niegues, porque hoy mismo supe cuanto tramais contra mí de órden de cierta señora.... á quien por una cuestion de amor he inspirado un odio terrible.

—Yo no entiendo de vuestros amores.

—Pero sabes quién soy.

—Tampoco.

—Lo veremos.

—Caballero.... si tratais de hacer conmigo....

—Voy á castigar tu infamia cual se merece, y tus compañeros, especialmente el Buitre, sufrirán el castigo á que se han hecho acreedores.

—Podrá ser.

—Tú, Garduña.... al menos recibirás la recompensa que te debo.

—Será una cobardía.

—Mas vil cobardía es asesinar traidoramente á un hombre de bien por un premio bajo y mezquino.

—Me calumniais.

Don Juan se iba indignando, y el bandido comprendió que tendria una suerte poco satisfactoria.

Aunque don Juan era incapaz de un atentado, estaba resuelto á no permitir que Garduña librase de la accion de la justicia.

—¡Acabemos! esclamó con una voz imperiosa.

—Por mi parte....

—Esta mañana estuvísteis esperando en la taberna del Mirlo á vuestro gefe....

—Yo no tengo gefe.

—Esperásteis al Buitre, que estaba en el palacio de la baronesa. ¿Lo negarás ahora?

El bandido quedó atónito al oir esta manifestacion de don Juan, porque efectivamente, el Buitre habia conferenciado aquella mañana con la vengativa y astuta baronesa, y tal vez dióle órden de una persecucion sangrienta contra Juan-Diablo, segura, como ya lo estaba, de la desaparicion de Aurora.

Juan-Diablo supo el vil proyecto por Camilo, ayuda de cámara de la baronesa y novio de Leonor, la planchadora, que lo reveló minuciosamente, y se dispuso á combatir á los bandidos y desbaratar sus planes.

Lo que ignoraba don Juan era el viaje misterioso de Aurora, pero sospechó alguna desgracia cuando hubo de notar la ausencia de Fermina, que le habia citado á los portales de Santa Cruz, en cuyo sitio le espiaba Garduña.

Este comprendió su crítica situacion, y por salvarse, y con el bajo interés que distingue á los malhechores, cedió á las siguientes amenazas y ofertas de Juan-Diablo.

—Por último, aceptas el partido que voy á proponerte, ó vas á parar á un calabozo, advirtiéndote que tus compañeros, por mas seguros que se crean por la proteccion de la baronesa, te seguirán pronto, pues la justicia hará su sagrado deber, y mis relaciones y mis recursos se emplearán en que vayais á un presidio, si es que no há lugar á otro castigo mas proporcionado á vuestros infames delitos.

—¿Y qué me proponeis?

—Si me revelas vuestros proyectos....

—Pues entonces ¿cómo decís que sabeis mis intenciones y lo que esta mañana se ha proyectado en la taberna del Mirlo?

—Tengo los suficientes datos para sospechar que ibas á herirme traidoramente.

—¿Yo?

—¿Aceptas ó nó?

—¿El qué?

—Renunciar á la compañía del Buitre, salvándote del grave riesgo que corres, arrepentirte de tus malas costumbres....

—No prosigais.

—¿Luego no aceptas?

—Aceptaria.... pero.... yo no quisiera causar daño á nadie.

—No te exijo que denuncies á la autoridad los proyectos de tus compañeros, sino lo que hace referencia á mi persona, pues respecto del Buitre y sus camaradas, la justicia hará su deber y espiarán sus delitos sin necesidad de que tú los reveles ni exijas su castigo.

—Pero yo ¿qué gano?

—Con el arrepentimiento la salvacion....

—¡Báh! ¡báh!

—Por mi parte corresponderé para que salgas de Madrid, ó te dediques á oficio, á trabajar y á ser hombre de bien, lo que no te será difícil, puesto que hasta ahora solo has cometido ciertas raterías: el primer crímen, el primer grande delito lo ibas á cometer en mi persona, pero yo te lo perdono. ¿Qué te parece?

—Que sois muy caballero.... mas yo ni iba....

—Te se dió la órden esta mañana.

—Sabeis tanto como yo.

—En ese caso es inútil tu resistencia.

—Es verdad.

—Dime: ¿á dónde han llevado á la infeliz Aurora?

—No lo sé,

—¿De veras?

—Lo juro.

—¿Qué sabes respecto de la baronesa?

—Nada.

—Me engañas.

—Unicamente, que el Buitre conferenció con esa señora muy temprano, y que se ha puesto á sus órdenes.

—¿Y del viaje?

—Díjonos que acompañaria esta tarde, en union de Malospelos, á una señorita....

—¡Dos bandidos escoltándola!

—Iban disfrazados.... pero con armas, y en el asiento del mayoral: se trasformaron de zagales.

—¿Quién mas acompaña á Aurora?

—Una doncella y un capellan de no sé qué condesa.

—Sí; de la de Montelirio.

—Lo ignoro.

—¿Y á dónde se dirigen?

—No sé el punto.... mas no debe ser lejos, una vez que han de volver mañana por la noche.

—¿Lo ignoraba el Buitre?

—Creo que sí.

—¿A qué hora los esperas?

—A las diez.

—¿En dónde?

—En la taberna del Mirlo.

—¿Y en dónde podemos vernos para que me digas si sabes el sitio adonde han llevado á esa infeliz y virtuosa jóven?

—En la Plaza Mayor.

—¿A qué hora?

—A las once y media.

—¿Asistirás?

—No faltaré.

—Ya sabes....

—No crea V.... señor don Juan, que el miedo me humilla....

—Lo sé.

—Es que no me es muy grata la compañía del Buitre.... y desearia una ocasion....

—Ninguna mejor.

—Iremos despacio.

—El Buitre es un infame.

—Malospelos sospecha que hubiese delatado al pobre Chorlito.... al matutero.... muerto por la ronda en las afueras.

—No lo dudo.

—Así es que le vigilamos.

—Sepárate de esa vida.... tú eres muy jóven.... y el fin será funesto si no te enmiendas.

—Y si luego estamos mal....

—Porque teneis horror al trabajo.

—La costumbre.

—El vicio que os domina, la vagancia que os adormece, las malas compañías que os seducen.

—Teneis razon.

—¡Cuidado con que seas hipócrita!

—Lo digo de veras.

—Es que si no.... la red está tendida, y tú caerás el primero.

—El Buitre tiene mucho apoyo.

—Quizá no le conozcan.

—Indudablemente que no saben lo que es su vida.

—Le conocerán.

—No es difícil.

—Ahora dí: ¿qué es de la tia Corneja?

—Ha puesto casa de huéspedes.

—¡Digna patrona!

—Pues vive como una princesa.

—¿La visitais?

—Todos los dias.

—¿Continúa siendo vuestra directora?

—Hoy mas que nunca, pero con mas disimulo.

—¿Y qué hace?

—Vende telas nuevas y usadas.... con cuyo pretesto se instru-

ye de las circunstancias de las familias: se ha hecho gazmoña con el mismo fin; y por último, recibe en su hospedería á las criadas cesantes, las que siempre dan antecedentes de sus amos.... porque en recompensa, la tia bruja, esa infame tia Corneja, las encubre todo género de estravíos y deslices.

—¿Sabe mi situacion y la de Aurora?

—Todo.

—La dijísteis que íbais á....

—Nos oye, sin que desconfiemos de ella: antes nos alienta y dirige.

—¿Y qué os propone acerca de la baronesa?

—Que la aliviemos el peso de los bolsillos.

—¿Conoce á Clara?

—Se la presentó el Buitre.

—¿Luego sabe los amores con este bandido?

—El Buitre no está enamorado de la doncella de la baronesa.... si no que la esplota, y se sirve de sus indicaciones para....

—Entiendo.

—El Buitre, señor don Juan, tiene una linda muchacha en casa de la tia Corneja.... y por mejor decir, cada uno tenemos la suya.

—¿Y su hija, la novia de Malospelos?

—Margarita habrá muerto á estas horas en el hospital de San Juan de Dios.

—¿Conque la casa de la tia Corneja.... es....

—Es casi un mundo.

—Pero un mundo malo.... criminoso.

—¡Infernal!

—¡Cuánto se alberga en este Madrid!

—¡Pues si conociéseis ciertas casas en las cuales se ven otras diabluras! Suponed que hay mujeres que se fingen madres de una porcion de chiquillas, que las abandonan durante el dia sus verdaderas madres por irse á buscar la vida.... y que algunas

no vuelven á recoger el fruto de sus entrañas.... y que por ahí, por esos mundos de Dios, cuidan algunas jóvenes que llaman madres á las que en cambio de un pedazo de pan las han prostituido.

—No quiero saberlo.

—¡Ay! caballero.... este Madrid....

—Lo has dicho.... es una guarida infernal.

—¡Si le conociérais!....

—Llévame á casa de la tia Corneja.

—¿Yo?

—No exijo que me presentes.

—No quisiera que por mi culpa.... aunque es toda ella gente de poco mas ó menos....

—Tampoco te exijo que los perjudiques....

—Seria una mala accion.... eso de delatarlos...

—De ninguna manera pretendo que los denuncies á la autoridad: por lo demás, no debes tener escrúpulos en enseñarme la casa de la tia Corneja, primero porque yo no voy á entregarla á la justicia, aunque bien merecido lo tiene; y segundo, porque no habiendo sido escrupuloso en aceptar el encargo de asesinarme....

—Os empeñais.... en.... creer....

—Enséñame á casa de la tia Corneja.... ó si resistes.... voy á tomar aquí mismo venganza de los ultrajes que Aurora y yo estamos sufriendo.

—Si fuese yo solo....

—¡Es que voy á castigar á todos, y que de todos he de vengarme!....

Don Juan pronunció con voz terrible su amenaza; y el bandido, el taimado Garduña, resuelto á separarse del Buitre, de quien tenia sospechas de infidelidad, y por otra parte el miedo que le inspiraba Juan-Diablo, conocedor de sus viles proyectos, se dirigió á la puerta esclamando:

—Veníd.

Don Juan salió en pos de Garduña, quien le condujo á un barrio estremo, y despues de cruzar algunas calles oscuras, presentóle ante sus ojos la célebre hospedería.

Al separarse díjole Garduña:

—Señor don Juan, vedla aquí.

—Gracias.

—Os ruego no me descubrais.

—Te aconsejo no sigas con tus antiguos camaradas; y si algo intentas contra mí.... pon cuidado.... y mira lo que haces.... yo no necesito á la justicia.

—Os he dado palabra de estar mañana á las once y media de la noche en la Plaza Mayor.

—No faltaré.

—Yo cumplo lo que ofrezco.

—Tambien el Buitre me dió otra cita....

—Tuvo miedo.

—El delito es cobarde.

—Quedad con Dios, señor don Juan.

—Enmiéndate.... Garduña: adios.

VI.

LA TIA CORNEJA.

Pasó don Juan al inmenso patio de una casa antigua, preguntó á varios vecinos por la señora Brígida, que así se nombraba la bruja, y por fin salió esta con grande compostura, disimulando descaradamente sus malas artes, y fingiendo con admirable serenidad no conocer á quien con agrado la saludaba.

—¿Qué teneis que mandarme, caballero?

—Desearia hablar con V., señora Brígida.... para tratar de un asunto que no debe oir nadie.

—Para asuntos.... los escribanos.

—Señora.... hablo de veras.... sériamente.

—Caballero.... venís equivocado.

—Permitidme la entrada en vuestra habitacion, y despues seguro estoy que habeis de quedar agradecida.

—Es que mi casa.... no es.... ni ha sido....

—Vuestra casa....

—Es una hospedería de personas de honor....

—¿Quién lo duda?

—Y V....

—Yo, como tambien soy persona de honor.... vengo....

—No os conozco.

—Nada importa: si gustais escucharme.... no os pesará.

—De ningun modo.

—Os resistís.

—Estais equivocado.... yo no soy....

—Señora Brígida.... ó señora Corneja....

—¡Qué insulto!

—¡Silencio!

Don Juan empujó á la antipática y fingida *señora*.... y penetrando en una pequeña sala del piso bajo, cerró tras sí la puerta, y luego que se hubo sentado muy tranquilamente, dirigióla esta pregunta:

—¿Me conoce V., tia Corneja?

—Caballero, sois muy atrevido.

—Y V. muy infame.

—¡Vecinos!... ¡favor!

—¡Silencio!... porque vais á escapar malísimamente si descubro quién sois.

—¡Quereis engañarme!... ¿Os fingís....

—V. es quien se finge lo que no es.

—¿Yo?

—¡Qué hipocresía!

—Y bien, ¿qué se le ofrece á V?

—Ahorraros un castigo.

—¿A mí?

—A la tia Corneja.

—¡Jesus! ¡qué nombre!

—El vuestro.

—¿El mio?

—¡Parece increible que seais tan ladina! Bien es verdad que en Madrid no sois sola: en la córte se cambia de nombre y de costumbres como de camisa. Tia Corneja, veo que V. es muy diplomática.

—¿Os burlais? Es que de mí nadie se burla.

—¡V. sí que se burla de la sociedad!...

—¡Yo burlarme!...

—Pero no tardará su espiacion.

—¿Y venís á eso?

—Vengo á noticiaros que estais en poder de la justicia....

—¡Cielos!

—¿Os asusta?

—No hay motivo.

—Entónces ¿por qué es ese terror?

—Me sorprende que seais de justicia.

—¿Luego sabeis quién soy?

—Nó.... porque conozco á todos los agentes de las autoridades, y V. no tiene traza de alguacil.

—Acabemos, tia Corneja.

—Diga V., caballero.

—Estoy al corriente de vuestras infamias.

—¿Venís á darme espanto? ¿Teneis en mi casa algun amor? ¿Deseais dinero?

—¡Infame! Mi dignidad se ofende con vuestras impuras sospechas. Deseo que me digais dos cosas: que confeseis la parte que habeis tenido en un robo, y lo que sepais acerca del rapto de Aurora.

—¡Estais en vuestro juicio! ¡Voy á llamar al comisario!...

—Es inútil.

Don Juan, por amedrentarla, cerró con llave y sacó un puñal de Toledo.

—¡Asesino!

—¡Silencio, mujer de Satanás!

—¡Quién os ha traido!

—La justicia.

—¡Me engañais!

—Dentro de dos horas necesito la cadena y el reloj que Malespelos robó esta madrugada al marqués de Valdeclaveles.

—¡Mentira!

—¡Calla, lengua de víbora!... Además exijo me reveleis el punto á donde se han llevado á Aurora.

—¡Don Juan!...

—Conque me conoceis.... ¡éh!

—Desde que os ví.

—¿Entónces recordareis mis favores.... y las veces que he librado á Malospelos de ir á sepultarse en un calabozo?

—Sí.... señor.... y estamos agradecidos.

—¡Hipócrita!

—Lo juro.

—Se conoce: hace pocas horas quiso asesinarme Garduña.

—¡Don Juan!

—Lo sé todo.

—¡Bien dicen!...

—Sí; que soy Juan-Diablo.

—Cierto.

—Y lo será tambien que os llevo de aquí á donde mereceis, tia Corneja, si no confesais lo que he dicho.

—Mire V.... don Juan.... nos ganamos la vida....

—No vayais á decir *honradamente*....

—Como se puede.

—Ya lo veo: ultrajando á la sociedad y haciendo vil desprecio de las leyes. Mas no teneis vosotros la culpa....

—Y qué quiere V.... siempre fué lo mismo.

—Pues hoy debiera haber menos criminales que nunca.

—Os engañais, señor don Juan: deben existir mas que en otras épocas, porque hay mas astucia, mas refinada malicia, y los vicios, el lujo, el mal ejemplo de las altas clases....

—No prosigais: al negocio. ¿Dónde están el reloj y la cadena?

—Lo ignoro, señor don Juan de mi alma.

—Mentís.

—Dios.... me....

—No jureis.

—Os digo la pura verdad.



La tia Corneja, al ver á Juan-Diablo, quedó sorprendida.

—Mentís.

—¡Ay! señor don Juan....

—¿Con quién habeis almorzado esta mañana en la taberna de la calle de Embajadores?

—Señor don Juan.... ó sois brujo.... ó teneis una esquisita policía.

—Ni policía ni hechiceros: yo mismo he visto que entrégásteis las alhajas del marqués al que almorzaba en vuestra compañía, cuyo truhan salió á ofrecérmelas por cincuenta duros.... y últimamente por quinientos reales.

—¡Jesucristo!

—Dónde están....

—Sí.... yo.... vamos.... sois el mismo demonio.

—Es inútil que lo negueis.

—Yo quisiera complaceros, señor don Juan de mi corazon....

—Dejaos de zalamerías: dentro de dos horas, es decir, á las diez de esta misma noche vengo por el reloj y la cadena. Si no me servís os conduzco á la cárcel bajo mi responsabilidad, y me gasto el último recurso para que vayais á la Galera. De cualquier modo este será vuestro paradero: la autoridad superior conoce los planes del Buitre, á quien estais asociada.

—¡Yo!

—Aquí vive su querida.

—¿Señor don Juan, ¿cómo os componeis para saber tanto?

—¿Tendreis el reloj y la cadena?

—Si no lo han vendido....

—De haberlo vendido sabreis á quién....

—Si viene por aquí Berruga....

—¿Quién es esta notabilidad?

—El que almorzó conmigo.

—Despues, á mis espensas tomó café y una copa de ron, y además le dí un habano.

—¿Le conocíais?

—Por primera vez.

—Os dijo....

—Nada habló Berruga, ni supo quien yo era: yo estaba de antemano instruido de vuestras viles trapisondas.

—¡Jesus mil veces! ¡Y qué duendecico sois, noble don Juan!.... ¿Pero vamos á ser amigos?

—¡No me insulteis!

—Os enfadais.

—¿Dónde está Aurora?

—Si lo sabeis....

—He sabido que salió esta tarde con un capellan y una doncella de la condesa de Montelirio, escoltada por el Buitre y Malospelos.

—¿Qué mas deseais?

—Saber el punto á donde se dirigen.

—El Buitre me dijo que iban á Guadalajara.

—¿Pero quedará allí Aurora?

—¿Es vuestro amor?

—Tia Corneja..... contestad á lo que os pregunto, y nada mas.

—Señor don Juan.... si es vuestro amor, y pudiese con mi vida....

—¿Quedó ó no en Guadalajara?

—Tanto no sabemos.

—Necesito saberlo.

—Si es posible....

—Muy fácil.

—¿Cómo?

—Por los que la han escoltado.

—¿Y si de Guadalajara la conducen á otro sitio?

—Averiguadlo: mañana á las doce de la noche debeis decírmelo. Adios, tia Corneja.... vuelvo á las diez por la cadena y el reloj del marqués....

—Pero....

—Se os gratificará....

—Corriente.... Y me dejais sin decirme....

—Que si no os enmendais, ireis pronto á la galera y vuestros cómplices á un presidio.

—Señor don Juan.... si yo....

—Es probable que alguna vez triunfe la justicia: hasta aquí os habeis burlado de las leyes.

La tia Corneja quedó asombrada de ver que Juan-Diablo conocia sus trapisondas, y empezó á sospechar de sus cómplices, sin esceptuar á Malospelos, de cuya conducta con su hija Margarita recordó terribles pruebas.

Hubiera deseado que don Juan se esplicase.... pero respetando su dignidad y temiendo su energía, no quiso profundizar la causa de su inquietud, de sus vivas sospechas, y juró que se vengaria de aquella cuadrilla de malvados.

VII.

EL MARQUÉS DE VALDECLAVELES.

Don Juan se dirigió con ansiedad á casa del jóven marqués, para que este, en union del bolsista, su inseparable amigo Adolfo de Céspedes, intercediera ante el gobernador en obsequio del infeliz Pablo el cantero, cuya injusta prision sentia estraordinariamente.

Y le pesa con doble motivo, porque en las críticas circunstancias que corria don Juan, los servicios de Pablo debieran serle interesantes.

Llegó á la morada del marqués, y manifestando á su ayuda de cámara que era un íntimo amigo, para que no estrañase su presencia en tan intempestiva hora, logró, precedido de una targeta, introducirse en el gabinete particular del jóven aristócrata.

A poco rato presentóse este del modo mas afable.

—¡Mi querido don Juan! ¿Venís á cumplirme la palabra? Yo siento haberos faltado.... pero quizá habreis sabido que hace tres noches, despues de separarnos....

—Lo sé todo, marqués.

—¿Por Julio y sus amigos?

—Los encontré aquella misma mañana.

—Ya vísteis....

—No recordemos desventuras: lo que interesa es huir de iertos compromisos.... y dispensadme.... amigo mio....

—Sois muy dueño.... mas es inútil.

—Respetaré siempre....

—Digo que es inútil que me aconsejeis, aunque lo agradezco.... porque espontáneamente me he separado, es decir, renuncié, si bien no del todo, á mi aventurera y peligrosa vida.

—Bien hecho, querido marqués: vuestro talento, y particularmente vuestra fina y esmerada educacion, se resentian de ciertos hábitos.... en fin, os felicito sinceramente por vuestra resolucion....

—Resolucion heróica.... amigo don Juan....

—Lo comprendo: estábais alucinado....

—Me divertia.

—Revelábais mal gusto.

—Las costumbres populares no me desagradan.

—Ciertas costumbres populares, marqués, se parecen á los alimentos groseros... y hay paladares esquisitos, delicados, á quienes repugnan. El vuestro lo es indudablemente, y por lo mismo los rechazais....

—Ha sido una alucinacion....

—Exactamente.

—Y bien, querido don Juan, yo vengo de la mesa: si gustais os presentaré á mi papá y hermana.... ó si teneis que hablarme, permaneceremos aquí todo el tiempo que os plazca.

—Otro dia aceptaré la honra de saludar y ofrecerme á su señor padre, cuyo noble carácter es universalmente reconocido y yo respeto mucho: si deseais complacerme, y no lo impiden mas importantes atenciones ... salgamos de aquí, porque hemos de hablar poco, y es urgente el objeto de mi venida.

Despues de los cumplimientos de costumbre, aunque el marqués de Valdeclaveles no fingia, porque era sincero y es-

pansivo, salieron á la calle, y don Juan le habló en estos términos:

—Señor marqués, vengo á pediros un favor.

—Mandadme, amigo don Juan.

—¿Recordais á Pablo el cantero?

—¿El que encontró la cartera de Adolfo?

—El mismo.

—¿En qué puedo servirle? porque supongo que el favor será para ese honrado ciudadano, como diria el poeta Julio del Valle.

—Se halla en un calabozo.

—¡Preso!

—Hoy le han reducido á prision, sin causa.... sin otro motivo....

—Las opiniones.... quizá....

—Ciertamente.

—Es sensible que no exista la necesaria tolerancia para permitir la natural espansion de las ideas, sobre todo cuando el órden no puede peligrar.

—Es un lujo de tiranía.

—Así lo califico tambien.

—Desearа, querido marqués, tuviéseis la amabilidad de ir con Adolfo Céspedes, vuestro amigo, é interceder por Pablo, en la seguridad de que salvais á un honrado padre de familia. Yo respondo de su inocencia.

—Contad con mi insignificante valimiento.

—Gracias, marqués.

—Respecto á mi amigo Adolfo, siento deciros que es un egoista, como la mayor parte de los de su clase.

—¿Creeis que se negará á prestar un favor á ese hombre honrado y á sus desvalidas criaturas?

—Convencido estoy de que rehusará á su alma la satisfaccion de ser útil á un desgraciado.

—¡Es posible!

—Su señor padre, desde que tiene ínfulas de duque.... reti-

ró su proteccion á los *patriotas*.... como él los llama, sin recordar que un tiempo lo fué....

—Parece increible.

—El hijo es igual á su padre: la gente de mostrador.... los que un tiempo fueron *humildes*.... hoy se orgullecen y blasonan de una soberbia insultante; en fin, no tienen mas Dios que el *dinero*, otra aspiracion que los *negocios*. Desengáñese V., señor don Juan, la gente de banca son hoy los señores del mundo, y nos esplotan á su capricho. Por mi parte.... puedo asegurar que me tienen arruinado. La baronesa.... con su hijo.... mis devaneos....

—Es decir, que la amistad....

—De nada sirve á los del tanto por ciento. Ceden al espíritu del siglo: van con la época: no se les puede tachar de reaccionarios.

—Señor marqués, tengo en mucho vuestra opinion relativamente al juicio que os merece la *aristocracia moderna*, la *aristocracia del oro*.... aunque algunos de esta clase que me honran con su amistad, no son egoistas.

—Hay escepciones.... sí....

—Es justo confesarlo.

—Estoy en mi derecho quejándome de su egoismo, puesto que soy una de las víctimas.

—Dejemos para otra ocasion este asunto: lo que urge es salvar á Pablo.

—Para favorecer al obrero, me sobra influencia con las autoridades; y si, como no dudo.... su honradez no ha padecido, y que solo es cuestion de política....

—Mi palabra....

—La respeto.

—Gracias, marqués; yo confio en la nobleza de vuestro corazon.

—Iré á buscar á Céspedes para que os desengañeis, señor don Juan....

—Siempre es bueno saber los amigos con quienes en todas circunstancias puede contarse.

—¿Decís que urge?

—Esta noche debe salir Pablo de la cárcel.

—Desde casa de Adolfo voy al gobierno: esperadme en el Casino.

—Son las nueve: á las diez tengo que ir á una cita que os interesa.

—¿A mí?

—A V., señor marqués....

—¿De veras?

—A las diez y media en el Casino: allí sabreis algunos curiosos y aun graves acontecimientos.

Despidiéronse del modo mas afectuoso; y don Juan quedó muy confiado en la bondad y generoso carácter del marqués de Valdeclaveles.

VIII.

LOS DOS REOS POLÍTICOS.

El popular é infeliz poeta Julio del Valle, sin otra razon que la de ser amigo de Pablo el cantero, entró en la cárcel pública llena de martirio su alma, considerando que habia de confundirse, ó habitar al menos, bajo el mismo techo que los inmundos criminales. Es de lamentar que no existan *prisiones de Estado* para los reos políticos, y tengan que vivir los hombres de honor, sea cualquiera su opinion política, entre los repugnantes delincuentes, cuando la civilizacion, la humanidad, el decoro de los gobiernos, el prestigio del principio de autoridad, todo exige y demanda imperiosamente esta reforma.

El poeta, luego que respiró el insano y nauseabundo ambiente del Saladero, sintióse afligidísimo, elevando á Dios una súplica fervorosa para que se dignase aliviar su inmerecida suerte. En el tránsito de la casa de Rosalía á la cárcel habíanle noticiado los esbirros que Pablo tendria un porvenir fatal, y todos los que con él intentaban hacerse dueños de no sabemos qué *fortalezas* ó *castillos*, verdaderamente castillos de naipes, porque en Madrid no existen, por lo cual dedujo el cantero que su

prision no seria larga, aunque es bastante una hora sin libertad para que un hombre sufra un cruel martirio.

Habláronle tambien de don Juan, y significaron por último la sospecha de que existia un complót terrible.

Todo era una indigna calumnia, que partiendo de la baronesa, terminaba en el famoso Buitre y sus nefandos cómplices.

Por de pronto el poeta y el obrero, víctimas inocentes de la venganza de una mujer, que á todo lo que decia relacion con JUAN-DIABLO habia estendido su ciega saña, quedaron *incomunicados* cada uno en su respectivo calabozo, sin saber á qué atribuir su ridícula importancia política.

—Celebro hallar á V., señor marqués.

—Pues tenemos igual satisfaccion, señor Centellas.

—Me dirigia á vuestra casa.

—Yo á la de Adolfo Céspedes, y no hay inconveniente de que vayamos juntos.

—Amigo señor marqués, el objeto de ir en busca de V. es algo, y aun algo grave y triste, y no puedo ahora ocupar un tiempo precioso en visitas, cuando le necesito para salvar á una persona que tan estimada me es.

—No prosigais: iba á lo mismo.

—¿Llegó á vuestra noticia?

—Ha estado á buscarme don Juan, nuestro compañero de aventuras.

—¿Por dónde lo ha sabido?

—Supongo que hablareis, señor Centellas, de la prision de ese infeliz obrero....

—¿De quién?

—De Pablo.

—¡Preso tambien!

—¡Pues qué otro sufre igual infortunio!

—¡Ay! señor marqués.... el poeta....

—¡Julio!

—¡Sí, señor.... Julio del Valle!

—¡Diablo!

—Ahora acaba de ser conducido al Saladero.

—Alguna cuestion política.... algun otro romance ó sátira....

—Absolutamente ignoramos el motivo.

—Don Juan solo me habló del obrero.

—Yo venia confiado en las altas relaciones de V., amigo mio, y no dudo hará lo que esté de su parte por salvar á dos inocentes que ahora gimen víctimas de la mas atroz calumnia.

—Me haceis justicia: el uno por su candidez y claro talento, y el otro por ser hombre honrado, merecen que yo intente salvarlos. Venid conmigo, señor Centellas....

—Siento no poder acompañaros: voy á proporcionar cama y cena al pobre Julio.

—¿Necesitais alguna cosa?

—Gracias, señor marqués.

—En ese caso, mas tarde nos veremos.

—Donde designeis.

—Tomad esta targeta y presentaos en el Casino á las diez: allí me espera don Juan.

—No faltaré.

El curial Lope Centellas, ansioso de prestar algun alivio á su buen amigo el poeta Julio del Valle, y fiado en ciertas relaciones, pasó á la cárcel á instruirse de la situacion de aquellos dos infelices reos políticos.

Entretanto el jóven marqués de Valdeclaveles, abundando en los mismos humanitarios sentimientos, dirigióse á casa del bolsista Adolfo Céspedes, sin otro objeto que el de poder luego decir á Juan-Diablo el comportamiento del banquero, pues por su parte ya estaba seguro de su repulsa, en una palabra, de su egoismo puro.

IX.

LA NEGATIVA.

—¿Qué traes, marqués?

—Vengo á pedirte un favor.

—¿A mí?

—Claro.

—Si es dinero.... ya sabes que tu papá.... prohibió al mio que te se fiasen mas recursos; y en verdad que la baronesa, á quien hoy he visitado para darla parte de mi justo resentimiento, por haber favorecido al capitan Figueroa en la pretension del amor de tu hermana Guadalupe.... la baronesa, repito, se niega á satisfacer un crédito.... pues asegura que el dinero que en casa tomó fué á tu nombre.... y....

—Es decir, Adolfo, que en vez de sentidas quejas por tu desairado amor.... fuiste á recordarla un *crédito*....

—Al mismo tiempo que las quejas....

—Comprendido: vuestra pasion preferente es el *negocio*.... y donde no hay negocio.... no existe para vosotros amor de ninguna clase.

—Mira, marqués, me tienes aburrido con tus sátiras contra los banqueros, y si no te enmiendas.... sentiré....

—Haz lo que gustes.

—Dime á qué venias.

—A pedirte un favor.

—Sepamos, marqués.... pero no te enfades.

—¿Recuerdas de aquel pobre y generoso obrero que encontró tu cartera llena de billetes de banco en el baile de la Gitanilla?

—Sí.... mucho.... que sí....

—Ese pobre hombre....

—¿Pide limosna?

—Para vosotros los mercaderes.... todos son mendigos.

—No insultes, marqués.

—Con quien no haceis negocio.... le calificais de pordiosero.

—Concluye.

—Vuestro corazon mercantil es tan estéril como una hoja seca.

—Acabas, ó....

—Mira, Adolfo.... yo sufro con calma tus satíricos y mordaces pellizcos, tu venosa ira contra la aristocracia de sangre: pues sufre tú con paciencia el ridículo de que os haceis merecedores.

—Te ruego espliques la causa de tu venida á estas horas.... pues recordarás nos citamos para el teatro.

—El pobre y honrado obrero que te devolvió la cartera llena de billetes, se halla en la cárcel.

—¡Gran noticia! Lo que es mas estraño, marqués, lo que me sorprende estraordinariamente, es que tú seas el portador de semejante despreciable nueva. Veo que te vas contagiando, que te *vulgarizas*.... desde que tratas á los *necios y estúpidos patriotas*.

—Como se contagió tu padre en otros tiempos, valiéndose de esos mismos estúpidos para hacer su negocio, lanzándolos á las revoluciones.... patrioteando como ellos....

—Mi padre....

—Tu padre.... olvida, cual otros muchos, su oscuro *patriotero* orígen. Dios se lo premie. Temo que les suceda al fin lo que á los frailes.

—¿El qué, marqués?...

—Poca ó ninguna cosa: que los del tanto por ciento, los mercaderes, vais por último á caer en el universal desprecio....

—Marqués.... te equivocas.... y.... permíteme.... pero no puedo oir tus *vulgaridades*.

—Concluyamos, amigo Adolfo.

—Sí, terminemos, amigo marqués.

—¿Me acompañas?

—¿A dónde?

—Al gobierno político.

—¿Para qué?

—A implorar favor por ese desgraciado, y por el poeta Julio, que tambien se halla preso.

—¡Tambien!

—Los dos son víctimas de una calumnia.

—Algo habrán hecho.

—Nada.

—¿Lo sabes?

—Lo sé.

—Eres muy niño.

—Es verdad que tu padre, como fué *patriotero*.... sabe esas zarandajas y misteriosas escenas.... mas hoy que se ha hecho *conservador* y aspira á ser duque, aborrece al pueblo y á los desgraciados.

—Marqués, has venido á insultarme.

—Y tú calumnias á dos inocentes.

—No sabemos si lo serán.

—¿Vienes al gobierno?

—Es nula mi influencia.

—Adios.

—No por esa causa, marqués, hemos de reñir; mas tarde....

—No simpatizamos, Adolfo.

—Qué quieres.... lo siento.

—Adios.

El marqués, cediendo á sus nobles y humanitarios impulsos, dejó al bolsista, cuyo frio egoismo heló su sangre.

De casa de Adolfo pasó á ver á las autoridades superiores, y como estaba muy relacionado en la alta sociedad, no le fué dificil, á pesar de la hora, el ver realizado su deseo, aunque sus gestiones fueron infructuosas.

X.

LOS HILOS DE LA TRAMA.

Juan-Diablo, además de haber ido en busca del marqués de Valdeclaveles, cuya bondad era notoria, para que influyera en favor del obrero, ignorando aun que tambien estuviese preso el poeta Julio del Valle, no se descuidó, y apresuróse á demandar igual proteccion de sus particulares y amistosas relaciones.

Una de estas, el elocuente orador del Senado, el señor don César, oyendo la sentida súplica de don Juan, respondió:

—Querido amigo.... la situacion se agrava.... y no debeis estrañar esas persecuciones.

—El caso es, señor don César, que arriba se urden ciertos planes, y pagan los de abajo.

—Como los gobiernos apenas se atreven con los que están á su altura.... se ceban en las clases humildes del pueblo.

—Ciertamente; mas eso no deja de ser una insigne injusticia.

—Una arbitrariedad.

—Un escándalo.

—Os prevengo, don Juan, que vos mismo estais *vigilado*....

—¿Yo?

—Os lo digo para que os manejeis con prudencia.

—En otra ocasion os manifesté, amigo señor don César, que si bien hay *motivo* para que se manifieste el descontento público.... por mi parte, preocupado con los negocios de que V. tiene noticia, ignoro qué harán los círculos políticos, altos ó bajos, y sospecho fundadamente que todo este ardid es obra de la baronesa.

—No lo dudo; pero se vale de la *política*.... es decir, de vuestras opiniones. Tanto contra vos, amigo don Juan, cuanto contra todo lo que os rodea, se ensañará la astuta baronesa. Vivíd con cuidado: sed perspicaz y prudente. ¿Ya sabreis que se dictó auto de prision contra el poeta Julio del Valle?

–¡Preso Julio!

—Al oscurecer.

—Señor don César....

—Aunque yo no vivo entre el pueblo.... sé lo que en sus esferas pasa.

—No sois el único personaje que está instruido de lo que ocurre entre las clases humildes, aunque todos debieran tener vuestros caritativos y libres sentimientos.

—Gracias, don Juan.

—¿Y no podremos salvar á esos infelices?

—Tardaremos algunos dias.

—¡Qué injusticia!

—Culpad á las circunstancias.

—Pues señor don César... respondo que es una inícua trama, cuyos hilos están aquí.... en este papel: justo será que para salvar á unos hombres dignos y honrados, como realmente lo son el poeta y el obrero, justísimo es que persigamos á los criminales, viles instrumentos de una infame venganza.

—¿Quién os ha proporcionado estos antecedentes?

—Un bandido á quien dieron la comision de asesinarme.

—¿Estais seguro de este complót?

—Como lo estoy de hallarme á vuestra respetable presencia.

—Pues amigo don Juan.... ¡prudencia y calma! Yo respondo de que las leyes se cumplan.

Juan-Diablo presentó al digno senador unos papeles, en los cuales iban los antecedentes del Buitre y sus camaradas de profesion.

Eran los hilos del horrible complót, de la torpe trama urdida por la baronesa.

XI.

CONJETURAS.

Mucho afectó á don Juan la triste suerte del poeta, porque la bella Fermina debia estar, á no dudarlo, sintiendo la mas cruel amargura.

A estas inesperadas circunstancias atribuyó don Juan la ausencia de la simpática jóven, cuando largo tiempo la esperó en los portales de Santa Cruz, en donde providencialmente descubrió á Garduña.

Don Juan, fiado en la palabra y en los sentimientos del marqués de Valdeclaveles, dirigióse al Casino, en donde ya estaba esperando el curial don Lope Centellas.

—¡Amigo don Juan!

—¡Señor don Lope!...

—¡Pobre Julio!

—Siento estraordinariamente su desventura.

—Lo creo, don Juan; ¿y no habeis podido hacer algo en su obsequio?

—No há media hora que lo supe, y quien me anunció tan infausta nueva, es de parecer que estará preso algunos dias.

—¡Qué iniquidad...

—Las circunstancias.

—¡Si Julio está inocente!...

—¡No vé V., amigo Centellas, que siempre se ha de sacrificar alguna víctima!...

—Teneis razon.

—A los poderosos no alcanza la ley.

—Y son los verdaderos conspiradores.

—¡Silencio!

—Y diga V., amigo don Juan, ¿qué juicio ha formado, de quién sospecha el fundamento de estas intrigas? porque ha de saber V. que ha desaparecido aquella jóven tan linda....

—¿Aurora?

—¡Calla! ¿Lo sabe V? ¡y no la conoce!

—Lo he sabido....

—Acaso por la mujer de ese infeliz obrero.

—Por otra persona.

El marqués apareció, interrumpiendo el diálogo de don Juan y de Centellas.

—Aquí está el marqués,—dijo el último levantándose.

—Señores, contra mi voluntad me he retrasado algunos instantes.

—¿Y qué sabeis? ¿Qué habeis adelantado?—preguntó don Juan.

—Nada.

—¿De veras?

—Lo que VV. oyen; pero antes de continuar.... aquí no estamos bien.

—Vamos á donde gusteis, señor marqués.

—Seguidme.

Los tres salieron, é instalados en un pequeño gabinete ó tertulia de cierto café, no lejos de las mesas en las cuales jugaban al tresillo varios amigos del marqués, hiciéronse estas conjeturas acerca de la prision del poeta y el obrero, así como del

misterioso viaje del tio Telarañas, la fuga de Frasquito y la desaparicion de Aurora.

Es inútil decir que don Juan disimuló su amor hácia esta beldad, fingiendo no la conocia, si bien dió alguna luz respecto á los inícuos planes de la baronesa.

—Pues señor,—esclamó sencillamente el marqués de Valdeclaveles,—mis esfuerzos han sido infructuosos.

—Habeis visto....

—He hablado, amigo don Juan, á dos autoridades superiores, y siento en el alma que Julio esté complicado....

—¡Complicado! ¿En qué?

—Señor Centellas, yo le juzgo inocente.... mas la autoridad asegura que existe un complót terrible, fraguado por numerosos sectarios de una idea exaltada, y que nuestro querido poeta, el bueno de Julio del Valle, es uno de los caudillos de esta conspiracion.

—¡Qué simpleza!

—Señor don Juan.... las autoridades creen que realmente se intenta un sacudimiento, y....

—¡Visiones!

—Casi estoy por reirme....

—Señor Centellas.... tanto Julio como el infeliz Pablo el cantero, aparecen cómplices.... y como una medida preventiva.... acordóse reducirlos á prision, y esta durará.... lo que Dios sabe.

—¡Qué injusticia!

—De suerte....

—Que por hoy nada pude conseguir.... veremos mañana: apelaré á otras influencias.

—¿Y el bolsista?

—Adolfo se negó á acompañarme, diciendo que le importaba un comino la suerte del poeta y del obrero.

—Muy bien.

—¡Qué egoista!

—¡Raza inhumana!

—No diré tanto.... pero su egoismo es censurable.

—Señor don Juan.... los que olvidan su orígen, los que de baja estofa, de humilde y oscura procedencia, hacen luego fortuna, Dios sabe cómo, y se engríen y alardean de una vanidad ridícula.... son....

—Señor marqués.... son unos.....

—Vamos, señor Centellas....

—Amigo don Juan, V. no los conoce.

—Quizá tanto como el que mas; pero despreciemos al bolsista, á ese discípulo de mostrador, á ese moderno hebreo, y díganme VV. si no abrigan sospechas de algun duende.... causante del infortunio de nuestros amigos.

—Por mi parte,—dijo el marqués,—he llegado á sospechar de una persona.... y lo siento....

—¿De quién?

—De Frasquito.

—¿Del cantor andaluz?

—Claro.

—Señor marqués.... padeceis una equivocacion.

—Señor don Juan.... dos veces me llevó á sus conciliábulos y ruidosas zambras, y en las dos ocasiones he salido con los huesos magullados.... y sin mi precioso reloj y brillante cadena. ¿Qué decís á esto?

—De sospechar es.... qué ese hombre....

—Amigo Centellas.... V. es de mi opinion.

—Siento diferir de la de VV.,—observó don Juan,— y si bien ese Frasquito ha sido causa de que sufrais, señor marqués, algunos disgustos, no le creo capaz de ser instrumento de una vil accion.

—El caso es que ha desaparecido.

—Lo sé.

—¿De veras?

—Lo que oís.

—¿Y V. lo sabia, don Juan?

—Yo le he buscado por todas partes.

—Y lo mismo yo.

—¡Qué coincidencia!

—Amigo don Lope.... V. que conoce á Madrid....

—En esta Babilonia hay muchos misterios.

—Si supiéseis lo que yo.....

—Amigo don Juan.... sírvase V. referirnos alguna novedad ínterin concluye el té.

—Por mi parte,—dijo Centellas,—solo he sabido, con amargo pesar, que Julio y el obrero están en la cárcel, que Aurora, la radiente Aurora.....

—¡Qué!

—¡Ay! marqués de mi alma....

—¿Pero qué ha sucedido?

—Desapareció esta tarde de un modo el mas inquisitorial....

—¡Sí!

—¡La han arrebatado de casa de Fermina!.... de suerte que esta, su mamá, mi amada Luisa, su hermana Adela y doña Carlota están sumidas en el mas profundo duelo.

—Hablad: proseguíd.

—¡Ay! ¡señor marqués.... si hubiéseis conocido á la simpar Aurora!

—¡Diantre!

—¡Es una beldad divina!....

—Sabed que habia discurrido ir á verla, aun sin vuestro permiso, amigo Centellas.

—Pues ya es tarde.

—¡Voto al chápiro!

—Yo tuve esta mañana un presentimiento fatal: fuimos al Rastro en busca de algunos raros objetos de los que allí se venden, y.... ¡cosa sorprendente! vimos el retrato de Aurora.... yo al menos juraria que lo es. Compróle Julio, y el señor don Juan, que se presentó en aquel crítico instante, se lo llevó.... y....

—Aquí está.

—¡Me alegro!

—Vea V.... señor marqués.... ¡qué hermosa!

—¡Luz de Dios! ¡Cuán bella es! ¿Y ha desaparecido?

—Esta misma tarde.

—¡Qué lástima!

—Señor don Juan.... ¿V. ignoraria la triste suerte de Aurora? ¡Ya se vé. .. como no la conoceis!....

—Si este retrato se la parece.... desde luego me intereso por tan linda criatura, y si es virtuosa....

—Intachable.

—Pues se asemeja á una que yo conozco. Mas respecto á esta desventurada señorita.... es decir, Aurora, supe al oscurecer su desaparicion....

—¡V., señor don Juan.... lo ha sabido!

—Por una circunstancia muy sencilla: Pablo vive en la misma casa....

—Pero hace poco tiempo.

—Ciertamente.... mas el obrero tiene dos criaturitas, y Aurora, lo mismo que Fermina, Luisa y su bella hermana Adela, tomáronse un tierno interés por los hijos de aquel infeliz, y cuando yo mandé un recado esta noche á su mujer, á Rosalía, supe la ocurrencia de Aurora.

—¡Ah!

—¡Sabeis que es una crueldad! ¿Y quién ha sido el raptor? Supongo que algun magnate ¿éh?

—Nada de eso.... amigo marqués: un capellan.

—¡Un sacerdote!

—La acompaña á un monasterio.

—Vamos .... si es así....

—Pero es de sopechar que Aurora no tomará el velo por vocacion.

—Entonces....

—Soy del parecer del señor Centellas. Aurora es víctima del

fanatismo.... de cierta alucinacion en que han sumergido su alma.... y además el terror....

—Permítame V...., señor don Juan, que me sorprenda de que esteis tan instruido de la situacion de Aurora.

—No os sorprenda, amigo don Lope.... la mujer de Pablo nos informó de todo.

—¿Y no hay medio de salvar á esa hermosura?

—Señor marqués.... vos podeis....

—¿Yo?

—Sí.

—Señor don Juan.... ¿os burlais? ¡Si no la conozco!

—Hablo sériamente.

—No adivino....

—Ni yo tampoco.

—Y V. tambien, señor Centellas, puede contribuir á su salvacion.

El curial y el marqués miráronse el uno al otro... sorprendidos por las indicaciones de Juan-Diablo, y particularmente por el tono grave y decisivo que daba á sus palabras.

Desde luego tenian á don Juan por hombre de mundo, rodeado del misterio; mas como ignoraban sus relaciones con Aurora, el amor sincero y vehemente que le rendia su corazon, acreció su sorpresa por esta misma y estraña circunstancia.

Viéndolos Juan-Diablo tan dispuestos á favorecer á la infeliz y noble doncella, creyó que era llegado el momento, la oportunidad propicia, no para evidenciarse, no para hacerles inconvenientes revelaciones, y sí para servirse de ellos en pró de la que tanto amaba.

—¿Quieren VV.,—les dijo,—contribuir á salvar á esa inocente criatura?

—De mil amores.

—Disponed de mí como gusteis, amigo don Juan.

—Gracias á nombre de la víctima.

—¡Es una iniquidad!

—En esta época es cosa fea, ultrajante á la civilizacion.... el pensamiento es libre.

—Oíd, señores: bajo la mas absoluta reserva....

—Nos ofendeis.... señor don Juan.

—Perdonad.... amigo marqués.... pero discurrid que son cosas delicadísimas.... y.... comprometernos....

—No rehuyo compromisos: trátase de salvar á una jóven hermosa.... y de virtud....

—Justamente....

—¡Pues bien.... adelante!

—Un poco de calma.

—Esplicaos, señor don Juan.

—Amigo marqués....en vos está el medio de salvar á esa inocente criatura.

—¿En mí?

—Lo aseguro.

—Hablad.... porque no me esplico....

—Vuestra graciosa prima, la digna condesa de Montelirio....

—¡Mi prima!

—Vuestra prima.... contra sus benéficas intenciones, sirve á inícuos planes.... á los impuros proyectos de la baronesa de Rocamar....

—Señor don Juan.... os llaman *Diablo*.... pero creo que lo sóis: no os ofendais.

Don Juan sonrió á la espansiva manifestacion del marqués, pero sin hacer mérito de ella prosiguió de esta suerte:

—Dejando para mas adelante la esplicacion de este misterio.... por ahora lo urgente, lo preciso, lo necesario es que sepais, que os instruyais por vuestra prima la condesa.... del paraje en donde se halla Aurora.... mas sin que se aperciba la baronesa.... pues en otro caso.... nos perdemos.... completamos la ruina de la infeliz á quien han alucinado, de esa flor á quien pretenden marchitar en su hermosa lozanía.

—Amigo don Juan, respeto mucho ese misterio, aunque ardo en ánsias de saber.... primero quién sois.... por dónde habeis alcanzado la seguridad de que mi noble prima la condesa de Montelirio sea instrumento de la astuta boronesa de Rocamar, y segundo.... por....

—No prosigais, marqués: ó se guarda el secreto, ó perdemos á la inocente Aurora.

—Por mi parte os juro que le he de guardar.

—¿Y respecto de mí?

—Señor Centellas.... vos cuidareis de ver al marqués mañana.... es decir.. . todos los dias.... hasta que con su fino talento descubra el paradero de Aurora; luego le diré á V. la parte que ha de corresponderle en la salvacion de esta.

—Estamos corrientes.

—Señor marqués.... os recomiendo gran sagacidad para no herir el fanatismo de la condesa....

—Aunque no muy sagaz.... yo procuraré aprovecharme de alguna circunstancia, y descubrir lo que todos deseamos. Desde luego digo que esta es, ó será, una aventura notable.

—Notabilísima.... señor marqués.

—Aun esta misma noche en cierta reunion he de hablar á la condesa.

—La desaparicion de Aurora.... el infortunio del poeta y del obrero.... están relacionados.... ó todos se pierden, ó salvándose uno se salvan los demás.

—Nos dejais atónitos....

—¡Señor Centellas.... vamos á luchar con un terrible misterio!

—En buen hora, si salvamos á nuestros amigos.

—Lo deseo ardientemente. Desde la primera noche que os ví en el baile de los gitanos.... deduje que érais hombre de mundo.

—¿Y no sabeis que yo mismo estuve al oscurecer muy en peligro de ser asesinado?

—¡Es posible!

—¿De veras?

Don Juan les refirió la ocurrencia de los portales de Santa Cruz, cuando al esperar á Fermina se halló con Garduña, el bandido que le espiaba para asesinarle.

Omitió ciertas circunstancias, y el asombro del marqués y del curial Lope Centellas no tuvo límites, particularmente al presentar al primero la cadena y reloj que habíanle robado en la buñolería, y á fuerza de amenazas, y un no pequeño sacrificio, consiguió que se lo devolviese la tia Corneja, protectora y directora de los bandidos.

—¡Señor don Juan.... dos veces.... habéisme devuelto estas alhajas!... Os estoy muy reconocido.... pero quisiera saber si os ha costado....

—Nada.

—O si hay que gratificar....

—A nadie.

El curial miraba de hito en hito á Juan-Diablo, sorprendiéndole estrordinariamente aquellos misterios.

—Réstame decir á VV., —esclamó don Juan, —que el tio Telarañas ha desaparecido, y que el viejo y astuto gitano juega un papel importantísimo en esta misteriosa y maquiavélica trama.

—¡Se ha fugado!

—Apenas rayó el dia.

—¿Y qué relacion puede tener....

—Lo sabreis oportunamente: por ahora nos cumple solo averiguar el sitio en donde reside, y nada mas.... por supuesto con reserva....

—Vamos.... estoy en brasas por saber este oscuro enredo. Dadme ese retrato, señor don Juan.

—¿Para qué, amigo marqués?

—Quiero utilizarle.... valerme de él para que mi prima, impulsada por mis indicaciones, y sin que se aperciba de nuestro propósito, descubra el paradero de Aurora.

—Con una condicion os lo entregaria.

—Sepamos.

—Que no le habeis de fiar á la condesa, ni enseñárse o delante de la baronesa de Rocamar.

—Aceptada la condicion.

Llenos de asombro y formando las mas estrañas conjeturas acerca de don Juan, se separaron el curial Centellas y el marqués de Valdeclaveles, convenida que fué la conducta que habian de seguir para salvar á los oprimidos.

XII.

EL GOLPE EN VAGO.

Don Juan, sufriendo penoso martirio, viva amargura por la cruel suerte que sufrian los objetos de su amor y de entrañable amistad, dirigióse á su casa, esperanzado en cierto modo de conseguir su noble y laudable propósito.

En tanto, el marqués de Valdeclaveles corrió á una reunion aristocrática, en donde sabia que debia encontrar á su prima la condesa de Montelirio, señora de bellísimos atractivos, pero alucinada por falsos consejeros y por las interesadas miras de la intrigante baronesa de Rocamar.

Cuando se presentó el marqués decia la última á la primera, acariciando su amor propio:

—Habeis dado un paso acertadísimo, condesa: vuestro proceder es laudable: habeis conseguido salvar de la prostitucion á esa jovenzuela.... que indudablemente se hubiera vuelto á relacionar con el aventurero: aunque este quizá se halle á estas horas en un calabozo.

—¿Qué decís, baronesa?

—Se ha descubierto una conjuracion, de la que el amante de Aurora era el alma, el caudillo, el factotum, el inspirador temi-

ble: además están presos un *poetilla*.... un escritorzuelo satírico.... y multitud de *chusma*.... pues.... muchedumbre de trabajadores, ó como en el dia los llaman los *políticos*, obreros. ¡Ya veis qué gente!....

—Decíd, el poeta ¿es el que escribió aquella sátira contra el personaje palaciego....

—El mismo.

—Tengo informes honrosos de ese escritor.

—Condesa.... os han engañado: es un *perdido*.... como todos los de su clase.

—Baronesa.... reflexionad lo que decís.... un escritor, aparte de sus condiciones de caballero, puede ser nuestra delicia, bien por lo que nos distraiga con sus escritos en los *folletines* y *revistas*, ó por lo que brille, cual una gloria nacional literaria....

—Querida condesa.... no conoceis el mundo: sois una santa.

—Soy una pecadora, pero estoy en el deber de tributar un homenaje de justicia á la virtud y al talento; y segun mis informes, además de que yo he leido algunas de sus composiciones, Julio del Valle posee ambas cosas.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—¿Os reis, baronesa?

—Me rio de que seais tan cándida: lo mismo es el poeta Julio del Valle, que vuestro primo el marqués de Valdeclaveles. ¡Ahí le teneis! dos calaveras.

—Pero de buen corazon: yo haré que mi primo se corrija.

—¡Imposible!

—No desconfio.

El marqués se acercó á la condesa, y se colocó á su lado, resuelto á inquirir ó averiguar el paradero de Aurora.

Don Juan habia penetrado en la calle donde tenia su habitacion.

Parecióle que en las dos esquinas le espiaban algunos embozados.

Por el pronto no receló peligro alguno; mas al llegar á la puerta de su casa encontróse un grupo, del cual salió un desconocido para intimarle esta órden:

—¡Daos preso!

Don Juan, si bien quedó sorprendido, no sintió inquietud alguna, conservando, por el contrario, una serenidad imperturbable.

Adelantándose el gefe de aquellos esbirros, un comisario de policía, esclamó:

—Caballero, ¿es V. don Juan del Castillo?

—Nó, señor,—repuso friamente Juan-Diablo.

Titubeó unos instantes el polizonte, pero despues dijo en tono imponente:

—Sentiria me engañáseis.

—Venís equivocado.

—Ved lo que decís.

—La verdad.

—No os creo.

—Me ofendeis, señor comisario.

—Terminemos: yo traigo órden de conducir á V....

—¿A dónde?

—A la cárcel.

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

—Porque es una injusticia.

—La autoridad superior dará esplicacion: yo cumplo fielmente sus órdenes.

—Pues son órdenes improcedentes.

—¡Ea, caballero!... Veníd, y despues....

—Señor comisario.... no es mi intencion oponerme á las órdenes de la autoridad.... pero permitidme que entre antes en casa....

—¿Luego sois quien yo busco?

—Nó, señor.

—¿Pues no vivís aquí?

—Ciertamente.

—Entónces....

—Padeceis un error.

—Lo que tratais es de engañarme.

—Señor comisario....

—Tengo órden de conducir á V.... y no me es posible perder inútilmente el tiempo.

—Os suplico me permitais entrar en casa....

—Es que....

—No temais: quiero que me acompañeis.

—En ese caso entraremos....

—Solamente V.... bajo palabra de honor que saldremos pronto.

—Si me dais palabra.... entrad vos, y aquí os aguardo.

—Nó.

—¿Por qué?

—Deseo me acompañeis.... veníd sin temor alguno.

—¿Y qué falta hace que yo os acompañe?

—La prueba de mi lealtad la tendreis viendo que entrando solo, podria escaparme. Seguidme.

Don Juan tocó un resorte que habia oculto en uno de los ángulos inferiores de la puerta, y al poco rato salió un hombre de avanzada edad, decentemente vestido, y les franqueó la entrada.

—No os inquieteis, Bernardo,—esclamó don Juan.—Este caballero viene conmigo por unos papeles: trae esa luz, y quédate ahí, que pronto estamos de vuelta.

Don Juan guió al comisario, que iba medio aturdido, con cierta inquietud al piso principal, y penetraron en una sala ricamente amueblada, y luego en un pequeño gabinete, en el cual habia una gran mesa con escribanía de plata, libros, legajos y periódicos.

Algunos estantes completaban el adorno de aquella estan-

cia, que mas bien parecia el retiro de un letrado ó de un filósofo.

—Señor comisario, ya está V. en su casa....

—Mil gracias, caballero.

—Ahora puede V. proceder, si gusta, al exámen de papeles.... pues no dudo se me perseguirá como conspirador.

—Lo ignoro: me dieron órden de apresar á V.... juzgándole hombre de importancia....

—Política....

—Claro.

—Pues siento que haya V. perdido tantas horas.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que no he de ir donde vos presumís....

—Caballero.... eso fuera desobedecer á la autoridad.

—Nada de eso.

—Pues no comprendo.

—Sentaos.

—¿Qué vais á hacer?

—A ofreceros un habano, y mientras me visto.... podeis fumar tranquilamente.

—Si es así....

—¿Qué sospechais?

—Nada.

—Fume V., señor comisario.

Don Juan sacó de un estante ó ropero un rico uniforme de primer comandante de cazadores de infantería, con brillantes placas y cruces, se ciñó una espada, y concluido que hubo de vestirse, dijo:

—Señor comisario, para que veais que estoy tranquilo, sin necesidad de recurrir á este medio pude escaparme: veníd.

Juan-Diablo cogió el quinqué y le condujo á un dormitorio, en el cual habia una reja que daba á otra calle, á corta altura, con su correspondiente barra de hierro y un fuerte candado.

—¿Veis esta reja? pues dá á la calle, y si hubiese tenido culpabilidad alguna, me hubiera fugado por aquí.

—Teneis razon... pero... yo... siempre confiaba...

—Señor comisario... tengo el honor de ofreceros mi casa...

—Os lo agradezco infinito... yo siento...

—Ahora os vais y decís al señor gobernador que respeto mucho sus órdenes... mas no puedo obedecerlas hasta el punto de ir á la cárcel.

—Soy de parecer que me acompañeis, y que vos mismo os disculpeis... ó...

—Señor comisario... baje V. esa escalera sin hablar mas palabra, y si os resistís... cambiamos los papeles y os conduzco preso.

—¿A mí?

—Callad, que os tiene cuenta.

—Es que...

—Vuestros esbirros no me asustan; estoy acostumbrado á pelear con gente mas valerosa.

—Me comprometeis...

—¡Silencio! Y no me sigais...

—¿Pero á dónde os dirigís?

—A la capitanía general.

El comisario no se atrevió á decir una palabra, aunque trascurridos algunos instantes, dió órden á un polizonte para que á cierta distancia siguiese á don Juan, á ver si se dirigia á donde habia manifestado. A los demás les dijo:

—Este hombre debe ser realmente un diablo: el gobernador no lo conoce sin duda; le informaron mal; creíase que era un aventurero, y resulta ser un brillante oficial, y de posicion notable, puesto que su casa, aunque esteriormente aparece pobre y humilde, por dentro es un palacio. Yo quedé sorprendido al ver tanta elegancia.

—Dicen,—esclamó un esbirro,—que es un personaje estranjero que tiene relaciones con *Ingalaterra*, y está aquí de *inculto*... para unos planes *suterraños*...

—¡Calla, mastuerzo!... No digas tantas barbaridades.

Los esbirros marcháronse con el comisario, que fué á dar cuenta al señor gobernador de la provincia.

Don Juan no dudó que la persecucion de que era objeto procedia de la baronesa de Rocamar, incansable en su perversidad y espíritu de venganza.

Su ánimo se veia afligido, porque las personas á quienes él estimaba, empezando por Aurora y concluyendo por Pablo el cantero, hallábanse en una situacion crítica de duelo y de amargura.

No desmayó, é hizo frente á las contrariedades que tan cruelmente le deparaba su entonces fatal destino.

XIII.

LA INCERTIDUMBRE.

A la siguiente noche cumplió el bandido Garduña su palabra.

A las once y media esperó á don Juan en la Plaza Mayor, en donde le habia citado.

—¿Y qué sabes?—preguntóle don Juan.

—Absolutamente... una jota.

—¿De veras?

—Lo que oís.

—¿No han vuelto?

—Vinieron al oscurecer.

—¿Y qué dice el Buitre?

—Que llegaron á Guadalajara, y nada mas.

—¿Pero en dónde quedó Aurora?

—No lo sabe.

—¡Imposible!

—No os engaño, señor don Juan.

—¿Cómo no ha de saber el Buitre...

—Pues no lo sabe.

—No comprendo.

—Quedaron en la posada el Buitre y Malospelos, en tanto que el capellan y la doncella de la condesa acompañaron á la jóven á una casa... y como mis amigos no tenian interés en fiscalizar á nadie, permanecieron en el meson, y á la hora oportuna regresaron á Madrid, pero solos, sin el capellan y la doncella.

—¿Y no escucharon...

—Presumen que la llevan á un convento de aquella provincia.

—¿Y qué dicen de la baronesa?

—Que la van á esplotar á su sabor.

—Y tú ¿continuarás con ellos?

—A la primera oportunidad los abandono.

—Entonces no aceptarás ni favorecerás los proyectos contra esa señora.

—Me haré el tonto, y cuando *maduren*... los sabreis, si es que tratais de...

—Siempre que te arrepientas y separes de esa inmunda gavilla de facinerosos, cuenta con mi proteccion; pero conviene, para salvar á la baronesa, aunque no es amiga mia, como sabes, que continúes al lado del Buitre y me tengas al corriente de sus viles pretensiones y criminales proyectos.

—Está bien, señor don Juan.

—Acude á este sitio todas las noches.

—¿A estas horas?

—Nó: al oscurecer.

Don Juan dejó á Garduña, despues de haberle gratificado y de recomendarle con eficacia que fuese hombre de bien, dedicándose á un oficio, y marchóse en busca del curial Lope Centellas y del marqués de Valdeclaveles.

Su corazon latia con violencia por ignorar el paradero de su idolatrada Aurora, pero activo y diligente juro no descansar hasta salir de tan horrible y dolorosa incertidumbre.

XIV.

EL VIAJE MISTERIOSO.

—¿Y decís, señor marqués, lo aseguráis.... que la ilustre condesa no quiso revelaros el paradero de Aurora?

—Puse en juego toda mi diplomacia.... mas en vano: mi prima, impresionada vivamente con el retrato que la presenté, y ahora os devuelvo, amigo señor don Juan, sospechó sin duda nuestro ardid.... y negóse á mi legítimo deseo.

—No lo estraño, marqués: la baronesa de Rocamar es muy astuta.... y la ha instruido de nuestras relaciones.

—La condesa reconoció en este retrato á Aurora, y quiso que se le dejara.

—Hicísteis bien, señor marqués; vuestra noble prima lo hubiera entregado á la baronesa.

Hallábanse en el pequeño cuarto de un café, reservado esclusivamente para ciertos amigos de confianza, gabinete que, con pretesto de pasar algunas horas jugando al tresillo, le habian destinado para sus conferencias, y con el fin de acordar los medios de favorecer á la infortunada Aurora, sin que don Juan revelara el ardiente amor que sentia por tan imponderable doncella.

—Creo, don Juan, salvo vuestro parecer, que debemos presentarnos á la familia con la cual vivia Aurora.... y....

—Es una inconveniencia.

—La razon.

—La familia de Aurora desconoce nuestras leales intenciones y pudiera sospechar....

—Probaremos que no es una calaverada.

—La madre de Fermina y doña Carlota han consentido en la resolucion de la bella jóven; seria promover un disgusto presentándonos como sus valedores ó quijotescos paladines.

Lo mejor será, lo que cumple, amigo mio, es descubrir el paradero de esa hermosa víctima, que ya tengo ideado el medio de burlar á la baronesa, que realmente es su verdugo.

—Sea como decís, señor don Juan: y desde luego dispondreis de mi insignificante persona.

—Me sereis muy útil, marqués.

—Lo celebro en el alma.

—Aquí están nuestros amigos.

—Felices, caballeros.

—Bien venidos.

—¿Qué hay, señor Centellas?

—La misma óscuridad que ayer.

—¡Pobre Julio!

—¡Infeliz Pablo!

—¿Es decir que ni el poeta ni el obrero se salvan?

—No tardará mucho la hora en que recobren su ansiada libertad.

—¿Lo decís de veras, amigo don Juan?

—Falta que los causantes de su cautiverio sufran la espiacion que yo les preparo.

—Entretanto... los infelices están espuestos á que se reproduzca el sistema de *los viajes á Filipinas*....

—No lo temais.

—Todo es de temer de esta pandilla reaccionaria.

—¿Y qué sabeis de Aurora?

—Ha escrito.

—¡Cielos!

—¡Qué decís!

—He oido leer á Fermina una carta de Aurora, tan espresiva y patética.... tan rica de imágenes.... que se me han saltado las lágrimas.

—¿Y porqué no la habeis pedido?

—Señor marqués.... á tanto no llega mi valimiento con esa estimable familia.

—¿Qué os parece, don Juan?

—Debiera V. haberla traido.

—No me atreví.

—Señores.... ya sabemos dónde reside Aurora.

—Por mi parte.... lo ignoro.

—Señor Centellas, ¿no habeis dicho que oísteis leer....

—Sí.... pero no me han revelado el paraje ó sitio en donde reside: únicamente pude comprender que se halla en un monasterio, y que vive en la mayor tristeza.... aunque resignada con su nueva suerte....

—Yo lo creo que estará afligida....

—Teneis razon, marqués: Aurora debe hallarse desconsolada y aun pesarosa....

—Amigo don Juan, no lo cree así la condesa.

—¡La condesa! Pues qué ¿la habeis visto, señor don Ventura?

—Oid: mi mujer y niñas fueron á darla gracias por mi colocacion, pues ya os dije que á sus filantrópicos sentimientos la debo, y no sé quién pudo instruirla de mis aflicciones: pues bien, hablando con mi esposa la simpática y respetable, pero mal aconsejada condesa de Montelirio, reveló, quizá sin pensarlo, el paradero de Aurora.

—¡Loado sea Dios!

—¡De donde menos se esperaba!....

—Cierto, don Juan.

—¿Conque la esposa del doctor don Ventura Jeremías ha podido conseguir lo que yo, siendo de la familia, no he alcanzado? ¿Y cómo fué saberlo?

—Hablaban de lo espuestas que están las jóvenes en el dia....

—Y antiguamente lo mismo.

—Claro.

—La que no tiene arraigada en el corazon la virtud....

—Con todo, señores, fuerza es confesar que en el dia existen mas atractivos seductores para que la juventud se estravíe.... pero siga V., don Ventura....

—Mi esposa oyó de la condesa....

—Algun sermon.... já.... já.... já....

—Poco menos, señor marqués.

—¿Si querrá que las niñas de V., señor don Ventura, sean tambien *siervas de Dios*?....

—La condesa manifestó que Aurora se habia salvado milagrosamente.... porque la perseguia un hombre audaz, de torpísimas costumbres.... oscuro aventurero.... y....

Juan-Diablo, encendido de cólera, esclamó:

—La condesa, perdonad, marqués.... vive alucinada, y sin intencion calumnia á un caballero de tan buena sangre como ella.

—Bien dicho, don Juan: mi prima vive en el mas lamentable fanatismo.... y es lástima, porque tiene un corazon de ángel, unos sentimientos eminentemente evangélicos y caritativos.

—Haceis justicia á la condesa.

—No he querido inferirla el menor agravio.

—Desde luego, señor don Juan; y decíd, ¿no sabeis quién sea ese aventurero amante ó perseguidor de Aurora?

Don Juan, rehuyendo la pregunta, dijo:

—Señores, aquí no hay otro perseguidor que la baronesa de Rocamar, mujer envidiosa, intrigante....

—Y diabólica, y.... usurpadora, porque á nosotros casi nos ha desplumado.

Rieron la ocurrencia del marqués, y don Juan prosiguió de esta suerte:

—Habeis de saber que Aurora fué escoltada po dos *bandidos*.... mandados espresamente por la baronesa.

—¡Dos bandidos! ¡y la baronesa los trata!

—Desconoce su misma profesion, pero sabe que uno de ellos es perverso, y aun sospecha que la ha robado....

—Ahora recuerdo....

—Sí, amigo marqués: un bandido es el amante de Clara....

—¿Aquel lorito con papalina? ¡Diantre! ¡Qué coincidencia!

—Además, la baronesa es culpable de la prision de Pablo y de Julio, y de que anoche asaltase mi casa la policía....

—¡Vuestra casa!

—¿Tambien á V., señor don Juan?

—¡Esa mujer.... es un demonio!

—¿Y por dónde habeis sabido, amigo don Juan, que la baronesa de Rocamar tenga tan finos y honrados escuderos?

—Señor marqués.... lo sabreis todo á su tiempo.

—Yo no quisiera causar el mas leve disgusto.... pero amigo don Juan, mi prima os nombró, y aunque me hice el desentendido.... acentuó ciertas espresiones.... que....

—No lo dudo: la bella condesa de Montelirio, inspirada por la baronesa de Rocamar, tiene de mí un concepto horrible.

—¿Pero sois vos....

—¿Quién?

—Ese....

—¿Quién?

—Ese hombre....

—Decidlo, señor marqués: no os detengais.

—¿Juan-Diablo?

—El mismo.

Todos se miraron como sorprendidos de semejante revela-

cion; pero don Juan no dió lugar á otras reflexiones, y les dijo:

—No tardareis en conocer la miserable intriga de la baronesa; y si haceis de mí confianza....

—Absoluta.

—Si aceptais mi proyecto....

—Aceptado.

—Tenemos un poderoso auxiliar....

—¿Quién?

—La justicia.

—¿Luego habeis....

—La autoridad sabe de dónde procede la intriga contra el poeta y el obrero y contra mi humilde persona, y que todo ello nace de la envidia y del sentimiento, del rencor y de la venganza.

—Pero decíd....

—Por ahora nada mas sabreis.

Juan-Diablo, sin descorrer el misterioso velo de su vida, espuso un plan, hábilmente combinado, para desbaratar los de la baronesa, y á cada uno de sus tres amigos les indicó el papel que habian de representar para conseguir sus laudables fines, su noble próposito.

CONCLUSION.

I.

LA MÁSCARA NEGRA.

Veinte dias despues de esta entrevista, en la que se concertó la manera de destruir el perverso y despreciable designio de la baronesa de Rocamar, se celebraba un magnífico baile de máscaras en el palacio de la condesa de Montelirio.

Ni esta ni su amiga habian vuelto á oir hablar de Juan-Diablo, el perseguido amante de Aurora.

El poeta Julio del Valle y Pablo el cantero gemian aun en los calabozos.

En casa de Fermina continuaba el mas amargo duelo, no solo por la ausencia de Aurora, sino tambien por la prision de Julio y la desaparicion del curial Lope Centellas, quien habia merecido el amor de Luisa.

Fermina supo dos ó tres veces de don Juan, y la mujer del obrero fué puntualmente visitada por un caballero desconocido, no dudando fuese don Juan quien les mandase tan cariñoso y fino mensajero.

En opinion de muchos, Juan-Diablo se hallaba preso: en la de otros, fugitivo, y que habia abandonado á Madrid á causa de haberse descubierto una tremebunda conspiracion, de la que era inspirador y caudillo.

Las nueve de la noche habia dado el reloj de.... cuando hallábanse en la taberna del Mirlo, en su parte interior, en un departamento reservado, el famoso Buitre y sus dignos compañeros Malospelos, Cortacaras, Garduña y el Nene, teniendo sobre la mesa los restos de la cena y una bandeja de copas, que saboreaban al compás de la siguiente plática:

—Señores,—dijo el Buitre,— si os hallais dispuestos, cuando yo diga... llegó la hora, venid conmigo, que el negocio saldrá á nuestra satisfaccion sin riesgo de ninguna especie.

—Importa saber,—replicó Garduña,—si está segura la retirada, porque podria ocurrir....

—Veo que estás indeciso, buen Garduña: es verdad que desde que erraste el golpe, de que vimos tu falta de valor en acometer á ese fanfarron de Juan-Diablo, á ese caballero de amorosas aventuras, á ese Quijote de la hermosa Dulcinea que hemos sepultado en el monasterio, debiste quedar fuera de la *compañía*.... no te resientas, Garduña, pero te conduces mal y cobardemente.

—Tampoco tú, amigo Buitre, á pesar de tener bien afiladas las uñas, quisiste medir tus armas con ese aventurero, pues recordarás que te citó, y rehusaste ir solo; es decir, que eres tan cobarde como yo: además, ese Juan-Diablo no me ha ofendido, y no debo hacerle daño alguno.

—Dice bien Garduña: lo que interesa á la compañía es el negocio: la cuestion de amores mas pertenece á las mujeres que á los que contínuamente hacen alarde de valor y de energía.

—Oye, Malospelos, todo está aquí relacionado: es un secreto, y no dudo que cuando lo sepais, aprobareis mi conducta.

—Secretos de damas.

—Misterios mujeriles.

—No desatineis, y escuchad: si ese Juan-Diablo no se hallase hoy fuera de Madrid, desterrado, como aseguran, ó fugitivo, que es lo mas probable: si Aurora no hubiera ido á parar al monasterio.... si el poeta Julio y el revolucionario cantero no estuviesen hoy á la sombra.... nuestra suerte no seria dichosa, porque la baronesa, y bien discurrís que lo he sabido por Clara su doncella, se hallaria sin humor para asistir á los bailes.... como el de esta noche: además que nos ha pagado generosamente.... y como desconoce quiénes seamos, y se fia tanto de su doncella.... justo es acariciarla.... y, en fin, dentro de tres ó cuatro horas lo veremos: bebed alegremente, y fiad en mí.... que todo saldrá á medida de nuestro deseo.

—Por mi parte,—dijo Garduña,—renuncio á esa ganancia.

—¡Qué! ¿no quieres acompañarnos?

—Nó, amigo Buitre.

—¿Tienes miedo?

—Desconfío.

—Cuantos menos bultos.... mas claridad.

—Al enemigo.... puente de plata.

—Señores, si estorbo....

—Nó, Garduña: quédate y acompáñanos.... y haces tu suerte.

—Gracias, Buitre.

—Está enamorado.

—Como se le fué la paloma....

—¿Y no has vuelto á saber de Gabriela?

—Está con sus padres en su lugar.

—Irás á verla.

—Le quiere mucho.

—Sois muy curiosos.

—¡Pícaro de curial!.... El buen don Lope Centellas te descubrió sin duda....

—¿Y sabeis que ha desaparecido?

—¿Lo sabes, Buitre?

—Como que fuí con la policía á su casa, y no se le halló en parte alguna.

—¿De suerte que la baronesa quedó libre de enemigos?

—Hoy goza el mas alegre humor que gozó en su vida. ¡Y qué astuta es! ¡Qué morena mas graciosa! ¡Si viéseis qué traje vá á lucir en el baile!

—¡No tendrá tan buen humor mañana!...

—¡Silencio! ¡Bebamos á su salud!

—En buen hora: ¡bebamos!

—¿No bebes, Garduña?

—He apurado ya diez copas.

—¿Pero nos acompañarás?

—Iré donde me mande el Buitre.... menos á....

—¡Callad! Garduña hará lo que yo le mande: si no viene.... servirá de espía á la puerta del palacio.... y con tres silbidos.... ¿qué os parece?

—Lo que tú dispongas, Buitre.

Quedaron en sesion secreta, arreglando asuntos interiores de la compañía, y así los dejarémos, trasladándonos graciosamente al brillante baile de la condesa de Montelirio.

La aristocracia, por inspiracion de la condesa, habia dispuesto realizar un soberbio *baile de trajes*, empero con un fin cristiano y filantrópico.

En esta parte la aristocracia, haciendo algo por los pobres, aliviando la infeliz suerte de los desvalidos, cumple un deber evangélico y humanitário, desagraviando, digámoslo así, su conciencia, porque si bien se reflexiona, la aristocracia invierte muchos tesoros en cosas supérfluas, en livianas escentricidades, en fugaces placeres, lo cual en esta época de ilustracion, y en la que todos debiéramos saber que tenemos *derechos y deberes*, se mira desfavorablemente, y la murmuracion pública es fundada.

No digamos mas, porque quizá nos deslicemos.... estraviándonos de nuestro propósito.

Se acordó que cada gefe de familia, ó un caballero, debiera abonar cien reales por su billete.

Además era de rigor el *traje histórico*, con la oportuna condicion de que fuese *español*, porque en ninguna parte del mundo cuéntanse glorias mas esplendentes ni trajes mas airosos que en nuestra antigua pátria.

Se dejó al capricho de cada uno el conservar el incógnito, es decir, la *careta*, descubriéndose únicamente á la persona ó personas comisionadas al efecto.

Sonó la hora, y los salones de la condesa de Montelirio se poblaron de lo mas brillante de la aristocracia, de la *supuesta sangre azul* y de la *sangre amarilla*, es decir, la del oro, ó sea la banca ó la fortuna.

No faltaban *eminencias literarias*.... si bien no pocas se califican de eminencias por alternar con los aristócratas, frecuentando sus reuniones y adulando á diestro y siniestro á los orgullos potentados.

Habia tambien *políticos*.... ¡oh! los *políticos*.... son personajes de rigor.... de necesaria representacion en todas partes.

Los hay que solo han escrito algun *folletin de toros*, ó han pronunciado algun discursillo.... en un café.... y.... *justísimamente*.... ¡vaya si es justo!... asisten á las recepciones aristocráticas.

El vestíbulo, la escalera y la antecámara ó recibimiento del palacio de la condesa, parecia un jardin encantado, de bello, resplandeciente y florido que se hallaba.

Los salones, decorados á la usanza moderna, pero con estraordinaria riqueza y esquisito gusto, presentaban un aspecto deslumbrador, vistoso é indescriptible.

Encantadoras y risueñas beldades discurrian por do quier, seguidas de finos galanteadores, y el exámen de los diversos trajes era para todos un plácido y curioso divertimiento.

Allí se habian reunido todas las épocas: desde la monarquía

goda á la de Cárlos III, sin faltar el traje africano que usaron los caudillos de Córdoba y Granada.

La baronesa de Rocamar se desvivia por aparecer en todas partes, acompañando á la condesa, á quien felicitaba por ver realizados sus laudables deseos y por el gran lujo que habia desplegado.

La baronesa estaba radiante de buen humor: se habia rejuvenecido: ninguna sombra cruzaba por delante de sus negros y deslumbradores ojos: su frente serena no sentia bullir desconsoladoras cavilaciones: su corazon, latiendo pausada y tranquilamente, no la recordaba aquellos instantes de horrible pesar y turbulenta zozobra.

La baronesa era, ó creíase, feliz en aquel centro del lujo, de la hermosura y de la riqueza.

Los caballeros la rendian loores, la acariciaban, y sus amigas creíanse tambien dichosas al contemplar su imponderable contento.

Allí estaban Guadalupe, hermana del marqués de Valdeclaveles, y su amante el capitan Arturo de Figueroa.

El jóven marqués, con su habitual alegría era el alma de la fiesta, y únicamente la baronesa de Rocamar despreciaba confianzas y chanzonetas que, aunque de buen tono, podian turbar su quietud y el inefable placer que hallábase disfrutando.

Tambien lucia un vistoso traje de ministro de Cárlos I el diplomático Alberto de Lara, y en sus chistes y buen humor asociábase en todo al marquesito de Valdeclaveles.

El capitan Figueroa vestia un uniforme de gefe de arcabuceros de Felipe II, y en verdad que era notable su apostura.

Eran las altas horas de la noche.

Se habia bailado mucho: se habian hecho frecuentes visitas al comedor, y estaba en su período álgido, en su apogeo, en su hora suprema tan deliciosa fiesta.

Un desconocido aparece hácia un estremo del salon, y tocando en el hombro al capitan Figueroa, le dice:



Los caballeros brindaron á la Condesa de Monte-lirio.

—Adios, querido Arturo.

—¡Calla!—responde el capitan, que ya no tenia la careta.—¿Quién es este fantasma? Parece un inquisidor.

El desconocido llevaba un traje de caballero de la edad media, cubierto rigorosamente con un dominó negro, y su actitud y gravedad chocaron apenas dió los primeros pasos en el salon.

—Te felicito, amigo Figueroa, por tu eleccion: Guadalupe es una niña encantadora y de claro talento.

—Gracias, máscara; pero has de permitirme te diga que estás llamando la atencion general; ya es hora de echar por tierra la careta. ¿Cómo has venido tan tarde?

—Vine de los primeros. ¿No te acuerdas del que te abrazó á la entrada?

—Sí... mas no eras tú: aquel venia con igual traje que este, de guardia de Felipe II.

—Entonces usé el de guardia, y ahora llevo el de rey.

—Verdaderamente que tu aspecto y maneras se parecen á las que usaba el ilustre huésped del Escorial.

—¿Y tu amigo Alberto de Lara?

—Aqui le tienes.

—Me contaron que no quiso batirse, ó... que rehusó...

—¿Quién es este duende?

—Amigo Alberto, estoy en la misma duda que tú.

—¿Es amigo tuyo?

—Dice que sí.

—Lo soy hace mucho tiempo.

—¿Quieres embromarme?

—No apostarás un almuerzo.

—Con mucho gusto.

—¿Para cuándo?

—Para pasado mañana, porque hoy apenas tendremos tiempo de descansar.

—Dices bien, pasado mañana; ¿á qué hora?

—A las dos.

—No faltaré; si no soy tu amigo pago la fonda y lo que gusteis, por ejemplo, el teatro.

—Convenido.

—Ahora decidme: ¿no se ha presentado vuestro rival el bolsista Adolfo de Céspedes?

—Ahí le teneis: vedle allí en traje de mercader...

—Sí... sí... de judío...

—Hecho un Samuel Leví...

—Le corresponde; por lo demás, parece que se halla justamente resentido de vosotros.

—¿De nosotros?

—De tí, porque le has despreciado, y de Alberto... porque no tuvo el suficiente valor...

—¡Máscara! ¿Qué dices? Si pasas adelante... é insultas á este amigo... no respondo, á pesar del alto respeto que me inspira este sitio...

—Figueroa, no te subleves... ten calma; mi ánimo no es ofenderos. Iré á almorzar pasado mañana á las dos. Lo que os he dicho lo oí en un café... en cierto círculo murmurador...

—Chismes cafeteriles; necios pasatiempos; desahogos irracionales; ¿no es verdad, Figueroa?

—Dices bien, Alberto; cosa de mujeres.

El desconocido pasó junto al bolsista Adolfo de Céspedes, y hubo de interceptarle el paso diciendo:

—Escucha, Adolfo: ¿sabes que el traje te está primorosamente?

—Fué un capricho: un gusto, si se quiere, raro: una estravagancia.

—Nó, que está en armonía con...

—¿Qué ibas á decir?

—No te ofendas; como perteneces á los del *tanto por ciento*, y ese traje es de *judío*...

—¿Te chanceas?

—Es una broma.

—Es que si no...

—Fuera lo mismo; dime, ¿qué es de tu camarada el marqués?

—Miradle allí: aquel que quiere imitar á Quevedo.

—¿Y qué se hizo del jóven poeta Julio del Valle?

—No le conozco.

—¿Pues no aplaudiste cien veces sus lindos versos?

—Ni le oí nombrar siquiera.

—¿Pues no te dedicó algunas composiciones, que enseñabas á todo el mundo?

—Estás equivocado.

—Y á tí te se ha muerto la memoria; ya se vé, tu papá es duque y senador; tú aspiras á ser conde... y á diputado... sois inmensamente ricos... y el poeta...

—Será como todos... un ente despreciable...

—Mas lo es tu corazon.

—¡Infame!

—¡Silencio!

—Es que no debo sufrir un insulto.

A este tiempo, atraidos por la curiosidad y por el disgusto que revelaba el bolsista, habian llegado el capitan Figueroa y Alberto de Lara, quienes habian hecho ya las paces con Adolfo de Céspedes, y le preguntaron la causa de su inquietud y desasosiego, en una palabra, de su visible turbacion, de su marcado coraje.

Se refirió á la *máscara negra,* les manifestó que se habia permitido chanzas pesadas... y todos convinieron en que debia ser alguna broma de uno de sus mejores amigos.

La máscara desapareció, yendo á confundirse en un grupo de señoras.

No estaba en él la bellísima condesa de Montelirio, á quien unos caballeros obligaron á que oyese unos cariñosos brindis, y al efecto los acompañó al comedor, y constituidos en torno de un velador, la tributaron justos y lisonjeros honores, brindando

todos por la hermosura, la amabilidad y virtudes de la condesa.

Aprovechando quizá esta particular circunstancia el desconocido, la máscara negra que se confundió en el grupo de las señoras, dió un golpecito en el hombro á la baronesa de Rocamar, y esta, curiosa en demasía, y deseando correr una placentera broma, se asió del brazo del que vestia el dominó negro, y fuéronse al ángulo de un pequeño salon, y reclinándose en un rico y muelle divan, empezó esta misteriosa conferencia, el siguiente oscuro diálogo:

—¿Venís á revelarme quién sois?

—Nó, amable baronesa: lo haria si yo fuese digno de vuestra atencion.... pero sin méritos personales.... sin....

—¿Te chanceas?

—No es broma: es tan verdad, como lo es que lucís hoy una estraordinaria belleza.

—Oye.... máscara.... no admito adulaciones.

La baronesa de Rocamar se imaginaba que aquel misterioso galanteador seria un nuevo y rendido Adónis, otro marqués de Valdeclaveles, y se mostró amabilísima, aunque aparentaba á veces un estudiado desden, una burla sarcástica.

—No os adulo.... baronesa: estais deslumbradora.

—Os lo parezco.

—Lo estais.

—Me vas á hacer creer....

—Esa es la dificultad.... lo que yo siento.

—¿Qué dices, máscara? Esplícate.

—Si no os ofendeis, baronesa....

—De ningun modo.... la noche.... el baile.... todo, en fin, autoriza á un caballero.... no estralimitándose....

—Decia que teneis fama de incrédula, baronesa.... y aun de inconstante.

La cortesana palideció.

—¿Y te atreves?....

—Perdonad.... me habeis autorizado.

—Es cierto.... pero me ultrajais.

—Es manifestaros mi temor.... pues quisiera comprendiéseis lo que os amo.

—¿Te burlas, máscara?

—Há mucho tiempo.... que os sigo, baronesa.

—¿Hablas con seriedad?

—No lo dudeis.

—Dadme un una prueba: descubríos.

—Temo ser despreciado.

—¿Tan escasa es vuestra valía, vuestro mérito?

—Soy muy humilde, y vos, linda baronesa.... como sois aristócrata....

—Y cuando tú concurres á este sitio debes tambien ser de mi clase....

—De vuestra clase.... no:...

—¿Y cómo te has introducido en el baile?

—A impulsos del amor que os profeso.

—¿Es una bromita de máscaras?

—Temo ser desairado.... pues segun ciertos rumores, y no os cause ofensa....

—Hablad, hablad.

—Vuestro gracioso coquetismo....

—¡Qué audácia!

—Se os atribuye cierto espíritu de veleidad, baronesa.

—Me calumnian.

—Y refieren de vos tristes anécdotas.

La baronesa palideció.... y quiso eludir la declaracion del desconocido.

—Si no teneis que decirme otra cosa....

—¿Te retiras?

—No estoy para chanzas de ese género.

—Siento causaros inquietud, baronesa; pero reflexionad que vos misma habeis causado otros infortunios.

—¿Qué dices, máscara?

—¿Recordais la suerte del baron de.... cuando vuestro viaje á Méjico?

—¡Vírgen santa! ¡Quién eres!

La baronesa dió un salto, cual un reptil á quien el viajero inadvertidamente pisa.

—Deteneos, señora.... ¡no creais que yo sea el baron, vuestro supuesto esposo, que os viene á pedir cuenta de vuestros atentados: ni tampoco soy el criollo, aquel jóven de quien os enamorásteis para dejarle despues á merced de sus asesinos, por relacionaros con el marino inglés, el que abandonásteis en Cádiz!

—¡Dios santo!

—No alceis la voz, porque yo alzaré entonces la mia para publicar aquí vuestra nefanda historia....

La baronesa no pudo resistir la terrible emocion que le causara tan inesperado suceso.

Para ella aquel aparecido era un alma en pena, alguna sombra errante, que trastornaba súbitamente su existencia, cambiando la atmósfera de delicias en un amargo y perenal martirio.

La máscara negra desapareció, no sin decir antes á la baronesa:

—¡Desde hoy dá principio tu fatal y necesaria espiacion! ¡En este instante arrebatan la escasísima fortuna que te restaba los mismos bandidos á quienes diste el encargo de perseguir á la virtud y á la inocencia! ¡tu historia vá á circular en el gran mundo! ¡Huye de él, Magdalena.... sepúltate entre las sombras! ¡Mira por tu alma.... desatendida por los impuros placeres y liviandades á que ciegamente has rendido culto!

La baronesa exhaló un grito de terror, y habiendo acudido en su socorro multitud de señoras y caballeros, inclusa la condesa de Montelirio, que fué llamada inmediatamente, fué conducida la misteriosa dama al dormitorio de su amiga, y observada por el doctor Monge, médico de la condesa, declaró que no pasaria de un accidente.

Propusieron los oportunos remedios y su correspondiente sangría, porque un ataque cerebral era inminente, y aquel sarao espléndido, tan bulliciosa fiesta fué desvaneciéndose por instantes, hasta dejar desiertos los ricos, perfumados y deslumbradores salones de la condesa de Montelirio.

Se hicieron mil conjeturas.... se oyeron mil comentarios entre los concurentes, relativos á la máscara negra, á la horrible careta que persiguió toda la noche á la baronesa de Rocamar, y cambió su insolente alegría en un penoso duelo.

Nadie, sin embargo, adivinó quién fuese aquella misteriosa aparicion que habia trastornado á la baronesa. Unicamente sospechaba alguna cosa el sábio doctor Monge.

II.

HONOR Y POBREZA.

Habian trascurrido cuatro años, apreciable lector, y voy á terminar con el recuerdo de uno de los personajes de esta historia, porque mejor que nosotros narrará su desenlace el fin de MADRID DE NOCHE, cuyos acontecimientos dieron principio en 1853, y concluyen, porque así nos vemos obligados á que concluyan, en 1857, año funesto, de triste recordacion, por la fatalísima circunstancia del *pan caro*, del *ministro Nocedal* con su *ley de imprenta...* y las *cuerdas á Leganés*, brillantes páginas de tan horrible año.

Es de noche: penetramos en una menos que modesta habitacion; es decir, humilde, y cuyo aspecto revelaba la tristísima situacion de sus honrados huéspedes.

Es una pequeña sala con dos sillas, una mesa de tocador, que sirve para escribir, y sobre la cual se ven libros, periódicos y manuscritos.

A la mesa hay sentado un jóven de pálida faz, de mirada melancólica, si bien dulce y tranquila, como la de un hombre á quien por nada le arguye la conciencia.

Está escribiendo.

No lejos de la mesa hay una mujer, tambien jóven, de semblante gracioso, de ojos lánguidos, enflaquecida por las penas, abismada al parecer en sombrías meditaciones.

Tiene un hermoso niño en los brazos.

El que está escribiendo es nuestro poeta Julio del Valle: su esposa es la jóven que acaricia al fruto de su amor en su regazo.

—¿Julio?

—¿Qué quieres, Fermina?

—¿Vas á salir?

—En cuanto concluya estos folletines.

—¿Te los pagarán?

—Indudablemente.

—Pues entónces...

—¿Qué deseas?...

—Trae... ya sabes...

—No se me olvidará; ante todo es el niño: su bollo de la calle de Relatores, y para tí... una racion de ternera.

—Si no hay lumbre... Julio...

—No me desconsueles... mujer... traerán un brasero...

—¿Y quién?

—Buscaré un muchacho é iré con él á la tahona.

—Discurres bien.

—Un poco de paciencia.

—Casi me falta ya... ¡Julio... este pobre niño!...

—Si me recuerdas nuestra situacion... no acabo los folletines, y por consiguiente... no habrá ni bollo, ni lumbre, ni ternera.

—Escribe.

—Fio en tu amabilidad.

La jóven era la interesante y bella Fermina, la pobre costurera á quien hablaba Juan-Diablo algunas noches de su amor á Aurora.

Habíase casado con el poeta, y su posicion se hacia cada vez mas precaria y lamentable.

Un literato en España, por distinguido que sea, como solo viva á espensas de la literatura, ya sabe las amarguras que le aguardan.

Así es que todos, ó la mayor parte de ellos, y hacen bien, aceptan posiciones oficiales, en las que les es mas fácil conservar su dignidad y su buen nombre literario.

Julio habia llevado su intransigencia á un estremo ridículo, y su noble esposa, la infeliz Fermina, le instaba á que abandonase la política y la poesía, como dos estériles ilusiones para un corazon sincero y honrado en una época de positivismo, de especulacion, de lujo y de indiferencia egoista, para la cual la pobreza, aunque revestida del decoro, es una cosa despreciable.

Hoy se dice: *el que es pobre es un tonto.*

Frase inícua, porque demuestra que todos deben procurar enriquecerse á cualquier costa, y esto es alentar las malas pasiones.

Por lo demás, nosotros conocemos muchos ricos que son poco menos que estúpidos, lo que prueba que dicha frase no es muy exacta, sobre ser en demasía insolente. Por esos mundos de Dios andan tambien algunos ricos que no son hombres de bien, y váyase lo uno por lo otro, y en esta parte mas abunda lo malo que lo bueno.

Julio, como decíamos, mostrábase intransigente, á pesar de las lágrimas de su jóven y digna compañera, que le esponia á cada paso su horrible situacion y el triste espectáculo de otros amigos, víctimas de su buena fé, perseguidos y desventurados.

Su hijo, el bello Enrique, preciosa criatura, inclinaba un poco su espíritu hácia un mundo mas positivo y real, y esta circunstancia colmó á Fermina, ilusionándose de que Julio buscaria una colocacion, dejándose de versos y folletines, de sátiras y manifiestos político-revolucionarios.

Estaba terminando el capítulo de una novela para correr ansioso por un mezquino premio, y llevar lo que necesitaban su

idolatrado hijo y su paciente y religiosa consorte, cuando llamaron á la puerta, y los dos sintieron un profundo disgusto.

Fermina creyó fuese la policía, que en aquella época nocedalesca visitaba contínuamente la casa de infelices ciudadanos, olvidándose de los inmundos malhechores. El poeta temió fuese algun amigo que le impidiera concluir su trabajo.

Abrió Julio, y encontróse con Daniel, uno de sus queridos condiscípulos.

Recibióle cariñosamente, y despues de saludar con respeto á Fermina, el estudiante sentóse en la única silla que restaba, y dijo:

—Vengo, amigo Julio, á que concluyas la historia de Juan-Diablo y demás actores de ese drama-novela que há dos dias empezaste á referirme; despues vas á dispensarme el favor de repasar este manuscrito, y mañana oiré tu dictámen, que desde luego será fundado y concienzudo.

Fermina dió un suspiro como diciendo ¡ay Dios mio... ya no hay bollo, ternera ni brasero!

—Amigo Daniel...—observó el poeta,—de buen grado te narraria esa historia, pero mejor será dejarlo para otro dia: vé lo que estoy haciendo; es muy urgente.

—Pronto acabas.

—Si te empeñas.

—Quedaste en el baile de máscaras en el palacio de la condesa de Montelirio.

—Es verdad, amigo Daniel.

Y haciendo Julio un esfuerzo terminó así nuestra historia:

«La baronesa de Rocamar cayó en una terrible enagenacion por el espanto que la produjo la máscara negra.

A la hora en que la baronesa se retorcia de rabia en el lecho que se la dispuso en casa de su ilustre amiga, daban muerte á su doncella los bandidos, capitaneados por el Buitre.

Este salió gravemente herido, y á los pocos dias sucumbió en el hospital, revelando el complót de la baronesa contra Auro-

ra y Juan-Diablo, y en consecuencia de sus revelaciones y las que hicieron el Nene, Cortacaras y Malospelos, despues ajusticiado por haber sido el asesino de Clara, recobramos Pablo el cantero y yo la libertad, porque so pretesto de la política, nos incluyó en su venganza la baronesa.

Al dia siguiente del baile de máscaras presentóse un caballero en casa del capitan de artillería don Arturo de Figueroa, amante de Guadalupe, hermana del marqués de Valdeclaveles, y cuyos amantes viven hoy dichosamente unidos.

El caballero que se presentó á Figueroa, era don Gonzalo Castillo de Sandoval, marqués de Campo del Cid, compañero de armas del citado capitan durante la guerra contra don Cárlos.

Era primer comandante, y Figueroa reconoció á uno de los mas bizarros oficiales de la antigua y valerosa guardia real; pero ignorando su título de marqués, herencia de uno de sus tios que vivió en Ultramar, y en su última disposicion legó título y fortuna á su sobrino.

Este, ó sea don Gonzalo Castillo de Sandoval, era huérfano, y despues de la campaña pasó á Cuba, en donde esperimentó mil desgracias, viéndose rechazado por su tio y buscado por la justicia á causa de un duelo, en el que salió vencedor hiriendo gravemente á su adversario.

El capitan Figueroa le obligó á que almorzase con él, para recordar sus aventuras en el ejército; pero sufrió gran sorpresa al oir del don Gonzalo Castillo de Sandoval, marqués de Campo del Cid, que era el mismo Juan-Diablo, amante de Aurora, y para cuya salvacion venia á implorar su valimiento.

Arturo de Figueroa quedóse admirado de aquella estraña revelacion, y trasmitiéndola á la condesa, y convencida esta de que por su escesivo celo religioso era causa de la desventura de Aurora, corrió á sacarla del monasterio, y de allí á pocos dias celebróse la feliz y ansiada union de los dos amantes Juan-Diablo y Aurora, en la capilla de Nuestra Señora de la Mise-

ricordia, en San Sebastian, en el mismo templo en donde conoció á la huérfana su ilustre madrina la condesa de Montelirio.

El marqués de Valdeclaveles recibió indecible satisfaccion al reconocer en Aurora de Guzman una prima suya, hija de un bravo oficial del ejército del Norte, perteneciente á una de las familias mas aristocráticas de Andalucía.

Juan-Diablo, marqués de Campo del Cid, fué primero nuestro misterioso protector, segun dice Fermina, y despues contribuyó á nuestro enlace y al de Lope Centellas, hoy mi hermano político y buen amigo, con Luisa, hermana de Adela.

Esta casó con un abogado, bastante rico, y tornóse en tan orgullosa, que no hace caso de sus dos pobres hermanas. Pablo el cantero fué generosamente favorecido por don Juan, quien además le proporcionó una ocupacion correspondiente á su clase. Todo lo ha perdido: el infeliz recibió dos graves heridas en las jornadas de julio, y hoy, pobre y medio mutilado, fuese á un oscuro lugar huyendo de las persecuciones de la tiranía.

—¿Y qué fué de los dos esposos Juan-Diablo y Aurora?

—Hace dos años y medio que ignoro dónde se hallan.

—¡Otra seria nuestra suerte!...—esclamó Fermina.

—Señora.... quizá se haya olvidado de VV.,—interrumpió el amigo del poeta.

—Nó,—dijo este,—no es posible.

—¡Quién sabe!

—Es verdad que de un pobre quién ha de hacer mérito.

—Señora, los buenos y leales amigos.

—Lo eres, Daniel, y te se agradece.

—Ahora, Julio, en cuanto concluyas ese trabajo, vete al café, pues he de decirte una cosa que es de importancia para tu porvenir.

—Quiéralo el cielo.... porque este angelito....

—Fermina.... ¡por Dios! si he de concluir este capítulo, no aflijas mi corazon.

—Me retiro, amigo Julio: dá un repaso á esos papeles.... y espero me des tu parecer en el café dentro de una hora.

—No respondo: si reviso tus composiciones.... abandono el folletin.... y en verdad.... deseo complacerte.

—Haz lo que gustes.

—Lo haré como deseas.

El jóven estudiante salió, despues de despedirse afectuosamente de Fermina.

Esta quedó llorando.

Habian trascurrido algunos momentos cuando Julio, alzándose precipitadamente, esclamó.

—¡Mira.... mira!...

—¿Qué es lo que te pasa, Julio?

—No ves, Fermina: he aquí un buen amigo; pero voy á devolvérselo, aunque lo hizo con esquisita delicadeza.

Julio mostró á Fermina un billete de mil reales, que su condiscípulo Daniel habia dejado entre unas cuartillas, con una esquela, en la cual le suplicaba admitiese aquel desinteresado y humilde obsequio, que no le costaba sacrificio alguno, pues procedia de la generosidad de varios compañeros de cátedra á quienes hubo de afligir vivamente su desventura.

—¡Loado sea Dios!—esclamó Fermina.

—¡Quién lo habia de pensar, mujer! Aun existen almas de hidalgos sentimientos.

Iban á entregarse á la dulce espansion que en la desgracia produce un acontecimiento de esta especie, cuando llamaron á puerta.

—¡Quién será!...—dijo sobresaltada Fermina.

—¡Dios se compadezca de nosotros!

Abrió Julio, y presentóse un caballero, embozado en una lujosa capa, revelando en su actitud y traje un hombre decente y de fortuna.

—¡Caballero!...

—¿No me conoceis, Julio?

Tendióle el desconocido los brazos, y los dos estuvieron un instante sin articular palabra.... su emocion fué grave.

Fermina corrió á separarlos, diciendo:

—¡Don Juan, don Juan!... ¡Ved á mi hijo!...

La infeliz cayó sin sentido sobre una silla.

Ambos corrieron á favorecerla.

Tomó el caballero al niño, y besándole esclamó:

—¡Ya tienes otro padre! ¡Qué hermoso es! Vamos, Fermina.... aliente V.... y ¡venga un abrazo!

El desconocido era don Gonzalo Castillo de Sandoval, marqués de Campo del Cid, el aventurero Juan-Diablo, que se apareció como una deidad bienhechora en aquella triste mansion en donde solo habia *honor y pobreza.*

Repuestos de la viva impresion que los tres hubieron de sentir, habló don Juan en estos términos:

—Julio, hace dos horas que hemos llegado, y he corrido en busca vuestra, ansioso de deciros que mi aprecio es igual, ó mayor si cabe, que el de los primeros dias de nuestra amistad.

—¿Y Aurora?—preguntaron Julio y Fermina.

—Os espera.... ¡Cómo ha de presumir vuestra suerte!... Un impresor me dió noticia ó señas de vuestra habitacion...., porque habiendo leido hace poco tiempo, hallándome en París, el anuncio de la obra que publicais, guardé el nombre de la imprenta, camino que me condujo á este miserable albergue....

—¡Qué quiere V.... señor don Juan!....

—Salgamos pronto de aquí....

—Antes nos direis qué os ocurrió en vuestro largo viaje.

—Pasé á Suiza, y á los dos meses de hallarme en uno de sus mas deliciosos y pintorescos valles, enfermó Aurora.... y estuvo en gravísimo riesgo su existencia.

—¡Qué fatalidad!

—El primer fruto de nuestro amor se nos desgració.... pero el cielo nos ha concedido despues una hermosa niña.

—¡Dios sea bendito!

—Os ruego que no recordeis á Aurora la causa de su enfermedad....

—La razon.

—Oíd: disfrutábamos una noche clara y limpia, bonancible y serena, el embalsamado ambiente del valle, cuando de súbito preséntase por detrás de nosotros un horrible fantasma.... puñal en mano.... una mujer vestida de luto, con los ojos centellantes de furor, demacrada, con sonrisa diabólica.... amenazando de muerte á la infeliz Aurora, que rodó sin sentido en el suelo.

Aquella mujer, aquella furia, era la baronesa de Rocamar, que viajando por allí supo la residencia de unos españoles, y habiendo sabido que éramos nosotros, proyectó vengarse.... pero la Providencia veló por Aurora.

—¡Vírgen santa de la Misericordia!—esclamó Fermina.

—Ese sagrado nombre invocó aquella al reconocer á la que habia causado nuestros anteriores infortunios.

—Y bien, don Juan.... olvídese por hoy....

—Sí, corramos un velo á esa aventura de Satanás.

—¿Y qué fué de la baronesa?

—Murió loca.... en un encierro.

—Dios la perdone.

—Salgamos de aquí, Julio: Aurora nos espera: dejad las llaves á cualquier vecina, en la seguridad de que no volveis á este oscuro albergue.

—Y sin embargo.... le profeso cariño.

—Cosas de poeta, señor don Juan....

—Me teneis muy resentido, Julio.

—¿La causa?

—No habeis parecido por casa de mi apoderado, á quien delante de vos dejé órden de que os favoreciese conforme lo exigiérais.

—¡Miente!

—¡Al fin es casero!....

—¿De veras, Julio?

—Fermina, mi pobre niño y yo hemos ido tres veces: la primera nos recibió.... despues no se ha dignado recibirnos.

—¡Qué oigo!

—La verdad.

—Os creo. ¿Y Lope Centellas? ¿y su esposa?

—Bien.... aunque pobres.... mi prima Luisa ha padecido mucho con la muerte de sus dos niños.

—Desde mañana será don Lope mi apoderado. ¿Y el infeliz Pablo el cantero?

—Permanece oculto en un lugarcillo.... mal de sus heridas. Habeis de saber que la noche del 18 de julio de 1854 salvó á la familia de Adolfo Céspedes.... el bolsista....

—¿Le habrán recompensado?

—Con el desprecio.

—Siempre pagan así los egoistas.

—Son unos villanos.

—Es preciso buscar á ese infeliz obrero.

—Yo le buscaré, don Juan.

—Os lo agradeceré, Julio: ahora marchemos de aquí.

—Pero don Juan, y mis papeles.... y mis manuscritos.... ¿qué vais hacer?.... ¡por Dios!

Juan-Diablo aproximó á la vela de sebo una coleccion de cuartillas, en las que el poeta habia escrito un folletin, en tanto que Fermina vertia lágrimas de gratitud y de admiracion al ver la generosidad del esposo de Aurora.

El antiguo Juan-Diablo, el marqués de Campo del Cid cogió al niño del poeta en sus brazos, y no le abandonó hasta que subieron al coche que en la calle les esperaba.

Julio se imaginó un sueño encantador lo que realmente era una accion humanitaria, hija de un corazon lleno de generosidad y de hidalguía; tal era el de Juan-Diablo.

Este, ó sea el marqués de Campo del Cid, su digna esposa Aurora y el marqués de Valdeclaveles, que ya se habia retirado de sus fiestas populares, de sus arriesgadas correrías nocturnas, fueron los protectores de Julio y de Fermina.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

PRIMERA PARTE.

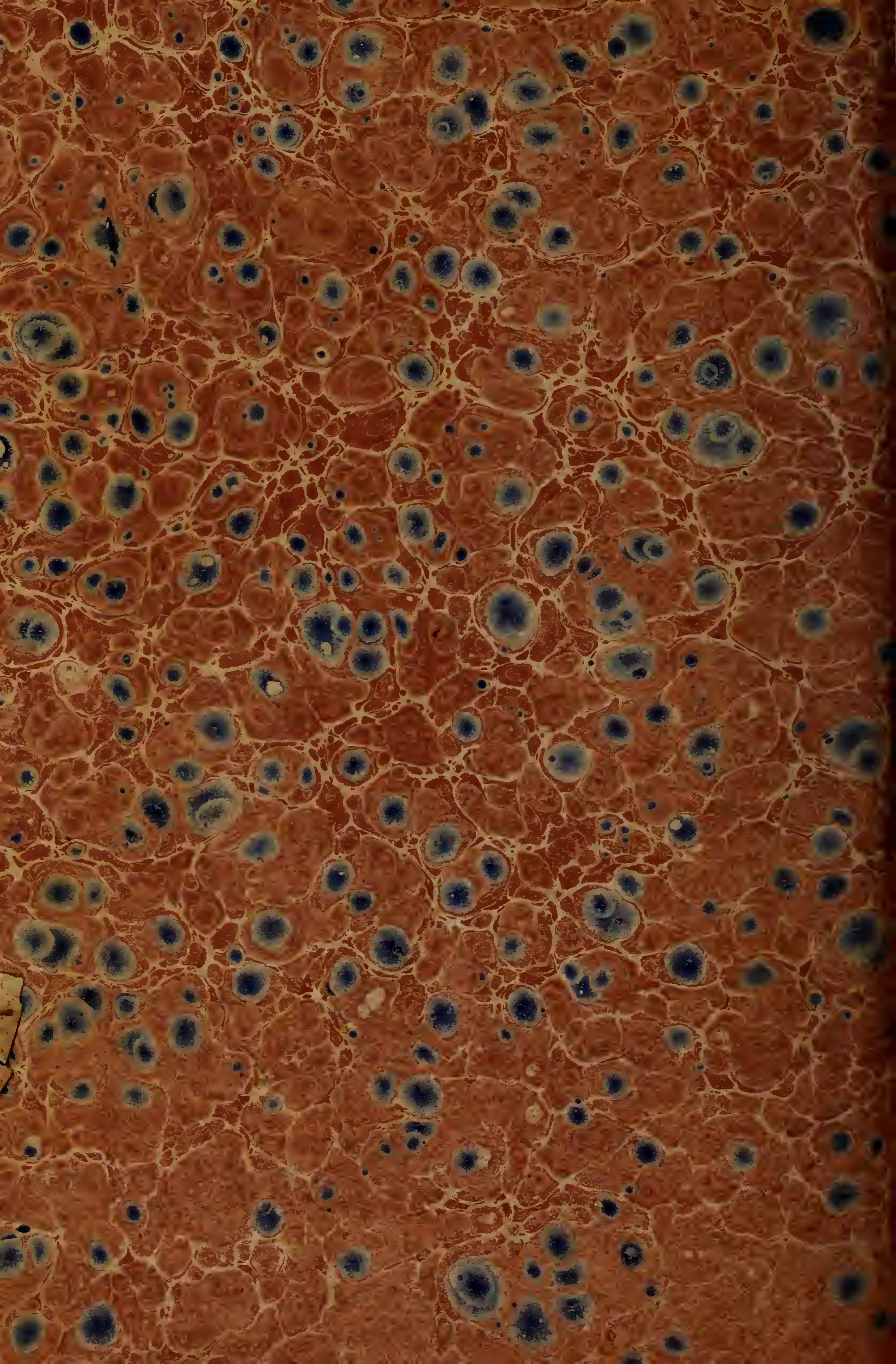
SEGUNDA PARTE.

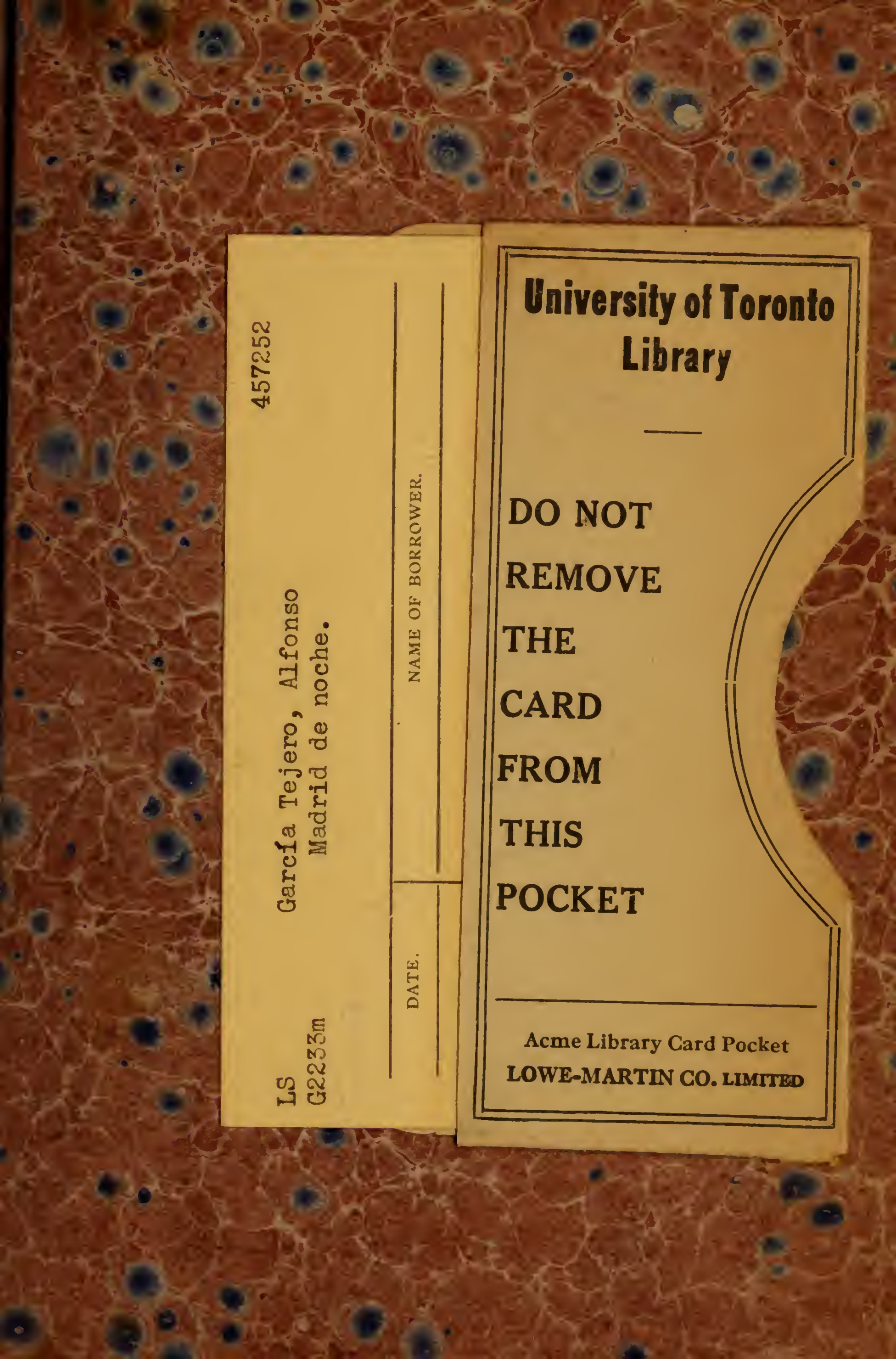
CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

CONCLUSION.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
457252
García Tejero, Alfonso
Madrid de noche.
LS
G2233m
NAME OF BORROWER.
DATE.

